



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Intelectuales, think tanks y procesos de renovación política e ideológica en la derecha chilena, 1990-2018

Rumié Rojo, S.A.

Citation

Rumié Rojo, S. A. (2020, October 21). *Intelectuales, think tanks y procesos de renovación política e ideológica en la derecha chilena, 1990-2018*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/137216>

Version: Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/137216>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/137216> holds various files of this Leiden University dissertation.

Author: Rumié Rojo, S.A.

Title: Intelectuales, think tanks y procesos de renovación política e ideológica en la derecha chilena, 1990-2018

Issue date: 2020-10-21

**Intelectuales, think tanks y procesos de
renovación política e ideológica en la derecha
chilena, 1990-2018**

Sebastián Andrés Rumie Rojo

Intelectuales, think tanks y procesos renovación
política e ideológica en la derecha chilena, 1990-
2018

Proefschrift

ter verkrijging van
de graad van Doctor aan de Universiteit Leiden,
op gezag van Rector Magnificus Prof.mr. C.J.J.M. Stolker,
volgens besluit van het College voor Promoties
te verdedigen op woensdag 21 oktober 2020
klokke 16.15 uur

door

Sebastián Andrés Rumie Rojo
geboren te Santiago (Chili)
in 1987

Promotor: Prof.dr. P. Silva

Copromotor: Mw.Dr. D.A.Vicherat Mattar (LUC)

Promotiecommissie:

Prof.dr. E. Amann

Prof.dr. C. Peña (Universidad Diego Portales, Chili)

Prof.dr. M. Moreno (Universidad Central, Chili)

Mw.Dr. S. Valdivia Rivera

Tabla de contenidos

Agradecimientos	iv
Abreviaturas	v
Introducción	1
 Capítulo 1	
Renovación política e ideológica en el contexto partidario: el rol de los intelectuales y <i>think tanks</i>	14
1.1 Organizaciones partidarias y renovación político-ideológica: los límites teóricos y políticos del reposicionamiento de un ideario	15
1.1.1 Arquetipos e ideologías: una crítica teórica a la cosificación ideológica	15
1.1.2 Competencia por el poder e identidad partidaria: los límites políticos del reposicionamiento ideológico	19
1.2 Intelectuales y renovación política e ideológica en el contexto partidario	27
1.2.1 Redefiniendo a los intelectuales: sus perfiles y funciones en las sociedades contemporáneas	27
1.2.2 Intelectuales públicos: entre la política y el conocimiento	37
1.3 <i>Think tanks</i> y renovación política e ideológica en el contexto partidario	44
1.3.1 Redefiniendo a los <i>think tanks</i> : sus perfiles y funciones en las sociedades contemporáneas	44
1.3.2 Más allá del pluralismo y elitismo: los <i>think tanks</i> y su rol sociopolítico	50
 Capítulo 2	
La evolución histórica de la derecha chilena tradicional: hegemonía, adaptación y renovación, 1900-1990	57
2.1 El origen de la derecha chilena: desde la hegemonía política hacia la competición por el poder (1900-1930)	59
2.1.1 La crisis centenaria y la aparición del binomio izquierda-derecha en Chile	60
2.2 La derecha tradicional y el orden político de tres tercios: adaptación y negociación tras la pérdida del Ejecutivo (1930-1964)	66
2.2.1 Manteniendo el <i>statu quo</i> frente al radicalismo: adaptabilidad, poder parlamentario y cooptación del centro político	67
2.2.2 Hacia el fin de la adaptabilidad: socialcristianismo, ibañismo y alessandrismo	76
2.3 La disolución de la derecha tradicional: el fin de la adaptabilidad y la negociación frente al reformismo (1964-1973)	90
2.3.1 El gobierno demócratacristiano y la disolución de la derecha tradicional	91
2.3.2 El auge y la caída de una derecha nacionalista: el Partido Nacional frente al Partido Demócrata Cristiano y a la Unidad Popular	96

2.4 Hacia una derecha chilena renovada: el régimen militar y la corriente liberal-autoritaria (1973-1990)	105
2.4.1 Nacionalistas, gremialistas y monetaristas-neoliberales: la disputa por el poder refundacional	107
2.4.2 El milagro económico y el liberalismo-autoritario: hacia el nacimiento de una nueva derecha chilena	110
2.4.3 Hacia el retorno de la democracia: la crisis de 1982, la apertura política y la reorganización partidaria de la derecha	120

Capítulo 3

La derecha transicional: procesos de adaptación y renovación entre 1990 y 2018	130
3.1 La derecha transicional frente a la Concertación: los enclaves autoritarios y el retorno a la adaptación y negociación (1990-2014)	131
3.1.1 La identidad de la derecha transicional: la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional entre los años 1990 y 2010	134
3.1.2 El lavinismo y el ascenso de la Unión Demócrata Independiente	142
3.1.3 El fin de la Concertación: Lagos, Bachelet y el ocaso de un centro político afín al neoliberalismo	150
3.1.4 Sebastián Piñera: una derecha tecnocrática en el poder Ejecutivo	153
3.2 ¿Crisis en la derecha? La Nueva Mayoría, las reformas estructurales y el segundo triunfo presidencial de Piñera (2014-2018)	162
3.2.1 El segundo gobierno de Bachelet: la canalización de las demandas sociales y la agenda de cambios estructurales	162
3.2.2 ¿La derecha en crisis? La amenaza del sistema-mundo defendido por la derecha transicional	169
3.2.3 La victoria de Piñera frente a la Nueva Mayoría en 2018: ¿la derecha en crisis?	199
3.3 Perspectivas de renovación ideológica en la derecha chilena	206
3.3.1 Cambio generacional y la emergencia de nuevos actores en la derecha	207
3.3.2 Subsidiariedad y focalización en el contexto de las nuevas clases medias	211
3.3.3 Liberalismo moral y conservadurismo en la derecha chilena: el caso de Evópoli	215
3.3.4 La derecha transicional y la revalorización de las ideas: hacia la superación del apoliticismo y el economicismo	216

Capítulo 4

Intelectuales de derecha en Chile: la emergencia de una intelectualidad humanista en un contexto de crisis	221
4.1 La intelectualidad chilena durante el siglo XX: desde la hegemonía del humanista hacia la hegemonía del experto	222
4.1.1 Decadentismo, nacionalismo y corporativismo: la era del ensayista (1900-1950)	226
4.1.2 El auge del cientista social y la hegemonía del sociólogo (1950-1973)	239
4.1.3 El auge del tecnócrata neoliberal y la hegemonía del experto (1973-1990)	243

4.2 El auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha: la crítica a la “carencia de relato” y al economicismo	248
4.2.1 La debilidad intelectual derechista: ¿por qué se dice que en la derecha chilena no hay intelectuales humanistas?	250
4.2.2 La nueva intelectualidad humanista en la derecha: origen, necesidad e influencia	258
4.3 El rol de los intelectuales de derecha en Chile: diferencias entre los nuevos intelectuales y la <i>intelligentsia</i> transicional	267
4.3.1 Las diferencias específicas entre los nuevos intelectuales de derecha y los transicionales	271
Capítulo 5	
Think tanks de derecha en Chile: evolución y modificaciones en las funciones de los centros de pensamiento	277
5.1 Los <i>think tanks</i> en Chile: el origen de los centros de pensamiento, su papel en el régimen militar y su rol en democracia (1957-2018)	278
5.2 Los <i>think tanks</i> de derecha en Chile: la emergencia de nuevos centros de pensamiento	284
5.2.1 Los <i>think tanks</i> de derecha transicionales: políticas públicas y legislación	286
5.2.2 Los nuevos <i>think tanks</i> de derecha: la pretensión de llenar un “vacío” ideológico	294
5.2.3 Los nuevos <i>think tanks</i> de derecha en Chile: origen y nivel de influencia	300
5.3 Las características específicas de los <i>think tanks</i> derechistas: algunos casos relevantes	304
Conclusiones	313
Bibliografía	339
Anexo I - Lista de entrevistados	357
Anexo II - Figuras	358
Sammenvatting	360
Summary	367
Curriculum Vitae	373

Agradecimientos

Esta tesis doctoral no hubiese sido posible sin el apoyo de la Organización Holandesa para la Investigación Científica (NWO) y la pertinente dirección del Prof.dr. Patricio Silva y la Dra. Daniela Vicherat. Ambos contribuyeron al desarrollo de este libro mediante sus agudas críticas y la provisión de valiosa información desde sus respectivas disciplinas académicas. Del mismo modo, agradezco profundamente al Prof.dr. Carlos Peña, quién no sólo contribuyó a este estudio mediante sus acertados comentarios, sino que también por medio de la explícita muestra de interés por la temática aquí examinada. Agradezco, igualmente, a todos los entrevistados que hicieron posible este estudio. Sin ellos, no sólo los resultados obtenidos en este estudio hubiesen sido distintos, sino que además este estudio hubiese sido menos interesante. Agradezco hondamente las largas y fructíferas conversas que estos últimos me brindaron. Agradezco, también, a todos los autores que fueron parte de la literatura examinada en este libro. Cuatro años de mi vida fueron enriquecidos gracias a sus trabajos académicos.

Mi doctorado en los Países Bajos no hubiese sido tan agradable sin la presencia virtual o física de amigos y colegas. En este respecto, agradezco de corazón los buenos momentos, conversas y el cariño que me brindaron Soledad Valdivia, Håvar Solheim, Pablo Isla, Paola Barahona, Marta Figueiredo, Pablo Castellanos, Ylva Götberg, Nicole Pereira, Pedro Salas y Jesse Jonkman. Asimismo, agradezco especialmente a mis queridos “cascos azules”. Junto a Santiago Torres, Chero y Rodrigo Peña, no sólo tuve momentos de entretenimiento, sino que también forjé una linda amistad. Una amistad que espero podamos cultivar a la distancia. Además, agradezco encarecidamente la amistad que me brindó Joaquín Fernández, colega y amigo que conocí gracias al doctorado. Junto a Joaquín, no sólo pude colaborar en el ámbito académico, sino que además pude forjar una amistad que trasciende dicho ámbito. Agradezco, también, a Heather Andrews, una amiga a la cual se me hace imposible no querer dadas sus múltiples virtudes humorísticas e intelectuales. Agradezco, además, a Claudio Navarro, un chileno con un gran corazón, el cual me ha hecho sentir como en casa en estas tierras lejanas. Agradezco, igualmente, a mis amigos del barrio y secundaria (Diego Aguilera, Daniel Correa, Tomás Mosquera, Marco Castrillón y Eduardo Rodríguez), quienes a la distancia, sin saberlo, me han enseñado el significado de la canción *La Lontananza* de Doménico Modugno.

Agradezco, por su parte, a los integrantes de mi familia (Aldo, Marcela, Magdalena, Florencia, Valentina, Pablo y Mateo), quienes siempre han estado junto a mí tanto en mis desventuras como en mis momentos de regocijo. Agradezco especialmente el apoyo infinito de Marcela Rojo, mi madre, una mujer que nunca se rinde y que ha sido capaz de darle constantemente amor, alimento y cobijo a todos sus hijos a pesar de la fatiga. Agradezco, igualmente, a mi querido abuelo y padre Sergio Rojo Anabalón, arquitecto y matemático, un gran hombre que se emocionaba al leer a Thomas Mann y que me enseñó el significado de la disciplina y el amor por el conocimiento. Agradezco, además, a mi querida abuela Juana Truel Bressoud, literata y PhD, una admirable mujer que me enseñó a disfrutar la belleza de lo simple y que el conocimiento no sólo puede ser útil, sino que también puede ser una increíble fuente de goce espiritual. Una mujer fuerte y refinada que, tras la muerte de mi abuelo, humildemente me decía, citando a Rainer Maria Rilke: “Wer spricht von Siegen? Überstehn ist alles!”. Finalmente, agradezco profundamente a Sandrina y Moira, mis dos grandes amores que no sólo me impulsaron a terminar a tiempo esta investigación, sino quienes también me ayudaron a vislumbrar la mejor versión de mí mismo y que el amor ciertamente es algo real.

Abreviaturas

AC	Asamblea Constituyente
AD	Alianza Democrática
AHC	Academia de Humanismo Cristiano
AIL	Aire Libre
AL	Alianza Liberal
AN	Acción Nacional
AR	Acción Republicana
AVN	Avanzada Nacional
BSD	Bloque de Saneamiento Democrático
CA	Ciudadano Austral
CACT	Círculo Acton
CAEUC	Centro de Alumnos de Economía de la PUC
CAP	Centros Académicos Privados
CEARNI	Centro de Estudios y Análisis de la Realidad Nacional e Internacional
CED	Centro de Estudios del Desarrollo
CELAP	Centro Latinoamericano de Población y Familia
CENECA	Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística
CEP	Centro de Estudios Públicos
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CERC	Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea
CHS	Chile Siempre
CIDE	Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación
CIEPLAN	Corporación de Estudios para Latinoamérica
CIPMA	Centro de Investigación y Planificación del Medio
CLAPESUC	Centro Latinoamericano de Políticas Económicas y Sociales
COEC	Corporación de Estudios Contemporáneos
CORFO	Corporación de Fomento y la Producción de Chile
CPC	Confederación de la Producción y del Comercio
CPU	Centro de Promoción Universitaria
CTC	Confederación de los Trabajadores del Cobre
CUT	Central Única de Trabajadores
CUV	Cedula Única de Votación
CYJ	Comunidad y Justicia
DESAL	Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina
DREP	Derecha Republicana
DYD	Democracia y Desarrollo
DYM	Democracia y Mercado
EXPA	Expansiva
F180	Fundación Cientochoenta
FA	Frente Amplio
FAP	Frente de Acción Popular
FAVCH	Fundación Avanza Chile
FCH21	Fundación Chile 21
FCHI	Fundación Chile Intercultural
FD	Frente Democrático

FDEMO	Fundación por la Democracia
FEF	Fundación Eduardo Frei
FEUC	Federación de Estudiantes de la PUC
FF	Ford Foundation
FF.AA.	Fuerzas Armadas
FFU	Fundación Futuro
FI	Fundación Iguales
FJG	Fundación Jaime Guzmán
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FN	Falange Nacional
FP	Frente Popular
FPP	Fundación para el Progreso
FT	Frente del Trabajo
FUP	Fundación Piensa
GIA	Grupo de Investigaciones Agrarias
HRZ	Horizontal
IC	Izquierda Cristiana
ICAL	Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz
ICHEH	Instituto Chileno de Estudios Humanísticos
IDRC	International Development Research Centre
IES	Instituto de Estudios de la Sociedad
IIG	Instituto Igualdad
IJA	Instituto Jorge Ahumada
IL	Instituto Libertad
ILADES	Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales
ILET	Instituto Latinoamericano de Institutos Transnacionales
IP	Idea País
IRP	Instituto Res Pública
ISI	Industrialización por Sustitución de Importaciones
JYD	Justicia y Democracia
KAS	Konrad-Adenauer-Stiftung
LYD	Libertad y Desarrollo
MADE	Movimiento Alessandrista Democrático
MAN	Movimiento de Acción Nacional
MAPU	Movimiento Acción Popular Unitario
MDP	Movimiento Democrático Popular
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionario
MUN	Movimiento Unión Nacional
ND	Nueva Democracia
NDI	National Democratic Institute
NM	Nueva Mayoría
ODEPLAN	Oficina de Planificación Nacional
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PA	ProjectAmerica
PAG	Partido Agrario
PAL	Partido Agrario Laborista
PC	Partido Comunista

PCON	Partido Conservador
PCONSOC	Partido Conservador Socialcristiano
PCONTRAD	Partido Conservador Tradicionalista
PDC	Partido Demócrata Cristiano
PEM	Plan de Empleo Mínimo
PET	Programa de Economía del Trabajo
PGM	Primera Guerra Mundial
PIIE	Programa Interdisciplinario de Investigación en Educación
PN	Partido Nacional
PNAC	Partido Nacionalista
POJH	Programa de Ocupación para Jefes de Hogar
POS	Partido Obrero Socialista
PPD	Partido por la Democracia
PR	Partido Radical
PREP	Partido Republicano
PRS	Partido Radical Socialdemócrata
PS	Partido Socialista
PSP	Partido Socialista Popular
PUC	Pontificia Universidad Católica de Chile
PYL	Patria y Libertad
RD	Revolución Democrática
RN	Renovación Nacional
SGM	Segunda Guerra Mundial
SII	Servicio de Impuestos Internos de Chile
SNA	Sociedad Nacional de Agricultura
SOFOFA	Sociedad de Fomento Fabril
SUR	Corporación de Estudios Sociales y Educación
T2000	Tiempo 2000
UCH	Universidad de Chile
UDD	Universidad del Desarrollo
UDP	Universidad Diego Portales
UFT	Universidad Finis Terrae
UN	Unión Nacional
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UP	Unidad Popular
UR	Unión Republicana

Introducción

Los conceptos políticos izquierda y derecha se utilizaron por primera vez en el mundo occidental para ordenar e identificar las diversas posturas político-ideológicas en marco de la Revolución Francesa. Específicamente, estos conceptos surgieron cuando los representantes de la Asamblea Nacional realizada en 1789 usaron estas coordenadas para mostrar su postura política. A la derecha del rey se sentaban los diputados moderados y a la izquierda los jacobinos. Los primeros eran partidarios de una monarquía parlamentaria; los segundos de una república. Los primeros aún querían conservar; mientras que los segundos querían renovar. Por ende, la diferencia entre izquierda y derecha está fundada simbólicamente desde sus orígenes en la dicotomía “orden-revolución” (Valdivia 2008). Esto es, dado que sólo cuando aparece la necesidad de cambio, de revolución, la derecha toma conciencia de sí misma para justificar el orden preexistente, lo cual ha llevado a que parte de la literatura especializada catalogue a este sector político como reaccionario (Burgos 2014; O’Sullivan 2013).

Según Girvin (1994), el rasgo fundamental de la derecha, entonces, es la necesidad de conservación. Esto es, un aspecto que es afín a la dicotomía “orden-revolución”. Según este autor, la derecha encarna una actitud tradicionalista que favorece la continuidad y la mantención del *statu quo*; mientras que la izquierda posee una actitud orientada al cambio y discontinuidad. En tal respecto, la tradición, fundada habitualmente en la jerarquía, la raza, la clase o la religión, es lo esencial a la hora de definir a la derecha; mientras que la izquierda puede ser definida por una aproximación hacia la ruptura y, en último término, hacia la modernidad. De este modo, según Fediakova (2003), son de izquierda las colectividades e instituciones que promueven el cambio social; y de derecha aquellas que se oponen a toda transformación de la forma de organización tradicional. Desde esta perspectiva, la derecha está determinada por lo que Burgos (2014) y O’Sullivan (2013) llaman “conservadurismo reaccionario”, a saber: una visión de mundo que reconoce la jerarquía y la desigualdad como parte de un orden natural (Bobbio 1995), la cual hace que la derecha sólo reaccione cuando dicho ordenamiento es amenazado (Girvin 1994). Por lo tanto, izquierda y derecha se articulan como dos visiones de mundo opuestas aunque correlacionadas (Fediakova 2003): la primera favorece el cambio y la modernidad; la segunda se opone al cambio en favor un *statu quo* naturalizado (Borja 1997; Nisbet 1995; Scruton 1991).

Al igual que Girvin (1994), Romero (1970), por su parte, sostiene que la derecha puede ser identificada con el anti-reformismo dado que se opone al cambio y promueve la conservación. Sin embargo, Romero también argumenta que este último criterio es insuficiente para entender a la derecha de América Latina si no se agrega al análisis la dimensión socioeconómica. Esto es, puesto que la derecha latinoamericana está indisolublemente asociada a los actores que controlan las estructuras sociales y las fuentes de producción. De hecho, la derecha latinoamericana no sólo está asociada a las clases dominantes contractualmente, sino que está compuesta en sí misma por empresarios y grupos sociales que poseen las fuentes tradicionales de riqueza (Chalmers, de Souza, y Boron 1992; Lipset 1981). En tal sentido, Romero (1970) sostiene que esto se debe a que la derecha latinoamericana se constituyó a partir de élites señoriales que tienen su origen en las estructuras rurales de la colonia española. Esto es, un tipo de élite que, considerándose heredera de la tradición hispánica, se considera a sí misma como la elegida para mantener el poder y gobernar, puesto que sostiene que ella encarna las más altas virtudes de la nación. Estas élites de derecha no sólo justifican la jerarquía en el mundo moderno por medio de este razonamiento, sino que además se posicionan como el único cuerpo social que puede encarnar los valores de la nación y llevarlos a la práctica. Según esta lectura, la derecha

latinoamericana tiene su origen en una élite paternalista que posee un sentido de superioridad moral frente al resto de la sociedad, aspecto que le permite auto-justificarse como clase social dominante.

La derecha puede ser vista, entonces, según lo aquí señalado, como un sector político y socioeconómico que, acostumbrado a oponerse al cambio y a la modernidad, busca conservar un *statu quo* naturalizado en el marco de la defensa tradición y/o de su propio poder político y económico. En tal sentido, ¿son suficientes estas definiciones para entender a las derechas contemporáneas? ¿Se oponen actualmente las derechas al cambio sociopolítico y a la modernidad? ¿Cómo puede ser interpretado esto último en el caso de América Latina? En el caso latinoamericano, caso en el cual se circunscribe el estudio de la derecha chilena tratado en este estudio, no son muchos los trabajos académicos dedicados a estudiar en profundidad los procesos de renovación políticos e ideológicos que específicamente las derechas han experimentado en América Latina en las dos últimas décadas (Alenda 2020). De hecho, la mayoría de la literatura especializada que tiene por objeto el estudio de las derechas latinoamericanas, se enfoca principalmente en las décadas de 1970, 1980 y 1990 (Chalmers et al. 1992; Gibson 1992; Middlebrook 2000). Es decir, en los periodos dictatoriales y transicionales sufridos por los distintos países de la región. Es por esta razón que las últimas dos décadas merecen una especial atención no sólo por el vacío que existe en la literatura especializada con respecto a las derechas latinoamericanas contemporáneas, sino que debido a que en estas dos últimas décadas el panorama de dichas derechas se ha modificado sustancialmente gracias a los múltiples y vertiginosos cambios políticos, sociales y económicos que trajo consigo el siglo XXI.

La inauguración de la década de los 2000 marcó el inicio de un difícil momento para las derechas de América Latina. En esta década, los partidos políticos de izquierda latinoamericanos y sus líderes políticos comenzaron a obtener un substancial apoyo electoral en la región en el marco de lo que se ha llamado “el giro hacia la izquierda”. Suceso que debilitó hasta cierto grado el poder político, material e ideológico que las derechas latinoamericanas habían obtenido y consolidado tras el retorno a las nuevas democracias alrededor de la década de 1990 (Luna y Rovira Kaltwasser 2014). Este “giro hacia la izquierda” se debió en parte al debilitamiento de la hegemonía norteamericana en la región (Hershberg 2010; Panizza 2009), aunque sobre todo se debió al auge de un gran descontento ciudadano o popular que comenzó a gestarse en los países latinoamericanos desde los albores de la década del 2000. Esto es, un descontento que tuvo lugar específicamente frente a las políticas públicas inspiradas en un liberalismo económico radicalizado y en las medidas de privatización implementadas entre las décadas de 1980 y 1990 en el marco de las directrices del *Washington Consensus* (Luna y Rovira Kaltwasser 2014). Dichas políticas comenzaron a ser vistas por parte de la población –erradamente o asertivamente– como las principales causantes de la exacerbada desigualdad social e ineficiente redistribución de los recursos económicos y sociales en América Latina (Luna y Filgueira 2009; Roberts 2008; Silva 2009). De modo que esto último, a la larga, debilitó el proyecto de modernización conservador y capitalista que los partidos políticos de derecha y sus tecnócratas comenzaron a instalar a partir de la década de 1980 en la región (Luna y Rovira Kaltwasser 2014). En tal sentido, las últimas dos décadas han desafiado sin duda el *statu quo* y el sistema-mundo defendido por derechas latinoamericanas formadas y consolidadas en el marco de los procesos dictatoriales y transicionales experimentados en América Latina.¹ Por lo que esta situación ha sido especialmente difícil para un

¹ La idea de “sistema-mundo” presentada en este trabajo puede ser relacionada con la concepción de Immanuel Wallerstein (2004). No obstante, esta última no se refiere a dicha concepción. “Sistema-mundo” aquí debe ser entendido como la mezcla entre una cosmovisión particular, las prácticas políticas, económicas, sociales y

sector político que, como se ha señalado anteriormente, se ha situado históricamente y simbólicamente como un sector reaccionario que posee ciertas dificultades para enfrentarse a los cambios sociales, políticos y económicos. Esto es, cambios que, dependiendo de su intensidad y duración, según se señala en la sección 1.1, podrían empujar a los diversos sectores políticos afectados por dichos cambios tanto a su desaparición como a experimentar intensos procesos renovación política e ideológica.

Los procesos de renovación política e ideológica experimentados por un partido político son complejos en términos generales. No obstante, como ya se puede intuir según lo anteriormente señalado, dichos procesos son ciertamente más complejos para los partidos políticos que tienen un intrínseco apego a la tradición, al pasado y/o un afanoso deseo por defender el *statu quo*, ya sea por razones materiales, políticas y/o ideológicas. En tal sentido, de acuerdo a lo señalado por la sección 1.1, la renovación política e ideológica en el contexto partidario tiene lugar o es empujada cuando un partido político asiste a un periodo crítico o coyuntura crítica que afecta radicalmente su éxito electoral, sus más profundos intereses materiales y valóricos o incluso su existencia. Es decir, una crisis que lleve a un partido político cualquiera, con el fin de asegurar su propia sobrevivencia, a renovar las ideas fundamentales de su sistema de creencias y prácticas políticas habituales mediante una deliberación “racional” que es ciertamente forzada por las circunstancias.² Dicho partido político, sin una crisis que lo amenace radicalmente y lo empuje hacia la renovación política e ideológica, no tiene la necesidad de realizar movimientos renovadores profundos y sólo se dedica a realizar movimientos adaptativos que le permitan mantener un relativo grado de éxito en el marco de circunstancias políticas y sociales usuales. Es decir, cambios provisorios en su retórica, modificaciones en sus ideas periféricas (no las ideas fundamentales de su sistema de creencias) y cambios en sus prácticas contingentes. Por ende, es sólo en el marco de un contexto crítico como el aquí mencionado que en un partido político inicia una etapa de renovación política e ideológica profunda. Esto es, cuando la identidad del partido político —una mezcla entre reglas institucionales (Buckler y Dolowitz 2009) y los más profundos compromisos ideológicos de la organización partidista (Panebianco 1982)— colisiona con las “necesidades empresariales” de este último (Oakeshott 1975). Es decir, necesidades impuestas por la competición por el poder y el imperativo de la sobrevivencia.

Los partidos políticos pueden realizar, entonces, según lo aquí señalado, cambios profundos en su ideario fundamental y prácticas habituales cuando se enfrentan a coyunturas críticas que los amenazan radicalmente. Sin embargo, dichos cambios suelen entrar en conflicto con la identidad de los partidos políticos, dado que aquellos cambios se suelen contraponer al *corpus* de ideas fundamentales y prácticas habituales en el que se funda la *raison d'être* de las organizaciones partidarias (Buckler y Dolowitz 2009, 2012). Esto es, un *corpus* de ideas que en un momento de crisis radical está siendo ciertamente cuestionado (Budge 1994).³ Por lo que si bien las circunstancias críticas pueden forzar la

religiosas derivadas de dicha cosmovisión, y la estructura institucional en la cual dicha cosmovisión está sostenida.

² Los procesos de renovación política e ideológica no tienen su origen en la voluntad de los partidos políticos y de quienes los dirigen. Por el contrario, dichos movimientos son el resultado de determinadas coyunturas que impulsan a los individuos y colectividades a modificar sus prácticas e ideas. De modo que los procesos de renovación no deben ser leídos como el resultado de la acción de voluntades individuales o colectivas que son capaces de interpretar la historia fuera de un contexto particular e impulsar procesos de renovación diseñados racionalmente. Empero, esto último no quiere decir que en el marco de una coyuntura crítica que exige la renovación no haya élites políticas e intelectuales capaces dirigir —con límites— este tipo de procesos.

³ Esto último sucede sobre todo en los partidos políticos monolíticos que están fuertemente institucionalizados y que poseen un gran apego al pasado.

necesidad de renovación del sistema de creencias y prácticas habituales de estas organizaciones, dicho requerimiento puede ser también rechazado e incluso catalogado como una traición por quienes aún forman parte del partido político y aún son fieles a un determinado sistema de creencias y sus prácticas derivadas (Buckler y Dolowitz 2009, 2012; Diamond 2005; Jones 1996; Seliger 1976). Por ende, para llevar a cabo con éxito un proceso de esta naturaleza, un partido político debe realizar –desde un punto normativo– las modificaciones ideológicas pertinentes para poder superar la crisis. Es decir, debe realizar modificaciones ideológicas profundas que apelen a las necesidades impuestas por la crisis y, al hacerlo, debe también apelar a un sentido de continuidad u origen que inhiba el auge de sentimientos de traición entre quienes se sienten identificados con las ideas que están siendo cuestionadas (Buckler y Dolowitz 2009, 2012). En tal sentido, con el fin de atravesar con éxito un proceso de renovación política e ideológica, los partidos políticos y sus élites dirigentes (ya sean políticas o intelectuales) deben buscar ciertas hebras ideológicas en su pasado que sean adecuadas para articular una nueva narrativa que sea acorde a las necesidades suscitadas por el momento crítico. Mientras que, al mismo tiempo, deben descartar los elementos que en un momento de crisis son considerados como “fallidos”. Es así que un partido político podría abrazar con éxito un proceso de renovación política e ideológica cuando enfrenta un momento de crítico capaz de llevarlo a la desaparición (Buckler y Dolowitz 2009, 2012).

Esta tarea de renovación política e ideológica debe ser realizada por actores que tengan tanto la autoridad al interior y alrededor del partido político, como la capacidad intelectual para llevar a cabo un proceso de esta índole (Buckler y Dolowitz 2009, 2012). De modo que tanto los *think tanks* como los intelectuales podrían ser los actores capaces de hacerse cargo de dicho desafío. Por un lado, los *think tanks*, como se señala en la sección 1.3, no sólo detentan el simbolismo de la *expertise* a la hora de proveer respaldo intelectual a distintas organizaciones partidarias –simbolismo que provee legitimidad– (Pinilla 2012), sino que, además, al ser parte de *policy networks* específicas, se sitúan como un agente que puede estar cerca de la toma de decisiones y determinados círculos de poder en los partidos políticos, lo cual les permite tener una considerable influencia (Pautz 2011). En tal sentido, los *think tanks*, mediante sus distintos perfiles y funciones, poseen una identidad orgánica y una posición privilegiada –garantizada por una “coalición discursiva” (Hajer 1993, 1995)– que les permite contribuir a la legitimación y/o renovación de discursos ideológicos orientados a obtener un valor hegemónico en un sector social y político específico (Pautz 2011). Asimismo, los intelectuales, como se señala en la sección 1.2, sean parte de un *think tank* o no, pueden contribuir a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario mediante sus habilidades críticas-humanistas, mediadoras y/o expertas (Osborne 2004). En tal sentido, los intelectuales no necesitan vivir en una torre de marfil y hablarle en el nombre de la “verdad” ilustrada –verdad que *de facto* no poseen– a quienes necesitan su consejo, sino que basta con que entren en el espacio público para poder detentar un rol público –jamás neutro– que contribuya al ejercicio de la deliberación racional en una etapa de crisis partidaria (Micco 2015). Por ende, mediante sus diversos perfiles y funciones, los intelectuales pueden contribuir persuadiendo acerca de cada una de las hebras ideológicas necesarias que son requeridas para llevar a cabo un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario. O bien, pueden contribuir justificando un determinado orden ideológico y político mediante el uso de sus herramientas intelectuales.

El caso de la derecha chilena es especialmente interesante en el contexto derechista regional y conceptual anteriormente mencionado, ya sea cuando se trata del estudio de la derecha chilena

tradicional o transicional.⁴ Esto es, no sólo dado que ambas derechas, teniendo un intrínseco apego al pasado, han tenido que enfrentar coyunturas críticas que han empujado procesos de renovación política e ideológica que pueden ser comparados, sino que también dado que en ambos casos los *think tanks* e intelectuales de derecha han tenido un rol protagónico en dichos procesos de renovación.

En lo que respecta a la derecha tradicional y a sus procesos de renovación política e ideológica, cabe señalar que entre los años 1900 y 1990 tuvieron lugar variadas coyunturas que implicaron importantes desafíos y transformaciones para este sector político. Según Fernández y Rumié (2020), en el marco de dichas coyunturas, no sólo se vio amenazado el *statu quo* defendido por las élites políticas derechistas tradicionales, sino que también la hegemonía de ciertas ideas y prácticas dominantes en la sociedad chilena. Esto es, ideas que en el caso de la derecha tradicional provenían ciertamente de un ordenamiento decimonónico y que fueron debilitadas gradualmente a lo largo del siglo XX por las fuerzas progresistas, revolucionarias y los imparable procesos de modernización experimentados en occidente. En tal sentido, durante dicho siglo, la derecha chilena afrontó aquellos acontecimientos mediante dos estrategias que tuvieron como objetivo asegurar *de facto* su propia sobrevivencia en un entorno de cambios sociales, políticos y culturales. Por un lado, recurrió a estrategias adaptativas de carácter defensivo que tuvieron como finalidad mantener protegidos sus intereses y valores centrales. Por otro lado, desarrolló estrategias de carácter ofensivo y renovadoras que tuvieron como finalidad revitalizar al sector en los diversos contextos adversos. La radicalidad de las modificaciones políticas e ideológicas realizadas por la derecha chilena en estas circunstancias dependió en gran medida de cuán críticas fueron las coyunturas que este sector debió afrontar. En los períodos en que la derecha tradicional no vio puesto *de facto* en jaque su poderío e intereses, tal como lo muestra la teoría en la sección 1.1, dicho sector actuó mediante lógicas adaptativas; mientras que en los períodos críticos que pusieron en jaque sus intereses y existencia, la derecha chilena vio el auge de movimientos renovadores que modificaron sus prácticas e ideas.

Entre 1960 y 1973, por ejemplo, un periodo que fue dirigido por las amenazas reformistas y revolucionarias principalmente lideradas por corrientes demócratacristianas y marxistas, tal como se muestra en la sección 2.3, el sistema-mundo defendido por la derecha tradicional fue radicalmente amenazado. Esto es, al punto de que el PCON y el PL fueron disueltos en 1965 abriéndole el paso a una derecha nacionalista –aglomerada en el Partido Nacional (PN)– que hasta dicho entonces no había sido hegemónica en el sector (Correa 2005b). En tal sentido, en el marco de un proceso global que

⁴ En este estudio se usa la etiqueta “derecha tradicional” para referirse al Partido Conservador (PCON) y Partido Liberal (PL), partidos políticos de origen decimonónico que compitieron en Chile por el poder frente a la izquierda y el centro político hasta 1965 (Correa 2005b). Por su parte, en este estudio se usa la etiqueta “derecha transicional” para referirse a los partidos políticos, *think tanks* e intelectuales de derecha que surgieron y se consolidaron en el marco del régimen militar o en el subsecuente proceso transicional que tuvo lugar en Chile entre los años 1990 y 2000. En tal sentido, aquí se incluye como “derecha transicional” a la Unión Demócrata Independiente (UDI), Renovación Nacional (RN) y a los principales *think tanks* de derecha que surgieron en el régimen militar de Pinochet o en proceso de transición hacia la democracia. Es decir, el Centro de Estudios Públicos (CEP), Libertad y Desarrollo (LYD), Fundación Jaime Guzmán (FJG) y el Instituto Libertad (IL). Se optó en este estudio por la etiqueta “transicional” dado que, en términos generales, estos partidos políticos, *think tanks* e intelectuales de derecha siguen operando en la actualidad en el marco de ideas y prácticas que podrían ser asociadas a la transición, al régimen militar y al llamado “chicago-gremialismo”. Por ende, en esta etiqueta no se incluye al nuevo partido político de derecha, Evópoli, ni a los nuevos *think tanks* de derecha estudiados en este trabajo, a saber: Instituto Estudios de la Sociedad (IES), Fundación para el Progreso (FPP) y Horizontal (HRZ). Esto es, organizaciones que en distintos grados y maneras, buscan distanciarse de la derecha transicional, ya sea con respecto a sus ideas o prácticas.

promocionaba ideas *anti-establishment*, la derecha chilena asistió a una serie de cambios sociales y estructurales que dinamitaron su poder político, cultural y económico, lo cual hizo imposible que este sector pudiese seguir adaptándose a las exigencias progresistas y negociando con un centro político moderado como lo había hecho desde 1938 (Correa 2005b; Fernández y Rumie 2020; Valdivia 2008). Entre algunos de estos cambios, tuvieron lugar tres reformas agrarias que destruyeron aceleradamente la estructura latifundista en Chile, una estructura en la que descansaba el poder político y cultural de la derecha tradicional (Correa 1989; Fernández y Rumie 2020; Garrido 1988). Por otro lado, tras el Concilio Vaticano II, el electorado católico viró hacia las posturas reformistas del Partido Demócrata Cristiano (PDC), abandonando así al PCON, un partido político del cual provenía gran parte del sobrerrepresentado electorado derechista (Correa 1999, 2005b; Fernández y Rumie 2020). Por último, como si lo anterior fuese poco, la creación de la Cedula Única de Votación (CUV) en 1958 contribuyó también al debilitamiento del poder derechista en el contexto del latifundio, lo cual fue complementado por la expansión de los electores en las grandes ciudades, entornos donde las ideas progresistas tenían un considerable impacto (Fernández y Rumie 2020). Todas estas circunstancias –entre otras exploradas en el capítulo 2– contribuyeron a la radical crisis de la derecha tradicional y su sistema-mundo. Esto es, una crisis que terminó no sólo con el golpe de Estado en Chile de 1973, sino que también con la necesidad de reestructurar y renovar las ideas fundamentales y prácticas habituales de una derecha de origen decimonónico que ya no tenía cabida en el Chile de la segunda mitad del siglo XX (Correa 2005b; Fernández y Rumie 2020). Así, fueron las condiciones críticas que vivió la derecha entre las décadas de 1960 y 1970 las que empujaron a este sector a experimentar posteriormente intensos procesos de renovación política e ideológica.

Luego, desde 1973 hasta 1990, periodo en el que se consolidó un régimen militar liderado por fuerzas derechistas, se modificó no sólo la economía y cultura de la sociedad chilena en el marco de una “revolución capitalista” y conservadora (Gárate 2012; Moulian y Vergara 1981; Vergara 1982, 1985), sino que también el *corpus* ideológico, social y político de la derecha en Chile (Alenda 2014, 2020; Fernández y Rumie 2020). Esto es, un suceso que sin duda dio origen a la derecha transicional en Chile y a sus actuales partidos políticos, la UDI y RN (Fernández y Rumie 2020). En el marco de tal proceso de reconfiguración, tanto gremialistas, nacionalistas como monetaristas-ortodoxos (*Chicago Boys*) –principales fuerzas políticas e intelectuales de la derecha durante el periodo autoritario–, compitieron por hegemonizar al sector y por obtener la venia de Pinochet (Vergara 1985). No obstante, dicha competencia culminó con la genuina alianza que surgió entre gremialistas y *Chicago Boys*, lo cual dio origen a la corriente derechista liberal-autoritaria o a la llamada orientación “chicago-gremialista” en la derecha (Fernández y Rumie 2020). Esto es, una corriente que –en el marco del proyecto refundacional del régimen militar (Vergara 1985)– estuvo encargada de establecer el actual modelo socioeconómico de desarrollo de Chile, la actual constitución política y de realizar lo que la derecha tradicional no pudo hacer durante gran parte del siglo XX: modernizar el capitalismo (Fernández y Rumie 2020). Así, el proceso crítico general vivido entre 1960 y 1990, el cual destruyó a la derecha tradicional y su sistema-mundo, fue, como ya se ha sostenido, una condición *sine qua non* para el surgimiento de esta derecha transicional. Esto es, una derecha que, en términos ideológicos, se ha constituido principalmente como liberal en materias económicas, conservadora en el plano moral y democrática o autoritaria –dependiendo del caso– en lo que respecta a su orientación política.⁵

⁵ Véase además las secciones 2.4 y 3.1.1.

Ahora bien, tras el retorno a la democracia en el año 1990, tal como señala la sección 3.1, la derecha transicional logró proteger sus intereses y consolidar su propio proyecto de sociedad en el nuevo entorno político gracias a un nuevo modelo de democracia catalogado como “protegido” y un modelo socioeconómico que ella misma diseñó durante el periodo dictatorial (Fernández y Rumie 2020).⁶ Desde dicho entonces, la derecha transicional logró proteger sus intereses y sobrevivir cómodamente en el nuevo entorno político incluso si esta última no estuvo *de facto* en el Ejecutivo hasta el año 2010. En tal sentido, al menos hasta dicho año, el sector derechista transicional no tuvo más que adaptarse a las nuevas circunstancias políticas y negociar con una reinante coalición de centro-izquierda que, como si fuese poco, se dedicó a perfeccionar el modelo socioeconómico diseñado durante el régimen militar. Esto es, un modelo basado en la privatización de la economía, el cual promueve un tipo de Estado subsidiario, y que además está orientado por principios (neo)liberales. Así, al menos entre los años 1990 y 2010, la derecha transicional no tuvo la necesidad de renovarse ni reposicionarse drásticamente desde el punto de vista político e ideológico, puesto que sentía que la batalla contra el progresismo en dichas áreas –sobre todo tras la caída del muro de Berlín y la desarticulación de la izquierda revolucionaria– ya estaba ganada en Chile y occidente. De hecho, durante dicho periodo, sin sentir *de facto* amenaza alguna por parte de la nueva izquierda socialdemócrata que estaba en el poder, la derecha transicional entró en una suerte de “mutismo”, “silencio” o relajo intelectual, el cual fue garantizado precisamente por las cómodas condiciones de protección política y de aceptación *cuasi* transversal de su modelo de sociedad (Herrera 2014; Mansuy 2016c). Por ende, durante estas primeras dos primeras décadas de la nueva democracia, la derecha transicional se dedicó a defender el legado del régimen militar (lo cual se transformó hasta cierto punto en su *raison d'être*) y no experimentó una real necesidad de someter a cuestionamiento sus propias ideas socioeconómicas, políticas y morales. Es decir, un cuerpo de ideas que habían sido constituidas sobre todo a partir de las concepciones de mundo heredadas del periodo autoritario y la Guerra Fría (Herrera 2014), las cuales dieron origen tanto a los partidos políticos de la derecha transicional; como a los primeros y principales *think tanks* de derecha en Chile (el CEP, LYD, la FJG y el IL).

Esta situación de comodidad en el marco de una democracia “protegida” y la hegemonía del modelo socioeconómico instalado durante el autoritarismo, no obstante, comenzó a debilitarse lentamente a partir del fin del periodo transicional y la consolidación democrática en la década de los 2000. Esto es, sobre todo tras la detención de Pinochet en Londres en 1998, el debilitamiento de determinados “enclaves autoritarios” (por ejemplo, la eliminación de senadores designados y vitalicios en el año 2005) y el auge de reformas anti-conservadoras como la Ley de Divorcio en el 2004.⁷ Sin embargo, tal como señala el capítulo 3 de este estudio, el real debilitamiento de esta situación o sensación de protección experimentada por la derecha transicional comenzó a tener lugar *de facto* sobre todo a partir del año 2010. De hecho, fue sólo tras las problemáticas que la derecha transicional experimentó en el marco del primer gobierno de Piñera (2010-2014), el auge de las movilizaciones sociales (2011) y la consolidación del gobierno progresista de la Nueva Mayoría (NM) (2014-2018), que la derecha comenzó a sentir por primera vez *de facto* amenazados sus principales intereses políticos, ideológicos y materiales.⁸ Esto es, al punto de que incluso, en dicho entonces, la supuesta amenaza reformista

⁶ Respecto a dicho modelo véase además la sección 3.1.

⁷ Sobre los llamados “enclaves autoritarios”, véase además la sección 3.1.

⁸ Tanto las movilizaciones sociales que tuvieron lugar durante el gobierno de Sebastián Piñera como el gobierno de la NM, atacaron pilares importantes del sistema-mundo defendido por la derecha chilena, sobre todo en lo que respecta al llamado “modelo neoliberal” de desarrollo. Véase sección 3.2.

generada por el gobierno de la NM, fue comparada con la amenaza que tuvo lugar en las décadas de 1960 y 1970 tras las reformas estructurales realizadas por el gobierno de Eduardo Frei Montalva y la Unidad Popular (UP) de Salvador Allende (ambos gobiernos son explorados en el capítulo 2). Fue así que, en el marco de estas coyunturas críticas para la derecha transicional, se comenzó a señalar en diversos medios de difusión masiva y libros de divulgación con orientación académica que la derecha transicional, su modelo de sociedad, así como sus principales ideas y prácticas, estaban asistiendo a distintos tipos de crisis (Atria et al. 2013; Herrera 2014; Kaiser 2009; Mansuy 2016c; Mayol 2013; Urbina y Ortúzar 2012). Por ejemplo, crisis que tuvieron que ver con la llamada “anorexia cultural” del sector derechista en el marco de las derrotas electorales sufridas por este sector frente al progresismo alrededor del año 2014 (Kaiser 2009). Crisis que pasaban por el declarado –desde un punto de vista normativo– “derrumbe” del modelo socioeconómico defendido por este sector (Atria et al. 2013; Mayol 2013). Hasta una crisis “intelectual” o de principios donde la “carencia de relato”, el exacerbado economicismo y la cuestionada hegemonía de la corriente “chicago-gremialista” en la derecha, se situaban como los principales catalizadores de las dificultades que este sector experimentó entre los años 2010 y 2018 (Herrera 2014; Mansuy 2016c; Urbina y Ortúzar 2012).

Como resultado de esta situación aparentemente crítica, la derecha transicional no sólo asistió a un proceso de fragmentación partidaria –el cual dio origen hasta cierto grado a un nuevo partido político de derecha, Evópoli (Alenda 2020)–, sino que también a la amenaza del proyecto de sociedad y *corpus* ideológico que defendía y que ciertamente había heredado del régimen militar (véanse secciones 3.2 y 3.3). En tal contexto amenazante, como bien se señala en el capítulo 4 y 5 de este estudio, la derecha chilena asistió, además, al auge de una nueva intelectualidad humanista de derecha que, estando enmarcada en un proceso de cambio generacional, comenzó a poner en cuestionamiento las prácticas e ideas que la derecha transicional había estado defendiendo hasta dicho entonces. Esto es, acusando que dichas prácticas e ideas habían sido en parte responsables del momento crítico que la derecha chilena estaba viviendo. De este modo, con el fin de realizar una labor crítica, esta nueva intelectualidad se aglomeró sobre todo en torno a nuevos *think tanks* (lo cual fortaleció sus grados de influencia) y se enmarcó ciertamente en una orientación humanista. De hecho, la mayoría de esta insipiente *intelligentsia* derechista esta compuesta por filósofos, antropólogos e historiadores, y no por ingenieros o economistas como solía y suele suceder con los intelectuales expertos que representan a la derecha transicional en Chile (véase sección 4.2).

Esta nueva *intelligentsia* derechista –en términos específicos– ha sostenido que uno de los mayores problemas de la derecha transicional es que esta última estaría experimentando una grave carencia de principios ideológicos suficientemente reflexionados o diseminados capaces de hacer frente al entorno político y social del Chile contemporáneo. Lo cual, entre otras cosas, ha tenido que ver con que los “intelectuales orgánicos” de este sector político han sido (hasta la aparición de esta nueva intelectualidad) predominantemente expertos que explican y justifican la realidad social y política con números y gráficos. Esto es, sin dotar de un sentido político o una justificación moral las prácticas e ideas de la derecha chilena. En tal respecto, algunos de estos nuevos intelectuales humanistas señalan que la derecha no sabría defender sus ideas en el plano ideológico, pues esta última estaría acostumbrada a defender sus creencias o su modelo de sociedad únicamente mediante documentos técnicos que no hablan de los principios morales en los que se fundan las políticas económicas o sociales que este sector defiende (Kaiser 2009). Mientras que, según otros, la derecha transicional no sabría reflexionar acerca de sus propias ideas, situación que no le permitiría este sector salir del “mutismo” en el que se encuentra (Mansuy 2016c), “gobernar con principios” (Urbina y Ortúzar 2012)

o reflexionar acerca de si aquellas ideas o principios que aún defiende son adecuados para la actual situación social, económica y política de Chile (Herrera 2014). Sin embargo, a pesar de estas diferencias de opinión, esta nueva generación de intelectuales humanistas de derecha ha concordado en el hecho de que si efectivamente hubo o hay una crisis en la derecha producto de las coyunturas ocurridas a partir del año 2010, esta fue o es sobre todo una crisis intelectual, ideológica o de principios. Esto es, una crisis que, según esta nueva intelectualidad, haría imperativa la necesidad de renovación de las ideas fundamentales y prácticas habituales de la derecha chilena. O, al menos, desde un punto de vista adaptativo, haría imperativa la necesidad de dar una justificación moral e ideológica al modelo socioeconómico y político heredado del régimen militar y defendido por la derecha transicional.

Con todo, tal como sucedió con la derecha tradicional en entre 1960 y 1970 (véase sección 2.3), la derecha transicional y sus respectivos partidos políticos, intelectuales y *think tanks*, se enfrentaron entre los años 2010 y 2018 a varias coyunturas críticas que, habiendo amenazado el *statu quo*, podrían haber empujado a este sector a renovar sus ideas fundamentales y prácticas habituales (véase capítulo 3). En tal contexto, un nuevo partido político de derecha fue creado, nuevos *think tanks* de derecha emergieron, y surgieron, también, nuevos intelectuales humanistas al interior de la misma derecha. Todos estos actores, aunque prioritariamente los nuevos *think tanks* e intelectuales humanistas, han apuntado sus críticas a la pobreza intelectual de la derecha transicional y/o a la obsolescencia de sus ideas y prácticas en el marco de una sociedad chilena que ha sufrido sustanciales cambios en las últimas dos décadas. Por ende, lo que aquí se examina tiene una directa relación con lo que se señaló anteriormente en la breve conceptualización acerca de las derechas, a saber: las derechas poseen dificultades para enfrentarse a los cambios sociales, políticos y económicos que realmente las amenacen de un modo radical. Es decir, cambios que no permiten que las derechas respondan únicamente mediante la mera adaptabilidad pragmática al enfrentarse al progresismo. En efecto, la dicotomía “orden-revolución” es relevante para entender el contexto general en el que se enmarca este estudio. Esto es, dado que sin la amenaza del *statu quo* experimentada por la derecha entre los años 2010 y 2018, el auge de los nuevos intelectuales humanistas, de los nuevos *think tanks* y el clamor por una posible renovación política e ideológica en el sector no hubiese sido posible.

Objetivos del estudio y estrategia metodológica

Este estudio examina tres cuestiones fundamentales. Por un lado, examina si efectivamente durante los años 2010 y 2018 la derecha transicional experimentó una coyuntura crítica capaz impulsar un proceso de renovación de las ideas fundamentales y prácticas habituales que la han constituido desde que se inauguro la democracia en 1990. Esto es, sobre todo en el marco del auge intelectual humanista que ha promovido la idea de que la derecha chilena o debe renovar sus ideas fundamentales o bien debe exponer dichas ideas claramente y sin pudor para defender su sistema-mundo. Por otro lado, este estudio también examina las razones que impulsaron este auge intelectual humanista en la derecha en la última década, así como los diversos roles que estos nuevos intelectuales han tenido a la hora de fomentar el desarrollo ideológico y doctrinario en el sector. Además, aquí también se examina el nivel de influencia que esta nueva *intelligentsia* derechista posee con respecto a la derecha partidaria y económica. Esto es, un aspecto importante si lo que se busca es averiguar si estos intelectuales *de facto* han sido relevantes en el sector durante los últimos años (sobre todo en el marco de una derecha que ha sido dominada por economistas e ingenieros). Por último, teniendo en cuenta que la mayoría de estos nuevos intelectuales han actuado desde *think tanks*, en este estudio también se examinan las razones que explican porqué esta nueva *intelligentsia* de derecha ha preferido actuar desde centros de estudio

y no desde las universidades. Además, aquí también se examina el rol que los nuevos centros de pensamiento de derecha estarían teniendo actualmente en contraposición al rol cumplido por los *think tanks* de derecha transicionales.

Este estudio establece, entonces, con el fin de analizar las tres cuestiones fundamentales señaladas en el párrafo anterior, el análisis cualitativo de entrevistas semiestructuradas a académicos que estudian a la derecha chilena, a intelectuales orgánicos que forman parte de derecha transicional, a nuevos intelectuales orgánicos derechistas y a directores de *think tanks* de derecha en Chile. De modo que las respuestas a las interrogantes fundamentales establecidas este estudio, se enmarcan dentro de lo señalado por estos entrevistados, actores que ciertamente representan a parte de la élite derechista en Chile.⁹ En tal sentido, las preguntas fundamentales que guían este estudio son las siguientes:

[i] ¿De qué manera los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018 pusieron en jaque el sistema-mundo defendido por la derecha chilena transicional? Esta pregunta ayudará a clarificar si durante el periodo aquí estudiado la derecha transicional efectivamente asistió a un proceso de renovación político e ideológica. Esto es, dado que de acuerdo a lo señalado por la literatura examinada en la sección 1.1, la renovación política e ideológica en el contexto partidario es empujada únicamente cuando los partidos políticos asisten a coyunturas críticas que afectan radicalmente su éxito electoral, sus más profundos intereses materiales y valóricos o incluso su existencia. La respuesta a esta interrogante es tratada en el capítulo 3 de este estudio.

[ii] ¿A qué se debe el auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha chilena entre los años 2010 y 2018? Esta pregunta no sólo ayudará a dilucidar el origen de esta nueva intelectualidad humanista de derecha que surgió en el marco de los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018, sino que también a dilucidar su real nivel de necesidad e influencia en el sector derechista de Chile. Esto es, un asunto relevante sobre todo en el marco de lo señalado en la sección 1.2. Según lo señalado en esta sección, en los albores del siglo XXI, los intelectuales humanistas perdieron su capacidad de influencia en las grandes discusiones políticas y sociales en el marco de la especialización del conocimiento, su democratización, el relativismo cultural y la hegemonía de la intelectual experto. La respuesta a esta interrogante es tratada en el capítulo 4.

[iii] ¿Cuáles son las diferencias entre los centros de estudio de derecha transicionales y los nuevos *think tanks* de derecha en Chile? Esta pregunta no sólo ayudará a dilucidar las diferencias entre los nuevos y viejos *think tanks* de derecha, sino que también la razón de porqué la nueva intelectualidad humanista de derecha se estableció en nuevos *think tanks* y no en las universidades. Esto es, un fenómeno que es especialmente relevante teniendo en cuenta que, según lo señalado por la sección 1.3, los *think tanks* son por antonomasia organizaciones enfocadas en la influencia y la toma de decisiones. La respuesta a esta interrogante es tratada en el capítulo 5 de este estudio.

Todas estas interrogantes son respondidas mediante la triangulación de tres aproximaciones investigativas que estructuran metodológicamente este estudio. Primero, en este estudio se establecen distintas discusiones teóricas en las cuales se pueden circunscribir las problemáticas contingentes asociadas al caso de estudio aquí tratado. Esto es, con el fin de presentar, por ejemplo, el debate teórico acerca de cómo, cuándo y porqué se dan los procesos de renovación política e ideológica en los partidos políticos (véase capítulo 1). Segundo, en este estudio se establece un marco histórico que examina la historia política del sector derechista en Chile durante el siglo XX. Esto es, una presentación histórica que, haciendo uso de fuentes primarias y secundarias, no sólo explica el origen

⁹ Véase tabla de entrevistados en Anexo 1.

y las transformaciones sufridas por este sector durante el siglo en cuestión, sino que también permite la realización de comparaciones históricas entre la derecha chilena tradicional y transicional. Esto es, sobre todo en lo que respecta los procesos de adaptación o renovación política e ideológica que estas derechas experimentaron a lo largo de sus respectivas existencias. En tal sentido, hacer uso de la razón histórica permite interpretar con una mayor imparcialidad los procesos transformación sufridos por la derecha chilena a lo largo de su desarrollo político y social ya sea en el siglo XX (véase capítulo 2) o XXI (véase capítulo 3). Por último, en este estudio también se establece, como ya se ha mencionado, el análisis cualitativo de entrevistas semiestructuradas a académicos que estudian a la derecha chilena, a intelectuales orgánicos que forman parte de derecha transicional, a nuevos intelectuales orgánicos derechistas que han estado involucrados en la discusión relativa a la crisis intelectual, y también a distintos directores de los nuevos y antiguos *think tanks* de derecha en Chile. Todo esto, con el fin de responder a las preguntas centrales que guían este estudio en el marco de las consideraciones expuestas en el marco teórico e histórico de este trabajo (véanse capítulos tercero, cuarto y quinto).

Estructura del libro

Este libro se organiza en cinco capítulos. El primer capítulo se refiere a cuestiones teóricas que permiten examinar los procesos de renovación política e ideológica que tienen lugar la esfera partidaria, el rol que los diversos tipos de intelectuales tienen a la hora de proveer recursos a este tipo de procesos y el rol que los diferentes tipos de *think tanks* poseen a la hora de proveer recursos de *expertise* a procesos de esta naturaleza. La primera sección de este capítulo aborda los límites teóricos y políticos que deben ser considerados al examinar los procesos de renovación política e ideológica en el contexto partidario. La segunda sección define y analiza los distintos perfiles y roles con los que los intelectuales pueden contribuir a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario (así como su rol público en ello). Mientras que la tercera sección define y analiza los perfiles y funciones con los que los *think tanks* pueden contribuir al cuestionamiento o justificación de un ideario en el contexto partidario, así como también su capacidad de influencia en el proceso decisional.

El segundo capítulo de este estudio examina la historia de la derecha chilena tradicional durante el siglo XX con dos fines fundamentales. El primero es mostrar el origen de la derecha chilena y las transformaciones que ha sufrido este sector a lo largo de su historia. Esto es, transformaciones que son fundamentales para entender la evolución de la composición ideológica, política y social de la derecha tradicional y transicional. El segundo objetivo es examinar los procesos de adaptación y renovación política e ideológica que sufrió este sector político durante el siglo XX con el objetivo de poder comprar la experiencia histórico-política de la derecha tradicional con la de la derecha transicional. En tal respecto, por ejemplo, es interesante comparar históricamente la llamada “crisis” sufrida por la derecha transicional frente a la NM entre los años 2014-2018 y la crisis experimentada por la derecha tradicional en los años 60 y 70 frente a los regímenes progresistas del PDC y la UP. Tal comparación provee información valiosa cuando se trata de entender los actuales procesos de renovación o adaptación política e ideológica que podría estar sufriendo el sector derechista en Chile en virtud de determinadas coyunturas que podrían ser interpretadas erróneamente como críticas. Asimismo, la llamada “crisis centenaria” examinada en la sección 2.1.1 del este capítulo, por ejemplo, también es interesante si lo que se busca es interpretar el actual acontecer de la derecha chilena. Por lo tanto, este capítulo histórico examina cuatro periodos históricos: 1900-1930, 1930-1960, 1960-1973 y 1973-1990. En estos períodos, dependiendo de la intensidad de los eventos coyunturales, la derecha chilena se enfrentó a nuevas corrientes ideológicas y organizaciones políticas que amenazaron su hegemonía

valórica, así como sus intereses políticos y económicos, lo cual empujó movimientos de renovación o adaptación en el sector derechista tradicional.

El tercer capítulo de este estudio examina en qué medida los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018 pudieron haber suscitado movimientos de renovación política e ideológica en la derecha chilena, lo cual posee una directa relación con la primera pregunta de este estudio. La primera sección de este capítulo analiza la identidad de la derecha transicional, sus prácticas y principales problemáticas internas, así como también su historia política. Esto es, desde la inauguración de la democracia hasta el primer gobierno de Sebastián Piñera, momento en que la derecha chilena por primera vez alcanza el Ejecutivo en el nuevo entorno democrático. Además, en esta primera sección, se muestran las dificultades acontecidas durante el primer gobierno de Piñera, sobre todo en relación a la fragmentación derechista, la marginación de los partidos políticos y al auge de los movimientos sociales. Esto es, aspectos relevantes para interpretar la supuesta crisis que tuvo lugar en derecha transicional entre los años aquí examinados. La segunda sección, por su parte, se enmarca primeramente en el segundo gobierno de Michelle Bachelet, un gobierno que en el marco de una nueva coalición llamada NM –coalición que integró al Partido Comunista (PC)– buscó realizar reformas estructurales que estuvieron ciertamente inspiradas en las demandas promovidas por los movimientos sociales del año 2011. En tal sentido, en esta segunda sección se analiza –más allá de lo que la historia política puede señalar– cada uno de los planos en los que dichas reformas estructurales pudieron haber amenazado a la derecha chilena transicional. Es decir, el plano económico, político, moral y el de los intereses materiales del sector. Lo que acá se busca determinar es si efectivamente las movilizaciones sociales y el auge del gobierno de la NM pusieron *de facto* en un cuestionamiento el sistema-mundo defendido por la derecha transicional. Esto es, con el fin de dilucidar si la derecha transicional realmente asistió (según lo sugerido por los entrevistados) a una crisis que la llevase a experimentar un proceso de renovación política e ideológica. Asimismo, en esta sección, desde un punto de vista histórico político, también se analizan, en un segundo lugar, las razones que determinaron la última victoria de la derecha en las presidenciales de los años 2017-2018. Esto es, elecciones que son importantes si lo que se busca es determinar si la derecha transicional estuvo o está en una crisis o no frente al progresismo encarnado por la NM, el Frente Amplio (FA) o los movimientos sociales. Finalmente, la tercera sección, examina en qué planos la derecha transicional podría estar experimentando modificaciones en sus prácticas e ideas, modificaciones que son de suma importancia para entender cómo la derecha actualmente compite por el poder y se adapta a los cambios sociopolíticos y culturales que Chile está viviendo.

En el cuarto capítulo de este estudio se examinan las causas de origen y los roles de la nueva intelectualidad humanista surgida en la derecha chilena en la última década, particularmente en el marco de los eventos examinados en el capítulo 3. En la primera sección de este capítulo se examina brevemente la historia intelectual Chile (1900-1990). Esto es, una historia que ayuda a entender las causas sociohistóricas del reciente auge de la intelectualidad humanista en un entorno derechista donde la *intelligentsia* predominante ha sido la intelectualidad de tipo experto. En la segunda sección, habiendo ya comprendido a un nivel sociohistórico el tránsito que hubo en Chile desde el intelectual humanista hacia el experto durante el siglo XX, se examinan tanto las razones específicas que permitieron el auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha, así como también el problema de si realmente hay una emergencia de una intelectualidad humanista en dicho sector. Además, aquí también se examina el problema de si esta nueva intelectualidad derechista efectivamente ha tenido influencia en la derecha partidista y empresarial, aspecto que es de suma

importancia para saber a un nivel descriptivo si este “renacimiento intelectual” es realmente relevante. Por último, en la tercera sección, se examina en un nivel específico el rol que los nuevos intelectuales humanistas de derecha han detentado en la última década, especialmente en comparación al rol que tanto los intelectuales expertos como los viejos intelectuales humanistas de la derecha tuvieron durante el periodo transicional.

Finalmente, el quinto capítulo examina la evolución de los principales *think tanks* transicionales de derecha en Chile, el rol que estos últimos han tenido en el sector desde que se inauguró la democracia en 1990, así como también el rol que han tenido algunos de los nuevos centros de pensamiento de derecha. Esto es, *think tanks* que han surgido enmarcados en el ya mencionado “renacimiento intelectual” humanista examinado en el capítulo 4. En la primera sección de este capítulo se examina la historia de los *think tank* en Chile. Esto es, con el objetivo de proveer información sociohistórica que ayude a la comprensión del rol que los *think tanks* han tenido en Chile, así como también a la comprensión de la problemática en la que se enmarca el surgimiento de los nuevos *think tanks* derechistas. En la segunda sección se examinan las funciones generales que tanto los *think tanks* transicionales (LYD, CEP, FJG e IL) como los nuevos *think tanks* (FPP, IES y HRZ) han tenido durante su existencia. Además, aquí se examina también la razón del origen de los nuevos *think tanks* de derecha y el nivel de influencia que sus intelectuales pueden alcanzar al interior de estas organizaciones. Por último, en la tercera sección, se examinan las características particulares de los *think tanks* de derecha que han estado involucrados en la discusión acerca de la derecha, sus principios y la crisis ideológica, a saber: LYD, un *think tank* que desde que se inauguró la democracia ha estado encargado de defender el modelo socioeconómico neoliberal sobre todo desde el área legislativa y del desarrollo de políticas públicas; la FJG, un *think tank* que, al menos conforme a sus principios, ha buscado promover la vida y obra de Jaime Guzmán –aunque en la práctica se ha transformado en un centro de asesoría legislativa para la UDI–; la FPP, un nuevo *think tank* que se ha evocado a defender el modelo socioeconómico neoliberal en el plano ideológico, sobre todo en el marco de las ideas provenientes del liberalismo clásico y libertarianismo; el IES, un nuevo *think tank* que a buscado promover el debate académico y el pensamiento humanista en la derecha –aunque ciertamente desde posturas conservadoras–; y HRZ, un nuevo *think tank* de derecha que como mayor atributo posee ser el brazo intelectual del nuevo partido político derechista, Evópoli.

Capítulo 1

Renovación política e ideológica en el contexto partidario: el rol de los intelectuales y *think tanks*

El proceso de renovación política e ideológica llevado a cabo por un partido político es un asunto complejo que no depende únicamente de la posibilidad teórica de modificar el ideario y las prácticas fundamentales de un grupo de individuos. Por el contrario, la renovación política e ideológica de un partido político depende, también, de una serie de limitaciones políticas que son impuestas por las rígidas identidades partidarias y las lógicas de competencia. En tal sentido, para llevar a cabo con éxito un proceso de esta índole, se deben cumplir una serie de requisitos que permitan modificar no sólo el *corpus* ideológico fundamental de un partido político, sino que también la identidad de este último. Esto, debido a que es en dicha identidad que las ideas y prácticas centrales de un partido político están encarnadas. Asimismo, un proceso de renovación política e ideológica no sólo debe tener en cuenta la identidad de estas organizaciones partidarias, sino que también las dinámicas asociadas a la competición por el poder. De hecho, es justamente a través de dicha contienda que las ideas desarrolladas dentro y alrededor de un partido político pueden ser puestas en práctica y diseminadas con un valor hegemónico. En tal sentido, para llevar a cabo con éxito un proceso de esta naturaleza, los partidos políticos deben usar recursos intelectuales que no sólo sirvan como fuente de legitimidad para gestar un movimiento renovador, sino que también como fuente para un razonado reposicionamiento ideológico que esté en armonía con la identidad del partido político y las exigencias contingentes que suscitaron la necesidad de renovación. Es en este respecto que los intelectuales y los *think tanks* podrían ser considerados como actores gravitantes, puesto que además de poseer útiles herramientas intelectuales y encarnar el simbolismo de la *expertise*, podrían también ser parte de determinadas redes de influencia en las que operan tanto los partidos políticos como los *policymakers*.

La primera sección de este capítulo explora las problemáticas clave que un partido político encara cuando asiste a un proceso de renovación política e ideológica. En una primera instancia, sin prestar atención al contexto partidario, aquí se analiza el asunto de la renovación ideológica desde una perspectiva únicamente teórica, prestando una especial atención al problema de si las ideologías en sí mismas son susceptibles de modificación. En una segunda instancia, teniendo en cuenta el contexto partidario, aquí se analiza el proceso de renovación política e ideológica desde una perspectiva política, considerando las inevitables limitantes que la competencia por el poder y la identidad partidaria podrían suponer para un proceso de esta naturaleza. Por su parte, la segunda sección de este capítulo, se analiza el tránsito histórico-conceptual de los intelectuales durante el siglo XX y la diversificación de sus funciones según ciertas necesidades coyunturales. Esto es, con el fin de problematizar y poder definir qué se puede entender por intelectual en el siglo XXI. Además, en esta sección se analizan las problemáticas que subyacen al rol público de los intelectuales en sociedades donde los medios de comunicación, la democratización del conocimiento, la pluralidad de ideas y las extendidas lógicas mercantiles en un contexto globalizado, han hecho de este sujeto una figura cada vez menos valorada o relevante cuando se trata de analizar, dar soporte o promover cambios políticos y sociales. Por último, en la tercera sección de este capítulo se analizan los perfiles y roles que los *think tanks* tienen actualmente, así como también se analizan el modo en que estos centros de pensamiento podrían proveer recursos intelectuales a determinados grupos políticos que buscan una renovación política e

ideológica. Así, esta sección busca redefinir las principales características y funciones de los *think tanks* en la actualidad. Mientras que, además, busca mostrar que algunos de estos centros, más que reproducir un orden elitista o aportar neutralmente a la pluralización de las ideas en el debate público, pueden actuar como agentes críticos y legitimadores de ciertos sectores políticos y sociales con los que están relacionados de forma orgánica.

1.1 Organizaciones partidarias y renovación político-ideológica: los límites teóricos y políticos del reposicionamiento de un ideario

Los partidos políticos son organizaciones de afiliación masiva que están comprometidas con la competición democrática por el poder. Dependiendo de las circunstancias políticas y sociales, estos últimos adaptan sutilmente sus posiciones ideológicas, su retórica y prácticas contingentes a las cambiantes coyunturas con el fin de mejorar su rendimiento en esta competición (Diamond y Gunther 2001; Duverger 1954; Gunther y Diamond 2003; Panebianco 1982). No obstante, si el contexto social, político o económico ha tenido cambios drásticos, cambios que han socavado radicalmente el rendimiento electoral, la influencia ideológica o los intereses materiales que un partido político puede tener, entonces estos últimos realizan en ocasiones no sólo una adaptación de sus ideas periféricas y prácticas contingentes, sino que una profunda renovación de su *corpus* ideológico y prácticas fundamentales.¹ Esto es, realizando un difícil quiebre en relación a su “fallido” presente y pasado cercano en búsqueda de nuevas alternativas que le permitan al partido político en cuestión sobrevivir en un entorno de crisis (Buckler y Dolowitz 2009; Budge 1994). En tal sentido, la renovación del *corpus* fundamental de ideas de un partido político –*corpus* del cual se derivan ciertas prácticas políticas– ocurre sólo cuando aquél se enfrenta a una coyuntura crítica que amenaza radicalmente sus intereses e incluso su existencia. Sin una coyuntura de esta naturaleza, los partidos políticos sólo adaptan sutilmente su retórica y prácticas contingentes para seguir compitiendo por el poder con un relativo éxito.²

1.1.1 Arquetipos e ideologías: una crítica teórica a la cosificación ideológica

La acepción de ideología usada en este trabajo es la sugerida por Sargent (1969). Este autor define a las ideologías como sistemas de valores y creencias que son aceptados como un hecho o verdad por un grupo específico de individuos y que, por ende, proporcionan al creyente una imagen del mundo tanto de cómo este último es y cómo debe ser. En otras palabras, las ideologías son sistemas de creencias que organizan la enorme complejidad del mundo en algo simple y comprensible, estableciendo la estructura cognitiva a través de la cual se pueden interpretar y entender los diversos eventos que ocurren en un contexto determinado (Christenson *et al.* 1972). Por su condición fundamental, las ideologías determinan en gran medida el pensamiento y las prácticas de los grupos de individuos que las viven y profesan (Medearis 2001). De modo que renovar el *corpus* ideológico fundamental de un partido político podría suponer importantes dificultades, sobre todo cuando se tiene

¹ Para obtener más información acerca de la diferencia entre ideas periféricas e ideas fundamentales, véase el argumento de Freedman (1996) en la sección 1.1.1 de este capítulo.

² Lo señalado en este párrafo es medular para entender los procesos de adaptación o renovación política e ideológica sufridos tanto por la derecha chilena tradicional como por la transicional. En ambos casos, sólo en el marco de contextos sociales, políticos y económicos críticos, contextos realmente amenazantes para los intereses materiales y valóricos de estas derechas, es que estas últimas vieron el auge de movimientos renovadores que buscaron alterar las ideas y prácticas comunes del sector. Véase capítulo 2 para el caso de la derecha tradicional y véase capítulo 3 para el caso de la derecha transicional.

en cuenta la importancia constitutiva que una ideología puede llegar a tener en un grupo particular de sujetos. Por ende, con el fin de realizar un adecuado examen de esta materia, lo primero que se debe definir –antes de entrar en la cuestión de la renovación política e ideológica en el contexto partidario– tiene que ver con cuáles son los límites teóricos dentro de los que una ideología en sí misma puede ser modificada. Dicha interrogante no debe ir referida a qué es una ideología –asunto previamente definido–, sino que más bien a en qué medida las ideologías, más allá del contexto partidario, son susceptibles de modificación.³

Uno de los posibles modelos que permite vislumbrar los límites dentro de los cuales una ideología puede ser modificada es el modelo de cosificación ideológica. Según Bevir (2000), se trata de un modelo que niega la posibilidad de modificación y que presenta a las ideologías como si estuviesen enraizadas esencialmente en las necesidades de los individuos. Es decir, que quienes defienden una ideología determinada están inclinados a darle un peso desmesurado a sus creencias a través del reclamo de que estas últimas reflejan hechos universales de la naturaleza humana. Así, este modelo define propiedades limitadas de una ideología, desarraigándola del contexto histórico donde fue formada, del contexto donde está siendo expresada y, por ende, transforma a dicha construcción de ideas en una entidad universal e inmutable que no está sujeta al devenir de la contingencia. Además, este modelo establece la existencia de un conjunto de conceptos o valores definidos que permanecen estáticos; mientras que, al mismo tiempo, reconoce la existencia de acciones políticas derivadas de dichos conceptos que sí se pueden modificar dependiendo de las circunstancias. Esto es, definiendo a los constructos ideológicos como sistemas de conceptos protegidos y anulando la posibilidad de que estos últimos puedan ser modificados incluso si las demandas de la acción lo requieren. De hecho, si hipotéticamente se lograsen realizar modificaciones a estos conceptos estáticos, las consecuencias de dichas modificaciones implicarían a un nivel práctico el inmediato surgimiento de un sentimiento de traición, puesto que el *corpus* ideológico original del sistema de creencias en cuestión estaría siendo violado. De este modo, según este modelo, aunque las demandas de la acción exijan modificaciones ideológicas por razones contingentes, aquellas no pueden alterar los conceptos que constituyen un constructo ideológico previamente definido, puesto que bajo esta línea interpretativa las ideologías sólo son apreciadas como sistemas monolíticos incapaces de ser permeados por dichas demandas. Por ende, el modelo de cosificación ideológica funciona a partir de conceptos universales e inmutables que determinan todas las construcciones ideológicas posibles (presentes y futuras) sin prestar atención a los contextos históricos específicos donde estas últimas se crean, viven y declaran. Esto es, anulando *a priori* toda posibilidad de modificación ideológica.

Existen diversas aproximaciones al problema de la modificación ideológica que tienen como finalidad superar los límites impuestos por el modelo de cosificación. Por ejemplo, Freedman (1996) sostiene que las ideologías son morfológicas. Es decir, una metáfora biológica que pareciese rechazar el análisis estático asociado al modelo de cosificación. Según este autor, las ideologías se construyen

³ La definición de ideología usada en este trabajo está basada en un enfoque cultural (Geertz 1964; Taylor 2004). Esto es, puesto que aquél permite entender a las ideologías de una manera política y epistemológicamente neutral (Eagleton 2007). Sin embargo, definir qué es una ideología ha sido un problema constante para quienes se ocupan de esta materia. De modo que es importante destacar que, por asuntos prácticos, aquí se han dejado de lado aproximaciones que ven a las ideologías como una “falsa conciencia” de la realidad (Marx y Engels 1976), una “ilusión necesaria” (Mannheim 1929), o como un instrumento que sirve para justificar el poder de las élites (Thompson 1984). Para un análisis en profundidad de estas discusiones, véase Eagleton (2007) y Sargent (1969).

a partir de ideas centrales y periféricas que están relacionadas entre sí de un modo dinámico y complejo. Por lo que para poder develar la identidad de un sistema de creencias y los límites dentro de los cuales una ideología puede ser modificada, Freedon sostiene que hay que explorar las diversas maneras en las que las ideas centrales de una ideología han sido combinadas con las ideas periféricas de esta última en los distintos periodos de la historia. De modo que mediante el análisis de las diversas combinaciones conceptuales que forman a una ideología temporalmente, es que se puede gestar un proceso de identificación que permita también asumir la posibilidad de modificación ideológica. Sin embargo, en el modelo de Freedon aún existe un problema si lo que se pretende es cuestionar los supuestos básicos del modelo de cosificación. Esto es, dado que en el modelo de Freedon las ideologías aún están siendo definidas por conjuntos de ideas estáticas –centrales o periféricas– que pueden ser combinadas de diversas maneras. En tal sentido, la preocupación de Freedon sigue siendo dilucidar cómo estas ideas han sido combinadas más que identificar las significaciones particulares de estas últimas. Por lo que si bien Freedon asume el dinamismo de las construcciones ideológicas, aún sigue trabajando con ideas centrales y periféricas estáticas de carácter inmutable.

Otro intento por superar los límites del modelo de cosificación es el de Seliger (1976). Él distingue entre dos niveles de constitución ideológica: primero, un nivel fundamental donde se encuentran enraizados los principios éticos de una ideología; segundo, un nivel operativo donde dichos principios están comprometidos con las demandas de la acción. Así, contrariamente a lo sostenido por Freedon (1996) y al modelo de cosificación ideológica, Seliger (1976) sostiene que el nivel fundamental de una ideología sí es susceptible de ser modificado como resultado de las operaciones que se dan en el nivel operativo. De modo que según este autor las ideologías son susceptibles de modificación gracias a la influencia que las demandas de la acción poseen en el nivel fundamental de un sistema de creencias. No obstante, si bien el modelo de Seliger accede a posibilidades más complejas modificación en el ámbito ideológico fundamental, aún este modelo es insatisfactorio si lo que se busca es superar completamente los límites impuestos por el modelo de cosificación ideológica. Esto es, dado que este modelo todavía asume que hay un nivel fundamental que actúa como una condición *sine qua non* de cualquier tipo de modificación. Además, la fórmula de Seliger es engañosa, pues presenta donde debería haber una relación de orden recíproco una relación jerárquica, pero de dependencia, entre el nivel fundamental y el nivel operativo. En tal respecto, una vez que se reconocen principios éticos fundamentales relacionados en un mismo nivel con compromisos políticos operacionales, no existe razón suficiente para concebir ningún tipo principio ideológico como si fuese fundamental.

Ahora bien, ¿cómo se pueden superar, entonces, los límites impuestos por el modelo de cosificación ideológica? ¿Pueden ser pensadas las ideologías prescindiendo de ideas cosificadas? Bevir (2000) sostiene que la cosificación ideológica posee un útil rol cuando se deben explicar los marcos teóricos de las complejas tradiciones políticas y doctrinas morales de una sociedad. No obstante, la cosificación de las ideologías bajo arquetipos no explica por sí misma las características intrínsecas de una ideología, ni menos sus particularidades en los distintos contextos donde existen individuos u organizaciones sociales que las viven y declaran. De modo que este modelo no permite que nuevas realidades ideológicas sean explicadas por su propia existencia en un momento circunstancial. Por el contrario, un modelo de ideologías cosificadas utiliza los arquetipos preexistentes para describir los nuevos fenómenos ideológicos, agotando la posibilidad del surgimiento de nuevas narrativas que sirvan, por ejemplo, como soporte interpretativo para un proceso de renovación ideológica en el contexto partidario. Es por esta razón que Bevir propone un modelo “no-cosificado” de ideologías donde se niegue la posibilidad de conferir a cualquier tipo de idea o concepto una existencia

independiente de un contexto histórico particular. Mediante un modelo alternativo “interpretativista”, Bevir sostiene que las ideologías no deben ser entendidas como entidades fijas que podemos descubrir como algo dado *a priori*. Dicho proceso de cosificación es una equivocación, un “error intelectual”, donde se supone erróneamente la existencia de un campo limitado significados fijos dentro de los cuales una ideología puede ser entendida. Según este modelo alternativo, las ideologías deben adquirir un carácter contingente, siendo estas últimas parte de tradiciones y doctrinas cambiantes que las personas producen mediante sus discursos y acciones. Así, para adquirir un apropiado entendimiento de una ideología, esta última debe ser estudiada mediante el rastreo de cómo aquella se desarrolló en un momento histórico determinado y de cómo sus exponentes heredaron ciertas creencias, realizaron determinadas prácticas, las modificaron y se las traspasaron a las nuevas generaciones. Esto último permitiría develar la identidad no cosificada de una ideología y asumir su plasticidad.⁴

Con todo, aquí se problematizó el modelo de cosificación ideológica. Es decir, un modelo que considera que las ideologías son sistemas de creencias inamovibles que pueden ser examinados únicamente mediante aproximaciones arquetípicas. Como alternativa, se señaló, siguiendo a Bevir (2000), que las ideologías constituyen un complejo fenómeno contingente y se propuso que, para adquirir un apropiado entendimiento de los aspectos que determinan la identidad de una ideología, esta última debe ser estudiada mediante el rastreo de cómo aquella se desarrolló en un contexto histórico particular. Esto es, sin asumir elementos *a priori* y aceptando la posibilidad de que los sistemas de creencias están efectivamente en un constante proceso de modificación dado que *de facto* están abiertos a la historia. No obstante, si bien el análisis de las ideologías propuesto por Bevir expresa la razonable premisa de que toda ideología está en un constante proceso de modificación dado su carácter contingente, también se debe constatar que los procesos de renovación ideológica se vuelven más complejos cuando se examinan en el contexto partidario. De hecho, Buckler y Dolowitz (2009) sostienen que Bevir (2000) realiza una crítica razonable al modelo de cosificación ideológica desde una perspectiva “teórico-interpretativista”. Sin embargo, desde un punto de vista político, estos autores señalan que Bevir no logra asimilar el valor de las construcciones cosificadas que, con tanto esfuerzo, pretende descartar como un “error intelectual”. En tal sentido, según Buckler y Dolowitz (2009), la cosificación ideológica juega un rol sumamente importante en la construcción de la identidad de los partidos políticos, así como también en la estabilidad institucional y el éxito electoral de estos últimos. De modo que la “plausibilidad filosófica” del argumento de Bevir no garantiza que haya “plausibilidad política” en su análisis, puesto que existen importantes consideraciones prácticas que se deben tomar en cuenta al examinar los procesos de renovación ideológica en el contexto partidario.

⁴ La argumentación de Bevir (2000) está inspirada en la concepción wittgensteiniana de “significado como uso”. El resultado de la utilización de esta concepción es que los conceptos por sí mismos no pueden delimitar su propia aplicación y significado. Esto es, puesto que tanto el significado como la aplicación de un concepto varía dependiendo de los “juegos de lenguaje” donde este último está siendo utilizado (Wittgenstein 1963). Por ende, bajo esta lógica, las ideologías deben ser apreciadas únicamente como construcciones conceptuales que dependen, en términos de significado y aplicación, del uso particular que se les da en un contexto específico. Esto es, dentro de un juego de lenguaje donde, más que la definición del concepto, importa el uso que se le da a este último. De hecho, a modo ejemplar, basta decir que en muchas ocasiones los individuos usan conceptos exitosamente en una situación comunicativa sin saber cuál es el significado específico de dicho concepto.

1.1.2 Competencia por el poder e identidad partidaria: los límites políticos del reposicionamiento ideológico

Aunque las ideologías pareciesen estar en proceso de constante modificación dado su carácter contingente (véase sección 1.1.1), los límites políticos para llevar a cabo un proceso de renovación ideológica en el contexto partidario son bastante específicos y se pueden expresar mediante dos asuntos fundamentales. Primero, los límites que suponen los mecanismos utilitarios de la competencia política. Es decir, los límites impuestos por la necesidad de usar al modelo cosificado de las ideologías como herramienta de batalla para obtener poder político. Segundo, los límites que suponen las comúnmente rígidas identidades partidarias. Es decir, los límites impuestos por la estructura política e institucional de una asociación partidaria, estructura donde las ideologías cosificadas están encarnadas y actúan como fuente de legitimidad y estabilidad de los partidos políticos. Ambas fronteras constituyen un espacio problemático donde las ideologías cosificadas (siendo usadas para competir y estando encarnadas en la identidad partidaria), poseen un carácter limitante que desafía a cualquier proceso de renovación ideológica.

Ideologías en el contexto de la contienda por el poder

Algunos autores sostienen que actualmente la ideología de un partido político es menos importante para su competitividad electoral que lo que fue en tiempos pasados. Se ha sugerido que los recientes cambios relacionados con los *mass media* han tenido un efecto que privilegia las personalidades de los líderes de los partidos políticos más que la presentación de las posiciones ideológicas (Gunther y Diamond 2003; Gunther y Mughan 2000). No obstante, es necesario recordar que las personalidades siempre han sido importantes en las políticas democráticas. De hecho, incluso si los nuevos modos de comunicación han potenciado esa función personalista, todavía los líderes tienen que tener un discurso que necesariamente posea una dirección ideológica. Es más, dicha dirección será inevitablemente juzgada tanto por los diversos actores que participan en la sociedad, así como por los actores que participan dentro un mismo partido político (Buckler y Dolowitz 2009). Por lo tanto, la ideología de un partido político no es un tema secundario que ha cedido enteramente paso a nuevos mecanismos de acción política. Esta última aún requiere un examen que dé respuesta, por ejemplo, a las siguientes interrogantes: ¿son las ideologías meras herramientas que permiten obtener poder? ¿Hasta qué punto un actor político puede instrumentalizar una ideología que lo constituye identitariamente? Las respuestas a estas interrogantes dependerán de cuán instrumentalizable sea una ideología dentro de la contienda electoral, lo cual es interesante teniendo en cuenta que las ideologías pareciesen cumplir también un importante rol –quizás fundamental– en la constitución identitaria de los partidos políticos.

Un claro ejemplo de un modo instrumentalizado de concebir a las ideologías es el modelo económico de competición de partidos políticos propuesto Downs (1957), el cual, a su vez, está inspirado en la concepción de democracia instrumental propuesta por Schumpeter (1942). Según este modelo, los partidos políticos se comportan de la misma manera que el individuo maximizador de recursos en un contexto dirigido por la lógica del mercado. Es decir, como un actor que está únicamente orientado por la maximización racional del interés personal. En tal sentido, Downs (1957) plantea dos cuestiones fundamentales en su modelo. Por un lado, plantea que los partidos políticos generalmente disfrutan de un éxito político relativo manteniendo una posición ideológica fija. Mientras que, por otro lado, plantea que cuando los partidos políticos dejan de tener éxito político y electoral, estos últimos se reposicionan ideológicamente con relativa facilidad adoptando un perfil ideológico parecido al de sus oponentes. Esto es, patrocinando un perfil que ha sido probado como exitoso en la contienda por

el poder. Por lo tanto, según este modelo, los partidos políticos son organizaciones que sólo usan a las ideologías de una manera instrumentalizada con el fin de obtener poder político, manteniendo o rechazando determinados sistemas de creencias en virtud del éxito que aquellos puedan brindar en un contexto de competición partidaria.

Existen diversos intentos que tienen como finalidad cuestionar al modelo económico de competición propuesto por Downs (1957). Por ejemplo, Buckler y Dolowitz (2012) sostienen que no es claro que los partidos políticos mantengan posiciones ideológicas fijas con el fin de asegurar el éxito electoral. De hecho, es común ver que los partidos políticos, a pesar de tener un éxito electoral estable, realicen adaptaciones ideológicas circunstanciales dentro de sus propuestas programáticas. Esto es, con el fin de mantener el éxito en un contexto electoral donde –independientemente del poder electoral que posean– existen múltiples actores que se encuentran activos y que también compiten paralelamente por sus propias preferencias. Se trata de adaptaciones ideológicas circunstanciales que sólo se manifiestan en un nivel específico o periférico del *topos* ideológico partidario y que, por ende, no constituyen una modificación del *corpus* ideológico fundamental de un partido político, sino que sólo modificaciones funcionales que expresan flexibilidad política con una finalidad electoral. Según esto último, se puede sostener que el éxito de un partido político también depende de flexibilidad y no sólo de cuán rígida sea su posición ideológica. Además, según Buckler y Dolowitz, tampoco es claro que los partidos políticos que se encuentran en un período de fracaso electoral simplemente adopten la posición ideológica que sus oponentes. De hecho, hacer algo así no es fácil, ni siquiera si la fórmula ideológica de los oponentes ha mostrado ser exitosa en la contienda por el poder. Una cosa es realizar modificaciones circunstanciales que permiten flexibilizar las prácticas contingentes de un partido político con el fin asegurar su poder; y otra cosa distinta es modificar el *corpus* ideológico fundamental de un partido político en pos obtener dicho éxito. Es más, una cosa es modificar el *corpus* ideológico fundamental en un momento crítico que amenaza incluso la existencia de un partido político particular, y otra distinta es adoptar la posición del oponente sólo debido a que aquella ha probado ser exitosa. Por lo tanto, según esto, es insuficiente argüir que un partido político, el cual tiene una orientación ideológica en la cual se funda su identidad, pueda modificar radicalmente sus principios adoptando los del oponente sólo por una motivación funcional.

Otra crítica al modelo propuesto por Downs (1957) se ha centrado principalmente en el hecho de que dicho modelo no toma en cuenta los “[...] principios de larga data y las tradiciones simbólicas que son tejidas dentro de la identidad distintiva de cada partido político” (Norris y Lovenduski 2004:90).⁵ En efecto, Kerr (2007) sostiene que en el modelo económico de competición downsiano las posiciones ideológicas de los partidos políticos son únicamente funcionales a las circunstancias competitivas de una democracia. Es decir, estas últimas están subsumidas bajo un modelo de competencia donde las élites políticas sólo se mueven ideológicamente en un espacio “neutro” o de “consenso” y donde, como consecuencia, es plausible defender sin mayores problemas variadas orientaciones ideológicas con el fin de maximizar el atractivo electoral. Según este autor, en el modelo downsiano, las ideologías pierden el carácter constitutivo que suelen poseer en la identidad partidaria y obtienen meramente el significado de herramientas funcionales de competición y acumulación de poder. Por ende, el modelo downsiano de competición pecaría de simplismo cuando instrumentaliza a las ideologías, sobre todo dado que no toma en cuenta cuán constitutivas estas últimas pueden llegar a ser en el contexto partidario.

⁵ Todas las traducciones de citas originales en inglés son traducciones del autor.

Las críticas aquí expuestas al modelo downsiano parecen ser bastante razonables. No obstante, hay que tener cuidado al acusar de simplismo absoluto a dicho modelo. De hecho, se puede sostener que en este asunto hay importantes matices y que también es sensato argüir que la dirección regular de los partidos políticos es competir por votos y maximizar su rendimiento electoral. Asimismo, no es irrelevante dar cuenta de que las élites políticas también constituyen un grupo que busca constantemente perpetuar su poder.⁶ De modo que sin transformar esta discusión en una guiada por el maniqueísmo, Buckler y Dolowitz (2012) vislumbran que la interrogante más importante en relación a este problema no tiene que ver con si deben o no existir estas modalidades de competencia utilitarias o si estas últimas son simplistas, sino que tiene que ver con que si el hecho de que existan estas dinámicas competitivas implica *per se* que los partidos políticos se mueven únicamente dentro de un espacio “neutro” o de “consenso”. Es decir, un espacio donde las ideologías sólo tienen una función instrumental y donde el posicionamiento ideológico es irrelevante en términos constitutivos. En tal sentido, si bien las ideologías sirven como un instrumento de competición según lo aquí señalado, también estas últimas son un profundo sustrato identitario de los partidos políticos. Por lo tanto, más allá de que *de facto* las ideologías puedan ser instrumentalizadas, existen varios aspectos constitutivos de las ideologías que limitan ciertamente el grado en el cual una ideología puede ser instrumentalizada o modificada deliberadamente en el contexto partidario.

Un primer aspecto a considerar es que las ideologías son sistemas de conceptos y valores (Medearis 2001). Por ende, en tanto sistemas, estas últimas se comportan como patrones de pensamiento, los cuales se enfrentan entre sí como totalidades sistémicas y no como creencias singulares susceptibles de ser abandonadas a la luz de evidencia específica. De modo que si bien esto último no anula la posibilidad de modificación e instrumentalización ideológica, si evidencia que las ideologías difícilmente pueden ser refutadas como un todo teniendo en cuenta objetivos contingentes liderados por un voluntarismo individual exacerbado.

Un segundo aspecto que se debe tener en cuenta es que las ideologías están socialmente enraizadas (Medearis 2001). Por ende, estas últimas no son creadas ni son poseídas por un individuo particular (Mannheim 1929). De modo que esto último supone una gran dificultad cuando por necesidades contingentes una ideología exige ser modificada o instrumentalizada. Esto es, no sólo porque sea imposible modificar una ideología mediante la voluntad individual, sino que también debido a que cualquier modificación impulsada deliberadamente podría suscitar un sentimiento de traición entre quienes, por ejemplo, en un partido político, profesan profundamente una ideología particular (Jones 1996; Seliger 1976).

Un tercer aspecto que debe ser estimado es la necesidad y ubicuidad de la orientación ideológica (Medearis 2001). Es decir, las ideologías proveen necesariamente las categorías y supuestos a partir de los cuales se estructura un pensamiento activo de un individuo. Por ende, es imposible imaginar el pensamiento de un sujeto sin influencia ideológica (Geertz 1973; Schumpeter 1949). De modo que cualquier acción de modificación o instrumentalización ideológica que se quisiese llevar a cabo, por

⁶ El caso del PL chileno, explorado en el capítulo 2, es interesante en este respecto. Si bien este partido político tenía sus propias creencias e intereses, no tuvo problemas en negociar durante gran parte del siglo XX con el centro político comandado por Partido Radical (PR). Esto es, con el fin de poder mantener ciertos grados de influencia en el proceso decisional. En efecto, el PL fue un partido político menos institucionalizado y monolítico que el PCON, aspecto que le permitió tener una mayor flexibilidad ante la necesidad contingente de influir en el poder. Respecto al PL y su adaptabilidad véase la sección 2.2.1. Asimismo, véase la sección 2.1 respecto a las identidades particulares del PL y el PCON.

ejemplo, en un partido político, va a estar inevitablemente mediada por una dirección ideológica en la cual se funda dicha acción. Así, el grado en el cual se puede instrumentalizar o modificar una ideología está determinado por los límites impuestos por el mismo sistema de creencias subyacente a dichos procesos.

Un cuarto asunto que se debe considerar es que las ideologías están en un constante conflicto dado que en todos los momentos de la historia ha habido diversos grupos de individuos que han buscado imponer su sistema de creencias con el fin de alcanzar un grado de hegemonía ideológica en las sociedades (Medearis 2001). Por ende, se debe reconocer la posibilidad real de un constante conflicto ideológico y la probabilidad de que todo tipo de conflicto social, económico o político posea una dimensión ideológica (Schumpeter 1942).

Una quinta cuestión que también debe ser considerada es que las ideologías han adoptado diversas formas y significaciones dependiendo de los diversos grupos sociales que las han declarado y puesto en práctica a lo largo de la historia (Medearis 2001). En tal sentido, las ideologías poseen una relación indisoluble con los cambios históricos y sociales –son contingentes (Bevir 2000)–, de modo que se debe reconocer la posibilidad de que existan modificaciones ideológicas ya sea debido a las transformaciones internas de un grupo social en un contexto particular o debido a que el desarrollo histórico ha traído consigo a nuevos grupos sociales y políticos que han alterado la hegemonía de un antiguo sistema de creencias. Esto es, un sistema de creencias que, por ejemplo, nuevas generaciones pueden considerar inadecuado para entender los nuevos fenómenos y problemas de una sociedad determinada. En tal sentido, es importante aclarar que si bien estos procesos de modificación ideológica pueden ser liderados por ciertas élites con capacidad de influir y dirigir organizaciones sociales y políticas, empero, la necesidad de una modificación ideológica surge espontáneamente en un momento en el cual determinadas coyunturas políticas, sociales u económicas lo exigen. Por lo tanto, la dirección que se le puede conferir a estos procesos es limitada y no depende enteramente de un voluntarismo individual exacerbado.

Una sexta dimensión que debe ser estimada es la relación entre las ideologías y los hechos (Medearis 2001). En filosofía de la ciencia es aceptado que los hechos no pueden ser considerados como los árbitros absolutos entre las competiciones que tienen lugar entre distintas teorías. Esto es, puesto que las teorías, en parte, determinan a los hechos que serán considerados como relevantes en toda controversia teórica. Esto mismo puede ser dicho de la relación entre las ideologías y los hechos, puesto que los sistemas de creencias determinan los hechos y asuntos relevantes que deben ser considerados en todo debate sociopolítico.

Por último, se debe considerar la relación entre las ideologías y los intereses. Si los hechos están influenciados por la teoría, así también lo están los intereses (Medearis 2001). De hecho, los intereses de la clase trabajadora o de las élites dominantes no son intereses dados *a priori*, sino que son intereses contruidos e interpretados en el marco de un contexto que posee directrices ideológicas previas. Por ende, las ideologías, además de contribuir a legitimar los intereses de los diversos grupos sociopolíticos, también constituyen el horizonte de comprensión desde el cual surgen los intereses de estos grupos (Thompson 1963).

Con todo, asumir todas estas dimensiones de las ideologías permite dar cuenta de que la utilización de estas últimas para fines competitivos está inevitablemente mediada y limitada por el rol constitutivo que las ideologías poseen al articular tanto la identidad de los individuos como la identidad partidaria. Es por esta razón que uno de los límites fundamentales que enfrenta todo proceso de renovación ideológica en el contexto partidario es la misma identidad de los partidos políticos. Esto es, una

identidad que confiere cierta *raison d'être* a las organizaciones partidarias y que, por ende, se sitúa como un obstáculo para cualquier proceso que busque modificar las ideas en las cuales dicha identidad se funda.

Ideologías en el contexto de la identidad partidaria

La identidad de un partido político siempre tiene un doble carácter. Por un lado, un partido político tiene una identidad institucional que está encarnada en su estructura organizacional: cuerpos reguladores y legislativos, miembros y estructuras de autoridad, etc. (Buckler y Dolowitz 2009); mientras que, por otro lado, un partido político tiene una identidad ideológica. Es decir, una identidad que es entendida en referencia a sus más profundos valores y centrales compromisos (Panebianco 1982). En tal sentido, la identidad de un partido político está siempre atada a su historia institucional e ideológica, aspectos que conjuntamente proveen su *raison d'être*. Estas referencias son importantes focos de lealtad electoral, medios de movilización y juegan un importante rol en el desarrollo de una retórica en el contexto competitivo (Budge 1994; Hall 1988). De modo que es por esta razón que la renovación política e ideológica de un partido político no puede ser contemplada sólo en virtud de la posibilidad teórica renovación (véase sección 1.1.1), sino que debe ser entendida políticamente en relación a los límites impuestos por la identidad partidaria.⁷

Oakeshott (1975) realiza una útil distinción que compara dos modos de asociación entre individuos que puede ayudar al entendimiento de las limitaciones que un partido político puede encarar en un momento de renovación política e ideológica. Oakeshott distingue entre asociaciones gobernadas por reglas y asociaciones empresariales. Por un lado, el primer tipo de asociación –en estado puro–, se caracteriza por la referencia absoluta a las normas de asociación admitidas dentro de una institución u organización particular. Es decir, las reglas constitutivas que proporcionan la identidad de una asociación, las cuales son una combinación entre estipulaciones institucionales e ideológicas encarnadas en las medidas legislativas, arreglos regulatorios, mandatos legales y estructuras no instrumentales de autoridad. Por otro lado, el segundo tipo de organización –también en estado puro–, se caracteriza por la referencia absoluta a un propósito externo acordado previamente por la asociación que debe ser realizado y que, además, le otorga sentido a la misma. De modo que los términos formales sobre los cuales se estructura este tipo de asociación son modificables a la luz de la efectiva realización del propósito a partir del cual dicha organización fue formada. Por ende, en comparación a una asociación empresarial, en una asociación gobernada por reglas de carácter puro, las normas formalizadas garantizan permanentemente una lengua común de acción y las interacciones de la asociación. Es decir, las formas comunes y aceptadas de proceder que caracterizan y dan sentido a la asociación. En tal respecto, ¿a qué tipo de asociación pertenecen, entonces, las organizaciones partidarias? Según Oakeshott (1975) los partidos políticos no pertenecen a ninguna de las asociaciones anteriormente mencionadas, sino que se constituyen como asociaciones de carácter híbrido. Es decir, una mezcla entre una asociación gobernada por reglas y una empresarial. En este tipo de asociaciones,

⁷ La identidad partidaria supone un límite importante en los procesos de renovación política e ideológica. Este límite se hace evidente sobre todo en el caso de partidos políticos fuertemente institucionalizados que se presentan como monolíticos. En tal sentido, como se aprecia en la sección 3.1, la UDI (partido político de la derecha transicional) se constituye como un partido que presenta estas características. Del mismo modo, el PCON, un partido político de la derecha tradicional que es explorado en el capítulo 2 de este estudio, también presenta características similares. En ambos casos, estas organizaciones partidarias presentan reticencia al cambio y un intenso apego al pasado, a sus creencias y prácticas habituales.

el significado de esas profundas normas formalizadas que responden como pieza constitutiva de la asociación también están restringidas a ciertos objetivos funcionales. De modo que si bien los partidos políticos tienen sus propios arreglos institucionales e ideológicos que confieren una *raison d'être* determinada (Kerr 2007; Norris y Lovenduski 2004; Panebianco 1982), también buscan asegurar su éxito electoral contingente y ganar poder político persiguiendo objetivos utilitarios (Downs 1957). Por lo tanto, un partido político posee ciertas características que implican la necesidad de establecer un sentido de continuidad que esté en armonía con su identidad partidaria, sentido que provee los límites dentro de los cuales un partido político puede reposicionarse en una situación competitiva (asociación gobernada por reglas); mientras que un partido político, también, posee ciertas características que le permiten evaluar en qué grado la normas que le dan identidad a la asociación pueden ser postergadas con el fin de alcanzar un objetivo contingente (asociación empresarial).

Ahora bien, teniendo en cuenta que según Oakeshott (1975) los partidos políticos pueden ser considerados como asociaciones híbridas, ¿cómo estos últimos se enfrentan a un proceso de renovación política e ideológica? ¿Cuándo sucede que estas organizaciones partidarias asisten a un proceso de esta naturaleza? Cuando un partido político se encuentra en circunstancias normales de operación, vale decir, regularidad en el éxito electoral, un buen nivel de membresía, adherencia doctrinaria, etc., las modificaciones políticas e ideológicas que se producen al interior de estas organizaciones sólo se dan en el campo de la adaptabilidad. Esto es, dado que en estas circunstancias la identidad partidaria (asociación gobernada por reglas) y los objetivos utilitarios de los partidos políticos (asociación empresarial) se encuentran en armonía, lo cual no hace necesario que haya cambios radicales en las ideas y prácticas fundamentales de estas organizaciones. En estas circunstancias, los partidos políticos, con el fin de competir por el poder con un relativo éxito, sólo se adaptan a las diversas coyunturas realizando cambios en su posicionamiento retórico y prácticas políticas contingentes, lo cual a menudo se realiza recurriendo al *corpus* ideológico fundamental partidario, el cual contribuye a la justificación de dichos movimientos adaptativos (Buckler y Dolowitz 2009, 2012; Seliger 1976). Por ende, en este contexto normal de operación, dado que no hay una razón suficiente que empuje a estas organizaciones hacia la renovación, el *corpus* fundamental de ideas encarnado en la identidad de los partidos políticos no es puesto en cuestionamiento radicalmente y se mantiene como un elemento estable que provee legitimidad y sentido a las acciones partidarias. Sin embargo, cuando un partido político se encuentra en circunstancias atípicas de operación (por ejemplo: prolongado fracaso electoral, bajas tasas de membresía, poca adherencia doctrinaria, intereses materiales amenazados, entre otras cosas que pueden afectar incluso la existencia de estas organizaciones), entonces, según Buckler y Dolowitz (2012), los cambios políticos e ideológicos que tienen lugar en un partido político pueden llegar a darse a un nivel más profundo. Esto es, dado que en estas circunstancias los partidos políticos se ven enfrentados a un contexto que exige cambios más drásticos que los que se pueden realizar mediante el mero uso de lógicas adaptativas. De hecho, en este tipo de circunstancias ciertamente más críticas, el *corpus* ideológico fundamental de los partidos políticos es cuestionado y problematizado radicalmente (Budge 1994). De modo que es sólo en este tipo de coyunturas cuando se asume *de facto* la necesidad de abrirle espacio a un proceso de renovación política e ideológica en el contextop partidario.⁸ Esto es, cuando la relación problemática entre la

⁸ Lo aquí señalado es medular para entender los procesos de renovación política e ideológica experimentados por la derecha transicional en Chile entre los años estudiados en este libro (2010-2018). En tal sentido, ¿de qué manera los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018 pusieron en jaque el sistema-mundo defendido por la

identidad partidaria y los fines empresariales del partido político en cuestión es expuesta sin reservas (Budge 1994; Oakeshott 1975).⁹

Uno de los aspectos centrales que se debe tomar en cuenta cuando se considera el problema de la renovación política e ideológica en el contexto partidario, sobre todo en el marco de lo señalado en los párrafos anteriores, es el asunto de la afiliación de los miembros de los partidos políticos y la lealtad de estos últimos. Esto es, quienes *de facto* componen al partido político. En tal sentido, desde la perspectiva de la asociación gobernada por reglas, los miembros de un partido político son miembros de este último en tanto que han entendido, suscrito y aceptado ciertos términos y reglas que constituyen la identidad de dicho partido político. De modo que la lealtad y la membresía de estos últimos tiene que ver con un compromiso original en el cual se articularon ciertas normativas y narrativas que definen la identidad de la asociación partidaria. Por ende, ¿pueden los miembros de un partido político mantener su lealtad y afiliación en un contexto de renovación política e ideológica? Como se ha señalado, a diferencia de cuando se da un proceso de adaptación rutinario en los partidos políticos, uno en el cual estos últimos llevan a cabo modificaciones su retórica y prácticas contingentes persiguiendo ciertos objetivos empresariales que están en armonía con la identidad partidaria; un proceso de renovación política e ideológica se constituye como un proceso donde se cuestiona profundamente el *corpus* ideológico fundamental en el cual se funda la identidad de las organizaciones partidarias. Por lo que esto puede dejar vulnerables a los partidos políticos ante acusaciones de que estos últimos han perdido su “verdadera” identidad o *raison d’être* al perseguir determinados objetivos empresariales. Esto es, incluso si dichos objetivos buscan la sobrevivencia del partido político en cuestión. De este modo, los procesos que tienen por objeto la modificación de ciertas prácticas e ideas fundamentales que están encarnadas en la identidad partidaria, pueden sin duda traducirse no sólo la pérdida de apoyo electoral y membresía, sino que también en reclamos de heterodoxia y traición (Diamond 2005; Jones 1996; Seliger 1976). Por ende, teniendo en cuenta este problema, ¿hasta qué punto los miembros de un partido político seguirán estando afiliados y siendo leales a este último en un contexto de renovación? Pues la lealtad y afiliación de los miembros de los partidos políticos dependerá casi exclusivamente de si estos últimos, en un contexto de cambios profundos, pueden aún identificarse con el partido político; así como dependerá de si estos miembros aún pueden identificarse en dicho contexto con el proyecto de renovación que las élites dirigentes quieren llevar a cabo en una coyuntura que espontáneamente exige cambios ideológicos sustantivos. De modo que todo depende de si aquel proceso de renovación da cuenta de un sentido de continuidad institucional e ideológica que sea afín a la cuestionada pero arraigada identidad partidaria (Buckler y Dolowitz 2009, 2012).

derecha chilena transicional? ¿Dichos eventos empujaron a la derecha transicional hacia la renovación política e ideológica? Tales interrogantes son exploradas en el capítulo 3 de este libro.

⁹ La conceptualización usada en este estudio para entender los procesos de renovación política e ideológica en el contexto partidario se basa mayoritariamente en lo señalado por Buckler y Dolowitz (2009, 2012). Sin embargo, lo aquí señalado incorpora también elementos nuevos que son desarrollados únicamente por el autor de este libro, sobre todo dado que este estudio profundiza en la idea de “coyuntura críticas” cuando se trata de explicar los procesos de renovación en el contexto partidario. En tal sentido, la ampliación de las ideas de Buckler y Dolowitz (2009, 2012) realizada en este libro, estuvo también inspirada en el trabajo realizado por Fernández y Rumié (2020). Esto es, un trabajo que explora la historia política de la derecha chilena tradicional durante el siglo XX. Allí se argumenta que sólo en los momentos en los que la derecha tradicional vio amenazado radicalmente sus intereses materiales, valóricos y políticos, o incluso su existencia (coyunturas críticas), esta última asistió a la aparición de movimientos renovadores que modificaron las ideas fundamentales y prácticas habituales del sector. De lo contrario, la derecha chilena solo realizó movimientos adaptativos.

Ahora bien, ¿qué imperativos se deben considerar, entonces, para que un partido político pueda llevar a cabo un proceso de renovación evitando los reclamos de traición y heterodoxia? Según Buckler y Dolowitz (2009), el imperativo fundamental para llevar a cabo un proceso de esta índole es apelar al pasado mientras que, simultáneamente, se rompe con él. Estos dos requerimientos deben ser no sólo balanceados, sino que deben estar integrados a través de una apropiada invocación retórica que dé cuenta de una renovada narrativa. Por ende, el mandato a seguir es rechazar la antigua o “fallida” posición ideológica asociada al presente y pasado reciente del partido político en cuestión y construir –como base para la visión alternativa– una posición ideológica contrastante que pueda reclamar suficientemente un sentido de origen. Es decir, un origen circunscrito a la historia del partido político. En tal sentido, hacer una referencia a la historia de los partidos políticos revela el hecho de que la identidad ideológica no es monolítica. De hecho, la historia de los partidos políticos tiende a revelar un amplio rango de hebras ideológicas que –en diferentes periodos históricos– han rivalizado entre sí por la influencia y que, a lo largo del tiempo, se han combinado para gestar la fusión ideológica que constituye los actuales valores e ideas de los partidos políticos. De modo que una organización partidaria puede buscar la renovación política e ideológica eligiendo las hebras adecuadas que permitan reclamar un sentido de origen para las nuevas direcciones que están siendo tomadas en un contexto de reposicionamiento ideológico. Esto es, encontrando en la historia del partido político un foco ideológico que sea susceptible de ser reformulado de una manera apropiada y coherente conforme a las coyunturas que han suscitado la necesidad de renovación (Leggett 2004).¹⁰

Con todo, hay cuatro imperativos específicos que, según Buckler y Dolowitz (2009, 2012), desde un punto de vista normativo, se deben tomar en cuenta para liderar un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario. Primero, se debe demostrar un suficiente sentido de origen para establecer las bases de la reclamada continuidad de la identidad partidaria. Segundo, se debe proporcionar un contraste suficiente –mediante una adecuada periodización– con la ideología que actualmente es presentada como fracasada u obsoleta. Tercero, se debe suministrar una apropiada orientación ideológica y política para incluir en la renovada narrativa las circunstancias políticas, sociales y económicas que han cambiado y que han suscitado la necesidad de renovación. Cuarto, se debe realizar un buen trabajo retorico que permita garantizar el éxito de los renovados postulados ideológicos declarados y que, al mismo tiempo, permita tener una ventaja competitiva frente a los oponentes políticos. Es precisamente en este respecto cuando los intelectuales y *think tanks* pueden proveer determinados recursos para dar una apropiada orientación, legitimación y/o criticismo a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario.

¹⁰ El caso de Hugo Herrera, uno de los nuevos intelectuales derechistas explorados el capítulo 4 de este estudio, es interesante en este respecto. En su libro *La derecha en la crisis del bicentenario* (2017a), Herrera sostiene, en términos sucintos que la actual identidad de la derecha, la cual se basa en gran medida en el “chicago-gremialismo”, podría ser renovada mediante la integración de antiguas hebras ideológicas que otrora le pertenecieron al sector, por ejemplo: el nacionalismo-popular y el republicanismo. Para ello, Herrera recurre y revitaliza a viejos intelectuales de derecha como lo fueron Francisco Encina, Alberto Edwards y, en su interpretación, Mario Góngora. Por ende, lo que intenta hacer Herrera en su libro es renovar (desde un punto de vista normativo) la identidad de la derecha chilena. Esto es, eliminando los elementos “fallidos” en el sector e incorporando nuevos elementos revitalizados que provean continuidad identitaria.

1.2 Intelectuales y renovación política e ideológica en el contexto partidario

Ciertamente el siglo XX puede ser llamado como el “siglo de los intelectuales” (Judt y Snyder 2012).¹¹ Durante este período, los intelectuales no sólo dieron soporte teórico a los distintos proyectos de sociedad que se situaban como una alternativa a los órdenes sociales, políticos y económicos imperantes, sino que también, algunos de ellos, acompañaron o lideraron, rozando el activismo, los procesos asociados a la revolución socialista, el totalitarismo fascista y la democratización postguerra (Traverso 2014). Estos individuos, durante el siglo en cuestión, fueron sobre todo actores que usaron su erudición y herramientas cognoscitivas para desafiar al poder en el nombre de la “verdad”, la “justicia” u otro concepto universalista e ilustrado. Sin embargo, en las últimas décadas, el rol de los intelectuales se ha transformado considerablemente tanto en su labor pública como privada. De hecho, el intelectual del siglo XX, aquél caracterizado por su criticismo y vocación social, aquél que defendió y promovió enérgicamente grandes relatos, ha desaparecido –en lo que respecta a la posibilidad real de dicha función– tras el colapso del muro de Berlín (1989), la hegemonía cultural del libre mercado de ideas, la aparición de nuevas tecnologías de comunicación, el relativismo, la llamada “democratización” del conocimiento y, en suma, ante el conjunto de procesos globalizatorios que se han manifestado explícitamente sobre todo tras la inauguración del siglo XXI. En tal sentido, gracias al continuo proceso de especialización del conocimiento, institucionalización y comercialización de la vida intelectual, así como gracias al incremento del acceso público a la información –espacio otrora restringido a las élites–, el intelectual ha sufrido grandes transformaciones en lo que respecta a su definición y quehacer (Kurzman y Owens 2002; Misztal 2012; Traverso 2014). Por ende, es importante redefinir los diferentes roles y tipos de intelectualidad que tienen cabida en las sociedades contemporáneas, sobre todo con el fin de mostrar cuáles son los recursos que estos individuos pueden proveer actualmente a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario.

1.2.1 Redefiniendo a los intelectuales: sus perfiles y funciones en las sociedades contemporáneas

Definir qué es un intelectual y cuál es su función es una cuestión compleja y controversial (de Medeiros 2015). La palabra intelectual está desgastada y a menudo se la considera mediante significados diferentes. Según una de las acepciones más populares del siglo XX, aquella sustentada en prominentes figuras de la intelectualidad pública como Sartre y Said, el intelectual es un sujeto que “[...] cuestiona el poder, objeta el discurso dominante, provoca discordia e introduce un punto de vista crítico” (Traverso 2014:4). Sin embargo, lo que determina qué es un intelectual y cuáles son sus funciones ha variado dependiendo de los diversos contextos históricos desde los que estos individuos han ejercido una tarea asociada al intelecto (Bauman 1987; Bobbio 1998; Eyerman 2011; Misztal 2012). Es por esta razón que se debe problematizar a esta figura desde un puesto de vista histórico-conceptual no sólo para exponer lo que se podría entender por intelectual actualmente, sino que también para mostrar que esta figura jamás ha poseído una caracterización o función unívoca.

¹¹ Cuando la literatura general se refiere a “los intelectuales”, se refiere sobre todo a los llamados intelectuales humanistas. Esto es, historiadores, filósofos y científicos sociales, tales como sociólogos u antropólogos. Sin embargo, como se apreciará en esta sección más adelante, la definición de intelectualidad usada en este trabajo (la cual sirve para examinar el capítulo 4 de este estudio), incorporará, por ejemplo, también a los expertos como un tipo posible de intelectualidad. Por lo tanto, en este estudio filósofos e historiadores, entre otros, serán catalogados como intelectuales humanistas; mientras que ingenieros y economistas como intelectuales expertos.

Según lo señalado por Eyerman (2011), el nacimiento de los intelectuales se suele fechar a partir del *l'affaire Dreyfus*. Esto es, un escándalo político que tuvo lugar en Francia entre los años 1894 y 1906. En dicho escándalo, el cual tuvo como origen una sentencia judicial antisemita que puso en tela de juicio valores como los derechos humanos, la justicia y la república, el escritor Émile Zola redactó una carta abierta de denuncia llamada *J'accuse...!* Esta carta fue publicada en un periódico francés conocido como *L'Aurore* y estableció, según argumenta Eyerman, las bases simbólicas que han permitido definir al intelectual del siglo XX, a saber: un intelectual que baja de la torre de marfil para interceder en la esfera pública detentando un rol político y social en el nombre de valores universales e ilustrados tales como la justicia, la verdad y la Razón. En tal sentido, según este origen fundacional, el intelectual apareció por primera vez en occidente sólo cuando su quehacer irrumpió en la esfera pública. Esto es, un momento donde el adjetivo intelectual se transformó enteramente en un sustantivo que era reconocido y usado públicamente (Traverso 2014). Sin embargo, teniendo en cuenta que antes del *l'affaire Dreyfus* también había individuos dedicados al conocimiento –básicamente todos los próceres de la tradición filosófica occidental; desde Platón hasta Hegel– ¿en qué consistió, entonces, el quiebre entre lo que se ha llamado la *intelligentsia* tradicional y el intelectual que surgió en el *l'affaire Dreyfus*? ¿Qué sucedió, por ejemplo, con la *intelligentsia* del siglo de las luces? Según Traverso (2014), el intelectual del siglo de las luces –representante por antonomasia de la *intelligentsia* tradicional– poseía ciertas similitudes con el intelectual surgido tras el *l'affaire Dreyfus*. Por ejemplo: ambos buscaban desarrollar conceptos universales y entendían a la Razón como un instrumento que permite develar la verdad. No obstante, las diferencias existentes entre los contextos históricos donde se forjaron estos individuos atribuyeron roles distintos a estos dos tipos de *intelligentsia*. Por un lado, la *intelligentsia* del siglo XVIII posicionó su quehacer frente a una aristocracia y burguesía cultivada, quienes eran sus únicos interlocutores y quienes financiaban su labor asociada al intelecto. Mientras que, por otro lado, el intelectual que surgió con el *l'affaire Dreyfus* posicionó su quehacer frente a una sociedad mucho más articulada y compleja; una sociedad con clases sociales antagónicas y un campo político dividido entre derecha e izquierda, fascismo, comunismo, etc. Se trató de un intelectual que modificó su quehacer en virtud de sociedades modernizadas que conocieron la industrialización, la urbanización y el advenimiento de un espacio público en un sentido moderno. Fue recién en estas condiciones cuando –al menos en un principio– el mercado actuó como un motor de emancipación para los intelectuales, transformando a estos últimos en una “clase autónoma” independiente de las clases dominantes (Kurzman y Owens 2002; Mannheim 1929). En este nuevo contexto moderno, los intelectuales no vivían únicamente gracias al apoyo de un mecenas, sino que gracias a la venta y difusión de sus libros, ensayos y artículos de prensa. De este modo, el quehacer intelectual a finales del siglo XIX comenzó a dejar de ser una simple labor de consejería. Es decir, la *intelligentsia* tradicional, cuya labor estuvo durante mucho tiempo asociada al príncipe, bajó del palacio que otrora la cobijó para fundirse en un nuevo horizonte social junto a los mortales, lo cual dio origen al intelectual en un sentido moderno.¹²

Tras el primer tercio del siglo XX, no obstante, la labor crítica e ilustrada que los intelectuales comenzaron a detentar comenzó adquirir rápidamente tintes políticos, sobre todo en un espacio público

¹² El intelectual del siglo XX logró este nuevo estatus principalmente gracias al desarrollo del espacio público moderno, según Habermas (1962), un lugar intermedio entre el Estado y la sociedad civil, entre la esfera de lo privado y los intercambios económicos por un lado y la esfera de las instituciones por otro. En tal sentido, la incipiente burguesía europea del siglo XVIII inventó un lugar abierto, no jerarquizado ni delimitado por la ley natural, en el cual –con ciertos límites– era posible ejercer libremente la función crítica de la Razón.

burgués regido por lógicas mercantiles donde la contienda por la hegemonía ideológica era ganada en el campo de batalla político y cultural. En tal sentido, Gramsci (1971) fue uno de los primeros pensadores que estableció una teoría sobre los intelectuales que diese cuenta de cómo estos últimos realizaban su quehacer en las sociedades modernizadas. En dichas sociedades, según Gramsci, los intelectuales ya no podían ser vistos como una clase en sí misma o “autónoma” –como señalaba Mannheim (1929)–, dado que la función de estos últimos no derivaba del lugar que ocupaban en la estructura económica de producción (Kurzman y Owens 2002). Según Gramsci (1971), el intelectual no es propietario de los medios de producción ni es un productor directo de los recursos económicos, sino que, por el contrario, este último es únicamente un creador de ideas o productor de conocimiento. No obstante, su función de productor de conocimientos tampoco es algo que se desarrolla por fuera de la sociedad y sus divisiones de clase, sino que dicha función siempre tiene lugar dentro de alguna de ellas. De modo que a pesar de no ser propietario o productor en la estructura económica de las sociedades modernas, el intelectual sí es parte de una clase socioeconómica particular en tanto individuo y, por ende, este último tiende a justificar y extender la visión de mundo de la clase a la cual pertenece. En tal respecto, el llamado “intelectual orgánico” gramsciano no es parte de una “clase autónoma” en cuanto intelectual, sino que posee un vínculo fáctico con clases determinadas que se sitúan como una condición *sine qua non* económica y social de la producción de sus ideas (Kurzman y Owens 2002). Por lo tanto, ya en el segundo tercio del siglo XX, “[...] el intelectual dreyfusista –defensor de los derechos humanos, la libertad y la democracia– se ve forzado a ponerse en cuestión. Debe elegir en un campo político polarizado entre comunismo y fascismo. Quienes deseen permanecer neutrales son marginados” (Traverso 2014:18). Según esto último, el intelectual que se emancipó de las ataduras aristocráticas y vivió una breve independencia en la esfera pública moderna, volvió a estar atado a las relaciones fácticas de poder que le permiten ejercer su labor. De hecho, el intelectual que surgió en los albores del siglo XX pasó de defender valores universales e ilustrados en el nombre de la Razón a justificar conductas políticas en el nombre de dichos valores. Una muestra de aquello es lo que Benda señaló en *La traición de los Intelectuales*. En dicho libro, Benda (1928) lamenta que los intelectuales se estén dedicando a abanderar posturas políticas –dejando de ser una “clase autónoma”– en vez de desempeñar su “verdadero” rol, a saber: ser los defensores de los valores universales y atemporales. Hasta cierto punto, el lamento de Benda anticipó lo que más tarde Gramsci atestiguó y definió mediante la figura del “intelectual orgánico”.

Hay cuatro modalidades de intelectuales claramente distinguibles en la tradición occidental: dos clásicas y dos modernas. Según Bobbio (1998), los dos polos clásicos anteceden al siglo XX pero, sin duda, influyen en él. El primero es la visión platónica del sabio que debe mezclarse con los asuntos políticos para asumir como filósofo rey; mientras que el segundo está asociado al intelectual como consejero. Es decir, un intelectual que se pone al servicio del príncipe en el contexto del despotismo ilustrado. “La primera concepción anula cualquier diferencia entre el intelectual y el poder, mientras que la segunda atribuye al intelectual un papel subordinado [...] El consejero es dócil; el filósofo rey es temible y peligroso” (Traverso 2014:26). El primero subordina la política al conocimiento, el segundo subordina el conocimiento a la política y lo usa para la justificación de quienes detentan el poder. Desde una lectura contemporánea, el filósofo rey bien puede representar al intelectual experto (tecnócrata) defensor a un sistema socialista totalitario, el cual posee como eje articulador una planificación centralizada de los recursos; o bien puede representar a los tecnócratas neoliberales, legisladores absolutos de un orden ligado a la economía de mercado. No obstante, desde un punto de vista orgánico, el intelectual experto también puede ser considerado como un consejero. Esto es, pues

este último está subordinado al poder de una élite dominante que requiere sus conocimientos para fines particulares. En tal sentido, cuán filósofo rey o consejero pueda ser un intelectual experto depende casi exclusivamente del tipo y cantidad de acceso que este último tenga al poder. Los consejeros suelen ser catalogados como técnicos, individuos que acompañan con sus recursos especializados a quienes detentan el poder; mientras que los filósofos rey del mundo contemporáneo suelen ser catalogados como tecnócratas, aquellos expertos que dado su privilegiado acceso al poder –acceso garantizado por condiciones de emergencia (Meynaud 1968; Whitehead 1997)–, tienen un mayor control político sobre la toma de decisiones (Centeno y Wolfson 1997).¹³

Por su parte, hay dos polos modernos de intelectualidad en el mundo occidental. El primero de ellos es el intelectual crítico del poder; mientras que el segundo es el intelectual experto. El intelectual crítico del poder surgió debido a los cambios sociales, culturales y políticos ocurridos en el siglo XX y se caracteriza –siguiendo a Sartre– por ser “[...] alguien que se mete en lo que no le importa” (Traverso 2014). En tal sentido, la función de este tipo de intelectual consiste principalmente en elaborar interpretaciones donde

[...] confluyen pasado y presente para develar las falacias de las exclusiones que han operado y que todavía operan en nuestras sociedades; promover el debate y la controversia en la esfera pública, confrontando a los círculos de poder, incluidos sus intelectuales; provocar también el debate e instalar disensos en el seno de los movimientos a los cuales adhiere; por último, procurar su autonomía crítica hasta el límite que sea posible, incluidas las orgánicas que representan las causas con las que se encuentra comprometido (Zapata 2015:100).

Se trata de un intelectual que cuestiona el poder y que, al mismo tiempo, es capaz de poner en cuestión su propio origen y desarrollo intelectual. Del mismo modo, no se trata de un individuo sin clase social, sino que se trata de un “intelectual orgánico” de talante crítico que, si bien defiende intereses de clase, logra que el pensamiento crítico no se subordine a dichos intereses completamente (asunto sumamente cuestionable desde el punto de vista de su posibilidad). En términos generales, el intelectual crítico del poder fue una de las figuras más importantes durante el siglo XX hasta la caída del muro de Berlín en 1989. Esto es, dado que dicho siglo fue un período marcado por fuertes conflictos políticos e ideológicos, así como por movimientos sociales que –según las necesidades históricas– necesitaron una dirección intelectual que fuese politizada y crítica al mismo tiempo. Fue en dicho entonces cuando este tipo de intelectual estaba llamado a desempeñar un importante papel, por ejemplo, en la guerra civil española, la resistencia italiana y francesa, la lucha contra las armas nucleares, la guerra de Vietnam, la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos, entre otros eventos. Además, según Traverso (2014:34–35), fue en dicho período cuando “[...] los partidos políticos eran una base de masas; tenían programas, militantes, líneas ideológicas claras que estructuraban el campo político. En dicha época, los intelectuales eran orgánicos: estaban orientados según líneas de clases y a menudo ligados a partidos políticos”. De modo que los partidos políticos,

¹³ Platón pensaba que la política era un conocimiento menor y, por ende, constituía un asunto desagradable al que hubiese preferido no dedicar mucho tiempo. Este filósofo hubiese preferido usar el tiempo en asuntos más elevados, asuntos que no tuviesen que ver con las condiciones materiales-contingentes de la existencia, puesto que en su filosofía había un claro desprecio por lo material que fue heredado por gran parte de la tradición occidental de pensamiento y el cristianismo. Sin embargo, Platón pensaba que los filósofos debían, lamentablemente, ocuparse de los desagradables asuntos políticos puesto que, de otro modo, los simples seres humanos y su irracionalidad desestabilizarían el orden de la polis que le permitía a los filósofos –una élite intelectual– tener el espacio de ocio necesario para estudiar asuntos más elevados. Platón no quería democracia, quería orden: buscó un orden inmutable opuesto a la contingencia (Arendt 2007; Copleston 1947).

los movimientos sociales y la opinión pública, dependían en dicho entonces fuertemente de las ideas declaradas y defendidas por este tipo de intelectual. En tal sentido, el intelectual crítico del poder cumplía un rol social gravitante en dicho contexto: era el mediador entre la gente y las instituciones, entre los ideales universales y la realidad política concreta. Era quién develaba la “verdad” ante los abusos de poder. Por ende, el rol social del intelectual crítico del poder era “iluminar” con la “verdad” a quienes lo necesitaban, combatiendo la injusticia a través de grandes relatos que hablaban de sociedades más justas.

En el transcurso de la década de los 80, no obstante, las cosas comenzaron a cambiar para este tipo de intelectual tras el derrumbe de las meta-narrativas y los grandes relatos (Bauman 1987). El desmoronamiento del socialismo real, la muerte de los altos valores ilustrados y las heridas postguerra suscitaron, según Eyerman (2011), un “trauma cultural” para el tipo de intelectual que nació en los albores del siglo XX y que se transformó durante todo un siglo de fuertes cambios políticos y sociales.¹⁴ Dicho trauma paralizó el quehacer del intelectual crítico del poder, dejando el espacio abierto para que el conocimiento experto tomase el rol de “administrador” de las ideas. Desde dicho momento en adelante, todo pareciese indicar que –al menos en apariencia– los partidos políticos no necesitan

[...] militantes ni intelectuales, sino ante todo gerentes de comunicación [...] Los partidos se volvieron postideológicos; ya no tienen una línea rectora, tampoco una clara identidad social [...] Estos partidos tienen muchos menos militantes que sus ancestros, no precisan un diario, se expresan a través de los medios y orientan su línea según las fluctuaciones de una opinión medida por sondeos, así como bajo la presión de cierta cantidad de *lobbies*. Estos partidos ya no necesitan intelectuales. En épocas pasadas, los partidos defendían ideas y recurrían a los intelectuales para elaborar sus proyectos; actualmente las campañas electorales se confían a los publicistas (Traverso 2014:34–35).

Es en este contexto “postideológico” que surgió como figura hegemónica el segundo polo de la intelectualidad moderna en occidente, a saber: el intelectual experto. Se trata de un tipo de intelectual que pretendiendo neutralidad política e ideológica, “[...] utiliza sus competencias para orientar al poder vigente, y desempeña un papel ideológico nada despreciable” (Traverso 2014:26). De hecho, los expertos “[...] pretenden encarnar una posición objetiva y axiológicamente neutral, cuando en realidad defienden intereses de clase” (Traverso 2014:26). En términos generales, este tipo de intelectual se articula bajo la modalidad del consejero, sin embargo, en ocasiones, como se expuso previamente, cuando tiene acceso al poder –por ejemplo, en el contexto de un régimen autoritario que

¹⁴ El trauma cultural experimentado principalmente por los intelectuales críticos del poder debe ser entendido como una respuesta discursiva al desgarramiento de un tejido social particular. Esto es, puesto que un trauma cultural es una respuesta que tiene lugar sólo cuando los fundamentos de una identidad colectiva establecida es azotada por un acontecimiento traumático que exige la elaboración de una nueva narrativa que permita comenzar un proceso de reparación o reconstrucción identitaria (Alexander et al. 2004; Eyerman, Alexander, y Butler 2011). En tal sentido, los traumas culturales deben ser distinguidos de la significación más común de trauma, la cual se refiere a un trauma provocado por una herida física o psicológica experimentada individualmente. En dicho caso, los traumas nacen mediante una experiencia personal garantizada por un shock traumático que alteró inmediatamente un sistema particular. Sin embargo, los traumas culturales son creados en el discurso pero no nacen espontáneamente de un modo inmediato de una experiencia traumática (Smelser 2004). Por ejemplo, si un asesinato es presenciado directamente por un individuo este evento creará, probablemente, un trauma inmediato en él. Sin embargo, en el caso del mismo asesinato, en términos culturales, este último no generará un trauma dada la inmediatez con la que se experimentó el evento, sino que sólo creará un trauma mediante la narración, la interpretación y la representación de dicho evento en el tiempo. En otras palabras, los traumas culturales se manifiestan mediante una interpretación hegemónica y no inmediata de un fenómeno específico que se vuelve significativo en términos colectivos.

suspende la democracia y le entrega el mando con el fin de realizar reformas técnicas en el nombre de la ciencia— esté último puede articularse también bajo la modalidad del filósofo rey. Es decir, en términos contemporáneos, un tecnócrata.¹⁵ Así, el tránsito del intelectual crítico del poder al experto se debe a transformaciones históricas profundas. En tal sentido, es ilustrativo mostrar como las universidades se han transformado en las últimas décadas: en nuestros días el lenguaje de

[...] la empresa se generaliza en el conjunto de la sociedad y quienes lo emplean piensan que la modernidad consiste en remplazar a los intelectuales por administradores. La función de los posgrados es la de fabricar *expertise* y formar técnicos (incluso en las ciencias humanas y sociales), ya no la de elaborar un pensamiento crítico o formar en los jóvenes una visión crítica de la sociedad. Por supuesto, la universidad sigue siendo un espacio de producción de conocimiento y reflexión, pero la investigación se especializa y se tecnifica, encerrándose a menudo en un lenguaje hermético e incommunicable. La figura del intelectual educador ya desapareció... *L'Encyclopédie*, recordemos, había sido creada con el objetivo de esclarecer la naciente opinión pública. En una sociedad inculta, una pequeña minoría disponía de los conocimientos que deseaba difundir. En la actualidad, las condiciones de difusión del saber no son las mismas: el saber se especializó y se masificó a la vez; una sola universidad grande tiene más estudiantes que todas las universidades francesas en la víspera de la gran guerra (Traverso 2014:26–27).

Con todo, ¿quién tiene la capacidad de realizar, entonces, una labor crítica universal sin poseer todos los conocimientos específicos necesarios? ¿Cómo demostrar la validez de un relato en una sociedad donde la diversidad, extensión y especialización del conocimiento ponen en jaque la capacidad cognoscitiva de todo ser humano? Todo parece indicar que el intelectual ya no puede detentar su antiguo rol de creador de proyectos utópicos y de crítico universalista. De hecho, tras una larga evolución, el intelectual ha pasado de estar en la torre de marfil a situarse en contextos históricos políticos particulares, los cuales, principalmente durante el siglo XX —gracias a la industrialización, la creación del espacio público moderno y el auge de la ciencia, entre otras cosas—, no han permitido que el intelectual siga desarrollando de un modo gravitante su rancia función crítico-universalista. En tal sentido, el intelectual crítico del poder terminó por renunciar al conocimiento universal como saber unívoco de la realidad y se dio cuenta de que hasta la justicia y la verdad son valores susceptibles de relativización. De modo que todo pareciese indicar que estamos en presencia del fin del intelectual teorizado por Mannheim (1929), ese que en *Ideología y utopía* es asociado a un grupo social bastante independiente que se levanta “por encima” de todas las clases y que se propone la labor de forjar un nuevo imaginario, alternativas sociales y/o utopías. Habiendo llegado hasta este punto, el intelectual se presenta como una figura aún más difícil de definir, lo que hace necesario el establecimiento de nuevas definiciones que den cuenta de las funciones y perfiles que esta clase de individuos detentan en la actualidad.

Existen varios esfuerzos que han pretendido hacerse cargo del problema de la intelectualidad tras el derrumbe de los grandes relatos y el auge de la especialización. Por un lado, Bobbio (1998) sostiene que los intelectuales son actualmente un “[...] grupo más o menos amplio de individuos que ejercen el poder espiritual o ideológico contrapuesto al poder temporal o político” (Férrandez 1996:433). Se trata de individuos que, desde su área específica del conocimiento —lo cual implica no sólo el tipo de

¹⁵ El intelectual experto se volvió hegemónico en la derecha chilena transicional (posiblemente también en la izquierda socialdemócrata) tras el retorno a la democracia en 1990. Es ante dicha hegemonía que, hasta cierto grado, los nuevos intelectuales humanistas de derecha en Chile están reaccionando (véase capítulo 4). En tal sentido, los tecnócratas neoliberales conocidos como los *Chicago Boys* (intelectuales expertos que se exploran en la sección 2.4), cumplieron un importante rol a la hora de consolidar la figura del experto como una figura privilegiada y hegemónica en la derecha chilena a la hora de atender los asuntos sociales, políticos y económicos en Chile. Esto es, una situación aún vigente que está siendo cuestionada.

conocimiento sino también tipos de metodología– “[...] viven de y para las ideas” (Micco 2015:15). Asimismo, con respecto a su función, a través de una separación entre las ideas y el poder, Bobbio define que la labor de los intelectuales es “[...] agitar las ideas, resaltar problemas, elaborar programas o solamente teorías generales”; mientras que la tarea del político es tomar decisiones (Férrandez 1996:432). Además, Bobbio (1998) distingue entre dos tipos de intelectuales que podrían ser característicos del siglo XXI: por un lado, distingue entre intelectuales que aportan a la acción política con principios, valores, idealismo o visiones de mundo; mientras que, por otro lado, distingue a aquellos que transmiten conocimientos científicos y técnicos necesarios para alcanzar fines establecidos. “Unos estarán más preocupados por los fines, los segundos de los medios. Unos se ocupan de proveer material intelectual en temas éticos, políticos, estéticos; mientras que los otros se ocupan de proveer material intelectual en temas técnicos y científicos” (Férrandez 1996:132). Por su parte, Bourricaud (1990) sostiene que actualmente los intelectuales son aquellos individuos que tienen particulares conocimientos acreditados o validados por un título profesional; mientras que, además, se trata de individuos con habilidades de expresión lingüísticas, estéticas y/o lógicas sobresalientes. De modo que según este autor los intelectuales son personas que poseen una especial capacidad cognitiva para explicar y describir el mundo. Es decir, individuos con una gran competencia comunicacional a la hora de usar palabras, símbolos e imágenes que emiten, reciben y retransmiten a toda la sociedad en la cual están insertos (Micco 2015). Por otra parte, Foucault (1980), intentando hacerse cargo del problema de la intelectualidad tras el auge del intelectual experto, opone el intelectual universal-ilustrado al intelectual específico, quien es, fundamentalmente, un experto que, desde el saber específico, es crítico pero en su área de investigación (Kurzman y Owens 2002; Misztal 2007). Según Foucault, este último debe ser visto como un científico o investigador que interviene en la *polis* no en el nombre de los grandes valores universales, sino que utilizando su saber particular. Se trata de un individuo que no habla hacia y por la humanidad, sino que habla desde su saber a un grupo específico de individuos. Por último, Bauman (1987) distingue entre el intelectual legislador y el intelectual interprete. El primero –representante del intelectual universal-moderno–, es un intelectual que contempla el horizonte político y ético desde donde se debe pensar la sociedad; mientras que el segundo, quien es un intelectual que posmoderno, tiene como rol interpretar la heterogeneidad de las sociedades complejas según criterios que, si bien no universales en términos modernos, sí son universales a la hora de proveer las bases de toda mediación.

Las definiciones expuestas previamente son ciertamente generales si lo que se busca es dilucidar cómo los intelectuales pueden contribuir a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario. Por ende, es pertinente redefinir de un modo más exhaustivo los perfiles y roles que los intelectuales tienen en la actualidad. En tal sentido, Osborne (2004) realiza una útil labor clasificando cuatro modalidades de intelectualidad que operan en las sociedades contemporáneas, a saber: el legislador, el intérprete, el experto y el mediador (véase figura numero 1).¹⁶ Estas modalidades están basadas en Foucault (1980) y Bauman (1987) y son analizadas por Osborne (2004) en el marco de cuatro conductas epistémicas cuasi-Aristotélicas formuladas por Foucault (1990). Estas conductas permiten analizar tanto la conducta moral de los distintos intelectuales como la labor específica de las diversas modalidades de intelectualidad. Dichas conductas son la sustancia, la justificación, la estilización y la estrategia (véase figura numero 1).¹⁷ La sustancia tiene que ver con el *qué* del trabajo

¹⁶ Para ver figura 1 véase anexo II.

¹⁷ *Idem*.

intelectual. Es decir, si el trabajo se articula, por ejemplo, en base a la producción de una interpretación, el conocimiento científico o la promoción ideas universales. La *justificación* tiene que ver con el *porqué* se realiza el trabajo intelectual. Es decir, si el trabajo se realiza para descubrir ideas, innovar, encontrar la “verdad”, entre otras justificaciones. La *estilización* es un aspecto que responde al *cómo* se realiza el trabajo intelectual. Es decir, si el trabajo se realiza, por ejemplo, encarnando el saber científico, siendo un activista o realizando una labor académica. Mientras que la *estrategia* tiene que ver con *cuál* es el impacto deseado del trabajo intelectual realizado. Es decir, si el trabajo se realiza con el fin de dominar cierto fenómeno natural, como un trabajo crítico que busca iluminar a la sociedad, entre otras finalidades.¹⁸ Por lo tanto, habiendo explicado las conductas epistémicas de Foucault (1990), es necesario exponer cada una de las modalidades de intelectual propuestas por Osborne (2004), dado que aquellas pueden mostrar acertadamente los modos en los que un intelectual actualmente es capaz de proveer recursos a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario.

En primer lugar está el intelectual como legislador. La legislación “[...] consiste en hacer declaraciones de autoridad, las cuales, arbitren las controversias de opinión mediante la selección de una opinión ganadora, la cual, tras haber sido elegida, se convierte en la opción correcta y obligatoria” (Bauman 1987:4). Por ende, para Bauman, el legislador se encarga codificar –o traducir bajo sus propios criterios– la diversidad de las opiniones de los individuos bajo un esquema de orden intelectual y racional. Esto es, con el fin de ordenar dicha diversidad en el marco de un orden político y cultural mayor, orden que se ajusta a valores trascendentales e ilustrados. Según este autor, la *epitome* de este tipo de intelectual fueron los filósofos franceses: “*Les philosophes* hablan a quienes detentaban el poder; lo que les decían era ‘la gente’. El acto de hablar significaba la diseminación de ideas racionales. El tópico del discurso fue la metodología de una racionalización de la reproducción de un orden social” (Bauman 1987:75). De modo que, en los términos de las conductas epistémicas, se puede decir que la *sustancia* del legislador consiste no tanto en la creación de conocimiento, sino que en la puesta en marcha de programas político-culturales diseñados para sintetizar aspectos del mundo empírico en un relato manipulable que dé cuenta de un orden futuro acorde a determinados valores ilustrados. Asimismo, se puede decir que la *justificación* de la sustancia en el caso del intelectual legislador tiene que ver con la creación de un orden cultural y social basado en los altos valores, los cuales, por sí mismos, justifican la creación de un nuevo orden cultural –axiomas del sistema–. Cuando se trata de la *estilización*, se puede decir que el legislador alude al auto-reconocimiento. Esto es, que quien legisla es el detentor del orden racional y, por lo tanto, es una autoridad máxima capacitada para dominar la realidad mediante abstracciones. Por último, cuando se trata de la *estrategia*, este intelectual tiene por objetivo hacer funcionar y perpetuar un particular orden cultural, social y político.

En segundo lugar está el intelectual como intérprete. Este tipo de intelectual surge por la necesidad de replantear el rol del intelectual en una dirección distinta al legislador. En sí misma, la actividad del interprete “[...] consiste en traducir declaraciones, hechas dentro de una comunidad y su tradición, con el motivo de que aquellas puedan ser entendidas dentro del sistema de conocimiento de otra comunidad y su tradición (Bauman 1987:5). Se trata de una labor que surge en el contexto de sociedades complejas, multiculturales, donde es difícil imponer o legislar un orden social, político y cultural

¹⁸ Estas directrices teóricas son utilizadas para examinar el perfil y las actuales funciones de algunos de los nuevos intelectuales humanistas de la derecha chilena y de algunos de los intelectuales transicionales de este sector. Para obtener más información véase sección 4.3.

absoluto según valores universales. Sin embargo, no se trata aquí de un relativista, sino que más bien de un erudito en la diversidad que es capaz de conectar, mediar y comunicar el conocimiento entre los distintos contextos de las sociedades complejas. Por lo tanto, se puede decir que la *sustancia* del trabajo del intérprete es el texto, en el sentido de todas las formas de producción cultural y no del texto literalmente hablando. Asimismo, se puede decir que la *justificación* del trabajo del intérprete es traducir el significado de los diversos discursos de las comunidades o marcos culturales con el fin de alcanzar entendimiento entre las partes. Mientras que la *estilización* de su trabajo tiene que ver con el desarrollo y perfeccionamiento de disciplinas asociadas al diálogo y el discernimiento. De modo que si el legislador media entre la gente y las instituciones, entre los valores universales y la contingencia, por el contrario, el intérprete media entre distintos textos, culturas y discursos sin un criterio valorativo absoluto. Por ende, “[...] la especialidad propuesta aquí yace en el arte de la conversación civilizada. Esto es, naturalmente, un tipo de recreación del conflicto permanente de valores donde, los intelectuales, gracias a sus habilidades discursivas, son los que están mejor preparados para hablar con las personas más que luchar contra ellas; para entenderlas más que descartarlas o aniquilarlas como mutantes (Bauman 1987:143). Por último, cuando se trata de la *estrategia*, se puede decir esta modalidad de intelectualidad no busca imponer un relato, sino que contribuir al mutuo entendimiento de las partes en un mundo multicultural con múltiples valores.

En tercer lugar está el intelectual como experto. Según Osborne (2004), este tipo de intelectual se caracteriza por poseer conocimientos de carácter específico y de tipo técnico-científico. El desempeño de este tipo de intelectual se realiza tanto en las ciencias exactas como en las ciencias sociales. La *sustancia* del trabajo de este individuo tiene que ver con que el experto trabaja a partir de una variada cantidad de afirmaciones basadas en datos factuales, datos que deberían estar circunscritos a su especialidad. Por otra parte, la *justificación* de este tipo de intelectual viene dada por el método científico. Es decir, el experto aporta a la sociedad un certero conocimiento supuestamente libre de contenidos ideológicos que está, además, regido por una metodología basada en criterios principalmente inductivos y de experimentación. Por otro lado, cuando se trata de la *estilización*, el experto se caracteriza por mostrar un dominio virtuoso de su especialidad; mientras que, además, posee las herramientas para dar consejo a quienes están a cargo de la toma de decisiones en el marco del simbolismo de la *expertise*. Por último, cuando se trata de la *estrategia*, el experto busca producir conocimiento que, en último término, pueda influir en la toma de decisiones. En tal sentido, si bien el experto no legisla *de facto* si es, cuando está cerca del poder, un actor que aporta recursos gravitantes a las reformas sociales y políticas llevadas a cabo por quién está a cargo de la toma de decisiones.

En cuarto lugar está el intelectual como mediador. Según Osborne (2004:440), este tipo de intelectual funciona como un “[...] facilitador, arreglador, catalizador y destructor de ideas. Tal vez la característica más destacada, sin embargo, es la asociación de mediador con movimiento. El mediador es simplemente quien pone las cosas en movimiento”. Se trata de un modo de intelectualidad que, más que por su pericia, conocimiento o sentido crítico, posee habilidades creativas que le permiten hacer que las cosas se muevan. Esto es, encontrar caminos innovadores en las que las ideas puedan ser expuestas con éxito. En tal sentido, el término mediador no se refiere al hecho de que este intelectual medie entre una o más partes o ideas preexistentes. Es decir, un intermediario. Por el contrario, ser mediador significa ser alguien que crea ideas a partir de la interacción con otros individuos, innova y las mueve en el mercado de las ideas. “En el lenguaje de Deleuze, el mediador es un poco como el empirista – siempre en el medio de las cosas” (Osborne 2004:440). De modo que este tipo de creación, en estricto rigor, no sale de la nada misma, sino que se da en el mismo proceso de mediación. Es decir,

la creatividad es emergente; surge en las propias interacciones y procesos de comunicación más que por arte de la inspiración singular de un sujeto o genio. Para el mediador, crear una idea es, en sí mismo, mediar. Esto es, crear a partir del movimiento y las interacciones. Por lo tanto, para el mediador “[...] las ideas no son de alta calidad a menos que sean capaces de ser 'mediatizadas' – no sólo en los medios de comunicación, sino en el sentido de ser performativas, capaces de suscitar atención y hacer una diferencia comunicativa” (Osborne 2004:440–41). De este modo, según lo propuesto por Osborne (2004), la *sustancia* de este intelectual es producir ideas suscitadas en el proceso de mediación o, al menos, fomentar las ideas de un modo vehicular, práctico útil y vendible. Esto es, que tengan un impacto rápido. Por otro lado, la *justificación* tiene que ver con que la labor de este intelectual se asocia a la innovación. Es decir, crear un puente entre las necesidades y deseos de la gente mediante la creación de ideas que den solución a los problemas que suscitan dichas necesidades. Por otra parte, cuando se trata de la *estilización*, se puede decir que el mediador posee una actitud estética hacia las ideas, en el sentido de que estas últimas constituyen un reino en movimiento mediante el cual se puede mediar toda clase de relación social. Por último, cuando se trata de la *estrategia*, se puede decir que el mediador, en cuanto a la finalidad de su acción, busca crear un movimiento constante de ideas donde estas últimas importen pero que no sean dogmáticas.

Con todo, definir qué es ser un intelectual es complejo, sobre todo teniendo en cuenta que cada una de las funciones que estos individuos han detentado a lo largo de la historia corresponden, sin lugar a duda, a contextos particulares que las modelan. No obstante, más que caer en una lectura “epocalista” donde las distintas modalidades de intelectualidad nacen y mueren junto al contexto donde fueron puestas en práctica, lo que se debe constatar al definir qué es un intelectual es que cada una de las labores realizadas por estos individuos a lo largo de la historia aún pueden ser reinterpretadas según las necesidades contingentes de las sociedades actuales y venideras (Osborne 2004). En tal sentido, la tecnificación y especialización del conocimiento no ha traído consigo la tan popularizada “muerte de los intelectuales” (Traverso 2014), sino que más bien ha promocionado la valoración de ciertas modalidades de intelectualidad por sobre otras en contextos específicos. Esto no se debe a que las modalidades valoradas sean cualitativamente mejores que las menospreciadas, sino que se debe a que en un momento histórico concreto algunas de ellas pareciesen –al menos en apariencia– responder de mejor manera a las problemáticas coyunturales. Por ende, el hecho de que *de facto* ciertas modalidades de intelectualidad cobren una mayor relevancia en determinados contextos, no quiere decir que la diversidad intelectual no esté siempre presente o no sea importante. Es más, dicha diversidad existe y es fundamental para que los problemas que afronta toda sociedad puedan ser examinados desde distintos puntos de vista incluso si en un determinado momento existe una hegemonía de un tipo de intelectualidad concreta. En tal sentido, la diversidad de modalidades en el campo intelectual contribuye, por ejemplo, en el ámbito público, a que se puedan responder preguntas relacionadas no sólo con el *cómo* se puede llevar a cabo una medida particular (pregunta del experto), sino que también relacionadas con el *porqué* se debe tomar tal medida, *cuál* es el mejor modo de implementarla, *quiénes* deben hacerse cargo, entre otras interrogantes que buscan dar respuesta a distintas problemáticas. Algunas de estas interrogantes se refieren a cuáles son los medios necesarios para lograr un objetivo particular; mientras que otras se refieren a si los fines de dicho objetivo son deseables o dignos de ser perseguidos.

1.2.2 Intelectuales públicos: entre la política y el conocimiento

El término intelectual público deriva de ese momento fundacional donde quienes detentaban el conocimiento bajaron de su torre de marfil para habitar e intervenir en el espacio público moderno en el nombre de la Razón. De hecho, se puede aseverar que el intelectual que nació en los albores del siglo XX –el cual es entendido como sustantivo según lo señalado en la sección 1.2.1– desde su origen posee carácter un público y, por ende, político. Esto es, dado que su quehacer se incorporó a un espacio público burgués regido por la política y el mercado. Esto último es de suma importancia teniendo en cuenta que la gran tensión que enfrenta el intelectual que entra en la esfera pública moderna tiene que ver con que su rol –el cual tradicionalmente se ha basado en la promoción de valores ilustrados o en criterios de neutralidad científica– debe mezclarse con la política; un lugar donde primaría –según una lectura tradicional– la obtención de poder y donde el conocimiento, en muchas ocasiones, se subordina a ello. En tal sentido, si el filósofo rey anula la división entre conocimiento y poder, y si el consejero provee respaldo intelectual al grupo social que lo alimenta, por su parte, el intelectual crítico del poder, al entrar en la esfera política, para ejercer su labor, también tiene que soportar tensiones de esta naturaleza en tanto se sitúa como un “intelectual orgánico”. De modo que la neutralidad y el criticismo difícilmente pueden ser ejercidos en plenitud cuando su desarrollo en el espacio público depende de poderes fácticos que permiten su aparición. Por ende, la relación entre verdad, política y poder, es una de las principales problemáticas a la hora de estudiar cómo los intelectuales desempeñan su función pública en la actualidad.¹⁹

Para poder entender cómo los intelectuales interceden públicamente es necesario hacer algunas definiciones previas sobre el Estado, lo privado y el espacio público. Esto último ayudará a dilucidar de mejor manera las dinámicas que operan actualmente en la relación que posee el intelectual con la política. Bobbio (1985) recuerda que para los juristas del mundo romano el derecho público constaba de dos mundos: el mundo del Estado y el privado. Por un lado, el mundo del Estado constituye un espacio de jerarquía donde los gobernantes y gobernados son separados. Esto es, siempre regidos por la ley de justicia distributiva que otorga beneficios a cada individuo según su mérito o necesidad. Mientras que, por otro lado, el mundo privado constituye un espacio donde los individuos son iguales. Esto es, un mundo donde los individuos están unidos por contratos y regulados por una justicia comunicativa que garantiza que los intercambios entre ellos sean de igual valor. Según esto último, el Estado tiene un rol directivo y distributivo que se conjuga armónicamente con las necesidades y proyecciones del mundo privado. Es decir, los gobernantes contribuyen al ejercicio de una la legalidad –mediante el uso de la autoridad– dentro de la cual los gobernados y también quienes gobiernan, en tanto son sujetos de derechos civiles y políticos, pueden realizar sus proyectos privados y obtener beneficios según sus necesidades (beneficios que, conforme a un esquema de necesidades predefinido, han sido estipulados como un bien general). Sin embargo, el espacio público no debe ser identificado con el Estado y su constitución (entidad que legalmente determina, según los postulados constitucionales, los límites de lo público), ni con los gobernantes que detentan el poder político

¹⁹ Entender el rol público de los intelectuales es de suma importancia dado que, como se aprecia en el capítulo 4 de este estudio, la nueva intelectualidad humanista de la derecha ha tenido por objeto fundamental influir en la esfera pública. Se trata de intelectuales que se escabullen de la universidad para ejercer un rol público mediante abundantes columnas de opinión y cuantiosas apariciones en los medios de comunicación audiovisuales. Esto es, intelectuales que poseen un especial interés por la política contingente y la toma de decisiones. Es más, la mayoría de estos intelectuales publican sus libros y ejercen una labor pública desde nuevos *think tanks*, organizaciones caracterizadas por enfocarse en la influencia y la toma de decisiones.

(quienes ejecutan dicha constitución), ni con los individuos están ajenos al Estado y que componen la sociedad (quienes, incluso siendo gobernantes, están sometidos a dicha constitución). Por el contrario, según Habermas (1962), el espacio público debe ser entendido como un lugar intermedio entre el Estado, sus funciones y la sociedad civil (gobernantes y gobernados). Esto es, un espacio entre la esfera de lo privado y los intercambios económicos por un lado y la esfera de las instituciones por otro. Asimismo, según Arendt (1958), el espacio público debe ser entendido como aquél lugar del mundo que es de todos, pertenece a todos y es ejercido por todos. Es decir, un ámbito de hablar y actuar común, regido por la libertad y la igualdad, que tiene como finalidad reproducir y mantener nuestra vida en común. Se trata de un espacio eminentemente político que se presenta como un lugar donde

[...] todo lo que aparece en él puede ser visto y oído y tiene la más amplia publicidad posible. El espacio público significa que es de todos. Es nuestro propio mundo en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro hogar o nuestro trabajo. Se trata de un mundo común caracterizado por la permanencia, es decir, por trascender la vida individual de cada ser humano. Es el mundo al que entramos al nacer y que nos sobrevivirá al morir. Estaba allí antes de que nacióramos y quedara ahí cuando lo dejemos al morir. Es una cierta forma de inmortalidad terrenal humana. Se trataría entonces de la *res pública*, la cosa pública del mundo común, no sólo porque es generada por el pueblo, sino porque es controlada por la opinión pública. Se trataría del mundo común que nos une, que nos da la oportunidad de realizar algo más permanente que la propia vida personal (Micco 2015:17).

El espacio público moderno, no obstante, ese lugar común que es de todos y para todos, ha ido mutando de tal manera que, dada su actual complejidad en el siglo XXI, ha hecho que la inserción del intelectual como un actor relevante en materias políticas, sociales, económicas y culturales en las sociedades contemporáneas sea cada día menos gravitante. Esto es, si se le compara con el nivel de inserción e influencia que este tipo de individuo tuvo en el siglo XX, por ejemplo, en la resistencia italiana y francesa, la lucha contra las armas nucleares, la guerra de Vietnam, entre otros eventos (Traverso 2014). En tal sentido, hay una serie de características y problemáticas del espacio público contemporáneo que vale la pena señalar puesto que aquellas han contribuido a complejizar el rol social que los intelectuales poseen actualmente cuando se trata de influir en los debates públicos.

En primer lugar, debido al auge del multiculturalismo, la especialización del conocimiento y la democratización de la información, la intelectualidad pública ha sido criticada por no poder contribuir de manera significativa a los problemas sociales, culturales, económicos y naturales. Esto es, en el sentido de contribuir de un modo gravitante a las dinámicas que determinan la dirección de la vida de cada uno de los individuos en una sociedad. Todo pareciese indicar que el intelectual público se enfrenta a una nueva paradoja: por un lado, dado este nuevo contexto, la sociedad rechaza la función crítico-universalista que otrora detentaron los intelectuales; mientras que, por otro lado, aún espera que estos individuos puedan encarnar a ese intelectual del siglo XX que resolvía los problemas mediante la iluminación. En tal sentido, el espacio público actualmente no permite que quienes encarnan el sustantivo intelectual puedan hablar públicamente con autoridad suficiente en el nombre de la Razón. De modo que la labor de guía, de mediador entre las instituciones y las masas sin acceso al conocimiento y, en último término, la labor de iluminador, se ha disuelto gracias al multiculturalismo, la especialización del conocimiento y democratización de la información. Asimismo, dadas las condiciones antedichas, el intelectual público tampoco puede desarrollar en plenitud una de las características más importantes de aquel individuo que detentó el saber durante el siglo XX, a saber: decirle la “verdad” al poder en el nombre del pueblo y los oprimidos. Esto tiene que ver con que no hay un intelectual en este siglo que pueda creerse el guardián de la verdad, mientras que esto también tiene que ver con que la hegemonía de las extendidas lógicas mercantiles que rigen

el espacio público contemporáneo no permiten que el intelectual realice una función autónoma, plenamente crítica, pues su quehacer, si bien no está subordinado a una élite aristocrática como lo fue otrora, si lo está a una élite burguesa a la cual desea justificar para poder insertarse exitosamente en el mercado económico y el de las ideas. Por ende, bajo estas circunstancias, el intelectual público tiende a articularse bajo la modalidad del consejero, lo cual no le permite a este individuo ejercer una labor crítica acorde a los principios de la ciencia y la Razón (Misztal 2012).

En segundo lugar, el espacio público se ha transformado de tal modo que la manera en la que los intelectuales deben exponerse públicamente ha cambiado considerablemente. En un contexto determinado por un mercado globalizado, los medios masivos de comunicación digital se han impuesto como el medio por excelencia para exponer ideas y debatirlas en la esfera pública. De modo que la lógica que domina a estos medios ha promovido una “cultura de celebridades” donde quienes defienden ideas deben transformarse en una suerte de estrella mediática capaz de mantener una audiencia atenta y estable (Debray 1981). De lo contrario, quien no logra un relativo éxito de *rating* es sacado de pantalla y remplazado por otro cordero dispuesto al sacrificio. Así, más que las ideas expuestas, sus fundamentos y cuán aplicables éstas sean, lo que actualmente pareciera importar más es la estética y el carisma de quien las declara. En tal sentido, un intelectual mediático no entra en el público estrictamente por la calidad de sus ideas, sino que por el modo en el que las expone mediante una estética atractiva y vendible. Es decir, mediante una estrategia que busca impacto y que no repara de un modo estricto en la aplicabilidad o el rigor analítico (Eyerman 2011). Además, la velocidad y la superficialidad en la que dichos medios de comunicación operan, no permite que las ideas expuestas por un intelectual puedan ser presentadas a un nivel académico, lo cual se traduce en una pobre calidad argumentativa. De modo que los intelectuales que intentan ser públicos se arriesgan no sólo al hecho de tener que estar determinados por el *rating*, sino que se arriesgan también a depurar sus ideas a tal nivel que aquellas pierdan la densidad necesaria para influir seriamente en el ámbito político, social o económico. Es más, la inserción de los intelectuales en los *mass media* trae consigo, en ocasiones, la exclusión de estos individuos por parte de su propia comunidad académica o intelectual. Esto es, un riesgo que muchos intelectuales no están dispuestos a asumir.

Las limitantes aquí expuestas se pueden traducir en diversas críticas que atacan al intelectual público y su rol social en las sociedades contemporáneas. Estas críticas son sintetizadas por Micco (2015) y se articulan en tres problematizaciones. Por un lado, la primera crítica que el intelectual público debe encarar es de carácter ético. Esta tiene que ver con que el intelectual que entra en la esfera pública –ya sea para defender valores, programas, políticas focalizadas, etc.– debe, necesariamente, comprometerse con grupos de interés u orientaciones ideológicas que le permitan declarar sus postulados. Esto es, debe entrar al juego político y, como se ha expuesto previamente, sus ideas deben bajar de la torre de marfil a una contingencia que le exige comprometerse con un bando o credo para que, desde el punto de vista práctico, sus aportes intelectuales sean influyentes y difundidos. En tal sentido, este límite ético tiene que ver con que el intelectual público debe traicionar su vocación de buscador de la “verdad” –ya sea en el nombre de la ciencia o la Razón– para poder ingresar como un actor relevante en la arena política. Por otra parte, una segunda crítica que los intelectuales públicos deben encarar tiene que ver con que los conocimientos especializados, la neutralidad de la ciencia y la Razón detentada por los intelectuales, deben moralmente excluir –aunque sea imposible– todo aporte público en el contexto de la *intelligentsia* universitaria. Esto es, dado que todos los aportes que provienen de la esfera pública están regidos por juicios de valor, intereses particulares y pasiones que no deberían ser compatibles con las declaraciones y razonamientos de un intelectual. Por lo tanto, de

esto se deduce que el espacio público *per se* no es un buen lugar para expresar ideas científicas que, en cierta medida, irían más allá de los deseos particulares y las pasiones reales que mueven a los seres humanos. Por último, existe una tercera crítica destinada directamente a despreciar la labor realizada por los intelectuales públicos. Esta última tiene que ver con que, en un mundo donde la información se ha democratizado y donde, además, priman las lógicas multiculturales, la ciencia y la Razón, en tanto símbolos del conocimiento científico o crítico, no representan más que una forma de razonar propia del mundo occidental de los últimos tres o cuatro siglos. “Sus verdades son transitorias, pues el ser humano es finito y limitado: todo saber está además determinado por valores culturales locales, intereses de todo tipo; no hay una verdad. Luego, al no existir la verdad, todo aporte intelectual no sería otra cosa que una opinión más en la esfera de lo público” (Micco 2015:18). Según esto último, el intelectual público es situado como un individuo que posee un conocimiento relativo a un contexto histórico y social particular, que se basa en supuestos abstractos y científicos circunscritos a un lenguaje hermético que no es compatible enteramente con la realidad política de las sociedades. De este modo, el intelectual público es llamado a que vuelva a su torre de marfil pues sus conocimientos, en la práctica, no tienen cabida en un mundo complejo donde todo lo que se declare pareciese ser una mínima fracción de un entramado mayor relativo e incomprensible como unidad.

¿Quieren decir todas estas críticas, entonces, que la labor del intelectual en el actual contexto del espacio público y político es irrelevante? ¿Es posible que el intelectual aún pueda ejercer una labor pública gravitante? Lo que aquí se pretende mostrar es que la labor del intelectual público no sólo es posible en la actualidad, sino que incluso en un contexto con todas las limitantes previamente mencionadas es relevante. Esto es, principalmente a la hora de proveer recursos críticos, legitimadores, mediadores y científicos al desarrollo político, social y económico. En tal sentido, el hecho de que los intelectuales públicos del siglo XXI no puedan ser homologables a aquellos que detentaron el saber durante el siglo XX, más que anularlos como actores activos a un nivel público, permite que se establezcan nuevas bases para iniciar un proceso de reinterpretación de su rol público. Esto es, sin caer en lamentos que pretenden revivir una edad de oro de la intelectualidad. De modo que es necesario reflexionar acerca de cada una de las tres críticas expuestas anteriormente para dilucidar en qué medida éstas pueden ser cuestionadas.

La primera reflexión tiene que ver con la crítica ética que instala a los intelectuales públicos como individuos que traicionan su *raison d'être*. Esto es, dado que estos últimos se despojarían de su valorada neutralidad y criticismo guiado por la Razón para entrar en el juego político. Según Micco (2015), la tradición occidental ha hecho desde sus orígenes una separación entre la política –lugar donde se buscaría el poder mediante el uso de la violencia– y el conocimiento –lugar donde no primaría la violencia, sino que el uso de la Razón–. Según esta definición tradicional, la política se constituye como la búsqueda del poder –en ningún caso de la verdad– entre distintas clases y sectores sociales que tienen como objetivo dirigir al Estado y la orientación de una sociedad en pos de hacer efectivos determinados intereses. Según esta definición, la política tiene como elemento metodológico fundamental el uso de la violencia para que las leyes establecidas por un orden político sean obedecidas (Férrandez 1996). Por el contrario, cuando se trata del conocimiento, esta definición tradicional dice que este último nada tiene que ver con la violencia. De hecho, el intelectual tradicional, quien por antonomasia encarna la búsqueda racional de la verdad, ha pretendido ser más bien apolítico o neutral dado que tomar partido en la contienda por los intereses políticos pareciese ser que nada tiene que ver con los designios de la Razón. Es más, tomar partido en la contienda política pareciese ser aún menos racional cuando las decisiones que se pretenden llevar a cabo en una sociedad particular implican *per*

se el uso coercitivo de la fuerza y no la argumentación. Así, según esta lógica, la política siempre se ha instalado como un agente antagónico e irreconciliable frente a la Razón.

Este antagonismo entre conocimiento y política –antagonismo que no permite justificar la labor pública del intelectual–, no obstante, puede ser desafiado mediante dos razonamientos. Por un lado, es cuestionable que un intelectual pueda despojarse de su contexto histórico, cultural y social y acceder al conocimiento directamente. Es decir, entrar enteramente en la neutralidad y criticismo de la Razón sin estar mediado por prejuicios irracionales e intereses de poderío; mientras que, por otro lado, también es cuestionable la arbitraria concepción de política sostenida mediante la dicotomía antagónica conocimiento-política. De hecho, Arendt (1997) sostiene que la política –contrariamente a lo sostenido en la definición tradicional– es un proceso mediante el cual todos los individuos convergen en un lugar público donde es posible pactar pacíficamente mediante el diálogo los mejores modos de vivir así como la dirección de una sociedad. Es más, cuando ha reinado la violencia y la búsqueda del poder irracional, ha sido precisamente en regímenes autoritarios o totalitarios que suspenden las condiciones de un régimen democrático, el cual provee los fundamentos necesarios para que el diálogo racional sea ejercido. En tal sentido, lo importante según Arendt es que, en un espacio público desarrollado, el quehacer político está garantizado y no suspendido por regímenes enteramente coercitivos, por lo que en dichas circunstancias la acción de cada ciudadano puede ser mostrada mediante palabras y actos de diálogo y no meramente mediante la fuerza y una violencia muda. Por lo que es en el espacio público de la *polis* donde surge el *logos*, el discurso y la Razón. Es precisamente en este lugar donde el intelectual público puede poseer un rol importante, pues es aquí donde hay un pacto social horizontal, previo al nacimiento de cada individuo, donde los conflictos pueden ser solucionados mediante el diálogo racional y la persuasión. Según esta línea argumentativa, la política tiene por medios específicos no

[...] la fuerza que la acerca en extremo a la guerra, sino que la persuasión, el consenso, la deliberación, el discurso y la acción en la arena de lo público, de lo libre y de lo igual. Así entendida es obvio que el rol de los intelectuales pasa a ser preponderante. La política es poder, es decir, capacidad de un sujeto de influir, condicionar y determinar el comportamiento de otro individuo. Si la política se basa en el diálogo y en el acuerdo, en la deliberación y en la construcción de mayorías con poder, las confluencias entre filosofía, inteligencia, saber y política se hacen no sólo posibles, sino que necesarias, urgentes e imperativas. Ahora, en el centro de la política está el diálogo y el acuerdo racional, no la fuerza ni la violencia. Y, de más está recordarlo, el método por excelencia del intelectual es buscar el encuentro entre dos *logos*, dialogando (Micco 2015:19).

Por ende, si se desafía la posición intelectualista que supone como única opción la existencia de un intelectual neutro y guiado sólo por la Razón y si, además, se reinterpreta la concepción de la política en pos de entenderla como un *locus* dialógico donde la Razón puede prosperar, entonces no es necesario tildar como una contradicción el ejercicio público del pensamiento.

La segunda reflexión –la cual es una ampliación de la primera– se vincula también con la crítica que postula que existe una brecha infranqueable entre el mundo de las ideas intelectuales y el mundo político. Esto es, que las ideas de carácter racional, neutral, científico, no pueden ser desarrolladas de ningún modo en el mundo político, un mundo que, según la lectura clásica, representa un mundo de pasiones, valores e intereses. Según Weber (1919), todo aquél que está dedicado a la ciencia debe saber que su ética de trabajo debe implicar objetividad y neutralidad valorativa cuando se trata de describir, explicar y predecir los fenómenos que ocurren en la realidad. De modo que del científico no se puede esperar ninguna respuesta acerca del sentido de la vida y los valores. De hecho, debe haber una clara distinción entre conocer y emitir un juicio valorativo. Cuando se conoce es porque dicha información

está basada en la verdad de los hechos. Mientras que, cuando se realiza un juicio valorativo, este último está violando el deber ético del científico pues, dicho tipo de juicio, no se basa en la verdad de los hechos mismos, sino que en otra clase de información que está determinada por sesgos subjetivos. En tal sentido, esta visión clásica del problema sitúa al científico y al intelectual en una torre de marfil, mediante la creencia de que un individuo que detenta herramientas intelectuales es capaz de acceder de un modo objetivo a la realidad mediante el uso de la Razón o el método científico. No obstante, basta recordar que “[...] el científico social elige su tema a investigar usando un juicio de valor, muchas veces guiado por los apremios de su comunidad o las exigencias éticas del momento [; mientras que], además, toda ciencia es contingente y sus verdades provisorias. Es decir, ningún juicio que se haga, de hecho o axiológico, es inapelable” (Micco 2015:20–21). Por lo tanto, el intelectual no está, como muchas veces se piensa, en un espacio aparte ligado a los argumentos enteramente racionales guiados por la ciencia y la Razón. Por el contrario, los intelectuales se destacan, según sus distintos tipos y funciones, por haber desarrollado ciertas herramientas metodológicas que les permiten interpretar, entender o modificar la realidad en el marco de una normatividad aceptada por la sociedad como racional o científica, más no por acceder a la verdad atemporal, enteramente neutral, la cual se contrapone a las pasiones e intereses que surgen en la esfera pública. Más bien, los intelectuales habitan el espacio público y usan dicho espacio para publicar y poner en movimiento sus ideas, pensando la realidad mediante el marco normativo de la ciencia y la lógica. Es más, según Said (1996:114–15), desde “[...] el momento mismo en que publicas ensayos en una sociedad has entrado a formar parte de la vida política; por eso, si no quieres ser político, no escribas ensayos o pronuncies conferencias”. Asimismo, una cosa es

[...] la exposición pública del intelectual en cuanto intelectual y otra su ingreso al debate público como ciudadano. En el primer caso, todos sus juicios empíricos y normativos deben ser lo más estrictamente apegados con las teorías normativas y empíricas que su saber ha afirmado. Otra cosa es que en cuanto a ciudadano emita juicios o promueva acciones donde entra a tallar, legítimamente, intereses estratégicos, ideales políticos o pasiones de todo tipo. Me explico: un economista bien puede afirmar que el estado actual de su ciencia sostiene tal o cual cosa sobre los efectos de un alza de impuesto, le guste o no. Otra cosa es que señale que por tales o cuales consideraciones prudenciales, políticas o ideológicas él apoya tal o cual política económica (Micco 2015:21).

Por ende, más allá de promover un maniqueísmo que defiende la idea de que el intelectual –en tanto representante de la Razón y la ciencia– se opone a la contingencia, las pasiones y los intereses suscitados por la política, se debe dar cuenta de que el intelectual es un sujeto histórico que está mediado inevitablemente por valores culturales y sociales, los cuales, en su conjunto, no determinan fundamentalmente la metodología que usa para investigar, pero sí la orientación de sus investigaciones. En efecto, el intelectual no necesita poseer una neutralidad absoluta, por el contrario, lo que necesita es que, desde el punto de vista de la legalidad, sus investigaciones se enmarquen dentro de las normativas de la ciencia y la lógica. Esto es, normativas que si bien son occidentales y no absolutas han permitido, por su naturaleza, crear acuerdos parciales que posibilitan la predicción de ciertos fenómenos, la ampliación del entendimiento acerca de ellos y la comunicación de los conocimientos obtenidos a partir de estos últimos. Así, lo que distingue a un intelectual en la esfera pública no es su acceso a la “verdad” más allá de la contingencia, ni tampoco su absoluta neutralidad, sino que el uso de una legalidad cognoscitiva.

La tercera reflexión tiene que ver con la crítica que plantea que la opinión del intelectual público no vale más que la opinión vulgar. Esto es, en un contexto multicultural donde las verdades se han relativizado. Si toda verdad es relativa ¿qué verdad puede decirle, entonces, el intelectual al poder?

Según Micco (2015:22) “[...] ninguna que tenga más valor que la de un ciudadano”. En efecto, el intelectual puede –y acorde a su rol público debe– afirmar ciertas cosas respecto a las problemáticas suscitadas en el espacio público, la sociedad, la cultura, la economía, entre otras materias. No obstante, dichas afirmaciones no tienen un estatuto de verdad universal ni tampoco tienen un valor intrínseco mayor que las afirmaciones de cualquier ciudadano. Por el contrario, la gran virtud de una afirmación declarada por un intelectual es que esta última debe recurrir a la autoridad de la ciencia y la lógica. Esto es, las herramientas normativas que le han permitido al ser humano avanzar en el conocimiento en los últimos siglos. De este modo, por muy provisorias que sean las verdades científicas

[...] ello no significa que no existan. Hay verdades de hecho, pues podemos discutir mucho sobre quien fue el culpable de la Primera Guerra Mundial (PGM), pero es un hecho que Alemania invadió Bélgica [...] A través del método científico, fundado en la observación rigurosa de los hechos y la lógica, podemos discernir las proposiciones verdaderas de las falsas, las verosímiles de las inverosímiles a partir de la garantía racional de que disfrutan a partir de los datos disponibles (Sokal 2008:413). Así hemos aumentado la esperanza de vida en decenas de años, elevado los edificios más de cien pisos o enviado el hombre a la luna. No es poca cosa lo que está en juego cuando negamos toda validez del aporte de las ciencias (Micco 2015:23).²⁰

Con todo, perseguir el conocimiento basándose en la Razón y la neutralidad científica no implica *per se* el aislamiento de los intelectuales con respecto a la esfera pública. Por el contrario, esta última es una parte importante del desarrollo intelectual –incluso podría ser vista como una condición *sine qua non* de la búsqueda del conocimiento– y permite que los intelectuales tengan un *locus* donde el dialogo y la persuasión puedan contribuir a mejorar el desarrollo de la *polis*. En tal sentido, más que ser una limitación, el espacio público constituye un lugar donde el “[...] científico tiene un palabra decisiva que aportar y no sólo en un oscuro artículo publicado en un revista especializada” (Micco 2015:23). De modo que la función del intelectual público no se trata únicamente de una labor de consejería, tampoco se trata de una labor donde el intelectual solamente advierte cual profeta las consecuencias de una acción o crea una legalidad absoluta en el nombre de una verdad, más bien se trata de una labor donde, mediante el uso de la lógica y la ciencia, los intelectuales pueden aportar recursos al desarrollo democrático de las ideas.²¹

²⁰ Es importante destacar que aunque haya una normatividad reguladora del quehacer intelectual, aquella está dirigida también por aspiraciones personales y sociales que, en cierta medida, son el motor de toda interpretación de la realidad. Por ende, no es de extrañar que en el nombre de la ciencia haya habido intelectuales y científicos que defienden distintos puntos de vista o proyectos de sociedad. Esto es, aunque se basen en la normatividad de la ciencia o la lógica. En tal sentido, una metodología no significa homogeneidad de contenidos, sino que los acercamientos a los objetos de estudio liderados por los intelectuales son guiados –en la mayor medida posible– por la normatividad de la ciencia y lógica. Es decir, una normatividad que si bien no representa una verdad universal, si ha demostrado ser un gran aporte al desarrollo de las sociedades y el conocimiento.

²¹ Lo tratado en esta sección es relevante dado que la nueva intelectualidad humanista que surgió en la derecha chilena entre los años 2010 y 2018 es sin duda una intelectualidad orgánica. De hecho, los actores de esta intelectualidad o forman parte de un círculo social asociado a la derecha chilena; o bien han tenido experiencia partidaria en los partidos políticos de la derecha; o bien comulgan con alguno de los idearios fundamentales que representan al sector. Del mismo modo, estos actores operan generalmente en el marco de *think tanks* que están siendo financiados por sectores asociados a la derecha económica, de modo que la labor de estos nuevos intelectuales no tiene lugar fuera de una clase socioeconómica particular que se sitúa como una condición *sine qua non* de la producción intelectual. En tal sentido, es importante dar cuenta de que no se necesita neutralidad ni enajenación de la política para que el rol de esta nueva intelectualidad cobre relevancia dentro de un sector político que se vio enfrentado a complejas coyunturas entre los años 2010 y 2018. Todos estos intelectuales poseen las competencias necesarias para realizar una labor crítica (con sus respectivas limitantes) en la esfera pública. Para obtener más información véase capítulo 4 de este estudio.

1.3 *Think tanks* y renovación política e ideológica en el contexto partidario

Tras al menos cuatro décadas de crecimiento sostenido los llamados *think tanks* –o centros de pensamiento– han sido una de las organizaciones asociadas al saber experto más activas cuando se trata de influir en la toma de decisiones y abordar problemáticas que se relacionan con el desarrollo de políticas públicas (Pinilla 2012). Estos centros de investigación, principalmente en lugares como Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, han desempeñado un rol gravitante en el escenario político que ha sido estudiado por destacados académicos (por ejemplo, Abelson 2009; Abelson y Carberry 1998; Rich 2005; Smith 1991; Weaver 1989); mientras que, además, a un nivel global, los *think tanks*, abocados al ejercicio de la influencia y el asesoramiento, se han multiplicado considerablemente y su presencia ha alcanzado unos seis mil seiscientos centros repartidos a lo largo de 182 países (McGann 2014). No obstante, aunque estas organizaciones han tenido una expansión sustancial durante los últimos años, aún es poco claro el rol sociopolítico que estos centros poseen si se evalúan las distintas aristas que componen el desarrollo de este fenómeno. Es más, mientras más extenso es el alcance y el tamaño de estas organizaciones, más difuso pareciese ser el rol de las mismas. De modo que la falta de claridad en este respecto no sólo se presenta en relación al actual rol que estos centros poseen, sino que en relación a la misma definición en la que estas organizaciones han sido enmarcadas (Pautz 2011). En tal sentido, una breve revisión de la literatura sobre esta materia da cuenta de cómo diversos autores han intentado aproximarse –muchas veces sin éxito– a una definición concluyente y acabada de los *think tanks*. Por ejemplo, para Castillo (2001) los *think tanks* son organizaciones formadas por intelectuales y analistas provenientes de diversas áreas del conocimiento que reciben contratos o encargos para analizar ideas y proyectos con el fin de proponer formas de aplicación a las diferentes actividades gubernamentales y/o industriales; mientras que para Gaffney (1991) los *think tanks* son estructuras institucionales con fines políticos e informadas intelectualmente que poseen la intención de acceder a las decisiones gubernamentales. Asimismo, para Hames y Feasy (1994) estos centros constituyen instituciones de investigación en políticas públicas, sin ánimo de lucro y con una considerable autonomía organizativa; mientras que para Smith (1991) los *think tanks* pueden ser definidos como grupos privados de investigación sin ánimo de lucro.²²

1.3.1 Redefiniendo a los *think tanks*: sus perfiles y funciones en las sociedades contemporáneas

Según Pautz (2011) existe una vasta literatura que estudia el rol que los *think tanks* han tenido en la construcción, modificación y continuidad de determinadas políticas públicas en las agendas gubernamentales. No obstante, el debate que se asocia a la definición de estos centros de investigación, es decir, lo que *de facto* constituye a un *think tank* –cómo estos centros hacen lo que hacen y cuál es su actual rol– ha permanecido, hasta cierto grado, paralizado. Es más, la mayoría de las investigaciones que abordan este tópico siguen operando a partir de tipologías derivadas de las décadas de 1980 y 1990. En tal sentido, la naturaleza en constante cambio de la asesoría hacia los gobiernos y distintas entidades relacionadas con la política y la toma de decisiones, ha incrementado en nuestros días la oferta de instituciones que poseen distintas estructuras organizacionales, objetivos y medios de financiamiento. De modo que esto último ha contribuido a que la definición y el rol de los *think tanks*

²² El estudio de los *think tanks* y sus distintas funciones es relevante dado que la nueva intelectualidad humanista que surgió en la derecha chilena en el periodo aquí estudiado (2010-2018), actúa principalmente desde estos centros de pensamiento. Es más, la intelectualidad de la derecha transicional, sobre todo la intelectualidad experta, también se organizó en *think tanks* tras el retorno a la democracia en Chile en 1990. Para un análisis más detallado de los nuevos *think tanks* de derecha y los transicionales, véase el capítulo 5.

sea un asunto cada día más difuso. Por lo tanto, es necesario redefinir los roles y los perfiles que los *think tanks* tienen actualmente para dar cuenta de en qué medida estos centros de pensamientos podrían contribuir a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario.

Existen dos criterios transversales que definen y vinculan a los *think tanks* bajo una identidad común. Por un lado, los *think tanks* ofrecerían garantías técnicas y profesionales asociadas a la racionalidad científica –las que son mostradas como un seguro de eficiencia y eficacia– en el ámbito de la toma de decisiones (Castillo 2001; Gaffney 1991; Hames y Feasey 1994; Smith 1991). Mientras que, por otro lado, los *think tanks* poseerían un carácter autónomo, no gubernamental y sin fines de lucro, el cual daría cuenta del alto grado de independencia que poseen estos centros cuando se evalúa la injerencia de estos últimos en el proceso decisional (Abelson 2009; Stone 1996). Según el primer criterio de transversalidad, los *think tanks* se constituyen como agentes que detentan el saber experto, lo cual les permite ocupar un importante lugar en democracias donde las premisas de tipo normativa comparten el espacio de discusión con aquellas de tipo cognitiva (Pinilla 2012). De hecho, bajo la creencia de que las decisiones de los asuntos públicos pueden basarse en el conocimiento científico (Willke 2007), las investigaciones técnico-científicas realizadas por estos centros proveerían el material necesario para permear y transformar los modos en lo que los asuntos políticos o gubernamentales son tratados (Rich 2005). De modo que las ideas emanadas desde el saber experto detentado por estos centros de pensamiento, habitualmente son vistas como “hojas ruta” que permiten dirigir adecuadamente los asuntos derivados de la política, empujando a los encargados de la toma de decisiones a seguir cursos racionales de acción (Campbell 1998). De este modo, este medio simbólico al que se puede llamar *expertise*, en último término, opera como un principio de validez cuando se trata de tomar decisiones, lo que transforma a los *think tanks* en agentes capaces ofrecer legitimidad a los diversos actores políticos que requieren sus servicios.²³

Este primer criterio de transversalidad es aceptado por gran parte de la literatura dado que el saber experto –aunque sea en ocasiones meramente simbólico– constituye una pieza constitutiva de todas las formas organizativas y discursos que los *think tanks* poseen actualmente. Sin embargo, si se presta atención al segundo criterio de transversalidad –el carácter autónomo, no gubernamental y sin fines de lucro de los *think tanks*–, se puede decir que aquél puede ser bastante cuestionable si se toma en cuenta el desarrollo que han tenido estos centros durante las dos últimas décadas. De hecho, todas las características incluidas en este segundo criterio están basadas en una de las más populares definiciones de los *think tanks*, la cual, no obstante, tiene su origen aproximado en la última década del siglo XX. Según esta definición –inspirada en el trabajo de Weaver (1989)–, los *think tanks* son “[...] organizaciones de investigación no gubernamentales, sin fines de lucro, las cuales poseen una autonomía organizacional sustancial con respecto al gobierno y otros actores sociales; tales como empresas, grupos de interés y partidos políticos” (McGann y Weaver 2000:4). La mayoría de estas características pueden ser consideradas obsoletas y, por ende, deben ser cuestionadas teniendo en cuenta los roles y formas organizativas que los *think tanks* poseen actualmente.

El hecho de que los *think tanks* sean organizaciones no gubernamentales es algo bastante aceptado en la literatura. Esto es, siempre y cuando no se excluya a las organizaciones que reciben fondos

²³ El simbolismo de la *expertise*, visto como principio de legitimidad, es un aspecto importante para responder al porqué los nuevos intelectuales humanistas de la derecha chilena han preferido realizar su labor intelectual pública desde estos centros de pensamiento y no desde las universidades. Para obtener más información al respecto véase sección 5.2.

básicos de fuentes gubernamentales para proyectos específicos (por ejemplo, centros de gestión). Sin embargo, cuando se analiza el aspecto sin fines de lucro, se pueden apreciar mayores ambigüedades que hacen necesaria una redefinición y un acucioso cuestionamiento de dicho aspecto. En tal sentido, Pautz (2011), quien cuestiona al criterio sin fines de lucro como un aspecto esencial de los *think tanks*, sostiene que se debe abandonar completamente este tipo de criterio a la hora de definir a estos centros. Según este autor, el aspecto llamado “sin fines de lucro” sólo se ha puesto en escena como parte de la definición tradicional gracias a la creencia de que sólo el afán de lucro financiero puede comprometer la independencia de la asesoría e investigación de estas instituciones. Mientras que, erróneamente, se ha pensado que otros motivos, por ejemplo, la cooperación con los gobiernos, partidos políticos o empresas –motivos como buscar posiciones (in)formales dentro de las organizaciones de los clientes o ganar acceso a una determinada base de datos– no son ganancias ni potencialmente factores de impacto a la hora de evaluar la independencia de un *think tank*. Es más, el financiamiento obtenido para un proyecto específico, además de servir para ese mismo proyecto, también contribuye al crecimiento del centro de investigación –en términos de impacto, visibilidad, personal laboral, entre otras características–. Por lo que, aunque no haya *per se* ganancias financieras resultantes de la actividad de un *think tank*, estos últimos, empero, buscan ganar algo a través del compromiso con el sector político, empresarial o terciario. Además, cuando se habla de sin fines de lucro también se disfraza el hecho de que los *think tanks* llevan a cabo sus actividades gracias a que están entregando un servicio de asesoría. Es decir, están siendo pagados por un cliente que requiere sus servicios. En tal sentido, estos centros están orientados a satisfacer las necesidades de quien les da financiamiento, de modo que, si decepcionan a su patrocinador, estos últimos pueden poner en peligro su funcionamiento, influencia y ganancias. Por lo tanto, la mejor manera de lidiar con el asunto de la (in)dependencia financiera es aplicar el término “autonomía financiera” a la definición de *think tanks* en vez de sin fines de lucro (Pautz 2011). La “autonomía financiera” expone de mejor manera que el conflicto de la (in)dependencia tiene que ver más que nada con la habilidad que los *think tanks* deben poseer para obtener proyectos o financiamiento de tantas fuentes como sea posible. Esto es, con el fin de poder garantizar que sus operaciones no dependan de un benefactor único que subsuma el marco de investigación del centro a sus propias necesidades (Pautz 2011; Stone, Denham, y Garnett 1998).²⁴

Si la (in)dependencia financiera de los *think tanks* es un asunto complejo, pues también lo es la autonomía organizacional. En tal sentido, los *think tanks* tienen como objetivo general, según uno de los criterios transversales expuestos previamente, influir en la toma de decisiones. No obstante, el hecho de que estos centros tengan una meta común, la cual se busca haciendo uso del simbolismo de la *expertise*, no quiere decir que estos centros busquen dicho objetivo del mismo modo. De hecho, hay diferentes perfiles de *think tanks* que se organizan de distintas maneras cuando se trata influir en el proceso decisonal. Por lo tanto, del mismo modo que los *think tanks* responden a quienes los financian –asunto que puede limitar su independencia intelectual–, también, estos últimos, responden a diferentes formas de organización que limitan los objetivos, las estrategias y los grados de influencia que estos centros pueden tener (Braun *et al.* 2007). Además, teniendo en cuenta estos variados perfiles de organización, algunos *think tanks* inevitablemente poseen una mayor autonomía organizacional que otros (Ahmad 2008; Pautz 2011; Pinilla 2012). Esto es, puesto que la autonomía organizacional

²⁴ El asunto de la “autonomía financiera” es examinado sólo en relación a determinados *think tanks* que fueron explorados en la sección 5.3. Esto es, una sección dedicada a analizar elementos específicos de ciertos *think tanks* de derecha en Chile, a saber: la FPP, el IES, LYD y la FJG.

depende principalmente de donde se encuentre *locus* de autoridad en el centro de pensamiento. De modo que es por estas razones que se hace necesaria una clasificación que permita esclarecer cuáles son los distintos perfiles y funciones que poseen los *think tanks* en la actualidad, principalmente con el fin de mostrar porqué estos centros de pensamiento difícilmente pueden ser subsumidos enteramente bajo el segundo criterio de transversalidad expuesto al comienzo de esta sección.

Ahmad (2008) y Pinilla (2012) han realizado un útil trabajo clasificando los actuales tipos de *think tanks*, sus modos de influencia, el tipo de financiamiento que poseen y el público objetivo al que apuntan. Según estos autores, tal como muestra la figura número 2, los *think tanks* pueden ser clasificados actualmente mediante las categorías de centros de apoyo, centros partidarios, centros de gestión y centros académicos.²⁵

En primer lugar, según Ahmad (2008), los centros de apoyo tienen como foco general proveer información –generalmente acerca de asuntos contingentes– a quienes están a cargo de la toma de decisiones. Sin embargo, como foco específico, al contrario de los centros de gestión o los centros académicos, este tipo de *think tank* trata de promover sus ideas dentro de un tipo de audiencia limitada, la cual, generalmente, está asociada al compromiso ideológico del centro de apoyo. De este modo, más que mantener un acercamiento imparcial al objeto de estudio, esta clase de *think tank* busca promover ideas influidas por un credo ideológico que generalmente están asociadas a un determinado grupo social o de interés. Esto es, aunque haya una orientación simbólica que presente sus investigaciones como si estuviesen basadas en la racionalidad científica. En tal sentido, estos centros buscan producir investigaciones de corto plazo y no muy extensas que se puedan distribuir rápidamente en los medios de comunicación y entre quienes están a cargo de las políticas públicas. Es decir, investigaciones principalmente ideologizadas que tengan un rápido impacto en el mercado de las ideas. Por lo tanto,

[...] los centros de apoyo, mientras que mantienen una independencia formal, están vinculados a particulares grupos o intereses ideológicos. Estos últimos tienden a ver su rol en el proceso de formulación de políticas públicas como una competencia o guerra de ideas que deben ganar más que una búsqueda desinteresada por las mejores políticas públicas” (McGann y Weaver 2000:7).

Los centros de apoyo, al mantener un vínculo ideológico con grupos de interés específicos, competir basados en compromisos ideológicos y poseer una fuerte dependencia en relación a las fuentes de financiamiento (véase figura número 2), se enfrentan al desafío de garantizar una autonomía suficiente que les permita mantener una imagen asociada a la fiabilidad técnica de sus estudios y no al vínculo ideológico que sostienen con ciertos grupos de interés o patrocinadores financieros (Pinilla 2012).²⁶ Por lo tanto, estos centros de apoyo deben tener un adecuado control de su imagen, con el fin de contrarrestar el impacto que produce en su credibilidad su adherencia a un credo ideológico específico. Así, en “[...] lo relativo a la exposición mediática, los centros de apoyo han desplegado esfuerzos para que sus académicos aparezcan con frecuencia en los periódicos y los portales web. Los expertos expresan opiniones institucionales e individuales sobre un amplio espectro de temas de política coyuntural y de mediano plazo” (Pinilla 2012:126). Esto último ha tenido un gran impacto y ha ayudado a que, a pesar de la falta de neutralidad, estos centros posean actualmente una de las plazas más destacadas en el proceso de formulación de políticas públicas (Ahmad 2008).

²⁵ Para ver figura número 2 véase Anexo 2. Las categorías exploradas en dicha figura sirven para analizar los perfiles y funciones específicos de los *think tanks* de derecha chilenos explorados en este estudio. Dependiendo de su función o perfil, como es mostrado en las secciones 5.2 y 5.3, estos *think tanks* pueden aportar de distintas maneras a un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario.

²⁶ Para ver figura número 2 véase Anexo 2.

En segundo lugar, según Pinilla (2012), los centros partidarios representan una forma derivada de los centros de apoyo. Sin embargo, su aparición está explícitamente vinculada al requerimiento de gestión del saber experto para apoyar a los partidos políticos, sus representantes y, como sostienen Silva (2006) y Joignant (2004), para apoyar la profesionalización del ejercicio de la política. De este modo, los centros partidarios se configuran como un tipo de actor experto que, intentando mostrar que sus ideas son correctas a toda costa, busca cubrir el espectro ideológico y partidario mediante el simbolismo de la *expertise*. Esto es, otorgando respaldo y una relativa legitimidad a las ideas de un partido determinado. En términos generales, los esfuerzos de este tipo de *think tank* se dirigen hacia la síntesis y reelaboración de asuntos de política, más que llevar a cabo investigaciones originales (Pinilla 2012). Asimismo, puesto que en este caso existe la idea de un proyecto político compartido, estos centros “[...] deben poder generar identidad propia, conservando su autonomía y carácter pese a la relación que mantienen con un partido político en concreto. Con este fin se han adoptado estrategias para generar una imagen pública propia, así como esfuerzos para la consecución de financiamiento y un patrimonio independiente” (Pinilla 2012:126–27). Sin embargo, garantizar la independencia con respecto a una determinada facción partidaria que actúa como el correlato de este tipo de centros es difícil y, habitualmente, la autonomía de estos últimos se ve mermada por la agenda del partido político al que representan.

Para los centros partidarios, empero, no todo es oscuro cuando de independencia se trata. De hecho, la cercanía que estos centros poseen con su partido político también puede traer consigo una serie de beneficios. De hecho, la cercanía con el partido político provee a los centros partidarios “[...] acceso a parlamentarios y miembros del gobierno a nivel central y local. En este sentido, la gestión de su ‘experticia’ recorre redes que tienen menos relación con la opinión pública y una mayor concentración en las autoridades políticas” (Pinilla 2012:127). De modo que esto es especialmente relevante cuando el objetivo es llegar a los formuladores de las políticas públicas. Además, otro aspecto distintivo de los centros partidarios es que, a diferencia de todos los demás *think tanks*, estos últimos poseen un tinte proactivo que se asocia a las intervenciones sociales y la formación de jóvenes. En tal sentido, los medios o estrategias que usan estos tipos de *think tanks* para influir en la agenda política no se limitan a la

[...] provisión de ideas y recomendaciones, sino que además existe una colaboración práctica en las candidaturas, campañas electorales, enrolamiento de personas para cargos en el gobierno, entre otras actividades. Puede sostenerse, en este sentido, que los *think tanks* partidarios gozan de capacidades instaladas para la generación y renovación de capital político. Centros de distinto color organizan periódicamente talleres, cursos de verano, seminarios y actividades de extensión para difundir concepciones políticas (Pinilla 2012:127).

En tercer lugar, según Ahmad (2008), los centros de gestión se caracterizan por tener interés en los temas públicos y guardar cierta similitud con los centros académicos. Esto es, pues los miembros que componen a este tipo de centro –quienes están encargados de la investigación–, en general, poseen altos antecedentes académicos (educación de postgrado y una sólida trayectoria). Sin embargo, a diferencia de las “universidades sin estudiantes” o centros académicos, el énfasis que los centros de gestión ponen en la investigación tiene que ver con estudios específicos, acotados, netamente técnicos, que están dirigidos en términos de agenda por las necesidades del gobierno (Pinilla 2012). En tal sentido, la mayor diferencia que poseen los centros de gestión en relación a todos los otros tipos de *think tanks*, es que quien los patrocina es el gobierno mediante alguno de sus departamentos.

Por último, los centros académicos o “universidades sin estudiantes”, se caracterizan por el interés en temas públicos, poseer un sesgo ideológico supuestamente débil, promover la neutralidad académica y producir investigaciones similares a las que desarrollan en los centros de estudio universitarios formales. No obstante, si se realiza una comparación con estos últimos, los centros académicos no tienen restricciones de tipo disciplinaria ni de acceso a determinados recursos políticos. Además, si bien las “universidades sin estudiantes” manifiestan ciertos lineamientos ideológicos débiles, las normas profesionales que rigen la gestión de su *expertise* suelen ser mayores en relación a los centros de apoyo y centros partidarios. Asimismo, “[...] al igual que los centros de gestión, los centros académicos desarrollan cierta especialización temática [...] No obstante, tanto la cobertura como las perspectivas para abordar sus cambios de interés suelen ser más amplias y transversales que el filtro técnico de los centros anteriores” (Pinilla 2012:128–29). De este modo, los centros académicos son los únicos *think tanks* que realizan investigaciones en profundidad. Esto es, investigaciones de largo plazo que avanzan más allá de los criterios netamente técnicos y que buscan, en cierta medida, dar respuesta a problemas no sólo coyunturales. Adicionalmente, uno de los rasgos más importantes de las “universidades sin estudiantes” es su autonomía de agenda. Dicha autonomía está garantizada por el tipo de investigación que realizan y por el hecho de que, dentro de las distintas clases de *think tanks*, este tipo de centro es el único que posee fuentes de financiamiento suficientemente diversificadas (véase figura número 2).²⁷ Esto último permite que las investigaciones de estos centros no tengan que responder a un único benefactor, lo cual brinda la posibilidad de crear una agenda independiente, aspecto que “[...] representa un logro importante si se considera que los tiempos de la política pública y el debate político suelen fundarse en sucesivas coyunturas” (Pinilla 2012:129).

Con todo, los *think tanks* están lejos de ser instituciones que –a pesar de tener un objetivo medianamente común y desarrollar sus investigaciones en el nombre de la ciencia– pueden ser entendidas únicamente bajo una definición como la propuesta por Weaver (1989) y McGann y Weaver (2000). Si bien todo parece indicar que esta definición fue útil durante el período en el que fue creada, el constante desarrollo del fenómeno de los *think tanks* ha traído consigo una diversificación de los tipos de organización, funciones y público objetivo de estos centros. De modo que esto último ha hecho necesaria una redefinición de este fenómeno. En tal sentido, en la literatura sobre el tópico se pueden encontrar diversas definiciones asociadas a la definición tradicional propuesta por Weaver (1989) y McGann y Weaver (2000) (por ejemplo, Hames y Feasey 1994; Moreno 2010; Smith 1991; Uña, Gogliandro, y Labaqui 2004), mientras que también se pueden encontrar intentos recientes que han pretendido crear una nueva definición para este fenómeno en constante desarrollo (Pautz 2011). Sin embargo, después de la revisión de dichas aproximaciones, parece pertinente definir a los *think tanks* de un modo particular acorde a lo visto en esta sección. Así, los *think tanks* pueden ser entendidos como instituciones no gubernamentales, asociadas al saber experto y gestión de la *expertise* –principalmente en temas públicos–, que poseen un relativo grado de autonomía intelectual, financiera y organizacional con respecto al gobierno, los partidos políticos y diversos grupos de interés. Esto es, una autonomía que depende de las funciones y el perfil de cada *think tank*. Además, estos últimos buscan influir en la toma de decisiones –aunque no tienen poder formal para ello– y, aunque se muestran como neutrales, en distinto grado, poseen una orientación ideológica determinada. Asimismo, sus capacidades de investigación varían en la calidad, periodización, clase y neutralidad. Por ejemplo, mientras algunas investigaciones son técnicas y a corto plazo, otras pueden ser a largo

²⁷ Ver figura número 2 (Anexo 2).

plazo con una orientación multidisciplinaria. Mientras unas buscan una relativa neutralidad, otras buscan justificar los intereses de un grupo de interés determinado. Mientras algunas logran desarrollar una investigación con rigor técnico y/o académico, otras sólo reciclan la información y la reproducen con un fin publicitario. Por último, los *think tanks* buscan influir mediante la defensa de ideas y el asesoramiento experto a quienes están a cargo de la toma de decisiones. Por lo que estos centros desarrollan las ideas como productos en un contexto mercantil y las diseminan en grupos de interés donde estas últimas puedan hacerse efectivas (Desai 2006). Así, según Stone (2007), los *think tanks* se constituyen como puentes intelectuales (sostenidos en discursos conceptuales capaces de legitimar el poder) entre los diversos actores interesados en el campo de la toma de decisiones.²⁸

1.3.2 Más allá del pluralismo y elitismo: los *think tanks* y su rol sociopolítico

Tras haber problematizado los perfiles y las definiciones tradicionales de los *think tanks*, es pertinente conceptualizar ciertos aspectos generales que, derivados de aquellas definiciones, permitan dilucidar el rol sociopolítico que estos centros de pensamiento poseen cuando se trata de proveer respaldo intelectual a los actores relacionados con la toma de decisiones. Por ende, antes de examinar el rol que los *think tanks* poseen al producir o reproducir discursos en la sociedad y, en concreto, en la esfera partidaria, es necesario exponer las conceptualizaciones más divulgadas que definen el rol sociopolítico que poseen estos centros de pensamiento. Hay dos modelos fundamentales que explican el rol sociopolítico que los *think tanks* poseen actualmente: el modelo pluralista y elitista.

Por un lado, siendo una de las posturas más dominantes en la literatura sobre *think tanks*, el modelo pluralista plantea que estos centros promueven el pluralismo y fomentan una participación amplia de los diversos actores sociales, impulsando el empoderamiento de los ciudadanos (McGann, 2008). Según esta línea de argumentación, en el contexto de sociedades democráticas, los *think tanks* compiten por hacer valer sus propuestas en el mercado de las ideas con el fin de obtener un mayor grado de influencia sobre los agentes que están a cargo de la toma de decisiones (Easterbrook 1986; Gellner 1995). De modo que según esta lógica una idea o propuesta gana la contienda en dicho mercado dado que es mejor o más valiosa que las otras que compitieron en la disputa (Smith 1991). En tal sentido, los *think tanks* contribuirían “[...] significativamente a la calidad y la transparencia de los procesos de formulación de políticas públicas, al cultivo de una cultura política y, del mismo modo, a la creciente confianza en un procedimiento democrático abierto” (Schneider 2002:24). Por ende, la función social de estos centros sería democratizar y pluralizar las ideas que compiten por dirigir a las sociedades. No obstante, este modelo pluralista presenta cierto grado de ingenuidad puesto que omite el hecho de que la contienda por las ideas está determinada por las asimetrías de poder que subyacen a todo proceso competitivo (Fischer 1996). De hecho, no todos los *think tanks* poseen la misma capacidad de influencia ni los mismos recursos para hacer valer sus ideas en el mercado. Por lo que no siempre las mejores ideas ni las que cumplen con mayores requerimientos de tipo científico son las que ganan la contienda, sino aquellas que tienen, por ejemplo, una mayor cobertura en los distintos medios de exposición. Es decir, aquellas que tienen una mayor capacidad de influir independiente de si son buenas o malas.

Por otro lado, el modelo elitista permite un análisis más crítico del rol sociopolítico que detentan los *think tanks* si se le compara con el pluralista. De hecho, el modelo elitista se enfoca principalmente

²⁸ La capacidad de influencia que poseen los *think tanks* es especialmente relevante cuando se trata de entender porqué los nuevos intelectuales humanistas de la derecha han preferido operar desde estas organizaciones. Me referiré a este fenómeno en el capítulo 5.

en la relación existente entre los *think tanks* y las élites de poder militares, corporativas o administrativas que requieren sus servicios. Como se ha expuesto anteriormente, los *think tanks* con frecuencia son financiados por la riqueza de corporaciones o agentes privados, por lo que estos centros, generalmente, realizan investigaciones y planificaciones basadas en los intereses de quienes los financian. Esto es, investigaciones que, en un futuro, con la finalidad de influir, son comunicadas a quienes están a cargo de la toma de decisiones (Dye 1978). Por lo tanto, el modelo elitista pone en cuestión la compatibilidad entre los *think tanks* y la democracia representativa, puesto que según este último “[...] las opiniones que ponen en peligro los intereses creados nunca van a llamar la atención” (Denham y Garnett 1998:197); mientras que, del mismo modo, no todos los *think tanks* tienen acceso a las *policy networks* donde las ideas son expuestas y debatidas. Sin embargo, si bien lo propuesto por el modelo elitista es razonable, esto no quiere decir que esta último no pueda ser cuestionado. En tal sentido, el modelo elitista asume que prácticamente todos los *think tanks* son homogéneos en su origen, el modo en el que trabajan y en sus procedimientos para hacer valer las ideas. No obstante, existe una gran variedad de *think tanks* y modos organizacionales que, dada su heterogeneidad (Ahmad 2008; Pinilla 2012), ponen en jaque a este modelo que peca de simplismo. De hecho, según Stone (1996:30), el modelo elitista se enfoca sólo en los “[...] los estrechos trasfondos sociales, los valores compartidos por las élites y el aislamiento social de los individuos encargados de hacer funcionar el aparato estatal, para inferir una relación causal entre el estatus social, económico y el poder político”.

Lo que aquí se busca mostrar es una perspectiva más crítica de la función sociopolítica de los *think tanks*. Es decir, una que vaya más allá de la provista por el modelo elitista y pluralista. En tal sentido, mientras se deben tomar en cuenta seriamente las relaciones de poder y asimetrías propuestas por el modelo elitista, también se debe apreciar como un aspecto de suma importancia el rol que los *think tanks* tienen en la ideación, crítica y promoción de las ideas dentro de los diversos grupos que compiten por dirigir las sociedades. De hecho, siguiendo la línea argumentativa de Pautz (2011), línea que hace coincidir elementos neo-gramscianos con el concepto “coalición discursiva” propuesto por Hajer (1993), los *think tanks* poseen en las sociedades contemporáneas un rol sociopolítico mucho más gravitante que la mera asesoría subsumida bajo poder de las élites. Estos últimos pueden aportar recursos intelectuales capaces de contribuir a renovar, profundizar o consolidar hegemonícamente el discurso ideológico que configura a los determinados grupos sociales o coaliciones políticas que se encuentran asociados a la toma de decisiones. Según esta aproximación neo-gramsciana, los *think tanks* pueden ser apreciados como los nuevos “intelectuales orgánicos” que, en el siglo XXI, no sólo cumplen un rol justificador o legitimador, sino que, además, pueden proveer densidad y criticismo al discurso de los grupos sociales con los que están relacionados orgánicamente. En tal sentido, las ideas y las condiciones materiales están “[...] siempre unidas y no se pueden reducir la una a la otra” (Cox 1983:163), lo cual quiere decir que si bien las élites políticas y económicas tienen cierto dominio material sobre los *think tanks*, estos últimos, por su parte, por medio de la promoción de ideas y el simbolismo de la *expertise*, también pueden legitimar o modificar los valores e ideas que componen a la élite de la cual forman parte o con la que se relacionan.

Para tener un apropiado entendimiento de lo expresado en el párrafo anterior, se debe explicar de una manera más acabada la aproximación neo-gramsciana y cómo esta última se relaciona con los *think tanks*. Según Pautz (2011), los conceptos gramscianos de hegemonía, discurso, sociedad civil y el intelectual, son bastante útiles para entender la función sociopolítica que los *think tanks* pueden detentar actualmente. Bajo estas tipologías, los *think tanks* pueden ser vistos como “aparatos ideológicos” –término extraído de Althusser (1971)– que forman parte de la sociedad civil. Es decir,

una sociedad donde se admiten y reproducen órdenes sociales basados en ideas que compiten por un estatus hegemónico. En dicha sociedad, los *think tanks*, por medio de sus prácticas civiles –al igual que las universidades, sindicatos, instituciones religiosas, etc.–, pueden contribuir al mantenimiento o establecimiento de nuevas relaciones de poder no coercitivas entre los diversos grupos sociales (Pautz 2011). Esto es, renovando o reproduciendo órdenes mediante la constante producción discursos que pueden influir en la hegemonía de un paradigma nuevo o preexistente. En tal sentido, ¿qué significa hegemonía? y ¿qué quiere decir que los *think tanks* podrían contribuir a la hegemonía de un paradigma? Gramsci definió hegemonía como un momento en el que el liderazgo político, intelectual y moral sobre los grupos aliados es ejercido por un grupo dominante fundamental con un mínimo nivel de disputa o conflicto e, inclusive, en ciertos casos, con el consentimiento de la mayoría de los diversos grupos sociales (Gramsci 1971, 2006). De modo que la hegemonía constituye un momento donde la “[...] filosofía y la práctica en una sociedad determinada se fusionan o están en equilibrio” (Williams 1960:160). Esto es, un equilibrio que se expresa políticamente en coaliciones y/o compromisos diseñados para integrar a las diversas fuerzas sociales en bloques de poder o bloques históricos. Del mismo modo, la hegemonía puede ser vista como un “[...] proceso de producción de una nueva identidad colectiva” (Torfing 1999:108), puesto que para que haya un dominio hegemónico de un discurso debe haber una coalición o bloque social subsumido bajo el ideario ganador –un ideario que puede poseer elementos renovados si se le compara con el orden o paradigma que resultó vencido tras la contienda por las ideas–. Por lo tanto, bajo esta lógica, los *think tanks* –quienes pueden proveer las bases para un discurso legitimador fundado en el simbolismo de la *expertise*– pueden contribuir a la producción de identidades colectivas o a la consolidación de bloques de poder mediante la provisión de recursos políticos, ideológicos y técnicos que permitan la reproducción o renovación de órdenes sociales.

Gramsci (1971) se centra en las estrategias políticas activas que pueden tener el potencial de consolidar a estos bloques de poder y ayudar a mantener el equilibrio hegemónico. En tal sentido, gracias a la inestabilidad de estos equilibrios en el marco de las disputas sociopolíticas, un equilibrio de este tipo “[...] tiene que ser sostenido mediante constantes renegociaciones entre los grupos sociales del bloque histórico. [Por ende], este consenso se logra cuando un conjunto de políticas aparecen como parte del sentido común [y] son aceptadas como ventajosas por los miembros [de dicho bloque]” (Pautz 2011:425). Así, es en estas negociaciones cuando los *think tanks* pueden ser una fuente de recursos ideológicos, técnicos y políticos que, por su naturaleza, pueden tener el potencial de contribuir a la hegemonía un discurso donde se pudiese legitimar o renovar una ideología que compone a un sector social específico. No obstante, para que estos centros de pensamiento puedan ejercer esta tarea de manera efectiva, es de suma importancia que los *think tanks* sean entendidos como centros “[...] de formación, irradiación y diseminación” (Gramsci 1971:192) de ideas que, en términos de origen, no “[...] nacen espontáneamente en el cerebro de cada individuo” (Gramsci 1971:192), sino nacen en el marco de un lugar físico de producción desde el cual pueden ser diseminadas en la contienda política por el equilibrio hegemónico (Gramsci 1971). En efecto, los intelectuales de los *think tanks* sólo pueden cumplir un rol legitimador o renovador en la medida de que forman parte orgánicamente de un grupo social –y no de una “clase autónoma” (Mannheim 1929)– que les permite ser parte de determinadas *policy networks*. Es decir, redes de influencia política que le permitirían a estos individuos influir eficazmente no sólo en la toma de decisiones, sino que en el ideario de quienes forman parte de dicha red. De modo que esto último debe ser visto como una condición *sine qua non* de la función sociopolítica de estos centros de pensamiento.

Dicho lo anterior, los *think tanks* tienen el potencial de marcar la diferencia principalmente en momentos históricos donde la hegemonía de un paradigma determinado se encuentra en una etapa de cuestionamiento, desequilibrio o crisis. Esto es, sobre todo cuando un acuerdo universal sobre ciertos objetivos o instrumentos políticos encarnados en un discurso hegemónico colapsa. En tal sentido, Hall (1993), en su estudio acerca el rol que tuvieron los actores externos al Estado en los cambios políticos experimentados en Gran Bretaña durante las décadas de 1970 y 1980, plantea que, cuando las políticas de bienestar fueron percibidas como fallidas, quienes estaban a cargo de la toma de decisiones tuvieron que implementar drásticos cambios que necesitaron ser justificados por agentes externos al aparato estatal. En relación a esto último, Hall define tres categorías de cambio que suponen –valga la redundancia– tres espacios dentro de los cuales los *think tanks* pueden tener funciones sociopolíticas gravitantes. En primer lugar, hay un primer orden donde los cambios en materias políticas sólo consisten en ajustar los instrumentos políticos existentes para alcanzar las metas de un paradigma determinado. En segundo lugar, hay un segundo orden de cambio donde se buscan las mismas metas determinadas por el paradigma, pero mediante nuevos instrumentos. Mientras que, por último, sólo cuando el paradigma es percibido como una totalidad fallida, cuando las preguntas fundamentales que cuestionan el paradigma se hacen patentes, y cuando los cambios de primer orden y el segundo orden no parecen lo suficientemente aptos para reparar las anomalías funcionales del paradigma en cuestión, un cambio de tercer orden es requerido. Esto es, un cambio de paradigma marcado por cambios radicales en los términos o acuerdos globales del orden hegemónico anterior (Hall 1993). Para Hall (1993:289), “[...] los procesos de primer y segundo orden de cambio en la política se corresponden bastante bien a la imagen de aprendizaje social” en un aparato estatal donde los “[...] los expertos en los empleos públicos son los principales responsables”. Mientras que, por el contrario, los cambios de tercer orden ocurren “[...] no como resultado de una acción autónoma por parte del Estado, sino que en respuesta a un debate social en evolución”. De este modo, según este autor, quienes toman las decisiones y quienes están relacionados con la política –según su propio caso de estudio– fueron mucho más susceptibles de influencia externa cuando ya no poseían un respaldo coherente de instrumentos u objetivos políticos en un contexto de crisis. Por lo tanto, “[...] cambios en el *locus* de la autoridad [con respecto a quién tiene las mejores ideas para gestionar la crisis] parece ser un componente crítico en proceso mediante el cual los paradigmas dan un giro” (Hall 1993:291). Es decir, si los recursos políticos para abordar una crisis no son los suficientes para los agentes políticos involucrados, “[...] recursos auxiliares [...] pueden mandar en los conflictos relevantes” (Hall 1993:280). Por lo que los *think tanks* pueden ser los agentes externos al Estado y a otras organizaciones (por ejemplo, partidos políticos) que poseen los recursos políticos, técnicos e ideológicos necesarios para contribuir a una legitimación discursiva cuando un paradigma determinado colapsa.²⁹

Para que los *think tanks* posean un grado alto de efectividad en su función sociopolítica, incluso en un contexto de crisis, estos últimos deben formar parte de *policy networks* que les permitan poner en juego todos sus recursos políticos, técnicos e ideológicos. De hecho, según Pautz (2011:428), sólo “[...] a través de su integración en las *policy networks*, los *think tanks* pueden llegar a ser eficaces ‘aparatos ideológicos’ infundiéndolos sus contribuciones al discurso que está en debate”. Sin embargo,

²⁹ Esto último es relevante sobre todo en lo que respecta al caso de estudio de este libro. El auge de los intelectuales humanistas y de los nuevos *think tanks* en la derecha chilena, como se verá en los capítulos 3, 4 y 5, tuvo lugar justamente en un momento crítico en el cual el sistema-mundo defendido por la derecha transicional se encontraba amenazado. Esto es, un momento que dio lugar a la aparición de actores alternativos en el sector derechista y que pudo haber causado un posible cambio en el *locus* de la autoridad.

el tipo de influencia que un *think tank* puede tener dentro de las *policy networks* varía considerablemente y depende en cierta medida –según la nomenclatura gramsciana– de cuán “orgánicos” sean los intelectuales y dirigentes de un *think tanks* con respecto al grupo social desde el que se gestan dichas redes. De modo que el sólo hecho de pertenecer una de estas redes orgánicamente les permite a estos centros de pensamiento incluirse en “[...] los procesos de toma de decisiones, facilitar la consulta o intercambio de información, la negociación, la coordinación de la acción de un modo independiente, facilitar la cooperación en la formación de políticas, la ejecución y la legitimación” (Stone y Ullrich 2003:36).³⁰

Si se asocia el estudio de las *policy networks* a la lectura neo-gramsciana previamente mencionada por Pautz (2011), el concepto “coalición discursiva” propuesto por Hajer (1993) pareciese ser adecuado para examinar con una mayor profundidad el fenómeno de los *think tanks* desde el punto de vista de su función sociopolítica. Este último puede ser ligado a la actividad de los *think tanks* desde una perspectiva neo-gramsciana puesto que, según aquél, la construcción de los discursos es una lucha argumentativa en la cual, llegado un punto de término, sólo un discurso prevalece y determina la estructura del debate y las ideas que son institucionalizadas en las prácticas del Estado, movimientos sociales y/o partidos políticos. Esto es, caracterizando solamente a uno de los discursos en disputa como el hegemónico (Hajer 1995:61). En tal sentido, la gran diversidad de actores que tienen lugar en esta contienda discursiva –batalla que también se realiza por el dominio material– necesita asegurar el apoyo intelectual suficiente para legitimar y transformar en hegemónica la definición de la realidad que promueven. Por lo que dicho apoyo puede ser brindado por los *think tanks* en tanto estos últimos, además de encarnar el simbolismo de la *expertise*, ser orgánicos de un grupo social determinado y ser parte de *policy networks* específicas, forman también parte de particulares “coaliciones discursivas” que poseen sus propias narrativas y visiones de mundo.

Ahora bien, ¿qué es una “coalición discursiva”? Según Hajer (1993:47) una “coalición discursiva” “[...] es la combinación de una serie de narrativas, los actores que pronuncian estas narrativas y las prácticas que se ajustan a estas narrativas; todos estos factores organizados en torno a un discurso”. Por lo que una “coalición discursiva” puede ser entendida como un grupo de actores que comparten una construcción social que está determinada por una conjunto de narrativas específicas que si bien no son siempre coherentes como un todo, si proveen la “afinidad discursiva” necesaria para conformar una coalición (Hajer 1993). En tal sentido, el concepto “narrativas” es central en la conceptualización realizada por Hajer, pues este último es un mecanismo lingüístico en torno al cual una “coalición discursiva” se estructura. Las narrativas permiten “[...] a los actores basarse en variadas categorías discursivas con el fin de dar significado a fenómenos específicos o sociales” (Hajer 1995:56).

³⁰ Hay abundante literatura que aborda el tema de las *policy networks*, por ejemplo: Hajer (1993) y su concepto “discourse coalition”, Rhodes y Marsh (1992) y su concepto “differentiated policy network”, Sabatier (1987) y su concepto “advocacy coalitions”, Evans y Davies (1999) y su concepto “policy transfer networks”, Haas (1989) y su concepto “epistemic communities”, entre otras aproximaciones. La gran virtud de los estudios relacionados con las *policy networks* es que proveen una teoría de gobierno “[...] que contribuye a la comprensión del cambio y la continuidad de las políticas públicas asumiendo que las *policy networks* relacionadas con estas últimas afectan los resultados y limitan las agendas políticas a través de las luchas entre los actores interesados” (Pautz 2011:459). De este modo, el giro desde un análisis del gobierno hacia uno de la gobernanza tiene que ver con que los desarrollos socioeconómicos están siendo cada día más influenciados por los agentes externos al Estado. Es decir, agentes que se encuentran principalmente encarnados en la redes corporativas más que sólo en las estructuras jerárquicas de un gobierno central (Greenaway, Salter, y Hart 2007). Esta línea de estudio provee útil información acerca de la gobernanza sin gobierno (Rhodes 1996:652).

Conforme a esto último, una “coalición discursiva” es mantenida por grupos de individuos que poseen un discurso compartido con respecto a la interpretación de una amenaza, crisis o un evento cualquiera que determine sociopolíticamente sus realidades (Hajer 1995). Además, gracias que la mayoría de los actores políticos no poseen teorías lo suficientemente bien desarrolladas para darle sentido al mundo político y social, las narrativas simplifican los asuntos políticos puesto que “[...] condensan grandes cantidades de información *factual* interrelacionada con valores y asunciones normativas” (Fischer 2003:87). Por lo tanto, estas narrativas tienen como característica primordial la capacidad de crear cambios políticos mediante el reordenamiento del significado adoptado y desarrollado por los actores de una “coalición discursiva” determinada. De modo que el concepto de “coalición discursiva” se “[...] centra en las formas en que las interacciones de los agentes y las instituciones existentes crean un contexto a través del cual se definen constantemente los intereses y valores, y en el cual los agentes e instituciones son reformadas” (Bulkeley 2000:734). Así, mientras más se posee un entendimiento compartido acerca de los asuntos políticos e ideológicos, y mientras más institucionalizado estén instaurados estos valores compartidos (institucionalización discursiva), más hegemónico es el poder de la “coalición discursiva”.

¿Qué sucede, entonces, cuando se busca la renovación política e ideológica dentro de una “coalición discursiva” –la de un sector partidario, por ejemplo– y cuáles son los requisitos para integrar nuevas narrativas a una coalición? Según Hajer (1993), hay dos condiciones fundamentales para que una “coalición discursiva” pueda integrar nuevas ideas con el potencial de desarrollar un valor hegemónico. Por un lado, una nueva narrativa tiene que dominar el espacio discursivo. Esto es, los actores centrales tienen que estar persuadidos por –o forzados a aceptar– el poder retórico del nuevo discurso (condición *sine qua non* de la estructuración del discurso). Mientras que, por otro lado, una nueva narrativa debe estar, además, reflejada en las prácticas institucionales llevadas a cabo en el espacio político. Eso es, que el proceso político sea conducido de acuerdo a las ideas emanadas de la nueva narrativa (condición *sine qua non* de la institucionalización discursiva). En efecto, los *think tanks* y sus intelectuales tienen el potencial, en tanto pueden ser presentados como los “intelectuales orgánicos” de un grupo social o político específico, de modificar las narrativas que definen en su conjunto el paradigma u orden social del grupo de individuos del cual forman parte. En tal sentido, la gracia de asociar las tipologías gramscianas con el concepto de “coalición discursiva”, tiene que ver con que cuando se asume la necesaria inclusión de los *think tanks* dentro de las *policy networks* garantizadas por un grupo social determinado, se asume también el hecho de que los *think tanks*, hasta cierto grado –dependiendo de su perfil y nivel de autonomía–, forman parte de una “coalición discursiva” particular, la cual integra una serie de valores y creencias que determinan cómo se aprecia la realidad y las problemáticas que se derivan de ésta. Así, lo que permite a los *think tanks* influir dentro de una red determinada con altos grados de efectividad tiene que ver con que estos últimos, para poder acceder a ella, ya deben ser parte de la “coalición discursiva” que define los problemas y alcances que pueden ser tratados y problematizados en dicha red. Por ende, los *think tanks*, al ser parte orgánicamente del grupo social, pueden contribuir –en el marco del simbolismo de la *expertise*– a la modificación de las narrativas que componen a la “coalición discursiva” que funda a dicho grupo. Lo

cual en última instancia posiciona a estos centros como actores privilegiados a la hora de liderar procesos de adaptación o renovación política e ideológica en el contexto partidario.³¹

Con todo, de nada sirve en un proceso de renovación político e ideológica la organicidad de estos centros de pensamiento y su inclusión en determinadas *policy networks*, si estos últimos están subsumidos absolutamente bajo el poder de las élites sociales y económicas. Esto es, una subsunción que no permita que los intelectuales de los *think tanks* puedan ejercer libremente el sentido crítico. Esto último, en el mejor de los casos, posiciona a estos centros de pensamiento como el mejor candidato para influir dentro de un grupo social particular dada la orgánica cercanía que poseen. No obstante, cuando se busca la legitimidad política o los recursos necesarios para emprender un proceso de renovación que cumpla con los requisitos necesarios para proveer una continuidad identitaria que pueda, al mismo tiempo, superar y hacerse cargo de los problemas contingentes que han suscitado, por ejemplo, una crisis política, lo que se necesita es que los intelectuales de los *think tanks* puedan hacerse cargo de estos problemas de un modo responsable y crítico sin tener que abandonar o traicionar la “coalición discursiva” de la cual forman parte. Esto es, problematizando o iluminando ciertos fenómenos que, hasta ese entonces, dentro de una “coalición discursiva” determinada, no suponían un problema visible. Desde esta perspectiva, el “intelectual orgánico”, ese que en este caso estaría actuando desde un *think tank*, no es un agente que sólo legitima los intereses de clase, sino que contribuye al perfeccionamiento o renovación de los valores e ideas de su propia “coalición discursiva”.

*

En este capítulo se examinaron desde un punto de vista teórico los siguientes elementos. Primero, se exploraron los procesos de adaptación y renovación política e ideológica que tienen lugar en el contexto partidario. Segundo, se examinaron el tránsito histórico-conceptual de los intelectuales durante el siglo XX (lo que permite entender la actual hegemonía del experto), sus actuales perfiles y funciones, así como dichos perfiles y funciones podrían aportar a un proceso de renovación en el contexto partidario, sobre todo desde el punto de vista público. Tercero, se estudiaron los distintos perfiles y funciones que actualmente poseen los *think tanks*, así como la posible injerencia que estos últimos podrían tener en los procesos de renovación política e ideológica en un contexto partidario. Esto es, sobre todo en el marco del simbolismo de la *expertise* (el cual provee cierta legitimidad a los *think tanks*) y del ventajoso posicionamiento que estos centros poseen con respecto a *policy networks* específicas (redes que les permiten a estos centros obtener altos grados de influencia en actores políticos relevantes y en el proceso decisional). Todos estos elementos teóricos no sólo ayudan al entendimiento de los capítulos 3, 4 y 5 (capítulos en los que se trata el caso de estudio de este libro), sino que también a interpretar el siguiente capítulo. Esto es, un capítulo donde se explora no sólo la historia política de la derecha chilena tradicional, sino que también sus procesos de adaptación y renovación durante el siglo XX. Dichos procesos fueron habitualmente liderados por intelectuales y son fundamentales para entender el origen de la derecha chilena transicional.

³¹ Lo señalado en este párrafo es de suma importancia cuando se trata de entender porqué los nuevos intelectuales humanistas de la derecha chilena han detentado su rol público-crítico desde los *think tanks* y no estrictamente desde las universidades. Para un análisis de este fenómeno para el chileno, véase el capítulo 5.

Capítulo 2

La evolución histórica de la derecha chilena tradicional: hegemonía, adaptación y renovación, 1900-1990

Desde el año 1900 hasta 1990 tuvieron lugar diversas coyunturas críticas que implicaron importantes desafíos para la derecha chilena. En dichos momentos, no sólo se vio amenazado el ordenamiento defendido por las élites económicas y políticas derechistas, sino que también la hegemonía de las ideas dominantes en la sociedad chilena. En tal sentido, la derecha chilena afrontó aquellos acontecimientos mediante dos estrategias que tuvieron como objetivo asegurar su sobrevivencia. Por un lado, recurrió a estrategias adaptativas de carácter defensivo que tuvieron como finalidad mantener protegidos sus intereses y valores. Por otra parte, desarrolló estrategias de carácter ofensivo y renovadoras, que tuvieron como finalidad revitalizar al sector en los diversos contextos de crisis. La radicalidad de las modificaciones ideológicas realizadas por la derecha dependió en gran medida de cuán críticas fueron las coyunturas que este sector debió afrontar: en los períodos en que la derecha no vio puesto en jaque su poderío radicalmente, dicho sector actuó mediante lógicas adaptativas; mientras que en los períodos críticos que ponían en jaque sus intereses, la derecha vio el auge de movimientos renovadores que modificaron sus prácticas e ideas tradicionales (Fernández y Rumie 2020).

Este capítulo explora los antecedentes sociopolíticos de la derecha chilena tradicional y las transformaciones que este sector sufrió durante el siglo XX. Para realizar dicha labor, se examinan cuatro momentos históricos en los cuales la derecha chilena tradicional se enfrentó a coyunturas donde sus intereses políticos, económicos e ideológicos fueron amenazados.¹ Esto es, amenazas que empujaron en la derecha chilena movimientos de adaptación o renovación que dependieron de cuán críticas fueron las coyunturas experimentadas por este sector. En tal sentido, la finalidad de este capítulo es crear un marco interpretativo de carácter histórico que, habiendo sido entendido conforme a determinadas directrices teóricas, facilite la realización de comparaciones entre los procesos de adaptación y renovación experimentados tanto por la derecha tradicional como por la derecha transicional (este último caso es explorado en el capítulo 3). Dichas comparaciones no sólo permiten establecer similitudes y diferencias entre ambas derechas, sino que además facilitan el establecimiento de ciertos patrones acerca de cómo estas derechas reaccionan frente al reformismo. Además, lo que aquí se explora, ayuda a entender en qué circunstancias estas derechas experimentaron en su interior movimientos de renovación o adaptación en el marco de coyunturas consideradas como críticas.

En primer lugar, se examina el periodo que va desde 1900 hasta 1930. En este periodo surgió por primera vez la división entre derecha e izquierda en Chile y se consolidó “lo social” como principal clivaje del sistema de partidos. Durante esta etapa, las élites decimonónicas vieron por primera vez alterada su hegemonía tras el auge de los reformismos izquierdista y nacionalista. No obstante, si bien esta alteración contribuyó al cuestionamiento de el sistema-mundo defendido por las élites tradicionales, aquella no amenazó radicalmente el poder político, económico y cultural que este sector aún sustentaba en aquel entonces. De modo que, durante el periodo en cuestión, las élites

¹ Este examen está inspirado en la sección 1.1 de este estudio. En términos sucintos, en dicha sección se sostiene, teóricamente, que los partidos políticos asisten procesos de renovación ideológica y política sólo en el marco de crisis que pongan radicalmente en jaque sus intereses o existencia.

decimonónicas, las cuales fueron identificadas recién alrededor de 1930 como “las derechas”, no hicieron más que adaptarse frente al reformismo. Dichas derechas lograron sobrevivir a la “crisis centenaria” y a la “cuestión social” sin necesidad de renunciar a sus principales creencias, prácticas y fuentes de poder material. Esto es, a pesar de que al final de este etapa se creó una Constitución reformista (1925) y se instaló en Chile una izquierda que fue reconocida *de facto* en la institucionalidad política.

En segundo lugar, se examina el periodo que va desde 1930 hasta 1960, un periodo que se caracterizó por el auge de una derecha tradicional que estuvo guiada por lógicas de negociación y adaptación. Durante este periodo, la derecha se dedicó a proteger sus intereses materiales, políticos e ideológicos frente a un reformismo que estaba en auge en la sociedad chilena. Entre estos años, la derecha tradicional mantuvo aún un gran poder político, económico y cultural, garantizado en gran medida por la estructura latifundista y el poder parlamentario. Gracias a la mantención de este poder, esta última logró contener al progresismo y negociar el centro político. Todo esto sin necesidad de renunciar a sus prácticas, creencias y bienes, a pesar de no haber llegado a controlar *de facto* el poder Ejecutivo hasta el año 1958. Sin embargo, estas lógicas de adaptación y negociación se debilitaron tras la decadencia del PR, el deterioro del modelo económico nacional-desarrollista y los conflictos entre socialcristianos y tradicionalistas en el PCON. A lo anterior se agrega la incertidumbre generada por el segundo gobierno de corte nacional-populista de Carlos Ibáñez del Campo y el fallido gobierno de Jorge Alessandri. Esta última administración ha sido considerada como la última oportunidad que tuvo la derecha tradicional para lidiar con el reformismo mediante la modernización del capitalismo.

En tercer lugar, se examina el periodo 1960-1973. Se trata de un periodo dirigido por las amenazas reformistas y revolucionarias lideradas por sectores demócratacristianos y marxistas. Durante este periodo, los intereses políticos, económicos e ideológicos de la derecha chilena tradicional fueron amenazados radicalmente en el marco del giro reformista de la Iglesia Católica, la consolidación de una reforma electoral que dio lugar a la CUV y el voto secreto, aunque sobre todo fueron amenazados por las diversas reformas agrarias que tuvieron lugar en este periodo y que destruyeron la vieja estructura latifundista. Todo esto produjo una crisis que terminó con la disolución de los partidos políticos de derecha tradicionales –PCON y PL–, la radicalización derechista en el marco de la Guerra Fría y el evidente agotamiento de las lógicas de adaptación y negociación. Esto a su vez dio lugar a un incipiente proceso de renovación en la derecha chilena que comenzó con la creación del PN. Se trataba de un partido político formado por conservadores, liberales y nacionalistas, el cual fue liderado por las prácticas e ideas de estos últimos.

En último lugar, se examina un periodo que va desde 1973 hasta 1990, una etapa en la que se consolidó un régimen militar liderado por fuerzas derechistas, el cual modificó no sólo la economía y cultura de la sociedad chilena, sino que también el *corpus* ideológico, social y político de la derecha en Chile. Durante este periodo, la derecha chilena se reorganizó política e ideológicamente, dando origen a los principales partidos políticos que representan a la derecha transicional: la UDI y RN. Además, durante esta etapa, la derecha logró en las condiciones autoritarias imponer un modelo económico y político que protegido que, tras el retorno a la democracia, le aseguró a este sector volver a contar con la protección necesaria para mantener sus intereses resguardados aunque no estuviese en Ejecutivo *de facto* hasta el año 2010. Esto es, tal como sucedió durante el segundo tercio del siglo XX en el caso de la derecha chilena tradicional. En tal sentido, el análisis de las transformaciones de la derecha chilena tradicional exploradas en este capítulo provee útiles herramientas que permiten interpretar los procesos de adaptación o renovación que la derecha chilena transicional sufrió

especialmente entre los años 2010 y 2018. Esto es, procesos que dependieron, también, de cuán amenazantes fueron determinadas coyunturas para los intereses o existencia de los partidos políticos derechistas contemporáneos.

2.1 El origen de la derecha chilena: desde la hegemonía política hacia la competición por el poder (1900-1930)

Durante el siglo XIX Chile contó con una élite dirigente de raíces coloniales que estaba conformada por sectores terratenientes, mineros y banqueros que se enriquecieron durante la época de la república (Correa 1989). Se trató de una élite que desde una perspectiva ideológica se identificaba –al menos desde la segunda mitad del siglo XIX– como conservadora o liberal, encarnando dichos lineamientos por medio de dos partidos políticos respectivamente: el PCON que se fundó en 1836 y el PL que se fundó en 1849 (Burgos 2016; Correa 2005b; Garretón 2000; Gil 1966). Sin embargo, a pesar de esta separación partidaria, la cual representaba posturas distintas en materias ideológicas, se trató de dos grupos que constituían un clase social homogénea gracias a los estrechos lazos de parentesco y comerciales que poseían (Bauer 1975; Villalobos 1987). De modo que tanto liberales como conservadores representaban al sector de los propietarios en Chile (Wright 1982). Es decir, una élite que dominó hegemonícamente en Chile las estructuras sociales, políticas y económicas durante casi todo el siglo XIX y parte del XX. En tal sentido, las principales diferencias entre liberales y conservadores tenían lugar sobre todo en el área doctrinaria; mientras que la gran similitud entre estos últimos tuvo lugar más que nada en el área socioeconómica.

A un nivel ideológico, los liberales promovían un Estado liberal de tipo *laissez-faire*, secular, favoreciendo una visión federal y descentralizada de este último; mientras que los conservadores tenían una visión mercantilista de la economía, moralmente católica y defendían el establecimiento de un Estado fuerte y centralizado (Siavelis 2014). No obstante, fue más que nada la diferencia entre la promoción de un Estado laico o clerical lo que dividió a estos partidos políticos durante la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, se era liberal o conservador dependiendo del grado de cercanía que se tenía con la iglesia católica, asunto que a su vez dependía de las tradiciones familiares que determinaban el estilo de vida de liberales y conservadores. En efecto, el estilo de vida de las familias asociadas a la tradición conservadora poseía una estricta referencia a la autoridad paterna –centralizada y jerarquizada–, a la sobriedad económica y a una vida social que tenía un marcado estilo de *ghetto*; mientras que el estilo de vida de las familias liberales era fuertemente influido por los modos de vida europeos, así como por las ideas republicanas y laicas (Correa 2005b).

A un nivel político, el PCON tuvo como propósito primordial evitar toda ley secularizante y defender a ultranza los intereses de la iglesia católica; mientras que el PL buscó realizar todo lo contrario. En tal sentido, Correa (2005b) sostiene que el PCON era un colectividad política confesional en el cual sus dirigentes seguían con religiosidad las ordenes políticas de la iglesia; mientras que el PL, en tanto partido político laico, sólo seguía sus propios designios con el objetivo de disminuir la injerencia religiosa. El PCON tenía como estrategia ser la cara visible de la iglesia católica –lo cual le permitía reunir a la mayoría de los fieles católicos como fuerza electoral–; mientras que, además, tenía una organización partidaria que se constituía como una suerte de espejo de la jerarquía eclesial. De hecho, el PCON valoraba la tradición, la jerarquía y la disciplina moral, aspectos que en su conjunto le permitían gozar de un gran orden organizacional y homogeneidad ideológica. Por el contrario, el PL, dado su carácter heterogéneo, el cual permitía disponer de cierta pluralidad política e ideológica, estuvo sometido a una constante disputa entre distintos bandos familiares o individuales. De modo que

la falta de doctrina común, jerarquía y disciplina moral, constituyó un gran problema organizacional en este partido político. Además, mientras que en los conservadores la autoridad y la influencia provenían de la posición jerárquica en el partido político, en los liberales, por el contrario, lo que más importaba eran factores personales: los liderazgos, la posición económica o las conexiones que ellos tenían en el mundo financiero (Gil 1966).

A un nivel socioeconómico, tanto liberales como conservadores se constituyeron en el siglo XIX como un grupo social homogéneo y hegemónico que tomó forma a lo largo de los años mediante alianzas familiares y económicas que integraron a terratenientes, comerciantes, mineros, inmigrantes europeos y banqueros enriquecidos durante la república (Bauer 1975; Villalobos 1987). Según Correa (1989), este proceso de integración y alianzas tuvo como finalidad crear una interconexión de todos los sectores productivos con el fin de evitar conflictos sectoriales mediante la creación de un bloque unitario y sin fisuras. En tal sentido, la élite tradicional chilena, a diferencia de otros países en América Latina, y sin importar que la mayoría de los terratenientes se encontrasen en la zona centro-sur y los mineros en la zona norte de Chile, poseía un carácter centralizado y nacional, lo que permitía evitar todo tipo de conflicto regional. Esto último favoreció la formación de una élite homogénea que, además de actuar de un modo centralizado, poseía intereses diversificados en la economía.

Con todo, la élite tradicional chilena experimentó un siglo XIX que si bien no estuvo exento de conflictos, le permitió consolidar hegemónicamente su poder político y socioeconómico. Sin embargo, con el advenimiento del siglo XX, dicha élite tuvo que enfrentarse a una multiplicidad de problemas que vaticinaban el advenimiento del mundo moderno. Esto es, un mundo que desafiaba a la tradición y los órdenes sociales establecidos durante el siglo XIX. En tal sentido, la crisis del liberalismo decimonónico, el auge de la llamada “cuestión social”, el surgimiento de los movimientos obreros, el nacimiento del Partido Socialista (PS) y PC, la crisis del salitre y la crisis del 1929, entre otros eventos, no sólo contribuyeron al cuestionamiento del poderío que la élite tradicional poseía, sino que también al cuestionamiento del ordenamiento decimonónico y de las jerarquías sociales fundadas en dicho orden (Burgos 2014; Correa 2005b; Deutsch 1999; Valdivia 2008).

2.1.1 La crisis centenaria y la aparición del binomio izquierda-derecha en Chile

La derecha en Chile se originó a partir de un conjunto de transformaciones que tuvieron lugar a principios del siglo XX y que estuvieron relacionadas principalmente con la crisis del modelo de desarrollo promovido por las élites decimonónicas (Deutsch 1999). Dicha crisis suscitó un estado de emergencia que abrió paso a nuevos proyectos políticos y económicos que buscaron estar a la altura del cambio de siglo y los problemas que este nuevo contexto traía consigo (Burgos 2016). Fue en este entonces que la élite tradicional, la cual se consideraba a sí misma como heredera de una tradición y protagonista de los éxitos económicos de Chile, comenzó a perder su carácter hegemónico dado que tuvo que enfrentarse a nuevas fuerzas políticas y sociales que, siendo principalmente de izquierda, disputaron el control político y la hegemonía discursiva que hasta ese entonces tanto liberales como conservadores habían monopolizado (Garretón 2000). Es sólo en este contexto cuando apareció por primera vez el binomio izquierda-derecha en Chile, un binomio que incluso hoy sigue siendo relevante para entender el panorama sociopolítico chileno.

Según Deutsch (1999) y Correa (2004), a principios del siglo XX, en la mirada de la élite decimonónica, Chile estaba en un momento de éxito. La tributación de la exportación del salitre había enriquecido al Estado chileno y esto había permitido a los gobiernos invertir en vías de transporte y comunicación, además de en infraestructura para las ciudades. Fue en aquellos días que los

ferrocarriles cubrieron el territorio de Chile de norte a sur, ampliando la presencia del Estado y posibilitando la prestación de servicios como el correo, el telégrafo y la educación. Del mismo modo, el ferrocarril había dinamizado la agricultura en el centro y sur del país, además de expandir la incipiente industria manufacturera y el comercio. Durante este periodo, los sectores medios de la sociedad vinculados a la expansión del Estado y al sistema educativo se fortalecieron y consolidaron. De hecho, los 3000 funcionarios públicos que había en el año 1880 aumentaron a 12000 en 1900 y a 27000 en 1919. Asimismo, alrededor del año 1900, la modernización en Santiago trajo consigo teléfonos, alcantarillado, alumbrado y transporte eléctrico; mientras que la modernización en otras ciudades –alrededor de 1919–, se manifestó mediante todos los efectos positivos previamente descritos que el ferrocarril trajo consigo. Por último, el sistema parlamentario heredado del siglo XIX funcionaba con relativa estabilidad “asegurando” –conforme al ideario liberal clásico– las libertades económicas y políticas de los individuos. De modo todas estas condiciones justificaban la tesis de que Chile era un caso excepcional en la región, aspecto que situaba a la élite dirigente como la protagonista y gestora de dicha excepcionalidad.²

Esta historia de éxitos instalada alrededor del centenario de Chile era, no obstante, sólo un lado luminoso de la realidad chilena en aquellos días. De hecho, no todos los logros del ordenamiento promovido por la élite tradicional habían traído consigo prosperidad a Chile. Es más, el lado oscuro de la excepcionalidad chilena fue la llamada “cuestión social”. Esto es, una “cuestión” que, según Correa (2004), afectaba sobre todo a los sectores populares y mineros por las siguientes razones. En primer lugar, la habitación de las clases obreras era precaria y los obreros vivían hacinados en lugares deteriorados e insalubres. Esto traía consigo epidemias, alcoholismo y todo tipo de enfermedades venéreas, asunto que estaba acompañado de una gran muerte infantil. En segundo lugar, las condiciones laborales en las salitreras y minas de carbón eran duras, sobre todo dado que en estas últimas se había establecido un sistema de contratación donde el Estado no intervenía legalmente y donde sólo se convenía el acuerdo laboral en virtud de los intereses de las partes –lo cual favorecía al empleador–. En tercer lugar, en dicho contexto, los accidentes laborales eran recurrentes, no había seguridad social y el pago a los obreros se realizaba en fichas que sólo podían ser utilizadas en la pulpería de la misma empresa, aspecto que promovía una expresión moderna de la lógica patrón-criado. A esto último se le sumaba, en términos contextuales, que la industria del salitre –industria que movía a la economía chilena y que contrataba con muchos trabajadores– estaba permanentemente sometida a ciclos de contracción que se agudizaron durante las dos primeras décadas del siglo XX. Según Deutsch (1999), la industria salitrera experimentó una severa depresión entre 1914 hasta 1915, luego tuvo un alza en su producción entre 1916 hasta 1918, para caer nuevamente desde 1919 hasta 1923. Durante estas depresiones, los salarios fueron reducidos considerablemente y hubo despidos masivos, del mismo modo que el costo de la vida se elevó enormemente. Por ejemplo, una familia promedio de Valparaíso o Santiago gastaba un promedio del 64% su salario en comida entre 1912

² Es interesante comprar el sentimiento de “excepcionalidad” que tenían las élites decimonónicas con el que poseen actualmente las élites derechistas transicionales. En ambos casos, estas élites se sienten orgullosas de un proyecto de sociedad que ellas heredaron o diseñaron, y ambas consideran que su proyecto es una excepción de éxito en el caso latinoamericano. En el caso de la élite chilena tradicional, como se aprecia en este capítulo, esta última estaba orgullosa del ordenamiento decimonónico. En el caso de la élite derechista transicional, como se puede apreciar en el capítulo 3, 4 y 5 de este estudio, esta última está orgullosa del ordenamiento neoliberal instalado durante el régimen militar de Pinochet. Ambas élites consideran, en términos generales, que el éxito económico y modernizador de Chile se debe a sus propios proyectos de sociedad.

hasta 1925. Sin embargo, el precio de la comida se incrementó en un 138% entre 1913 y 1919, dificultando enormemente la economía familiar. De modo que esta situación, sumada a las medidas antinflacionarias que realizaba el gobierno para controlar la inestabilidad monetaria, se tradujeron en despidos masivos de trabajadores que debían mantener a sus familias, pero que no poseían ahorros ni seguridad laboral. Además, la duración de la depresión posguerra y la oscilante demanda de trabajo a nivel mundial, afectó económicamente a Chile más que a cualquier otro país del Cono Sur. Lo que a la larga reforzó las críticas al sistema liberal implementado por las élites decimonónicas (Bergquist 1986).³

La diferencia entre pobres y ricos, entre los sectores rurales y urbanos, a pesar de la proclamada excepcionalidad chilena, era acentuada alrededor del centenario chileno (Bergquist 1986). De modo que fue precisamente a raíz de estas circunstancias que se crearon las primeras organizaciones obreras socialistas y anarquistas que utilizaron como estrategia de presión violentas manifestaciones sociales en las ciudades por un lado, y la paralización de las faenas por otro. Esto es, con la finalidad de acabar con esta situación y mejorar las paupérrimas condiciones laborales en las que se encontraban los obreros de Chile. Como consecuencia de ello, a partir del año 1890 se inauguró uno de los periodos más violentos de la historia del país; uno lleno de movilizaciones obreras que buscaron llevar a cabo un cambio político y social que terminase con las estructuras oligárquicas de poder y con el sistema liberal-capitalista impuesto por la élite tradicional (Deutsch 1999). Fue precisamente en dicho entonces que, en 1912, como respuesta a estas problemáticas, Luis Emilio Recabarren fundó a partir de las organizaciones mancomunales del norte salitrero el Partido Obrero Socialista (POS). Esto es, perfilando el camino para el surgimiento del futuro PC, la proletarianización de los trabajadores y el nacimiento de la izquierda en el país (Correa 2004).⁴ Se trató de un movimiento que reivindicaba la dignidad del trabajador, la lucha de clases y la abolición del capitalismo-liberal reinante; mientras que se instalaba como un movimiento con lineamientos ideológicos y políticos relativamente claros. Además, se trataba de un movimiento que constituía un peligro para el orden decimonónico y para una élite tradicional que, si bien aún no era la derecha, sí estaba encaminándose a serlo (Burgos 2014). Esto es, puesto que la derecha, tal como señala Girvin (1994), sólo comienza a tomar conciencia de sí misma tras el surgimiento y consolidación de la izquierda, el reformismo y la revolución.

No sólo los movimientos de izquierda comenzaron a posicionarse críticamente durante este período de crisis centenaria, sino que también hubo movimientos nacionalistas que respondieron desde el revisionismo a las problemáticas de este período. Esto es, movimientos que en un futuro serán asociados a la derecha. En tal sentido, a diferencia de los movimientos de izquierda asociados al mundo obrero, los movimientos nacionalistas surgidos alrededor de las primeras dos décadas del siglo XX tenían su cuna en la élite chilena (Sznajder 2015). De hecho, se trató de un sector de la élite que, en el contexto del liberalismo económico y la república parlamentaria (1881-1925), criticaban a las élites

³ Es interesante apreciar como es que tanto el considerado “exitoso” proceso de modernización decimonónica, como el proyecto modernizador neoliberal de la derecha transicional, poseen una contracara que no es tan exitosa y que genera profundas tensiones (véase capítulo 3 para revisar el caso de la derecha transicional). En tal sentido, los procesos de modernización siempre generan tensiones, en tanto que crean no sólo a nuevos actores en el escenario sociopolítico y económico, sino que también nuevas expectativas acerca de cómo la vida debe ser vivida y organizada en un contexto de modernización constante.

⁴ El PC tiene sus orígenes en 1922 cuando el POS se sumó a la III Internacional. Desde este momento en adelante, el PC se caracterizó por una disciplinada adhesión a los mandatos que venían desde Moscú (Correa 2005b).

dominantes por regalar los recursos del país a actores foráneos sin más afán que la obtención de riqueza personal. Es decir, sin preocuparse del desarrollo de la nación y el devenir de su pueblo. Así, acusaban que las élites chilenas estaban pasando por una “crisis moral” que les había hecho olvidar los valores tradicionales y su rol de dirigentes (rol justificado por medio de la superioridad racial), lo cual transformó a dichas élites en un grupo social ambicioso, ostentoso y obnubilado por ideas foráneas (Correa 2004; Deutsch 1999). En tal sentido, los principales exponentes intelectuales de este lineamiento revisionista fueron Alberto Edwards, Francisco Encina, Tancredo Pinochet y Guillermo Subercaseaux. Algunos de estos intelectuales, inspirados de distintas maneras y en distintos periodos por la obra de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, no sólo escribieron cuantiosos ensayos y artículos expresando sus ideas revisionistas, sino que fundaron en 1915 el Partido Nacionalista (PNAC) o Unión Nacional (UN). Esto es, un partido político que no logró imponerse exitosamente en el sector social alto de la sociedad, pero que sin duda estableció las bases para las futuras corrientes nacionalistas de la derecha política en Chile (Sznajder 2015). En términos doctrinarios, la visión ideológica que tenían estos intelectuales era antiliberal, antimarxista y negaba la lucha de clases, pues aquella era contraria a la unidad de la nación y su pueblo. Asimismo, aceptaban y defendían la propiedad privada, pero desde una lógica donde el Estado debía ser fuerte y activo en la promoción económica (Sznajder 2015). De modo que para lograr posicionarse y exponer con éxito dicho lineamiento ideológico, recurrieron a mitos históricos que mostraban el periodo post-independencia como una edad de oro. En dicha etapa dorada, los padres fundadores de la nación encarnaban los valores tradicionales y la hegemonía del liberalismo económico y el régimen parlamentario aún no había corrompido el espíritu de las élites dirigentes (Brading 1998). Asimismo, justificaban su antiliberalismo y la necesidad de un Estado fuerte (libre del sistema parlamentario y los vicios del liberalismo) mediante la figura de Diego Portales, el padre ideológico de la Constitución de 1833 (Correa 2004).⁵

Tras el auge del reformismo y el revisionismo, no fue sólo hasta el año 1920 que, en el marco de una disputa presidencial tras la cual se instalaría una presidente reformista, el Estado oligárquico, el liberalismo decimonónico y la república parlamentaria, entraron en una crisis que modificó para siempre el actuar y el poderío de la élite tradicional. Para dicha elección presidencial, Arturo Alessandri –un hombre ajeno a la élite tradicional– se levantó en la política chilena como un fenómeno novedoso que provocó un gran malestar sobre todo en los sectores reaccionarios y conservadores de la élite decimonónica. Esto es, principalmente dado que este último convocaba a las masas populares –“mi chusma querida” como le gustaba declarar– para posicionarse en la competencia política (Correa 1989). Esta apelación a las masas populares tuvo una importancia gravitante no sólo en términos competitivos, sino que también para entender cómo la élite tradicional se situaba frente al nuevo siglo. En efecto, si bien la élite tradicional en los años 20 tenía cierta conciencia de renovación *lampedusiana*, aún no estaba preparada para afrontar un sistema de competencia en el que progresivamente durante el siglo XX se debía apelar a las masas populares no sólo para la votación, sino que también para la obtención de legitimidad política (Moulian y Torres 1989). En tal sentido, la gran diferencia que hubo entre los candidatos de la elección de 1920 –Alessandri Palma y Barros Borgoño– no tenía que ver

⁵ Las coyunturas críticas traen consigo, tal como se señala en la sección 1.1, movimientos que podrían empujar procesos renovadores en la esfera partidaria. No obstante, en este caso, los intelectuales revisionistas que buscaban responder a las coyunturas críticas ocurridos a principio del siglo XX y modificar las conductas de las élites tradicionales, no lograron tener la influencia necesaria ni en el PCON ni el PL. Es más, el intento separatista que buscó crear un nuevo partido político nacionalista y conservador no prosperó.

con aspectos programáticos, sino que más bien con el modo de concebir la política. De hecho, como candidato de la Alianza Liberal (AL), Alessandri propuso como reformas la necesidad de un impuesto sobre la renta, el arbitraje de disputas laborales, la creación de un Ministerio del Trabajo y de Protección Social, además de la separación entre Iglesia y Estado. Sin contar la última proposición, tanto conservadores, como nacionalistas y algunos liberales disidentes, quienes realizaron oposición a través de la UN, estaban a favor de medidas similares (Deutsch 1999). De modo que fue la apelación a las masas populares lo que separó a Alessandri de la élite tradicional con las que disputó el poder. Para Alessandri, la apelación a su “chusma querida” era un factor decisivo para resolver conflictos sociopolíticos; mientras que para la élite dicho factor aún no lo era. En tal sentido, Alessandri representaba un tipo de candidato que desafiaba el sistema de notables, lo cual, en la visión de la élite, constituía una aproximación demagógica y populista al poder, además de ser un camino hacia la decadencia política (Deutsch 1999; Moulian y Torres 1989).

Alessandri llegó a la presidencia en 1920 a pesar de la oposición de la élite tradicional con un resultado ajustado que, por petición del Congreso, fue revisado para verificar la veracidad de la victoria (Donoso 1952). Durante su campaña presidencial, Alessandri, puesto que encarnaba una postura reformista, llenó de promesas y expectativas a los ciudadanos de Chile en un contexto que, tras el cambio de siglo, era crítico. De modo que había una gran expectación en torno a este nuevo mandato presidencial. No obstante, Alessandri llegó al poder heredando un Chile que estaba en banca rota, situación que dificultaba enormemente el auge de un Estado con políticas de bienestar; mientras que, por otra parte, llegó al poder sin un apoyo en el Congreso. De hecho, durante gran parte del gobierno alessandrista, la élite tradicional se opuso con éxito a todas las reformas de Alessandri dado que concentraba un gran poder parlamentario que, gracias a una reformada Constitución de 1833, podía inhibir el poder de decisión del Ejecutivo (Deutsch 1999). Ante dichas circunstancias, Alessandri estaba atrincherado en su propio gobierno sin tener capacidad de maniobrar y llevar a cabo las reformas que Chile requería. Por ende, ante dicha imposibilidad, Alessandri, en un arriesgado movimiento, entró en conversaciones con los militares y buscó apoyo en ellos con el fin de realizar los necesarios cambios en Chile sin ser detenido por el poder Legislativo que representaba a las élites oligárquicas (Serrano 1979). En efecto, en 1924 los militares intervinieron en la política para llevar a cabo un programa reformista y anti-oligárquico. Estos últimos obligaron al Congreso a despachar rápidamente los proyectos de legislación social que llevaban años circulando en el mundo parlamentario sin hacerse efectivos (Correa 2005b); mientras que, junto a Alessandri, instauraron la Constitución de 1925.⁶

⁶ La Constitución de 1925 supuso un cambio primordial en Chile puesto que terminó con el régimen parlamentario y con la injerencia legal de la Iglesia Católica en el gobierno. Es decir, aspectos que marcan dos diferencias sustanciales con el régimen decimonónico. En esta constitución, el presidente tenía, entre otras atribuciones, el derecho a veto y a iniciativa legislativa, además de la facultad para nombrar a los jueces integrantes de la Corte Suprema. Asimismo, la nueva constitución amplió a seis años la duración de la presidencia, así como en cuatro años la de los diputados y en ocho la de los senadores. Estableció una Cámara de Diputados con 147 puestos; mientras que instauró un Senado con 45 miembros. Estableció la incompatibilidad entre Ministros de Estado y los parlamentarios (los ministros sólo responderían al presidente); mientras que además reforzó las labores del Estado cuando se trataba de proteger los derechos de los trabajadores. Además, esta constitución buscó dar prioridad a los intereses nacionales por sobre individuales (Deutsch 1999). De modo que las ideas nacionalistas promovidas por los intelectuales revisionistas tuvieron un gran impacto –más que en las élites tradicionales– en los líderes militares que llevaron a cabo la implementación de la Constitución de 1925, principalmente en un joven Carlos Ibáñez del Campo (Etchepare, García, y Valdés 1987; Sznajder 2015).

Aunque la Constitución de 1925 fue instalada con éxito, la presión de los militares no se subordinó únicamente a ello. De hecho, la Constitución de 1925 inauguró un periodo en el que las intervenciones militares reformistas, nacionalistas y socialistas comenzaron a ser protagonistas en la historia de Chile, lo cual desplazó momentáneamente a la élite decimonónica y a la política tradicional. En efecto, las crecientes exigencias sociales de la época, sumadas al creciente poder obtenido por Carlos Ibáñez del Campo –quien era ministro de Guerra en aquellos días– obligaron la renuncia presidencial de Arturo Alessandri, abriéndole el paso a Emiliano Figueroa como nuevo presidente electo. Entre los años 1925 y 1927, el gobierno estuvo comandado por Figueroa; mientras que un cada vez más poderoso Ibáñez del Campo se desempeñaba ya como ministro de Guerra y del Interior. Más tarde, tras una forzada renuncia de Figueroa, y habiendo ganado las elecciones como candidato único, Carlos Ibáñez –quien ya había obtenido un cuantioso poder– se instaló en la presidencia entre los años 1927 y 1931, inaugurando un gobierno dictatorial, nacionalista y reformista. Bajo dicho mandato, se llevaron a cabo proyectos reformistas que ampliaron las atribuciones estatales en lo económico, así como otros proyectos que consolidaron papel estatal en el arbitraje de los conflictos laborales. Además, se modificó drásticamente el funcionamiento de aparato administrativo (Correa 2005b). De modo que todos estos aspectos no favorecieron de ninguna manera a la élite tradicional. Sin embargo, llegando a los años 30, la gran depresión de 1929 sacudió drásticamente la economía de Chile y con ello al gobierno de Ibáñez del Campo. Esto último trajo consigo la caída del general en 1931.

Tras la caída de Ibáñez del Campo, el poder presidencial se le otorgó al presidente interino Juan Estaban Montero, un mandatario que estuvo en el poder sólo entre los años 1931 y 1932. De hecho, Montero no pudo extender su mandato dado que fue derrocado en 1932 por una nueva intervención militar comandada por uniformados socialistas. En efecto, la caída de Montero le abrió el paso a la república socialista (Burgos 2016), una república de corta duración, la cual fue instalada por un movimiento revolucionario cívico-militar liderado por Marmaduke Grove, quien es conocido por haber fundado el PS en 1933 (Deutsch 1999). Aunque de corta duración, el auge de la república socialista daba cuenta de la progresiva organización e injerencia en el poder que la izquierda estaba teniendo ante los problemas suscitados a principios del siglo XX. De hecho, la izquierda se estaba transformando en un sector que no sólo disputaba el poder de la élite tradicional, sino que se imponía instalando una ideología y proyecto de mundo alternativo, incluso por medio de la vía militar, lo cual se constituyó, sobre todo en el marco de la “cuestión social”, como un desafío radical al sistema-mundo defendido por la élite decimonónica (Drake 1992). Ante dichas circunstancias, la élite tradicional, la cual vez se agrupaba más como un bloque de derecha que surgía en oposición a la izquierda, reaccionó mediante la creación de un ejército privado: la milicia republicana. Esto es, una milicia destinada a restaurar la democracia y a acabar con la insurgencia militar socialista. Dicha milicia logró su cometido más operó únicamente como un contingente de emergencia puesto que, cuando la república socialista fue derrocada y se instaló nuevamente la democracia bajo el segundo mandato de Arturo Alessandri en 1932, aquella se disolvió y entregó su armamento (Burgos 2016; Deutsch 1999). Así, se puede aseverar que, la élite tradicional, más que buscar la vía armada al poder, quería restaurar su poderío mediante la prolongación de su sistema-mundo, un ordenamiento del cual era heredera y protectora.

Entre los años 1900 y 1930, sobre todo después la PGM (1914-1918), los conflictos sociales, económicos y políticos se agudizaron, lo cual creó una emergencia de proyectos políticos alternativos no sólo en Chile, sino que en todo el mundo (Hobsbawm 1994). Sin embargo, específicamente en el caso chileno, durante dicho periodo, se derrumbó el orden decimonónico gracias a una dictadura militar populista, reformista y nacionalista, y gracias a una corta pero simbólica república socialista

que posicionó la dirección de los proyectos de izquierda en Chile (Ansaldi y Giordano 2012). Además, en 1929 tuvo lugar la gran depresión, una crisis mundial que afectó a Chile más que a ningún otro país del mundo (Correa 2004). De hecho, entre los años 1929 y 1932, las exportaciones se redujeron en un 78%, cifra que en la industria del salitre se incrementó teniendo en cuenta las paralizaciones de las faenas llevadas a cabo por los obreros organizados. De modo que a fines del año 1931 eran aproximadamente 60000 trabajadores salitreros que recorrían tanto los campos como ciudades en busca de oportunidades laborales para alimentar a sus familias. Asimismo, producto de dicha depresión, los préstamos facilitados por los Estados Unidos se redujeron a cero en 1933, lo cual provocó un colapso financiero del Estado chileno (Correa 2004). Fue en este contexto dramático que las fuerzas políticas chilenas sufrieron importantes modificaciones. De hecho, después de todos los eventos anteriormente mencionados, se tuvo que reorganizar el sistema político chileno que otrora sólo integraba sólo a los partidos políticos tradicionales con el fin de alcanzar una etapa de estabilidad que terminase con los interminables conflictos sociopolíticos y económicos. Esto último se tradujo en la creación de un Estado de Compromiso organizado en torno a un sistema político de tres tercios donde la izquierda también tuvo cabida (Burgos 2016; Drake 1993; Lechner 1970; Montes, Mainwaring, y Ortega 2000; Moulian 1985; Valenzuela 1995). Gracias a esta nueva articulación, se expandieron los partidos políticos izquierda, se estableció un centro político comandado por el PR⁷ y se agrupó la derecha entorno al PCON y PL (Correa 1989).⁸

Con todo, si bien Vial (1987) sostiene que con la irrupción del reformismo alessandrista en 1920 el PCON y el PL comenzaron a posicionarse como un bloque derechista, hay un consenso casi pleno en torno a que sólo a partir de la década de 1930 es posible hablar de derecha e izquierda en Chile (Valdivia 2008). Esto es, a partir del momento en que los partidos políticos de izquierda comenzaron a ser reconocidos institucionalmente y lograron cuestionar formalmente el orden decimonónico. Fue sólo en esta década cuando izquierda y derecha lograron constituirse definitivamente como dos polos dentro de una institucionalidad reconocida como legítima tanto por las fuerzas reformistas como por las tradicionalistas (Lechner 1970). De modo que sólo alrededor de 1930 se comenzó a usar en el vocabulario político los términos izquierda y derecha en Chile, aunque en un comienzo de forma plural con el fin mostrar la diversidad que había en ambos sectores (Correa 1989).

2.2 La derecha tradicional y el orden político de tres tercios: adaptación y negociación tras la pérdida del Ejecutivo (1930-1964)

Hasta la candidatura presidencial de Arturo Alessandri la competencia política se limitaba a los grupos de la élite tradicional. Sin embargo, tras la victoria alessandrista en 1920, se comenzó a hacer explícita

⁷ El PR era un partido decimonónico positivista y secular que se situaba a la izquierda del PCON y PL, pero que se estableció al centro del panorama político tras el auge del PC y PS. Según Correa (2005b), el PR era un conglomerado heterogéneo y plural, razón que hace difícil realizar una caracterización definida. Socialmente, sus dirigentes eran mayoritariamente provincianos y terratenientes de la zona sur. Mientras que su base electoral concentraba a profesores y empleados públicos.

⁸ La derecha también se posicionó entorno a un pequeño número de partidos políticos marginales de corte nacionalista y corporativista, tales como AN, Acción Republicana (AR) y Unión Republicana (UR). Estos partidos estaban inspirados en el revisionismo de intelectuales como Encina y Subercaseaux y, a diferencia del MNS, se autodefinían de derecha. Sin embargo, estos partidos surgieron alrededor de los años 30 en el marco una crítica radical a la derecha tradicional, a la cual caracterizaban como un sector de partidos políticos muy moderado y flexible ante los problemas sociales y económicos que surgieron durante el primer tercio del siglo XX (Correa 2005b)

la “cuestión social” como problema político, lo cual derivó en el surgimiento de movimientos obreros y militares asociados a la izquierda y al reformismo que disputaron el hasta dicho entonces hegemónico dominio de la oligarquía decimonónica (Deutsch 1999). De hecho, antes de dichos acontecimientos, para la élite tradicional no era necesario satisfacer ni convencer a las masas populares para obtener el control del Estado. Es más, durante gran parte del siglo XIX y parte del XX, las decisiones políticas se tomaban en los lujosos salones de los clubes sociales; mientras que los resultados electorales, más que tener un carácter nacional, sólo tenían que ver con las disputas al interior de los grupos que conformaban a la élite chilena. En tal contexto, los resultados electorales dependían exclusivamente de las redes clientelares asociadas al poder social de los partidos políticos tradicionales, la disponibilidad de recursos para comprar votos (disponibilidad asociada principalmente a los empresarios) y la capacidad de controlar el voto del campesinado (capacidad asociada a una parte de la élite que era terrateniente) (Correa 2005b). No obstante, con la expansión de las masas populares, la izquierda y la necesidad de una modernización que superase los problemas suscitados por las crisis que tuvieron lugar a principios de siglo XX, la élite decimonónica, agrupada ya como la derecha tradicional, tuvo que hacer frente a una nueva realidad que se diferenciaba enormemente de la que tuvo lugar en el siglo XIX. Esto es, una realidad donde lentamente las masas populares comenzaron a integrarse como base electoral, donde la derecha debía competir por el poder junto a otros sectores sociales y donde, después de un periodo de movilizaciones y golpes militares, el sistema político se transformó en uno con tres polos donde diversos actores sociales disputaban el poder político. En tal sentido, tras el convulsionado periodo que tuvo lugar en el primer tercio del siglo XX, se inauguró una etapa donde la derecha perdió el control estatal y donde, producto de tal evento, tuvo que adaptarse y negociar –sobre todo con el PR– para defender sus intereses políticos, económicos e ideológicos frente al reformismo (Correa 1989).

2.2.1 Manteniendo el *statu quo* frente al radicalismo: adaptabilidad, poder parlamentario y cooptación del centro político

Tras la disolución de la república socialista y la consolidación del sistema de tres tercios, la derecha tradicional –contando con el apoyo del PR– retomó mediante elecciones el poder político bajo la segunda presidencia de Arturo Alessandri en 1932.⁹ En dicha elección, Alessandri obtuvo un holgado triunfo con más del 50% de los votos; mientras que el candidato del PS, Marmaduke Grove, logró la segunda mayoría con casi un 18% del electorado. Sin embargo, debido al ortodoxo programa económico de Alessandri y las constantes represiones en contra de la izquierda que tuvieron lugar durante su gobierno, el PR, el cual se constituía como el centro político de este nuevo orden político de tres tercios, rompió sus vínculos con Alessandri y buscó relacionarse con la izquierda (Correa 2005b). En efecto, el viraje del PR hacia las fuerzas reformistas derivó en la creación del Frente Popular (FP) en 1936, una poderosa coalición de centro-izquierda que integraba a radicales, comunistas y socialistas y que, además, representaba un proyecto alternativo al desprestigiado capitalismo-liberal y orden decimonónico instaurado por la élite tradicional (Moulian y Torres 1989). En tal contexto, la derecha no tuvo más remedio que enfrentarse sin éxito al FP en la siguiente elección presidencial de 1938, perdiendo por primera vez de un modo formal el poder Ejecutivo bajo un nuevo ordenamiento político que integraba a las fuerzas reformistas. En dicha elección presidencial, fue el candidato del FP, Pedro Aguirre Cerda, quien se impuso con 50,45% de los sufragios sobre el

⁹ El autor se refiere a la derecha, pero sobre todo al PL. Esto es, ya que los conservadores postularon a Héctor Rodríguez de la Sotta para dichas elecciones.

candidato de derecha Gustavo Ross, quien obtuvo 49,52% del electorado. Esta derrota no sólo le arrebató la derecha tradicional el poder Ejecutivo, sino que inauguró un periodo marcado por un nuevo estilo de desarrollo, el cual fue liderado por la industrialización, una progresiva pero lenta consolidación de la democracia y la promoción de la negociación entre los trabajadores organizados y los empresarios. Según Burgos (2014), el triunfo del FP representó no sólo el fin de un periodo liderado por la élite decimonónica, sino que también el inicio de una etapa de reconstrucción tras el violento periodo que tuvo lugar en el primer tercio del siglo XX.

La agenda reformista que lideró la victoria del FP en las presidenciales de 1938 no fue el único aspecto que desafió el otrora indisputado poderío de la élite tradicional. De hecho, tampoco la pérdida del Ejecutivo fue lo que más amenazó el poder de esta élite. Por el contrario, lo que realmente desafió a este sector fueron las condiciones contextuales en las que dicho poder fue perdido. Según Correa (1989, 2005b), la derecha tradicional perdió el poder Ejecutivo –y con ello el administrativo– frente a una coalición de centro-izquierda que no sólo tenía un proyecto alternativo que respondía a los problemas de Chile –proyecto que la derecha no poseía–, sino que también lo perdió en el marco de la Constitución de 1925, a saber: una constitución que fortaleció las atribuciones presidenciales dotándolas de gran independencia. Asimismo, no sólo fue el fortalecimiento del Ejecutivo lo que puso a la derecha en una dificultosa situación, sino que a esto debe sumársele el hecho de que durante los últimos años el Estado había venido expandiendo sus actividades con el fin de promover el desarrollo económico y social de Chile. En tal sentido, el régimen presidencialista fortalecido por la Constitución de 1925, venía de la mano de un Estado que era árbitro de los conflictos laborales, un agente crucial para otorgar créditos y distribuir el capital, además de ser un actor comercial gravitante a través de empresas fiscales. Es más, para la elección presidencial de 1938, el Estado, el cual estaba en un constante proceso de expansión, tenía ya el poder para fijar los precios de los productos esenciales de consumo, establecer tarifas de protección para la industria nacional, otorgar subsidios, administrar los servicios de salud y el sistema de seguridad social. Por lo que fue en este contexto que la pérdida del Ejecutivo tuvo una importancia gravitante para la derecha chilena.

Ante las circunstancias previamente descritas, la derecha tradicional tenía dos cursos de acción posibles: por un lado, tenía la opción de renovar el orden político e ideológico que la constituía identitariamente y, en consecuencia, elaborar un proyecto político y económico alternativo que estuviese a la altura de los problemas del siglo XX. Esto es, un proyecto que le permitiese competir por el poder y realizar las aspiraciones reformistas y modernizadoras de las masas populares –lo cual implicaba no sólo renunciar al proyecto del cual se sentían orgullosos y herederos, sino que también implicaba avanzar hacia una postura integradora, democratizadora y menos elitista–; mientras que, por otro lado, la derecha chilena tenía también la opción de adaptarse a las nuevas circunstancias sin renunciar sus creencias políticas e ideológicas manteniendo sus intereses protegidos mediante la adaptación y negociación política. Esto es, gracias al cuantioso poder político y económico que aún le quedaba. De hecho, la élite que conformaba a la derecha en su conjunto en dicho entonces aún seguía siendo la clase dominante de Chile. Es decir, todavía era dueña de los medios de producción y aún poseía grandes cuotas de influencia para hacerse con el poder político. De modo que es por esta razón que, ante la disyuntiva anteriormente expuesta, la derecha tradicional optó por la opción de la adaptación y descartó la opción de la renovación. Esto es, puesto que la coyuntura política en el corto plazo no era lo suficientemente desafiante como para que la derecha política y económica sintiesen en radical peligro sus intereses materiales y valóricos. Por ende, a pesar de la pérdida del poder Ejecutivo en 1938, la derecha tradicional, en su conjunto, no necesito orientarse hacia la renovación, puesto que

esta última aún mantenía parte de su poder e intereses intactos. De hecho, al menos hasta 1958, este sector optó por una estrategia de adaptación y negociación de enfoque cortoplacista sin pensar en que el reformismo, en el largo plazo, disputaría drásticamente su poderío sobre todo después de la llegada de los demócratacristianos al Ejecutivo en 1964 (Moulian y Bravo 1981).

Las estrategias de adaptación de la derecha tradicional: poder parlamentario, redes clientelares, cohecho y cooptación

Tras haber optado por una estrategia de adaptación, la derecha tradicional mostró una gran flexibilidad y voluntad de negociación ante las nuevas circunstancias que traía consigo el orden político de tres tercios, el presidencialismo y la expansión de las atribuciones estatales (Correa 1989, 2005b). Sin embargo, dicha flexibilidad y capacidad de negociación se gestó únicamente desde una postura defensiva y neutralizadora que tenía como objetivo defender los intereses económicos, políticos y valóricos de la derecha chilena en el corto plazo, lo cual hacía caso omiso de la necesidad de crear un proyecto alternativo que no sólo se hiciese cargo de las nuevas problemáticas del siglo XX, sino que también de una centro-izquierda que, con un proyecto a su haber, progresivamente iba ganando terreno en Chile (Garretón 2000; Moulian y Bravo 1981; Moulian y Torres 1989). En tal sentido, la derecha no sintió en dicho entonces la necesidad de crear un proyecto alternativo acorde a los nuevos desafíos sociales, políticos y económicos, puesto que no se sentía realmente amenazada. De modo que su flexibilidad, voluntad de negociación y el apego al nuevo sistema político, dependió en gran medida de que este sector, a pesar de la “crisis del Centenario”, no percibía que sus intereses y existencia estuviesen radicalmente en peligro. De hecho, es razonable sostener que, si la derecha tradicional hubiese experimentado una radical crisis de sus intereses y poder tras la “crisis del Centenario”, probablemente no hubiese adscrito tan fácilmente a las nuevas condiciones políticas y sociales que se gestaron a partir de 1930. Por ende, hubo varios aspectos que permiten entender cómo es que la derecha –habiendo perdido el Ejecutivo– pudo seguir sintiendo seguridad en este nuevo entorno político, social y económico.¹⁰

En primer lugar, un aspecto central a la hora de evaluar qué le permitió a la derecha tradicional mantener su poder, fue que más menos hasta la década de 1960, el bloque derechista tuvo un considerable poder parlamentario (Correa 2005b; Moulian y Torres 1989). Esto es, un gran poder en el Congreso que, incluso en el marco de una constitución presidencialista, no sólo le permitió a la derecha chilena negociar con el Ejecutivo durante los gobiernos reformistas, sino que también, en ocasiones, paralizarlo mediante la capacidad de veto (Moulian y Torres 1989). En tal sentido, este gran poder parlamentario tuvo que ver con que la derecha tradicional tenía –valga la redundancia– una alta capacidad para obtener votos en las parlamentarias, sobre todo durante la primera mitad del siglo XX. Durante dicho periodo, la derecha alcanzó una votación que siempre estuvo alrededor del 40% al menos hasta la década de 1950 (Correa 1989, 2005b). De hecho, según Cruz-Coke (1984), se puede aseverar que en las elecciones parlamentarias de 1937 el PL y el PCON obtuvieron un 20,7% y un 21,3% respectivamente, lo cual sumado da un 42% de los sufragios. Asimismo, se puede aseverar que

¹⁰ Lo aquí señalado se relaciona con la teoría examinada en la sección 1.1. Es decir, sin una coyuntura crítica que amenazase radicalmente el sistema-mundo defendido de la derecha tradicional y, por ende, posiblemente su existencia, esta última no necesitó renovar sus más profundas ideas y prácticas habituales. En tal sentido, las razones que permitieron el mero uso de tácticas adaptativas por parte de este sector político cuando se trató de enfrentar al reformismo son exploradas en esta sección.

si bien en el año 1941 (después de la victoria del FP) la derecha chilena en su conjunto bajó a un 31,2% en las parlamentarias, esta última volvió a repuntar en 1945 alcanzado en su conjunto el 41,5% de los votos. Mientras que del mismo modo se puede aseverar que entre los años 1950 y 1960, los votos para la derecha se mantuvieron alrededor del 30%. Por lo que el parlamento constituyó el lugar natural para que la derecha tradicional defendiese el proyecto político del cual se sentía heredera y responsable, así como constituyó el lugar natural para neutralizar el avance del progresismo (Burgos 2014).

Ahora bien, ¿de qué dependió el poder electoral que la derecha tradicional tenía en las campañas parlamentarias? Se puede sostener en este respecto que hasta 1958 (año en que Jorge Alessandri alcanzó el Ejecutivo) la derecha tuvo malas actuaciones en las elecciones presidenciales; mientras que, por el contrario, en las parlamentarias tuvo un buen rendimiento. Esto último fue posible dado que las candidaturas presidenciales dependían sobre todo de ofertas políticas nacionales; mientras que las parlamentarias dependían ante todo de las redes clientelares constituidas a nivel local y del manejo de los recursos oligopolíticos (Moulian y Torres 1989). En tal sentido, según Correa (1989, 2005b), el voto campesino fue la fuente más confiable de apoyo electoral para la derecha chilena durante la primera mitad del siglo XX. Durante dicho periodo, las zonas rurales y los fundos se mantuvieron como un espacio cerrado y ajeno a la influencia de las ideas urbanas y la izquierda. En dicho entorno, los terratenientes ejercían una autoridad paternalista y señorial, que se reflejaba en que los inquilinos, según la visión patronal, eran menores de edad que debían ser cuidados y protegidos por el patrón. De hecho, en retribución por la protección patronal, los inquilinos le debían obediencia al patrón en todos sus mandatos sin excepción incluso si aquellos iban más allá de la esfera netamente laboral.¹¹ De modo que lo importante de esta relación paternalista entre inquilino y patrón –en términos de votación– era que por medio de ella el terrateniente, mediante su autoridad, controlaba el voto de sus campesinos, al menos hasta la creación CUV y el voto secreto en 1958. Así, al menos hasta la década de 1960, la derecha tradicional contó con un gran poder electoral gracias a la estructura latifundista puesto que, mediante aquella, contaba con una gran cantidad de inquilinos que votaban expresando la voluntad de su patrón, quien habitualmente votaba por la derecha. Además, esta votación proveniente del mundo campesino estaba acompañada de la sobrerrepresentación rural en el Congreso, un aspecto que favorecía claramente a la derecha chilena. En tal sentido, el número de diputados que se elegía en cada una de las circunscripciones debía ser proporcional a la población de la zona. No obstante, dicha proporción fue fijada de acuerdo a un censo realizado en 1930 que no se modificó sustancialmente al menos hasta la década de 1990. Esto es, incluso si la población urbana tuvo un crecimiento mayor que la rural durante el siglo XX (la población rural en 1930 era de un 50,6%; mientras que en 1960 había bajado a un 33,5%). De este modo, al menos hasta la mitad del siglo XX, el poder parlamentario que la derecha poseía no sólo se debía al voto campesino, sino que además a la sobrerrepresentación.

En segundo lugar, los partidos políticos de derecha, además de tener un gran poder parlamentario garantizado por el voto campesino y la sobrerrepresentación rural, integraban las redes sociales y económicas más importantes de Chile. Es decir, redes clientelares que estaban asociadas a la clase propietaria tradicional. Dichas redes clientelares fueron una de las principales herramientas que ayudaron a la derecha a mantener su poder político durante la primera mitad del siglo XX. Es más, las prácticas clientelares, las cuales tienen que ver con un intercambio informal y directo de servicios, bienes o favores entre actores que tienen un estatus desigual, eran un lugar común para los partidos

¹¹ Esta relación paternalista no se daba en el caso del trabajador estacional dado que dicha relación era eminentemente contractual.

políticos que en aquellos días tenían una gran cantidad de parlamentarios (principalmente los partidos políticos de derecha). En tal sentido, los parlamentarios derechistas, siendo numerosos en el Congreso y parte de las redes clientelares tradicionales, tenían la posibilidad como ningún otro actor político en aquél entonces de realizar favores a una variada y numerosa clientela con el fin de perpetuar su apoyo electoral. De modo que fue también gracias estas prácticas que la derecha pudo perpetuar su poder parlamentario durante la primera mitad del siglo XX (Correa 2005b).¹²

En tercer lugar, el cohecho representó una de las estrategias más utilizadas por una derecha política que, asociada al poder económico, buscó perpetuar su poder mediante la compra de votos. Esto es, sobre todo en un entorno urbano que no se regía por la lógica del latifundio. En términos generales, el cohecho fue una técnica que a principios de siglo XX funcionó perfectamente, pero que mostró sus primeros signos de debilidad en la disputa electoral de 1938. Para dicha elección, la derecha confiaba en que Gustavo Ross sería elegido presidente puesto que, gracias a los abundantes recursos económicos que poseía, este último tenía la posibilidad de comprar muchísimos sufragios. De hecho, unos 100.000 votos fueron comprados de un universo de 450.000 votantes. De modo que la derrota del candidato derechista demostraba que el dinero no era un factor enteramente determinante para ganar las elecciones (Correa 1989, 2005b). En tal sentido, según Olavarría (1962), en el marco de dicha elección presidencial, los cohechados habrían aceptado el dinero para luego votar por una facción contraria, lo cual tuvo que ver con que el electorado era cada día más sofisticado políticamente, sobre todo en un entorno como el de las grandes ciudades. Esto es, un entorno donde las ideas de izquierda tenían una gran cabida si se compara con los aislados latifundios. No obstante, aunque el cohecho perdió efectividad en las ciudades gradualmente, la derecha tradicional, demostrando una gran resiliencia, logró de igual modo penetrar en las ciudades gracias a que tomó conciencia de que existía una creciente clase media urbana que, a pesar de su sofisticación política, estaba cada día más temerosa de los cambios y conforme con el *statu quo* (Cavarozzi 1975). De modo que, si bien el cohecho comenzó a fallar, la derecha chilena encontró otro modo de penetrar en las ciudades, a saber: influir en la clase media urbana mediante la propagación de la idea de que la izquierda y el reformismo desestabilizan el orden y las bases económicas de los sectores medios.¹³

Por último, otro aspecto que ayudó a la derecha tradicional a mantener protegidos sus intereses fue una estrategia proveniente del siglo XIX: la cooptación. Se trató de una estrategia política que le permitió a la derecha chilena –sobre todo en el marco orden político de tres tercios– obtener poder mediante vínculos informales establecidos principalmente con el centro político comandado por los radicales a partir de 1938. Esto es, vínculos que le permitieron a este sector ejercer una mayor influencia en el proceso legislativo y así tener un mayor control sobre el reformismo. En tal sentido,

¹² Es importante destacar que tras la intensificación de la industrialización en 1930 el sector manufacturero se convirtió en uno de los sectores más dinámicos de la economía chilena. De modo que fue por esta razón que la élite tradicional y los parlamentarios asociados a ella rápidamente incorporaron a sus redes clientelares –haciendo honor a sus prácticas decimonónicas– a los nuevos empresarios industriales. Esto es, creando una densa red socioeconómica entre los industriales nuevos, los de antigua data, los terratenientes y los comerciantes. Todo esto, con el fin de concentrar a todos los grupos económicos bajo el poderío derechista (Lagos 1965; Zeitlin y Ratcliff 1988). En tal sentido, la derecha no sólo pudo protegerse del reformismo gracias a sus antiguas redes clientelares, sino que también gracias a que supo cómo integrar a dichas redes a los nuevos actores económicos y sociales que surgieron en Chile durante el siglo XX.

¹³ La práctica del cohecho no experimentó su decadencia formal hasta que en 1958 se instauró la CUV y el voto secreto. Por lo que la derecha siguió utilizando sistemáticamente esta estrategia (a pesar de su decadencia) durante toda la primera mitad del siglo XX como un refuerzo electoral.

las asociaciones empresariales asociadas a la derecha política cumplieron un rol fundamental en la cooptación del centro político, pues aquellas le ofrecían a los congresistas de oposición algo de lo que ellos carecían: asistencia técnica y especializada para llevar a cabo los populares proyectos progresistas (Correa 1989). En efecto, los empresarios habían creado departamentos técnicos capaces de producir informes científicos de una gran calidad que eran ciertamente requeridos por un centro político que quería mantenerse en el poder. De modo que eran los mismos empresarios asociados a la derecha que, durante los gobiernos radicales, redactaban los borradores de los proyectos de leyes especializadas que se discutirían en el Congreso (Menges 1966). Así, de la mano de los empresarios, la derecha tradicional tuvo una gran injerencia a la hora de evaluar y discutir las reformas progresistas que se estaban llevando a cabo en Chile durante los gobiernos radicales. Sin embargo, dicha injerencia implicó la necesaria flexibilización de las posturas políticas de los empresarios frente a ciertas reformas progresistas. Esto es, puesto que aquello era necesario si lo que se buscaba era mantenerse cerca del centro político, el proceso legislativo y así proteger los intereses derechistas. De modo que la derecha –sobre todo la empresarial– tuvo que demostrar una gran flexibilidad y pragmatismo para evitar conflictos con el gobierno y así mantener sus grados de influencia (Kaufman 1967; Menges 1966). En tal sentido, ante la cada vez mayor injerencia fiscal en la economía, la derecha empresarial, además de ofrecer asistencia técnica especializada, hábilmente buscó aumentar su poder frente al Estado, sobre todo mediante la integración formal de los empresarios a un Estado en constante expansión. De este modo, tanto en lo económico como en lo social, la derecha empresarial se preocupó meticulosamente de ir garantizando legalmente su representación y poder en el creciente aparato administrativo, lo cual le otorgó poder de decisión en los directorios de las empresas públicas y las agencias semifiscales, por ejemplo, la Corporación de Fomento y la Producción de Chile (CORFO). Esto último se constituyó como una práctica extendida durante la primera mitad del siglo XX, lo cual muestra cómo la derecha y los empresarios asociados a ella se adaptaron flexiblemente a un contexto comandado el reformismo del PR.¹⁴

La derecha tradicional, el Partido Radical y la cooptación del centro político

La cooptación realizada por la derecha tradicional a los radicales comenzó a hacerse patente en marzo de 1939 poco tiempo después de que el FP llegase al poder. De hecho, esta última dio sus primeros frutos cuando el recién electo presidente Pedro Aguirre Cerda decidió suspender a los sindicatos rurales, mientras que una comisión integrada por el Ejecutivo, la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) y la Confederación de los Trabajadores del Cobre (CTC), estudiaba un proyecto de ley de sindicalización campesina que contemplaba las “especiales características” del trabajo agrario en Chile. Esto es, características tenían que ver con la estructura latifundista en las que descansaba parte del poder derechista. En tal sentido, cualquier intento de sindicalización campesina que no estuviese fuertemente regulada por el Estado, rompería drásticamente el orden señorial latifundista, aspecto que

¹⁴ La derecha tradicional pudo mantener sus intereses protegidos del progresismo y mantener importantes cuotas de poder a pesar de no estar presente *de facto* en el Ejecutivo al menos hasta 1958. Todo esto, en el marco de la protección que ofrecieron los elementos explorados en esta sección. Esta situación puede ser comparable con la situación experimentada por la derecha chilena transicional entre 1990 y 2010. Entre dichos años, esta última también protegió sus intereses y mantuvo su poder en el marco de los llamados “enclaves autoritarios” sin estar presente *de facto* en Ejecutivo. Véase sección 3.1.

erosionaba el poder electoral de la derecha chilena y los pilares identitarios de la élite chilena agraria.¹⁵ No obstante, la cooperación entre los radicales y las fuerzas derechistas a la hora de restringir la sindicalización campesina, no sólo fue posible por el motivo anteriormente expuesto, sino que también gracias a que una eventual sindicalización campesina afectaría del mismo modo los intereses del radicalismo. De hecho, el PR aglutinaba una cantidad importante de terratenientes sureños que verían afectados sus intereses si se legalizaban los sindicatos rurales; mientras que, además, el PR, al contar con un contundente electorado de clase media urbana, también vería afectado su rendimiento electoral si dicho electorado se enfrentaba al desabastecimiento alimenticio producto de las paralizaciones que podrían tener lugar en los campos un vez que los sindicatos fuesen legalizados (Correa 2005b). Además, según Wright (1982), el PR no tenía una base electoral poderosa en el mundo obrero, cuyo horizonte partidario eran el PC y PS. De modo que la sindicalización campesina llevaría inevitablemente a que las masas populares se identificasen con la izquierda, aspecto que podía erosionar el poder que el PR tenía en el FP. Por ende, los radicales, ante tales circunstancias, a pesar de que formaban parte del FP, comenzaron a mirar interesadamente hacia una derecha que estaba decidida a cooptar el centro político para proteger sus intereses.

Unos años más tarde –ya en la década de 1940– las estrategias de negociación y cooptación llevadas a cabo por la derecha chilena parecían el camino más adecuado para mantener contenidos al reformismo y a la izquierda. De hecho, tal fue el éxito de estas estrategias que, en 1941, cuando los conflictos entre radicales, comunistas y socialistas se hicieron críticos al interior del FP, estas últimas provocaron un explícito viraje del radicalismo hacia la derecha. Es más, tan drástico fue dicho vuelco que, en el año anteriormente mencionado, llegó a su fin la coalición que le quitó el Ejecutivo a la élite tradicional: el FP. Desde este momento en adelante, los radicales –quienes estaban en el poder y habían roto relaciones con la izquierda– tendieron lazos políticos principalmente hacia el PL, un partido político de derecha heterogéneo y flexible que tenía una mayor disposición que los conservadores para colaborar con el radicalismo (Correa 2005b). En tal sentido, los conservadores –en tanto partido político confesional– eran reacios a realizar una alianza formal con el PR, puesto que además de que los radicales defendiesen el secularismo, el Vaticano entre los años 1940 y 1950 había prohibido todo tipo de alianza con los comunistas, así como con quienes se habían aliado con ellos. De modo que los conservadores no podían formalmente realizar una coalición con el radicalismo, en tanto este sector fue parte del FP. Ante estas circunstancias, sólo los liberales colaboraron explícitamente con los radicales, teniendo por objetivo asegurar sus propios intereses y aislar a los partidos políticos marxistas del poder. Así, tras la disolución del FP, se constató *post factum* que las exageradas expectativas reformistas que suscitó la victoria dicha coalición en 1938 sólo fueron acompañadas por un periodo de conformidad y moderación. Esto es, principalmente gracias a las habilidades negociadoras que la derecha liberal desarrolló frente al radicalismo y la cautela de una izquierda que, habiendo abandonado la vía revolucionaria, estuvo dispuesta a respetar la democracia y el orden de tres tercios, subestimando así el poder que aún tenía la élite tradicional (Drake 1993).

Tras la muerte de Pedro Aguirre Cerda, se convocaron en 1942 nuevas elecciones presidenciales durante el mandato del presidente interino Jerónimo Méndez. En dicho contexto, tanto el PL como el PCON decidieron levantar la candidatura del antiguo caudillo del reformismo Carlos Ibáñez del

¹⁵ Los sindicatos rurales fueron legalizados sólo en el año 1967 durante el régimen del PDC. Esto es, un gobierno cristiano y progresista que realizó una drástica reforma agraria y que le quitó, como se verá más adelante, la base electoral y la identidad confesional al PCON (Correa 1989, 1991, 2005b).

Campo. Según Correa (2005b), con la esperanza de que el general instaurase un gobierno autoritario que terminase con los constantes conflictos laborales que estaban teniendo lugar por aquellos días. Sin embargo, un importante número de disidentes liberales comandados por el ex presidente Arturo Alessandri se rehusaron a apoyar a Ibáñez del Campo y, aliándose con el PR, apoyaron la candidatura de Juan Antonio Ríos, a saber: un candidato que, además de pertenecer al radicalismo, contaba con el apoyo de los comunistas y los socialistas, además de contar con el apoyo del Partido Agrario (PAG) (un pequeño partido político nacionalista asociado a la derecha) y la Falange Nacional (FN) (un movimiento político asociado al PCON). Fue así que en 1942 Ríos se impuso –perpetuando el poder del radicalismo– a Ibáñez del Campo por un 55,96% de los votos en contra de un 44,04% de los sufragios respectivamente. El respaldo que le brindó la facción de Arturo Alessandri al candidato radical fue un factor decisivo para que posteriormente los liberales contaran con una gran influencia en el gobierno radical. De hecho, los liberales tuvieron hasta participación ministerial en el gobierno de Ríos. De modo que en el marco de dicha elección presidencial la derecha –comandada por los liberales y mostrando una gran flexibilidad– supo cómo influir en los radicales y cómo seguir participando en el poder sin necesidad de reformarse.

Tras la enfermedad y muerte de Ríos en 1946 y la subsecuente sucesión de mandatarios interinos liderada por los vicepresidentes Alfredo Duhalde y Vicente Merino, la vinculación gestada entre la derecha y el centro político comandado por los radicales continuó gestándose durante la siguiente administración presidencial. Esto es, una administración comandada por el radical Gabriel González Videla. En dicho entonces, la derecha, nuevamente comandada por los liberales, siguió cooptando el centro político con el fin de obtener importantes cuotas de poder que le permitiesen proteger sus intereses. Es más, como lo demuestra claramente la elección presidencial de 1946, la derecha supo exactamente cómo maniobrar políticamente para mantener su influencia incluso en un entorno donde la izquierda pretendía también acercarse al radicalismo para obtener poder. En tal sentido, según Correa (2005b), tras la muerte de Ríos, González Videla ganó la contienda electoral por la presidencia ese mismo año gracias al apoyo del PC. No obstante, con sólo un 40,23% de los sufragios, González Videla no logró la mayoría absoluta en la votación, de modo que su victoria tuvo que ser ratificada por el Congreso. Ante esta situación, se iniciaron las negociaciones internas entre el PL –quienes habían apoyado en primera vuelta a un derrotado Fernando Alessandri– y el PR con el fin de que el abanderado de la centro-izquierda fuera ratificado en el Congreso pleno. Estas negociaciones terminaron con el apoyo de los liberales al líder radical, lo que le permitió González Videla ganar internamente con un amplio margen del 75% de los sufragios frente a un Eduardo Cruz-Coke –líder socialcristiano– que representaba al PCON.¹⁶ Así, mediante esta negociación, los liberales siguieron manteniendo su poder e influencia durante el nuevo gobierno radical. De hecho, tan fuerte fue dicha influencia que, durante el gobierno de González Videla, se dictó una ley de sindicalización campesina tan restringida que prácticamente prohibía todos los sindicatos en el mundo rural; mientras que, asimismo, en un maniobra que rompió los vínculos entre el radicalismo y el comunismo, se dictó la ley de defensa permanente de la democracia (o también llamada “ley maldita”), la cual fue una ley que proscribió al PC. En tal sentido, el viraje de los radicales hacia la derecha no sólo tuvo que ver con que estos últimos le debían favores al PL, sino que también con que todo esto se gestó en un contexto de Guerra Fría. Es decir, un

¹⁶ Para dichas elecciones los conservadores no contaron con el apoyo de los liberales dado que estos últimos, en su mayoría, no estaban dispuestos a votar por Eduardo Cruz-Coke. Esto es, un líder socialcristiano al que consideraban populista.

contexto donde quien se oponía a los comunistas tendría como aliado a los Estados Unidos (Moulian y Torres 1989).¹⁷

Una de las consecuencias inmediatas que trajo consigo el aparentemente vuelco definitivo del PR hacia la derecha durante el mandato González Videla, fue que el PCON, quien en la previa elección presidencial se había alejado de los liberales, rompió sus lazos con el sector socialcristiano y volvió a entablar relaciones tanto con el PL como con el PR (Correa 2005b). De hecho, tras el establecimiento de ley de defensa permanente de la democracia, el PCON podía sumarse sin mayores problemas a la coalición gestada entre liberales y radicales, puesto que dicha ley representaba el alejamiento formal del radicalismo con respecto al comunismo. De modo que desde este momento en adelante liberales, conservadores y radicales, pudieron actuar de consuno. No obstante, si bien hubo un drástico vuelco de los radicales hacia la derecha, estos últimos, más adelante, volvieron a virar rápidamente hacia la izquierda. Por lo que la tan preciada alianza que la derecha había logrado tener con el centro político volvió a desaparecer tal como lo hizo cuando se creó el FP. En tal sentido, tras la exitosa consumación de la alianza entre radicales, liberales y conservadores, Jorge Alessandri fue nombrado ministro de Hacienda. Durante su periodo como ministro, Alessandri propuso un programa antinflacionario que restringió el gasto público drásticamente; mientras que, además, para detener la inflación, congeló los salarios y los precios. Esto último perjudicó a los empleados y, por ende, también dio inicio a una serie de huelgas lideradas por los trabajadores. En tal contexto, tanto conservadores socialcristianos, como falangistas, agrario laboristas y socialistas, criticaron duramente las medidas de Alessandri, poniendo en tela de juicio al individuo que representaba a la alianza entre liberales, conservadores y radicales. Fue así que el radicalismo –como acostumbraba hacer– no pudo soportar la presión social y viró al otro extremo político para seguir manteniendo su poderío (Correa 2005b). En efecto, a los radicales no les servían las medidas antinflacionarias de Alessandri si aquellas traían consigo críticas y descontento social, sobre todo si las críticas veían desde la clase media.

Con todo, según Moulian y Torres (1989), la derecha tradicional –comandada principalmente por el PL–, aproximadamente desde 1948, tuvo la oportunidad de resolver dos problemas fundamentales que arrastraba desde la creación del Estado de Compromiso. Esto es, problemas podían ser resueltos sobre todo en el marco de la formalización de su alianza con el centro político y la marginación de los comunistas de la institucionalidad. Por un lado, durante este periodo, dado que la derecha tradicional aumentó su capacidad coercitiva en el marco de la llamada “ley maldita”, tuvo la posibilidad contener las movilizaciones populares y la posibilidad de instalar posibles soluciones alternativas a los problemas sociales, económicos y políticos de Chile. Mientras que, por otro lado, dada su alianza con el PR, la derecha chilena experimentó ciertas condiciones favorables que le podrían haber ayudado a solucionar definitivamente el problema de su aislamiento del centro político. Sin embargo, a pesar de haber experimentado esta coyuntura única, la derecha no logró aprovechar ninguna de estas oportunidades. De hecho, sólo fracasos fueron cosechados desde que se consolidó su unión con el

¹⁷ El éxito de las estrategias de negociación y cooptación que la derecha liberal utilizó con el radicalismo tuvieron que ver con que los radicales se identificaban con los sectores medios de la sociedad. Esto es, un sector social consistente que, identitariamente, se encontraba en una permanente disyuntiva entre imitar a las élites, apaciguarlas o presionarlas para obtener beneficios. En tal sentido, se trató de un sector que buscaba tanto la aceptación de la clase alta como el apoyo de los trabajadores. De modo que esto le permitió a la derecha penetrar en el seno de la identidad radical, entender su funcionamiento y descubrir los mejores modos para cooptar el centro político. Así, todo parece indicar que si bien los radicales eran de centro-izquierda, también disfrutaban de los lazos que poseían con la élite puesto que querían ser como ella (Drake 1993).

radicalismo. Por un lado, la represión de las movilizaciones populares sólo se usó para bajar salarios, sin siquiera aprovechar la oportunidad para llevar a cabo reformas capaces de mantener al sector derechista cerca del poder en el largo plazo o, al menos, con sus intereses protegidos. Mientras que, por otro lado, la derecha tradicional tampoco hizo uso de esta especial coyuntura para redefinir el tipo de alianza que tenía con el centro político. De hecho, la derecha no logró formar un bloque duradero con el centro político dado que su relación con él era eminentemente contractual. En tal sentido, incluso frente a esta única coyuntura, la derecha seguía posicionándose conflictivamente frente al reformismo, encarnando todavía un perfil clasista que no promovía la integración. Por ende, a pesar del “pluralismo restringido” que favoreció a la derecha entre 1948 y 1952, esta última se negó a cambiar, demostrando que su mirada política seguía siendo cortoplacista y adaptativa.

2.2.2 Hacia el fin de la adaptabilidad: socialcristianismo, ibañismo y alessandrismo

Hasta el gobierno González Videla la derecha chilena había podido perpetuar su participación en el poder y proteger sus intereses sin problemas sustanciales. Es más, había logrado que los radicales virasen hacia la derecha, que el PC se proscribiera y que el PCON volviese a relacionarse con el centro político. En tal sentido, todo parecía ser promisorio para una derecha tradicional que, sin elaborar un proyecto alternativo a la altura de los tiempos, aún podía mantener una sustancial cuota poder político. Sin embargo, estas fructíferas estrategias cooptación y negociación que la derecha llevó a cabo durante la primera mitad del siglo XX, comenzaron a perder su efectividad en la segunda mitad del siglo. Esto es, principalmente a raíz de un nuevo mandato presidencial liderado por Carlos Ibáñez del Campo y por el surgimiento de una nueva fuerza política cristiana que, sin estar dispuesta a transar, le arrebató entre 1950 y 1970 no sólo el centro político a los radicales –desequilibrando el orden político de tres tercios–, sino que también la posición de representante político de la iglesia católica al PCON. En efecto, a finales de la década de 1940, surgió el socialcristianismo, una corriente política e ideológica que dividió a los conservadores y que posteriormente se reunió en el PDC. Asimismo, fue en este contexto de erosión de las lógicas de negociación y cooptación que la derecha chilena, en el año 1958, tuvo su última oportunidad para superar la predominancia de sus estrategias adaptativas bajo la figura del presidente Jorge Alessandri, un líder tecnocrático que buscó sin éxito hacer lo que la derecha tradicional no pudo lograr durante gran parte del siglo XX, a saber: modernizar el capitalismo.¹⁸

El Partido Conservador y el socialcristianismo: la escisión del conservadurismo

Las estrategias de adaptación y negociación detentadas por la derecha chilena durante la primera mitad del siglo XX en el marco del capitalismo-liberal, se enfrentaron por primera vez entre los años 1946 y 1950 a un fuerte cuestionamiento que provenía desde el PCON. No obstante, dicho cuestionamiento no tenía su origen en dicho partido político visto como una totalidad, sino que únicamente en una incipiente corriente contrahegemónica socialcristiana que surgió en su interior. Esta nueva corriente criticaba la falta de preocupación que hasta dicho entonces la derecha como totalidad había tenido con

¹⁸ Esta sección es relevante por dos razones fundamentales. Primero, dado que muestra cómo es que en el transcurso de unas pocas décadas se agotaron las técnicas de adaptación de la derecha tradicional, las cuales estaban ciertamente amparadas en determinados mecanismos de protección. Segundo, dado que muestra cómo es que a medida que se radicalizaron los eventos coyunturales que amenazaban el sistema-mundo de la derecha tradicional, esta última se fue quebrantando. Esto es, hasta que más tarde, en 1965, desapareció casi completamente para abrirle paso a nuevos actores que renovarían al sector y que darían origen a la derecha transicional. Por lo tanto, entre la sección 2.3 y 2.4 de este capítulo se comprueban a un nivel histórico –gracias al caso de la derecha tradicional– parte de la teoría analizada en la sección 1.1.

respecto a la desigualdad y los problemas sociales que el modelo capitalista-liberal había traído consigo; mientras que, del mismo modo, criticaba específicamente al PCON –quien era la cara política de la iglesia católica en aquellos días– por aceptar sin condiciones el modelo capitalista-liberal y las estrategias de negociación promovidas por sus aliados liberales. En tal sentido, los socialcristianos se situaban a sí mismos como una nueva fuerza política católica renovada que criticaba tanto al capitalismo-liberal como al marxismo, la cual buscaba confrontar los problemas políticos, sociales y económicos de Chile no desde el materialismo, sino que desde una óptica –según sostenían– “espiritual”. De hecho, los socialcristianos decían que el capitalismo-liberal pertenecía al orden materialista y que, por ende, en ningún caso este último podía ser una alternativa frente al marxismo, puesto que este último también era materialista. Por lo que aseguraban que la iglesia católica condenaba al liberalismo y comunismo. Así, los socialcristianos pretendían ser una corriente alternativa al liberalismo y al marxismo, aunque sólo fuesen una incipiente fuerza política que todavía no tenía un proyecto ideológico definido capaz de remplazar a dichas corrientes (Correa 2005b).

La historia de esta pugna al interior del PCON se inició durante la anteriormente mencionada elección presidencial de 1946. Esto es, cuando los partidos políticos de derecha se dividieron en dos ofertas presidenciales a pesar de tener conjuntamente los votos suficientes para asegurar la presidencia de la república. En tal contexto, antes de que el PCON se acercara a los radicales tras la victoria de González Videla y la subsecuente proscripción del PC, un pequeño grupo de individuos al interior del PCON –los socialcristianos– comenzaron a cuestionar la adherencia de dicho partido político a un sistema económico y político que, según su opinión, perpetuaba los intereses de la élite dominante y no traía consigo los cambios sociales que Chile requería. Esto es, cambios que, según decían, el “verdadero cristianismo” debía promover. Por lo que fue bajo esta consigna que los socialcristianos, inspirados en las nuevas tendencias políticas de la Europa posguerra, lograron convencer a la mayoría PCON en 1946 de levantar a un candidato presidencial alternativo frente al radical González Videla y el liberal Fernando Alessandri. En efecto, en la elección presidencial de 1946, el PCON respaldó como candidato presidencial a Eduardo Cruz-Coke, un líder socialcristiano populista y mesiánico que causaba gran malestar entre los dirigentes del liberalismo. Esto es, debido a que Cruz-Coke, en tanto socialcristiano, buscaba alejarse del capitalismo-liberal criticando mediante una retórica populista, mesiánica y religiosa a dicho sistema. Además, el rechazo de los liberales hacia Cruz-Coke también tuvo que ver con que este candidato constituía fenómeno completamente novedoso, lo cual lo volvía peligroso si se le comparaba con los fructíferos resultados obtenidos a partir de las tradicionales estrategias de negociación y cooptación que la derecha entabló durante un largo periodo con el radicalismo. De modo que fue así como en oposición a sus aliados históricos los conservadores se embarcaron sin éxito en la candidatura Cruz-Coke (Correa 2005b).

Tras la anteriormente mencionada derrota de Cruz-Coke frente al candidato González Videla en las elecciones presidenciales de 1946, la cual fue posible gracias a la alianza entre radicales y liberales, el lineamiento socialcristiano perdió fuerza al interior del PCON, lo cual creó un conflicto de facciones al interior de dicho partido político. En efecto, los conservadores que tras la proscripción del PC volvían a entenderse con liberales y radicales en torno al régimen capitalista-liberal, rompieron la relación pasajera que tuvieron con los sectores socialcristianos, lo que a su vez dividió a la colectividad confesional en dos facciones: Partido Conservador Tradicionalista (PCONTRAD) y Partido Conservador Socialcristiano (PCONSOC). Los primeros representaban al PCON tradicional, poseían un mayor número de parlamentarios y apoyaban las medidas promocionadas por radicales y liberales, las cuales tenían que ver con una política anticomunista y el control de la inflación mediante la

restricción del gasto público; mientras que los segundos crearon una alianza con los partidos políticos de centro-izquierda y con el movimiento político FN (Correa 2005b). Así, desde dicho momento en adelante, la corriente socialcristiana, la cual más tarde se reuniría mayoritariamente bajo el PDC, fue definida como de izquierda y reformista, lo cual la excluyó definitivamente de las colectividades derechistas chilenas.¹⁹

Frente al populismo ibañista: la derecha chilena y la Misión Klein-Saks

En el marco del orden político de tres tercios y gracias al poder negociador de la derecha tradicional y la acomodación institucional de la izquierda, en la mitad del siglo XX el reformismo chileno estaba llegando a un “punto muerto” que no permitía la gestación de avances sustanciales en materias sociales, políticas y económicas (Correa 2005b). Esto es, incluso si los problemas derivados de dichas áreas se seguían radicalizando. De este modo, si bien Hobsbawm (1994) sostiene que el período posterior a la Segunda Guerra Mundial (SGM) en Europa puede ser visto como una edad de oro, es evidente que dicho periodo no puede ser visto de la misma manera en Chile y América Latina. De hecho, los frutos de la prometedora Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), proyecto que pareció ser la mejor vía para alcanzar el progreso económico y social de la región durante la primera mitad del siglo XX, no había traído consigo los resultados esperados tras la inauguración de la década de 1950 (Arellano 2009; Muñoz 1986). Es más, alrededor de dicho decenio, este sistema de desarrollo “hacia adentro” ya mostraba sus primeros signos de agotamiento mediante el estancamiento de la economía, la inflación monetaria y el desarrollo de grandes cordones de marginalidad urbana alrededor de las principales metrópolis latinoamericanas (Correa 2004). En tal sentido, el principal fallo estructural de este sistema era que la industria requería importar para su ampliación y desarrollo bienes de tecnología, capital e insumos, más no podía crear los recursos necesarios para financiar dichos bienes. Esto último, a su vez, tenía que ver con que el crecimiento de dicha industria dependía enteramente de la capacidad exportadora del sector primario, un sector al que paradójicamente la industria latinoamericana aspiraba a remplazar. De modo que mientras la industria en América Latina no podía emanciparse del sector primario y generar las divisas necesarias para su desarrollo, las economías basadas en este sistema de desarrollo sufrieron constantes crisis lideradas por balanzas de pago negativas, inflación y devaluaciones (Correa 2005b), aspectos en su conjunto agudizaron el malestar social y la falta de gobernabilidad en la región.

La crisis económica que Chile estaba viviendo alrededor de 1950 trajo consigo —además de un gran desazón social— una drástica rearticulación de las fuerzas políticas que puede ser apreciada por medio de tres situaciones. En primer lugar, en el marco de dicha crisis, los radicales comenzaron a perder su poderío mediante derrotas electorales que se tradujeron no sólo en su propio debilitamiento, sino que también en la desarticulación de las relaciones de poder que hasta ese entonces habían tenido los partidos políticos chilenos bajo el orden político de tres tercios. Esto es, precisamente dado que los radicales —quienes constituían el centro político— eran el mayor factor de equilibrio en dicho orden. En segundo lugar, como consecuencia de las pérdidas electorales de los radicales y el debilitamiento del centro político, la técnica de negociación y cooptación utilizada por la derecha chilena comenzó a

¹⁹ Esta escisión en el mundo conservador fue importante no sólo porque dio origen a un intransigente PDC y a un incipiente proyecto alternativo al liberalismo y marxismo, sino que porque, del mismo modo, fue el germen que permitió —sobre todo en la década de 1960— el debilitamiento del PCON y, con ello, el radical debilitamiento de las fuentes de poder político y cultural de la derecha en su conjunto, lo cual en último término llevó —como se verá más adelante en este estudio— a la derecha tradicional a su desaparición.

perder su efectividad pues ya no había un centro político al que cooptar. De modo que la derecha comenzó darse cuenta de que sin un aliado centrista difícilmente podía defender sus intereses. Por último, gracias a la crisis económica y el “vaciamiento” del centro político, Chile entró en un periodo liderado por la falta de gobernabilidad, a saber: un periodo en el que las fuerzas políticas se comenzaron a polarizar y donde, producto de dicho fenómeno, se abrió el espacio para la llegada de un gobierno populista que, sin mayor éxito, pretendió hacerse cargo de la crisis social y económica que Chile estaba viviendo.

Fue así que en 1952 Chile asistió a la inauguración de un nuevo gobierno que, sin tener siquiera un proyecto económico y social definido, no hizo más que profundizar los problemas del país. En dicho año, se celebró una nueva elección presidencial donde salió victorioso el ex presidente y caudillo populista Carlos Ibáñez del Campo. En tal elección, los partidos políticos tradicionales –PCON, PL y PR– fueron arrasados por el llamado “terremoto ibañista”, un gran sismo electoral que culminó con la victoria absoluta de Ibáñez del Campo por sobre dichas colectividades (Arellano 2009; Urzúa 1986; Valdivia 2008). En aquella oportunidad, Ibáñez del Campo obtuvo un 46,79% de los sufragios –contando con el apoyo de varias agrupaciones que no tenían demasiada fuerza electoral– frente a un abanderado de la derecha tradicional, Arturo Matte Larraín, quien obtuvo un magro 27,81% de los votos (Correa 2005b). Por lo que, en términos generales, este “terremoto ibañista” significó el fin de los gobiernos radicales –quienes estuvieron 14 años en el poder– y el fin de la estrategia de negociación que le permitió a la derecha tradicional mantener sus intereses protegidos aún cuando esta última no estuvo *de facto* en el Ejecutivo desde 1938 (Valdivia 2008).

El general Carlos Ibáñez del Campo llegó por segunda vez a la presidencia de Chile de la mano de un exacerbado populismo y apoyado por una heterogénea coalición política que abarcaba desde socialistas populares hasta nacionalistas de corte anticomunista, autoritario y corporativista. Esta extraña aglomeración de tendencias políticas e ideológicas tuvo que ver, según Correa (2005b), con que Ibáñez del Campo se posicionó para la elección de 1952 como un candidato independiente, ajeno a los partidos políticos, que gracias a su carisma e independencia, atrajo no sólo a reformistas de izquierda, sino que también, incluso, a algunos liberales y conservadores, principalmente a los que buscaban orden mediante el control autoritario en un contexto de caos liderado por constantes movilizaciones y paralizaciones laborales. En tal sentido, Ibáñez del Campo pudo atraer todas estas heterogéneas miradas puesto que, además de ser un líder reformista, expresaba una imagen de autoridad y orden en un periodo de crisis económica y desorden social. De hecho, es sugerente que el emblema electoral de Ibáñez del Campo para dicha elección presidencial haya sido una escoba, una herramienta doméstica con la cual este último “barrería” la corrupción del sistema político imperante y restauraría el orden en la nación. Además, en el contexto crítico de dicha elección presidencial, Ibáñez del Campo prometía acabar con la inflación, el poder oligárquico, la corrupción y el desorden social, todo esto durante su gobierno. De modo que se puede sostener que el general obtuvo el favor de su electorado mediante un discurso populista que sostenía que todos los problemas de Chile encontrarían un fin durante su mandato. Sin embargo, a pesar de todas estas promesas, el gobierno de Ibáñez del Campo no tenía un proyecto económico y social definido y, como si fuese poco, se debía a un electorado demasiado heterogéneo que no le permitía establecer una línea ideológica y política rectora de gobierno. Por lo que esto último se tradujo en que los primeros años del mandato de Ibáñez del Campo –desde 1952 hasta 1955– se orientaron fuertemente hacia el populismo y el personalismo, sobre todo debido a que se trataba de un gobierno sin proyecto, fundado en la figura de un caudillo,

donde las diferentes facciones ideológicas que lo integraban luchaban entre sí sólo para obtener el favor del general (Cavarozzi 1975; Valdivia 2008).

Hubo cuatro grupos primordiales que disputaron el poder dentro del gobierno ibañista durante este periodo populista (1952-1955): primero, estaban aquellos que en materia antinflacionaria se entendían con la derecha con el fin de poner en práctica políticas de esa línea en el Congreso; segundo, estaban los sectores de izquierda asociados al Partido Socialista Popular (PSP) que querían transformar el apoyo popular de Ibáñez del Campo en un movimiento obrero; tercero, estaban los nacional-reformistas del Partido Agrario Laborista (PAL) que querían crear un movimiento populista; y cuarto, estaban los populistas autoritarios que, siendo en su mayoría nacionalistas, querían instaurar una dictadura en el país (Cavarozzi 1975). Esta situación de heterogeneidad al interior del gobierno provocó que la administración de Ibáñez del Campo tuviese en un comienzo un rumbo poco claro, el cual se tradujo en una falta de proyecto, una gran ambigüedad ideológica y un fuerte personalismo (Valdivia 2008). Sin embargo, lo que más daba cuenta de esta pluralidad conflictiva era que el gobierno de Ibáñez del Campo sufrió constante inestabilidad ministerial, asunto que *de facto* perjudicó la gobernabilidad y el manejo de la crisis económica (Correa 2005b). En tal sentido, durante esta primera etapa, los ministros del general eran cambiados constantemente, lo cual tenía que ver con que los ministros que conformaron el gabinete estaban en un conflicto permanente dado que provenían de sectores ideológicos y políticos distintos. Esto último se tradujo en que los ministros de Ibáñez del Campo difícilmente podían alcanzar acuerdos sustanciales, de modo que mientras algunos de ellos buscaban controlar la inflación mediante el recorte de gasto público; otros querían aumentar dicho gasto para satisfacer a las masas populares y clases medias. Esta situación contribuyó a que el mandato del general no tuviese entre los años 1952 y 1955 una orientación definida que contribuyese resolver la crisis en la que se encontraba Chile.

La falta de un proyecto definido, el fuerte presidencialismo y las constantes crisis de gabinete, sólo empeoraron la situación en la que Chile se encontraba. De hecho, según Correa (2005b), en 1954 la inflación llegó a un 64% y en 1955 a un 84% anual. De modo que la derecha tradicional, quienes aglutinaban básicamente al sector propietario y productivo del país, empezó por primera vez a sentir realmente amenazados sus intereses por este gobierno que, además, privilegió no en pocas ocasiones políticas estatistas por sobre las liberales. Es más, en este contexto, también las influencias de los empresarios en el aparato estatal comenzaron a verse afectadas, situación que agudizó la posición de la derecha económica frente al gobierno ibañista. Sin embargo, lo que causó más revuelo en la derecha tradicional fue un problema que surgió desde quien entre los años 1952 y 1953 fue el ministro del trabajo y dirigente del PSP, Clodomiro Almeyda. El problema comenzó cuando Almeyda creó en 1953 la Central Unica de Trabajadores (CUT), una organización tenía como finalidad unificar a las diversas federaciones de trabajadores buscando que aquellos pudiesen tener una mejor representación al interior de sus respectivas empresas. Esta medida se constituyó como un problema central para la derecha chilena en tanto propietaria, pero también para el gobierno ibañista dado que no era fácil para el general controlar a la CUT. Esto es, puesto que esta última se vinculó –gracias a la larga tradición del sindicalismo chileno– con la izquierda y sus sectores más radicales. En tal sentido, la CUT contó entre sus afiliados con la mayoría de los trabajadores de las actividades primarias de la industria chilena, lo cual les otorgó –ya estando organizados– un gran poder de huelga que les permitió paralizar el país. De este modo, bajo la sombra de una descontrolada inflación y de constantes huelgas organizadas por la CUT en los sectores estratégicos de la economía, el gobierno de Ibáñez del Campo comenzó a

quedase sin el apoyo político, sobre todo teniendo en cuenta las expectativas que el electorado ibañista tenía con respecto a la tan anhelada imposición del orden social.

Fue ante esta crítica coyuntura que la derecha chilena, confirmando su espíritu reaccionario, comenzó a movilizarse para intentar acercarse al poder y proteger sus intereses. Esto es, bajo la premisa de que la crisis del gobierno podría reportarle una nueva oportunidad tras la pérdida de su capacidad negociadora en el marco del debilitamiento del centro político. En tal sentido, ante las coyunturas críticas que tuvieron lugar alrededor de 1955, el gobierno ibañista tuvo dos posibilidades de reacción. La primera posibilidad viraba a la izquierda; mientras que la segunda a la derecha. La primera opción, la cual era recomendada Rafael Tarud, quien era ministro de economía y miembro del PAL, tenía que ver con que Ibáñez del Campo debía gobernar de la mano de los sectores populares, entregándole responsabilidades ministeriales a los partidos políticos de izquierda y a la CUT; mientras que la segunda opción, la cual era encarnada por el ministro de hacienda, Sergio Recabarren, quien también era parte del PAL, por el contrario, incitó a Ibáñez del Campo a realizar un acercamiento a la derecha empresarial para implementar una política antinflacionaria que terminase de una vez por todas con la crisis económica. Según Recabarren, la implementación de dicha política inflacionaria no estaría directamente a cargo de los empresarios chilenos, sino que se realizaría bajo la asesoría de una firma norteamericana llamada *Klein & Saks*. Así, tras tener estas dos opciones a su disposición, Ibáñez del Campo decidió optar por la segunda puesto que este último, por un lado, necesitaba urgentemente terminar con la inflación y puesto que, por otro lado, la CUT y la izquierda eran actores que difícilmente podían ser controlados en un ambiente de crisis. En tal sentido, la salida de Rafael Tarud del ministerio de economía en 1955 marcó el fin del periodo populista del gobierno e inauguró uno nuevo en el que una facción de la derecha –la empresarial– logró finalmente influir en el general (Correa 2005b).

La firma *Klein & Saks* llegó a Chile gracias a un sector económico de derecha que buscaba realizar un diagnóstico de la economía chilena y que, además, quería proponer las políticas necesarias para detener la espiral inflacionaria. En tanto se trataba de una misión de rescate económico, se le adjudicó a esta asesoría norteamericana el nombre de “Misión Klein-Saks”. Esto es, una misión foránea que venía a diagnosticar y solucionar de una vez por todas los problemas económicos de Chile. Según Correa (2005b), se trató de una misión de orientación monetarista que, de la mano de sus técnicos, aseguraba que el problema de la economía chilena radicaba en que el consumo era mayor que la producción. De modo que los técnicos de la misión argumentaban que la inflación tenía su génesis en el gran déficit presupuestario que Chile tenía. Eso llevó al que el Estado emiteira incesantemente, incluso si dicha emisión no contaba con un respaldo correspondiente del aumento de la producción. Dicha situación creaba un alza de los precios, mientras que, como consecuencia, dicha alza de los precios derivaba en un aumento de los salarios. Esto a su vez creaba un nuevo déficit fiscal, lo cual conducía a nuevas emisiones, acelerando así la espiral inflacionaria. Además, según estos técnicos, este problema se agudizaba más aún dado que los gastos fiscales eran usados en su mayoría para pagar las remuneraciones de la burocracia. Lo anterior provocaba un retraso significativo en los sectores básicos de desarrollo del país, puesto que la inversión pública no estaba siendo destinada a ellos. Del mismo modo, estos técnicos sostenían que los ingresos fiscales estaban dependiendo demasiado de la tributación del cobre, un recurso primario que fluctuaba según la demanda internacional. Junto a lo anterior, los técnicos de esta misión criticaban al sistema tributario por ser regresivo y mal administrado. Por lo que en términos gruesos los expertos de *Klein & Saks* criticaban todas las políticas aplicadas desde que Estado comenzó a expandir sus atribuciones en el primer tercio del siglo XX. Es

decir, los reajustes legales automáticos, los subsidios a bienes y servicios, el control de importaciones y las tasas de cambio múltiples, la fijación de precios, etc. Según estos técnicos, todas estas políticas desactivaron a un sector privado que no producía, ahorra e invertía de manera sustancial. Por ende, Chile carecía de capitales suficientes para financiar la modernización de sus empresas.

Teniendo en cuenta el diagnóstico de la economía chilena realizado por los técnicos norteamericanos, las recomendaciones de la firma *Klein & Saks* fueron básicamente que había que reducir el déficit fiscal y limitar la expansión de los créditos concedidos por el sistema bancario al sector privado. Además, para romper la espiral de los salarios y los precios, esta firma recomendaba eliminar los reajustes automáticos de sueldos, pues estos últimos generaban una considerable demanda de créditos del sector privado y un déficit fiscal que podían ser evitados. Asimismo, *Klein & Saks* promovía la libertad de negociación cuando se trataba de remuneraciones, así como también recomendaba liberar el comercio exterior mediante una reforma al sistema cambiario, un sistema que, hasta dicho entonces, estaba basado en tasas múltiples fijadas de un modo artificial. Del mismo modo, la firma norteamericana recomendaba aumentar gradualmente las listas de importación permitidas, de manera que la industria nacional pudiese adaptarse a una sana competencia de precios y calidad en el marco de una adecuada protección. Así, en términos generales, la “Misión Klein-Saks” pretendía mejorar la eficiencia de la industria chilena, reducir sus costos y crear las bases para que esta última diversificara sus exportaciones y atrajese capital extranjero. Por lo que se propuso en último término eliminar los subsidios y los controles de los precios, así como los monopolios privados y fiscales (Correa 2005b).

Aunque según Correa (2005b) se logró disminuir la inflación en un 17% mediante la aplicación de las medidas sugeridas por la firma *Klein & Saks*, estas últimas, como es inevitable en todo periodo de reajuste tras la aplicación de un programa de austeridad, provocaron una dura recesión. Es más, dichas políticas, sumadas a la caída del precio del cobre en los mercados internacionales en el año 1957, agudizaron una crisis económica que ningún gobierno democrático podría haber soportado desde el punto de vista político. De modo que fue ante dicha coyuntura que el gobierno de Ibáñez del Campo comenzó a alejarse de las recomendaciones realizadas por la firma norteamericana arguyendo que aquellas no estaban logrando los resultados esperados. En tal sentido, a pesar de que la “Misión Klein-Saks” duró formalmente en actividad hasta 1958 (dado que hasta octubre de ese año se extendía su contrato), las políticas de austeridad promocionadas por esta firma dejaron de ser coherentes aproximadamente a partir de 1956. De hecho, durante sus últimos años como presidente, Ibáñez del Campo recurrió a nuevos créditos y emisiones para subsanar las problemáticas sociales y políticas de Chile, haciendo caso omiso de las medidas de austeridad y aumentando el ya abultado déficit fiscal en las arcas chilenas. No obstante, lo que hizo patente *de facto* el alejamiento del gobierno ibañista frente a las medidas propuestas por la firma norteamericana, fue que Ibáñez del Campo solicitó la renuncia a Óscar Herrera, quien en ese entonces era ministro de hacienda y economía, además de haber sido uno de los principales artífices del acuerdo entre el gobierno y la derecha empresarial. En términos generales, dicha renuncia no sólo produjo el alejamiento por parte del gobierno con respecto a la “Misión Klein-Saks”, sino que produjo el distanciamiento de este último frente a la derecha empresarial. Ante dicho alejamiento, la derecha empresarial acusó no con poca razón que la falta de efectividad de las medidas propuestas por la firma *Klein & Saks* no tuvo que ver con que estas últimas fuesen erradas, sino que más bien con que el gobierno ibañista nunca se comprometió con el esfuerzo estabilizador propuesto por los técnicos norteamericanos.

Tras el fracaso político de la “Misión Klein-Saks”, Ibáñez del Campo decidió alejarse de la derecha y virar formalmente hacia la izquierda en 1957. Dicho vuelco fue representado mediante dos legislaciones: por un lado, antes de que terminara su periodo presidencial, Ibáñez del Campo derogó en el año 1958 la ley de defensa permanente de la democracia, ley que proscribía al PC; mientras que, por otro lado, en el mismo año, el general realizó una revolucionaria reforma electoral que introdujo la CUV y el voto secreto (Moulian 1983). Ambas reformas fueron muy importantes en un contexto de polarización política dado que aquellas, sin duda alguna, debilitaron a la derecha tradicional en vísperas la elección presidencial de 1958. De hecho, la primera política permitía que los comunistas volvieran a entrar en la arena política, lo cual aumentaba el poder de la izquierda en el entorno democrático; mientras que la segunda atacaba los pilares electorales de la derecha tradicional: el cohecho y el voto campesino. En tal sentido, tras dicha reforma electoral, la compra de votos individuales se volvía algo sumamente difícil y costoso; mientras que, del mismo modo, tras la reforma, cada inquilino en el contexto del latifundio tendría que tener independencia de su patrón a la hora de realizar su sufragio, aspecto que dinamitaba de un modo gravitante el poder que el patrón había tenido hasta ese entonces sobre el voto campesino.

Con todo, ¿cómo puede ser interpretada la “Misión Klein-Saks” en el contexto del segundo régimen ibañista? ¿Puede ser entendida esta misión como un proyecto renovado de una derecha que, ante la crisis de la mitad del siglo XX, intentó posesionarse ofensivamente y no netamente de un modo adaptativo y neutralizador? Ante estas interrogantes, Correa (2005b) sostiene que la derecha tradicional, en el marco la “Misión Klein-Saks”, contrariamente a lo que había hecho desde 1930 –negociar y cooptar–, mostró los primeros indicios de que estaba tomando conciencia de la necesidad de plantarse en el escenario político desde un punto de vista renovado. Esto es, de la mano de un lineamiento que criticaba el exagerado poder del Estado y que pedía, con urgencia, reducir el gasto público para, en último término, controlar la inflación y así tener una economía sana y moderna. De hecho, Correa sostiene que mediante la “Misión Klein-Saks” la derecha chilena estaba intentando llevar hacia adelante un proyecto de largo plazo que se distanciase meramente de los intereses corporativos de corto plazo, pasando desde una postura defensiva frente al progresismo hacia una ofensiva que fue suscitada por las crisis de la mitad del siglo XX. En tal sentido, ¿cómo se explica que los empresarios de derecha acostumbrados a actuar protegidos por Estado hayan admitido aplicar un programa de austeridad monetarista? Esto se explica, según Correa, dado que la derecha –sobre todo la empresarial– comenzó a darse cuenta de que, después de 1950, estaban perdiendo su control sobre las políticas económicas y sociales, principalmente tras el “vaciamiento” del centro político y el auge de un gobierno populista en el marco de una constitución presidencialista y de un Estado que parecía estar en una constante expansión. Por lo que ante dicha adversidad, la derecha chilena comenzó a formular un proyecto de modernización del capitalismo que se sustentaba en una economía liberal que buscaba reforzar la empresa privada y los mercados competitivos, a través de un plan que buscaba dismantelar la exacerbada intervención estatal que estaba teniendo lugar aproximadamente desde 1930. Así, a partir de lo aquí expuesto, se puede señalar que fue a partir de la “Misión Klein-Saks” que la derecha chilena habría comenzado a romper su inercia proyectiva, mediante el establecimiento de las bases de un proceso de renovación de orientación monetarista y “protoneoliberal”, el cual finalmente tuvo lugar *de facto* de la mano de los *Chicago Boys* en el régimen militar de Pinochet entre los años 1973 y 1990.

Un visión alternativa a la hora de interpretar la importancia de la “Misión Klein-Saks” en la derecha chilena, no obstante, es la de Valdivia (2008). Según Valdivia, quienes apoyaron dentro de la derecha

tradicional a la “Misión Klein-Saks” –tanto políticos como empresarios– no constituían en ningún caso una mayoría que representase hegemonícamente al sector derechista. De hecho, alrededor de 1956, el plan sugerido por la “Misión Klein-Saks” fue rechazado por sectores significativos del mundo empresarial de derecha, principalmente dado que las propuestas de dicha misión significaban una importante restricción al crédito, además de que significaban la competencia con productos extranjeros. Por ende, según Valdivia, no sólo quienes apoyaban a la “Misión Klein-Saks” eran una porción pequeña del empresariado de derecha, sino que además una mayoría considerable de dicho empresariado seguía siendo estatista. Esto es, posición estatista que fue sostenida por algunos sectores derechistas al menos hasta la década de 1980 (Campero 1984; Soto 1995). Además, desde un punto de vista político, el proyecto llevado a cabo por la “Misión Klein-Saks” no se constituía como un proyecto integral si se le compara con lo fue, por ejemplo, el neoliberalismo instalado por la corriente “chicago-gremialista” durante el régimen militar de Pinochet. De hecho, lo propuesto por la firma *Klein & Saks*, más que nada, se trataba de una “receta” económica que buscaba controlar la espiral inflacionaria. De modo que este proyecto no se constituía como una oferta integral ni hegemónica al interior de la derecha chilena, sino que más bien se constituía únicamente como un plan económico enmarcado sutilmente en un lineamiento ideológico que sólo más tarde comenzaría a competir por un *status* hegemónico al interior del sector.

Con todo, si bien la “Misión Klein-Saks” no se constituyó como un proyecto renovador, integral y hegemónico en la derecha, sí se constituyó, por el contrario, como un incipiente germen renovación liderado por algunos sectores derechistas que empezaron a percibir como un problema amenazante el populismo, la radicalización de la izquierda reformista alrededor de la década de 1950 y la expansión del Estado en el marco de dichos procesos políticos. En tal contexto, la derecha chilena a comenzó lentamente a tomar conciencia de la necesidad de poseer un proyecto alternativo y renovado capaz de modernizar el capitalismo y atraer a las masas populares, principalmente tras las reformas electorales, la reintegración de los comunistas a la competencia por el poder y el “vaciamiento” del centro político.

La última oportunidad de la derecha tradicional frente al reformismo: el derrumbe del proyecto de Jorge Alessandri

Tras el fin del gobierno de Ibáñez del Campo y una fallida “Misión Klein-Saks”, la derecha tradicional debió enfrentarse en 1958 a una nueva elección presidencial en un contexto donde el PR ya no era una fuerza gravitante en el centro político, donde el PC había vuelto formalmente a la competición por el poder y donde las reformas electorales realizadas por el gobierno ibañista habían erosionado las principales fuentes derechistas de poder electoral. Fue así que la derecha chilena, mayoritariamente liderada por un sector del empresariado, y con la esperanza de alcanzar el Ejecutivo por primera vez en su historia democrática, eligió para tal coyuntura a Jorge Alessandri como su abanderado presidencial, a saber: un candidato que se mostraba a sí mismo como independiente, apolítico, antipartidista y que además decía traer soluciones técnicas a los llamados “endémicos” problemas económicos de Chile (Valdivia 2008). En tal sentido, sin prestar atención a determinados elementos discursivos encarnados por el ex candidato presidencial de la derecha, Gustavo Ross, Alessandri se constituyó como el primer candidato derechista que encarnó explícitamente un espíritu empresarial que poseía una marcada orientación tecnocrática. Esto es, un espíritu que puede ser rastreado actualmente en el *ethos* de la derecha chilena transicional.²⁰

²⁰ Ejemplos de este *ethos* en la derecha chilena moderna pueden ser los siguientes: el discurso y administración “apolítica” de los *Chicago Boys* en el marco del régimen militar (véase la sección 2.4), el “cosismo” del

La historia del gobierno alessandrista comenzó paradójicamente con el rechazo de Jorge Alessandri hacia una posible candidatura presidencial. En un primer momento, antes de que se efectuaran las elecciones presidenciales en 1958, Alessandri rechazó el ofrecimiento liberal de su candidatura ya que, según sus declaraciones, él no tenía ambiciones políticas. Por lo que, ante tales circunstancias, los liberales, no contando con la presencia Alessandri, buscaron realizar una alianza con sus antiguos aliados radicales para afrontar la contienda electoral. No obstante, el PR ya había proclamado su propia candidatura presidencial bajo el liderazgo de Luis Bossay, buscando realizar un acuerdo con la izquierda. De modo que fue ante dicha situación que Eduardo Frei Montalva, líder indiscutido del incipiente PDC, solicitó formalmente el apoyo de los “desamparados” liberales para su propia campaña.²¹ En efecto, dada la problemática situación en la que se encontraba la derecha chilena, y puesto que al menos hasta esta elección las propuestas de los demócrata-cristianos no distaban mucho de las de la derecha, algunos dirigentes del liberalismo se inclinaron a aceptar la invitación del PDC. Sin embargo, cuando los liberales estaban seriamente considerando sumarse a la candidatura presidencial de Frei Montalva, Alessandri reconsideró su candidatura presidencial gracias a que, esta vez, aquella fue ofrecida por un grupo de independientes vinculados al empresariado. Así, inmediatamente después de este hecho, tanto conservadores como liberales proclamaron la candidatura de Alessandri con el fin de disputarle el Ejecutivo a los demócrata-cristianos y a las fuerzas reformistas izquierdistas (Correa 2005b).

Jorge Alessandri aceptó la candidatura presidencial para evitar la crisis de la antigua alianza entre conservadores y liberales. No obstante, dicha aceptación no fue gratuita y Alessandri condicionó su participación como candidato. De hecho, Alessandri quería ser presentado como un candidato independiente, libre de compromisos partidistas, bajo el acuerdo de que su campaña presidencial debía ser únicamente liderada por ingenieros y empresarios ajenos a los partidos políticos (Correa 2005b). Esto último, según Valdivia (2008), tuvo que ver con que Alessandri no sólo criticaba a los partidos políticos históricos y sus modos de hacer política, sino que también con que él mismo, siendo ajeno a las colectividades existentes, era parte de un empresariado de derecha de orientación tecnocrática. En tal sentido, en el marco de esta elección presidencial, Alessandri logró ser un candidato de derecha que poseía el apoyo político del PL y el PCON, pero que, al mismo tiempo, no tenía que responder ante sus directivas, lo cual, además de provocar la marginación de los partidos políticos tradicionales, le brindó a Alessandri una considerable independencia a la hora tomar decisiones. Así, tras este pacto

candidato presidencial derechista Joaquín Lavín alrededor de los años 2000 (véase la sección 3.1.2) y la primera gestión presidencial de Sebastián Piñera que se inauguró en el año 2010 (véase la sección 3.1.4). En este último caso, tal como le sucedió a Alessandri, la marginación de los partidos políticos en el marco de un gobierno de orientación tecnocrática, le trajo problemas a Sebastián Piñera a la hora de gobernar tanto a Chile como a los grupos políticos derechistas (compárese esta sección con la sección 3.1.4).

²¹ Tras el debilitamiento del centro político una nueva fuerza llegó para coparlo gradualmente. Esto es, una fuerza que, a diferencia de los radicales, con el paso del tiempo, mostró su aversión por la negociación política ya que se constituía como un partido político ideológico que seguía fielmente sus propios principios: el PDC. Según Valdivia (2008), el PDC emergió en 1957 de la fusión de la FN, el PCONSOC y el PAL, como una versión evolucionada del socialcristianismo. En tal sentido, el PDC se reunía en torno al comunitarismo social, una ideología que promovía el auge de una estructura social comunitaria en la que todos los conflictos de clase serían superados y donde los empresarios y trabajadores compartirían en armonía. Para llegar a esto, sostenían los demócrata-cristianos era necesario integrar gradualmente aquellas personas que, hasta dicho entonces, habían sido marginados de los beneficios sociales y económicos. Al igual que sus antecesores socialcristianos, tenían la intención de posicionarse como un nuevo centro político, uno que fuese una alternativa tanto a la derecha capitalista como a la izquierda marxista (ambas tendencias materialistas).

gestado entre los partidos políticos derechistas y una parte de la derecha empresarial, Alessandri, siendo el presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC), se convirtió en el portavoz de un proyecto de modernización capitalista que era promovido por un sector específico del empresariado de derecha. Esto es, el único sector que, hasta dicho entonces, había desarrollado un proyecto de largo plazo capaz de afrontar la modernización de la economía y el avance del reformismo (Correa 2005b).

Durante la campaña presidencial de Alessandri y más adelante bajo su propio gobierno, según Valdivia (2008), la tentativa de la fallida “Misión Klein-Saks” resurgió como un proyecto que fue catalogado bajo el nombre de la “revolución de los gerentes”. Esto es, precisamente por ser un proyecto comandado por la derecha empresarial y por técnicos asociados a ella. No obstante, en comparación a la “Misión Klein-Saks”, este nuevo proyecto tenía un carácter más integral que la misión; mientras que, del mismo modo, estuvo liderado directamente por un gobierno de derecha y no por una firma extranjera. Lo fundamental del proyecto era que este último pretendía reducir la intervención estatal en la economía, aunque el foco principal de acción era el comercio exterior. De hecho, las medidas de reducción de injerencia Estatal en lo económico no eran tan radicales como para afectar el control público de ciertas empresas. Por ejemplo, la CORFO debía seguir interviniendo en las empresas sólo que ahora, en comparación a su antiguo rol, debía funcionar únicamente como una agencia crediticia y de cooperación con el mundo privado, más no como una agencia que, mediante su poder, compitiese con la empresa privada privilegiando a las empresas estatales. En tal sentido, Alessandri se propuso cambiar el modelo económico imperante por uno donde el Estado sólo se dedicase a invertir en infraestructura y a dar apoyo a las empresas privadas para que fuesen más competitivas. Asimismo, conforme a esto último, Alessandri también sostenía que de la mano de esta reducción de la injerencia estatal, aunque sobre todo en lo que respecta a la intervención en el comercio exterior, se esperaba atraer inversionistas extranjeros con el fin de acelerar la capitalización del sector privado. Todo esto, para que se restableciese el sistema de libre competencia que, hasta dicho entonces, según señalaba este candidato, había sido ahogado por el Estado empresario. Además, desde un punto de vista discursivo, según Moulian y Torres (1989), Alessandri proclamó que gobernaría basado en criterios técnicos con el fin de rectificar la economía, así como también sostenía que por medio de su proyecto aumentaría la producción, lo cual se constituía en su opinión como el único modo de mejorar la calidad de vida de los sectores pobres y medios de Chile. De este modo, lo fundamental en el proyecto alessandrista era reducir la injerencia estatal en la economía, encaminarse por una senda de apertura exterior, estimular la competencia y promover la autonomía empresarial.

En la elección presidencial del año 1958 los contendores de Jorge Alessandri fueron Salvador Allende, quien era candidato del Frente de Acción Popular (FAP); Eduardo Frei Montalva, quien era candidato del PDC; Luis Bossay, quien era candidato del PR; y Antonio Zamorano, quien era un ex sacerdote populista asociado a la izquierda (Valdivia 2008). En tal contienda, Alessandri ganó con un 31,56% de los votos; mientras que el segundo lugar lo obtuvo Allende con un 28,85% de los sufragios. En tercer lugar quedó Frei Montalva con un 20,7% del electorado; en cuarto lugar Bossay con un 15,55% de los sufragios; y en quinto lugar Zamorano con un 3,34% de las votaciones. No obstante, si bien Alessandri ganó esta contienda presidencial, esto último no fue el resultado de un ascenso sostenido en la votación de la derecha chilena. Por el contrario, este resultado se debió más que nada a una nueva estructuración de las fuerzas políticas en el marco de dicha elección (Moulian y Torres 1989). De hecho, según Correa (2005b), en esta elección presidencial por primera vez se dio una coyuntura política en la que las fuerzas partidarias no crearon alianzas plurales y se enfrentaron entre

ellas sólo como bloques doctrinarios autónomos y homogéneos, a saber: por un lado la izquierda, por otro lado la derecha, por su parte los demócrata-cristianos y por otro lado los radicales.

Tras la victoria de Jorge Alessandri en 1958 se inauguró por primera vez un gobierno de derecha desde que este sector perdió el Ejecutivo en la década de 1930. Sin embargo, el triunfo de Alessandri no era sólo una simple victoria, sino que significaba una oportunidad única para que la derecha chilena se hiciese cargo de algo que, hasta dicho entonces, no había podido realizar, a saber: formular y llevar a cabo un proyecto de modernización capitalista que estuviese a la altura de los cambios sociales, políticos y económicos que habían tenido lugar durante el siglo XX (Moulian y Torres 1989). Dicha tarea no era fácil. De hecho, más allá de que por sí mismo promover un proyecto renovado es una ardua tarea, no se debe olvidar que quienes lideraron la campaña de Alessandri sólo representaban a un sector específico de la derecha empresarial (Valdivia 2008). Por lo que a pesar de que la derecha respaldaba a Alessandri y a su proyecto, este último sólo tenía una oportunidad para demostrar que su programa podía tener éxito, sobre todo teniendo en cuenta que el programa alessandrista excluía a los partidos políticos derechistas cuando se trataba de la toma de decisiones. En tal sentido, los partidos políticos de la derecha no aceptarían ser subordinados nuevamente al sector empresarial si el proyecto alessandrista fracasaba. Además, este desafío era aún mayor cuando se aprecian las condiciones en el que Alessandri recibió la economía de Chile cuando inauguró su mandato: en el año 1958, Chile tenía una inflación que superaba el 20% anual y una balanza de pagos que aún poseía un saldo negativo; mientras que, para dicho entonces, el desempleo llegaba al 10% y el déficit fiscal era considerable (Correa 2005b). Por ende, Alessandri tenía sólo una oportunidad –en condiciones adversas– para realizar lo que la derecha tradicional no pudo hacer durante la primera mitad del siglo XX.

Alessandri comenzó su gobierno de transformaciones económicas mediante dos medidas fundamentales: la primera, como toda medida monetarista, apuntaba a frenar el avance de la espiral inflacionaria; mientras que, la segunda, apuntaba a reactivar la economía mediante el incentivo a la demanda. Para llevar a cabo estas medidas, el gobierno privilegió la reactivación de la economía y se propuso intensificar la capitalización privada y pública sobre la base de inversiones fiscales e incentivos a las empresas, para que éstas invirtieran en bienes de capital –las inversiones se financiarían con recursos internos y externos–; mientras que, además, con el fin de liberalizar la economía, el gobierno unificó el tipo de cambio y lo mantuvo fijo tras una devaluación inicial con el fin de generar confianza, eliminar la especulación y frenar la inflación. La meta final de esta medida era llegar a un tipo de cambio libre cuando se hubiese saneado la economía. Por otra parte, tal como prometió Alessandri, durante su gobierno se terminó con el control del comercio exterior mediante la autorización de la importación de todo tipo de bienes, de modo que se redujeron las tasas de los depósitos de importación. No obstante, como si todo esto fuese poco, también se eliminaron los controles de créditos cuantitativos y se autorizó en los bancos la utilización de monedas foráneas con el fin de atraer capitales extranjeros e incentivar la economía interna. Por último, para reducir la injerencia del Estado en los mercados financieros, el gobierno alessandrista redujo la importancia crediticia del Banco del Estado con el fin de crear competencia entre las instituciones bancarias. De modo que Alessandri, durante esta primera etapa de su gobierno, redujo el papel del Estado en la mayoría los procesos económicos con la finalidad de potenciar a la empresa privada en el mercado interno y externo (Correa 2005b).

Jorge Alessandri no sólo intentó llevar a cabo un programa económico de orientación monetarista que podría ser considerado como uno de los antecedentes proyecto neoliberal instalado durante el régimen militar de Pinochet (Correa 1986), sino que también fue el primer presidente que llevó a cabo

una reforma agraria en Chile, lo cual fue importante dado que “lo agrario” era uno de los grandes problemas de desarrollo político y económico que enfrentó Chile en la mitad del siglo XX (Garrido 1988). En tal sentido, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, Alessandri presentó durante su gobierno un proyecto de ley que pretendía resolver de una vez por todas el controversial problema de la modernización en los campos. Sin embargo, dicho proyecto sólo se hizo según las necesidades de la derecha chilena, las cuales apuntaban a adelantarse a una eventual reforma liderada por el reformismo (Valdivia 2008). De modo que Alessandri promovió un mesurado programa reformador en el cual del 100% de las tierras expropiadas, un 70% pertenecían al Estado y el otro 30% correspondían a tierras vendidas voluntariamente por algunos terratenientes comprometidos con su gobierno (Faúndez 1992; Huerta 1989). De este modo, esta reforma agraria no se hacía cargo del problema político que suponía la estructura latifundista ni tampoco del problema económico que suponía atraso agrario (Valdivia 2008). Por ende, si bien la primera reforma agraria en Chile fue llevada a cabo por la derecha, esta última fue sumamente criticada por la centro-izquierda dado que tenía un alcance ciertamente limitado. Es más, en honor a su acotado alcance, esta última fue llamada “la reforma de macetero”.

El primer año de gobierno alessandrista fue todo un éxito. Según Correa (2005b), la economía comenzó a recuperarse gracias al aumento de las exportaciones y el auge de la construcción; mientras que, gracias a la apertura comercial y bancaria, ingresaron al país significativos flujos de divisas, los cuales aumentaron considerablemente en el año 1959 los depósitos privados en moneda extranjera. Es más, estos últimos aumentaron en más de un 530% con respecto al año anterior; mientras que los créditos externos aumentaron en un 310%. Además, al final del primer año de gobierno, la balanza de pagos se cerró extraordinariamente con un *superávit*, del mismo modo que la producción de las industrias creció en un 14%; mientras que el desempleo bajó a un 7% entre 1960 y 1961. Como resultado de aquello, el aumento de la importación y la producción durante estos años, permitió acrecentar la oferta de servicios y bienes en el país, lo cual contribuyó a un importante estabilización monetaria. Es más, tan fuerte fue el impacto del programa económico del gobierno, que ya en el segundo semestre del año 1959 se contuvo el aumento de los precios. Es decir, la inflación llegó solo al 3% anual en 1960 y al 4% en 1961. De modo que durante este periodo hubo un gran optimismo empresarial y apoyo a la gestión de Alessandri. Sin embargo, según Stallings (1978), a pesar de este éxito inicial, ya a mediados del año 1960 la política económica del gobierno comenzó a perder dinamismo. En el año 1961 el déficit fiscal llegó al 5% del producto geográfico bruto y fue financiado mediante préstamos externos que, en el largo plazo, según lo planificado, debían ser pagados mediante el crecimiento de las exportaciones. No obstante, dichas exportaciones no crecieron lo suficiente como para pagar dichos préstamos, principalmente debido a que el auge inicial de las importaciones no tuvo una relación equivalente con el volumen de las exportaciones, lo cual a la larga produjo déficit en la balanza de pagos y en las arcas fiscales. De hecho, según Correa (2005b), el crecimiento de las exportaciones en 1961 sólo superó en un magro 11% la cifra de 1958. Además, la combinación de los efectos suscitados por una moneda sobre evaluada, los cuales se sumaron a la apertura del comercio exterior, actuaron en contra la industria nacional, pues aquella no pudo competir con los productos importados. De este modo, el proceso de recuperación económica gestado por Alessandri comenzó a detenerse a mediados del año 1960.

Las políticas económicas de Alessandri fracasaron puesto que los empresarios chilenos (sin tener una mirada de largo plazo) se orientaron hacia la especulación financiera y no a la importación de bienes para la inversión productiva. Esto se debió a que estos últimos –renunciando al proyecto

modernizador capitalista que lideraban— no tuvieron la suficiente voluntad de adaptarse a las nuevas circunstancias competitivas en el marco de la desprotección estatal promovida por el proyecto alessandrista (Moulian y Torres 1989). Sin embargo, según la opinión de Correa (2005b), el problema fundamental en las políticas económicas de Alessandri no tuvo que ver con que los empresarios no hayan invertido en producción, sino que tuvo que ver con que no hubo suficiente disponibilidad de recursos para que estos últimos pudiesen capitalizar y orientarse a la inversión productiva. En tal sentido, según este punto de vista, el fracaso de las políticas alessandristas tuvo que ver, ante todo, con que el intento de atraer inversión extranjera, intento que tuvo como finalidad atraer capital capaz de ayudar a la modernización capitalista promovida por los empresarios, no trajo consigo los resultados esperados y fracasó. Esto último, según señalan Cavarozzi (1975) y Stallings (1978), tuvo que ver principalmente con motivos de carácter internacional más que nacional. La recesión económica en Estados Unidos y la Revolución Cubana que tuvo lugar en el año 1960, provocaron que Estados Unidos prefiriese invertir su capital en regiones que tuviesen una mayor estabilidad política que Latinoamérica. Por lo que ante la reciente integración de los comunistas a la política chilena y el auge de los lineamientos de centro-izquierda reformistas en Chile, Estados Unidos, siendo uno de los principales inversionistas en la región, prefirió no invertir en territorio chileno. Por otra parte, en lo que respecta a la estructura técnica del proyecto alessandrista, aún no hay un acuerdo acerca de porqué el proyecto fracasó. Se ha sugerido que el proyecto alessandrista por sí mismo no tenía viabilidad, puesto que este último dependía mucho de la coyuntura internacional y no se adecuaba a la realidad chilena (Ffrench-Davis 1973; Sierra, Benavente, y Osorio 1970); se ha sugerido que el proyecto no tenía una real comprensión del funcionamiento de los mecanismos estabilizadores de una economía (Ffrench-Davis y Muñoz 1990); mientras que se ha sugerido que el proyecto no era suficientemente sofisticado, debido a que era demasiado economicista y no se enfocaba en las preferencias de la ciudadanía: reformismo estructural o revolución como solución de la crisis económica, política y social (Silva 1974).

A mediados del año 1962 el proyecto de la derecha chilena comandado por Alessandri y los empresarios comenzó a disolverse producto de la crisis financiera (Moulian y Torres 1989), lo cual eliminó toda posibilidad de realizar la tan ansiada modernización capitalista en Chile (Ffrench-Davis 1973; Moulian 1982). A partir de dicho año, las políticas económicas más significativas aplicadas durante el gobierno alessandrista tuvieron que ser revertidas y, ante tal fracaso, Alessandri abandonó su dimensión propositiva y se evocó a reforzar un discurso anticomunista en un contexto de Guerra Fría pensando en la próxima elección presidencial de 1964 (Correa 2005b). Este vuelco hacia una actitud anticomunista tuvo que ver principalmente con que había un miedo generalizado en la derecha chilena ante el auge de la izquierda revolucionaria tras la Revolución Cubana y ante el fortalecimiento de la izquierda chilena, sobre todo cuando se tenía en cuenta la alta votación que dicho sector político obtuvo —bajo el liderazgo de Salvador Allende— en las elecciones del año 1958 sin siquiera haber hecho alianzas plurales (Moulian y Torres 1989).

Finalmente, tras la decadencia de las políticas económicas alessandristas, en las parlamentarias del año 1961, la derecha chilena logró obtener sólo 31,4% de los votos, lo cual la dejaba únicamente con 45 diputados que no le permitían a este sector retener el tercio del Congreso necesario para hacer prevalecer el veto presidencial (Valdivia 2008). En tal sentido, tras dichas elecciones parlamentarias, la derecha tradicional perdió lo único importante que le quedaba si lo que buscaba era contener al reformismo y proteger sus intereses: su poder en el Congreso. Ante tal situación, la derecha, en un acto de sobrevivencia, buscó durante el gobierno alessandrista el apoyo en los radicales y junto a ellos

formó en el año 1962 el Frente Democrático (FD) con la esperanza de armar una alianza con un partido político centrista que, según ellos, representaba a más del 20% de los votantes. Según la derecha, este movimiento resolvería el endémico problema de su aislamiento del centro político. Sin embargo, aunque este movimiento parecía exitoso en un comienzo fue un grave error. De hecho, si bien los radicales habían monopolizado el centro político desde 1938, ya en 1960 fueron desplazados por el PDC. De modo que el PR no era el aliado que derecha tradicional necesitaba para seguir manteniendo sus intereses protegidos (Moulian y Torres 1989).

2.3 La disolución de la derecha tradicional: el fin de la adaptabilidad y la negociación frente al reformismo (1964-1973)

Si bien la década de 1950 se constituyó como una encrucijada para la derecha tradicional en lo que respecta a la degradación de su sistema-mundo y sus técnicas de negociación y adaptación, la década de 1960 se constituyó como una radicalización aún mayor de dicha encrucijada. De hecho, no sólo a un nivel local, sino que también a un nivel global, esta década se instaló como un momento en el que ocurrieron importantes eventos que desafiaron los órdenes tradicionales que imperaban en occidente. En de dicha década, comenzó a suscitarse un importante crecimiento demográfico sin precedentes que tenía que ver con los avances de la ciencia y la medicina, un crecimiento que a su vez aumentó considerablemente la población urbana y la demanda por una buena gestión social por parte de los gobiernos. De modo que durante este periodo los gobiernos se enfrentaron a novedosas problemáticas que requerían el uso de nuevas prácticas políticas y formas de entender la economía, el desarrollo y la participación social (Valdivia 2008). Asimismo, durante este periodo, no sólo comenzó a producirse un cambio en relación al aumento demográfico, sino que también en relación al plano cultural, sobre todo en el marco de lo que se llamó “la revolución de los jóvenes”. Esta “revolución” tuvo que ver un recambio generacional que permitió el auge de una cultura juvenil asociada a la rebeldía y crítica social que, revelándose en contra las costumbres, los valores y los roles elaborados por los progenitores, buscaba la renovación y se manifestaba en contra de las llamadas “inconsistencias” de los sistemas políticos y de las estructuras económicas occidentales (Hobsbawm 1994). Por lo tanto, la década de 1960 inauguró a un nivel local y global un periodo dominado por una orientación *antiestablishment* que buscaba elaborar nuevas formas de planificar las sociedades en el plano económico, político y moral, lo cual empujó sobre todo a los sectores sociales conservadores y reaccionarios a experimentar procesos de renovación, adaptación o incluso desaparición.²²

Específicamente en el caso chileno, aunque también en el caso latinoamericano, la década de 1960 representó, según Correa (2005b), un periodo en el que tuvo lugar un entusiasmo generalizado con respecto a proyectos políticos y económicos revolucionarios que buscaban quebrar el ordenamiento tradicional que había sido instaurado por las clases dominantes. Esto es, un ordenamiento económico, social, político y cultural que, si bien fue puesto en cuestión desde finales del siglo XVIII, jamás había sido desafiado con tanta radicalidad como en este periodo. De hecho, según Valdivia (2008), la década

²² Al examinar esta sección téngase presente lo explorado en la sección 1.1. Esto es, dado que es estrictamente en el periodo aquí analizado que la derecha chilena tradicional se enfrentó a una coyuntura lo suficientemente crítica que la empujó a un proceso de renovación política e ideológica. El examen de esta coyuntura, la cual terminó con la disolución de la derecha tradicional en 1965, sirve para interpretar, a la luz de la experiencia histórica, las coyunturas experimentadas por la derecha transicional entre los años 2010 y 2018. Es decir, coyunturas que podrían haber empujado a la derecha transicional a la renovación política e ideológica. Para obtener más información de este último caso, véase las secciones 3.2 y 3.2.

de 1960 se instaló como una etapa donde había una sensación de crisis global que “únicamente” podía ser arreglada mediante cambios estructurales. De modo que los problemas que había traído consigo la falta de modernización agraria, el fracaso del modelo ISI, el crecimiento demográfico, la migración masiva de trabajadores rurales a las metrópolis latinoamericanas y el auge de una nueva generación rebelde que desconfiaba del ordenamiento instaurado por las previas generaciones, dieron lugar a un momento histórico donde no sólo había una sensación de crisis sistémica, sino que donde la solución a dicha crisis era “la utopía como proyecto” (Torres 2009). En tal sentido, según Correa (2005b), el triunfo de Fidel Castro tras la Revolución Cubana, había demostrado, ante los ojos de muchos (sobre todo ante los ojos de la izquierda), que la revolución social y los cambios estructurales eran posibles. Esto es, ya no únicamente mediante la vía democrática, sino que también mediante la vía armada. De hecho, incluso Estados Unidos –en el marco de la Alianza Para el Progreso–, intentando detener la expansión del comunismo en un contexto de la Guerra Fría, contribuyó a expandir las expectativas con respecto a cuáles eran los cambios estructurales que eran posibles. Es más, con tal de no abrirle paso al comunismo en Latinoamérica, Estados Unidos facilitó sus recursos a los gobiernos de centro y derecha que estuviesen dispuestos a realizar cambios profundos en las estructuras existentes. De modo que “la revolución” se transformó en una palabra que, durante dicha década, tenía una connotación positiva que era invocada por gran parte de la población.

Fue en este contexto que el nuevo centro político chileno comandado por el PDC se embarcó en un gobierno reformista que promovió cambios estructurales, así como fue en este entonces cuando la izquierda, de la mano de la UP, encarnó e intentó poner en práctica las exigencias revolucionarias de la época. Del mismo modo, fue en este entonces que el sistema-mundo de la derecha tradicional se derrumbó completamente, abriendo el paso a la disolución de los partidos políticos derechistas tradicionales y al auge de un nuevo partido político de derecha que trajo consigo perspectivas de renovación al sector, a saber: el PN. Esto es, un partido político liderado por una corriente nacionalista otrora marginada por las corrientes liberal y conservadora. En tal sentido, como se señala en esta sección, la derecha chilena sólo pudo entrar *de facto* en un proceso de renovación política e ideológica ante la amenaza radical de sus principales intereses políticos, económicos, culturales. Sin dicha amenaza, la cual comenzó a gestarse gradualmente a partir de la década de 1940 (véase sección 2.2.2), la derecha probablemente hubiese seguido actuando adaptativamente sin necesidad de renovarse y formular un proyecto que buscase modernizar el capitalismo.

2.3.1 El gobierno democratacristiano y la disolución de la derecha tradicional

La disolución de la derecha tradicional tuvo un lugar indiscutido tras la victoria presidencial en el año 1964 del candidato del PDC, Eduardo Frei Montalva. Esto es, un candidato reformista que, en términos de origen, provenía de la FN, una organización que estuvo otrora asociada al PCON, pero que se escindió de este último en el marco de las disputas entre conservadores tradicionalistas y socialcristianos (véase sección 2.2.2). En tal sentido, ¿cómo es posible que la derecha tradicional, un sector que tenía un gran poder económico, político y cultural en Chile, fuese disuelta completamente tras la victoria democratacristiana? La respuesta a esta interrogante tiene que ver con varios factores que no sólo debilitaron electoralmente a la derecha chilena, sino que también la “desmoralizaron” a un nivel identitario, lo cual hizo que esta última perdiese su *raison d'être*. Así, antes de examinar la historia política del abatimiento que sufrió la derecha tradicional en el contexto de la elección presidencial de 1964, es importante exponer los antecedentes que permitieron su desaparición. Dichos antecedentes dan cuenta el nivel de radicalidad de la crisis que la derecha tradicional experimentó en

la década de 1960, una crisis sin la cual la derecha chilena no podría haberse orientado hacia un proceso de renovación política e ideológica.

Los antecedentes de la disolución de derecha tradicional

Hubo cuatro antecedentes fundamentales que contribuyeron a que la derecha tradicional fuese disuelta tras la victoria presidencial del PDC en el año 1965. Un primer antecedente de la disolución de la derecha tradicional es que la década de 1960 se situó como un periodo donde las posturas anticonservadoras y *antiestablishment* no sólo eran populares, sino que eran interpretadas de un modo positivo, principalmente en un momento histórico liderado por la extrema ideologización, la radicalización política y el ensalzamiento de proyectos socioeconómicos y políticos alternativos que buscaban renovar el orden tradicional. Esta situación no fue favorable para la derecha chilena y sus partidos políticos tradicionales. De hecho, tras la Revolución Cubana, Chile vivió una gran radicalización de los partidos políticos de izquierda y, del mismo modo, vivió el auge de posturas reformistas cristianas que pretendían, siendo una vía alternativa al marxismo y al capitalismo, evitar la revolución marxista. En tal sentido, tanto el PDC (el nuevo centro político), como la iglesia católica (la cual fue reformada tras el Concilio Vaticano II) y la Alianza Para el Progreso (una iniciativa de los Estados Unidos que buscaba detener al comunismo en América latina), estaban más cerca de posturas reformistas alternativas al marxismo que del orden tradicional. De modo que dos de los principales aliados tradicionales de la derecha chilena –la iglesia católica y el gobierno norteamericano– no sólo viraron hacia posturas reformistas en las que la derecha tradicional no tenía cabida, sino que hacia un centro político liderado por un creciente PDC. Así, alrededor de la década de 1960, la derecha tradicional comenzó a constituirse como una facción retrograda frente a las tendencias progresistas, situación que la dejó huérfana del apoyo político y económico internacional (Correa 1989, 2005b; Valdivia 2008).

Un segundo antecedente de la disolución de la derecha tradicional, es que durante la década de 1960 la iglesia católica sufrió drásticas transformaciones que derivaron en la decadencia del PCON, un partido político de derecha que desde el siglo XIX se sentía como el representante político oficial de la iglesia católica y que, además, gracias al apoyo del electorado católico, se constituía como la fuente de votos más sólida de la derecha tradicional. En efecto, alrededor de 1960 tuvo lugar el Concilio Vaticano II, a saber: un evento anunciado en 1959 –presidido entre 1962 y 1965– cuyo propósito fue realizar una renovación de la iglesia católica mediante un giro reformista que pudiese estar a la altura de los problemas sociales del siglo XX y que, además, permitiese combatir el auge del comunismo, una corriente secular. En tal sentido, dicho giro de la institución religiosa ya comenzaba a vislumbrarse un tiempo antes gracias a la encíclica social *Mater et Magistra*, la cual sostenía que la iglesia debía apoyar irrestrictamente la realización de cambios estructurales con el fin de poder hacerle frente a los problemas sociales y a la pobreza. De modo que este viraje reformista de la institución religiosa significó no sólo el vuelco del vaticano hacia el PDC, un partido político de centro que se identificaba con proyectos globales estructurales; sino que significó, también, el abandono del PCON por parte de dicha institución religiosa. Esto es, un partido político de carácter confesional que, sin el apoyo de la iglesia católica, perdió su *raison d'être* (Arellano 2009; Correa 1989, 1991; Garretón 2000; Góngora 1981; Siavelis 2014; Smith 1982; Valenzuela 1999). Asimismo, a un nivel electoral, el giro reformista de la iglesia católica también significó la identificación del electorado católico con el centro político reformista. De modo que dicho vuelco afectó a la derecha chilena en su conjunto en términos de competitividad, puesto que los conservadores eran el núcleo electoral más importante de este sector.

A partir de ese momento, los votos concentrados otrora por los conservadores se destinaron en su mayoría al PDC (Fleet 1985; Siavelis 2014).

Un tercer antecedente de la disolución de la derecha tradicional fue que, durante del gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964), los partidos políticos derechistas tradicionales fueron relegados de la competencia por el poder. Esto es, dado que Alessandri se levantó como un candidato independiente, tecnocrático, que era crítico de los partidos políticos y sus procedimientos para gobernar (véase sección 2.2.2). Ante tal situación, los partidos políticos tradicionales (ya en decadencia tras la crisis política que estaban teniendo desde 1950), sólo con el afán de no perder frente al PDC y las fuerzas reformistas de izquierda, se pusieron a disposición del liderazgo de los empresarios y de Alessandri, aceptando las condiciones que el dicho presidente había impuesto para ser un candidato presidencial, a saber: que los partidos políticos fuesen marginados de su campaña y del gobierno. Por lo tanto, los partidos políticos derechistas tradicionales ya desde aquel entonces acarrearán una profunda “desmoralización”, la cual no les permitió enfrentar sólidamente la elección presidencial del año 1964, lo que a su vez contribuyó a la disolución del PCON y el PL (Correa 1989).

Por último, el cuarto antecedente que contribuyó a la disolución de la derecha tradicional ante el reformismo demócratacristiano fue que, a finales de la década de 1950, hubo importantes reformas electorales que erosionaron las principales fuentes de poder electoral de la derecha chilena. Esto es, reformas que tuvieron como objetivo debilitar el cohecho, la sobrerrepresentación parlamentaria en las áreas rurales y las consejerías parlamentarias que favorecían la corrupción política. En efecto, las reformas impulsadas por el Bloque de Saneamiento Democrático (BSD) al final del periodo presidencial de Ibáñez del Campo, no sólo integraron nuevamente al PC a la competencia por el poder, sino que en el año 1958 instauraron al CUV y el voto secreto (véase sección 2.2.2), medidas que fueron reafirmadas en 1962 con la obligatoriedad del sufragio y la inscripción electoral. Estas medidas contribuyeron a debilitar la estructura latifundista en la que descansaba el voto de la derecha, dificultaron el cohecho y tuvieron un impacto radical en la ampliación del universo electoral (Siavelis 2014). De hecho, entre 1952 y 1957 la abstención llegaba al 32%; mientras que en 1958 esta última disminuyó al 17% (Faúndez 1992). De modo que la derecha tradicional se enfrentó a estas nuevas elecciones presidenciales en una situación donde su poder electoral se debilitó drásticamente.

La disolución de la derecha tradicional: una condición *sine qua non* para el surgimiento de una nueva derecha

Según Correa (2005b), en vísperas de las elecciones presidenciales del año 1964 el PCON y el PL buscaron realizar un alianza que fuese lo más amplia posible con el fin de enfrentar esta coyuntura política. La estrategia que tenían en mente era eminentemente defensiva y tenía que ver con la formación de dos bloques políticos antagónicos: el democrático y el marxista. De modo que principalmente junto a los radicales, la derecha tradicional dio continuidad para dicha elección al FD y levantó como candidato presidencial a Julio Durán, a saber: un dirigente del PR que estaba familiarizado con la derecha. Por su parte, la oposición levantó a los siguientes candidatos: Eduardo Frei Montalva por el PDC, Salvador Allende por la izquierda marxista y Jorge Prat por los nacionalistas de Acción Nacional (AN).²³ Esto es, un candidato del sector nacionalista duro que, pudiendo dar soporte a la derecha tradicional, prefirió

²³ Después de la fallida presidencia de Ibáñez del Campo entre 1952 y 1958 y frente a la amenaza del marxismo, el nacionalismo chileno decidió entrar nuevamente en la arena política a finales de 1963 cuando Sergio Onofre Jarpa (un ex líder del PAL) creó un nuevo partido político llamado AN. Fue este partido el que presentó a Jorge Prat como candidato presidencial alternativo en las elecciones de 1964 (Sznajder 2015).

levantar su propia candidatura alternativa dado que, en dicho entonces, según este último señalaba, la derecha, sin un proyecto y sin poder político relevante, estaba dispuesta a hacer considerables concesiones al reformismo. Por lo tanto, los riesgos que la derecha tradicional estaba tomando en esta elección presidencial eran enormes, puesto que gracias a la estrategia de la polarización política (democráticos vs. marxistas) se estaba dividiendo a las fuerzas antimarxistas en tres candidaturas distintas: la del PDC, el FD y AN. En tal sentido, ante esta nueva constitución del campo de fuerzas políticas (un centro irreductible y una izquierda empoderada), la derecha tradicional se quedó sin alternativas de negociación, enterrando toda posibilidad de influir en las elecciones presidenciales de 1964 (Moulian y Torres 1989).

No fue hasta la elección extraordinaria de Curicó en marzo de 1964 que la derecha tradicional tomó conciencia de su paupérrima situación (Arellano 2009). De hecho, la elección de Curicó marcó un antes y un después para la derecha frente las elecciones presidenciales de 1964, dado que se trató de una elección rural a la que este sector político le dio un carácter plebiscitario. Esto es, dado que en aquella zona la derecha siempre había obtenido mayorías electorales. En tal sentido, la derecha tradicional quería probar en dicha elección si aún mantenía su poder rural en un lugar donde habitualmente ganaba las contiendas (Correa 1989, 2005b). Sin embargo, contra todos los pronósticos, el triunfo de la contienda lo obtuvo la izquierda con un 39,66% de los votos; mientras el candidato del FD obtuvo un 32,93% del electorado y el candidato del PDC obtuvo un 27,40% de los sufragios (Gil 1966). De modo que tras esta contienda fue evidente el crecimiento del PDC en la provincia gracias a la adhesión del voto del campesino y religioso, así como fue evidente que la izquierda no sólo había crecido, sino que había ganado la mayoría de los votos gracias a las nuevas reglas electorales y a que las ideas marxistas ya no sólo penetraban en el mundo urbano, sino que también en el rural. Por lo tanto, ante esta situación, teniendo en cuenta el miedo que hubo frente a un eventual triunfo de Salvador Allende y dado el sentimiento de “desmoralización” que invadía a la derecha tradicional hace un tiempo, este sector político, en un acto desesperado, decidió romper sus lazos con los radicales y decidió entregar sus votos sin condiciones en las siguientes elecciones presidenciales al candidato del PDC (Arellano 2009). Esto es, con el fin de asegurar que la izquierda no alcanzase al Ejecutivo en la próxima elección. En tal sentido, la derecha tradicional, sin pudor, en el marco de esta coyuntura, le brindó su incondicional apoyo a Eduardo Frei Montalva a pesar de que este último declaró que no cambiaría un ápice de su programa reformista estructural, el cual contemplaba una profunda reforma agraria. De modo que la derecha optó –ya sea por el temor a la revolución marxista y/o por su “desmoralización”– por lo que ellos consideraban el “mal menor” en un entorno de radicalización política e ideológica (Arellano 2009; Moulian y Torres 1989). Fue así que tras este acto “suicida” de la derecha tradicional, Frei Montalva ganó la presidencia de Chile con un 56,9% de los votos frente a un Salvador Allende que alcanzó un 38,93% de los sufragios (Correa 1989, 2005b). Tras dicha victoria del reformismo, el PCON y PL fueron disueltos en el año 1966, lo cual dio cuenta de la defunción formal de la derecha tradicional y su estilo de hacer política: la negociación y la adaptación.

Según Correa (1989, 2005b), la derecha tradicional fue destruida en el mismo instante que regaló sus votos a cambio de “nada” al PDC mediante un acto “suicida” que dependió en gran medida de su sentimiento de “desmoralización”. Sin embargo, teniendo en cuenta que el PCON y PL se disolvieron formalmente en el año 1966, Valdivia (2008) plantea que, por el contrario, la derecha tradicional no se “suicidó” en el momento que esta última brindó sus votos a Frei Montalva. De modo que la “desmoralización” no fue tan fuerte como para evitar que la derecha tradicional intentase seguir protegiendo sus intereses durante el gobierno demócratacristiano. De hecho, la derecha tradicional

desapareció *de facto* como una colectividad política con ideas y estrategias políticas definidas sólo durante el transcurso de los primeros años del gobierno del PDC. Esto es, sobre todo cuando este último radicalizó sus posturas reformistas y las tradicionales estrategias de negociación *de facto* dejaron de funcionar. En tal sentido, tras la victoria de Frei Montalva, la derecha, al menos por un tiempo, siguió tratando de negociar y cooptar el centro político –como habitualmente lo hacía– a pesar de que este último se había negado a ello. Esto es, pues esta última aún confiaba en que tenía un punto en común con dicho gobierno dado que ambos sectores eran anticomunistas. No obstante, según Garretón (2000), fue sólo cuando el gobierno del PDC radicalizó su programa –sobre todo su visión sobre la reforma agraria– que la derecha tradicional no sólo se disolvió *de facto*, sino que abandonó su tradicional estrategia de cooptar al centro político y negociar para abrirse a nuevas estrategias políticas que fueron encarnadas por un nuevo partido político nacionalista: el PN. En efecto, la derecha tradicional sólo se disolvió cuando la propiedad privada fue amenazada radicalmente y cuando ya no existían posibilidades de negociar con el centro político. De modo que, según Valdivia (2008), la disolución de la derecha tradicional no tuvo que ver con una “desmoralización”, sino que con un real agotamiento de las técnicas adaptación usadas por la derecha tradicional frente a un nuevo centro político reformista, ideológicamente intransigente y frente a un contexto dominado por las lógicas de la Guerra Fría. Así, es sólo en dicho momento cuando conservadores y liberales se dieron cuenta de que el progresismo y la modernidad eran imparables sin que se realizase un cambio radical que implicase una renovación de las ideas y prácticas derechistas.

Con todo, la derecha tradicional no se disolvió únicamente por los problemas electorales, el agotamiento de sus técnicas de negociación y el giro reformista que ocurrió en los años 60, sino que también puesto que este sector fue incapaz –durante el periodo previamente analizado– de formular un proyecto alternativo a la altura de los tiempos. Esto es, no sólo un proyecto económico capaz de hacer frente a las crisis económicas, sino que uno integral que, además de modernizar el capitalismo, estuviese a la altura de los cambios sociales, políticos y morales ocurridos durante los primeros tres tercios el siglo XX. En efecto, durante dicho periodo, la derecha tradicional –salvo en contadas ocasiones como sucedió durante el gobierno de Jorge Alessandri– no fue capaz de afrontar los problemas económicos y sociales desde una perspectiva que no fuese netamente adaptativa y defensiva. De modo que mientras la derecha tradicional mantuvo sus intereses protegidos, pues no necesitó hacerse cargo de las nuevas circunstancias sociales ni desarrollar un proyecto modernizador a la altura del siglo XX. Asimismo, durante dicho periodo, la derecha tampoco necesitó abrirse enteramente a un espectro multclasista del electorado para competir por el poder, dado que su poder político se fundaba en el latifundio, poder económico, redes clientelares, entre otras estructuras de dominación que sólo comenzaron a ser puestas en cuestión radicalmente después de la primera mitad del siglo XX. De modo que es por esta razón que, con el auge de las reformas estructurales, especialmente la reforma agraria, cuyo epicentro fue la amenaza de la propiedad privada y el orden político y cultural latifundista, que la derecha tradicional entró en un crisis que amenazó su sus principales intereses morales, materiales e incluso existencia (Cavarozzi 1975; Garretón 2000; Montero 1997; Moulian y Torres 1989). Además, como si esto fuese poco, la derecha tradicional, teniendo una mirada cortoplacista, permitió que los sectores de centro-izquierda, a lo largo de los primeros tres tercios del siglo XX, sí desarrollasen un proyecto capaz de (al menos en la teoría) hacerse cargo de los problemas sociales y económicos que estaban teniendo lugar en Chile, lo cual pone en evidencia lo que Moulian y Bravo (1981) llamaron la “debilidad hegemónica” de la derecha tradicional, a saber: una “debilidad proyectual”. En tal sentido, sólo con la radicalidad de la crisis que

se suscitó en la década de 1960, la derecha chilena pudo dejar de lado sus técnicas de negociación y adaptación para adentrarse en un profundo proceso de renovación político e ideológico que no culminaría hasta la última década del régimen militar de Pinochet.

2.3.2 El auge y la caída de una derecha nacionalista: el Partido Nacional frente al Partido Demócrata Cristiano y a la Unidad Popular

Después de la disolución del PCON y el PL en 1966, derecha chilena, aunque esta vez comandada por corrientes nacionalistas otrora marginadas por la derecha tradicional dado su carácter autoritario, decidió formar una nueva colectividad política con el fin de revitalizar al sector, a saber: el PN. Mediante la fusión del PCON, el PL y AN (partido político comandado por Jorge Prat), la derecha se dispuso a superar mediante nuevas estrategias políticas e ideas la crisis que tuvo lugar en la década de 1960. Así, el PN inauguró en la derecha chilena un incipiente periodo de renovación política e ideológica que estuvo determinado por las condiciones de emergencia en las que se encontraba este sector político, las cuales hacían inminente la necesidad llevar a cabo una contrarrevolución antirreformista (Angell 1993; Arellano 2009; Corvalán 2000; Garretón 2000; Moulian y Torres 1989; Sznajder 2015).²⁴

La identidad y las características de los nacionalistas del Partido Nacional

La incorporación de los nacionalistas a la derecha chilena no sólo tuvo que ver con la integración formal de sus personeros a la dirigencia del PN, sino que también tuvo que ver con la integración de elementos programáticos, políticos e ideológicos nacionalistas que eran distintos a los elementos que constituían a los partidos políticos derechistas tradicionales (Garretón 2000; Moulian y Torres 1989). En tal sentido, el ideario y las prácticas nacionalistas, si se les comparaba con las que dominaron a los partidos políticos históricos, no sólo eran críticas de la politización creciente de la sociedad chilena y un sistema político basado en la negociación, sino que además eran completamente contrarias a dicho sistema y a como en él operaban los partidos políticos. De modo que es por esta razón que es pertinente exponer las características específicas de los nacionalistas para así entender cuáles fueron las ideas y prácticas que esta corriente intentó instalar en la derecha chilena.

En primer lugar, el ideario nacionalista buscaba el debilitamiento de los partidos políticos con el fin de abrirle paso a las instancias económicas intermedias o corporativas. Esto es, instancias encarnadas por los comités de empresas, consejos económicos y sociales, entre otras. Esto tenía que ver con que para los nacionalistas los partidos políticos se constituían como colectividades “demagógicas” que fragmentaban a la nación y que sólo buscaban su propio interés. De modo que desde una lógica corporativa los nacionalistas privilegiaban la participación en política de las instancias económicas intermedias más que la de los partidos políticos. En tal sentido, los nacionalistas buscaban la “despolitización” de la sociedad al igual que gran parte de la derecha tradicional en un entorno donde la “politización” estaba siendo liderada por la izquierda. No obstante, la aproximación de los nacionalistas era claramente más radical que la de la derecha tradicional (la cual estaba acostumbrada a negociar desde los partidos políticos), además de ser en ciertos aspectos contradictoria: por un lado, los nacionalistas criticaban a los partidos políticos actuando desde el PN; mientras que,

²⁴ El PN es considerado por este estudio como el primer intento serio –forzado por las circunstancias– de crear una nueva derecha que renovase las principales ideas y prácticas de la derecha chilena en general. No obstante, como se puede apreciar en este capítulo, dicho intento terminó siendo fallido aunque necesario para la posterior desarrollo del sector durante el régimen militar de Pinochet.

además, la “despolitización” de la sociedad se constituía mediante una crítica a los partidos políticos más que a la política como actividad. De hecho, los nacionalistas no criticaban a la política en sí misma, sino que netamente a un modo específico de hacer política: la negociación. Desde esta perspectiva, los nacionalistas intentaron revitalizar la acción política acentuando un modo de acción “viril” en un entorno donde la derecha tradicional y sus prácticas “poco viriles” estaban en decadencia. De modo que los nacionalistas querían renovar la política y disminuir el poder de los partidos políticos fortaleciendo las instancias intermedias (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988, 1989).

En segundo lugar, en el marco de la crítica al sistema de partidos políticos, los nacionalistas buscaban instalar y fortalecer un tipo del poder presidencial que no tuviese contrapesos. Es decir, un poder Ejecutivo que, gracias a su carácter autónomo, le permitiese al primer mandatario tomar las “mejores” y “necesarias” decisiones teniendo en cuenta el “bien común” de la nación sin tener que responder a las diversas presiones de las colectividades políticas que luchan por hacer prevalecer sus intereses particulares. Por lo tanto, los nacionalistas, en su mayoría, promovían un Ejecutivo autoritario que pudiese tomar decisiones “por encima” de los intereses particulares. En tal sentido, esta aspiración también daba cuenta de un aspecto identitario fundamental de los nacionalistas, el cual tenía que ver con que este tipo de individuos derechistas querían restarle poder a los partidos políticos y a los mecanismo de negociación tradicionales mediante la defensa de un Ejecutivo fuerte que, dando cuenta de un nuevo modo de hacer política, actuase “virilmente” por sobre la “politiquería” y la “demagogia” (Moulian y Torres 1988, 1989; Valdivia 2008).

En tercer lugar, contrariamente a la derecha tradicional, sobre todo contrariamente a los liberales y alessandristas, los nacionalistas eran partidarios de la intervención estatal tanto en materias sociales como económicas, dado que, según pensaban, al Estado le correspondía velar por el “bien común” de la nación. En tal sentido, según argumentaban, el Estado tenía el deber ineludible de proteger a su pueblo (uno de los pilares fundamentales de la nación), así como tenía el absoluto deber de defender el comercio nacional frente al internacional. Esto es, sobre todo en relación a la protección y desarrollo de la industria nacional y la defensa de las fronteras. Es por esta razón que los nacionalistas no sólo podrían ser encasillados como nacional-desarrollistas, sino que también como nacional-populares (Herrera 2014), dado que, con el afán de defender a su pueblo y el capitalismo estatal, eran partidarios de la creación de fuertes leyes de protección para los trabajadores que tuviesen la capacidad de crear una relación “armónica” entre el capital y el trabajo, leyes a las que la derecha tradicional siempre quiso poner límites. Sin embargo, esto último no significaba que, para los nacionalistas, el Estado debiese aceptar la sindicalización o competir con a la empresa privada mediante la colectivización y/o monopolización de los medios de producción. Por el contrario, a pesar de ser en su mayoría estatistas, los nacionalistas eran coléricos anticomunistas y tenían como principal fin eliminar y marginar del acontecer nacional al marxismo y sus adherentes. De modo que su estatismo en ningún caso puede ser asimilado al estatismo izquierda. De hecho, el estatismo de los nacionalistas era corporativo, nacionalista, autoritario y respetaba la propiedad privada (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988, 1989; Valdivia 2008).

En cuarto lugar, los nacionalistas, más menos desde el fin de los años 40, comenzaron a valorar el rol FF. AA. en el acontecer nacional puesto que pensaban que estas últimas debían ser la principal “reserva moral” de la nación. En efecto, los nacionales elaboraron la tesis de que las FF. AA. debían ser reintegradas al sistema político puesto que aquellas eran las legítimas defensoras de la nación, el “bien común” y el orden institucional. De modo que la integración de los nacionalistas al bloque derechista fue una condición *sine qua non* del golpe militar realizado por los uniformados en el año

1973. En tal sentido, la vinculación ideológica de los nacionalistas con el autoritarismo político y militar, era el mayor punto de quiebre que estos últimos tenían con una derecha tradicional que, en términos generales, se percibía a sí misma como democrática, antidictatorial, paternalista, flexible y antimilitarista (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988, 1989; Valdivia 2008). De hecho, según Garretón (2000), al menos hasta los albores del golpe militar que tuvo lugar en 1973, la derecha tradicional, a diferencia del resto de las colectividades derechistas de América latina, y a pesar de haberse disuelto y haber aceptado la dirección de los nacionalistas-autoritarios dadas las condiciones de emergencia, se vio a sí misma durante gran parte el siglo XX como un sector democrático que debía defender a Chile del totalitarismo de izquierda y el reformismo. Esto es, representando al orden democrático y los valores de la república. De modo que los nacionalistas representaban todo aquello que la derecha tradicional orgullosamente se había negado a representar (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988, 1989; Valdivia 2008).

A pesar de las diferencias ideológicas y políticas que los nacionalistas tenían con respecto a la derecha tradicional, estos últimos no sólo lograron organizar un partido político en 1966 junto a una derecha que otrora los había marginado, sino que lograron imponer parcialmente su visión de mundo al interior del universo derechista (al menos hasta 1973) gracias a la decadencia y disolución de los partidos políticos de históricos. Es más, según Valdivia (2008), el PN pudo surgir como colectividad sobre todo gracias al afán con el que los nacionalistas buscaron “revitalizar” a una derecha chilena decadente que, desde el punto de vista de sus estrategias de negociación y adaptación, no había logrado tener éxito político ni elaborar un proyecto integral durante el siglo XX. De modo que dicho afán “revitalizador” surgió precisamente a partir del negativo diagnóstico que los nacionalistas hacían acerca del desempeño de la derecha tradicional: por un lado, sostenían que las colectividades derechistas tradicionales habían perdido su real injerencia en Chile cuando se alejaron de la participación directa en el aparato administrativo con el mediocre fin de proteger únicamente sus intereses económicos y sociales; mientras que, por otro lado, sostenían que lo anteriormente mencionado derivó inevitablemente en un proceso donde la derecha tradicional no sólo se dedicó únicamente a adaptarse a las nuevas condiciones políticas y sociales sin desarrollar un proyecto alternativo, sino que también derivó en un sostenido alejamiento de dicho sector respecto de los problemas del “hombre común”. Según este diagnóstico, la derecha tradicional nunca se percató realmente de los profundos cambios sociales que se habían producido durante el siglo XX, sobre todo en relación al surgimiento de la clase media. Esto es, un sector social que, según los nacionalistas, había sido abandonado por todas las colectividades partidistas dada su novedad.

Teniendo en cuenta la paupérrima situación de la derecha tradicional tras la disolución de los partidos políticos históricos, tanto liberales como conservadores no tuvieron otra opción que unirse o subsumirse forzosamente a los nacionalistas en este proyecto político unitario y “revitalizador” que funcionó bajo ciertas máximas comunes: el anticomunismo, la defensa de la propiedad privada y la defensa del ordenamiento tradicional que era identificado con la democracia y los valores cristiano-occidentales. En tal sentido, las máximas comunes previamente descritas aseguraron que el nuevo partido político tuviese cierta continuidad con los partidos políticos históricos, asegurándole a los nacionalistas su vinculación sectorial con la derecha chilena. Sin embargo, la integración formal de los nacionalistas a este bloque en un contexto donde la derecha tradicional había sido literalmente destruida, cambió inevitablemente la metodología de acción política de este sector, desde una metodología basada en técnicas de negociación y adaptación, hacia una de carácter ofensivo e intransigente. Es más, los nacionalistas que lideraron al PN, deliberadamente buscaron renovar el estilo

político derechista teniendo en cuenta las “fallidas” estrategias usadas por los partidos políticos tradicionales durante gran parte del siglo XX. De modo que fue gracias al liderazgo de los nacionalistas que el PN se instaló en el nuevo panorama político como un movimiento nacionalista renovado e instaurador de un nuevo orden que, al contrario que la derecha tradicional, buscaba, por ejemplo, representar no sólo a las élites sino que también a la clase media (Arellano 2009). Esto es, buscando ampliar la base electoral de la derecha chilena y dejando de lado los elitismos de los partidos políticos tradicionales. En tal sentido, el PN tomó conciencia de que la competencia por el poder ya no podía ser articulada como sus antepasados lo habían hecho. De modo que es por esta razón que se pueden identificar claramente variados elementos renovadores que diferenciaban al PN de la derecha tradicional en términos de la acción política:

En primer lugar, los nacionalistas buscaron fundar una nueva derecha que no fuese defensiva. Es decir, buscaron fundar una derecha que fuese ofensiva y llena de “virilidad”. En tal sentido, los nacionalistas querían instalarse como una renovada derecha capaz de crear un proyecto económico, social y político a la altura de la coyuntura del año 1960 y siglo XX. De modo que el PN pretendió ser el gestor de un proyecto renovado –aunque no tuviese un proyecto alternativo claro–, así como pretendió transformarse en un partido político de masas que pudiese competir en igualdad de condiciones con los otros sectores políticos sin privilegios. Es decir, sin los privilegios que caracterizaron a la derecha tradicional durante los primeros tres tercios del siglo XX (Valdivia 2008). De este modo, el PN buscó ser un partido político de acción, confrontacional, que se diferenciase de la flexibilidad defensiva que constituyó tanto a liberales como conservadores antes de su disolución en 1966 (Correa 1989; Valdivia 2008). Por lo tanto, el PN se instaló en la arena política como un partido político dispuesto a competir por el poder mediante todos los medios posibles y no sólo abriéndose a una perspectiva multclasista, sino que también por medio de técnicas de movilización social que tenían como fin contener y paralizar el avance de la izquierda (Arellano 2009; Valdivia 2008). Dicho estilo se ajustaba de mejor manera al nacionalismo de los años 40 que a las prácticas de las antiguas élites amantes de la negociación, el acuerdo pactado y la democracia.

En segundo lugar, los nacionalistas plantearon la necesidad de suprimir las lógicas clasistas de la derecha tradicional, principalmente con el fin de obtener el voto de la clase media. De modo que el PN, a diferencia de sus antecesores, se tomó en serio el problema electoral mediante la promoción de una estrategia multclasista que le permitiese a la derecha competir por el poder (Moulian y Torres 1989; Valdivia 2008). Esto es, principalmente dado que si la derecha chilena quería competir exitosamente por el poder, pues tenía que luchar por un electorado plural que, aunque no fuese la base social de su propia identidad, le permitiese ganar frente al centro político y la izquierda. En tal sentido, el PN remarcó la necesidad de valorar la política (no a los partidos políticos), algo que la derecha tradicional no había hecho explícitamente durante su existencia en el siglo XX. De hecho, la antigua derecha, la cual tenía sus bases de poder real en el latifundio y en el control social que dicho entorno representaba, además fundar su poder en los lazos familiares, redes clientelares y su poder económico, se acostumbró a priorizar su representatividad corporativa y su capacidad neutralizadora en el parlamento. En tal sentido, la derecha tradicional privilegió desde 1938 otras vías para ejercer su poder que no tenían que ver con la promoción ideológica y la competición directa en las elecciones por el Ejecutivo (Valenzuela y Wilde 1984). Es más, la derecha tradicional no sólo no necesitó la política y la competición en dicho contexto, sino que también la descartó como un método exitoso para mantener su poder e intereses protegidos. De modo que fue sólo en la década de 1960 que todo esto cambió en el marco de la radicalización sociopolítica y de las reformas progresistas.

Finalmente, según Valdivia (2008), los nacionalistas también cambiaron la estrategia de la derecha chilena en cuanto a la representación electoral. Por un lado, en un contexto donde las clases medias habían sido abandonadas por los partidos políticos tradicionales en el marco de la radical polarización, el PN luchó por liderar a estos sectores e integrarlos como base electoral para la derecha. De modo que los nacionalistas pudieron leer en la clase media a un sector social que –sobrepasado por la radicalización de la izquierda y las constantes paralizaciones obreras– quería más que nada orden, oportunidades laborales y estabilidad política. En tal sentido, los nacionalistas llegaron a este sector social mediante un discurso que contraponía a los hombres de trabajo y a la gente que luchaba por su nación, frente a una izquierda llena de “demagogia” y “charlatanería” que no permitía el progreso de la patria. Por otro lado, los nacionalistas, en este mismo respecto, volcaron también su atención hacia los jóvenes de Chile, dado que en 1960 aproximadamente el 24% de la población chilena tenía entre 15 y 29 años. De modo que los nacionalistas buscaron el apoyo de la juventud para fortalecer su poder electoral. Sin embargo, aumentar la masa electoral no fue lo único que le importó a los nacionalistas cuando se trataba de la juventud. De hecho, en el PN también había un interés de renovación, el cual solamente podía ser satisfecho mediante la formación e incorporación de jóvenes al partido político. Esto es, jóvenes que pudiesen encarnar la imagen de una nueva derecha chilena y ser herederos de sus ideas y proyectos.

El Partido Nacional frente al Partido Demócrata Cristiano y la Unidad Popular

El desarrollo de esta nueva colectividad política nacionalista que dirigió a la derecha chilena entre los años 1966 y 1973, puede ser dividido en cuatro fases fundamentales. Esto es, fases de desarrollo que dan cuenta del proceso de radicalización que sufrió el PN en el marco de la radicalización también sufrida por los gobiernos del PDC y la UP. En la primera fase, el PN se situó como una oposición “democrática” al reformismo demócrata-cristiano. En la segunda fase, el PN comenzó a rearticular sus estrategias de competición frente al triunfo presidencial de la UP. En la tercera fase, el PN transitó desde postura “democrática” hacia una postura abiertamente anticomunista. Mientras que en la cuarta fase, el PN orientó sus estrategias de competición hacia la movilización popular y la insurrección, lo cual ciertamente contribuyó a que tuviese lugar el quiebre democrático vivido en Chile en el año 1973.

Según Arellano (2009), desde su formación en 1966 hasta el triunfo de la UP en 1970, el PN vivió su primera fase de desarrollo. Durante este período, la principal finalidad de la colectividad nacionalista fue realizar una recuperación electoral de la clase media para tener un piso de votantes con el que se pudiese competir en las elecciones presidenciales de 1970. Durante esta fase, la cual se sitúa en el marco del gobierno reformista de Frei Montalva, el PN realizó una enérgica y sistemática oposición en todos los campos de acción posibles, privilegiando la oposición en el área de las reformas estructurales, sobre todo con respecto a la reforma agraria. Para realizar esta labor de oposición con éxito, y puesto que el PDC no sólo contaba con el Ejecutivo, sino que también con un gran poder parlamentario para realizar sus reformas, el PN tuvo que recurrir a la estrategia del ataque público. En tal sentido, entre 1966 y 1970, los nacionalistas expresaron públicamente que los demócrata-cristianos estaban realizando reformas estructurales con el fin de aumentar su propio poder. Esto es, reformas que, a pesar de estar basadas en las recomendaciones de expertos, estaban, según ellos, fundadas en la “demagogia” y en la ideología. Además, comparando a sus rivales con la izquierda, los nacionalistas acusaron públicamente a los demócrata-cristianos de ser esencialmente totalitarios en su proceder político, arguyendo que estos últimos pretendían, al igual que los marxistas, erosionar el orden y la institucionalidad mediante la colectivización antidemocrática de los medios de producción y la

propiedad. Por lo tanto, mediante dicha agresiva oposición pública, el PN logró, hasta cierto punto, contrarrestar el apoyo que el PDC suscitaba en la sociedad, sobre todo en las clases medias, a saber: un sector social en crecimiento que había sido abandonado por la izquierda y el centro político, el cual si bien se relacionaba con los trabajadores, también aspiraba a ser como las élites y buscaba mantener el *statu quo* puesto que poseía una decente calidad de vida (Drake 1992).

En esta primera fase de desarrollo, los nacionalistas, según Moulian y Torres (1989) y Valenzuela (1989), también jugaron un rol fundamental creando polarización en un sistema político que nuevamente se había configurado en tres bandas. Esto es, con el objetivo de “vaciar” al centro político y situar al reformismo, a la izquierda y a los demócrata-cristianos por un lado y a la defensa de la democracia y la institucionalidad por otro. De modo que esta nueva derecha nacionalista, durante esta fase caracterizada por la oposición “democrática” al reformismo, tuvo como principal característica la capacidad de posicionarse políticamente como un actor definido que abrió su propio camino –sin alianzas ni negociaciones– frente a la izquierda y al centro político. En tal sentido, durante esta fase de desarrollo, los nacionalistas compitieron por el poder democráticamente con optimismo, siendo una oposición implacable que intentó renovar el estilo político de negociación que, hasta 1966, había constituido el accionar de la derecha chilena (Arellano 2009). Es más, tal fue el optimismo que los nacionalistas depositaron en su nuevo estilo político que, durante esta fase, según Valdivia (2008), estos últimos estaban convencidos de que ganarían la elección presidencial de 1970. De hecho, publicaron dos encuestas optimistas en las que Jorge Alessandri, candidato de la derecha en 1970, ganaba la elección con un 41% y 47,8% de los votos. De este modo, tal fue la confianza que el PN tuvo en vísperas de la elección presidencial de 1970, que estos últimos sostuvieron en dicho entonces que reconocerían como ganador indiscutido de la contienda a quien tuviese más votos, incluso si Salvador Allende ganaba las elecciones. Esto es, con el fin de mostrar una actitud ganadora que se distanciase de la actitud que tenía la derecha tradicional (Moulian y Torres 1989).

La siguiente fase de desarrollo del PN se inició precisamente tras la derrota de la derecha chilena frente al candidato de la UP en 1970 (Arellano 2009). Esto es, una derrota que destrozó todos los pronósticos y el optimismo que los nacionalistas tenían en el marco de la competición democrática por el poder (Valdivia 2008). Al iniciarse esta fase de desarrollo, los propósitos políticos de renovación –aspiraciones de este nuevo partido político de derecha– no sólo no se habían alcanzado, sino que además se expresaron por medio de una fatal derrota frente al reformismo. De hecho, esta nueva derecha nacionalista no logró transformarse en la expresión electoral de la clase media ni tampoco logró renovarse integrando a la juventud, sino que, por el contrario, aún se parecía, al menos desde el punto de vista electoral, a la decadente derecha tradicional de 1964. En tal sentido, Salvador Allende ganó con un 36,63% del electorado; mientras que el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, quedó en un segundo lugar con un 35,29% de los sufragios, lo cual dejó en un tercer lugar al líder demócratacristiano Radomiro Tomic con un 28,08% de los votos.

Aún no hay una explicación clara respecto a porqué la iniciativa de los nacionalistas fracasó en las elecciones presidenciales de 1970. Sin embargo, en dicho respecto, Valdivia (2008) sugiere que la derrota de los nacionalistas tuvo que ver, principalmente, con la falta de unidad que la derecha chilena tuvo al interior del PN. De hecho, los nacionalistas, a pesar intentar liderar y renovar al sector derechista, no lograron generar un referente común para el sector capaz de consolidar política e ideológicamente a la derecha chilena en vísperas de las elecciones presidenciales. Es más, según Valdivia, dentro del sector derechista hubo variadas disputas internas que impidieron a los nacionalistas hegemonizar al sector. En tal sentido, los principales enemigos de los nacionalistas al

interior de la derecha fueron los gremialistas y los alessandristas, dos corrientes que, agrupadas bajo un movimiento alternativo llamado Movimiento Alessandrista Democrático (MADE), no comulgaban con el ideario y las estrategias expresadas por los nacionalistas.

El inicio de esta segunda fase de desarrollo del PN marcó un antes y un después para este partido político. De hecho, según Moulian y Torres (1989), pese al intento del PN de crear una nueva imagen derechista en la primera fase de desarrollo, la derrota que le propinó la UP no hizo más que reforzar su definición conservadora y antirreformista. Es más, según Garretón (2000), en esta segunda fase, el PN comenzó a definir claramente su posición contrarrevolucionaria, la cual se gestó bajo la consigna de defender a cualquier costo el capitalismo y la “democracia” frente al avance del llamado “totalitarismo marxista”. En tal sentido, ante la imposibilidad de frenar avance del socialismo en democracia, al PN no le quedaba otra alternativa que superar la derrota y hacer frente a la “amenaza roja” como fuese posible. Así, esta segunda fase de desarrollo del PN no sólo se inauguró con el triunfo de Allende, sino que también con la sensación irreductible de que Chile estaba en una “crisis terminal”. Esta crisis tenía que ver con que, por un lado, el gobierno de la UP poseía propuestas más radicales que las del gobierno demócrata-cristiano; mientras que, por otro lado, tenía que ver con que dichas propuestas tenían un carácter ideológico determinante, al punto de que el conocimiento experto que sí operó *de facto* en las reformas realizadas por el gobierno del PDC, en el caso de la UP se subordinó a las presiones políticas y a la ideología de los grupos de izquierda. De hecho, según Siavelis (2014), Salvador Allende no sólo radicalizó sus propuestas sobre la abolición de la propiedad privada mediante la promoción de una profunda reforma agraria y la nacionalización de las industrias, sino que dichas propuestas, a su vez, dependieron –más allá de su propia voluntad– de la presión ejercida por colectividades como el Movimiento Acción Popular Unitario (MAPU) o el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). De modo que la radicalización de la UP llevó a que la derecha chilena, por su parte, también se radicalizarse y adoptase rápidamente una posición antidemocrática con respecto al triunfo de la izquierda (Valenzuela 1978).

Hubo tres tipos de reacciones durante esta segunda fase de desarrollo que tuvieron lugar en la derecha chilena. En primer lugar, la derecha, bajo el liderazgo del PN, buscó bloquear la ascensión de Salvador Allende al Ejecutivo mediante una estrategia institucional. En tal sentido, teniendo en cuenta que Allende no obtuvo la primera mayoría absoluta en su victoria, la primera reacción de la derecha fue entablar una negociación con el PDC con el fin de buscar su apoyo y declarar inconstitucional el triunfo de Allende. De este modo, si los demócrata-cristianos aceptaban esta negociación, tras el bloqueo de Allende, el plan era levantar a Jorge Alessandri (segunda mayoría electoral) como presidente, para que luego éste último renunciase a la presidencia abriéndole el camino a Frei Montalva para ser reelecto. Se trataba de una estrategia defensiva que, nuevamente, además de mostrar reminiscencias de la vieja estrategia negociadora de la derecha tradicional, subordinaba a este sector al centro político democratacristiano, lo cual hacía caso omiso de las estrategias renovadas que el PN intentó utilizar durante la primera fase (Arellano 2009; Garretón 2000). Sin embargo, aunque la propuesta era no solamente legal, sino que atractiva para el PDC, estos últimos rechazaron la oferta con el argumento de que aceptarla significaría la “derechización” del centro político (Moulian y Torres 1989). De modo que la estrategia institucional fracasó. En segundo lugar, otra reacción de la derecha chilena fue que ciertas facciones del sector, en el marco de grupos extremos como Patria y Libertad (PYL), instalaron una “segunda vía” de reacción frente al triunfo del marxismo. Esto es, una vía insurreccional. Esta vía tuvo que ver con una estrategia enteramente confrontacional que utilizó como métodos predilectos los secuestros y asesinatos (Garretón 2000). Sin embargo, se trató de una reacción

radical que no incorporaba, en ningún sentido, al conjunto de colectividades derechistas. El caso paradigmático de esta estrategia violenta fue encabezado por el asesinato del comandante en jefe del ejército, René Schneider, asesinato que tuvo como finalidad provocar la intervención militar de las FF. AA. antes de que el Congreso ratificara a Allende como presidente. En tercer lugar, otro tipo de reacción que tuvo lugar en la derecha chilena fue que gran parte de los sectores sociales derechistas abandonaron desesperadamente el país ante lo que había sido interpretado como una “crisis terminal”. En tal contexto, considerables grupos de derecha prefirieron retirarse de Chile antes que sufrir las consecuencias de un régimen socialista que, según su punto de vista, era la encarnación del totalitarismo soviético y cubano en el país (Garretón 2000).

Sin duda lo más importante de esta segunda fase de desarrollo es que el PN y la derecha chilena se negaron a aceptar la victoria de la UP. En tal sentido, no sólo el triunfo de Salvador Allende dejaba a la derecha en esta incómoda situación, sino que también la ambigüedad del PDC frente al gobierno socialista. En efecto, el PDC se situaba por aquellos días entre la cooperación y la oposición. De hecho, no fue sólo hasta 1972 que los demócrata-cristianos decidieron realizar un pacto con la derecha chilena con el propósito de llevar a cabo una ardua oposición al gobierno de Salvador Allende. Esto es, puesto que sólo en dicho año los demócrata-cristianos se dieron cuenta de la imposibilidad negociadora en la que se encontraban frente a una izquierda radicalizada (Moulian y Torres 1989). En tal sentido, el PDC había condicionado su apoyo en el parlamento a Allende –haciendo caso omiso de la atractiva propuesta de la derecha– mediante la firma de un estatuto de garantías en el que se especificaban ciertos derechos constitucionales que no podían ser violados. En dicho entonces, la UP aceptó y firmó dicho documento con el fin de hacerse con el poder Ejecutivo (Valdivia 2008). Sin embargo, tras la violación de dichas garantías y la radicalización política en el marco de la llamada crisis de octubre, los demócrata-cristianos viraron hacia la derecha y así, esta última, no exactamente por su propia voluntad, logró realizar lo que buscó hacer con tanto ahínco en su primera fase, a saber: “vaciar” el centro político y polarizar la política chilena en dos bandos (Moulian y Torres 1989). Fue sólo en dicho entonces que surgió una tercera fase para el PN, una fase en la que tanto demócrata-cristianos como fuerzas derechistas se unieron en un bloque “democrático” contrario a las fuerzas marxistas “totalizantes”.

La siguiente fase de desarrollo del PN tuvo lugar en el marco de un proceso de radicalización de la izquierda y la derecha. Esto es, una radicalización de las polaridades políticas que no sólo permitió el “vaciamiento” del centro político, sino que, además, permitió que las diferencias políticas e ideológicas entre las distintas facciones derechistas fuesen dejadas de lado con el objetivo de enfrentar el avance del comunismo. En este período, según Arellano (2009), los nacionalistas radicalizaron su oposición con el fin de desgastar rotundamente la legitimidad del gobierno de la UP. De modo que en esta etapa estos últimos se encargaron de realizar constantes denuncias que tachaban como ilegales la mayoría de las medidas tomadas por el gobierno izquierdista. Esta radicalización total del PN puede ser apreciada mediante los siguientes elementos: en términos electorales, los nacionalistas formaron un sólido bloque con el centro político que estaba determinado por un estilo de oposición “respetuoso y defensor de la ley”, el cual afirmaba representar a un electorado que declaraba la existencia de una incompatibilidad entre el proyecto socialista y el orden legal vigente. Esto es, una declaración que tenía el objetivo paralizar al presidente y deslegitimar sus atribuciones administrativas mediante la creación de un imaginario social donde el gobierno de la UP era ilegal y antidemocrático puesto que atropellaba la institucionalidad chilena (Arellano 2009; Corvalán 2000; Pollack 1999; Valdivia 2008). En términos parlamentarios, los nacionalistas, junto a los demócrata-cristianos, presentaron y apoyaron

prácticamente todas las acusaciones constitucionales en contra de los ministros y representantes gubernamentales (Arellano 2009). En términos de prensa, la alianza antimarxista utilizó los medios de comunicación para realizar constantes denuncias en contra de las autoridades de la UP. De modo que todas estas medidas buscaron radicalizar la situación y erosionar la legitimidad del programa llevado a cabo por el gobierno de Salvador Allende. Durante esta etapa, el PN no dio tregua cuando se trató de descalificar la gestión del gobierno, lo cual daba cuenta de un estrategia eminentemente reaccionaria que, si bien no proponía un proyecto alternativo, sí se manifestaba como una estrategia ofensiva de acción completamente distinta a la usada por la derecha tradicional. Además, en esta fase, el PN no sólo usó las plataformas comunicacionales para criticar a las autoridades del gobierno y su programa, sino que también para instalar lo que Valdivia (2008) ha llamado un “imaginario del miedo”. Esto es, un imaginario que no sólo atacó las facultades legales y administrativas del Ejecutivo, sino que además atacó a la moralidad de este último, acusándolo de tener la responsabilidad total de la crisis política y económica vivida en el país. De modo que la derecha se decidió a crear con éxito un imaginario social que culpaba al gobierno por el caos en el marco de la tesis de que no había una “vía chilena al socialismo”. Esto es, dado que los comunistas chilenos respondían a intereses foráneos ubicados en un frente contrario al de los intereses nacionales y la “sociedad libre”. Según este imaginario, todas las decisiones que tomaba el gobierno conducirían inevitablemente a la dictadura marxista, la cual era apreciada como el mal absoluto en el contexto de la Guerra Fría.

La última fase de desarrollo del PN, según Arellano (2009), se instaló como un momento donde ya no bastaron los elementos desarrollados en la tercera fase, sino que se hicieron urgentes nuevas estrategias ante la radicalización de la izquierda, a saber: la movilización social extrema y el discurso explícitamente insurreccional. En tal sentido, si bien la derecha chilena se situaba en el polo “democrático” frente al marxismo “totalizante”, ya en esta fase comenzó a movilizar a las masas activamente con el fin de alentar un golpe de Estado que pusiese fin al gobierno de Salvador Allende. Dicho llamado a las masas y a la insurrección estaba justificado, según el punto de vista derechista, mediante la tesis de la “revolución restauradora”, a saber: una contrarrevolución conservadora que permitiría, según sus promotores, recuperar los derechos democráticos fundamentales y las libertades políticas aplastadas por la izquierda (Arellano 2009; Garretón 2000; Moulian y Torres 1989; Siavelis 2014). Por ende, esta fase terminó con el golpe de Estado realizado por las FF. AA. en el año 1973 y la autodisolución del PN frente al poder militar que este mismo partido político convocó. En tal sentido, tras un largo periodo de lucha en contra de la izquierda, el bloque “democrático” compuesto por el PN y el PDC, declararon abiertamente la ilegitimidad del gobierno de la UP y, basados en los argumentos anteriormente expuestos, abrieron el diálogo con los militares para que aquellos –quienes eran vistos por los nacionalistas como “la reserva moral” de la nación– “restaurasen” la democracia “quebrantada” por las fuerzas reformistas y revolucionarias (Arellano 2009).

Con todo, si bien el PN no logró tener el éxito renovador en vísperas de la campaña presidencial de 1970, sí logró, por el contrario, tras dicha campaña, crear una parcial hegemonía movilizadora en la derecha tras el “vaciamiento” del centro político entre los años 1972 y 1973 (Garretón 2000). Sin embargo, en términos generales, el PN, comandado por los nacionalistas, no logró elaborar proyecto integral capaz de hegemonizar y renovar a la derecha chilena en su conjunto (a pesar de sus intenciones originales). De modo que, tal como señala Angell (1993), este partido político se constituyó mucho más como un instrumento político defensivo en contra del marxismo que como una base proyectiva para la derecha chilena. Es más, en el marco de esta situación, la única solución posible para este partido político después de la derrota sufrida en su primera fase de desarrollo fue, en último término,

un golpe de Estado liderado por los militares, lo cual hizo patente que lo que realmente determinó identitariamente a este partido político fue más que nada el tránsito de un firme “protorrupturismo” a un “rupturismo” abierto que sólo tenía como objetivo contener el avance del marxismo. Sin embargo, a pesar de su fracaso proyectual, según Valdivia (2008), el PN fue clave para entender los procesos de renovación de la derecha chilena desde 1960 en adelante. Esto es, no por la mera disolución de los partidos políticos tradicionales y el surgimiento de una inédita alianza entre conservadores, liberales y nacionalistas, sino porque este partido político representó uno de los primeros intentos serios dentro de este sector de tomar conciencia de los problemas hegemónicos de la derecha tradicional, a saber: la falta de un proyecto afín al siglo XX, la marcada orientación electoral elitista y la negación de la política democrática como una vía válida para obtener poder. En efecto, el PN, aunque sin éxito, intentó renovar a la derecha desde una perspectiva proyectual al menos durante su primera fase de su desarrollo, pues tenía cierta conciencia de la deuda histórica de la derecha chilena con respecto su nación. Esto es, una deuda que la derecha debía solventar si quería posicionarse en el poder y combatir a la izquierda exitosamente. Así, según Arellano (2009) y Valdivia (2008), el fracaso del PN en términos proyectuales no tuvo que ver con que los nacionalistas no hubiesen tenido un proyecto completamente definido, sino con que, por el contrario, su proyecto –el cual se basaba en la confrontación “viril” y directa, además de contar con una política integracionista que leía perfectamente las demandas coyunturales de la sociedad chilena– no tuvo el tiempo, ni el atractivo, y quizá tampoco la profundidad, para instalarse con un valor hegemónico al interior de la derecha chilena. Por ende, se puede sostener que el PN intentó realizar en su primera fase un movimiento ofensivo de renovación que, en último término, en las siguientes fases de su desarrollo, por la condiciones coyunturales aquí expuestas, terminó retornando a una lógica defensiva.

2.4 Hacia una derecha chilena renovada: el régimen militar y la corriente liberal-autoritaria (1973-1990)

El golpe de Estado realizado en 1973 fue una reacción antimarxista y antirreformista promovida por la derecha chilena y apoyada por algunas facciones del PDC que puso fin al sistema democrático liberal que había imperado en Chile desde 1938 (Moulian y Torres 1988). En tal contexto, los partidos políticos fueron disueltos –incluyendo el PN– y el poder de decisión quedó en manos de un actor que se instaló como una nueva fuerza en el escenario político chileno: los militares (Arellano 2009; Garretón 2000; Moulian y Torres 1989). En efecto, los militares entraron en la escena política de Chile levantados por las condiciones de emergencia que vivió el país desde la década de 1960. Estas condiciones permitieron a los uniformados sentirse destinados a proteger los “intereses generales” de la nación, mediante la monopolización del poder político en un país donde dichos intereses habían sido “amenazados” por la politización y el auge de la izquierda. De este modo, mediante la monopolización de dicho poder, los militares instauraron un régimen autoritario que tuvo como objetivo primordial –al menos en un principio– “restaurar” la democracia e institucionalidad “quebrantada” por las fuerzas reformistas (Moulian y Torres 1989).

La derecha chilena no sólo se autodisolvió sin oponer resistencia como colectividad política puesto que los militares lo exigieron, sino que lo hizo también con el objetivo de mostrarle a los uniformados que no tenía la intención de competir por el poder político en un entorno donde los militares lo habían monopolizado. De hecho, el PN, siendo el representante de la derecha en el momento del golpe de Estado, con el fin de ganar la venia de los militares, se autodisolvió como organización renunciando a su autonomía y posibilidad de ejercer presión mediante sus recursos de poder. De modo que esta

autodisolución partidaria de la derecha fue pensada como una estrategia que le permitiría al sector derechista alcanzar cierta influencia sobre los militares y, de este modo, también en el nuevo contexto autoritario. En tal sentido, esta estrategia se dio en un ambiente donde los uniformados, en tanto se consideraban a sí mismos como los realizadores y defensores de “bien común” de Chile, exigían la transferencia absoluta del poder político y no podían aceptar pactos o acuerdos formales en torno a éste. Esto es, dado que lo que los constituía identitariamente en dicho entonces era ser una fuerza apartidista y “apolítica” que no sólo criticaba el sistema político de negociación que había imperado en Chile desde 1938, sino que pretendía ponerse “por encima” de él. De este modo, la derecha chilena percibió claramente que la relación política que se debía tener con los militares exigía aceptar su pretensión de “neutralidad” y su aspiración de situarse “por encima” de los intereses políticos, sectoriales y de clase. Es más, la derecha debió aceptar su subordinación al papel “tutelar” de los militares si es que quería aún influir en este nuevo contexto político (Moulian y Torres 1989).

Si bien los militares se levantaron como una fuerza de orden que monopolizó el poder con el fin de llevar a cabo su misión de proteger los “intereses generales” de la nación, estos últimos, por otra parte, no tenían gran experiencia política ni conocimiento del Estado, así como tampoco tenían un proyecto con el que pudiesen gobernar. Esto es, sobre todo en las circunstancias de crisis económica en la que se encontraba Chile en aquellos días (Moulian y Torres 1989; Vergara 1985). De modo que al comienzo del régimen autoritario los militares no poseían un proyecto político y económico desarrollado ni poseían la capacidad técnica para hacerse cargo de los problemas surgidos tras el colapso de la UP (Gárate 2012; Vergara 1985). La única certeza que tenían los uniformados en un principio era que el golpe de Estado y el régimen autoritario constituían una etapa de emergencia suscitada por el caos, la excesiva ideologización y la extrema politización ocurrida tras el gobierno de Salvador Allende (Vergara 1985). En tal sentido, la pregunta que marcó los primeros años del régimen autoritario fue –al menos hasta 1975–: ¿cuál es la dirección que debe seguir el régimen militar? Esto es, una pregunta que distintas facciones derechistas intentaron responder con el objetivo de instalar su propio proyecto económico y político en un entorno que garantizaba la ausencia de contrapesos sectoriales. Según Vergara (1985) y Moulian y Torres (1988, 1989), en el marco de esta coyuntura, hubo dos posturas posibles con las que los uniformados, en un principio, abordaron el problema de la dirección del régimen militar: la postura restauradora y la refundacional. La primera opción –siendo la más moderada– exigía una estrategia de “pacificación represiva” desplegada por los militares en un tiempo corto con la finalidad de reinstalar las instituciones democráticas “quebrantadas”; mientras que, la segunda opción –siendo la más revolucionaria–, postulaba la necesidad de llevar a cabo una revolución que estableciese un nuevo orden social, político y económico diametralmente opuesto al que Chile tenía antes del golpe de Estado. Según Moulian y Vergara (1981), esta segunda opción estaba liderada por el argumento central de que la decadencia nacional era el resultado del sistema democrático y económico imperante hasta 1973, a saber: un sistema liderado por las lógicas políticas de negociación y por un exacerbado intervencionismo estatal promovido desde 1930. Bajo esta lógica, la crisis de 1973 fue interpretada por los defensores de la refundación como el resultado de una larga decadencia que tenía su origen en el surgimiento y liderazgo de las coaliciones de centro-izquierda y sus posturas reformistas.

Durante los primeros años del régimen militar, el primer equipo de uniformados a cargo de la economía y la dirección política de Chile aún creía en el sistema económico y político tradicional. De modo que hasta al menos 1975, bajo la dirección de uniformados cercanos al nacionalismo-desarrollista, hubo un parcial triunfo de los sectores que eran adherentes a la lógica restauradora

(Correa 2005b; Gárate 2012; Moulian y Torres 1988; Vergara 1985). En tal periodo, sólo se gestaron políticas económicas que pretendían solventar los efectos caóticos suscitados por las políticas llevadas a cabo por la UP, pero que, sin embargo, no significaron en ningún sentido un cambio radical respecto a la lógica de desarrollo que había primado en Chile desde 1938. En tal sentido, los sectores restauradores al interior del régimen militar sólo buscaron hacerse cargo pragmáticamente de los problemas de Chile (sobre todo la crisis económica), para que luego, en un futuro, los militares pudiesen dejar el poder y así se restableciese el sistema económico y la democracia “quebrantada” por los gobiernos reformistas y revolucionarios (Gárate 2012). No obstante, el triunfo de quienes se hicieron cargo de la economía y el país en los primeros días del régimen militar no duró mucho. De hecho, las moderadas políticas adoptadas por quienes comulgaban con la postura restauradora tras el golpe de Estado no dieron los resultados esperados y esto se tradujo en que, al menos desde el punto de vista económico, “[...] la inestabilidad monetaria continuó agravándose a lo largo de 1974 sin producirse los efectos esperados en la reducción de la inflación” (Gárate 2012:189). De modo que esta situación –en el marco de la caída del precio del cobre y el fuerte aumento del valor del petróleo– no ayudó a mejorar el panorama económico en el que Chile se encontraba en los primeros años del régimen militar (Gárate 2012; Silva 2010). Por lo tanto, tras dichas circunstancias, los uniformados, temerosos del fracaso de su intervención militar, optaron por descartar un régimen restaurador para adjudicarse la misión histórica de refundar el sistema económico, político y social de Chile (Moulian y Torres 1988, 1989). El fracaso de las políticas económicas iniciales hizo notar a los militares que, para justificar y realizar un exitoso régimen militar, el cual fuese sinónimo de desarrollo económico y social, era necesario optar por posturas más radicales que aquellas que meramente pretendían restaurar un sistema que, según ellos, estaba “viciado” por el excesivo rol de los políticos y la falta de orden que el Estado de Compromiso y su sistema de negociación trajo consigo. Fue así que los militares comenzaron a interpretar el golpe de Estado no sólo como una irrupción en pos de la restauración, sino que como una irrupción en pos de fundar un nuevo ordenamiento contrapuesto al que tuvo lugar antes de 1973. Esto es, a pesar de que ellos no tenían aún un proyecto definido para realizar dicha tarea con éxito (Vergara 1985).

2.4.1 Nacionalistas, gremialistas y monetaristas-neoliberales: la disputa por el poder refundacional

En un contexto caracterizado por la monopolización del poder y la falta de proyecto de los militares, la derecha chilena buscó por todos los medios posibles influir en los uniformados. De modo que la orientación del proyecto y el actuar que tuvo régimen militar dependió, en último término, de la capacidad política que los distintos sectores de la derecha –organizados al margen de los partidos políticos– tuvieron para influir en las FF. AA. (Moulian y Torres 1988). En tal sentido, el viraje de una postura restauradora a una refundadora por parte de los militares no tuvo que ver únicamente con que los esfuerzos iniciales liderados por los restauradores no hubiesen reportado buenos resultados en un nivel económico, sino que, además, tuvo que ver con que hubo una variada gama de grupos derechistas que, actuando coligados, aunque tuviesen diversas tendencias ideológicas, buscaron influir –desde una perspectiva refundadora– en líder del régimen militar: Augusto Pinochet (Moulian y Torres 1989). Se trató grupos autoritarios que, bajo los lineamientos gremialista, nacionalista y monetarista-neoliberal, disputaron entre ellos su participación en el poder político de un régimen militar que necesitaba cuadros civiles capaces de hacerse cargo de la refundación del país. Esto es, cuadros que, a diferencia de los sectores restauradores, no tuviesen problemas con aceptar su subordinación total y extendida a

un gobierno militar mientras este último les permitiese hacer efectivos sus intereses en un contexto antidemocrático. En tal sentido, los militares no sólo necesitaban a un cuadro de civiles capaz de hacerse cargo de la refundación de Chile, sino que también necesitaban a estos individuos con el fin de que creasen un proyecto político y económico que estuviese calificado –por el éxito de sus propios resultados– para justificar tanto el golpe de Estado como los excesos represivos y las violaciones a los derechos humanos que estaban teniendo lugar en el régimen autoritario (Moulian y Torres 1989). De modo que fue este aspecto el que hizo de este régimen –a diferencia de otras dictaduras latinoamericanas– una dictadura cívico-militar, a saber: una dictadura donde el proyecto socioeconómico y político que determinó su desarrollo estuvo principalmente marcado por el liderazgo de cuadros civiles (Garretón 2000).

Los grupos derechistas autoritarios que disputaron el poder refundador pueden ser divididos en tres corrientes principales: nacionalistas, gremialistas y monetaristas-neoliberales. Los nacionalistas eran un grupo derechista de antigua data que lideró al PN durante los gobiernos de Salvador Allende y Eduardo Frei Montalva; los gremialistas eran un grupo derechista originado a partir de estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) que se oponían a la reforma universitaria chilena iniciada en 1967; y los monetaristas-neoliberales eran grupo de economistas formados en la PUC y en la Universidad de Chicago después de 1955, los cuales tenían una orientación monetarista y neoliberal a la hora de entender los problemas políticos, económicos y sociales de Chile (Moulian y Torres 1989).²⁵

Los gremialistas se constituyeron originalmente como un movimiento político católico, conservador e hispanista –homogéneo, jerárquico y fundamentalista– que surgió en torno a la reforma universitaria iniciada en Chile en 1967. Por ende, su origen tuvo lugar en el marco de la decadencia de los partidos políticos derechistas tradicionales y al auge del PN en la derecha chilena (Correa 2005b). Específicamente, en el contexto de la PUC, se trató de un movimiento estudiantil contrarrevolucionario, liderado por Jaime Guzmán, que se instaló firmemente en contra de las tendencias reformistas estudiantiles surgidas en la década de 1960. Asimismo, se trató de un movimiento que se surgió justamente tras el giro reformista de la iglesia católica en los 60 y alrededor del periodo en el cual el PCON comenzó a decaer. De modo que se trató de un movimiento antirreformista que se posicionó como una voz alternativa para una derecha conservadora desamparada cultural y políticamente (Valdivia 2008). En términos doctrinarios, el movimiento gremial, a diferencia de los nacionalistas, estaba inspirado en un corporativismo antiestatista y en el funcionalismo. Por dicha razón, se trataba de un movimiento que creía en el protagonismo de los cuerpos intermedios y las personas más allá de toda interferencia partidaria o ideológica. Esto es, otorgándole al Estado únicamente un rol subsidiario puesto que el individuo y los cuerpos intermedios eran, según esta doctrina, anteriores a cualquier colectividad (Correa 2004; Cristi y Ruiz 1992). De este modo, los gremialistas, inspirados en un comienzo en Jaime Eyzaguirre y Osvaldo Lira, promovían un corporativismo antiestatista y jerárquico, de raíces cristianas, que se fundaba en el orden natural y en la dignidad, trascendencia y autonomía de la persona humana frente a cualquier organización temporal capaz de alterar el orden tradicional, por ejemplo: un Estado capturado por fuerzas reformistas (Correa

²⁵ A continuación son exploradas con más detalle únicamente las corrientes gremialista y monetarista-neoliberal, dado que la corriente nacionalista ya fue analizada en la sección 2.3.2. Las ideas de las corrientes exploradas a continuación (gremialista y monetarista-neoliberal) son las que más influencia tuvieron en la formación de la derecha transicional (véase las secciones 2.4.3 y 3.1.1).

2004; Valdivia 2008). De este modo, para esta colectividad, el comunitarismo socialcristiano, el socialismo y el comunismo, eran los peores enemigos en tanto privilegiaban un orden estatista “colectivizante” en el que el individuo tenía un rol secundario. En términos de proyecto, los gremialistas, siendo un movimiento contrarrevolucionario, promovían un sistema capitalista, no liberal, católico, tradicionalista, antiestatista que, a su vez, se basaba en un modelo de Estado corporativo y subsidiario (Cristi 2000; Gazmuri 1986; Huneus 2007; Valdivia 2008).

La corriente monetarista-neoliberal, por su parte, tuvo su origen en el año 1955 cuando el presidente del departamento de economía de la Universidad de Chicago, Theodore Schultz, visitó la facultad de ciencias económicas de la PUC con la finalidad de firmar un acuerdo de cooperación académica entre ambos departamentos (de Castro 1992; Gárate 2012; Silva 2010; Valdés 1995). En aquél entonces, el acuerdo se suscribió bajo la autoridad del decano de economía, Julio Chaná, y consistió en que un selecto grupo de estudiantes chilenos tendría la oportunidad de realizar sus estudios de posgrado en el departamento de economía de la institución norteamericana, un lugar que se destacaba por defender lineamientos monetaristas y neoliberales (Gárate 2012; Silva 2010; Valdés 1995). Entre los años 1955 y 1963, alrededor de treinta jóvenes economistas de la institución católica fueron beneficiados por el acuerdo de becas realizado entre estas universidades. De modo que esto último permitió la formación y el auge de grupo de economistas a que han sido identificados hasta el día de hoy como los *Chicago Boys*, a saber: un grupo de tecnócratas que se autoproclamaban “apolíticos” –aunque tuviesen fuertes lazos con la derecha–, representantes de la “moderna ciencia económica” y que tenían como objetivo principal cambiar desde una visión monetarista y neoliberal las bases políticas y económicas que habían constituido a Chile desde 1938 (Foxley 1982; Huneus 1998, 2007; Silva 2010). En términos doctrinarios, influidos por Milton Friedman y el “padrino ideológico” del neoliberalismo Friedrich von Hayek (Centeno 1997; O’Brien y Roddick 1983; Oppenheim 1993; Silva 2010), estos tecnócratas neoliberales sostenían que una economía basada en el libre mercado y la limitación del excesivo rol interventor que tenía el Estado era la única solución para los problemas que Chile poseía en términos de desarrollo (Gárate 2012). De modo que los *Chicago Boys* proponían que el único modo de arreglar los “endémicos” problemas de desarrollo que tenía Chile era instalar una radical contracción del Estado en materias económicas y sociales, con el fin de que ambas áreas estuviesen reguladas principalmente por el mercado y sus mecanismos “imparciales” de asignación de recursos y valor. Esto es, mecanismos que eran considerados por ellos como los más “justos” si se les comparaba con la justicia impartida por un Estado que, en su modo de ver, dirigía los recursos y su poder de un modo ineficiente y arbitrario a quienes –gracias a su organización y politización– eran capaces de ejercer presión colectivamente por encima de los individuos. Además, desde un prisma tecnocrático, estos monetaristas-neoliberales también sostenían que en la esfera política era preferible que las decisiones fuesen tomadas por los expertos y no por las mayorías democráticas y los políticos que las representaban. Esto es, dado que los expertos tomarían decisiones “racionales”; mientras que las mayorías y los políticos no necesariamente. Así, para los *Chicago Boys* la legitimidad de la toma de decisiones venía del conocimiento experto más que de política en un sentido democrático tradicional. Por lo tanto, los *Chicago Boys* constituían un grupo de tecnócratas que, declarando ser los portadores de la “moderna ciencia económica”, desde un punto de vista proyectual, tenían como objetivo terminar con el intervencionismo y la protección estatal, realizar una apertura comercial de Chile al mercado internacional, fortalecer al mundo privado frente al público, fortalecer la libertad de los individuos frente al poder de las colectividades y promover un tipo de justicia social basada en la “imparcialidad” del mercado.

Con todo, no fue hasta 1975 que los monetaristas-neoliberales –quienes más tarde fueron acompañados por el sector gremialista– ganaron la disputa por la dirección de proyecto del régimen militar frente a los nacionalistas (Gárate 2012; Huneus 2007; Vergara 1985). El hecho de que este sector se haya impuesto sobre los otros tuvo que ver con tres elementos fundamentales. En primer lugar, los tecnócratas neoliberales tenían una gran cercanía con el poder. Esto es, con Pinochet y sus asesores militares. De hecho, varios de los *Chicago Boys* ya eran asesores de los uniformados antes de tener un rol primario en los ministerios. En segundo lugar, los desequilibrios económicos tenían pocas soluciones factibles y los *Chicago Boys* eran los únicos –dentro de la derecha– que tenían una solución o proyecto sólido –*El Ladrillo*– para hacerse cargo de dichos problemas. Esto es, problemas que combinaban una alta inflación y un gran déficit en la balanza de pagos. En tercer lugar, la apariencia científica que los *Chicago Boys* tenían fue determinante para asegurar su influencia en los uniformados, ya que estos últimos representaban a un grupo de tecnócratas “apolíticos” que decían representar a la “moderna ciencia económica” y que, por ello, realizarían las reformas necesarias “por encima” de los intereses particulares (incluso por encima de los intereses de los empresarios acostumbrados a trabajar bajo la protección estatal). Por ende, los militares, teniendo en cuenta todos estos aspectos, entregaron en estas circunstancias de emergencia el poder de la toma de decisiones a estos tecnócratas neoliberales (Gárate 2012; Moulian y Torres 1989; Rumie 2019; Silva 2010; Vergara 1985). Esto es, un sector derechista que no sólo poseía un proyecto capaz de hacerse cargo de lo que la derecha tradicional nunca pudo (modernizar el capitalismo), sino que poseía un nuevo modo de entender cómo se debían gestar las relaciones entre la sociedad y el Estado.

2.4.2 El milagro económico y el liberalismo-autoritario: hacia el nacimiento de una nueva derecha chilena

El inicio de la refundación capitalista iniciada por los *Chicago Boys* comenzó cuando Jorge Cauas asumió el cargo de ministro de hacienda en 1974 y Sergio de Castro –uno de los principales redactores de *El Ladrillo*– asumió el cargo de ministro de economía en el mismo año. Desde dicho entonces, el régimen militar consolidó un proyecto económico refundador que modificó la orientación de las políticas económicas radicalmente, articulando un nuevo modo en el que tanto el Estado como la sociedad debían ser relacionados en las áreas económicas, políticas y sociales (Foxley 1982; Gárate 2012; Huneus 2007; Silva 2010; Vergara 1985). En tal sentido, desde 1975 hasta 1982, se aplicó en Chile una política económica monetarista ortodoxa, “[...] caracterizada por la apertura al comercio internacional unilateral, la reducción drástica del gasto público, la fijación de un tipo de cambio nominal, la liberalización financiera, y especialmente el control estricto de las relaciones laborales” (Gárate 2012:191). Se trató de una política que en un primer momento estaba netamente enfocada en la recuperación económica de Chile, por lo que en esta etapa el ideario neoliberal aún no permeaba áreas sociales como la salud, la educación y la previsión. Es decir, áreas que sólo alrededor de la década de 1980 se modificaron desde una lógica privatizadora bajo las justificaciones extraídas de la teoría social neoliberal.

La fase de implementación del nuevo modelo económico impuesto por los *Chicago Boys* fue iniciada en abril 1975 bajo el nombre del Plan de Recuperación Económica. Esto es, un plan que ha sido caracterizado como el “tratamiento de shock”. Este plan de recuperación no trataba de introducir ajustes al modelo ISI –como plantaron las posturas moderadas en el periodo restaurador–, sino que pretendía provocar una “[...] ruptura radical que permitiera el repliegue definitivo del Estado en el plano económico, limitándolo sólo a una labor definida únicamente como subsidiaria, [...] [

permitiendo la] integración de la economía chilena al comercio internacional y al libre flujo de capitales” (Gárate 2012:203). Así, el objetivo primordial de este “tratamiento” era purgar el avance de la inflación monetaria, un fenómeno que, según los *Chicago Boys*, se constituía como la causa fundamental de todos los problemas económicos que Chile estaba viviendo. En tal sentido, la derecha chilena, a partir de 1975, bajo el liderazgo de estos tecnócratas neoliberales, no sólo se encontró frente a la oportunidad de terminar con las reformas realizadas por la UP y el PDC, sino que también con la oportunidad de terminar con un modelo de economía que lideró a Chile durante gran parte del siglo XX. A diferencia de la derecha tradicional, la gran ventaja que tenía este grupo de expertos de derecha, era que contaba con un régimen autoritario que les brindó total libertad de acción para implementar sus drásticas reformas sin tener que lidiar con las trabas políticas de un sistema democrático (Gárate 2012; Huneeus 2007; Rumie 2019; Silva 2010).

Una vez aplicado el “tratamiento de shock”, este último causó una dura recesión económica que afectó principalmente a los sectores sociales que estaban acostumbrados a recibir un constante apoyo del Estado. De hecho, el Plan de Recuperación Económica se tradujo en caídas de la producción industrial de hasta un 28% en 1975 y una caída del PIB cercana al 13%. Asimismo, el desempleo creció a principios de 1976 en casi un 20%; mientras que los salarios reales cayeron cerca de un 40% respecto al nivel que tenían en 1970. Además, la fuerte restricción monetaria produjo una importante alza en el costo del crédito y las tasas de interés subieron desde un 9,6% a un 20% durante 1975 (Gárate 2012). De modo que los resultados iniciales del “tratamiento de shock” fueron duros para una sociedad que recientemente había vivido la experiencia de un golpe militar y que, además, estaba acostumbrada a vivir bajo la tutela del estatismo económico. No obstante, los *Chicago Boys* no estaban sorprendidos con estas cifras negativas. De hecho, estos últimos tenían completamente previstos dichos resultados. Es más, según este equipo económico, el “tratamiento de shock” tenía como objetivo reducir las altas tasas de inflación y el único modo de mejorar el déficit inflacionario era precisamente atravesar por una dura recesión económica que sería seguida por un período de recuperación. De modo que los *Chicago Boys* sostenían que había que realizar “sacrificios” para alcanzar el tan codiciado éxito económico de Chile. Eso es, sacrificios que sólo podían ser realizados en un contexto antidemocrático que permitiese sin contrapesos realizar políticas de shock.

Con todo, el “tratamiento de shock” tuvo una doble significación en el régimen militar. Por un lado, significó simplemente un estrategia que pretendía resolver los desequilibrios macroeconómicos (alta inflación y déficit de la balanza de pagos); mientras que, por otro lado, también significó una nueva forma de hacer política, la cual se constituía como expresión simbólica de la racionalidad tecnocrática y el autoritarismo cientificista (Rumie 2019). De hecho, el “tratamiento de shock” tuvo una importancia política gravitante puesto que en el marco de la protección militar, los *Chicago Boys* pudieron separar la toma de decisiones de la legitimidad política, haciendo uso de la legitimidad científica como fundamento de su accionar (Centeno y Wolfson 1997; Silva 1991, 2006). En tal sentido, tras la aplicación del plan de austeridad, la política económica en Chile adoptó un estilo tecnocrático que contrapuso los intereses “particulares” de los chilenos a los llamados “intereses generales” de la nación, a saber: intereses que se oponían a los proyectos de izquierda y que no podían ser cuestionados dado que estaban justificados, según los expertos de Chicago, por la “moderna ciencia económica” (Foxley 1982). Por lo tanto, según esto último, las consecuencias del “tratamiento de shock” nunca supusieron un problema real para los *Chicago Boys*. Esto es, dado que dicho tratamiento, según declaraban estos tecnócratas, era el único camino científico posible para superar la crisis

económica y encaminar a Chile hacia el desarrollo, objetivo que era visto por estos últimos como parte del “interés general” de la Nación.

El milagro económico y la fusión de neoliberales y gremialistas

Una vez que la parte más dura del “tratamiento de shock” fue superada, sólo a partir de 1977 Chile comenzó a mostrar cifras de repunte económico (Gárate 2012). En tal contexto, las autoridades del régimen militar elaboraron y difundieron resultados estadísticos ciertamente optimistas, los cuales tenían como objetivo fundamental respaldar al Plan de Recuperación Económica impuesto por los *Chicago Boys*. En tal sentido, el repunte económico fue presentado por las autoridades militares como si se hubiese tratado del comienzo de una etapa de crecimiento que se perpetuaría durante todo régimen militar (Gárate 2012). De modo que, “[...] bajo un ambiente de euforia y de halagos de los inversionistas internacionales, se comenzó a hablar del milagro chileno” (Gárate 2012:222). Esto es, un “milagro” que venía oportunamente a justificar el autoritarismo inaugurado en 1973. Así, ante dichas circunstancias, las autoridades del gobierno y algunos círculos financieros y empresariales tuvieron el convencimiento general de que Chile –al menos hasta 1982– estaba en una período de repunte y crecimiento gracias a las drásticas políticas económicas de los tecnócratas neoliberales (Gárate 2012). Dicho convencimiento estaba fundado en las ya mencionadas espectaculares cifras que mostraba el gobierno militar, a saber: una reducción de la inflación desde un 1000% a un 30% entre 1973 y 1980; el aumento del PIB en un aproximadamente 8% anual; un balanza de pagos que indicaba un *superávit*; el aumento de las exportaciones no tradicionales; y una afluencia importante de créditos foráneos (Arellano y Cortázar 1982). Así, gracias a los optimistas resultados aquí mencionados, en 1977 las consecuencias de la dura recesión comenzaron a ser olvidadas u omitidas sobre todo por algunos sectores sociales y empresariales que se vieron favorecidos por el llamado “milagro” económico chileno.

Fue en este contexto de éxito económico que, alrededor de 1977, tras el simbólico Acto de Chacarillas, los tecnócratas neoliberales y los gremialistas comenzaron a actuar de consuno y fue en este entonces, también, cuando la teoría social neoliberal comenzó a permear ideológicamente a este nuevo bloque derechista de un modo patente, dejando de ser únicamente un recetario económico para convertirse en el marco teórico del régimen militar. De hecho, fue en este momento cuando se dieron las condiciones *sine qua non* para que el autoritarismo pudiese ser justificado desde un punto de vista ideológico y para que el proyecto que se estaba gestando en el régimen autoritario pudiese comenzar a institucionalizarse bajo las premisas de la teoría social neoliberal. En tal sentido, si bien en 1975 los economistas neoliberales eran partidarios de una economía privatizada, del rol irrestricto del mercado a la hora de distribuir los recursos económicos y el conocimiento en la sociedad y de la completa inserción de la economía chilena al sistema económico internacional, aún no habían cumplido el rol de “intelectuales orgánicos” del régimen militar y, ni siquiera, habían puesto en práctica su teoría social para darle sustento político e ideológico a dicho régimen. Es más, hasta dicho entonces estos últimos sólo se habían dedicado a realizar reformas económicas de liberalización y contracción del Estado. De modo que fue sólo tras los indicadores positivos que exponían al proyecto económico de los *Chicago Boys* como “sumamente exitoso”, que este grupo de tecnócratas neoliberales comenzó a convertirse en un sector hegemónico dentro de una derecha chilena que, integrando a los gremialistas, capturó el aparato administrativo –por ejemplo, la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN)– y usó el marco teórico neoliberal para dotar de coherencia y sistematicidad a un gobierno autoritario donde se privilegiaba la libertad económica pero donde, a su vez, se anulaba la libertad política. Por lo tanto,

fue sólo durante este período de éxito económico que surgió un nuevo bloque político que ha sido catalogado por la literatura especializada como una corriente liberal-autoritaria. Esto es, un bloque caracterizado por la adopción del neoliberalismo como teoría social y la asimilación de los gremialistas como sector social y político fundamental (Huneus 2007; Moulian y Torres 1989; Vergara 1985).

El objetivo de esta corriente liberal-autoritaria era cambiar la estructura política y económica que había imperado en Chile hasta 1973 y consolidar una nueva estructura que estuviese “protegida” de los intereses particulares y la izquierda. Esto es, para que cuando se retornase a la democracia el modelo social, político y económico defendido por los gremialistas y los neoliberales, no pudiese ser alterado por las fuerzas reformistas. Por ende, para realizar dicha tarea, era necesario legalizar las condiciones autoritarias en el corto plazo con el fin de tener tiempo para instalar el nuevo modelo de manera permanente, hacerse cargo del problema de la normalización política e institucionalizar lo antes posible el nuevo orden liberal-autoritario por medio de una nueva constitución y una nueva democracia. Sin embargo, en el marco de esta enorme tarea refundacional, ¿cómo fue posible que dos grupos aparentemente opuestos (según lo visto en la sección 2.4.1) se hayan unido en un sólo bloque? Ante esta interrogante se debe señalar que la asimilación de los gremialistas por parte de los neoliberales no fue un fenómeno fortuito. Por el contrario, más bien fue un fenómeno que respondió a un proceso gradual que se inició en la PUC en el marco de la reforma universitaria que tuvo lugar en Chile a partir de 1967 (Gárate 2012). Es más, en dicho contexto, si bien gremialistas y neoliberales tenían orientaciones ideológicas y políticas distintas, también compartían varias ideas fundamentales y formaban parte de redes sociales que permitieron su unión en un bloque homogéneo y hegemónico durante el régimen militar. Esto es, una unión que, según Vergara (1985), se gestó en el marco de un proceso de “neoliberalización” del sector gremialista. Así, hubo diversos elementos ideológicos y sociales que permitieron esta “neoliberalización”, así como también hubo elementos ligados a la coyuntura política que, en un contexto de crisis, también potenciaron la homogenización entre estos dos grupos aparentemente opuestos.

En primer lugar, en el contexto por la disputa refundadora que tuvo lugar al principio del régimen militar, los gremialistas, si bien tenían un proyecto político e ideológico que los constituía identitariamente, por el contrario, no tenían, al igual que los nacionalistas, un proyecto económico contundente capaz de hacerse realmente cargo de la crisis económica en la que se encontraba el país tras el gobierno de la UP (Moulian y Torres 1989). De modo que sólo los neoliberales, por medio del documento llamado *El Ladrillo*, tenían –como ninguna otra corriente de derecha en dicho entonces– un plan integral capaz de no sólo hacerse cargo de la crisis económica, sino que también de fundar las bases para algo que la derecha tradicional nunca pudo realizar durante el siglo XX: modernizar el capitalismo. Así, a pesar de que originalmente los gremialistas eran antiliberales y criticaban la sociedad de consumo –como lo demuestra la Declaración de Principios de 1974 que redactó Jaime Guzmán (Correa 2004; Silva 2010)–, no tuvieron otra opción que asumir y/o adaptarse al proyecto económico de los neoliberales en un contexto de crisis económica. Esto es, aspecto que muestra el lúcido pragmatismo que líder gremialista Jaime Guzmán tenía a la hora de asegurar los intereses y la influencia de su sector (Correa 2004). Es más, según señala Sergio de Castro (1992) en el prólogo de *El Ladrillo*, Guzmán participó activamente en los debates y preparativos que se llevaron a cabo durante el periodo de construcción y finalización de dicha obra. De modo que esto confirma el interés y la cercanía que desde un principio los gremialistas tenían en torno al proyecto económico de los tecnócratas neoliberales, un proyecto económico que fue pensado en un comienzo para la candidatura de Jorge Alessandri en 1970.

En segundo lugar, no sólo por la última razón los gremialistas se acercaron a los neoliberales, sino que también porque había ciertos aspectos ideológicos fundamentales que, por su naturaleza, tenían una gran concordancia entre ambas facciones. Esto es, sobre todo en un contexto marcado por la Guerra Fría y la lucha contra el comunitarismo socialcristiano y marxismo. No obstante, no fue sólo la aversión a estas ideologías y la defensa de la propiedad privada lo que unió a estos grupos, sino que el hecho de que en ambos idearios –neoliberal y gremialista– la persona y/o el individuo tenían una importancia radical frente a las colectividades y, principalmente, frente al Estado “totalizante”. En tal sentido, la aversión hacia el estatismo que neoliberales y gremialistas demostraban, sumada a la primacía de la libertad y autonomía individual, constituyó un pilar ideológico de unión fundamental entre estas dos corrientes derechistas (Correa 2005b; Cristi 2000). Dicho pilar unificador logró la gestación de una ideología liberal-autoritaria que promocionaba un tipo de Estado subsidiario y de derecho (Moulian y Vergara 1981; Vergara 1985), el cual se situaba únicamente como regulador de la competencia mercantil y garante de subsidios focalizados que, por definición, tenían como finalidad defender la autonomía y libertad de los individuos frente a las colectividades y la “politización” social. En tal sentido, Guzmán no sólo se compenetró y se dejó influir por los neoliberales chilenos, sino que también por las ideas filosóficas y políticas foráneas del teórico neoliberal Friedrich Hayek (Cristi 2000). De hecho, una muestra de esta influencia es que Guzmán, quien fue al final de la década de 1970 el arquitecto de la Constitución de 1980, llamó a esta constitución la “constitución de la libertad” inspirado en la obra de Hayek que lleva el mismo nombre (Bauer 1998; Fischer 2009; Silva 2010). Además, otro aspecto que aportó a la “neoliberalización” de los gremialistas es que tanto neoliberales como el grupo liderado por Guzmán desdeñaban la política y promovían la despolitización de la sociedad, aspecto que también coincidía con las lógicas tecnocráticas de los militares. De hecho, Guzmán diseñó para 1980 una constitución que buscó perfilar un tipo de democracia que estuviese “protegida”, donde el “interés nacional” estuviese resguardado de las colectividades politizadas que buscan hacer efectivos sus intereses por sobre los individuos, los cuerpos intermedios –elemento de su origen cooperativista– y el bien común. Así, acorde con la teoría social neoliberal hayekiana, en esta nueva democracia el “imperio de la ley” marcaría la reglas universales y permanentes dentro de la que los individuos podrían ejercer su libertad –sobre todo económica– restringiendo la posibilidad de que estos últimos, agrupados en colectividades, pudiesen modificar dicho “bien común” mediante la acción política organizada basada en intereses particularistas.

En tercer lugar, los *Chicago Boys* y los gremialistas desarrollaron fuertes lazos entre ellos durante el periodo de la reforma universitaria que comenzó en 1967. Durante dicho periodo, la primera generación de economistas neoliberales que fue becada en los años 50 para ir a la Universidad de Chicago, volvió como planta docente a la PUC; mientras que, por otra parte, en torno al mismo periodo, surgió una segunda generación de economistas que, siendo parte del gremialismo, realizó sus estudios de postgrado en Chicago y forjó su pregrado en la PUC bajo la tutela de la primera generación de economistas neoliberales (Gárate 2012; Huneus 1998, 2007). Fue en dicho entonces que neoliberales y gremialistas comenzaron a combinarse en un bloque social y político de derecha que se oponía en el contexto universitario al reformismo socialcristiano y marxista, lo cual comenzó a gestar ciertamente una “proto-neoliberalización” del sector gremialista. Empero, siendo una mezcla entre neoliberalismo y gremialismo, la segunda generación de economistas neoliberales se caracterizó por ser más

“politizada” e “ideologizada” que la primera, lo cual la llevó a participar intensamente en política universitaria y más tarde en el régimen militar de Pinochet. (Huneus 1998).²⁶

Con todo, la unión gestada entre neoliberales y gremialistas permite refutar a quienes plantean que los neoliberales estuvieron únicamente a cargo de la economía; mientras que los gremialistas solamente del desarrollo político e ideológico del régimen militar. Esto es, un planteamiento que expone a gremialistas y neoliberales separados al interior del régimen militar y opuestos ideológicamente. En tal sentido, no solamente la “neoliberalización” del sector gremial pone en jaque dicha aproximación, sino que también el hecho de que ciertos elementos ideológicos del neoliberalismo fueron utilizados –tanto por neoliberales como por gremialistas– para dar forma a un régimen militar que necesitaba ser justificado e institucionalizado. De hecho, las reformas que realizaron los *Chicago Boys* no sólo fueron importantes por su contribución técnica a la restructuración económica de Chile, sino que también –sobre todo desde 1977– por su contribución en términos políticos e ideológicos (Silva 1991, 2006, 2010). Dichas reformas difundieron elementos de una visión política-económica neoliberal que reformuló desde sus cimientos las relaciones entre el Estado y la sociedad que habían existido hasta 1973; mientras que, además, contribuyeron a la justificación de la relación antinómica entre la promoción de libertad económica y la cancelación de la libertad política en el contexto autoritario (Foxley 1982; Huneus 1998, 2007; Montecinos 1997; Moulian y Vergara 1981; Silva 1991, 2010; Vergara 1982).²⁷

La teoría social neoliberal y la justificación del autoritarismo

Los tecnócratas neoliberales y los gremialistas justificaron la relación anatómica que hubo entre la promoción del liberalismo económico y la cancelación de la libertad política durante el régimen militar mediante una teoría social neoliberal. Esta teoría no sólo contribuyó a gestar una justificación que permitió validar el autoritarismo político en Chile, sino que además determinó la estructura ideológica y las etapas de evolución del proceso de institucionalización política que tuvo lugar durante el régimen militar. En tal sentido, el aporte de la teoría social neoliberal a estas materias puede ser categorizado por medio de dos tipos de justificaciones del autoritarismo: una teórica y una práctica.

La justificación teórica poseía como principio rector que la ciencia económica de los *Chicago Boys* era una “súper ciencia” capaz de hacerse cargo de los diversos fenómenos sociales, inclusive de aquellos que estaban más allá de cualquier criterio económico-técnico (Foxley 1982). Así, al menos durante el período del “milagro” económico, los partidarios del régimen militar aseguraban que la

²⁶ Según señala Huneus (1998), hubo un considerable número individuos de la segunda generación de *Chicago Boys* que obtuvieron puestos relevantes dentro del régimen militar y que, también, obtuvieron puestos de dirigentes políticos asociados a la derecha y al gremialismo durante sus estudios en la PUC, por ejemplo: Miguel Kast –además de ser un famoso dirigente gremialista y subdirector y director de ODEPLAN durante el régimen militar– fue presidente del Centro de Alumnos de Economía de la PUC (CAEUC) (1969-70) y secretario general de la Federación de Estudiantes de la PUC (FEUC) (1970-71); Cristian Larroulet –quien fue un también alto funcionario de ODEPLAN a comienzos de los años 80 y jefe de gabinete de Hernán Büchi– fue presidente de la FEUC (1974-77); Felipe Lamarca –quien fue jefe de gabinete de Sergio de Castro y después director del Servicio de Impuestos Internos de Chile (SII)– fue vicepresidente de la FEUC en la directiva de 1971-72; Ernesto Silva –quien participó en la elaboración de El Ladrillo y fue uno de los mayores colaboradores de Miguel Kast en ODEPLAN; fue además presidente del CAEUC y dirigente del movimiento gremial.

²⁷ Esta nueva derecha o derecha renovada que se estaba formando, tenía ideas profundas y un proyecto que ofrecer a la sociedad chilena. Esto es, una situación que se puede contrastar con lo que la derecha tradicional podía ofrecer antes de 1975. Sin embargo, dichas ideas y proyecto no hubiesen podido implementarse o alcanzar un estatus hegemónico sin las condiciones autoritarias desde las que estas últimas se desarrollaron y materializaron.

coherencia interna de la ciencia económica de los *Chicago Boys* había probado ser un poderoso instrumento para detectar los males sociales y para diseñar nuevas fórmulas racionales y eficientes aplicables a toda área del conocimiento (Foxley 1982). Es más, para los seguidores de esta “superciencia”, aquella debía ser utilizada también con el objetivo de “[...] dar forma a las nuevas instituciones políticas y legales que [servirían] de fundamento a la nueva economía y la nueva sociedad” (Foxley 1982:79–82). De modo que la “superciencia” de los tecnócratas neoliberales debía valer también para justificar las condiciones antidemocráticas del régimen militar, así como para iniciar un proceso de institucionalización enmarcado en el proyecto de modernización capitalista neoliberal (Foxley 1982). Por ende, en el marco de la racionalidad tecnocrática y bajo la orientación provista por las obras Friedman y Hayek, los economistas neoliberales extendieron sus ideas más allá del campo propiamente técnico al cual estaban circunscritos y se embarcaron en un proyecto que pretendió fundar desde sus cimientos un nuevo tipo de sociedad, a saber: una “sociedad libre”, con una nueva democracia, regulada por el por el mercado, donde la izquierda y el estatismo estuviesen excluidos (Silva 2010).

Esta justificación “científico-neoliberal” aceptaba como un evento necesario el autoritarismo político si la meta era alcanzar el Estado subsidiario, de derecho y la libertad económica (Moulian y Vergara 1981; Vergara 1982, 1985). De hecho, esta justificación sostenía que no cabía posibilidad de entrar en un proceso de “normalización” democrática mientras no se reconfiguraran desde sus cimientos las “corruptas” relaciones existentes entre el Estado y la sociedad que habían caracterizado a Chile hasta 1973. Esto es, relaciones que, gracias a un exacerbado estatismo, según señalaban los tecnócratas neoliberales, habían ahogado la libertad de los individuos –sobre todo en la esfera económica– bajo las demandas de las colectividades organizadas que podían ejercer presión y bajo el poder de los políticos “corruptos” que sólo buscaban mantener su influencia. De modo que el principal objetivo de esta justificación teórica era validar el autoritarismo como único medio para alcanzar una nueva y superior institucionalidad que garantizase el correcto funcionamiento del libre mercado y la competencia, instancias que eran consideradas por la corriente liberal-autoritaria como el “interés general” de la nación y los únicos lugares donde se podía alcanzar la “verdadera” libertad individual (libertad económica) y democracia (democracia de mercado). En el marco de este raciocinio, la libertad económica adquirió una importancia superior a la política, en tanto que no podía existir una “verdadera” libertad mientras no estuviese asegurada institucionalmente la autonomía económica de las personas. De hecho, según esta línea de pensamiento, era perfectamente posible estar en un régimen democrático que garantizase libertad política de los individuos y al mismo tiempo vivir bajo el dominio totalitario de un Estado que succionase una gran parte de los recursos de los ciudadanos (limitando el desarrollo de sus propias preferencias y libertad) con el fin de satisfacer un “bien común” impuesto por las colectividades que ejercen presión y los gobernantes de turno. De modo que la libertad política, según esta visión, no traía consigo necesariamente la libertad individual, la cual sería, en este marco interpretativo, predominantemente económica. En tal sentido, para los tecnócratas neoliberales el “único” y “verdadero” espacio democrático no se experimentaba en la política tradicional, sino que en el mercado: un espacio donde los individuos toman decisiones “reales” acordes a sus propias preferencias, las cuales, a su vez, sólo pueden ser garantizadas por un Estado de derecho y subsidiario. Esto es, un tipo de Estado que se encarga sólo de subsidiar a la pobreza extrema y reglamentar la libre iniciativa sin ahogarla y favorecer a grupos específicos. Según esta lógica, sólo las leyes “impersonales” y “no arbitrarias” del mercado son garantes de la igualdad de oportunidades y de la “verdadera” libertad individual. Conforme a ello, las decisiones que tienen que ver con el destino de

la nación en su conjunto, deben ser tomadas por los expertos que entiendan y respeten el “orden espontáneo” del mercado. Es decir, expertos neoliberales (Rumie 2019).

Con todo, para los *Chicago Boys* no era sensato permitir el desarrollo de la libertad política ni abrir un proceso de “normalización” política mientras no hubiese madurado un sistema económico-político capaz de asegurar a los individuos su libertad e independencia económica frente al Estado (Moulian y Vergara 1981; Vergara 1985). Fue así que la corriente liberal-autoritaria resolvió de una manera formalmente liberal la paradoja entre liberalismo y autoritarismo. Por un lado, el autoritarismo era meramente un estado de emergencia que tenía como función eliminar un modelo de Estado planificador o “totalitario”; mientras que, por otro lado, el autoritarismo era un espacio de preparación para el establecimiento de un nuevo modelo de sociedad que era diametralmente opuesto a la que hubo antes de 1973, a saber: una “sociedad libre”, sostenida en un Estado de derecho y subsidiario, donde los individuos tomarían decisiones autónomamente sin ser cortados por un tercero, quien en este caso sería el Estado “totalitario” (Moulian y Vergara 1981). En efecto, el monetarismo ortodoxo aplicado a partir de 1975 evolucionó “[...] desde recetas simples y técnicas de corto plazo para reducir la inflación, hacia un enfoque radical de una economía de libre mercado y de una sociedad organizada en torno del principio de la libertad económica” (Foxley 1982:82). En el marco de esta evolución, la ausencia de libertad política comenzó a ser vista por el liberalismo-autoritario una condición *sine qua non* para instalar un sistema social, económico y político que asegurase la “verdadera” libertad de los individuos.

La justificación práctica, por su parte, se relacionó íntimamente con el marco teórico neoliberal previamente examinado, pero se materializó *de facto* en el acceso al consumo masivo, a saber: una acción que, en el contexto autoritario, se tradujo en una herramienta eficaz para obtener la aprobación de los sectores sociales altos-medios-bajos de Chile, para despolitizar la sociedad y para consolidar a nivel práctico un régimen autoritario que sustituyó la libertad política por la libertad económica (Silva 2010). En tal sentido, como resultado de la integración de la economía chilena al mercado mundial durante el liderazgo de los *Chicago Boys*, la sociedad chilena aumentó radicalmente su acceso a bienes de consumo importados de los países industrializados. En tal contexto, las importaciones de bienes de consumo beneficiaron mayoritariamente a los sectores sociales dominantes de la sociedad, aunque también a los sectores populares (Silva 2010). De hecho, quienes no podían acceder a estos productos importados no sólo podían acceder a un “crédito fácil” para satisfacer sus necesidades consumistas, sino que además asimilaban ideológicamente el consumismo como sinónimo de modernidad y desarrollo (Silva 2010). Así, mientras en Chile se vivía un período autoritario, los *Chicago Boys* patrocinaron la idea de que con el crédito fácil, sumado a la variada oferta de productos importados – muchas veces de mejor calidad y más baratos que los que producía la industria nacional chilena antes de 1973–, todos los individuos podían ser parte de un nivel de vida y consumo como nunca antes se había visto en Chile (Gárate 2012; Silva 2010). Esto es, independientemente de su estrato social. De modo que quienes pertenecían a los estratos sociales medios y bajos –quienes jamás habían tenido acceso a estos productos– ahora podían acceder a ellos tal como las clases altas lo habían hecho a lo largo de los años. De hecho, fue durante este período que las tiendas comenzaron a estar llenas de mercadería extranjera, además de contar con productos que eran de lujo o casi desconocidos antes de 1973, productos que se exhibían en las vitrinas como si fuesen cosas comunes y al alcance de todos los bolsillos (Held y Jiménez 1999). En tal sentido, el argumento del régimen militar y los economistas neoliberales era que en las circunstancias autoritarias todos los chilenos (a través del consumo masivo) podían gozar de un estilo de vida “desarrollado” nunca antes visto en Chile, por lo que el razonamiento

provisto por el régimen militar era el siguiente: ¿qué importa que el gobierno cancele la libertad política si todos los chilenos en este régimen poseen la libertad de elegir sus productos sin estar coartados por un Estado que limita económicamente a los individuos y que, mediante la regulación de las importaciones, impide a los chilenos elegir libremente productos mejores y más baratos!

Los esfuerzos del gobierno militar por redefinir a los chilenos como consumidores en lugar de ciudadanos, no estaban dirigidos únicamente a la obtención de la aprobación social, sino que estaban dirigidos también a privatizar la naturaleza de las relaciones sociales dentro de la sociedad civil (Silva 2010). Por ende, por medio de la sociedad de consumo, el gobierno tuvo como objetivo primordial asegurar la hegemonía de los principios neoliberales y destruir las identidades colectivas que existían previamente en la sociedad chilena, por ejemplo: la lealtad al partido político, al vecindario y la solidaridad social con los más necesitados, lealtades que eran consideradas como un legado del pasado socialista (Silva 2010). En efecto, los *Chicago Boys* y el gobierno militar buscaron reemplazar mediante el consumo dichas identidades políticas y colectivas en el marco de una ideología neoliberal que promovía únicamente el logro de metas individuales (Moulian y Vergara 1981; Vergara 1985). Por ende, la sociedad de consumo instaurada en el régimen militar se correspondió con los principios neoliberales, a saber: el “verdadero” espacio democrático es uno en el cual no se toman grandes decisiones políticas, sino que un espacio donde se toman decisiones individuales en el mercado.

Con todo, bajo un clima de éxito económico y mediante las justificaciones antedichas, la corriente liberal-autoritaria logró no sólo justificar el autoritarismo, sino que logró construir una visión de sociedad con el suficiente atractivo ideológico y cultural como para influenciar a empresarios, importantes sectores de las FF.AA., demócratacristianos, sectores populares, e incluso a una izquierda que tenía ansias de renovación. En tal sentido, la elaboración de una visión de sociedad basada en una teoría social que tenía un correlato práctico en el consumo, le dio a esta corriente liberal-autoritaria algo que la derecha jamás había tenido, a saber: un proyecto económico e ideológico capaz de posicionarse hegemónicamente en la derecha y la sociedad. De hecho, tal fue el éxito que los liberales-autoritarios tuvieron en este periodo que, habiendo alcanzado una considerable fuerza ideológica, quisieron potenciar aún más dicho poderío mediante la creación de importantes *think tanks* y revistas que estaban destinadas a la difusión y consolidación de las ideas neoliberales, por ejemplo: el CEP y las *Revistas Realidad*, *Leviatán* y *Estudios Públicos*. Del mismo modo, a través de *El Mercurio* —un periódico que también ayudó al gobierno de Alessandri y a la “Misión Klein-Saks”— las “ideas-fuerza” fundamentales del neoliberalismo también fueron diseminadas, por ejemplo: libertad negativa (ausencia de coerción), igualdad de oportunidades y no de resultados, la crítica al Estado totalitario, la autorregulación del mercado, etc. Así, al menos hasta 1982, la derecha, comandada principalmente por los neoliberales, tomó la oportunidad del autoritarismo para instalar un proyecto económico e ideológico que buscó situarse hegemónicamente en la sociedad chilena y en la derecha vista como una totalidad.²⁸

Gremialistas, Constitución de 1980 y la institucionalización del régimen militar

Tras el Acto de Chacarillas realizado en 1977, el sector gremialista consiguió imponer la tesis de la “necesidad” de un proceso de institucionalización del régimen militar, a saber: un proceso de institucionalización que buscó definir un marco de normas legales para la acción de los aparatos

²⁸ Este caso particular muestra como es que los intelectuales —en este caso de tipo experto— pueden tener un importante rol a la hora de renovar y justificar las ideas y prácticas de un sector político determinado.

represivos del régimen autoritario y que buscó establecer, además, los plazos y mecanismos para el inicio de un proceso de “normalización” política. En tal sentido, la motivación que llevó a proclamar dicha institucionalización como “necesaria” tuvo que ver inicialmente con que el gobierno militar – dada su relación con la violación de los derechos humanos– debía ser legalizado lo antes posible para que este último pudiese responder ante normas legales –bastante laxas por lo demás– que permitiesen apaciguar los conflictos sociales y las críticas que estaban surgiendo en torno a dichos acontecimientos. Por lo tanto, este proceso de institucionalización fue pensado para, por un lado, crear una nueva imagen del régimen militar asociada a la estabilidad y la legalidad política; mientras que, por otro lado, también fue pensado como una estrategia para ganar tiempo y aceptación social para así, en un entorno autoritario, poder realizar y asegurar de manera perpetua los cambios “necesarios” sobre todo en los campos económico y político. Esto es, para que cuando se volviese a la democracia estuviese establecido un sistema político y económico que no pudiese ser alterado por principalmente la izquierda (Moulian y Torres 1989).

Esta “necesidad” de institucionalización del régimen militar fue el inicio de un proceso en el que los liberales-autoritarios –esta vez comandados por el líder gremialista Jaime Guzmán– comenzaron perfilar la idea de que también era “necesaria” una nueva constitución política. Esto es, una que permitiese “arreglar” el endémico problema que otrora tanto malestar le causó a la derecha tradicional, a saber: un sistema democrático liberal en el que la distribución del poder se daba en un entorno de alternancia política que comprendía tanto a las fuerzas a reformistas como a las fuerzas revolucionarias (Moulian y Torres 1989). De modo que fue en este contexto que, tras haberse hecho patente la “necesidad” de la institucionalización al interior de ciertos grupos derechistas, la junta militar encomendó el estudio de una nueva constitución a una comisión integrada por distintos especialistas de derecha. No obstante, fue Jaime Guzmán fue quien desde un comienzo se impuso a la hora de diseñarla a pesar de que hubo voces disidentes en varias materias. Es más, no es exagerado afirmar que Guzmán, en lo medular, siendo uno de los líderes indiscutidos de la derecha liberal-autoritaria, puede ser considerado como el autor más representativo de dicho texto constitucional (Cristi 2000). De modo que, en el marco de su liderazgo, la derecha tuvo finalmente la posibilidad de crear una constitución que protegiese sus intereses y limitase la participación plural en democracia, una posibilidad que le permitió a este sector hacerse cargo de uno de los mayores problemas que tuvo que enfrentar la derecha tradicional durante gran parte en el siglo XX (el auge del reformismo, la izquierda y su participación en el poder).

Cuando la Constitución de 1980 fue redactada, Jaime Guzmán ya había abandonado parcialmente sus ideales corporativistas y estaba orientado a promover una idea de democracia instrumental neoliberal. De hecho, según Cristi (2000), la concepción de democracia instrumental y “protegida” que Guzmán desarrolló en la Constitución de 1980 fue fundamentalmente influenciada por el pensamiento político-filosófico de Friedrich Hayek. Es más, como sostienen Silva (2010), Bauer (1998) y Fischer (2009), Guzmán nombró a dicho documento como una “Constitución de la libertad” en honor a la obra de Hayek que lleva el mismo nombre. Sin embargo, si bien esto pareciese ser cierto dada la “neoliberalización” del sector gremialista y el pragmatismo guzmaniano en un entorno de éxito neoliberal, en un nivel específico, no sólo el neoliberalismo influyó en dicha carta fundamental, sino que también otras vertientes ideológicas que, aunque en un menor grado y fusionadas con el neoliberalismo, fundaron el modo en el que Guzmán pensó esta nueva constitución y democracia, por ejemplo: el individualismo posesivo de Hobbes y Locke (individualismo que coincide gruesamente con el neoliberalismo hayekiano); el pensamiento conservador europeo hispanista de Ramiro de

Maeztu, Vázquez Mella y el pensador tomista Manzer; el pensamiento de los conservadores chilenos de Osvaldo Lira, Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre y Alberto Edwards (pensamiento que aportó elementos a la concepción del “bien general” y la protección de la historia nacional); el decisionismo de Carl Schmitt (cuyo marco teórico ayudó a que Guzmán pudiese poner en cuestión la Constitución de 1925); y la concepción de democracia instrumental elaborada por Schumpeter y Popper (una democracia instrumental que coincide en lo general con las ideas hayekianas) (Vergara 2007).

Con todo, las influencias anteriormente expuestas contribuyeron a que Guzmán diseñara una Constitución de 1980 donde las normas legales privilegiasen un tipo de democracia instrumental que sólo consistía en un método que permitiese generar representación política. Esto es, un método donde la democracia no era más que elegir representantes y donde se anulaba la visión de una democracia liberal donde la representación sí tiene realmente un nexo con la esfera de la toma de decisiones. En tal sentido, al igual que en marco teórico hayekiano, para Guzmán la democracia no era una condición *sine que non* de la libertad de los individuos y de la autonomía de las personas. De hecho, según su lógica, perfectamente podía existir un régimen democrático donde hubiese individuos sin libertad y oprimidos por la “tiranía” de las mayorías y los intereses políticos particulares. De modo que, según Correa (2005b), lo que realmente le interesaba a Guzmán era proteger los “valores superiores” y “permanentes” de la nación frente a toda colectividad, incluso si esto se hacía por sobre de la soberanía popular. Dichos “valores” eran identificados desde la lógica guzmaneana, por una lado, con los derechos naturales de las personas. Es decir, derechos que son, según esta línea de pensamiento, anteriores y superiores al Estado y cualquier colectividad (aspecto que provenía del tradicionalismo católico pero que coincidía con el ideario neoliberal). Mientras que, por otra parte, también eran identificados con la tradición histórica de la nación (elemento que provenía del hispanismo tradicionalista). En tal sentido, es precisamente dado que los “valores superiores” de la nación están por encima del sufragio universal y las colectividades, que la Constitución de 1980 declara que la soberanía radica únicamente en la nación y no en el pueblo. Así, bajo estas premisas, como señala Cristi (2000), Jaime Guzmán asumió que la única forma de asegurar la supremacía de dichos “valores superiores” en democracia era a través de límites impuestos mediante una constitución que imposibilitase que la democracia traspasase su carácter instrumental. Por ende, dado que la democracia debía estar condicionada por las tradiciones del “alma nacional” y sus “valores superiores”, es que es posible limitar por medio de una constitución los alcances del sufragio universal. Es precisamente esta concepción de democracia –una democracia instrumental y protegida– la que se encuentra detrás de los senadores designados, el sistema electoral binominal, el consejo de Estado y del tribunal constitucional (Correa 2005b).²⁹

2.4.3 Hacia el retorno de la democracia: la crisis de 1982, la apertura política y la reorganización partidaria de la derecha

El origen de la crisis financiera que azotó a Chile entre los años 1981 y 1984 aún es motivo de discusión para los especialistas en materia económica. De hecho, son muchos los elementos internacionales y/o

²⁹ Este caso particular muestra como es que los intelectuales –en este caso de tipo jurista– pueden tener un importante rol a la hora de renovar y justificar las ideas y prácticas de un sector político determinado. De hecho, como aquí se señala, fue un intelectual (junto al grupo que éste lideraba) el que se encargó de establecer los sistemas de protección para que la derecha transicional pudiese volver a la democracia con un proyecto de sociedad protegido de las fuerzas reformistas. Esto último no sólo tuvo una repercusión práctica en Chile, sino que modeló las ideas de la derecha transicional, sobre todo en relación a cómo esta última entendió –en términos generales– la democracia representativa.

nacionales (externos e internos al país) que pueden haber influido en dicha crisis. No obstante, si hay algo de lo que no se puede dudar, es que esta crítica coyuntura económica marcó el inicio de un periodo de apertura política, el fin de las políticas orientadas por el monetarismo ortodoxo y el fin de la hegemonía del liberalismo-autoritario. Tras dicha crisis, el control total por parte de Sergio de Castro y sus asesores instalados en ODEPLAN –tecnócratas neoliberales y gremialistas– llegó a su fin en lo que respecta a su extendida hegemonía (Gárate 2012). Es más, tras esta crisis económica, la cual ha sido comúnmente catalogada como “la crisis de 1982”, se inauguró un nuevo periodo del régimen militar que estuvo determinado por la reorganización de los partidos políticos chilenos y un posterior retorno a la democracia en 1990.

Desde un punto de vista nacional, según Ffrench-Davis (1983), la crisis originada alrededor de 1982 tuvo una directa relación con lo que sucedió después de la aplicación de los programas de austeridad y apertura económica implementados por los *Chicago Boys*. De hecho, según señala este economista, la crisis económica de 1982 se gestó gracias a que el aumento en la producción que tuvo lugar tras la aplicación de las políticas económicas neoliberales no compensó la introducción de productos foráneos a precios muy bajos. De hecho, el aumento descontrolado de las importaciones por sobre las exportaciones durante el periodo del “milagro” económico –sobre todo en lo que concierne a bienes de consumo no productivos– debió cubrirse en último término con crecientes ingresos del capital extranjero mediante el crédito internacional. De modo que los tecnócratas neoliberales que impulsaron el nuevo modelo económico no comprendieron que la mayor parte del crédito externo que se atrajo a Chile se destinó al consumo y no a la inversión, lo cual convirtió a todo este proceso de repunte en una suerte de crecimiento económico que fue promovido por la deuda (Ffrench-Davis 1983; Gárate 2012). En efecto, antes de 1982 el país estaba gastando más de lo que producía pues la mayor parte de los créditos externos estaban siendo destinados al consumo y no a la inversión, lo cual se traducía en que dichas entradas de dinero no eran invertidas en infraestructura productiva o exportadora. En tal sentido, el equipo económico se tardó mucho tiempo en reconocer la pérdida de competitividad de la economía chilena (Gárate 2012).

Desde un punto de vista internacional, no obstante, hay que destacar que si bien la economía chilena ya tenía desequilibrios considerables alrededor de 1980, la gran crisis no se hizo determinante hasta que el costo del financiamiento externo aumentó considerablemente (Gárate 2012). En tal sentido, un sistema económico que se basaba en la apertura comercial y la deuda externa colapsaría inevitablemente ante una crisis extranjera que alterase las condiciones bajo las cuales se gestionaba el financiamiento. Como indica Gárate, en 1979 y sobretodo en 1981

[...] se produjo un recalentamiento de la economía norteamericana, frente a lo cual Estados Unidos decidió incrementar fuertemente las tasas de interés (hasta un 19%) con el objeto de detener un peligroso brote inflacionario. Esto produjo una importante fuga de capitales desde Chile, a lo que se sumó una caída del precio del cobre y un aumento del precio internacional del petróleo, el cual ya había sufrido importantes alzas desde los inicios de la revolución iraní de 1979. Este conjunto de factores externos originó fuertes presiones de devaluación en el tipo de cambio y aumento del costo del crédito, acelerando el proceso de degradación de la situación económica chilena hacia comienzos de 1981 (Gárate 2012:228).

Con todo, a pesar de la intensidad de la crisis, los *Chicago Boys* continuaron sosteniendo dogmáticamente que la fuerte recesión era transitoria y que el mercado produciría un “ajuste automático” que restablecería el equilibrio económico. No obstante, la tozudez de este equipo de neoliberales –especialmente la de Sergio de Castro– sólo trajo consigo el empeoramiento de la situación financiera. De hecho, según Silva (2010), esto se tradujo en la decisión de los bancos internacionales de recortar el flujo de préstamos y en un aumento de la falta de confianza de la

población con respecto al gobierno militar y sus políticas económicas. Es más, como consecuencia de ello, Pinochet tuvo que reestructurar su gabinete y Sergio de Castro perdió su puesto de ministro de hacienda (22 abril de 1982) y su posición como líder del equipo económico.³⁰ Así, la ortodoxia de la “moderna ciencia económica”, aquella que acusaba a los economistas ajenos al monetarismo de ser los culpables de las erradas políticas económicas realizadas aproximadamente desde 1938, mostraba sus primeros resultados en su fase más radical: de acuerdo con las cifras de Angell (1993), en 1982 el PIB cayó en 14,1% y la inversión en más de un 30%. A esto se le sumó que la devaluación del peso en relación al dólar cayó significativamente, así como también las reservas internacionales. Asimismo, el desempleo alcanzó la cifra de un 19% e incluso un 26% en 1983. Todo esto, sin incluir a los trabajadores que formaban parte de los programas asistenciales de empleo de emergencia Plan de Empleo Mínimo (PEM) y Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH). Del mismo modo, el ingreso real *per cápita* era un 3,5% inferior al de 1970 y el nivel de desigualdad había aumentado, así como la producción industrial era inferior a la de 1970. Para culminar, la deuda externa de Chile equivalía al 80% del PIB.

La apertura política durante el régimen militar

La coyuntura que se originó entre los años 1982 y 1983 no sólo estuvo marcada por la severa crisis económica, sino que también por una crisis política y social que este mismo panorama suscitó. Durante dicho período, hubo varios elementos que se instalaron como críticos en el contexto autoritario: se puso en cuestionamiento de la hegemonía de la corriente liberal-autoritaria y su modelo económico, el gobierno militar entró en un periodo de inmovilismo en el terreno político, comenzó a desarrollarse un proceso de unificación al interior de la oposición y se inició un periodo de movilizaciones sociales, entre otros eventos. Bajo estas condiciones, el gobierno tuvo que inaugurar una etapa en el que se intentaron controlar los caóticos efectos de la crisis mediante una parcial apertura política que tuvo lugar entre 1981 y 1985, a saber: una apertura moderada que fue gestada en el marco de una constitución anti-pluralista (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988; Siavelis 2014).

El periodo de apertura se inició en torno a las disputas que surgieron en 1982 tras la renuncia del ministro del interior Sergio Fernández. Esto es, un ministro asociado a la corriente liberal-autoritaria que había encabezado el gabinete desde 1978 y que, por ende, atravesó la mayor parte del periodo de crisis económica que vivió el régimen militar. La causa de la renuncia de Fernández tuvo que ver con que Pinochet rechazó el plan político sugerido por el este ministro, un plan que planteaba la “necesidad” de la rápida aprobación de determinadas leyes constitucionales pero que, además, promovía la legalización de los partidos políticos. En tal sentido, Fernández planteó la necesidad de esta la legalización dado que –según argumentaba– el avance rápido en el terreno político podía producir una “descompresión” política que, a su vez, podía aminorar la pérdida de apoyo que el régimen militar estaba sufriendo en el contexto de la dura crisis económica. Específicamente, el plan propuesto por Fernández incluía –además de la legalización de los partidos políticos– la mantención del equipo económico (a pesar de la crisis), la aceleración de las modernizaciones neoliberales en las áreas de la salud, justicia, educación, administración pública, entre otras; así como la profundización de la política de privatizaciones de las empresas públicas (Moulian y Torres 1988). De modo que a Fernández –quien era simpatizante de los *Chicago Boys*– lo que más le importaba era instalar las

³⁰ La renuncia de Sergio de Castro fue una medida cosmética que tenía como objetivo solventar la creciente impopularidad del gobierno militar. De hecho, Sergio de Castro fue reemplazado por Sergio de la Cuadra. Esto es, otro Chicago Boy que continuó los mandatos neoliberales, aunque de un modo mucho más pragmático.

reformas neoliberales y, mediante una apertura política restringida a los mandatos de la Constitución de 1980, crear las condiciones políticas y sociales idóneas para realizar dicha tarea (Moulian y Torres 1988; Siavelis 2014).

La renuncia de Fernández no sólo mostró las diferencias que Pinochet tenía con un sector liberal-autoritario desprestigiado tras la crisis económica, sino que también la ambigüedad y la crisis en la que estaba el régimen militar. De hecho, tras la renuncia de Fernández, se inauguró un periodo “pendular” en el que Pinochet comenzó a establecer vínculos simultáneamente con el sector liberal-autoritario (sector “blando”) y el nacionalista (sector “duro”). Esto es, restándole credibilidad al accionar del régimen militar y reactivando la disputa por la influencia y control que otrora ya había existido entre los distintos grupos derechistas (véase sección 2.4.1). Ante tales circunstancias, los nacionales –quienes habían sido desplazados por la corriente liberal-autoritaria en los primeros años del régimen– tuvieron nuevamente la oportunidad de disputar la venia de los uniformados; mientras que los liberales-autoritarios esta vez debieron defender su estatus hegemónico al interior del régimen militar. En tal sentido, el sector “blando” encabezado por los liberales-autoritarios, buscaba la definitiva y rápida institucionalización del modelo económico, social y político instaurado durante la primera década del régimen militar y un eventual retorno a la democracia bajo las condiciones de dicho modelo; mientras que el sector “duro”, encabezado por los nacionalistas, apoyaba a ultranza al régimen militar y, por ende, valorando la lógica autoritaria, no favorecían un eventual retorno a la democracia bajo las condiciones que el sector “blando” había impuesto (Garretón 2000; Moulian y Torres 1988; Siavelis 2014).

La estrategia de “balanceo” usada por Pinochet dio como resultado finalmente un viraje del gobierno hacia un sector nacionalista de corte moderado. De hecho, en 1983 Pinochet nombró como ministro de hacienda al nacionalista y ex-presidente del PN Sergio Onofre Jarpa. Tras dicho nombramiento, Jarpa puso en práctica un plan que tenía como objetivo dos cuestiones fundamentales: por un lado, en relación a la crisis política, desarrollar una “descompresión política” mediante la creación de herramientas de “diálogo” que permitiesen entablar una comunicación “prospera” con los sectores de oposición; mientras que, por otro lado, en relación a la crisis económica, enfrentar la crisis mediante el remplazo de los monetaristas ortodoxos en la conducción económica por técnicos y personeros empresariales más flexibles y pragmáticos. Esto es, técnicos que sobre todo se hiciesen cargo del gran endeudamiento que Chile estaba sufriendo. El objetivo general del “plan de Jarpa” era apaciguar tanto la efervescencia político-social como armonizar las relaciones del gobierno con el mundo empresarial en un contexto de crisis económica. En tal sentido, Jarpa no era un detractor del modelo económico que imperaba en Chile ni de la Constitución de 1980. De hecho, estaba a favor de varios aspectos de dicho modelo económico y político. No obstante, siendo más moderado, era un opositor al dogmatismo de los monetaristas ortodoxos, así como al “apuro” que tenían los liberales-autoritarios de poner en práctica rápidamente los principios de la nueva constitución. De modo que Jarpa tenía como objetivo establecer los principios de la constitución y el nuevo modelo económico, pero desde un punto de vista pragmático, paulatino y “dialogante”. Esto es, con el fin de armonizar los conflictos sociales y económicos que estaban teniendo lugar en dicho entonces sin el “apuro” y radicalidad que la corriente liberal-autoritaria había mostrado (Moulian y Torres 1988, 1989).

Con todo, el efecto que tuvo el plan de “descompresión” por medio del “diálogo” no fue el esperado y esto se tradujo en que dicho plan fracasó en dos sentidos fundamentales. En primer lugar, el plan de Jarpa produjo una fuerte polarización al interior de las colectividades opositoras al régimen militar. De hecho, se establecieron como polos opuestos los sectores que aceptaron el “diálogo” y aquellos que lo

rechazaron. Por un lado, los sectores que aceptaron el dialogo se agruparon en la Alianza Democrática (AD): una colectividad política que integraba a fuerzas provenientes del sector socialista moderado, los demócrata-cristianos, el radicalismo, la socialdemocracia y la Derecha Republicana (DREP). Mientras que, por otro lado, los sectores que rechazaron el dialogo se agruparon en el Movimiento Democrático Popular (MDP): un movimiento cuyas fuerzas principales integraban a comunistas y socialistas no renovados. Esta polarización trajo consigo no sólo la disminución de la cooperación entre los actores políticos de la oposición, sino que también el auge de las protestas fomentadas por los grupos de izquierda radicales que no estaban dispuestos a dialogar. Es más, dada esta desarticulación de la oposición, las protestas comenzaron a tener una estructura particular, pues estas últimas comenzaron a ser menos masivas –había menos homogeneidad en la oposición– pero más intensas. En segundo lugar, la política de Jarpa también fracasó en el sentido de que mediante el “dialogo” se pudiesen apaciguar las condiciones de efervescencia y aplazar la legalización *de facto* de los movimientos políticos. De hecho, tras la puesta en práctica del plan Jarpa, varios partidos políticos tuvieron que ser legalizados y se aceleró un proceso de apertura hacia un sistema partidario ilegal pero tolerado. De modo que el plan de Jarpa fracasó dado que el gobierno sólo intentó una apertura y “dialogo” limitados que no concordaban con las expectativas que la oposición tenía en un momento tan crítico como el que se estaba viviendo en Chile. Es más, en tales circunstancias, incluso ciertas fracciones de los sectores moderados de oposición pedían la renuncia de Pinochet y una Asamblea Constituyente (AC). Por ende, en esta última instancia, el frustrado “dialogo” que intentó realizar Jarpa sólo aceleró la formación de partidos políticos (Moulian y Torres 1988).

La reorganización partidaria de la derecha chilena

El proceso de reconstitución de los partidos políticos de la derecha tiene su origen precisamente en el momento que Onofre Jarpa intentó llevar a cabo su plan de “descompresión” política mediante la estrategia del “dialogo”. De hecho, fue a partir de este entonces –principalmente tras la legalización de los partidos políticos– que tanto la derecha como la izquierda comenzaron a reorganizarse con el objetivo de crear colectividades políticas que pudiesen competir por el poder tras un eventual retorno a la democracia. En tal sentido, la derecha creó durante la segunda década del régimen militar dos partidos políticos que hasta el día de hoy constituyen gran parte de cara política de este sector: la UDI (1983) y RN (1987). La aparición de estos partidos políticos durante la última década del régimen militar no fue un “parto” fácil. De hecho, al interior de la derecha había varios lineamientos que disputaban el título de representante político del sector. De modo que previamente a 1983 –momento en el que se gestó *de facto* la apertura política– había varios grupos derechistas que estaban esperando tener su oportunidad. Esto es, más allá de que hubiese ese entonces una parcial hegemonía de la corriente liberal-autoritaria. Por un lado, había un grupo de neoliberales que, reunidos en torno a la Corporación de Estudios Contemporáneos (COEC) –una corporación fundada en 1978 que reunía especialmente a neoliberales hayekianos–, se sentían ajenos al gobierno militar y criticaban el autoritarismo de la Constitución de 1980 y tradicionalismo católico promovido por la corriente liberal-autoritaria. Por otro lado, estaba el grupo Nueva Democracia (ND), el cual estaba liderado por Jaime Guzmán y constituía la expresión política de la corriente liberal-autoritaria y, hasta cierto punto, del gobierno militar. Por su parte, estaba el grupo político que tenía una orientación nacionalista. Esto es, el mismo grupo disputó el poder de influencia frente a los tecnócratas neoliberales a principios del régimen militar y que promovía un Estado corporativo autoritario y nacionalista –en este grupo había lineamientos moderados y radicales–. Por último, estaba la DREP –más tarde Partido Republicano

(PREP)–, la cual se constituía a partir de connotados políticos derechistas provenientes de los partidos políticos tradicionales que, reunidos en torno al Centro de Estudios y Análisis de la Realidad Nacional e Internacional (CEARNI), buscaban crear un movimiento de derecha democrático ajeno a las tendencias autoritarias y totalitarias promovidas por los nacionalistas y los liberales-autoritarios. Todos estos grupos y lineamientos sentaron las bases para la aparición de los futuros partidos políticos de derecha. No obstante, fue ND el grupo que lideró la reorganización partidista de un modo formal. Fue sólo tras la organización política de este grupo que el resto de colectividades derechistas comenzaron a rearticularse partidariamente (Moulian y Torres 1988). En tal sentido, las organizaciones partidarias derechistas que se crearon y/o rearticularon durante la segunda mitad del régimen militar fueron las siguientes:

En primer lugar, el grupo ND fue la primera organización derechista que pretendió posicionarse como un partido político formal. De hecho, el 25 de septiembre de 1983 este grupo formó el partido político UDI (Cristi 2000; Garretón 2000; Morales y Bugueño 2001; Moulian y Torres 1988; Siavelis 2014). Esto es, un partido político proveniente de la corriente liberar-autoritaria, que se ha caracterizado hasta la actualidad –puesto que aún existe– por ser fiel a la Constitución de 1980 y al programa económico-social impuesto por los *Chicago Boys*. Se trata de un partido político que reconoce la herencia del régimen militar y que, por ende, le ha brindado un indudable soporte a la figura de Pinochet. En términos generales, esta colectividad política se originó como un partido político homogéneo en términos generacionales e ideológicos; del mismo modo que ha sido un partido político que se conformó organizacionalmente de un modo disciplinado y jerárquico –jerarquía que durante el régimen militar estuvo encabezada por Jaime Guzmán–. En tal sentido, este partido político pudo ser formado rápidamente durante el proceso de apertura dado que este grupo político ya contaba una identidad y organización sólida, además de un proyecto ideológico-económico parcialmente hegemónico que le permitió adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones políticas. Asimismo, la corriente libera-autoritaria se constituyó rápidamente como partido no sólo para influir en estas nuevas circunstancias de apertura en Pinochet, sino que también para proteger la visión de sociedad que habían construido y liderar el inevitable proceso de apertura que se estaba gestando (Garretón 2000; Moulian y Torres 1989; Rubio 2014; Siavelis 2014). Así, la UDI es el partido político que, hasta el día de hoy, encarna la herencia del régimen militar y el proyecto económico instalado por la derecha liberal-autoritaria.

En segundo lugar, el Movimiento Unión Nacional (MUN) fue otra colectividad política de la derecha –surgida en noviembre de 1983– que, si bien no se constituyó como partido político, si sentó las bases para entender otro tipo de derecha que se estaba reconstituyendo políticamente: una derecha “plural”, “no autoritaria” y abierta a la negociación. Esta colectividad comenzó a gestarse tras la publicación de un manifiesto llamado Unidad Nacional, el cual tenía por objetivo mostrar la necesidad de crear “diálogo” y entendimiento para evitar la violencia política y el dogmatismo económico. En términos generales, se trató de un movimiento que –asociado a la gestión del ministro Onofre Jarpa de un modo informal– quería que hubiese una apertura política que corrigiese los errores de la política económica inflexible y la insensibilidad de quienes hacían caso omiso del endeudamiento interno, el desempleo y los problemas sociales. Esto es, en los ojos de los dirigentes del MUN, los liberales-autoritarios agrupados en la UDI. A un nivel organizacional, este movimiento –al contrario de la UDI– tenía una forma federativa de organización que pretendía respetar –hasta ciertos límites– la pluralidad ideológica de los diversos participantes que potencialmente podían integrar el movimiento. Esto es, límites que tenían que ver con “los principios de la civilización occidental y cristiana”. De hecho, los

posibles candidatos para integrar el MUN eran demócratas radicales, ex miembros del PN y ex demócrata-cristianos. De modo que el MUN era un movimiento que quería posicionarse eventualmente como un *catch-all party* de derecha. Sin embargo, ni demócratas radicales ni ex demócrata-cristianos quisieron integrarse al MUN. De modo que en la práctica esta organización no fue más que una organización competitiva representante de algunos sectores moderados del PN. Además, el MUN ponía un especial énfasis en la renovación. De hecho, los criterios de selección que lideraban a esta colectividad privilegiaban el ingreso de jóvenes e individuos ajenos a las actividades del régimen militar –al menos en teoría–. De modo que fue tan fuerte este ímpetu separatista y renovador en este movimiento, que en 1985 firmaron junto al PN –una versión reorganizada del que se disolvió en 1973–, el PREP, los demócrata-cristianos, el PS y la Izquierda Cristiana (IC), entre otras colectividades políticas, el denominado Acuerdo Nacional. Esto es, un acuerdo que, por el tipo de alianzas que lo antecedían, distanció al MUN del gobierno militar y, sobre todo, de la corriente liberal-autoritaria. No obstante, tras el fracaso del plan de Jarpa, el MUN tuvo que enfrentarse a una difícil situación: o se quedaba en la oposición representando un plan fracasado o se sumaba a los sectores que le brindaban apoyo irrestricto al gobierno. Ante tal dilema, el MUN optó por la segunda opción redefiniendo su estrategia política. Es más, en 1987 el MUN, en conjunto con la UDI y el Frente del Trabajo (FT) –una colectividad dirigida por Onofre Jarpa–, intentó crear una coalición política amplia llamada RN, la cual tenía como objetivo principal la unificación de la derecha en un bloque unitario (Moulian y Torres 1988; Rubio 2014).

En tercer lugar, el PN fue otro partido político que (re)apareció durante este periodo de apertura. El mismo PN que se había auto-disuelto en 1973 apareció en la arena política en 1983 bajo la dirección de ex-dirigentes de dicha colectividad que afirmaban la “necesidad” de reorganizar el partido político. Esto es, reorganización que hacía frente a la tesis de Onofre Jarpa, la cual promovía la idea de que había que “superar” de una vez por todas al PN. En tal sentido, la reaparición del PN nació en medio de las disputas al interior del sector nacionalista: había nacionalistas que querían rearmar el PN tal cual fue en 1966 y otros –los sectores asociados al MUN y Onofre Jarpa– que buscaban nuevas formas de organización más aperturistas y “dialogantes”. Esto es, formas renovadas e “integradoras” de nacionalismo. De modo que la disputa se daba principalmente entre un sector “duro” y otro “moderado” de los nacionalistas. En términos generales, este reconstituido PN surgido en este entonces se declaró independiente del gobierno militar, sin responsabilidad en su gestión (pese a haber apoyado el golpe de Estado), puesto que aquél no se reconocía en la gestión del ministro del interior Onofre Jarpa. Sin embargo, a pesar de que el máximo competidor del PN era el MUN, ambos grupos compartían la crítica a la UDI y al dogmatismo impuesto por los monetaristas ortodoxos. Es más, esto último les permitió a ambos grupos (aunque tuviesen diferencias) firmar el ya mencionado Acuerdo Nacional en 1985. No obstante, fue en 1987 que el PN tuvo que enfrentarse a un momento crucial de su existencia: la iniciativa del MUN de formar una coalición amplia de derecha llamada RN. Ante esta situación, el PN rearticulado decidió marginarse y encaminarse en un camino de conflictos sin retorno. De hecho, en un contexto donde RN se posicionaba como un movimiento político que pretendía aunar fuerzas derechistas para el plebiscito de 1988 (fuerzas que buscaban la permanencia en el poder de Pinochet), el PN se dividió entre quienes apoyaban la permanencia de Pinochet (liderados por Phillips) y quienes no la apoyaban (liderados por Riesco). Esta división interna del partido político, sumada a su no inclusión en RN, dinamitaron su existencia haciéndolo perder importancia como sector político en la derecha (Moulian y Torres 1988; Rubio 2014).

En cuarto lugar, el PREP fue otro partido político de derecha que surgió e intentó posicionarse en este proceso de reorganización partidaria. En términos generales, este partido político se constituyó como un partido en 1984 y surgió a partir de un movimiento que era anterior al proceso de apertura política llamado DREP. Este último fue un intento partidista liderado por las antiguas bases sociales de la derecha tradicional que buscaba instaurar una derecha democrática distinta a la que tuvo lugar tras surgimiento del PN original y la derecha liberal-autoritaria. Sin embargo, al mismo tiempo, se trataba de un partido político que no sólo elitista dadas sus bases sociales, sino que además se trataba de un partido político traumatizado por la experiencia de la UP y por la experiencia vivida durante el gobierno demócrata-cristiano. Por ende, el PREP se constituía como un partido en el cual sus integrantes eran reacios a entenderse con los demócrata-cristianos, además de estar fascinados con la libertad económica sin restricciones y un sistema laboral en el que los trabajadores no estuviesen protegidos por el Estado. De modo que en este contexto el PREP sólo tuvo la función de encarnar los moribundos valores de la derecha tradicional decadente. Así, el PREP fue un partido sin peso político que no logró posicionarse por sí mismo en el bloque derechista que estaba surgiendo tras el periodo de apertura (Moulian y Torres 1988).

En quinto lugar, hubo dos grupos que, en un contexto de dispersión y crisis de los nacionalistas, intentaron embarcarse como movimientos políticos capaces de liderar a la derecha nacionalista: el Movimiento de Acción Nacional (MAN) y Avanzada Nacional (AVN). Por un lado, el MAN –reunido en 1987– buscaba distanciarse del fascismo mediante un discurso que favorecía las formulas representativas en las elecciones de autoridades y la separación de poderes; mientras que, en la misma línea, sostenía que los partidos políticos no debían monopolizar la acción política y que, en consecuencia, se debía dejar también a las organizaciones corporativas e independientes participar en la toma de decisiones. En términos generales, este grupo nacionalista era ortodoxo y su principal crítica era hacia la democracia liberal en nombre de una democracia neo-orgánica. Sin embargo, a pesar de dicho carácter ortodoxo, el MAN surgió en torno a la desesperanza del éxito de un nacionalismo doctrinario después de que Pinochet viró hacia los neoliberales y, más tarde, hacia un nacionalismo moderado. De modo que, aunque estos nacionalistas pensaban que aún estaba pendiente una “verdadera revolución nacionalista”, aceptaron que para influir en el poder debían adecuarse a las nuevas condiciones impuestas por la Constitución de 1980: una democracia restringida y neoliberal. Por otro lado, AVN fue un grupo nacionalista –reunido en 1983– al cual se incorporaron antiguos dirigentes y militantes del nacionalismo, el cual se caracterizaba –al contrario del MUN y el MAN– por su irrestricto apoyo al gobierno militar y a la Constitución de 1980. Asimismo, caracterizaba por el hecho de que en el terreno doctrinario AVN no era tan ortodoxo como el MAN, sino que promovía la fórmula de la “revolución militar”. Esto es, rindiéndole un culto exagerado a las Fuerzas Armadas (FF.AA.). De modo que AVN se constituyó como un movimiento nacionalista absolutamente pro Pinochet (Moulian y Torres 1988). Finalmente, ni el MAN ni AVN lograron posicionarse como actores relevantes durante proceso de reorganización partidaria que tuvo lugar en la derecha a partir de la apertura política.

Por último, RN fue uno de los movimientos más importantes en la reorganización de la derecha durante el régimen. De hecho, RN –movimiento que más tarde se constituyó como partido político– surgió en 1987 como una iniciativa liderada por el MUN y Jarpa que tenía como objetivo unificar a los sectores de derecha en vísperas del plebiscito de 1988. De modo que lo que se buscaba por medio de RN era crear un bloque derechista respetuoso de la Constitución de 1980, el modelo económico imperante, la sociedad libre y del régimen militar. En términos de propuesta, quienes dirigían la

iniciativa de RN proponían crear un partido unitario que tuviese heterogeneidad doctrinaria y cuyos consensos tuviesen lugar bajo ciertas visiones de mundo en común entre los diversos sectores que constituyesen la coalición. De modo que los principios básicos eran la adhesión a la democracia representativa, la valoración del modelo económico neoliberal y la libertad individual, la reducción del poder estatal, el rechazo al totalitarismo de izquierda, la adhesión al “pronunciamiento” militar que tuvo lugar en 1973 y el respeto a una transición democrática que estuviese basada en la Constitución de 1980. Con esta consigna, en 1987 fueron convocados a RN mediante una propuesta pública la UDI, el PN y el FT. Sin embargo, los nacionalistas del PN no quisieron participar en este proyecto y sólo la UDI y el FT aceptaron la propuesta liderada por el MUN (Moulian y Torres 1988; Rubio 2014).

El experimento derechista llamado RN no funcionó como se esperaba. De hecho, si bien había consensos fundamentales en relación a determinados principios, fue sumamente difícil que un grupo tan heterogéneo, un partido político de tipo “consociativo”, no generara disputas internas. Esto es, sobre todo si este último integraba a los liberales-autoritarios y a un Jaime Guzmán acostumbrado a ser el único líder. En tal sentido, uno de los grandes problemas que surgieron en RN era que no había consenso al interior de la coalición en relación a las posibles reformas constitucionales, ni tampoco en relación a la sucesión presidencial y los grados de apoyo que Pinochet –en dicho respecto– debía tener. De modo que fue en este entonces que dos vicepresidentes de RN, Andrés Allamand (quien fue secretario general del MUN) y Jaime Guzmán (quien provenía de la UDI), comenzaron a tener conflictos sobre todo en torno a si la Constitución de 1980 debía ser reformada o no. En dicho entonces, Jaime Guzmán defendía la Constitución de 1980 a ultranza, mientras Andrés Allamand sostenía que en ella proveía buenas bases pero que había elementos que debían ser reformados. De modo que tras un periodo de disputas internas –en las cuales los ex-UDI insistieron en cambiar las directivas de RN y hasta el presidente–, las diferencias entre el grupo liderado por Guzmán y el grupo liderado por Allamand y Onofre Jarpa se hicieron insostenibles. De hecho, esto terminó con la expulsión de Jaime Guzmán de RN, lo cual, obviamente, impulsó a que toda la UDI se fuese del frente derechista. En este respecto, Onofre Jarpa señalaba en dicho entonces –y con justa razón– que no era posible la unión entre la UDI y RN dado que no podía haber un partido político dentro de otro partido (Moulian y Torres 1988; Rubio 2014). Por lo tanto, es en dicho momento de conflicto que surgieron formalmente los dos partidos derechistas que hasta el día de hoy han determinado de un modo gravitante a la derecha política en Chile. Por un lado, está la UDI (1983) con todas las características previamente descritas en este texto; mientras que, por otro lado, está RN (1987): un partido de derecha que, a diferencia de la UDI, pretendió mostrarse como una derecha moderada y “democrática”, además de como una derecha que poseía independencia respecto al régimen militar y donde no todos sus miembros participaron en dicho régimen. Del mismo modo, RN se instaló como un partido de derecha que integró principalmente a exponentes del PN y otras fuerzas ligadas a la derecha tradicional. Mientras que, por otro lado, a diferencia de la UDI, RN intentó conformarse como un *catch-all party* de derecha. Esto es, dado que –hasta el día de hoy– RN ha aceptado distintos polos ideológicos en su interior siempre y cuando suscriban a un ideario fundamental común. De modo que esto último ha dotado a RN de una gran heterogeneidad y poca uniformidad que, al contrario de la UDI, le ha traído problemas organizativos y de jerarquía cuando se busca realizar una acción unitaria (Garretón 2000; Pollack 1999; Siavelis 2014).

Con todo, lo que le ocurrió a la derecha durante el régimen autoritario fue que se organizó políticamente en dos facciones claramente distinguibles: los que querían preservar el legado del régimen militar incluso en un nuevo entorno democrático por un lado y los buscaron desde un punto

moderado ocupar en democracia el espacio que la derecha tradicional había ocupado durante el siglo XX (Garretón 2000). Así, al final del periodo autoritario, la derecha no pudo crear un bloque unitario y, hasta cierto grado, esto influyó en la derrota que tuvo el “Sí” frente al “No” en el plebiscito celebrado en octubre de 1988. En dicho entonces, Pinochet –quien representaba al “Sí”– sufrió una derrota con un 44,01% de los votos frente al “No” que obtuvo un 55,99% de los sufragios –opción promovida por la oposición y que derivó en las siguientes elecciones presidenciales de 1989–. De modo que en las elecciones presidenciales de 1989 la democracia fue nuevamente inaugurada en Chile tras la victoria de Patricio Aylwin con un 55,17% del electorado frente a un candidato neoliberal de la derecha y ex ministro de Pinochet, Hernán Büchi, quien obtuvo sólo un 29,40% votos (Garretón 2000).³¹

**

En este capítulo se examinó el surgimiento y desarrollo de la derecha tradicional durante el siglo XX, prestando una especial atención a cómo dicho sector se enfrentó durante aquel siglo a determinadas coyunturas que, dependiendo de su intensidad, empujaron en la derecha chilena movimientos de adaptación o renovación política e ideológica. El examen de estos movimientos no sólo contribuye al entendimiento de cómo históricamente la derecha chilena se enfrentó al reformismo que amenazó el *statu quo* que defendía, sino que también permite establecer una importante base histórica que puede ser útil para interpretar los procesos de renovación o adaptación a los que podría haber asistido la derecha transicional explorada en el siguiente capítulo. Además, el examen histórico del surgimiento y el desarrollo de la derecha tradicional visto en este capítulo, sin duda contribuye al entendimiento de cómo fue posible el surgimiento de la derecha transicional en Chile. De hecho, los procesos que antecedieron el retorno a la democracia en 1990 en Chile, se situaron como una condición *sine qua non* del surgimiento de una nueva y renovada derecha chilena. Eso es, una derecha que si bien sigue funcionando en el marco del bipartidismo, se caracteriza por tener una fuerte orientación tecnocrática cuando se trata de la toma de decisiones, por ser transversalmente neoliberal en lo económico y social, aunque también por ser conservadora en lo moral y autoritaria en lo político dependiendo del caso. Por lo tanto, el capítulo siguiente examina precisamente a la derecha transicional, su identidad, parte de su historia política, así como también explora cómo esta nueva derecha se posicionó frente a determinadas coyunturas críticas que, habiendo cuestionado el *statu quo* que esta defendía, podrían haberla empujado a experimentar procesos de renovación política e ideológica. Esto es, procesos que pueden ser entendidos no sólo a la luz de la teoría analizada en la sección 1.1, sino que también a la luz de lo explorado en este capítulo.

³¹ Los eventos políticos examinados en esta sección son los que dieron origen formalmente a los dos partidos políticos de derecha transicionales: UDI y RN. En tal sentido, el proceso de reorganización partidaria aquí explorado que se sitúa como el punto culmine de un largo proceso político y social que tuvo lugar al menos desde mediados de la segunda mitad del siglo XX hasta 1990.

Capítulo 3

La derecha transicional: procesos de adaptación y renovación entre 1990 y 2018

Tras el retorno a la democracia en el año 1990 la derecha chilena volvió a tener sus intereses protegidos en el marco del sistema binominal, la Constitución de 1980 y los enclaves autoritarios. Desde ese momento en adelante, la derecha transicional, tal como lo hicieron otrora sus antepasados aglomerados en el PCON y el PL –véase capítulo 2–, logró sobrevivir cómodamente en el nuevo entorno político incluso si esta última no estuvo *de facto* en el poder Ejecutivo hasta el año 2010. En tal sentido, al menos hasta dicho año, el sector derechista no tuvo más que adaptarse y negociar en estas nuevas circunstancias enfrentando a una coalición de centro-izquierda –la Concertación– que se dedicó a perpetuar y perfeccionar el modelo socioeconómico y político instalado durante el régimen militar. De este modo, durante aquellos años, la derecha transicional no tuvo que renovarse ni reposicionarse desde el punto de vista político e ideológico puesto que sentía que la batalla en dichas áreas –sobre todo tras la caída del muro de Berlín y la desarticulación de la izquierda revolucionaria– ya estaba ganada. Sin embargo, tras las problemáticas a las que se tuvo que enfrentar la derecha en el marco del primer gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), el auge de las movilizaciones sociales (2011) que comenzaron a poner en cuestionamiento su sistema-mundo y la consolidación del gobierno de la NM (2014-2018) (gobierno que buscó realizar reformas progresistas y estructurales), la derecha chilena comenzó nuevamente a sentir amenazados sus principales intereses económicos, políticos e ideológicos, los cuales se consolidaron ciertamente tras el pacto transicional gestado en 1990. Fue así que, en el marco de dichas coyunturas críticas, se comenzó a hablar de que la derecha transicional estaba asistiendo a distintos tipos de crisis, a saber: crisis que iban desde una partidaria que tuvo que ver con la fragmentación y las derrotas sufridas por este sector frente al progresismo; hasta una intelectual donde la “carencia de relato”, el exacerbado economicismo y la hegemonía de las lógicas “chicago-gremialistas” se situaban como temas gravitantes. Así, en aquel contexto, la derecha transicional no sólo asistió a determinadas coyunturas que fueron llamadas “críticas” por algunos políticos, sino que también asistió al auge de una nueva intelectualidad derechista –aglomerada en nuevos *think tanks*– que comenzó a poner en cuestionamiento las prácticas e ideas que este sector había estado defendiendo hasta dicho entonces. Asimismo, como si aquello fuese poco, este sector asistió también al auge de un nuevo partido político de derecha llamado Evópoli, el cual ha buscado posicionarse –aún sin tanto éxito– como un partido político ciertamente ajeno al pasado dictatorial, el cual promueve tanto un liberalismo económico como moral, y que además encarna a las nuevas generaciones derechistas que no habían podido aún encontrar un espacio en la UDI y RN.

Este capítulo, el cual se nutre de la sección 1.1, examina en qué medida los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018 pudieron haber suicidado movimientos de renovación ideológica y política en la derecha chilena.¹ Para ello, no sólo se analiza aquí el transitó histórico político de este sector desde el retorno a la democracia en 1990 hasta la victoria presidencial de Michelle Bachelet en los años 2013-

¹ La sección 1.1, en términos sucintos, sostiene, teóricamente, que los partidos políticos asisten procesos de renovación ideológica y política –no de adaptación– sólo en el marco de crisis que pongan radicalmente en jaque sus intereses o existencia (tal como se aprecia en el caso de la derecha tradicional en las décadas de los 60 y 70 según lo explorado en el capítulo 2).

2014 (transito que es fundamental para entender como la derecha transicional estaba posicionada política e ideológicamente antes y durante de las coyunturas ocurridas entre 2010 y 2018), sino que se analizan, además, cada uno de los planos del sistema-mundo defendido por la derecha transicional que fueron *de facto* puestos en cuestionamiento por los movimientos sociales (2011) y el gobierno de la NM (2014-2018): el plano socioeconómico, político, moral y el de los intereses materiales de la derecha. De este modo, de la mano de bibliografía secundaria y de entrevistas semiestructuradas a intelectuales, directores de *think tanks* y expertos asociados a la derecha, lo que se busca en este capítulo es dilucidar, desde un punto de vista descriptivo, si la derecha transicional realmente asistió –según la opinión de la *intelligentsia* derechista– a algún tipo de crisis en alguno de los planos señalados entre los años 2010 y 2018. De este modo, tras dicho examen, en este capítulo se determina –conforme a la información recolectada en las entrevistas y según las premisas teóricas exploradas en el capítulo 1– si la derecha transicional, en el marco de coyunturas aquí examinadas, realmente experimentó un proceso de renovación ideológica y política o si sólo siguió realizando movimientos adaptativos que asegurasen su sobrevivencia entre los años 2010 y 2018. Sin embargo, más allá del resultado obtenido en el marco de dicho análisis, este capítulo también se propone dilucidar en cuál de los planos anteriormente mencionados la derecha transicional –independientemente de si experimentó o no un crisis capaz de empujarla hacia la renovación– está viviendo problemáticas que, en un futuro, podrían desencadenar movimientos de renovación. Por lo tanto, lo que se busca aquí –en términos generales– es saber si la derecha, según la opinión de su propia *intelligentsia*, realmente necesita renovarse en lo que respecta a sus principales ideas y prácticas o si, por el contrario, sólo le basta con adaptar ciertos aspectos de sus prácticas e ideas para competir por el poder exitosamente.

3.1 La derecha transicional frente a la Concertación: los enclaves autoritarios y el retorno a la adaptación y negociación (1990-2014)

Después de inauguración de la democracia en el año 1990 la derecha chilena se enfrentó nuevamente a un largo periodo sin poder estar presente en el Ejecutivo. De hecho, este sector político logró sólo en el año 2010 llegar la presidencia de la república gracias a Sebastián Piñera, un individuo de origen demócratacristiano, personalista, que poseía una fuerte orientación tecnocrática. Durante estas dos décadas, la derecha se constituyó principalmente como una oposición democrática a la Concertación, una coalición de centro-izquierda renovada que estuvo integrada principalmente por el PDC, el PS, el Partido por la Democracia (PPD) y el Partido Radical Socialdemócrata (PRS) (Joignant y Navia 2003). En estos 20 años, la coalición concertacionista fue liderada por los gobiernos del demócratacristiano Patricio Aylwin (1990-1994), el demócratacristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), el socialista Ricardo Lagos (2000-2006) y la socialista Michelle Bachelet (2006-2010). Sin embargo, si bien la derecha no estuvo en la presidencia durante la llamada “era de la Concertación”, sí volvió a tener sus intereses protegidos durante aquel periodo en el marco del proyecto político y económico que ella misma diseñó durante el régimen militar. Esto es, principalmente gracias a los llamados “enclaves autoritarios” (Díaz 2016; Garretón 2003; Joignant y Navia 2003; Siavelis 2009; Valdivia 2016). Algunos de estos enclaves eran de carácter institucional, dentro de los cuales cabe señalar la existencia del sistema electoral binominal que moderaba la representación de las primeras mayorías; mientras que, además, es necesario indicar otros diversos elementos autoritarios de la Constitución de 1980, por ejemplo: la existencia de senadores designados y vitalicios, el rol tutelar asignado a los militares y la incapacidad de la presidencia para remover a los comandantes en jefe de las FF.AA. y al

director general de carabineros, aspectos que han llevado a algunos autores a hablar de que la transición chilena se gestó en el marco de una “democracia tutelada” (Correa et al. 2001; Escalona 1998; Portales 2000; Valdivia 2016; Winn 2004).² En tal sentido, fue recién en el año 2005, bajo la presidencia de Lagos, que parte de dichas disposiciones autoritarias pudieron ser reformadas (Díaz 2016); mientras que fue sólo en el año 2018, bajo el segundo gobierno de Bachelet, que el sistema binominal fue remplazado. Por ende, la derecha chilena, estando protegida por dichos enclaves autoritarios y el binominalismo, no tuvo más que adaptarse y defenderse frente los gobiernos de la oposición liderados por la Concertación durante estos 20 años. Esto es, retornando a las rancias prácticas que caracterizaron a la derecha tradicional: adaptarse, negociar y neutralizar.

Entre los años 1988 y 2001 la Concertación logró triunfar en casi todas las elecciones municipales, parlamentarias y presidenciales, sobre todo antes del surgimiento del “lavinismo” (fenómeno explorado en la sección 3.1.2 de este capítulo). No obstante, gracias a los senadores designados y todos los mecanismos de amarre incorporados en la Constitución de 1980, la derecha logró con éxito ejercer su poder por sobre el conjunto del sistema político chileno. Esto es, a pesar de no tener un gran desempeño electoral hasta el año 1997 (Garretón 1993, 1999; Joignant y Navia 2003). En tal sentido, ¿cómo fue posible, en términos específicos, que la derecha haya podido ejercer su poder por sobre el sistema político de Chile sin tener mayorías electorales? La respuesta a esto último tiene que ver con tres asuntos principales: primero, con los senadores designados que poseía la derecha, lo cual le permitió a este sector tener gran poder en la Cámara Alta. Segundo, con la sobrerepresentación en los distritos donde la derecha tenía mayor poder electoral. Y tercero, tuvo que ver con el funcionamiento de un sistema eleccionario binominal que favoreció principalmente a la derecha, sobre todo en las elecciones parlamentarias. Según Joignant y Navia (2003), cuando se trataba de los senadores, 38 de ellos eran electos; mientras que 9 eran designados. En el caso de los diputados, en su conjunto eran conformados por 120 miembros y todos ellos eran electos por sufragio universal. No obstante, la cámara de diputados estaba formada por 60 distritos a partir de un diseño territorial que sobrerepresentaba las áreas donde Pinochet obtuvo resultados positivos en el plebiscito de 1988; mientras que, en el caso del senado, este último comprendía 19 circunscripciones que elegían 2 escaños cada una. En tal sentido, las áreas donde ganó Pinochet durante el plebiscito fueron aglomeradas en distritos con un tamaño menor, mientras que las zonas donde triunfó el “No” fueron agrupadas en distritos que poseían un mayor número de electores. ¿Qué significó esto? Pues significó que la

² El nuevo periodo político liderado por la Concertación se inició en el marco de la Constitución de 1980, una carta fundamental que fue reformada en el año 1989 con el fin de fortalecer la representatividad (Andrade 1991; Joignant y Navia 2003). No obstante, en tanto que las reformas realizadas en el año 1989 fueron supervisadas por las autoridades del régimen militar, estas últimas mantuvieron, al inaugurar la democracia, varios elementos autoritarios (Valdivia 2016). En tal sentido, la llamada “democracia tutelada” fue pensada para que la toma de las decisiones en el nuevo entorno democrático tuviese lugar por encima de la soberanía popular y la izquierda. De modo que esto último, desde una perspectiva política, contribuyó a que existiese una proyección en el tiempo del poder de la derecha chilena y de las transformaciones autoritarias en este nuevo entorno político conocido como la “democracia de los acuerdos” (Arriagada 1998; Escalona 1998; Portales 2000). Es por esta razón que el paso desde el régimen militar hacia la democracia ha sido visto como un proceso difuso en el cual no se sabe bien donde estuvieron los límites entre el fin del autoritarismo y el auge democrático (Feld y Franco 2015; Garretón 2007, 2012; Moulian 1997, 1998; Rouquié 2011). De hecho, este elemento borroso ha provocado la aparición de un nuevo clivaje que hasta el día de hoy opera cuando se trata de entender las problemáticas que subyacen a la sociedad chilena contemporánea: autoritarismo-democracia (Alenda 2016; Mainwaring y Torcal 2003; Scully 1992; Tironi y Agüero 1999; Torcal y Mainwaring 2003; Valenzuela 1995, 1996).

Concertación tenía enormes dificultades para doblar a la derecha electoralmente (en el entorno binominal), en tanto que era mucho más fácil obtener los dos escaños por distrito en zonas con una menor densidad poblacional. Además, este diseño de distritos instaurado por el régimen militar procuró que las zonas que donde ganó el “Sí” fueran favorecidas con un mayor número de distritos, lo cual se tradujo en que la derecha podía obtener más escaños que los que hubiese obtenido si dichas zonas no hubiesen estado sobrerrepresentadas. Del mismo modo, dado que en la región metropolitana el “Sí” había obtenido un magro 41% de los votos, el régimen militar determinó que esta región debía estar subrepresentada en la cámara de diputados. En efecto, si bien a dicha región le correspondían 47 escaños en términos proporcionales, el régimen determinó que esta última debía tener sólo 16 distritos binominales, lo cual se traducía en 32 escaños. Además, como si esto fuese poco, para compensar la subrepresentación de la región metropolitana, el régimen miliar sobrerrepresentó no sólo a las regiones XI y XII, sino que a otras regiones donde la derecha había obtenido una alta votación plebiscitaria, a saber: las regiones VI, VII, IX, y X.

Además de los senadores designados y el diseño distrital, sin duda otro de los factores que más ayudó a la derecha a obtener un dominio considerable sobre el sistema político chileno fue el funcionamiento del llamado sistema binominal (Joignant y Navia 2003; Morales 2008; Navia 2005). Se trató de un sistema que se sitúa en la familia de los modelos proporcionales, que favorecía la agrupación en coaliciones y que castigaba a todas aquellas agrupaciones políticas que quisiesen competir por el poder al margen de las listas electorales o grandes agrupaciones políticas (Morales 2008; Navia 2005). Según Joignant y Navia (2003), el sistema binominal se basaba en una fórmula distributiva inspirada en el método *d'Hondt*. ¿Qué significaba esto? Pues significaba que, en todas las cámaras del congreso, en un entorno eleccionario, el primer escaño de un distrito o circunscripción se le asignaba al primer candidato de la lista que obtenía la mayor cantidad de votantes; mientras que, el segundo escaño, obligatoriamente, se le asignaba al candidato de la lista opositora que había obtenido la segunda mayoría. Esto es, a menos que la lista más votada doblase a la lista que representaba a la segunda mayoría electoral (Joignant y Navia 2003; Magar, Rosenblum, y Samuels 1998; Rahat y Mario 1998; Siavelis 1997; Siavelis y Valenzuela 1996). En tal sentido, en este sistema era muy difícil para una coalición o lista obtener los dos escaños disponibles –doblando al oponente en votación– en un distrito o circunscripción, especialmente cuando se trataba de una zona populosa o con una gran extensión territorial (problema que afectaba principalmente a la Concertación teniendo en cuenta el diseño territorial impuesto por régimen militar) (Joignant y Navia 2003). De ese modo, para asegurar un escaño, una lista competidora debía al menos obtener el 33,3 % de los sufragios más un voto; mientras que, para asegurar un segundo escaño, debía doblar la votación del adversario. Esto último, además de poner trabas para la obtención de un segundo escaño por parte de una lista en un distrito o circunscripción determinada, disminuía los incentivos para buscar al votante medio y reducía completamente las posibilidades de éxito de los grupos políticos que estuviesen fuera de los grandes pactos competidores. Esto es, puesto que sólo las grandes listas eran capaces de lograr el tercio de los votos necesarios para conseguir escaños en el congreso (Joignant y Navia 2003; Magar *et al.* 1998; Morales 2008).³

³ Los “enclaves autoritarios” examinados en esta sección fueron determinantes para que la derecha transicional no sintiese la necesidad de renovar sus ideas o prácticas al menos hasta el año 2010. En tal sentido, como se ve a lo largo de este estudio, esta situación de comodidad y protección no facilitó que la derecha transicional tuviese que poner en cuestionamiento sus principales ideas y principios. Esto es, principios e ideas que, además, tras el fin de la Guerra Fría, eran considerados como hegemónicos en gran parte de Occidente.

Con todo, aunque el sistema electoral binominal y los enclaves autoritarios inherentes a la reformada carta fundamental amparaban a la derecha en el nuevo entorno democrático, la UDI y RN, no obstante, tuvieron que dejar de lado sus antiguas diferencias (véase sección 2.4.3) y actuar de consuno para poder mantener sus cuotas de poder en este nuevo contexto liderado por la Concertación (Godoy 2005; Joignant y Navia 2003). Para poder lograr, por ejemplo, un 33,3% de los sufragios más un voto en la competencia por el poder y así obtener escaños necesarios para mantener su poder en el congreso, estos partidos de derecha tuvieron que crear sus propias coaliciones para triunfar en un entorno dominado por el binominalismo. Fue así que, durante este periodo (1990-2010), la derecha, siendo principalmente liderada por RN y la UDI, organizó sucesivas coaliciones con el fin de enfrentar a las fuerzas de centro-izquierda, a saber: Democracia y Progreso (1989-1992), Participación y Progreso (1992-1993), Unión para el Progreso (1993-1996), Unión Chile (1996-1999), Alianza por Chile (1999-2004), Alianza (2004-2009) y Coalición por el Cambio (2009-2012). Estas alianzas permitieron a la derecha actuar bajo ciertas máximas comunes entre las que destacaron la economía social de mercado, la defensa de las libertades económicas e individuales, el Estado de Derecho y el principio de subsidiariedad (Dockendorff y Fuentes 2007; Godoy 2005). Sin embargo, a pesar de dichas alianzas, se mantuvieron inevitablemente las diferencias existentes entre ambos partidos, las cuales fueron originadas y establecidas tras el fallido proceso unificador que tuvo lugar en la década de 1980 (Dockendorff y Fuentes 2007; Godoy 2005; Rubio 2014; Siavelis 2014).

3.1.1 La identidad de la derecha transicional: la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional entre los años 1990 y 2010

Si bien la UDI y RN actuaron de consuno para confrontar a la centro-izquierda en el nuevo entorno democrático, también evolucionaron en distintas direcciones que, al menos hasta el año 2010, fueron claramente distinguibles. En tal sentido, vale la pena profundizar en la identidad política e ideológica que estas agrupaciones derechistas tuvieron durante las primeras dos décadas de democracia, así como también es importante dilucidar el tipo de alianza que existió entre estos dos partidos políticos de derecha. Esto último permite mostrar los límites y los alcances de las prácticas políticas que estos partidos derechistas pudieron llevar a cabo durante el nuevo entorno político inaugurado en 1990.⁴

La Unión Demócrata Independiente en democracia

La UDI ha tenido como principal objetivo durante la nueva etapa democrática defender el legado del régimen militar, especialmente aspectos como la Constitución de 1980, la democracia protegida, el modelo económico neoliberal y la figura de Pinochet (Avendaño 2010; Dockendorff y Fuentes 2007; Garretón 2000, 2007; Huneeus y Avendaño 2016; Jofré y Navia 2017; Luna 2010; Valdivia 2016). Además, en este nuevo entorno político, este partido, siendo heredero principalmente del gremialismo y de los *Chicago Boys*, se ha diferenciado de la derecha tradicional y se ha agrupado en torno a una nueva élite neoliberal, empresarial y religiosa católico-conservadora, la cual se ha sentido parte de un destino común gracias a su origen (Alenda 2014). Esto es, principalmente dado que esta nueva élite derechista se conformó en un entorno de homogeneidad social y doctrinaria en el marco de las reformas

⁴ Lo señalado en esta sección es relevante dado que muestra cómo es que si bien los partidos políticos de la derecha transicional tienen semejanzas con los de la derecha tradicional, al mismo tiempo, son sumamente distintos. Esto es, sobre todo en lo que respecta a su composición social, su ideología, su organización partidaria y sus estrategias electorales. Asimismo, esta sección profundiza en las coaliciones derechistas transicionales, aspecto que permite mostrar los conflictos internos en la derecha chilena, conflictos que ciertamente afloraron en las coyunturas que tuvieron lugar entre los años 2010 y 2018.

universitarias que tuvieron lugar en la década de los 60 y del proyecto refundador encarnado por el régimen militar (Alenda 2014, 2016; Joignant y Navia 2003). En tal sentido, la UDI ha representado, desde su integración al nuevo sistema democrático, la continuidad y el cambio dentro de la derecha chilena en tanto que, por un lado, ha mostrado cierta continuidad con una cierta tradición intelectual gestada a mediados del siglo XX; mientras que, por otro lado, ha representado también un cambio al ser un partido político nuevo, socialmente distinto si se le compara con los partidos tradicionales de derecha y que, del mismo modo, posee nuevas estrategias políticas para competir por el poder (aspecto que se verá más adelante) (Huneeus 2001; Morales y Bugueño 2001; Pérez 2014; Valdivia 2008). Asimismo, teniendo en cuenta la fusión entre el liberalismo y conservadurismo que la UDI ha encarnado, a este partido político de derecha también se le ha catalogado dentro de lo que se entiende como “modernismo reaccionario”, en tanto que este partido ha apostado por la convivencia de los procesos de modernización capitalista-liberal en términos socioeconómicos por un lado y el conservadurismo político y cultural por otro (Valdivia 2016). De este modo, la UDI se ha situado como un partido político que ha promocionado la transnacionalización de la economía chilena y el avance tecnológico, pero que al mismo tiempo es conservador en materias morales o valóricas como el género y el aborto, así como también en asuntos políticos que atañen, entre otras cosas, por ejemplo, a la soberanía popular (Godoy 2005). Todas estas características pueden ser apreciadas en la versión original de la Constitución de 1980 (Arriagada 1998), la cual fue diseñada por el fundador de la UDI.

En lo que concierne al ámbito político-estructural, la UDI ha sido considerada generalmente por la literatura un como un partido político de cuadros, jerarquizado y cohesionado, que está fuertemente institucionalizado –según la nomenclatura de Panebianco (Panebianco 1982)–, y que posee una gran disciplina orgánica, coherencia política y alta homogeneidad social en su plantilla parlamentaria. Dicha homogeneidad, la cual ha contribuido a que la literatura haya catalogado a este partido político como uno que posee una estructura monolítica, fue garantizada principalmente por los ya mencionados vínculos sociales y doctrinarios con los que cuentan sus integrantes. Esto es, vínculos creados en torno al movimiento gremial originado en la PUC en los años 60 y al régimen militar, lugar donde la fusión “chicago-gremialista” o liberal-autoritaria tuvo un rol gravitante en la estructuración social, política y económica del Chile contemporáneo (Alenda 2014; Barozet y Aubry 2005; Dockendorff y Fuentes 2007; Godoy 2005; Huneeus y Avendaño 2016; Joignant y Navia 2003; Siavelis 2014). En tal sentido, producto de la antedicha homogeneidad, la UDI se ha instalado como un partido que posee tanto convicciones, como prácticas y creencias compartidas, aspectos que le permiten actuar en unidad, con relativo éxito y de manera disciplinada (Alenda 2014; Cortés Terzi 2001; Joignant y Navia 2003). Sin embargo, la contraparte de estos altos grados de institucionalización con los que ha contado la UDI, es que los partidos políticos fuertemente institucionalizados tenderían a adaptarse a los cambios sociales de manera más lenta y gradual que los que poseen una institucionalización débil, aspecto que incluso podría desencadenar la desaparición de este tipo de partidos políticos en un contexto de cambios radicales (Alenda 2016; Díaz 2016; Kitschelt 1989; Levitsky y Murillo 2010; Panebianco 1982). De este modo, los altos grados de institucionalización con los que ha contado la UDI podrían suponer ciertas dificultades ante una coyuntura de cambios sociales y/o políticos que exigen determinados grados adaptabilidad o renovación.

No obstante lo anterior, es importante reparar en el aspecto que define a la UDI como un partido político de cuadros, puesto que en él hay elementos que pueden ser cuestionados. En términos generales, los partidos políticos han sido considerados por parte de la literatura sociológica tradicional como expresiones de ciertas clases sociales en una sociedad determinada (Alenda 2016; Gibson 1992;

Lipset y Rokkan 1967). Según esto, los partidos políticos de derecha representarían según dicha lógica a las clases sociales dominantes que pretenden defender su posición en un sistema capitalista. En tal marco conceptual, Duverger (1951) distingue entre partidos de cuadros y de masas, dentro de los cuales los partidos de cuadros representarían lo que se ha llamado en la literatura especializada como partidos de notables. Desde dicha perspectiva, mientras en un partido de masas la membresía, el reclutamiento y la formación política sería lo fundamental (como ha sucedido en la mayoría de los partidos de izquierda); en los partidos de notables, por el contrario, lo fundamental sería contar con un número reducido de miembros y financistas selectos que permitan la funcionalidad y éxito partidista (Alenda 2016). En tal sentido, si bien la UDI puede ser catalogada como un partido de cuadros, en tanto sus dirigentes forman parte de una élite cerrada y generacionalmente cohesionada, también habría que destacar que, tras la expansión del sufragio en las sociedades contemporáneas occidentales, los partidos de notables han perdido eficacia y éxito electoral, lo cual ha producido una emergencia de los partidos *catch-all* y de nuevas estrategias que le permitiesen a los partidos conformados *de facto* por notables obtener el voto de las grandes mayorías (Alenda 2016; Kirchheimer 1966). De este modo, la UDI ha tenido que superar la lógica de los partidos de cuadros para poder obtener los votos de los ciudadanos que no pertenecen a su núcleo social fundamental, lo cual ha llevado a algunos expertos a reparar en el hecho de que este partido ha adoptado una estrategia de doble representación (Huneus 2001; Luna 2010). Esta doble representación consiste en representar políticamente a un núcleo social fundamental (en términos de clase) pero también, simultáneamente, a una clase social distinta que le permite, a un partido compuesto por una élite cerrada por ejemplo, obtener los votos necesarios para competir por el poder exitosamente (Gibson 1992; Kitschelt 2000). En tal respecto, Dockendorff y Fuentes (2007) han sostenido que esta estrategia encarnada por la UDI ha derivado en la creación de un partido político alterno. Es decir, la UDI sería, por un lado, un partido que representaría la defensa del legado del régimen autoritario, el tradicionalismo católico y poseería una rígida orgánica sostenida en un cuerpo social cerrado; mientras que, por otro lado, sería un partido que tendría vocación popular y que estaría basado en un modelo de penetración electoral clientelar sostenido en la idea de la despolitización y el auge de los cuerpos intermedios.

Ahora bien, teniendo en cuenta que el núcleo social central de la UDI está constituido *de facto* por una élite neoliberal, homogénea ideológicamente y socialmente cerrada (Alenda 2014), este partido político se ha enfocado mediante la estrategia de representación dual en las clases bajas (principalmente urbanas) para obtener poder electoral aspirando a desarrollar una estrategia multclasista (Berríos 2007; Dockendorff y Fuentes 2007; Huneus 2001; Joignant y Navia 2003; Pinto 2006; Soto 2001; Valdivia 2008). Esto es, un aspecto novedoso que en teoría superaría las lógicas elitistas detentadas por los partidos de notables o de derecha tradicionales (Pérez 2014). Es más, esta estrategia ha sido asumida de tal manera por este partido político que, en julio del año 2002, este último adoptó el concepto de “partido popular”, añadiendo dicha palabra a su lema oficial (Barozet 2003). En tal sentido, la UDI ha podido hacer efectiva esta aspiración popular gracias a que durante el régimen militar varios dirigentes de este partido tuvieron posiciones claves en el gobierno autoritario (Barozet y Aubry 2005). De modo que durante dicho régimen la UDI contó con varios alcaldes designados, seremis y gobernadores, lo cual, al iniciar el nuevo periodo democrático, le permitió a este partido político no sólo contar con una gran experiencia política, sino que también con una considerable penetración electoral en sectores bajos de la sociedad chilena, aspecto que le ha permitido a este partido sobrevivir con bastante dignidad, e incluso con éxito, en el nuevo régimen político inaugurado en el año 1990. En tal sentido, antes de la inauguración de la democracia, principalmente por medio de las

alcaldías, la UDI logró establecer extendidas redes clientelares que le permitieron mantener sustanciales cuotas de poder en determinados distritos, circunscripciones y comunas de Chile, aún cuando este partido representaba a una determinada élite sociopolítica (Alenda 2014; Godoy 2005; Huneus 2001; Joignant y Navia 2003; Luna 2010; Pollack 1999; Soto 2001).

Por último, con el fin de adoptar pragmáticamente una estrategia multclasista, la UDI se ha valido principalmente de dos metodologías de penetración electoral, a saber: usar su cercanía con el conservadurismo católico para penetrar a través de la religión en los sectores populares por un lado; y sostener que los problemas de la gente deben ser solucionados tecnocráticamente y no por medio de la política o la ideología por otro (Dockendorff y Fuentes 2007; Evelyn 2004; Huneus y Avendaño 2016). Esto último le ha permitido a este partido implementar estrategias electorales socialmente segmentadas (Luna 2010), las cuales privilegian un contacto directo y no burocrático con los individuos y las instancias intermedias (centros de madres, juntas vecinales, directivas poblacionales, entre otras organizaciones locales) (Muñoz 2016), bajo la consigna resolver los problemas “reales” de la gente (Dockendorff y Fuentes 2007; Siavelis 2014). De hecho, tan efectiva ha sido esta estrategia que, alrededor de la década de los 2000, como se verá más adelante, este partido logró obtener un considerable aumento en su poder parlamentario en comparación a su aliado RN. Además, consiguió que Joaquín Lavín en 1999 no sólo liderara como candidato presidencial la coalición derechista, sino que también que casi alcanzara la presidencia frente al candidato socialista Ricardo Lagos (Castillo 2014; Joignant y Navia 2003).

Renovación Nacional en democracia

RN es un partido político que ha pretendido posicionarse después de la transición chilena como una derecha moderada y democrática que, además, ha querido mostrar cierta distancia con respecto al régimen militar (Godoy 2005; Huneus y Avendaño 2016). De hecho, Andrés Allamand, quien fue el principal impulsor de este partido político y uno de los promotores de la “democracia de los acuerdos” (Allamand 1999), si bien puede ser asociado en términos de participación al régimen militar, no tuvo formalmente cargos durante dicho gobierno (Huneus 2001), lo cual diferencia a este líder derechista de quienes integran a la UDI. En tal sentido, RN ha buscado constituirse en el nuevo entorno político como un partido defensor de la democracia liberal, ideológicamente plural y secular. Es más, en las primeras dos décadas subsecuentes a 1990, este partido político intentó perfilarse frente a la Concertación como una centro-derecha dispuesta a negociar en el nombre de la ya mencionada “democracia de los acuerdos” (Dockendorff y Fuentes 2007; Siavelis 2014).

La aspiración de RN de ser una derecha moderada, democrática y abierta la le negociación, no obstante, no ha sido una aspiración aceptada tácitamente por todos aquellos que integran a este partido político de derecha. De hecho, la etiqueta de moderada y democrática ha causado profundos conflictos al interior de RN, dado que en este partido han coexistido desde su origen en la década de 1980 tanto liberales que promocionan libertades morales y políticas, como conservadores morales, religiosos y autoritarios que hasta el día de hoy son partidarios del régimen militar (Aleuy y Arriagada 2001; Barozet y Aubry 2005; Díaz 2016; Dockendorff y Fuentes 2007; Enrique 1988; Godoy 2005; Huneus y Avendaño 2016; Mackinnon 2005). Esto último ha traído consigo variados problemas organizativos a RN, sobre todo cuando se trata de la realización de acciones partidistas unitarias que le permitan a este partido tener éxito en la competencia por el poder (Aleuy y Arriagada 2001; Barozet y Aubry 2005; Garretón 2000; Godoy 2005; Jofré y Navia 2017; Joignant 2003; Mackinnon 2005; Pollack 1999; Siavelis 2014). En tal sentido, esta divergencia doctrinal y política entre los distintos integrantes

de RN, la cual repercute en la efectividad política de este partido político, se debe principalmente a que RN, desde su origen, integra a exponentes del ex PN, a otras fuerzas provenientes de la derecha tradicional, principalmente de la DREP, así como a jóvenes liberales que pocas similitudes tienen con los sectores nacionalistas y republicanos que conforman a este partido (Godoy 2005). De modo que es por esta razón que, teniendo en cuenta dicha heterogeneidad, RN ha intentado posicionarse en la competencia por el poder como un partido *catch-all*, aceptando elementos provenientes de distintos polos ideológicos siempre y cuando quienes pertenezcan a dichos polos suscriban a un ideario fundamental común. Sin embargo, tal esfuerzo no ha sido suficiente. De hecho, los conflictos internos que tiene RN no se deben únicamente a las disputas doctrinales a las cuales este partido asiste, sino que también a los faccionalismos internos del partido asociados al liderazgo de ciertos caudillos, aspecto que tiene que ver fundamentalmente con la estructura organizacional de esta organización política (Barozet y Aubry 2005; Siavelis 2014).

Con todo, desde un punto de vista estratégico, RN ha apuntado a las clases altas tradicionales de la derecha en Chile, sobre todo rurales, y a la clase media urbana, enfocando su estrategia de obtención de poder político en el liderazgo y retórica de sus líderes más que en una acción organizada o una gran institucionalización partidaria. Esto es, al contrario que la UDI (Barozet y Aubry 2005; Díaz 2016; Dockendorff y Fuentes 2007). En tal sentido, la literatura especializada a catalogado a este partido político como uno que posee muy bajos grados de institucionalización, lo cual ha llevado a que este partido político sea visto como uno pragmático e instrumental, el cual funciona y se organiza según las variadas coyunturas, y que sirve principalmente como plataforma de exposición para sus candidatos (Barozet y Aubry 2005; Díaz 2016; Dockendorff y Fuentes 2007). Este modo de operación, la precaria institucionalización y falta de cohesión ideológica, así como también generacional, ha producido una debilidad en RN que ha dinamitado su éxito sobre todo durante la década del 2000 (Luna y Rosenblatt 2012). Esto es, al menos hasta el auge del candidato presidencial Sebastián Piñera.

Las coaliciones derechistas en democracia: problemas, diferencias y continuidades

Tras el retorno a la democracia en el año 1990 la derecha tuvo que armar distintas coaliciones para poder enfrentar a la Concertación durante el nuevo régimen democrático. Esto es, incluso si este sector político contaba con la protección de los enclaves autoritarios y el binominalismo para poder ejercer una considerable presión por sobre el sistema político chileno. Fue en dicho contexto que la derecha, estando liderada principalmente por RN y la UDI, creó diversas alianzas con el fin de enfrentar a las fuerzas de centro-izquierda, a saber: Democracia y Progreso (1989-1992), Participación y Progreso (1992-1993), Unión para el Progreso (1993-1996), Unión Chile (1996-1999), Alianza por Chile (1999-2004), Alianza (2004-2009) y Coalición por el Cambio (2009-2012). No obstante, dichas coaliciones fueron fundadas sólo con el fin de maximizar los resultados electorales del sector, más no porque hubiese homogeneidad doctrinaria y social entre y al interior de los partidos derechistas. De hecho, lo único que unió doctrinariamente a estas coaliciones, más allá de la lucha contra la izquierda, fueron ciertas máximas comunes entre las que destacaron la economía social de mercado, la defensa de las libertades económico-individuales, el Estado de Derecho, el principio de subsidiariedad, así como también, aunque tardíamente, la defensa de la igualdad de oportunidades (Dockendorff y Fuentes 2007; Godoy 2005).

Según Godoy (2005), la identidad de las coaliciones derechistas gestadas tras el pacto democrático se ha destacado por ser débil, principalmente dado que estas coaliciones, desde un punto de vista pragmático, han sido constituidas sólo para maximizar los resultados electorales de la derecha, lo cual

ha llevado a que las propuestas ideológicas de estas uniones partidistas sean frágiles. En tal sentido, ¿cuál es la razón específica de dicha fragilidad? La respuesta a esta interrogante tiene que ver con que, más allá de las máximas comunes a la que los distintos grupos derechistas han suscrito (libertad individual, Estado de Derecho, principio de subsidiariedad, etc.), hay diferencias entre ellos que atañen a los pilares fundamentales de los sistemas de creencias de cada uno de los diversos grupos que integran a la derecha chilena. Por ejemplo, las coaliciones de derecha han estado cruzadas desde que se inauguró la democracia por la querella histórica entre los partidarios del autoritarismo y sus detractores; entre las antiguas disputas entre conservadores y liberales, las cuales toman forma principalmente ante las cuestiones morales o llamadas “valóricas”; entre las divergencias históricas encarnadas por los grupos tradicionales, como lo son los nacionalistas y los republicanos; y, en último término, en torno a las disputas entre demócratas reales y ficticios. Todas estas diferencias han imposibilitado que las coaliciones de derecha puedan articularse, más allá de un pacto electoral contingente y en torno a un cuerpo sólido de ideas comunes. Es más, a un nivel práctico, estas diferencias han sido reflejadas, por ejemplo, en las disputas que han tenido pinochetistas y anti-pinochetistas cuando se ha tratado de realizar las reformas a la Constitución de 1980; cuando se ha tratado de exponer la verdad sobre las violaciones de los derechos humanos que tuvieron lugar durante el régimen militar; cuando hubo desacuerdos entre liberales y conservadores con respecto a la ley de divorcio; o cuando hubo diferencias entre nacionalistas y republicanos cuando se trató de favorecer o no el protagonismo de las FF. AA. como un actor político relevante en el aparato estatal.

Se podría argüir que la existencia de una pluralidad de doctrinas e ideas en la derecha podría representar un fenómeno positivo. Esto es, en tanto que uno podría imaginarse que las coaliciones derechistas poseen un alto grado de tolerancia ante la divergencia. Sin embargo, según señala Godoy (2005), el problema de las coaliciones derechistas no es la diversidad ni la tolerancia, sino que las contradicciones que dicha diversidad tolerada provoca al interior de los pactos derechistas. Por ejemplo, mientras que RN, a pesar de poseer grandes divisiones internas, intentó negociar con la Concertación determinadas reformas a la institucionalidad proveniente del régimen militar durante los años 90. Esto es, en el nombre de la “democracia de los acuerdos”. La UDI, por su parte, siguiendo sus propias convicciones más allá de los pactos realizados con los otros grupos derechistas, se evocó durante la década de los años 90 a realizar una férrea defensa del legado autoritario, por lo que este partido político se opuso sistemáticamente a casi todos los intentos de reformas constitucionales que la Concertación, de la mano de RN, intentó llevar a cabo durante dicho periodo (Avendaño 2010; Silva 2001; Valdivia 2016). Así, si bien RN y la UDI han actuado de consuno en el marco de ciertas máximas comunes cuando se ha tratado de los periodos electorarios, no han actuado siempre en la misma línea en otras áreas de la política, lo cual da cuenta de las profundas diferencias que existen entre estos dos partidos políticos de derecha.

Esta tendencia de los partidos de derecha chilenos de actuar de una manera eminentemente contractual limitada por cuestiones doctrinarias no es algo que sólo puede ser apreciado en RN o la UDI. De hecho, desde una perspectiva histórica, Correa (2005a) señala que existe cierta continuidad entre las prácticas de los partidos históricos de derecha (el PL y el PCON) y los partidos del sector que inauguraron el nuevo periodo democrático. Según Correa, la actual derecha política –al menos hasta la creación de Evópoli en 2012–, si bien ha actuado de consuno, se ha expresado, del mismo modo que los partidos tradicionales, mediante el bipartidismo, el cual, a su vez, se ha consolidado por medio de partidos que, como diferencia principal, más que un asunto económico, poseen elementos doctrinales, culturales, generacionales y hasta de socialización. En tal sentido, sobre todo en el caso de la UDI, se

puede asegurar que la identidad que dicho partido posee tiene que ver, sobre todo, con el rígido cuerpo común de creencias que poseen sus integrantes, el cual, a su vez, ha sido garantizado por determinados procesos de socialización en los que dichos integrantes se vieron envueltos al interior de la PUC en el marco de las reformas universitarias de los años 60 (Alenda 2016; Joignant y Navia 2003). Teniendo esto en cuenta, parece justo realizar una comparación entre la UDI y el PCON, el cual, otrora, también construyó su identidad por medio de una doctrina común, una gran jerarquización, mientras que también se reprodujo socialmente gracias a la socialización de sus integrantes en determinados colegios y universidades. Por su parte, el caudillismo o personalismo encarnado por las estrategias electorales de RN, la aceptación de una pluralidad doctrinaria al interior del partido y el fuerte secularismo, así como la orientación a negociar con el centro político, podrían también guardar cierta relación con el estilo de organización y las prácticas del antiguo PL (Correa 2005a, 2005b). Asimismo, como si esto fuese poco, Correa (2005a) vislumbra que las estrategias generales utilizadas por la derecha chilena en el nuevo entorno democrático también guardan cierta similitud con las utilizadas por el pacto partidista realizado entre liberales y conservadores durante el siglo XX. De hecho, Correa sostiene que al igual que la derecha tradicional, la derecha transicional ha buscado negociar y cooptar a los sectores reformistas, aunque ahora con el fin de perpetuar el orden neoliberal instaurado durante el régimen autoritario. En tal sentido, al igual que la derecha tradicional, la cual durante gran parte del siglo XX usó su poder fundado en el parlamento y en el latifundio para poder negociar con los sectores reformistas y así defender su sistema-mundo, la derecha del nuevo periodo democrático, en el marco de los enclaves autoritarios y el binominalismo, también ha defendido mediante la negociación y la adaptación el legado socioeconómico y político del régimen militar. Esto es, un legado que representa un sistema-mundo al que la actual derecha le cuesta renunciar. Por último, esta autora también señala que la derecha chilena moderna posee, como lo hacía otrora la derecha tradicional, un empresariado caracterizado por establecerse en grupos económicos familiares interrelacionados, que no compiten entre sí y que diversifican sus intereses en todas las áreas de la economía.

Se podría aseverar conforme a lo anteriormente señalado que la derecha chilena, durante toda su historia, si bien ha tenido que actuar mayoritariamente de consuno para poder asegurar sus intereses generales, también ha tenido que convivir en el marco de un bipartidismo que ha estado determinado por las grandes diferencias doctrinarias que existen en este sector (Correa 2005a). De modo que la derecha históricamente ha operado mediante el establecimiento pactos contingentes, desde una lógica reaccionaria, para enfrentarse al reformismo y, sobre todo, a la izquierda. Sin embargo, más allá de las similitudes previamente mencionadas, es necesario exponer ciertas diferencias gravitantes que permiten cuestionar la tesis de que RN y la UDI son meramente versiones modernizadas de los partidos tradicionales (Fermendois 2000). En primer lugar, ambos partidos nacieron en el marco de un régimen autoritario que renovó las ideas que la derecha tradicional profesaba. De modo que la nueva derecha, encarnada sobre todo por la UDI, aunque también por ciertos sectores en RN, incorporó a su ideario variados elementos que pueden adscribirse a lo que se ha llamado, sin mucho cuidado, el paradigma neoliberal. En segundo lugar, sobre todo en el caso de la UDI, vale la pena destacar que dicho partido se formó a partir de una nueva generación de individuos, los cuales, en su mayoría, no formaban parte de la derecha política tradicional (Joignant y Navia 2003). De hecho, estos últimos formaron una nueva élite empresarial distinta a la que componía a los partidos de derecha tradicionales (Alenda 2014, 2016). En tal sentido, esta nueva élite empresarial ha tenido un carácter eminentemente neoliberal y se diferencia rotundamente de los empresarios de derecha tradicionales que, siendo liberales o conservadores, se acostumbraron a trabajar hasta cierto grado bajo la tutela estatal durante el periodo

del Estado de compromiso (Valdivia 2008). En tercer lugar, cabe destacar que, a diferencia del PL, RN integra a sectores provenientes del nacionalismo y el autoritarismo. Esto es, sectores que fueron integrados a la derecha de un modo gravitante, sobre todo, a pesar de existir previamente, tras el auge del PN y tras la disolución de los partidos políticos de derecha tradicionales (Valdivia 2008). Por último, una de las diferencias más importantes entre los partidos tradicionales y los nuevos, tiene que ver con la renovación de las estrategias político-electorales que han llevado a cabo tanto la UDI como RN. En efecto, tanto los gremialistas como los nacionales del PN intentaron en el pasado encarnar estrategias que rompiesen la lógica elitista que caracterizaba a la derecha tradicional. Esto es, sobre todo tras las reformas electorales impulsadas por el segundo gobierno de Ibáñez del Campo y el crecimiento del PDC en los años 60 (Correa 2005b; Valdivia 2008). En tal sentido, tanto la UDI como RN, siendo herederos hasta cierto grado de estos dos bloques derechistas surgidos en el marco de la crisis vivida en década de los 60, asumieron, aunque de distinta manera, durante el nuevo régimen democrático, la necesidad de establecer una estrategia multclasista para obtener votos. De hecho, la UDI ha establecido una estrategia dual, buscando el voto de ciertos sectores altos de la sociedad, pero al mismo tiempo, de las clases bajas (Dockendorff y Fuentes 2007; Huneeus 2001; Joignant y Navia 2003; Pinto 2006; Soto 2001; Valdivia 2008); mientras que RN ha buscado a las clases altas y medias de Chile (Barozet y Aubry 2005; Díaz 2016; Dockendorff y Fuentes 2007). Esto último es de suma importancia dado que se constituye como un aspecto diferenciador entre los nuevos partidos de derecha y los tradicionales. De hecho, Fernandois (2000) sostiene que la nueva derecha salió fortalecida tras el periodo autoritario sobre todo por la injerencia electoral que actualmente posee. Según este autor, la derecha actualmente obtiene una tajada mayor del panorama electoral que la que los partidos históricos podían lograr en su momento.

Con todo, el relativo éxito electoral que la derecha chilena ha tenido sostenida en el binominalismo y en los enclaves autoritarios, más el éxito que ha tenido formando un pacto electoral funcional a la obtención de votos más allá de las diferencias doctrinarias de sus integrantes, ha llevado a la derecha a estar en una cómoda posición que, al menos hasta el fin de la década de los 90, se tradujo en una suerte de inmovilismo en el sector (Dockendorff y Fuentes 2007; Fernandois 2000). En efecto, la derecha transicional, apoyada en el sobre todo en el binominalismo, sólo necesitaba, por medio de sus coaliciones, conseguir un tercio de los votos más uno para ejercer una gran presión sobre el sistema político y así proteger sus intereses y el sistema socioeconómico proveniente del régimen militar. En tal sentido, para poder subsistir, la derecha transicional no necesitó tener mayorías electorales y, por ende, un discurso sólido y homogéneo que pudiese perfilarse extendidamente a un nivel nacional en la disputa por el poder Ejecutivo. De este modo, no ha sido sólo, como ha señalado Godoy (2005), que la derecha poseyese una identidad débil puesto que no ha podido organizar un sólido cuerpo de ideas comunes dadas las divergencias doctrinarias que poseen sus distintos integrantes; sino que además, como señala Fernandois (2000) y Dockendorff y Fuentes (2007), la cómoda situación en la que la derecha entró al nuevo periodo democrático no ha hecho necesario que este sector renueve sus ideas, modele al país conforme a ellas, o se preocupe de crear un sólido cuerpo de ideas comunes que nutra al sector de manera consistente. Así, la derecha, sobre todo durante la década de 1990, no necesitó reflexionar acerca de sus ideas pues el binominalismo, los enclaves autoritarios y las diversas coaliciones diseñadas sólo con una finalidad electoral, le dieron a este sector la tranquilidad suficiente para convivir con una oposición de centro-izquierda que, a pesar de estar en el poder Ejecutivo, pocas reformas amenazantes podía realizar.

3.1.2 El lavinismo y el ascenso de la Unión Demócrata Independiente

La elección presidencial de los años 1999 y 2000 fue una de las más reñidas desde la inauguración de la democracia y trajo consigo importantes cambios en el escenario político chileno (Fontaine 2000; Silva 2001; Tironi, Agüero, y Valenzuela 2001). En el marco de dicha elección, la derecha casi obtuvo el poder Ejecutivo tras 10 años de democracia en los cuales, más allá de querer alcanzar *de facto* la presidencia, sus principales aspiraciones fueron, en términos generales, defender el sistema-mundo heredado del régimen militar y contener a la centro-izquierda. En tal sentido, antes de la elección presidencial de los años 1999 y 2000, pocos especialistas hubiesen augurado que en dicho periodo eleccionario la centro-izquierda habría tenido que afrontar una segunda vuelta electoral frente al candidato de derecha Joaquín Lavín (Castillo 2014; Tironi *et al.* 2001). Esto es, un candidato que, además pertenecer a la derecha, era parte de un partido político que encarnaba los valores del régimen militar, la UDI. De este modo, dado el gran desempeño electoral que había tenido la Concertación durante la primera década del nuevo régimen democrático (Aylwin obtuvo un 55,2% de los sufragios en la elección del año 1990 y Frei un 57,9% de los votos en la elección del año 1994), la mayoría de la centro-izquierda daba por ganador en la elección de los años 1999 y 2000 a Ricardo Lagos, quien era un sólido candidato socialista que, habiendo sido un ferviente opositor al régimen militar, se posicionaba como uno de los grandes gestores del nuevo pacto democrático en Chile (Fontaine 2000; Silva 2001).⁵

Fue así que de manera muy lejana a los optimistas diagnósticos electorales que la centro-izquierda estaba realizando, la elección presidencial de los años 1999 y 2000 se constituyó como una contienda en la que hubo gran paridad entre los candidatos de los distintos pactos electorales. En la reñida primera vuelta de la elección presidencial, Ricardo Lagos, candidato de la Concertación, obtuvo un 47,95% del electorado; mientras que Joaquín Lavín, candidato de la Alianza, obtuvo un 47,52% de los sufragios (Jofré y Navia 2017; Silva 2001; Valdivia 2016). En efecto, teniendo literalmente a una Concertación “desconcertada” ante dicho resultado (Moreno y Ortega 2002), fue la primera vez que en el nuevo régimen político las elecciones tuvieron que ser resueltas mediante una segunda vuelta electoral. En esta última, Ricardo Lagos ganó ajustadamente la contienda por un magro 2,6% de los sufragios (Castillo 2014; Tironi *et al.* 2001). De modo que el resultado de esta segunda vuelta presidencial fue sumamente reñido, con un 51,31% de los votos para Lagos y un 48,69% de los sufragios para Lavín (Fontaine 2000; Huneeus 2001; Huneeus y Avendaño 2016; Silva 2001; Tironi *et al.* 2001). Este resultado fue histórico para la derecha dado que este sector no había podido conseguir nada parecido en las elecciones presidenciales anteriores. Es más, Joaquín Lavín superó en esta contienda electoral por cuatro puntos el porcentaje alcanzado por el mismo Pinochet en el plebiscito que tuvo lugar en el año 1988 (Huneeus 2001). Por lo tanto, este resultado representó un punto de inflexión histórico para la derecha transicional, dado que por primera vez desde el año 1990 este sector político había podido alcanzar en una votación nacional un resultado que convocase mayorías.

⁵ El auge del “lavinismo” o “cosismo” es relevante para este estudio dado que representó un fenómeno novedoso en la derecha transicional que supuso no sólo un inédito éxito del sector en las urnas, sino que también ciertos elementos de renovación y un quiebre al interior de la derecha entre los pro-autoritarismo y los pro-democracia. Esto es, sobre todo en el marco de la separación que existió en la derecha entre el proyecto de sociedad instalado en el régimen militar y la figura de Pinochet. Sin embargo, como se aprecia en esta sección, si bien el “lavinismo” mostró ciertos atisbos de renovación en el periodo aquí estudiado, a la larga se constituyó como una forma encubierta de las ideas y prácticas fundamentales de la derecha transicional.

El gran resultado obtenido por la derecha en la elección presidencial de los años 1999-2000 no sólo significó el acercamiento de este sector político al poder Ejecutivo y el evidente debilitamiento de la Concertación, sino que también significó la reestructuración interna de las fuerzas políticas derechistas. El crecimiento que tuvo la Unión Independiente alrededor de la década de los 2000, sobre todo tras el auge de Joaquín Lavín, se tradujo en un crecimiento electoral a nivel parlamentario que dinamitó hasta cierto grado el poder político que RN había tenido sobre todo desde principios de la década de los 90. En tal sentido, el auge de Joaquín Lavín marcó un antes y un después para la UDI y también para RN. Tras dicho auge, el partido fundado por Jaime Guzmán se convirtió en el partido de derecha más popular en la sociedad chilena, el cual terminó por hegemonizar también al sector en dicho entonces (Jofré y Navia 2017). De hecho, en las parlamentarias del año 2001, la UDI se transformó *de facto* en el partido más popular de Chile, creciendo unos 11 puntos y alcanzando la cifra de 25,2% de apoyo electoral (Huneeus y Avendaño 2016). Sin embargo, en este respecto, también es importante distinguir que el éxito de la UDI fue además fruto de la estrategia dual anteriormente mencionada en la sección 3.1.1 de este capítulo, la cual, a su vez, pudo realizarse gracias a las redes clientelares que este partido formó durante el régimen militar en algunos sectores populares de Chile. En tal sentido, si bien el epicentro del crecimiento de la UDI se situó alrededor de la década del 2000, sobre todo tras el auge de Joaquín Lavín, es justo mencionar que, del mismo modo, durante la década de 1990, este partido realizó un gran trabajo conforme a sus estrategias políticas que le permitió crecer gradualmente. De hecho, según señalan Joignant y Navia (2003), la UDI subió en el parlamento del 12,1% de los votos en 1993 al 14,5% de los sufragios en el año 1997. Asimismo, al interior de la derecha, es en la repartición de los escaños que se notó el crecimiento de la UDI durante la década de los 90. Mientras en el año 1993 la distribución de los escaños en la cámara de diputados era de 29 para RN, 15 para la UDI y de 6 para otras agrupaciones de derecha, lo que se traduce en 50 escaños derechistas en una cámara de 120 miembros; en el año 1997 esta distribución cambió a 23 escaños para RN, 17 para la UDI y 7 para otros partidos de derecha. Por su parte, en el senado, en 1993 la distribución fue de 5 escaños para RN, 2 para la UDI y 2 para otros grupos de derecha. Esto es, de un total de 9 escaños ganados por la derecha. Mientras que en 1997 la distribución cambió a 2 escaños para RN, 3 para la UDI y 4 para otros grupos de derecha. En efecto, para dicho entonces, la UDI contaba, en conjunto, con 5 senadores, a los cuales se le sumaba la lealtad de 4 de derecha independientes y de por lo bajo 4 de los 9 designados. Como si esto fuese poco, la distribución general de los escaños después de 1997 en el senado fue de 24-22 a favor de la derecha. Esto es, teniendo en cuenta tanto a los senadores electos como a los designados. No obstante, fue la UDI la que poseía una hegemonía parlamentaria más allá de los éxitos que RN podía haber tenido en los 90. De hecho, el partido heredero del régimen militar, la UDI, contaba con 14 senadores de los 24 que componían a la oposición derechista. Así, si bien el auge del lavinismo potenció a la UDI, hay que dar cuenta de que el crecimiento gradual de este partido durante la década de 1990 también potenció la candidatura de Joaquín Lavín.

Ahora bien, más allá de estos datos concretos relativos a la composición del parlamento y al crecimiento de la UDI durante la década de 1990, ¿cómo fue posible que haya existido paridad entre los pactos electorales en el marco de la elección presidencial de 1999-2000? y ¿qué es lo que explica que la derecha, liderada por la UDI, casi haya alcanzado el Ejecutivo? Pues hubo varios elementos contextuales en el marco de dicha contienda presidencial que desestabilizaron el modo en el cual la política chilena se había desenvuelto desde 1990 y que contribuyeron a que la derecha creciese electoralmente a un nivel nacional. Estos elementos contextuales son los siguientes:

En una primera instancia, durante el periodo electoral 1999-2000, hubo una alternancia en los grupos que internamente y de manera hegemónica lideraban a la Concertación. Tras dos gobiernos demócrata-cristianos liderados por Patricio Aylwin (1990-1994) y Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), el nuevo candidato presidencial de la Concertación fue el socialdemócrata y también socialista Ricardo Lagos. Esto es, un candidato que derrotó en el año 1999 al precandidato demócratacristiano Andrés Zaldívar mediante primarias abiertas, obteniendo más del 70% de las preferencias (Silva 2001; Tironi *et al.* 2001). Este hecho no sólo marcó ante los ojos de muchos electores un cambio en la hegemonía al interior del pacto concertacionista, sino que también abrió la posibilidad a que el nuevo presidente de Chile estuviese asociado al socialismo, aspecto que incomodaba a la derecha y también a parte del electorado centrista (Dockendorff y Fuentes 2007; Fontaine 2000; Garretón 2000; Joignant y Navia 2003; Navia y Joignant 2000). Ante tales circunstancias, parte del electorado centrista comenzó a poner en cuestión su voto concertacionista en esta elección presidencial. Es más, para dicho entonces, parte del electorado demócratacristiano, electorado que estaba asociado a la Concertación, tras la derrota que sufrió en las primarias de dicha coalición frente a un candidato socialista, prefirió entregar su voto al candidato Joaquín Lavín (Joignant y Navia 2003; Silva 2001). Además, como si esto fuese poco, también es importante destacar que a muchos chilenos no les agradaba la idea de votar por un presidente socialista tras la experiencia que Chile vivió durante el gobierno de la UP. Por lo que no hubo pocos chilenos que pensaron que con la llegada de Lagos podría existir algún tipo de desestabilización económica que pusiese en peligro su calidad de vida, sobre todo teniendo en cuenta que Chile ya tenía en dicho entonces ciertas dificultades económicas tras la crisis asiática vivida bajo el último gobierno concertacionista liderado por Frei Ruiz-Tagle (Silva 2001).

En una segunda instancia, y ligado a lo anterior, otro punto gravitante que contribuyó al relativo éxito de la derecha en la elección presidencial de los años 1999-2000 fue que durante el anterior gobierno de la Concertación –el de Eduardo Frei Ruiz-Tagle– tuvo lugar la conocida crisis económica asiática (Dockendorff y Fuentes 2007). Esto es, una crisis que sacudió no sólo a Chile, sino que a gran parte del mundo. Como consecuencia de dicha crisis, el desempleo en Chile creció dramáticamente alcanzando más de un 12%; mientras que la exportación y la producción del país declinaron profundamente, lo cual afectó considerablemente el apoyo que la ciudadanía tenía por el gobierno concertacionista (Fontaine 2000; Silva 2001). En tal sentido, si bien la crisis se debió en gran medida a asuntos de carácter internacional, entre otros asuntos, el gobierno de la Concertación fue culpado por ella y esto último repercutió claramente en la elección presidencial que enfrentaba a Ricardo Lagos con Joaquín Lavín. Esto es, a pesar de que, en términos generales, durante los últimos 10 años de gobiernos concertacionistas, estos últimos habían logrado duplicar el ingreso per-cápita de todos los chilenos (Fontaine 2000). Fue así que el gobierno liderado por Eduardo Frei Ruiz-Tagle concluyó con bajísimos niveles de aprobación (Morales 2015), lo cual fortaleció la tesis lavinista de que Chile necesitaba un cambio (Silva 2001), concepto que fue central en la campaña publicitaria de este candidato derechista.

En una tercera instancia, y también ligado a la decadencia de la Concertación, otro aspecto que explica el auge de la derecha en la elección presidencial de los años 1999-2000, fue que en tal coyuntura hubo un grupo importante de electores de izquierda (sobre todo jóvenes) que, estando decepcionados de la Concertación, decidieron no entregar sus votos a dicha coalición en aquella elección presidencial (Silva 2001). Este grupo de jóvenes electores votó nulo o en blanco en la elección o simplemente no se inscribió en los registros electorales (Riquelme 1999). En tal sentido, el factor más importante de dicha desafección política con respecto a la Concertación fue que esta coalición de

centro-izquierda era vista por este grupo de electores como un pacto político que después del régimen militar había seguido promocionando el neoliberalismo y la mercantilización de la sociedad chilena (Moulian 1998; Silva 1995; Tironi 1999). Esto último, ante los ojos de dichos electores, convertía a la Concertación en una coalición que, siendo cómplice pasiva de los grupos que respaldaban el proyecto del régimen militar, se había dedicado meramente a administrar el legado social, económico y político impuesto durante el gobierno autoritario de Pinochet.

En cuarto lugar, y desde una perspectiva ligada a las estrategias políticas concertacionistas, otro aspecto que contribuyó al fortalecimiento de la derecha en el marco de esta elección fue la mala exposición mediática que tuvo Ricardo Lagos antes de la elección presidencial de los años 1999-2000. En efecto, Ricardo Lagos fue un buen ministro de obras públicas precisamente durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Sin embargo, Frei Ruiz-Tagle le pidió la renuncia a Lagos de manera muy temprana. ¿Qué significó esto? Pues significó que Ricardo Lagos se quedó sin una excelente plataforma para poder lanzar su campaña presidencial, sobre todo teniendo en cuenta que durante el tiempo que fue ministro este último tuvo un desempeño notable en todo lo que concierne a las obras públicas. De hecho, no hubo con anterioridad, en otros gobiernos, alguien que hubiese hecho tantas obras públicas como las que realizó Ricardo Lagos, sobre todo mediante la promoción de alianzas público-privadas (Fontaine 2000). En tal sentido, la renuncia de Lagos significó una ventaja para Joaquín Lavín, quien, siendo en ese entonces un exitoso alcalde en la pudiente comuna de Las Condes, se presentaba a sí mismo como un candidato presidencial que, desde una lógica apolítica y de orientación tecnocrática, se encargaba eficiente y eficazmente de dar soluciones a los llamados problemas “reales” de la gente (Silva 2001). Sin embargo, en este mismo sentido, también puede ser considerada la tesis de que el alejamiento de Ricardo Lagos con respecto a la administración de Frei Ruiz-Tagle pudo haber sido un movimiento acertado. Esto es, sobre todo teniendo en cuenta la crisis económica por la que pasó el gobierno liderado por el presidente demócratacristiano. De hecho, teniendo en cuenta que parte de la población chilena culpó al gobierno concertacionista por no saber controlar la crisis, si Ricardo Lagos hubiese seguido en el gobierno como ministro de obras públicas, este último podría haber terminado empapado por la crítica realizada por la ciudadanía. Desde esta perspectiva, no fue del todo negativa la distancia que Ricardo Lagos obtuvo después de su obligada renuncia con respecto al gobierno del ex presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle (Silva 2001).

En un quinto lugar, y quizá uno de los aspectos más importantes a la hora de estudiar a la derecha en torno a la elección presidencial de los años 1999-2000, fue la transformación que este sector sufrió –sobre todo la UDI– de la mano del liderazgo de Joaquín Lavín. En dicho entonces, por primera vez desde el retorno a la democracia, la derecha había podido levantar a un liderazgo único que poseía un discurso moderado, conciliador, el cual tomó distancia de la figura de Pinochet (no de su legado) y que a su vez sostuvo que era necesario realizar un cambio en el país tras 10 años de gobiernos liderados por la misma coalición de centro-izquierda (Navia y Joignant 2000). En tal sentido, Joaquín Lavín intentó acercarse al Ejecutivo mediante una novedosa campaña cercana a la gente, alegre y moderna (Tironi *et al.* 2001). Durante dicha campaña, y sobre todo en el marco de la detención de Pinochet en Londres (aspecto que se explorará más adelante), la derecha, por primera vez desde 1990, comenzó a hacerse cargo de los temas pendientes derivados del régimen militar (o al menos no pudo evadirlos) (Valdivia 2016). Esto es, temas que, en un pasado, al no asumirlos, le restaban competitividad sobre todo cuando se trataba de contiendas nacionales. Fue así que el liderazgo de Joaquín Lavín se situaba en este contexto eleccionario como uno que abogaba por la resolución de los temas pendientes en relación a la violación de los derechos humanos y como uno que estaba dispuesto a dialogar con

respecto a la modificación de ciertos rasgos autoritarios de la Constitución de 1980 (al menos desde el punto de vista retórico). Asimismo, se situaba como uno que buscaba reorganizar el Estado antes que reducirlo con la finalidad de ayudar a los más pobres y como uno que buscaba hacerse cargo de los problemas de los pensionados, los estudiantes, los trabajadores y la gente más necesitada. Todos estos aspectos le permitieron a la derecha asumir una postura centrista que, si bien causó conflictos al interior de los sectores más duros dentro de la derecha, sobre todo en los sectores pinochetistas extremos, incrementó la competitividad de este sector en la elección presidencial que tuvo lugar los años 1999-2000 (Barra 1999; Silva 2001; Tironi *et al.* 2001).

Ahora bien, ¿cómo entender que el liderazgo de Joaquín Lavín haya modificado hasta cierto punto el modo en el que la derecha había estado operando hasta ese entonces? La respuesta a esto tiene que ver con varios aspectos que se relacionan con el perfil encarnado por este candidato presidencial. Esto es, puesto que Joaquín Lavín poseía una identidad bastante particular que le permitió encarnar a una figura hasta cierto punto renovada dentro de la UDI. Por un lado, desde un punto de vista no renovado, este candidato era conservador en términos morales no sólo porque formaba parte de la UDI, sino que también porque formaba parte de la organización católica *Opus Dei*, la cual es considerada como una de las alas del catolicismo más conservadoras. Además, Lavín fue un participante activo durante el régimen militar, aspecto que lo ligaba indudablemente al legado de dicho régimen. El candidato derechista trabajó en ODEPLAN durante el gobierno de Pinochet, lugar donde fueron gestadas la mayoría de las reformas sociales neoliberales realizadas por dicho gobierno. Del mismo modo, durante aquel régimen, Lavín fue nombrado rector de la Universidad de Concepción; mientras que, además, obtuvo importantes cargos en la dirección del diario *El Mercurio*, un diario conocido por haber defendido las políticas llevadas a cabo por el régimen militar (Soto 1995). En términos educativos, realizó sus estudios de pregrado en la PUC; mientras que realizó sus estudios de postgrado en la Universidad de Chicago, por lo que este candidato era considerado también un *Chicago Boy* (Fontaine 2000; Silva 2001). Así, todos estos aspectos hacían de este candidato una carta interesante cuando se trataba de representar la UDI y al legado del régimen militar en la campaña presidencial de 1999-2000. Sin embargo, por otro lado, más allá de todas las ligazones que tenía este candidato con el régimen militar así como con los *Chicago Boys*, Lavín desarrolló un discurso hasta cierto punto “renovado” que lo alejó de Pinochet (no de su legado) en pos de promocionar un acercamiento tecnocrático y apolítico a los problemas “reales” de la gente (Silva 2001). En efecto, al menos en términos discursivos, la pretensión de Lavín era dejar atrás los problemas políticos e ideológicos con el fin de realizar un acercamiento despolitizado a los chilenos y sus complicaciones. Dicho acercamiento, caracterizado como “lavinismo” o “cosismo”, fue un punto gravitante en el crecimiento electoral de la derecha en la elección presidencial de los años 1999-2000, pues, hasta cierto punto, logró interpretar a una masa de chilenos que estando despolitizados, individualizados e insertos en las lógicas de consumo instaladas principalmente durante el gobierno autoritario, les importaba más su bienestar material (en términos concretos) que las antiguas disputas ideológicas y políticas entre los partidarios del régimen y sus detractores; o entre los modelos de mundo expresados por la izquierda o la derecha más doctrinal (Silva 2001).

En tal sentido, ¿en qué consistió el llamado “cosismo” o “lavinismo”? y ¿por qué este último suponía un estilo renovado en la derecha? En términos generales, el “lavinismo” o “cosismo” (concepto usado con una connotación ciertamente negativa) era básicamente hacer cosas concretas por y para la gente. Se trató de un estilo político que, poniendo en énfasis en la gestión tecnocrática, eficiente y eficaz, pretendía ser una contracara amable del neoliberalismo defendido por la derecha en

cuanto a que estimulaba la participación social comunal, concreta y directa con las autoridades en temas locales, aminorando el tan cuestionado individualismo atomista promocionado por el neoliberalismo ortodoxo (Moulian 2004; Valdivia 2016). De este modo, además de tratarse de un estilo de orientación tecnocrática que promovía la idea de que los asuntos políticos debían ser administrados más que conducidos política o ideológicamente, este modo de hacer política suponía también que los liderazgos individuales debían sobrepasar a los partidos políticos. Esto es, precisamente para que estos últimos pudiesen tener una capacidad de gestión directa y efectiva con la ciudadanía que no estuviese mediada por los partidos políticos y las discusiones ideológicas que surgen en y en torno a estos últimos. En efecto, lo que intentaba hacer el “lavinismo” era tratar de llevar las prácticas y estrategias del municipio a un entorno nacional privilegiando la capacidad hacedora de quien estuviese en el poder por sobre los proyectos ideológicos nacionales y los proyectos políticos partidistas (Valdivia 2016). Por lo tanto, el elemento relativamente “renovado” que tenía este estilo de hacer política era precisamente ese que le permitía a la derecha tomar distancia con cierta impunidad de las discusiones asociadas al pasado reciente del Chile contemporáneo, a saber: discusiones delimitadas por las lógicas de la Guerra Fría y el régimen militar. Por lo que fue en el marco de esta consigna “cosista” que Lavín intentó, y hasta cierto punto logró, alejarse de la figura de Pinochet más no del proyecto instalado durante su gobierno autoritario.

Esta pretensión de neutralidad y este desdén profesado por el “cosismo” con respecto a los grandes proyectos nacionales y a la política partidista ha llevado a que variados autores hayan catalogado a este estilo como uno populista o neopoulista (Evelyn 2004; Mackinnon y Petrone 1998; Valdivia 2016). Esto es, precisamente porque dicha pretensión “lavinista” intentaba prescindir de los partidos políticos, sus prácticas y de los grandes proyectos ideológicos cuando se trataba de desarrollar a Chile, arguyendo que todo problema nacional podía ser resuelto por medio de liderazgos que actuaran tal como un alcalde lo podía hacer en el contexto del municipio. En tal sentido, Lavín fue acusado de parecerse, por ejemplo, a personajes como Alberto Fujimori o a Hugo Chávez (Silva 2001), en el sentido de que este candidato pretendía saltarse a los partidos políticos para introducir reformas desde la presidencia sin mediación. Sin embargo, es importante hacer notar que la literatura académica señala que los casos de populismo de dicha naturaleza suceden principalmente en contextos de crisis económica donde los sistemas políticos no funcionan y donde no hay fuerzas políticas capaces de contrarrestar la impronta populista llevada a cabo por un líder o caudillo (Cammack 2000; Knight 1998). En tal sentido, según señala Silva (2001), el caso de Chile era muy distinto al que recién se ha sido descrito en términos teóricos. De hecho, para la elección presidencial de 1999-2000 no había ninguna coyuntura crítica en la cual se pudiese haber fundado una exitosa retórica populista o neopoulista. Para dicho entonces, a pesar de la crisis asiática, la institucionalidad en la cual se fundaba el operar de los partidos políticos chilenos funcionaba completamente y había tal espacio para disidencia que, en términos factuales, Joaquín Lavín no ganó la contienda electoral por la presidencia. Es más, el relativo éxito “lavinista”, entre muchos otros factores, tuvo que ver con que para dicha elección hubo una extendida masa de chilenos que, producto de los procesos de modernización que tuvieron lugar durante el régimen militar, aunque también durante los gobiernos de la Concertación, comenzaron a definirse a sí mismo como consumidores más que ciudadanos. Este nuevo prototipo de chileno buscaba que las cosas fuesen hechas de modo concreto más que seguir relatos políticos e ideológicos. Así, para las nuevas clases medias surgidas tras los procesos de modernización gestados durante el régimen militar, ciertamente les era más fácil identificarse con el discurso tecnocrático de

Joaquín Lavín que con el discurso propuesto por Ricardo Lagos, un líder catalogado como un estadista que, por su historia, era asociado a los viejos modos de hacer política en Chile (Silva 2001).

Según Valdivia (2016), el “cosismo”, además de ser un estilo de acción política con todas las características previamente mencionadas, permitió legitimar en un nivel práctico las ideas provenientes de una la lógica neoliberal de corte tecnocrático que promovía el principio de subsidiariedad y las prácticas focalizadoras, de modo que este último no era puro pragmatismo exento de ideas. De hecho, la idea de una gestión descentralizada donde quien dirige al país tiene un contacto no burocrático y no partidista con sus ciudadanos, el cual permite focalizar los recursos de manera eficiente a quienes más lo necesitan según sus problemas concretos más allá de un proyecto colectivizante, no es sólo una idea coincidente con el neoliberalismo doctrinal, sino que también con la idea católico-conservadora de la caridad preconiliar, saber: una idea donde son las élites dirigentes las que, gracias al poder moral de la caridad, se hacen cargo de quienes ellas estiman como los más necesitados (Valdivia 2016). Esto es, administrando los recursos según sus propios criterios sin que las estructuras sociales que delimitan una sociedad determinada sean modificadas. En tal sentido, lejos de ser carente de ideología, el “lavinismo” se presentaba a sí mismo como si no la tuviese, cuando en realidad era un correlato, expresado discursivamente como mera acción política, de las ideas instaladas durante el régimen militar tanto por los *Chicago Boys* como por los gremialistas. En efecto, el aspecto más “renovado” que pudo haber tenido el lavinismo fue tomar distancia de los problemas políticos heredados de la Guerra Fría y el régimen militar, para centrarse discursivamente en un estilo político al cual aparentemente sólo le interesaban los problemas concretos de la gente. Sin embargo, eso no implicó deshacerse *de facto* de las ideas establecidas durante el régimen autoritario en ningún sentido, sino que más bien implicó la creación de un discurso que las omitía y que se enfocaba en aspectos que aún tenían continuidad con la identidad de derecha que fue hegemónica durante el régimen militar, a saber: el apoliticismo y la administración tecnocrática-elitista.

En un sexto lugar, otro asunto que fue determinante para que la derecha durante estos años casi alcanzara el Ejecutivo, fue que en el año 1998 Pinochet fue detenido en Londres, lo cual, aunque parezca extraño, dañó no sólo la campaña presidencial de Ricardo Lagos, sino que también al gobierno de la Concertación. En el contexto de este arresto, lo que surgió en Chile fue un sentimiento nacionalista que se asoció directamente al problema de la soberanía nacional. Las preguntas fundamentales en dicho entonces eran: ¿Pinochet debe ser juzgado en Chile o en el extranjero? y ¿quién debe hacerse cargo de hacer justicia con respecto a la violación de los derechos humanos? Ante estas interrogantes, compartiendo el objetivo de la derecha pinochetista, incluso el gobierno de Frei Ruiz-Tagle se evocó a tratar de recuperar a Pinochet para que los juicios pertinentes se realizasen en Chile y no en el extranjero. Conforme a ello, la figura de Pinochet repentinamente comenzó a ser vista en aquellos días no sólo como la de un dictador que cometió crímenes en contra de los derechos humanos, sino que también como la de alguien de la tercera edad que, encarnando la figura de una víctima, no podía tener un juicio justo en su propio país. De modo que toda esta situación hizo que las diferencias entre la izquierda y la derecha, entre Lagos y Lavín, se atenuaran. En tal sentido, Lavín había sido un colaborador del régimen militar; mientras que Lagos un héroe de la oposición democrática al régimen autoritario. Sin embargo, la unión entre el gobierno y la derecha para traer de vuelta a Pinochet, más la victimización del dictador, atenuó la imagen estereotípica que tanto Lavín como Lagos poseían antes de esta coyuntura (Fontaine 2000). Asimismo, esta situación unificó hasta cierto grado a la derecha chilena, la cual, estando tradicionalmente dividida principalmente en torno a la dicotomía democracia-autoritarismo, asumió una postura unificada frente a la detención de Pinochet

en Londres, postura que, haciendo uso del problema de la soberanía, ayudó a su éxito electoral en torno a la campaña presidencial de los años 1999-2000 (Silva 2000, 2001)

La unión realizada por la derecha y sus distintas facciones en torno a la detención de Pinochet, la cual fue gestada en términos prácticos el año 1999 con el nombre de Alianza Por Chile, no eligió unánimemente como candidato presidencial desde un comienzo a Joaquín Lavín. De hecho, sorpresivamente, ni Pinochet ni algunos sectores de la UDI estaban muy contentos con este candidato, sobre todo dado que este último condenaba explícitamente las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante el régimen militar (Joignant y Navia 2003; Silva 2001). Esto es, mediante su discurso tecnocrático y moderado que buscaba dejar atrás las problemáticas pasadas entre izquierda y derecha. En tal sentido, tras haber sido gestado el pacto derechista entre RN y la UDI, hubo primarias internas en el sector de derecha que buscaron resolver democráticamente las diferencias entre los diversos actores derechistas. Los candidatos que se iban a enfrentar por aquellos días eran el (en ese entonces) senador Sebastián Piñera y el Alcalde de Las Condes Joaquín Lavín. Sin embargo, tras haber sido sondeado mediante distintos mecanismos que Sebastián Piñera no tenía un gran apoyo del electorado derechista, este candidato abandonó las primarias dejándole el camino libre a Joaquín Lavín. Esto es, un candidato que, si bien no era del gusto de todos, si era un candidato aceptable para RN, sobre todo dado que este último tenía un discurso moderado, tecnocrático y abierto al diálogo. Además, a esto último se le debe agregar que, producto del discurso “cosista” de Joaquín Lavín, había por ese entonces un gran apoyo popular a este candidato, sobre todo en las clases medias, por lo que los sectores más duros de la derecha tuvieron que aceptar a este abanderado presidencial por razones competitivas. Así, desde dicho momento en adelante, la derecha chilena pudo enfrentar las nuevas elecciones presidenciales con cierta unidad, dejando de lado hasta cierto punto sus divisiones históricas (Silva 2001).

La detención de Pinochet en Londres y la problemática distancia de Joaquín Lavín con respecto a este último fueron una de las claves del éxito electoral que tuvo la derecha en las elecciones de 1999-2000. Tras la detención de Pinochet, porciones importantes dentro del sector derechista se abstuvieron de realizar críticas al régimen militar. Esto es, ante un victimizado dictador. Sin embargo, Joaquín Lavín no dudó en criticar las violaciones de los derechos humanos realizadas durante el gobierno autoritario e incluso instó a Pinochet a que le pidiese disculpas a la población chilena por los crímenes cometidos durante su régimen (Joignant y Navia 2003; Silva 2001). Esta atrevida petición causó un profundo malestar en las FF.AA., al interior de los sectores derechistas autoritarios y sobre todo en la UDI. De hecho, tal fue el malestar que los dichos de Joaquín Lavín causaron en este partido, que Pablo Longueira, un importante político de la UDI, forzó a Lavín para que este último le hiciese una visita reconciliadora a Pinochet en Londres. No obstante, más allá de esta visita forzada que buscaba subsanar el desencuentro entre el candidato presidencial y Pinochet, la distancia entre el dictador y Lavín se hizo evidente cuando Pinochet le dio su respaldo –sin tomar en cuenta a Lavín– a la campaña presidencial de Arturo Frei Bolívar, un demócratacristiano autoritario que sólo logró un magro 0,38% de los sufragios durante la elección presidencial del 1999-2000 (Silva 2001). En tal sentido, a pesar de que el cuerpo fundamental de pinochetistas condenó a Joaquín Lavín por sus dichos, y a pesar de que Pinochet le dio la espalda a Lavín, esta actitud atrevida del candidato derechista que denunció las violaciones a los derechos humanos y que instó a que Pinochet pidiese perdón, contribuyó de gran manera a que Lavín obtuviese el voto del electorado de centro y de los moderados. Es más, cuando ya era evidente que Lavín había obtenido seguidores en un espacio que no le pertenecía a la derecha en aquél entonces, y ante el miedo que suscitaba Lagos, incluso los sectores pinochetistas tuvieron que

votar por él. De este modo, la clave del éxito de Joaquín Lavín fue que en dicho entonces, de la mano de su liderazgo, se logró separar el legado socioeconómico y político de Pinochet de la figura del dictador (Angell y Pollack 2000; Fontaine 2000; Garretón 2000; Joignant y Navia 2003; Navia y Joignant 2000).

Con todo, si bien Joaquín Lavín no logró ganar la presidencia frente a Ricardo Lagos, sí realizó una campaña electoral histórica para la derecha y especialmente para la UDI. Esto es, no sólo porque logró desmarcar el proyecto gestado durante el régimen militar de la figura de Pinochet mediante un discurso moderado y tecnocrático (Angell y Pollack 2000; Fontaine 2000; Garretón 2000; Joignant y Navia 2003; Navia y Joignant 2000), sino que porque logró, además, establecer un discurso conciliador que se desmarcaba del estilo de oposición radical que caracterizó especialmente a la UDI durante los años 1990. En tal sentido, tras haber asistido a la victoria de Ricardo Lagos, Lavín se acercó públicamente a este nuevo presidente para ofrecerle su ayuda en todo lo que fuese necesario, lo cual daba cuenta de que este candidato derechista quería promover una nueva forma de oposición (Silva 2001). Desde este momento en adelante, la UDI logró convertirse en el partido político más votado de las parlamentarias del 2001 y 2005, sobre todo tras haber diluido o aminorado la importancia del clivaje político que determinó a la derecha desde el comienzo del nuevo periodo democrático, a saber: autoritarismo-democracia. Esto último le permitió a la derecha (aunque sobre todo a la UDI) competir por el poder sin tener que recurrir al vínculo que este sector tuvo con el régimen militar (Castillo 2014). Sin embargo, este movimiento más que ser renovador, puede ser catalogado como uno de tipo adaptativo. Esto es, en tanto que este movimiento no implicó que *de facto* se alterase el sistema de creencias de la mayoría de los grupos derechistas. Más bien, por el contrario, la disociación de Pinochet con respecto al modelo instaurado durante el régimen militar, así como la modificación en las estrategias de oposición, fueron una adaptación funcional que tuvo lugar únicamente ante las nuevas coyunturas que estaba experimentando la sociedad chilena en aquellos días.

3.1.3 El fin de la Concertación: Lagos, Bachelet y el ocaso de un centro político afín al neoliberalismo

El nuevo periodo presidencial que tuvo lugar entre los años 2000 y 2006 fue bastante particular. Esto es, sobre todo porque el devenir de dicho gobierno puso en tela de juicio varias de las expectativas que tanto la derecha como la izquierda tenían con respecto al nuevo mandato de Ricardo Lagos. En tal sentido, contra la mayoría los pronósticos derechistas, los cuales veían al nuevo presidente como la primera amenaza socialista que Chile enfrentaba desde el año 1973, Lagos se situó como un mandatario que transó con el neoliberalismo, estando convencido de que Chile debía sumarse a dicha forma de capitalismo para alcanzar el desarrollo económico y social en el marco de los procesos globalizatorios liderados por occidente (Funk 2006). Durante su gobierno, Lagos no tuvo en ningún sentido el ímpetu de dismantelar o demoler el sistema económico instaurado durante el régimen militar, lo cual sorprendió a todos aquellos que, con diversos tipos de expectativas, veían en este presidente el retorno del socialismo a Chile tras casi 30 años desde que Allende fue derrocado por los militares (Valdivia 2016). Sin embargo, si bien el socialista Lagos terminó siendo un defensor de un sistema económico basado en una forma de capitalismo como lo es el neoliberalismo, este último sí se manifestó y actuó en contra del conservadurismo legal y cultural heredado del régimen militar, aspecto que no sólo diluyó la fuerza de algunos de los enclaves autoritarios en los que descansaba el poder de la derecha post-régimen, sino que también tocó profundamente el cuerpo fundamental de creencias de los sectores derechistas más duros (ya sea de los conservadores morales o de los autoritarios que

favorecían una democracia tutelada). Durante su gobierno, Lagos se evocó a dismantelar la tutela política de las FF.AA. y a liberalizar culturalmente a Chile, poniendo un especial énfasis en temas pendientes de la transición como lo fueron la responsabilidad militar en la violación de los derechos humanos, las necesarias reformas a ciertos aspectos autoritarios de la constitución heredada de la dictadura y también a otros aspectos relacionados con la ley de divorcio y la reforma del sistema de salud. De este modo, si bien Lagos se evocó a perfeccionar al neoliberalismo durante su gobierno, también se evocó a enfrentar durante dicho periodo a los sectores más duros de la derecha en Chile (Díaz 2016; Valdivia 2016).

Las reformas realizadas por el nuevo gobierno concertacionista a algunos de los llamados “enclaves autoritarios” fueron de suma importancia para poder realizar finalmente, tras casi 15 años desde el fin del régimen militar, un real tránsito desde una “democracia tutelada” que favorecía especialmente a la derecha “chicago-gremialista” hacia una democracia representativa extendida. Sin embargo, como ya se ha sostenido, el gobierno de Lagos no sólo arremetió en contra del autoritarismo chileno encarnado sobre todo en la idea de la tutela legal y militar, sino que también abrió el espacio para insertar en la discusión pública otros temas gravitantes –asociados a la cultura– que causaron mucha controversia y división en la derecha chilena, sobre todo al interior de los sectores conservadores. Dichos temas fueron los llamados “valóricos” o morales, tópicos de discusión que desde dicho entonces han marcado fuertemente los debates públicos en Chile (Díaz 2016). Estos temas, sobre todo en el marco de la ley de divorcio impulsada por el gobierno de Lagos, reavivaron las clásicas disputas entre liberales y conservadores, lo cual trajo consigo inevitables tensiones y divisiones en el sector derechista, divisiones que fueron traducidas *de facto* en importantes divergencias a la hora de legislar. Estas divisiones debilitaron y alteraron los vínculos del pacto funcional en el que se encontraban RN y la UDI. Por lo que desde este momento en adelante la derecha tuvo que lidiar inevitablemente con ciertas temáticas que otrora no eran un asunto de suma relevancia para la sociedad chilena y sus ciudadanos, por ejemplo: el matrimonio o la unión civil entre parejas homosexuales, el aborto terapéutico o la píldora del día después, entre otras problemáticas. De este modo, si bien durante los años 90 la gran tensión que tuvieron que encarar las distintas coaliciones derechistas estaba liderada por la dicotomía autoritarismo-democracia, ahora a aquella dicotomía se le comenzaron a sumar los llamados “temas valóricos”, asuntos que gradualmente se han establecido como una piedra angular de las demandas y discusiones de la ciudadanía en Chile.⁶

Tales fueron las divisiones internas que experimentó la derecha chilena en el contexto previamente mencionado que esta última, aun siendo liderada por el pacto de RN y la UDI, decidió enfrentarse a la nueva contienda presidencial de los años 2005-2006 separadamente. Esto es, presentando a un candidato por cada uno de los partidos políticos anteriormente mencionados. En esta ocasión se enfrentaron en la primera vuelta de la contienda presidencial –junto a los presidenciables de los otros sectores políticos– los candidatos derechistas Sebastián Piñera de RN y Joaquín Lavín de la UDI (Avendaño 2010; Huneeus y Avendaño 2016; Jofré y Navia 2017; Morales y Cantillana 2008). En dicha primera vuelta de las presidenciales, la candidata socialista y concertacionista Michelle Bachelet

⁶⁶ Si bien el gobierno de Lagos realizó modificaciones que amenazaron ciertos intereses de la derecha transicional (sobre todo de las facciones conservadoras y autoritarias), este último transó completamente con el modelo socioeconómico impuesto por este sector durante el régimen autoritario. Por lo tanto, en la práctica, este gobierno no supuso una amenaza radical para los intereses materiales de la derecha tradicional. Esta situación cambió en el marco del segundo gobierno de Michelle Bachelet en 2014, gobierno que amenazó ciertos pilares fundamentales del modelo socioeconómico defendido por la derecha. Véase sección 3.2 de este capítulo.

obtuvo un 46,5% de los sufragios (Morales 2008); mientras que Sebastián Piñera y Joaquín Lavín, representantes de la derecha, obtuvieron un 25,2% y un 23,3% respectivamente, lo cual sumaba para el sector derechista un total de 48,5% de la votación total (Jofré y Navia 2017). Dado que Bachelet obtuvo sólo un 46,5% de los votos, no consiguió ganar la contienda por la presidencia en la primera vuelta con mayoría absoluta, por lo que tuvo que luchar por el Ejecutivo en una segunda vuelta con el siguiente candidato más votado de la derecha: Sebastián Piñera. Fue así que en la segunda vuelta Bachelet logró ganar con un 53,5% de los sufragios frente a un Piñera que obtuvo un 46,5% de los votos, lo cual aseguró la cuarta victoria consecutiva a la coalición concertacionista en democracia (Morales 2008).

Esta nueva coyuntura gestada en torno a la campaña presidencial de los años 2005-2006, específicamente en relación a la derecha, marcó un antes y un después para el sector. En tal sentido, después del “lavinismo”, la UDI logró hegemonizar su poder al interior de la derecha. Sin embargo, alrededor de la elección presidencial que enfrentó a Bachelet y Piñera esta situación comenzó a cambiar por varias razones. En primer lugar, si bien el liderazgo personalista de Piñera se impuso rápidamente en RN más no desde un comienzo en la UDI (Avendaño 2010), el hecho de que Piñera le haya ganado a Lavín en esta especie de primaria abierta en la primera ronda presidencial, logró que a una parte importante del electorado de derecha se identificarse con el candidato de RN. Esto es, un candidato que además de personalista también encarnaba los valores tecnocráticos de Joaquín Lavín, aunque desde una perspectiva más liberal (aspecto que concordaba con el auge temas valóricos surgidos durante la presidencia de Ricardo Lagos). En segundo lugar, este ascenso de Piñera al interior de la derecha no sólo tuvo que ver con esta coyuntura única, sino que también con el descenso experimentado por la UDI en las elecciones municipales del año 2004 (Avendaño 2010), elemento al que se le sumó que la mayor carta presidencial de la UDI, Joaquín Lavín, ya no tenía la vitalidad política que tuvo al principio de la década de los 2000 (Jofré y Navia 2017; Valdivia 2016). De hecho, Joaquín Lavín, habiendo dejado la pudiente comuna de Las Condes para aventurarse en la alcaldía de Santiago, intentó aplicar la misma estrategia política que usó en su ex alcaldía aunque sin buenos resultados. En tal sentido, la lógica que reducía el papel del Estado en el diseño de las políticas municipales y la promoción de un asistencialismo exacerbado, no funcionó de buena manera en una comuna que tenía menos recursos que Las Condes, por lo que esto último le restó popularidad como figura política sobre todo por su incapacidad de cumplir promesas (Valdivia 2016). En un tercer lugar, Piñera, siendo candidato derechista, alrededor del 2006 comenzó a tener una mayor capacidad para obtener votos centristas que Lavín. Esto es, dado que en el plebiscito de 1988 este candidato votó por el “No”, lo cual, al contrario que Lavín, lo convertía en una carta presidencialiable que podía ser desligada del régimen autoritario (Huneus y Avendaño 2016). Fue así que, a partir de estas coyunturas, las cuales estuvieron marcadas por el debilitamiento de la UDI y por el liderazgo personalista de Piñera, RN pudo comenzar a posicionarse nuevamente como un partido exitoso dentro de la derecha. Así, la irrupción de Piñera en la elección presidencial de los años 2005-2006 le permitió a RN gestar una rebelión contra la hegemonía “chicago-gremialista”. Esto es, mediante el auge y consolidación de un candidato de derecha capaz de competir por el poder a un nivel nacional (Barozet y Aubry 2005).

Con todo, si bien fue evidente que entre las elecciones de los años 1999-2000 y 2005-2006 la derecha se acercó como nunca antes al poder Ejecutivo, ¿qué explica que la Concertación, una coalición que bien podría haber estado agotada para dicho entonces, siguiese quedándose con el poder presidencial? La respuesta a esto tiene que ver con que, más allá de la evidente razón de que la derecha aún era asociada al régimen militar, para la elección de 2005-2006 hubo varios elementos contextuales

que contribuyeron al auge de un nuevo mandato concertacionista. Por un lado, Michelle Bachelet, la candidata socialista que se quedó con la presidencia para dicha elección, contaba con una gran lista de atributos personales e historiográficos que la ayudaron a perpetuar la era de la Concertación (Morales 2015). En un entorno donde la sociedad chilena se encontraba cada vez más lejana al pasado autoritario, Bachelet representaba todo lo que ciertos sectores de la UDI se negaban a dejar atrás. En tal sentido, Bachelet era hija de un general torturado que murió en cautiverio y ella misma fue detenida por los organismos militares de represión, por lo que fue víctima de la violación de los derechos humanos. Asimismo, fue ministra de defensa de Ricardo Lagos y una de los artífices de la transición de los militares junto al general Cheyre (Morales 2008; Valdivia 2016). Como si esto fuese poco, en el marco del constante contexto de modernización y secularización al que estaba asistiendo la sociedad chilena, Bachelet se situaba como una mujer ajena al estereotipo femenino tradicional defendido por el mundo conservador. De hecho, era una mujer agnóstica, jefa de hogar, separada y profesional (Morales 2008; Politzer 2010; Subercaseaux y Sierra 2005; Valdivia 2016). Todos estos aspectos situaban a esta candidata socialista como una carta presidencial que no sólo representaba a un nuevo Chile dispuesto a abandonar y condenar al mismo tiempo el pasado autoritario, sino que también como una carta presidenciable que representaba a la mujer chilena moderna. En tal sentido, Bachelet obtuvo en la primera vuelta presidencial un gran desempeño electoral sobre todo en la votación femenina, en tanto que el epicentro de su electorado fue encabezado por mujeres que eran jefas de hogar en familias vulnerables (Morales 2008). De hecho, este aspecto asociado al género fue crucial en la victoria de Bachelet en los años 2005-2006. Esto es, sobre todo porque este aspecto le pertenecía sólo a Bachelet y no a la Concertación, pues no había ocurrido un fenómeno similar en los anteriores gobiernos concertacionistas (Morales 2008). Por último, además de estos factores, también influyó en la victoria de Bachelet que la anterior gestión presidencial de la Concertación obtuvo excelentes resultados económicos (control de la inflación, crecimiento económico, bajas tasas de desempleo, etc.) y políticos (altas tasas de aprobación ciudadana en virtud de las reformas realizadas y la eficiente gestión). En tal sentido, el gobierno de Lagos logró transferir su éxito a la candidata socialista, por lo que Bachelet se enfrentó a la nueva contienda electoral en un entorno económico favorable y en el marco de una coalición de centro-izquierda que contaba con altos índices de aprobación (Morales 2008).⁷

3.1.4 Sebastián Piñera: una derecha tecnocrática en el poder Ejecutivo

La elección presidencial de los años 2009-2010 se constituyó como una coyuntura novedosa para la derecha chilena en tanto que esta última logró por primera vez en dicha contienda alcanzar el Ejecutivo tras 20 años de democracia y tras 50 años desde que Jorge Alessandri fue presidente de Chile (Avendaño 2010; Díaz 2016; Huneeus y Avendaño 2016; Jofré y Navia 2017; López, Dockendorff, y Figueroa 2011). En tal sentido, en la reñida contienda electoral de aquellos días, contienda que enfrentó además a tres candidatos de centro-izquierda (Marco Enríquez-Ominami, Jorge Arrate y Eduardo Frei), lo cual debilitó las posibilidades electorales de dicho sector, Sebastián Piñera logró imponerse como presidente de Chile en una reñida segunda vuelta electoral frente al ex mandatario Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Esto es, por medio de una campaña que reproducía las clásicas diferencias entre izquierda

⁷ El primer gobierno de Bachelet fue ciertamente moderado en lo que respecta a sus reformas. De hecho, al igual que el gobierno de Lagos, este gobierno transó con el modelo socioeconómico de desarrollo defendido por la derecha transicional. Esto es, como lo habían venido haciendo todos los gobiernos concertacionistas. Además, este gobierno fortaleció la gestión tecnocrática del Estado (Silva 2010), aspecto que causó sentimientos encontrados sobre todo entre las facciones más izquierdistas que componían a la Concertación.

y derecha (Alcántara y Luna 2004; Avendaño 2010; Hagopian 2005), sobre todo en torno a la dicotomía que ponía en oposición la administración eficiente y tecnocrática del Estado frente la conducción política y soberana de este último. En la segunda vuelta electoral, Piñera obtuvo un 51,6% de los sufragios mientras que Eduardo Frei consiguió un 48,4% de los votos (Avendaño 2010). De modo que si bien la ex presidenta Bachelet terminó su periodo presidencial con una alta popularidad que superó el 80%, dicha popularidad no bastó para que el ex presidente y candidato concertacionista, Eduardo Frei, alcanzase el poder Ejecutivo frente al candidato derechista (Morales 2015). En tal sentido, el hecho de que Bachelet no haya podido traspasar en dicha elección su gran popularidad a Eduardo Frei, sin duda refuerza la tesis –anteriormente mencionada– de que el gran respaldo ciudadano que tuvo la primera presidenta de Chile durante su gobierno, así como el éxito que esta última tuvo en la previa contienda presidencial de los años 2005-2006, se debieron ante todo a los atributos personales de esta última más que al liderazgo que podrían haber tenido los partidos de la Concertación en dicho entonces (Morales 2008, 2012; Morales y Navia 2010).

La victoria obtenida por la derecha en la elección presidencial de los años 2009-2010 mediante el liderazgo de Sebastián Piñera reafirmó varios asuntos al interior de este sector que vale la pena mencionar. Por un lado, reafirmó que la derecha desde fines de los años 90 había crecido electoralmente y penetrando en un público que, históricamente, había sido hostil a este sector (Angell 2005; Avendaño 2010; Berríos 2007; Fontaine 2000). De hecho, este gradual crecimiento sólo se contrajo frente al liderazgo de Bachelet dadas las coyunturas específicas anteriormente mencionadas que se relacionaban con el previo éxito del gobierno de Ricardo Lagos y el perfil encarnado por la ex presidenta (Avendaño 2010; Morales 2008). En tal sentido, desde la inauguración de la democracia hasta los años en los cuales tuvo lugar la victoria de Sebastián Piñera, la derecha creció electoralmente sobre todo en la medida que esta última se alejó de la dictadura, aspecto que tuvo una relación simbólica con la llamada “despinochetización” que sufrió el sector tras la campaña de Joaquín Lavín en el marco de la detención de Pinochet en Londres (Fontaine 2000; López *et al.* 2011; Silva 2001).

Por otro lado, la victoria de Piñera también vino a reafirmar que los partidos políticos de derecha originados en el régimen militar aún estaban vigentes y que, por ende, aún tenían una oportunidad para gobernar y poner en práctica su visión de mundo desde La Moneda. De modo que esto último atenuó los ánimos de renovación y recambio que existían en la derecha chilena por aquellos días (Allamand y Cubillos 2010; Jofré y Navia 2017), ánimos que sin duda tenían que ver con el cambio generacional que estaba sufriendo este sector (Bellolio 2013). Esto es, un cambio generacional que, a su vez, promovía la tesis de que existía la necesidad de crear una nueva derecha que desafiase la hegemonía de los partidos y liderazgos surgidos en el pasado autoritario (Alenda 2016; Bellolio 2013).

Por último, el triunfo presidencial de Sebastián Piñera en los años 2009-2010 también vino a reafirmar otro aspecto de suma importancia, a saber: el crecimiento de RN frente a una debilitada UDI (Huneeus y Avendaño 2016). De hecho, dicha alteración de las fuerzas derechistas se tradujo en que Sebastián Piñera, líder indiscutido de RN, en un magistral movimiento político y simbólico, nombró al ex candidato presidencial Joaquín Lavín como ministro de educación en su primer gabinete. ¿Qué significó esto? Pues significó la defunción política de Joaquín Lavín como un presidenciable de la UDI. ¿Por qué? Pues porque el ministerio de educación ha sido hasta el día de hoy una de las carteras políticas más difíciles dado el encarecimiento del sistema de educación superior y la gran cantidad de deudas que poseen los estudiantes chilenos. Por ende, Lavín se tropezó con las masivas movilizaciones estudiantiles que tuvieron lugar el 2011, las cuales se pronunciaban en contra del lucro en la educación y del sistema educacional instaurado durante el régimen militar. Esto es, un sistema que, en términos

generales, promocionaba la idea de que la educación debe ser vista como un bien de consumo que, en tanto servicio, es entregado de un modo más eficientemente cuando su provisión es privada. De este modo, tras haber tenido que enfrentar sin éxito a estos movimientos sociales, Lavín fue sacado del ministerio de educación (siendo remplazado por Felipe Bulnes) y, con ello, fue sepultada la mejor posibilidad que tenía la UDI de llegar (en el corto plazo) a la presidencia de Chile (Valdivia 2016).

Ahora bien, ¿cuáles fueron los factores específicos asociados a la figura de Sebastián Piñera que permitieron la victoria de la derecha tras 20 años de hegemonía concertacionista? En primer lugar, se debe mencionar que este ex presidente logró triunfar gracias a un discurso que buscó perfilar a una nueva derecha centrista y tecnocrática. Esto es, algo parecido a lo que hizo Joaquín Lavín en un pasado, pero sin la ligazón inevitable que este último tenía con respecto al conservadurismo moral y político encarnado por la UDI. En segundo lugar, sin menospreciar totalmente la anterior gestión presidencial de Bachelet, lo cual lo posicionaba como un líder que buscaba (al menos discursivamente) oponerse a la centro-izquierda de manera constructiva, Piñera se enfocó en la decadencia de la Concertación, argumentando que Chile necesitaba un cambio. En efecto, Sebastián Piñera sostenía que la coalición de centro-izquierda estaba agotada tanto en su capacidad de gestión, así como también en su modo de hacer política (aspecto que hasta cierto punto coincidía con la campaña que realizó Lavín anteriormente). Asimismo, Piñera, durante su campaña, promocionó la idea de que el país necesitaba un nuevo tipo de gobierno basado en fundamentos tecnocráticos, algo nada novedoso en la derecha chilena si uno piensa en los discursos de Joaquín Lavín o Jorge Alessandri. Según la lógica de Piñera, los problemas de los chilenos debían ser entendidos como problemas de gestión y no como problemas políticos, por lo que esto se traducía en que el Estado debía ser administrado más que conducido políticamente por las ideas encarnadas en los partidos. Por otra parte, Piñera planteó también la necesidad de una segunda transición. Esto es, una transición que debía apartarse de los problemas de la primera (dictadura militar, comunismo, etc.) y centrarse en el desarrollo de Chile, la creación empleos y en la eliminación de la pobreza. En tal sentido, cabe destacar que Piñera, por medio de dicho discurso, manifestó explícitamente su distancia con la herencia pinochetista en el ámbito de los derechos humanos (no en otras áreas). Dicha situación, como ya sucedió con Lavín, generó importantes tensiones al interior de la derecha y especialmente con la UDI. Dicha tensión se hizo incluso más patente cuando Piñera, durante su propio gobierno, denunció a los cómplices pasivos de la dictadura. Esto es, una denuncia que fue dirigida a todos los sectores que no se habían movilizado en defensa de los derechos humanos en el pasado aunque hubiesen tenido información acerca de la sistemática violación de estos últimos (Aubry y Dockendorff 2014). Además, como si todo esto fuese poco, Piñera dio un vuelco liberal-progresista en su campaña hacia posturas más abiertas en temas como las parejas homosexuales, la píldora del día después y el aborto. De modo que, en términos generales, Piñera, para la elección del 2009-2010, buscó posicionarse como el candidato de una nueva derecha ajena a los complejos de los partidos políticos creados durante el régimen militar (Siavelis 2014). Todos estos aspectos posicionaron a Piñera en la contienda electoral por la presidencia como un candidato de derecha moderado, de orientación tecnocrática, que además estaba a la altura de los cambios culturales que tanto Chile como el mundo estaban viviendo por aquellos días.

Sebastián Piñera obtuvo además un considerable apoyo gracias al perfil que él personalmente encarnaba. Piñera es un empresario y, en el marco de la campaña electoral del 2009-2010, era uno de los tres individuos más ricos de Chile, el cual tenía varias inversiones en variados sectores de la economía. Por ejemplo, un canal de televisión, una línea aérea y un equipo de fútbol. En tal sentido, como es bien sabido, este candidato acrecentó su fortuna gracias a las oportunidades brindadas por el

régimen militar, oportunidades que no en pocas ocasiones han sido puestas en cuestión (Huneeus y Avendaño 2016). Sin embargo, independientemente de ello, este último, gracias a su exitoso perfil empresarial, ha encarnado la imagen de un individuo que gracias a su esfuerzo acrecentó su fortuna de la mano de una buena gestión de sus propios recursos. Así, siendo Piñera un empresario y gran gestor, este último ha tendido a representar a ese nuevo sector de la sociedad chilena (sobre todo de clase media) que se ha privatizado, independizado del Estado, independizado del sistema político y que promueve una narrativa basada en la figura del emprendedor, el hombre de esfuerzo y la rápida movilidad socioeconómica (Aninat y Elacqua 2010; Castillo 2014). Por ende, la rápida expansión de una clase media basada en dichos valores durante las primeras dos décadas del nuevo régimen político, sin duda facilitaron la victoria de Piñera. Esto es, en tanto que esta nueva clase media se ha identificado fácilmente con el imaginario del emprendedor exitoso, un imaginario que Piñera ha representado hasta cierto grado (Castillo 2014).

Con todo, más allá de las características específicas del candidato derechista, ¿cuáles fueron los aspectos contextuales que permitieron la victoria de la derecha tras 20 años fuera del Ejecutivo? La respuesta a esta interrogante tiene que ver con que tras largos 20 años de poder concertacionista, y teniendo en cuenta que el último gobierno de la Concertación fue obtenido en gran medida gracias a los atributos personales de Bachelet (Morales 2008), la Concertación se encontraba en una etapa de decadencia o desgaste (Aninat y Elacqua 2010; Avendaño 2010; Castillo 2014). Esto es, una etapa que, hasta cierto grado, estaba garantizada por la pérdida de apoyo electoral que esta coalición sufrió en los sectores medios y populares de la sociedad chilena (Castillo 2014). Dicho desgaste se debió a varias razones específicas que van más allá del hecho de que esta coalición estuvo en el poder por 20 años, aspecto que en sí mismo puede desgastar a cualquier pacto político. Por un lado, se debió a que el electorado de centro-izquierda comenzó a desilusionarse de la Concertación sobre todo a partir del gobierno de Frei Ruiz-Tagle. Esto es, no sólo por los problemas económicos que hubo en dicho gobierno en el marco de la crisis asiática y por la postura que este último tuvo con respecto a la detención de Pinochet en Londres (Silva 2001), sino que también porque a partir de dicho momento la agenda de la Concertación comenzó a dejar de lado los temas de la transición (legitimidad del sistema económico y político, por ejemplo) para poner en el centro de la discusión en otro tipo de temas que, principalmente, se asociaban a la modernización de Chile (Avendaño 2010). En el marco de dicho afán modernizador, los gobierno concertacionistas comenzaron a darle una mayor prioridad a los equipos de técnicos encargados de modernizar el Estado que a los partidos y sus representados, sobre todo cuando se trataba de tomar decisiones en áreas consideradas estratégicas o eminentemente técnicas (Avendaño 2010; Joignant 2003; Silva 2010). Dicho movimiento dejó de lado gran parte de los intereses del electorado de centro-izquierda y desplazó a la política a un segundo plano. Es más, si bien dicho tránsito hacía una lógica modernizadora de corte tecnocrático comenzó con Frei Ruiz-Tagle, hay que mencionar que dicha lógica fue extendida y exacerbada bajo el gobierno del socialista Lagos, así como también bajo el primer gobierno de Bachelet, un gobierno en el cual se comenzó a institucionalizar la idea de que era imperativo conformar consejos de asesores expertos que acompañasen las labores ministeriales (Avendaño 2010; Silva 2010). De este modo, los gobiernos concertacionistas no sólo comenzaron a dejar de lado a los partidos políticos cuando se trataba de las grandes decisiones, sino que del mismo modo a quienes estos últimos representaban.

Por otro lado, un segundo aspecto que contribuyó al desgaste de la Concertación, según Avendaño (2010), es que los partidos políticos de la Concertación fueron perdiendo protagonismo en la conformación de los gabinetes ministeriales durante la era concertacionista. En tal sentido, mientras que

en gobierno de Patricio Aylwin los gabinetes tendieron a representar la fuerza electoral de los partidos oficialistas. Esto es, dado que en el primer gabinete de los 21 miembros nominados 10 pertenecían al PDC, 7 al PPD y al PS, 2 al PRS y los 2 restantes al PAC y al mundo independiente respectivamente. En el gobierno de Bachelet dicha representación comenzó a diluirse dado que esta presidenta comenzó a privilegiar otros criterios para la distribución de las carteras ministeriales. Por ejemplo, la paridad de género y la equidad entre los partidos que representaban a la coalición, lo cual hizo omiso de la fuerza electoral que cada uno de estos partidos poseía. En efecto, en el primer gabinete de Bachelet de los 44 ministros nominados, 15 eran del PDC, 13 del PPD, 8 del PS, 3 del PRS y 5 del mundo independiente, entre los que estaba el ministro de hacienda Andrés Velasco, un hombre de orientación tecnocrática por antonomasia. Este tránsito ministerial en la Concertación no sólo alteró la representación de los partidos políticos en el gobierno (Avendaño 2010), sino que también dinamitó la posibilidad de que la Concertación pudiese promover liderazgos importantes y figuras conocidas para la elección presidencial del año 2009-2010 (Navia 2007), lo cual ciertamente facilitó la victoria de la derecha en dicha elección presidencial.

El debilitamiento de la derecha durante el gobierno tecnocrático de Piñera

El periodo presidencial de Sebastián Piñera que tuvo lugar entre los años 2010 y 2014 se caracterizó por haber sido el primer gobierno de derecha en Chile tras la inauguración de la democracia (Morales 2015). Sin embargo, este gobierno también se caracterizó por haber sido uno que no logró aprovechar políticamente esta histórica coyuntura, en el sentido de que tras dicho gobierno la derecha no pudo, como algunos esperaban, perpetuar su poder en el Ejecutivo en la siguiente elección presidencial (Jofré y Navia 2017; Morales 2015). Esto último se debió en parte a que el gobierno de Piñera estuvo determinado por una compleja relación con los partidos políticos derechistas, a saber: una relación en la cual el gobierno, en el marco de un discurso de orientación tecnocrática, se alejó de estos últimos argumentando que quería formar una “nueva derecha” que pudiese obtener apoyo más allá de los partidos oficialistas (Jofré y Navia 2017; Varas 2014). Como si esto último fuese poco, esta impronta liderada por Piñera también tuvo que enfrentarse a una serie de problemas coyunturales que dificultaron el éxito de dicha iniciativa. Por ejemplo, el terremoto que tuvo lugar en el año 2010, las movilizaciones estudiantiles del año 2011 y los conflictos regionales en Aysén y Freirina, entre otras coyunturas (Jofré y Navia 2017). Todas estas circunstancias contribuyeron a que la derecha transicional no pudiese perpetuar su poder por más de un periodo presidencial; mientras que, además, contribuyeron a que este sector sufriese una desastrosa derrota en la siguiente elección presidencial de los años 2013-2014 (Morales 2015), derrota que llevaría al sector a experimentar una crisis.

Al comienzo del nuevo mandato derechista, y en el marco de la orientación tecnocrática que tenía dicho gobierno, fueron ciertos *think tanks* ligados a la derecha los que se encargaron de reclutar a los distintos profesionales que conformarían el primer gabinete presidencial. En efecto, fueron María Luisa Brahm del IL, Cristián Larrouet de LYD y Miguel Flores de la FJG, los que se encargaron de estructurar la cartera ministerial del primer mandato derechista tras 20 años de democracia (Jofré y Navia 2017). El protagonismo de los *think tanks* y la exclusión de los partidos políticos a la hora de conformar el primer gabinete de Sebastián Piñera, daban cuenta claramente de la orientación tecnocrática que este nuevo gobierno pretendía tener. Del mismo modo, el hecho de que a la hora de estructurar el gabinete los individuos a cargo representasen a tres de los más importantes *think tanks* de derecha en Chile, daba cuenta de que, si bien los partidos políticos estaban siendo excluidos, sí existía la intención por parte del gobierno de a través de estos centros de estudios dar cuenta de cierta

representatividad al interior del sector. Fue así que el primer gabinete de Piñera terminó siendo conformado por expertos que estaban asociados a los *think tanks* de derecha anteriormente mencionados. En tal sentido, los ministros convocados por los *think tanks* fueron Cristian Larroulet para el ministerio secretario general de la presidencia, Ena von Baer para el ministerio secretario general de gobierno, Felipe Larraín para el ministerio de hacienda, Juan Andrés Fontaine para el ministerio de economía y turismo, Felipe Kast para el ministerio de desarrollo social, Felipe Morandé para el ministerio de transportes y Ricardo Raineri para el ministerio de energía. Asimismo, los subsecretarios de este gobierno fueron en una primera instancia Tomás Flores en economía, Gloria Hutt en transportes, Augusto Iglesias en trabajo, Nicolás Bär en cultura y Rosanna Costa en la dirección de presupuestos (Jofré y Navia 2017). En términos generales, a diferencia de los expertos que estuvieron liderando a los gobiernos de la Concertación, estos expertos de la coalición derechista se caracterizaron por tener ciertas características particulares, entre las que destacaban ser en su mayoría ingenieros comerciales o civiles de la PUC. Además, entre aquellas características, también se destacaba el hecho de que muchos de estos nuevos ministros eran propietarios de empresas o eran gerentes en importantes consorcios comerciales e industriales (Silva 2010). De modo que esto último permitió que se empezase a establecer una comparación entre el gabinete de Piñera y el llamado gobierno de los gerentes del ex presidente Jorge Alessandri. Esto es, gracias a los nexos que existieron entre los gabinetes de ambos presidentes y el mundo de los negocios; y dado que ambos gobiernos tuvieron una orientación tecnocrática cuando se trató de elegir las carteras ministeriales, una orientación que marginó a los partidos políticos de derecha (Jofré y Navia 2017; Silva 2010).

A pesar de querer perfilar una “nueva derecha” durante su gobierno, Piñera no hizo más que dar continuidad al modelo tecnocrático de administración estatal que, como fue mencionado anteriormente, había contribuido a que la Concertación perdiese la presidencia en la elección presidencial de los años 2009-2010. Además, Piñera no sólo dio continuidad a dicho modelo, sino que también exacerbó el modelo de gestión administrativa que, en el pasado, y con ciertas diferencias, ya había sido promocionado por la UDI mediante la lógica municipal. En tal sentido, a pesar de que se hablase por aquellos días de una “nueva derecha”, la administración de Piñera no mostró muchos atisbos de innovación por mucho que se haya buscado establecer una retórica proveniente de la gestión empresarial. De hecho, el único aspecto que quizá fue realmente innovador en dicho gobierno, lo cual iba de la mano del personalismo de Piñera, era el fuerte presidencialismo de su mandato. Esto es, un presidencialismo que se reflejaba en el intento de reservar en las manos del presidente la toma de decisiones en asuntos estratégicos más allá de toda iniciativa partidaria, restándole así poder y visibilidad a sus ministros (Avendaño 2010). Esto último terminó dinamitando el apoyo que este gobierno podría haber tenido, lo cual se hizo evidente cuando los mismos partidos oficialistas comenzaron a criticar la gestión de Piñera. Las críticas se dirigían a dos asuntos fundamentales: primero, a denunciar la falta de sintonía que había entre el gobierno y los partidos políticos de derecha; mientras que, segundo, se dirigían a denunciar la falta de relato que este gobierno poseía (Jofré y Navia 2017; Navarrete 2012; Urbina y Ortúzar 2012). Esto es, dada su fuerte orientación tecnocrática.⁸ En tal sentido, la obsesión por la gestión que mostró el gobierno de Piñera desde un comienzo dejó un estrecho margen para que pudiese florecer una doctrina de derecha. De modo que aquello, según

⁸ En este caso el “relato” debe ser entendido como un mecanismo que permite significar ideas o situaciones complejas con el fin de entender el mundo y proporcionarle un significado. Esto es, un significado que, a su vez, surge gracias a la misma acción política (Funk 2011; Jofré y Navia 2017; Shenhav 2006; White 1980).

Urbina y Ortúzar (2012), no le permitió a Piñera gobernar con principios capaces de enfrentar, por ejemplo, a los movimientos estudiantiles del 2011 con un sentido de justicia definido. Incluso Luís Larraín, director del *think tank* LYD, uno de los centros de pensamiento de derecha que se dedicó a reclutar expertos para el primer gabinete del gobierno derechista, sostenía que el mandato de Piñera no tenía un proyecto político propio y que este último se estaba orientando cada vez más a seguir las ideas emanadas de la Concertación, lo que estaba llevando a la derecha a perder la batalla de las ideas (Navarrete 2012). De este modo, en tanto el gobierno de Piñera se orientó sobre todo a la administración del Estado, este último no logró conformar un marco de ideas rectoras que pudiesen otorgarle un relato a la “nueva derecha” que se pretendía formar. Además, dada esta carencia doctrinaria, el gobierno de Piñera tampoco tenía ideas capaces de contrarrestar el avance de la lógica de los derechos sociales que estaba siendo extendida por los movimientos estudiantiles del 2011 y por los intelectuales de centro-izquierda asociados a esos nuevos grupos de estudiantes y apoderados movilizadas.

La falta de relato y la incapacidad del gobierno de Piñera a la hora de representar a los partidos políticos derechistas contribuyó de manera gravitante no sólo a la derrota que este sector tuvo en la elección presidencial de los años 2013-2014, sino que también a los bajos niveles de aprobación obtenidos por este gobierno (Jofré y Navia 2017; Morales 2015). Esto es, niveles que, aproximadamente, a finales del 2011, según el CEP, situaban a Piñera con sólo un 23% de aprobación ciudadana, lo cual era una cifra histórica en Chile teniendo en cuenta que hasta ese entonces ningún jefe de Estado desde 1990 había tenido tan bajos niveles de aprobación (Navarrete 2012). En tal sentido, el primer indicio de la decadencia del gobierno de Piñera tuvo un lugar simbólico cuando este mandatario realizó un primer cambio de gabinete que buscó fortalecer la dañada relación que existía entre el gobierno y los partidos derechistas. En efecto, a principios del año 2011, se produjo la salida del ministro de defensa (el ex demócratacristiano Jaime Ravinet) y se incorporaron al gabinete dos políticos derechistas de renombre como lo eran Andrés Allamand de RN y Evelyn Matthei de la UDI. El ingreso de estos dos líderes de la derecha al gabinete, ingreso que posteriormente fue fortalecido por el ingreso de los senadores de la UDI Pablo Longueira y Andrés Chadwick, fue el símbolo más patente del triunfo de los partidos políticos por sobre la orientación tecnocrática e independentista que el gobierno de Piñera tuvo en un comienzo. Tras la incorporación de estos cuatro nuevos ministros al gobierno, incorporación que mejoraba la representatividad de los partidos políticos derechistas, la aprobación de Piñera comenzó a tener una gradual y leve recuperación (Jofré y Navia 2017). De hecho, un fenómeno similar sucedió durante el gobierno de Jorge Alessandri, periodo presidencial en el cual el gobierno tuvo también que dejar de lado su orientación tecnocrática para poder garantizar una adecuada gobernabilidad mediante la inclusión de los partidos políticos a la toma de decisiones (Correa 2005b; Jofré y Navia 2017; Silva 2010).

Más allá de la problemática relación que tuvo el gobierno de Piñera con la esfera partidaria, otro de los factores fundamentales que afectó la aprobación de dicho gobierno y debilitó a la derecha fue que, para dicho entonces, Chile está sufriendo cambios culturales importantes. En tal sentido, a pesar de los buenos índices macroeconómicos generales que Chile mostró durante el gobierno de Piñera, parte de la ciudadanía no estaba contenta con la administración derechista y lo que dicha gestión encarnaba, lo cual se tradujo principalmente en diversas movilizaciones sociales (Garretón 2015; Jofré y Navia 2017; Morales 2015). Las movilizaciones estudiantiles, medioambientales, regionales, de diversidad cultural y de pueblos originarios que tuvieron lugar principalmente durante los años 2011 y 2012, no sólo dieron cuenta del progresivo cambio cultural que Chile estaba viviendo, sino que además dieron cuenta

de la insatisfacción que ciertos ciudadanos poseían con respecto al modelo de sociedad heredado del régimen militar. Es decir, un modelo que, por una parte, desde el punto de vista socioeconómico, ha sido caracterizado como uno en el que existe un predominio del mercado y el dinero por sobre el Estado y lo público en todos los ámbitos de la vida; mientras que, por otra parte, desde un punto de vista político-institucional, ha sido caracterizado como un modelo pro-mercado que promueve la despolitización de la ciudadanía y que posee un carácter autoritario e ilegítimo (Garretón 2015). En tal sentido, en el marco de dichas movilizaciones y las nuevas aspiraciones ciudadanas, las temáticas que fueron puestas en discusión tras el llamado “agotamiento del pacto” de la transición (Fuentes 2012), fueron principalmente la necesidad de una modificación del sistema binomial (sistema electoral que había favorecido a la derecha durante el nuevo entorno democrático), la necesidad de una AC que permitiese modificar la ilegítima y autoritaria Constitución de 1980 (carta fundamental instaurada por la derecha según sus propios principios políticos e ideológicos), la necesidad de una reforma al sistema privatizado de educación superior, básico y medio (sistema defendido principalmente por la derecha), la necesidad del fortalecimiento de las universidades estatales (aspecto que atacaba al sistema de educación superior privatizado defendido por la derecha), la necesidad del fin al lucro en educación (imposibilidad moral de que el sistema privado reciba fondos públicos para fines particulares) y la necesidad de una reforma tributaria con fines redistributivos que subiese los impuestos sobre todo a los individuos más ricos en Chile (individuos comúnmente asociados a la derecha) (Pérez 2014).

Además, a todas estas nuevas discusiones se les debe sumar la puesta en escena de temáticas asociadas al género, las minorías sexuales y los derechos de los pueblos originarios, tópicos que hasta el día de hoy colisionan fuertemente con las ideas e intereses de los sectores más conservadores de la derecha. Por lo tanto, todas estas problemáticas que excedían las típicas cuestiones asociadas a la transición derivaron en una suerte de crisis al interior del sector derechista, en el sentido de que este último, dado su escaso relato e identidad común (Godoy 2005; Urbina y Ortúzar 2012), sin tener tampoco demasiadas herramientas intelectuales y políticas para enfrentar al progresismo del siglo XXI (Herrera 2014), fácilmente se fragmentó en torno a las clásicas divisiones heredadas del régimen militar. Así, cada uno de los puntos que fueron puestos en cuestionamiento por los movimientos sociales, hasta cierto grado, terminaron por atacar aspectos fundamentales del sistema-mundo defendido por la derecha en términos generales. Es más, según Díaz (2016), los conflictos que sufrió la derecha en aquel entonces se dieron en tres niveles fundamentales: primero, a un nivel normativo, sobre todo entre liberales y conservadores (temas morales); segundo, a un nivel político, en torno a la apertura democrática de los partidos derechistas y del sistema político chileno (disputa entre horizontalistas y verticalistas); tercero, también a un nivel político, mediante el conflicto que enfrentaba al gobierno con la mesa directiva ante ciertos problemas relacionados con el auge del caudillismo en el sector derechista.

La fragmentación respecto a los temas normativos se dio no sólo entre las posturas progresistas del gobierno de Piñera y el conservadurismo de la UDI, sino que también al interior de los diversos sectores derechistas de RN. Según Díaz (2016), las divergencias al interior de dicho partido tuvieron lugar sobre todo en torno a los proyectos de Acuerdo de Vida en Pareja y el Aborto Terapéutico. En el primer caso, el proyecto fue presentado por el gobierno de Piñera y promovido por la senadora Lily Pérez. Sin embargo, esta iniciativa causó bastante malestar en los sectores conservadores de la derecha y, específicamente, al interior de RN. Es más, fue el mismo Carlos Larraín, timonel de dicho partido en aquellos días, quien se opuso argumentando que dicho proyecto promocionaba el matrimonio homosexual. En el segundo caso, el cual tiene que ver con la promoción del aborto terapéutico, fue el

mismo consejo general de RN el que realizó un voto político en contra de dicha iniciativa. Esto último generó inmediatamente molestias sobre todo en la senadora Lily Pérez. De hecho, fue en el marco de estas discusiones que el grado de fragmentación aumentó al interior de RN, al punto de que la histórica militante del partido, Lily Pérez, renunció a su militancia buscando crear un partido político propio que fuese menos conservador. La iniciativa de la senadora se llamó Amplitud y hasta el día de hoy no ha logrado tener un éxito sustancial. Además, como si esto último fuese poco, esta fragmentación no se dio sólo en relación a la normatividad moral, sino que también se dio en relación a cuestiones asociadas al sistema político heredado del régimen militar. De hecho, la crisis más aguda al interior de RN se dio en dicha área y estuvo también relacionada con ciertas disidencias lideradas por Carlos Larraín. En esta ocasión, Larraín, comandando la mesa directiva de RN, realizó un pacto secreto con el PDC para reformar el sistema binominal. Ante dicha iniciativa, el gobierno de Piñera inició sus negociaciones con la UDI para bloquear el acuerdo buscado por Carlos Larraín y el PDC.

Los conflictos al interior de la derecha en el marco de la baja aprobación, la fragmentación derechista y los problemas sociales, tuvieron su correlato práctico en las siguientes elecciones presidenciales. Ante la venidera contienda por el Ejecutivo, la derecha estaba dividida y decidió hacer primarias internas para elegir al siguiente abanderado presidencial. No obstante, estas primarias fueron bastante atípicas por todos los conflictos ocurridos en dicho entonces. En un principio, los candidatos para las primarias fueron el abanderado de la UDI y ministro de obras públicas, Laurence Golborne, y el ministro de defensa, ex senador y abanderado de RN, Andrés Allamand (Jofré y Navia 2017; Morales 2015; Pérez 2014). Allamand encarnaba del hombre de partido; mientras que, además, tuvo un prominente rol en el proceso de la transición pactada hacia la democracia. Por su parte, Golborne era un ejecutivo en grandes empresas de *retail* hasta que fue llamado por Sebastián Piñera para formar parte de su gabinete. Desde dicha plataforma, siendo ministro de minería, Golborne asistió a una coyuntura única que le permitió perfilarse como un presidenciable, la cual tuvo que ver con el famoso rescate de los 33 mineros que se habían quedado atrapados al interior de una mina en el año 2010 (Jofré y Navia 2017; Morales 2015). El exitoso rescate aumentó la popularidad de Golborne hasta el punto de convertirlo en la mejor carta de la derecha para enfrentar la siguiente elección presidencial. Sin embargo, sólo a dos meses de las primarias, Golborne tuvo que bajar su candidatura dado que estaba siendo cuestionado por tener cuentas corrientes en las Islas Vírgenes (Morales 2015) y por tener inversiones privadas que podrían comprometer una buena gestión presidencial (Pérez 2014). De hecho, desde ese momento en adelante, tras haber sido cuestionado desde la derecha por el mismo Andrés Allamand, Golborne desapareció considerablemente del escenario político chileno y de la contienda por el Ejecutivo (Jofré y Navia 2017; Morales 2015). Como resultado de aquello, el histórico político de la UDI, Pablo Longueira, tuvo que reemplazar a Golborne como abanderado de dicho partido político. De este modo, ya en las primarias, Longueira le ganó a Allamand en una controversial contienda, una contienda en la que Allamand acusó a Longueira de haber tenido un considerable apoyo gubernamental (Morales 2015). En tal disputa, Longueira obtuvo la victoria con un 51,3% de la votación derechista, mientras que Allamand fue derrotado habiendo obtenido el 48,6% del electorado asociado a este sector (Jofré y Navia 2017). No obstante, la búsqueda de un presidenciable en la derecha no terminó aquí como se podría haber esperado. De hecho, tan sólo dos semanas después de la victoria de Longueira, este abanderado de la UDI renunció a su candidatura producto de un intenso cuadro depresivo. Tras dicha renuncia, y en un espacio de profundo pesimismo, la UDI decidió levantar como candidata presidencial (en remplazo de Longueira) a Evelyn Matthei (Díaz 2016; Jofré y Navia 2017; Morales 2015; Pérez 2014). Esto es, después de una compleja negociación con RN, un

partido al que la parecía lógico que el candidato remplazante debía ser Andrés Allamand (Jofré y Navia 2017; Morales 2015). Fue así que, en un ambiente de caos, bajas tasas de aprobación y fragmentación, la derecha transicional enfrentó el nuevo proceso electoral de los años 2013-2014 a través de tres diferentes candidatos, lo cual daba cuenta *de facto* del estado crítico en el que se encontraba este sector para enfrentar la venidera contienda por el Ejecutivo (Morales 2015; Pérez 2014).⁹

3.2 ¿Crisis en la derecha? La Nueva Mayoría, las reformas estructurales y el segundo triunfo presidencial de Piñera (2014-2018)

La victoria de Michelle Bachelet en su segunda búsqueda del Ejecutivo no tuvo lugar solamente puesto que la derecha se encontraba en una complicada situación tras un gobierno que tuvo bajas tasas de aprobación y altos grados de fragmentación (Jofré y Navia 2017; Morales 2015; Pérez 2014), sino que también por el propio liderazgo que despertaba esta abanderada presidencial. Esto es, un liderazgo que logró encarnar y conducir hasta cierto grado las demandas sociales que proliferaron durante el gobierno de Sebastián Piñera. En tal sentido, tan grande fue el liderazgo despertado por esta candidata en el marco de las elecciones presidenciales de los años 2013-2014, que hasta en las mismas primarias realizadas por la centro-izquierda, Bachelet le ganó a Andrés Velasco con un impresionante apoyo que superó el 73,5% de los sufragios (Pérez 2014). De modo que tras haber tenido una buena gestión durante su último gobierno, Bachelet se situaba ante esta nueva contienda presidencial como la mejor o más fuerte candidata de una coalición de centro-izquierda que, habiendo integrado al PC en el año 2013, pasó de llamarse Concertación a NM. Esto es, en un intento que tenía como finalidad renovar la decadente imagen de la coalición concertacionista, izquierdizar a la ex-Concertación mediante la integración de los comunistas y decirle a la derecha que la izquierda chilena aún tenía una representación ciudadana hegemónica en Chile, sobre todo tras el auge de las movilizaciones sociales y las bajas tasas de aprobación del gobierno de Piñera. En tal sentido, dicha izquierdización y aquella pretensión de querer representar mayorías (aunque *de facto* no se tratase de mayorías reales, sino que de grupos capaces de ejercer presión públicamente), tuvo lugar en el marco de la relativa legitimidad que los movimientos sociales del 2011 le estaban otorgando a la supuesta necesidad de implementar reformas estructurales que atacasen los pilares fundamentales del sistema-mundo defendido por la derecha chilena. Esto es, un sistema-mundo caracterizado por privatizar y mercantilizar el sistema educativo, la seguridad social y la salud, así como también un sistema-mundo que, en términos políticos, aún poseía ciertos rasgos autoritarios en el marco de una constitución política que, si bien había sido reformada, ha sido caracterizada (sobre todo por la izquierda) como ilegítima.

3.2.1 El segundo gobierno de Bachelet: la canalización de las demandas sociales y la agenda de cambios estructurales

La elección presidencial de los años 2013-2014 no sólo se caracterizó por haber reactivado el liderazgo de Michelle Bachelet en el marco de los movimientos sociales y por haber expuesto a una derecha fragmentada, sino que también por posicionarse como una elección en la cual proliferaron una gran cantidad de candidatos presidenciales alternativos, entre los que se encontraban, por ejemplo: Marcel

⁹ Las coyunturas críticas exploradas en esta sección se sitúan, según este estudio, como el inicio de un largo proceso que llevaría a la derecha transicional a ver amenazado su sistema-mundo, lo cual podría empujar a este sector hacia la renovación. En tal sentido, si bien este estudio termina en el año 2018, las coyunturas críticas aquí examinadas y en las secciones venideras, podrían ser extendidas a los actuales sucesos experimentados en Chile. Los actuales sucesos, en el marco de las directrices provistas por este libro, podrían ser analizados en años venideros (con una suficiente distancia temporal) en otra investigación.

Claude, Roxana Miranda, Marco Enríquez-Ominami, Franco Parisi, Ricardo Israel, Alfredo Sfeir y Tomás Jocelyn-Holt (Pérez 2014). Se trató de una elección presidencial en la que se comenzó a hacer patente lo que se ha llamado el “agotamiento del pacto” (Fuentes 2012) y el “cambio de ciclo político” sufrido por la sociedad chilena (Herrera 2014). Esto es, un agotamiento y un cambio que hasta cierto grado estaba siendo representado *de facto* por la emergencia de los nuevos candidatos de centro-izquierda como Claude, Miranda, Enríquez-Ominami y Sfeir, así como también por el intento de izquierdización de la ex-Concertación que ahora se había transformado en la NM.

Dicho agotamiento y cambio también estaba siendo representado por la fragmentación de la derecha y por el auge de candidaturas alternativas como las de Franco Parisi, un candidato que si bien podría haber sido asociado a la derecha, era independiente (Morales 2015). Además, como si aquello fuese poco, los diagnósticos acerca del “cambio de ciclo político” y “agotamiento pacto” no sólo tenían su correlato práctico en las candidaturas presidenciales alternativas, la izquierdización de la ex-Concertación y la fragmentación derechista, sino que también en el auge de trabajos académicos desarrollados principalmente por intelectuales públicos de izquierda que reforzaban la tesis del cambio estructural y que sostenían que había un agotamiento del modelo socioeconómico y político defendido por la derecha transicional y extendido por la Concertación durante los últimos 23 años de democracia. En tal sentido, los libros que por antonomasia daban cuenta de esta situación fueron *El otro modelo: Del orden neoliberal al régimen de lo público* (Atria et al. 2013) y *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo* (Mayol 2013). En el primer caso, dicho libro buscaba hacer una crítica del modelo político y económico instaurado durante el régimen militar y proponer un modelo alternativo que estableciese un régimen de lo público que se contrapusiese al régimen de lo privado defendido principalmente por la derecha transicional. Mientras que, en el segundo caso, dicho libro sostenía que no sólo existía una crisis de legitimidad del modelo económico chileno, sino que también, aquella crisis, estaba acompañada de una gran acumulación de malestar que tuvo lugar tras el despliegue de dicho modelo, un malestar asociado tanto a los rasgos económicos del modelo (desigualdad, endeudamiento, desprotección social, etc.) como a los ámbitos políticos y culturales de este último (segregación social, consumo conspicuo, despolitización, individualismo, etc.).

La desastrosa derrota que sufrió la derecha en la elección presidencial que tuvo lugar en los años 2013-2014 se manifestó, como ya venía siendo costumbre en las elecciones presidenciales, mediante dos vueltas electorales. Según Pérez (2014), en la primera vuelta, Michelle Bachelet obtuvo el primer lugar con una mayoría relativa que alcanzó un 46,7% del panorama electoral con 3.075.893 votos; en segundo lugar quedó la candidata derechista Evelyn Matthei con un magro 25,03% de los sufragios, obteniendo sólo 1.648.481 votos; mientras que en tercer lugar quedó el candidato Marco Enríquez-Ominami con un 10,99% de la votación, porcentaje que representaba a 723.542 electores. La importancia de mostrar el número exacto de votantes en esta contienda tiene que ver con que, para dicha elección, por primera vez en la historia electoral de Chile, se había implementado el voto libre, asunto que fue determinante si lo que se busca es interpretar el resultado de esta contienda por el Ejecutivo. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de los años 2013-2014 participaron sólo 6.585.808 ciudadanos que realizaron votos válidamente emitidos, dentro de los cuales alrededor de 102.000 fueron nulos o blancos. De este modo, si se compara este resultado con las previas elecciones municipales que tuvieron lugar en Chile, se puede sostener que la derecha descendió al menos en 400.000 votos en esta elección presidencial. Esto es, dado que la coalición derechista en las antedichas elecciones municipales obtuvo 2.079.854 sufragios, lo cual representaba un 37,52% del

electorado frente al 25,03% obtenido por Matthei en la primera vuelta electoral de las elecciones por el Ejecutivo. Más adelante, en la segunda vuelta electoral, la cual enfrentó a Bachelet y a la segunda mayoría electoral encarnada por Matthei, los resultados fueron los siguientes: en esta vuelta el universo de votantes descendió a 5.582.270 electores y los votos nulos y blancos alcanzaron la cifra de 114.000. En esta disputa, Bachelet arrasó en las votaciones obteniendo un 62,17% de las preferencias, lo cual se tradujo en 3.470.379 votos; mientras que Matthei obtuvo sólo un 37,83% del electorado, lo cual representó a 2.111.891 votantes. Como si esto fuese poco, dicha derrota presidencial de la derecha estuvo acompañada por la subsecuente derrota en las elecciones parlamentarias, una derrota que dejaba bien posicionada a la NM para poder llevar a cabo sus reformas de carácter estructural en el congreso. Tras dichas parlamentarias, la NM obtuvo 21 escaños de los 38 que poseía en ese entonces la cámara alta; mientras que de los 120 cupos de la cámara baja, la NM obtuvo 67 escaños. Así, el nuevo gobierno de centro-izquierda que ahora integraba al PC estaba en una inmejorable posición para dinamitar los pilares del sistema-mundo defendido por la derecha transicional.

Lo sorprendente de la derrota derechista fue que, a pesar de que este sector ganó la contienda presidencial de los años 2009-2010 (poniendo fin a los 20 años del predominio concertacionista) y a pesar de que los índices económicos de Chile durante el gobierno de Piñera fueron favorables, aquellos aspectos no bastaron para que la derecha perpetuase su poder en el Ejecutivo. De hecho, según Morales (2015), al momento de enfrentar las elecciones de los años 2013-2014, la derecha contaba con un contexto económico promisorio que se traducía concretamente en un crecimiento del 4,2%, un crecimiento que estaba por sobre el promedio nacional y regional. Como si aquello fuese poco, la administración de Piñera finalizó con una tasa de inflación que se situaba sólo en torno al 2%, aspecto que daba cuenta de una exitosa gestión económica. Además, sólo un 8.1% de la población chilena pensaba que después la gestión de Piñera la situación económica de Chile podría empeorar; mientras que más del 75% de la población evaluaba como buena o regular la situación económica del país en vísperas de la elección presidencial de los años 2013-2014. Todas estas circunstancias supuestamente podrían haber favorecido una eventual victoria de la derecha en las elecciones presidenciales. No obstante, fue la NM la que se quedó con la victoria. En tal sentido, ¿cuáles fueron los elementos específicos que permiten entender esta desastrosa derrota de la derecha? Estos elementos fueron principalmente los siguientes: primero, el gobierno de Piñera se enfrentó a la elección presidencial con bajos niveles de aprobación (Jofré y Navia 2017; Morales 2015; Pérez 2014); segundo, hubo una emergencia de candidatos independientes en dicha contienda por el Ejecutivo (Morales 2015; Pérez 2014); tercero, hubo una caída en la participación electoral en el marco de la implementación del voto voluntario, una caída que se notó en los sectores medios y bajos que habían apoyado a la derecha en la elección presidencial de los años 2009-2010 (Morales 2015; Pérez 2014).

En relación al primer factor, de acuerdo con el esquema teórico propuesto por Nannestad y Paldman (1994), existiría una función de voto-popularidad en el contexto de las contiendas electorales. Esto quiere decir que, por ejemplo, los presidentes en ejercicio normalmente podrían transferir su propio éxito y apoyo a los candidatos que, siendo parte de su mismo partido o coalición, compiten por el poder en una nueva contienda electoral. En el marco de dicho esquema teórico, Piñera no sólo tenía baja aprobación ciudadana, sino que tampoco pudo transferir ese mínimo apoyo que poseía a la nueva candidata presidencial de la derecha. De hecho, sólo un 30% de los que apoyaban a Piñera votó por Evelyn Matthei (Morales 2015). Esto último se debió –entre otras razones– al alto nivel de fragmentación que había en el sector derechista antes de la campaña y elección presidencial que tuvo lugar entre el 2013-2014 (Díaz 2016; Jofré y Navia 2017; Morales 2015; Pérez 2014).

En relación al segundo factor, habría que decir que a este último se le ha llamado, según Morales (2015), “efecto Parisi”. Esto es, en honor al candidato independiente que, siendo asociado a la derecha, le restó votos a Evelyn Matthei. En tal sentido, la emergencia de un candidato independiente de derecha ha suscitado la teoría de que Franco Parisi fracturó los apoyos electorales derechistas, lo cual habría debilitado la cantidad de votantes que Matthei podría haber obtenido frente a Bachelet en la primera vuelta presidencial. No obstante, ¿cómo Parisi logró aquello? Pues principalmente atrayendo los votos de jóvenes de derecha que buscaban un recambio generacional y de personas que poseían un alto nivel de educación pero que pertenecían a segmentos medios y bajos de la sociedad chilena. De hecho, Parisi enfatizó durante toda su campaña en la necesidad de brindar oportunidades a los jóvenes profesionalizados mediante el ensalzamiento de un discurso meritocrático y anti-elitista. Esto es, en el sentido de que dicho discurso buscaba promover la idea que los jóvenes esforzados y profesionalizados también tenían derecho a acceder a los altos cargos públicos y privados que, hasta dicho entonces, según sostenía Parisi, sólo estaban en manos de aquellos que pertenecían a las redes sociales adecuadas. De este modo, Parisi se valió del clásico discurso que encantaba a la clase media y baja ascendente, a saber: un discurso que señalaba que mediante el esfuerzo se podía alcanzar el éxito. Es decir, un discurso que él mismo, siendo joven y profesionalizado, pretendía encarnar. De este modo, si bien la derecha ya se encontraba fragmentada al momento de la elección presidencial, el “efecto Parisi” vino a potenciar dicha fragmentación y a confirmar, hasta cierto grado, que había una parte del sector derechista que estaba orientado hacia la renovación y el remplazo o recambio generacional.

El tercer factor que explica la derrota de la derecha es la inauguración del voto voluntario en la elección presidencial de los años 2013-2014. Según Morales (2015), si se compara el desempeño que la derecha tuvo en los años 2009-2010 (cuando existía el voto obligatorio) con el que tuvo en las elecciones presidenciales actualmente examinadas, pues dicho desempeño cayó considerablemente cuando se instauró el sistema de votación libre. Tras la incorporación de este nuevo sistema, la derecha redujo considerablemente su número de votantes sobre todo en las comunas donde descendió drásticamente la participación electoral. Esto es, principalmente comunas que eran pobres o que representaban a un estrato social medio-bajo, lo cual confirma el sesgo de clase que puede producir en aquellos lugares un régimen de sufragio voluntario (Contreras, Joignant, y Morales 2016; Gallego 2010; Lijphart 1997; Mahler 2008; Morales 2015). En tal sentido, ¿por qué sucedió esto? Pues sucedió porque en un contexto de desafección política donde pareciese no importar quien está en el poder cuando se trata de impulsar cambios gravitantes, los pobres o sectores medios-bajos (carentes de esperanza) no tienen mayores incentivos para ir a votar (Contreras *et al.* 2016). Por lo tanto, esta desafección política asociada a las altas tasas de abstención que tuvieron lugar en los sectores populares de Chile, afectó de sobre todo a los partidos políticos que dependían electoralmente de las bases populares en el marco de una relación clientelar, por ejemplo: la UDI, el partido de Evelyn Matthei (Luna 2010).

La victoria de Michelle Bachelet se tradujo en un gobierno que intentó impulsar una serie de reformas de carácter estructural que amenazaron parte del sistema-mundo defendido por la derecha transicional. En tal sentido, la derrota de la derecha no sólo fue desastrosa por los pésimos resultados que obtuvo Evelyn Matthei, por la fragmentación derechista y por las bajas tasas de aprobación que tuvo Sebastián Piñera en su gobierno, sino que también por lo que esta derrota significó a un nivel simbólico y práctico dadas las reformas que esta presidenta socialista quiso impulsar. Las reformas impulsadas por la NM tenían una estricta relación con las demandas sociales, la izquierdización del pacto de centro-izquierda y se desarrollaron con mayor o menor efectividad en los siguientes planos:

el ámbito político (la necesidad de abolir la llamada ilegítima Constitución de 1980 y el sistema binominal), el ámbito económico (la necesidad de modificar la forma de capitalismo neoliberal impuesto por la derecha transicional, sobre todo en cuanto a su injerencia en el sistema educativo), el ámbito moral (la necesidad de una liberalización moral de carácter cultural que tuviese un correlato institucional) y el ámbito de los intereses de la derecha económica (la necesidad de realizar una reforma tributaria que permitiese no sólo financiar una reforma educacional, sino que, también, promoviese una mejor redistribución de los recursos económicos y una menor concentración del capital). Estas reformas impulsadas por la NM fueron las siguientes:

En primer lugar, en el plano económico y educacional, Bachelet realizó una reforma tributaria con el fin de financiar uno de los pilares de las demandas del movimiento estudiantil del año 2011, a saber: la demanda por una reforma estructural al sistema educativo. En tal sentido, lo que buscaba la reforma tributaria de Bachelet era garantizar el acceso gratuito y universal a la educación básica, media y superior, de modo que un cambio en el sistema de tributación era fundamental para financiar la reforma educacional. La idea rectora de dicha reforma, por su parte, era que había que terminar con la exclusión generada por el hasta dicho entonces extendido y costoso sistema privado de educación, un sistema donde sólo los que pueden pagar tendrían acceso a una buena educación y socialización. Para ello, las reformas educacional y tributaria, en su conjunto, buscaron terminar con el copago, el lucro en la educación y la selección escolar. Estas reformas no sólo atacaban el modelo de educación privado defendido por la derecha transicional, sino que también tocaban los bolsillos de variados empresarios mediante la creación de un nuevo sistema impositivo y perjudicaban a los sostenedores de colegios subvencionados. No obstante, la reforma educacional no pudo ser realizada tal como en un primer momento se planteó. Esto es, garantizando gratuidad universal. De hecho, dado que las reformas no fueron adecuadamente planificadas (o al menos hubo desacuerdos acerca de ello), el financiamiento no alcanzó para establecer un sistema que proveyese educación gratuita y universal. Es más, siguiendo una lógica cuasi-subsidiaria, hubo que focalizar los recursos en los sectores más pobres para poder cumplir el imperativo de la gratuidad. Esto último, si bien mejoró el acceso de muchos chilenos al sistema educativo, no cumplió las expectativas de llevar a la práctica el imperativo moral defendido por parte de la NM y por los intelectuales públicos de izquierda como Fernando Atria, a saber: el imperativo que sostiene que la educación es un derecho social universal al que todos, sean ricos o pobres, deben poder acceder gratuitamente.

En segundo lugar, en el plano político, las reformas de Bachelet se evocaron a encarnar las demandas sociales que, en el marco de grupos que sostenían la necesidad de realizar una AC, aspiraban abolir la reformada y considerada ilegítima Constitución de 1980. En tal sentido, al comienzo de su periodo presidencial, Bachelet prometió que dicha constitución sería abolida y que se crearía una nueva en el marco de un proceso constituyente. Sin embargo, esto último no pudo ser realizado durante el gobierno de la NM. De hecho, lo más importante que Bachelet logró hacer en este plano fue despachar un proyecto de para crear una nueva constitución justo antes de que terminase su gobierno. Por lo que la demanda de crear una nueva constitución nunca pudo ser llevada a cabo en términos prácticos. No obstante, si bien Bachelet y la NM no lograron crear una nueva constitución, sí lograron, por el contrario, abolir el sistema binominal que, hasta dicho entonces, había favorecido a las grandes coaliciones políticas y sobre todo a la derecha transicional. De este modo, se puede decir que la gran reforma política lograda por la NM fue la que se realizó al sistema electoral.

En tercer lugar, en el plano moral, Bachelet realizó dos reformas que atacaron fundamentalmente al sistema-mundo defendido por el sector conservador de la derecha. Estas reformas fueron la

despenalización del Aborto Terapéutico y el Acuerdo de Unión Civil . En el primer caso, se trató de una disposición legal que aprobó la realización de abortos sólo en tres causales: violación, inviabilidad fetal y riesgo de vida materna. Aunque estas causales parezcan razonables para algunos, en términos ideológicos estas últimas colisionan con la idea de persona humana defendida por los sectores católico-conservadores de derecha. Esto es, en el sentido de que, para ellos, desde el momento de la concepción, hay un individuo que, por un lado, ya posee derechos individuales que no pueden ser violados por un tercero; y que, por otro lado, ya es una persona humana que posee un alma que le pertenece a Dios y no a otro ser humano. De modo que nadie tendría derecho, según esta visión, de arrebatar esa vida por muchas causales razonables que puedan existir. De este modo, el aborto sería un asesinato sin importar las causales anteriormente expuestas. No obstante, la contraparte de dicha argumentación está liderada por la idea de que en los primeros meses después de la concepción no hay un individuo o persona humana en el vientre materno, por la idea de que el argumento religioso no es universalizable a la hora de formular políticas públicas y por la idea de que la mujer tiene el derecho inapelable de decidir sobre su propio cuerpo (especialmente en el caso de las tres causales). En el segundo caso, el Acuerdo de Unión Civil fue una normativa que ha permitido la existencia de una suerte de matrimonio (aunque no uno en cuanto tal) entre parejas del mismo sexo y parejas heterosexuales. Por medio de este tipo de unión civil, se les da la categoría legal de familia tanto a parejas homosexuales como heterosexuales que suscriban a este tipo de acuerdo. Por lo que este acuerdo colisiona con la visión católico-conservadora que plantea que las familias, de modo general, estarían subordinadas a un fin procreador en el cual, por naturaleza, sólo un hombre y una mujer, en tanto que naturalmente están diseñados para procrear, deberían constituirse como una familia. Desde esta perspectiva conservadora, la unión homosexual no es natural, sino que anti-natura.

Adicionalmente, como si todas estas reformas fuesen poco, tanto la derecha como la izquierda fueron afectadas durante el segundo periodo presidencial de Bachelet por distintos casos de corrupción que, si bien sacudieron al sistema político en general, dinamitaron dos de las ideas fundamentales defendidas principalmente por la derecha transicional, a saber: la igual de oportunidades y el Estado de Derecho. En tal sentido, los principales casos de corrupción que afectaron tanto a individuos de la izquierda como de la derecha fueron los siguientes: el caso Penta (2014-actualidad), el caso Caval (2015-actualidad) y el caso Soquimich (2015-actualidad). En el primer caso, tuvieron lugar varios incidentes de soborno, lavado de dinero y fraude al fisco por parte del Grupo Penta, incidentes en los cuales se emitieron boletas y facturas ideológicamente falsas. Dichas malas prácticas fueron realizadas para financiar campañas políticas de diputados y senadores. No obstante, la mayoría de los involucrados en aquellos incidentes ocurridos en el marco del caso Penta fueron políticos de la UDI, por lo que este caso afectó de sobre manera a la derecha (Monckeberg 2015). Esto es, una derecha que defiende a ultranza la libertad, la igualdad de oportunidades y el Estado de Derecho. El segundo caso, el cual involucró a la izquierda y al hijo de Michelle Bachelet, consistió un delito asociado a un tráfico de influencias realizado por Sebastián Dávalos. ¿Cuándo sucedió esto y cuál fue el delito? Pues sucedió cuando la Sociedad Exportadora y de Gestión Caval Limitada, sociedad de la cual la esposa de Dávalos, Natalia Compagnon, es dueña, habría adquirido un crédito con el Banco de Chile para comprar un terreno destinado legalmente al uso agrícola en la comuna de Machalí. ¿Cuál fue el delito? Pues el delito fue que Dávalos supuestamente usó su otrora condición de funcionario de gobierno para modificar el plan regulador de la comuna. Esto es, con el fin de transformar el tipo de uso que tenía el terreno. Así, el plan era cambiar el uso del terreno de agrícola a inmobiliario con el fin de aumentar el valor de este último (Tagle y Claro 2018). El negocio era claro y consistía en comprar el terreno con

un valor de uso agrícola para luego cambiar el uso a inmobiliario y así, luego, venderlo a un precio mayor. Por último, el tercer caso, el de Soquimich, tuvo que ver con algo similar a lo sucedido en el caso Penta. De hecho, Soquimich fue investigada también por la emisión de boletas a políticos. Sin embargo, en esta ocasión, las ayudas a los políticos se extendieron tanto a la derecha como a la izquierda, lo cual fue problemático desde una perspectiva simbólica dado que la empresa Soquimich está asociada a la familia de Pinochet, particularmente a uno de sus yernos (Monckeberg 2015).

Tras el auge de una centro-izquierda dispuesta a reformar Chile estructuralmente y la ola de casos de corrupción, fue sorpresivamente la derecha la que se quedó con el Ejecutivo en la siguiente elección presidencial de los años 2017-2018. En tal elección, las fuerzas políticas estaban divididas y el panorama se planteó de la siguiente manera: por un lado, había una NM decadente producto no sólo de los casos de corrupción y de la impopularidad que tuvieron las reformas que se llevaron a cabo cuando esta coalición estuvo en el Ejecutivo, sino que también por la heterogeneidad de grupos que componían a la coalición de centro-izquierda. Por ejemplo, al interior de ella estaban conviviendo tanto demócrata-cristianos como comunistas, grupos que tenían ciertamente poco en común. Además, como si aquello fuese poco, tras el auge de los movimientos sociales lentamente surgió una nueva coalición de centro-izquierda que pretendía disputar la hegemonía de la ex-Concertación o NM, a saber: el FA. Este nuevo grupo dividió los apoyos de la izquierda en el marco de las presidenciales de los años 2017-2018 y se propuso avanzar hacia la presidencia de manera independiente con la finalidad de crear un nuevo movimiento contrahegemónico que alterase el bipartidismo tan característico del sistema político chileno. En tal sentido, la NM presentó en dichas elecciones como candidato a Alejandro Guillier, el PDC por su parte presentó a Carolina Goic y el FA a Beatriz Sánchez. En el caso de la derecha, si bien este sector se presentó en primera vuelta con dos candidatos distintos, Sebastián Piñera y José Antonio Kast, ambos candidatos estaban dispuestos a actuar de consuno dado que, para la derecha, el gobierno de Michelle Bachelet y sus reformas estructurales fueron una amenaza al sistema-mundo defendido por este sector. Por lo que todos los esfuerzos del sector derechista se evocaron a que el nuevo presidente de Chile no fuese Guillier ni Sánchez. En efecto, gran parte de la campaña derechista que se gestó en el marco de este proceso electoral hablaba de que el camino que estaba siguiendo la coalición gobernante en dicho entonces estaba transformando a Chile en “Chilezuela”, lo cual comparaba (ciertamente de un modo exagerado) el caso chileno con la situación de supuesto Estado fallido que estaban viviendo y aún viven los venezolanos.

Con todo, la derecha fue el sector triunfante en la elección de los años 2017-2018 y los resultados fueron los siguientes según los datos del SERVEL: en primera vuelta, los candidatos más votados fueron Sebastián Piñera con un 36,64% de los sufragios, Alejandro Guillier con un 22,70% de la votación, Beatriz Sánchez con un impresionante 20,27% del electorado (dado que representaba a una nueva coalición de centro-izquierda), José Antonio Kast con un 7,93% de los votos y Carolina Goic con un magro 5,88% del electorado. En segunda vuelta, Piñera ganó la contienda con un contundente 54,58% de la votación y Guillier, quien había sido segunda mayoría en la primera vuelta y representaba la continuidad del proyecto y gobierno de Bachelet, sólo alcanzó el 45,42% del electorado. Fue así que la derecha volvía a posicionarse en el Ejecutivo a pesar de las voces que, en el marco de la victoria de la segunda Bachelet, sostenían que la derecha se encontraba en un estado moribundo o crítico. En tal sentido, las causas de la victoria de Piñera serán analizadas en la siguiente sección, así como también hasta qué punto los eventos ocurridos entre los 2010 y 2018 ocasionaron una crisis en el sector derechista.

3.2.2 ¿La derecha en crisis? La amenaza del sistema-mundo defendido por la derecha transicional

Las demandas sociales que el gobierno de la NM pretendió encarnar y conducir durante el periodo presidencial de los años 2014-2018, las cuales tuvieron su origen sobre todo tras las movilizaciones de los años 2011-2012, movilizaciones que hasta cierto punto legitimaron el ímpetu reformador de Bachelet, se extendieron a una serie de planos que hasta cierto punto pusieron en jaque parte del sistema-mundo defendido por la derecha transicional. Esto es, planos que se relacionaban principalmente con el ámbito político (la necesidad de abolir la llamada ilegítima Constitución de 1980 y el sistema binominal), el ámbito económico (la necesidad de modificar la forma de capitalismo neoliberal impuesto por la derecha, sobre todo en cuanto a su injerencia en el sistema educativo), el ámbito moral (la necesidad de una liberalización moral de carácter cultural que tuviese un correlato institucional) y el ámbito de los intereses materiales de la derecha económica (la necesidad de realizar una reforma tributaria que permitiese no sólo financiar una reforma educacional, sino que también promoviese una mejor redistribución de los recursos y una menor concentración del capital). Todos estos planos en los que el gobierno de Bachelet intentó realizar modificaciones por medio de medidas legislativas y gracias a la legitimidad de los movimientos sociales, pusieron en cuestionamiento varios aspectos del sistema-mundo defendido por la derecha, lo cual llevó a que se hablase de que el sector derechista se encontraba en una suerte crisis tras la victoria de la NM. Sin embargo, dicha crisis, la cual se expresó explícitamente tras el auge del segundo gobierno de Michelle Bachelet y la derrota de Evelyn Matthei, comenzó ya a gestarse a finales de la década de los 2000 (e incluso antes) producto de diversos cambios socioculturales a los que Chile estaba asistiendo. Por ejemplo, entre otros, un cambio generacional liderado por individuos jóvenes con nuevos valores, ajenos al pasado autoritario, que habrían estado buscando remplazar a los viejos líderes en el entorno político chileno (Bellolio 2013). Asimismo, a dicho cambio generacional se le debe sumar como factor importante la ya mencionada fragmentación doctrinaria experimentada por el sector derechista (Godoy 2005), así como también la carencia de principios profundos y homogéneos con los que este sector político pudiese enfrentarse al nuevo entorno político de Chile (Urbina y Ortúzar 2012). Esto es, un entorno que demandaba la incorporación de nuevas lógicas de pensamiento ajenas a los discursos de la Guerra Fría y al proceso transicional (Herrera 2014).

Dicha “carencia de relato” ha sido traducida por distintos intelectuales de derecha como uno de los aspectos más importantes a la hora de evaluar la supuesta crisis de la derecha chilena, de modo que muchos de ellos han sostenido desde distintas perspectivas que esta crisis es, ante todo, ideológica o intelectual. Desde una perspectiva ciertamente combativa, algunos de estos intelectuales han sostenido que ha existido una “anorexia cultural” en la derecha que no le ha permitido a este sector enfrentarse a la izquierda en el plano de las ideas (Kaiser 2009). Esto es, en términos de crear un movimiento de ideas contra-hegemónico que altere la hegemonía cultural que la izquierda supuestamente posee en Chile. Otros han sostenido, ciertamente desde un punto de vista más reflexivo, que ha habido una suerte de “silencio” (o inmovilismo) en la derecha garantizado por la comodidad que implicó el pacto gestado en torno del proceso transicional. Esto es, una comodidad que en el marco del sistema binominal y el modelo económico, no ha hecho necesario que la derecha desarrolle un discurso profundo que la ayude a repensar con honestidad intelectual la situación en la que se encuentra el Chile contemporáneo (Mansuy 2016c). Asimismo, otros han sostenido que actualmente estamos asistiendo a una “crisis intelectual” de una derecha transicional que, después del régimen militar y la Guerra Fría,

quedó presa del economicismo, las lógicas tecnocráticas, el apoliticismo y el desprecio de las ideologías. Esto es, un desprecio que no le permite a la derecha chilena renovarse o beber de otras útiles hebras ideológicas que sí le pertenecen a este sector y que se diferencian de lo propuesto por la hasta el día de hoy hegemónica corriente “chicago-gremialista” (Herrera 2014). Mientras que, por último, en el marco de esta falta de relato, otros intelectuales han intentado diseminar la idea de que la derecha debe gobernar con profundos principios si lo que busca es modelar al país no sólo según un propio proyecto, sino que también de una buena manera, una manera que además dote de sentido político el devenir de la ciudadanía (Urbina y Ortúzar 2012).

Con todo, habiendo expuesto sucintamente toda esta nueva producción intelectual que ha buscado hacerse cargo de las problemáticas de la derecha chilena, lo primero que hay que definir en cuanto a esta materia es si realmente la derecha transicional experimentó –según lo que declara la nueva y vieja *intelligentsia* derechista– algún tipo de crisis durante los eventos ocurridos durante los años 2010-2018.¹⁰ Esta interrogante no sólo busca abordar si hubo algún tipo de crisis o no entre los años estudiados, sino que también busca explorar de qué tipo de crisis se trataría. En tal sentido, aquí se busca esclarecer en qué planos esta supuesta crisis tuvo lugar específicamente durante el gobierno de la NM (plano socioeconómico, moral, político, por ejemplo). Esto es, con el fin de dilucidar si la derecha transicional entre los años 2010 y 2018 asistió a una crisis global de su sistema-mundo o si sólo asistió a una crisis de ciertas áreas específicas de este último. Lo que se busca aquí precisar es si los eventos ocurridos entre los años estudiados derivaron en una crisis global como la que le ocurrió a la derecha tradicional a partir de los años 60, crisis que implicó una profunda renovación ideológica del sector (véanse secciones 2.3 y 2.4); o si más bien se trató de una crisis moderada o coyuntura crítica que no puso en peligro radical las ideas, los intereses y la existencia del sector derechista transicional. Es decir, una crisis que pudo ser resuelta mediante ciertas adaptaciones retóricas y prácticas más no necesariamente mediante un profundo proceso de renovación político e ideológico.¹¹ Así, la lectura asociada a los procesos de crisis, renovación o adaptación indicada aquí, está liderada por la premisa expresada en el marco teórico de este estudio (véase sección 1.1), la cual, en términos sucintos, plantea que los procesos de renovación político-ideológica sólo ocurren cuando hay una coyuntura crítica que pone en un riesgo radical ya sea los valores, las ideas, la existencia o los intereses materiales de un partido político o sector político determinado.¹²

La crisis del sistema-mundo de la derecha transicional: ¿hubo una crisis en la derecha transicional durante el gobierno de la Nueva Mayoría? y ¿de qué tipo de crisis se trató?

Las posturas respecto a estas interrogantes son variadas y pueden ser clasificadas de la siguiente manera: en primer lugar, están aquellas que sostienen que no hay una crisis particular en la derecha transicional, sino que una crisis general del sistema político chileno que inevitablemente afectó al sector derechista. En segundo lugar, están aquellas que plantean que si es que hay una crisis, esta tiene lugar más que nada en la izquierda y no en la derecha. En tercer lugar, hay posturas que sostienen que, si existe una crisis en la derecha, esta tendría lugar particularmente en relación a su indefinición

¹⁰ Véase lista de entrevistados en anexo I.

¹¹ Tal como sucedió tras la llamada “crisis del Centenario” en Chile. Véanse secciones 2.1.1 y 2.2.

¹² Lo que se examina a continuación ayuda a comprender como es que la derecha en Chile se posicionó frente a los cambios ocurridos durante el periodo estudiado en este libro. No obstante, dicho posicionamiento podría brindar, también, ciertas claves cuando se trata de entender el llamado “estallido social” que tuvo lugar en Chile en Octubre del año 2019, sobre todo con respecto a cómo la derecha interpretó y ha interpretado este fenómeno.

doctrinaria, aspecto que no le habría permitido a este sector, desde que se inauguró el nuevo periodo democrático, actuar de una manera que no sea eminentemente pragmática. Mientras que, por último, siendo algo que se relaciona con el punto anterior, hay posturas que plantean que la crisis de la derecha es doctrinaria o ideológica, lo cual sería producto de una suerte carencia de densidad intelectual garantizada sobre todo por las condiciones del pacto transicional. En tal sentido, Arturo Fontaine, quien es un reconocido intelectual asociado a la derecha, quizá uno de los más prominentes desde los años 80 hasta la actualidad, y ex director del CEP, refiriéndose a una posible crisis del sector derechista sostiene que: “[...] yo no sé si [hay una crisis] en el sector. Yo lo que sí siento es que los consensos que predominaron en la transición y en la Concertación se han resquebrajado principalmente porque lo que hoy llamamos el FA [...] ha tomado un rol muy hegemónico en la izquierda y en la centro-izquierda” (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018). Por lo tanto, desde aquella perspectiva, Fontaine, refiriéndose a quién realmente él cree que podría estar en crisis, agrega que: poner mes en todas las entrevistas en tu tesis

La que está realmente en una crisis real me parece es la izquierda. Y la derecha más bien lo que ha tenido es que reformular su posición, porque [...] la posición de un político es siempre relativa a otro. [...] Entonces, al desaparecer la Concertación en términos prácticos, al aparecer una NM que se está ladeando hacia las posturas que hoy día llamaríamos del FA, eso obliga a reformular el proyecto de la derecha (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Ahora bien, en relación al tipo de crisis que se estaría experimentando en Chile en términos generales, Fontaine señala que la principal es la educacional: “[...] Yo creo que fundamentalmente es el tema educacional y dentro de eso [...] la educación escolar, sobre todo, pero también la educación universitaria y [el derivado tema de la] igualdad de oportunidades o desigualdad. [...] Yo creo que ahí esta como el núcleo del tema” (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018). De modo que Fontaine sostiene, por una parte, que hay una crisis del sistema político dado el resquebrajamiento de los consensos transicionales; pero también, por otra, sostiene que hay una crisis de una izquierda que, tras la ruptura del pacto concertacionista y el auge del FA, vio alterada su hegemonía en el marco del surgimiento de nuevos grupos de centro-izquierda contrahegemónicos. Además, sostiene que acá no hay una crisis global del sistema-mundo defendido por la derecha, sino que más bien un cuestionamiento específico al sistema educativo implementado por dicho sector y extendido por la Concertación. La problemática fundamental que subyace a dicho cuestionamiento tendría que ver más que nada con la desigualdad producida por el modelo educativo, un modelo que no aseguraría la igualdad de oportunidades para todos los individuos de igual manera, lo cual derivaría en un proceso que reproduciría la desigualdad.

Por su parte, Hugo Herrera, filósofo, quien se ha autodefinido como intelectual de derecha y es autor del libro *La derecha en la crisis del bicentenario*, refiriéndose a la crisis en cuestión, sostiene que “[...] la crisis no afecta sólo a la derecha, sino que al país completo. En la medida en que uno puede ver algo así como un desajuste [...] entre los anhelos populares [...] y la institucionalidad. Pero junto con esa institucionalidad, [también se trata de una crisis] de los discursos que le dan respaldo a esa institucionalidad” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por ende, lo que plantea Herrera es que las movilizaciones estudiantiles y las demandas sociales son el producto de un desajuste que entre los anhelos de la población y cómo dichos anhelos se encarnan en la institucionalidad. Es decir, lo que está sucediendo es que Chile esta asistiendo a una crisis política general que se traduce en que las instituciones no están representando *de facto* las aspiraciones del pueblo. Asimismo, este desajuste se experimenta también a un nivel discursivo, dado que las instituciones que no se ajustan a los anhelos populares están siendo justificadas o sostenidas por discursos que tampoco se ajustan a dichas

aspiraciones. A raíz de esto último, lo que Herrera (2014) sostiene es que la derecha, más allá de la crisis general del sistema político chileno, está asistiendo a una crisis específica, una intelectual. Esto es, dado que las instituciones que defiende este sector estarían sostenidas y definidas por un discurso desactualizado que aún estaría basado en las lógicas de la Guerra Fría y no en las aspiraciones actuales del pueblo chileno. Es por esta razón que la derecha necesitaría un renacer intelectual que vaya más allá del marco teórico provisto por la orientación “chicago-gremialista” para poder, de este modo, tratar de justificar o definir nuevas instituciones que se ajusten a los anhelos populares. Para Herrera, el sistema económico, las instituciones y el cuerpo legal de una nación no deberían determinar exclusivamente o por sí mismos el devenir una sociedad determinada, sino que más bien deberían estar subordinados a la política, en el sentido de que todos estos planos deberían estar dirigidos por la voluntad de la comunidad política. Es en el plano político donde se puede realizar un esfuerzo hermenéutico –liderado por un cuerpo intelectual capacitado– capaz de modelar todos estos planos según las aspiraciones populares. Así, más allá del caso específico de la derecha, lo que Herrera sostiene es que Chile está asistiendo a un cambio de ciclo político que se debe ser comprendido – desde un punto de vista hermenéutico– mediante un esfuerzo intelectual que incorpore nuevas herramientas ajenas al pasado autoritario y transicional, aspecto que es válido tanto para la izquierda como para la derecha.

Por su parte, el historiador gremialista y conservador, Gonzalo Rojas, plantea que sí hay una crisis en la derecha. Sin embargo, dicha crisis no tendría que ver principalmente con los acontecimientos ocurridos a partir del año 2010, sino que con algo que ha tenido lugar desde el mismo momento en el que Chile reinauguró su sistema democrático en 1990. En tal sentido, Rojas sostiene que la crisis de la derecha

[...] consiste en haber perdido los últimos 20 años para estructurarse en su dimensión tripartita. Una derecha conservadora, una liberal y una socialcristiana. [...] A mí lo que me parece más importante para un sustento doctrinario [...] es saber en qué lugar se ubican, nos ubicamos, los distintos tipos de derechistas. Es casi imposible que ese sustento doctrinario se pueda desarrollar con los dos partidos que hubo desde los 90 hasta la fecha, hegemónicos, en que convivían liberales, conservadores y una pequeña fracción de socialcristianos. [...] Esta crisis de no definición ha significado que el discurso doctrinario sea siempre pragmático. Parece contradictorio, porque es más fácil poner a personas conservadores, liberales y socialcristianas de acuerdo en una serie de materias específicas de carácter legislativo, que resolver la disputa obvia que hay entre nosotros sobre persona humana, subsidiaridad, solidaridad, bien común y destino del hombre sobre la tierra. [...] Entonces esta es la crisis fundamental (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Es más, para Rojas, esta crisis de no definición doctrinaria en la derecha ha tenido que ver sobre todo con el silencio derechista cuando se trata de la defensa y desarrollo de sus principios y la promoción de un exacerbado pragmatismo. En efecto, tratando de explicar dicho silencio, Rojas sostiene que: “[...] en los 80 había un grupo de gente [de derecha] muy interesante [...] que no fue segmentado en dos. [...] No fue segmentado en un sector que se dedicara a las ideas y otro que se dedicara a la política práctica. [...] Jaime Guzmán prácticamente derivó a toda la gente hacia las alcaldías. Colocó 40 o 60 individuos en las alcaldías, de los cuales varios de ellos lograron ser después diputados” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). De modo que lo que lamenta Rojas es que Guzmán, habiendo sido un connotado líder derechista en los albores del proceso transicional, no haya dividido la organización de las fuerzas derechistas en un polo dedicado a definir y desarrollar los asuntos doctrinarios, defender principios y establecer límites ideológicos; y un polo dedicado a la política práctica, alcaldías, municipios, etc. En tal sentido, según señala Rojas, este ha sido uno de los

principales problemas de la derecha transicional, problema que ha llevado a que haya una crisis de indefinición doctrinaria que no ha permitido un desarrollo doctrinario en este sector, aspecto que le ha impedido a la derecha afrontar adecuadamente las coyunturas acontecidas a partir del año 2010.

Por su parte, Daniel Mansuy, quien es filósofo y autor del libro *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición*, sostiene que sí hubo una crisis en la derecha precisamente cuando los pactos de la transición comenzaron a diluirse. En tal sentido, Mansuy sostiene que:

[...] el sector enfrentó una crisis cuando la transición se acaba. [...] La derecha particularmente pierde las seguridades que tenía que estaban ancladas en un sistema protegido, lo que Jaime Guzmán abiertamente llamaba una “democracia protegida”. Y por tanto tiene que salir a defender aquellas cosas que ya daba por naturalizadas o por consolidadas, o por indiscutidas, y en ese sentido se dio cuenta que no había hecho un trabajo ideológico o intelectual en esa materia y salió a enfrentar esa discusión con muy pocas herramientas (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Desde esta perspectiva, Mansuy agrega que uno de los momentos clave en el que se manifiesta el fin de la transición y el auge de la crisis de la derecha es el siguiente:

[...] el 2011 se puede marcar como un momento en que la derecha está en el gobierno, la centro-izquierda está en la oposición, una oposición muy dura, y sale un movimiento a formular preguntas sobre la justicia. O sea, no sobre medios sino sobre fines. Y ahí la derecha reacciona como diciendo: “oye, pero si la pregunta por los fines ya fue [respondida], [...] ya está sacramentada, no hay porqué volver a abrirla”. Pero la pregunta sobre los fines siempre puede volver. Y eso es lo que la derecha no supo advertir o no tuvo herramientas para enfrentar (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De modo que para Mansuy la crisis de la derecha es una “[...] crisis doctrinal, una crisis ideológica. [...] Es una crisis de fundamentación de sus propias ideas” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Tras el agotamiento del pacto transicional, la derecha se quedó en silencio dado que, en el marco de la institucionalidad que fundó la transición, esta última no necesitó desarrollar herramientas intelectuales para enfrentar a grupos que viniesen a cuestionar el orden vigente en el marco de preguntas, por ejemplo, acerca de los fines que persigue una institucionalidad determinada. En tal sentido, en el marco de esta crisis doctrinal o ideológica, Mansuy distingue dos planos en los que esta crisis ha tenido lugar:

Yo distinguiría dos tipos de problemas: uno es el problema de decir [...] creemos que no se ha hecho un trabajo doctrinario. Y segundo, además creemos que las pocas ideas que hay en la derecha están más o menos equivocadas. [De hecho, dichas ideas] yo todavía no las veo formuladas de una manera suficientemente sofisticada. ¿Cuál sería el libro de la derecha o los libros en los que la derecha en los últimos 20 años plasmó su ideario? No existen. No están. Y los puedes ir a buscar [...] Esto nos pasó en el IES cuando publicamos el libro sobre subsidiariedad, que este era el gran concepto de la derecha en los últimos 30 años. Resulta que fuimos a buscar qué se había escrito sobre eso, y tus pones en un buscador de cualquier biblioteca nacional en Chile subsidiariedad y no hay casi nada, no dicen nada. Entonces, si tú idea es la subsidiariedad como principio, [...] trabájala. Pero resulta que en los últimos 20 años no hubo un trabajo intelectual lo suficientemente sofisticado (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Con todo, Mansuy sostiene que es la fundamentación doctrinaria la que no se ha podido realizar dado que la derecha no habría tenido la necesidad de justificar ideológicamente ningún sistema-mundo hasta que tuvo lugar el agotamiento del pacto transicional. Sin embargo, también sostiene que además hay una crisis intelectual particular en la derecha, la cual tiene que ver no sólo con que esta última se quedó en silencio por la comodidad, sino que también con que aquella no posee las herramientas necesarias para reflexionar acerca de los fundamentos de las ideas que estructuran su sistema de creencias y acerca de cómo aquél se relaciona con el Chile contemporáneo y sus problemáticas. En tal sentido, la derecha no tiene las herramientas intelectuales para salir de ese silencio ni tampoco las herramientas necesarias para cuestionar o reflexionar seriamente acerca de las pocas ideas posee.

Por otro lado, el historiador conservador y de derecha, Joaquín Fernandois, sostiene que si hubiese habido una crisis en el sector derechista esta hubiese tenido lugar durante el primer gobierno de Piñera. En tal sentido, Fernandois sostiene que:

[...] el primer gobierno de Piñera se parecía [...] con el de Jorge Alessandri en que la derecha quedó destruida. Alessandri se prestigió a sí mismo en el gobierno, salió más fuerte como persona, pero el gobierno no. La derecha quedó pésimo, casi eliminada. [...] Y yo pensé que estaba pasando lo mismo en el gobierno de Piñera porque hubo un desarme político muy grande, un poco por el tipo de dirigencia que [dicho gobierno representaba]. [Piñera] es un gran gestor, pero se topó con la parte política (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

En tal sentido, Fernandois sostiene que el tipo de dirigencia basada en la gestión que encarnaba Piñera perjudicó a la derecha y la llevó a una suerte de crisis. De hecho, ante tal contexto, Fernandois agrega que Piñera “[...] quedó impotente frente al movimiento estudiantil. O sea, no era algo para lo que estuviera preparado”. Aparte de esto, Fernandois sostiene que en dicho entonces también “[...] hubo una crisis al interior de los partidos [de derecha], que tuvo que ver con la crisis de los partidos que surgieron después de la transición a la democracia” (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018). Sin embargo, en tal respecto, este autor también sostiene que dicha crisis partidaria tuvo lugar en dicho periodo principalmente gracias a un proceso de recambio generacional. Fernandois sostiene que:

Desde un comienzo empezó el gobierno [con crisis]. Hubo un acontecimiento espectacular, lo de los mineros, pero eso fue una golondrina de verano, duró muy poco. [Después de eso, el gobierno] empezó a caer [...] en las encuestas. [...] Pasó eso [...] y después vino una gran disputa al interior de la derecha. Empezaron a surgir las nuevas generaciones, esto afectó mucho a la UDI porque hubo un cambio cultural que todavía se debate y que está ahí. Menos en RN, aunque tampoco [este partido] supo interactuar con las nuevas generaciones. Le faltó [...] renovación [a la derecha]. (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

Así, este historiador sostiene que puede ser que en el marco del primer gobierno de Sebastián Piñera la derecha haya experimentado un momento de crisis, sobre todo porque a un nivel político el gobierno no fue exitoso, lo cual en opinión de Fernandois tuvo que ver con el tipo de dirigencia que dicho gobierno encarnó. Sin embargo, también sostiene que los eventos que surgieron en ese entonces, sobre todo en lo que respecta a la crisis interna de los partidos políticos de derecha, correspondían a una crisis suscitada por un cambio cultural y generacional. De hecho, Fernandois da cuenta de que al interior de la derecha surgieron nuevas generaciones que lentamente comenzaron a alterar o disputar la hegemonía de los partidos y dirigentes surgidos en el marco del proceso transicional. En tal respecto, es importante destacar que el cambio generacional es algo que también sucedió en la izquierda. La prueba de este cambio en ambos polos políticos es la posterior formación del FA en el caso de la izquierda (una vía alternativa a la ex Concertación y NM) y la formación de Evópoli en el caso de la derecha (un nuevo partido de derecha del cual se hablará más adelante).

Desde otra perspectiva, el filósofo libertario y director ejecutivo de la FPP, Axel Kaiser, quien escribió *La Fatal Ignorancia: La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*, sostiene que, en la derecha, tras los eventos ocurridos entre el año 2010 y 2018, no hubo una crisis *de facto*, sino que una crisis psicológica. Kaiser sostiene que:

[...] es una crisis psicológica la que se produjo en la derecha. Y tiene que ver con que aquello que daba por sentado y por consolidado, que era básicamente el sistema económico y el consenso en torno a este sistema económico de libre mercado, se vio en algún minuto puesto en cuestión. O sea, con los movimientos estudiantiles primero. Que no sólo era el derecho a la educación gratuita, sino que después derivaron a otro tipo de campos, [...] donde se comenzó a cuestionar el lucro como concepto, [por ejemplo]. Y después con la elección de Bachelet en el segundo gobierno. [En dicho entonces,] fue interesante observar a la derecha intelectual o, incluso, tecnócrata, no tomarle el peso a lo que significó la elección de Bachelet [...]. [Sin embargo,] cuando efectivamente entra Bachelet al gobierno y sale la

tesis de la retroexcavadora, y sale esta reforma tributaria mal hecha que, desde la perspectiva de la gente de derecha, y los técnicos, estaba socavando las posibilidades de crecimiento económico. [...] Entonces empiezan a asustarse. Y después empezó todo el tema de la AC, de la nueva constitución. De hecho, Bachelet empezó a echar en marcha un proceso para cambiar la constitución que quedó un poco en nada, pero que al principio fue así. [Además ello,] que la reforma laboral, que la reforma educacional, que terminar con la municipalización, que terminar con un montón de cosas que se consideraban bastante estructurales del sistema. A la derecha le pasó que le entró el miedo (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018)

Lo que Kaiser plantea es que, en el marco de las reformas de Bachelet y los movimientos estudiantiles, no hubo en la derecha una crisis *per se* desde un punto de vista fáctico, sino que más bien una desde un punto de vista psicológico. Según este autor, dicha crisis se tradujo en la exaltación de un miedo radical a que el discurso empleado por Bachelet –y por quienes adscribían al proyecto de la NM– terminase por dinamitar el sistema-mundo defendido por la derecha chilena. Es más, según Kaiser, el miedo experimentado por la derecha en aquél entonces hizo recordar –aunque se tratase de eventos diametralmente distintos– a la experiencia vivida por este sector cuando la UP llegó al poder en 1970. De modo que según este autor lo que le pasó a la derecha durante estas coyunturas fue una crisis eminentemente psicológica, una crisis que, como se verá más adelante, contribuyó a la posterior movilización de la derecha en el marco de la elección presidencial de los años 2017-2018.

Por su parte, desde una perspectiva ciertamente más optimista que las analizadas anteriormente, Luis Larraín, director ejecutivo del LYD, sostiene en relación a la crisis sufrida por el sector entre los años 2010 y 2018 lo siguiente:

Lo que yo le puedo afirmar, y toda la evidencia me respalda, es que este es el periodo más exitoso de la derecha en los últimos 150 años. [...] No hay en el siglo XX un precedente de dos gobiernos de derecha con sólo un gobierno intercalado. Y lo que está en juego hoy en día es si el indudable liderazgo electoral que tiene Piñera, que es el político más exitoso de la derecha en los últimos dos siglos, [...] se va a transformar en un liderazgo político. Eso es lo que está en juego en este periodo de gobierno. Sebastián ha logrado juntar bajo un mismo proyecto político a grupos distintos: grupos que son conservadores, liberales, tanto en una faceta económica o social, por una parte; [...] y también en el tema valórico, donde hay conservadores católicos y conservadores morales, y liberales, [por otro]. [...] Todos estos grupos en definitiva terminaron apoyando a Piñera. [...] Todo ese cuadro me parece lo más distinto que hay a una crisis. A mí me parece que es un mundo maravilloso para la derecha (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, Luis Larraín sostiene que en la derecha no hay una crisis *per se*. Por el contrario, este sector está asistiendo a uno de los momentos más exitosos de su historia. Para justificar aquello, Larraín se nutre de un argumento histórico, uno según el cual la derecha transicional, si se compara con la tradicional, posee un grado mucho más alto de éxito electoral que en el pasado. Esto es, dado que, en menos de 10 años, este sector ha podido estar en el Ejecutivo dos veces, teniendo sólo un gobierno de oposición como intervalo. Sin embargo, el problema que vislumbra Larraín, el cual no se constituye realmente como una crisis radical, tiene que ver con que si el tipo de liderazgo que ejerce Piñera puede transformarse en un liderazgo político dentro de la derecha. Esto último es importante dado que, en una derecha que se ha caracterizado por la fragmentación, se necesita un líder que no sólo tenga la capacidad de obtener votos –capacidad que según Larraín se constituye como el gran éxito de la derecha transicional y Piñera–, sino que también de liderar políticamente por sobre todos los partidos políticos de derecha y a un nivel nacional.

Por su parte, Jorge Jaraquemada, quien es director ejecutivo de la FJG, sostiene que no hay una crisis fundamental de la derecha, sino que más bien un extendido mutismo proveniente del contexto suscitado simbólicamente por la caída del Muro de Berlín. En tal sentido, Jaraquemada sostiene que no hay “[...] una crisis como tal [en la derecha], pero sin duda que [esta última] ha sido remecida por

todas estas situaciones (movilizaciones sociales, reformas de Bachelet, etc.) que ciertamente le plantean preguntas o desafíos para los cuales el sector no tiene una respuesta previamente reflexionada” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). La explicación de dicha falta de reflexividad o mutismo tiene que ver, según Jaraquemada, con un fenómeno más bien

[...] global que no se circunscribe a Chile. Yo creo que después del año 89 (por fijar un hito con la caída del Muro de Berlín), los partidos de derecha o sectores de derecha sienten que han terminado ganando una cierta batalla de las ideas, o por la libertad, y que el socialismo o las expresiones de comunismo que había por ese tiempo, la historia las arrastrará hasta hacerlas trizas. Me da la impresión de que la derecha se queda sin un algo a quien enfrentar. O sea, ya no son las ideas socialistas [las que están] en una pugna por la hegemonía. Y pienso que de ahí que la derecha viene en una especie de caminar sin tener un ideario o un norte tan claro (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Ahora bien, específicamente en relación al caso de la derecha chilena, Jaraquemada sostiene que esta última, al menos antes del año 2006, año donde comenzaron las incipientes movilizaciones “pingüinas” que terminarían por establecer las bases de las futuras movilizaciones estudiantiles, sentía que tenía la batalla de las ideas ganada, por lo que se despreocupó de lo que se ha llamado la construcción de su propio relato. Sin embargo, según señala Jaraquemada, antes de dicho año, ya había gente que había advertido esta situación:

[...] antes de los primeros años de esa década [2000] yo ya había escuchado al interior de la UDI planteamientos que hablaban de que había una pérdida de identidad, que había que repensar el relato. [...] Que fue un tema que después surgió fuertemente como una demanda frente al primer gobierno de Piñera. Que el primer gobierno de Piñera no tenía relato. Entonces, yo creo que efectivamente había voces aisladas que planteaban esta situación pero que no fueron escuchadas porque [...], en ese tiempo, básicamente desde el 99 hacia adelante, el sector venía enfocado más bien en la gestión, en el cosismo [...]: hacer las cosas, hacerlas bien, dar respuestas a necesidades concretas, y un poco diluyendo los principios rectores de un proyecto político (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Por ende, Jaraquemada también sostiene que la derecha, después del retorno a la democracia, dejó de lado las ideas, el relato, lo doctrinario, y la reflexión intelectual, para enfocarse en la gestión o el llamado “cosismo”. Esto último dejó a la derecha desprovista de herramientas intelectuales para enfrentar la coyuntura crítica que surgió fuertemente en el año 2010 en el marco del primer gobierno Piñera. De modo que, si bien Jaraquemada sostiene que no ha habido una crisis fundamental en el sector, sí sostiene, como lo han hecho otros entrevistados, que la derecha posee una crisis en el ámbito intelectual dado que no ha logrado responder con un sustento doctrinario sólido a las nuevas problemáticas del Chile contemporáneo. Esto es, principalmente, según su opinión, porque durante las primeras dos décadas del nuevo régimen democrático este sector pensó que tenía la batalla de las ideas ganadas y que sus antiguos enemigos –el socialismo y el comunismo– habían desaparecido.

Por otra parte, Ángel Soto, historiador y estudioso de la derecha, sostiene que, si es que hay algún tipo de crisis en la derecha, esta sería de falta de contacto con la realidad. Soto sostiene que “[...] [la crisis de la derecha] tiene que ver con la falta de calle, tiene que ver con el ser incapaz de captar las sensibilidades distintas. La derecha tiene que entender que Chile no se acaba en Pedro de Valdivia” (Soto, entrevista, 12 abril 2018). De este modo, lo que Soto plantea es que la derecha se ha olvidado de cuál es el Chile “real”. De hecho, sostiene que la derecha tiene un discurso y prácticas que no se ajustan a las necesidades del chileno promedio. Según esto último, la derecha no podrá salir de ningún tipo de crisis si no “revienta” la burbuja en la que está metida. Para Soto, la derecha necesita políticos que sean capaces de ver los problemas “reales” de la gente más allá de sus creencias o el mundo en el que ellos viven. Además, Soto plantea otra área interesante en la que la derecha podría estar experimentando una crisis. Esta última no tiene que ver con que las ideas mismas de la derecha estén

en cuestionamiento, sino que más bien con que estas últimas no han sido correctamente defendidas y llevadas a la práctica. De hecho, Soto señala lo siguiente:

Yo creo que la crisis de la derecha está en no haber sabido contestar a esa crisis, no en las ideas mismas. Cuando viene el problema, por ejemplo, de la colusión de las farmacias, esto no es un problema de libre competencia, de apertura de la economía, al contrario, es un problema de falta de competencia. Y claro, la derecha no sabe salir a contestar eso. No sabe. Y los otros [–la oposición–] no tienen por qué venir a defenderla. Que los otros que digan que ese problema se soluciona con una farmacia popular, con una farmacia estatal, bueno, está bien. Pero, ¿quién de la derecha sale a decir que no es un problema de exceso de competencia, sino que, al contrario, es un problema de falta de competencia en la cual el Estado debiera regular y debiera permitir la entrada de nuevos actores y velar porque no haya colusión? El Estado tiene que velar para que las penas de quienes se coludan no se tiren a costo como las pueden tirar los empresarios, sino que, si usted se colude, termina como en USA, con traje naranja en la cárcel. Entonces, ¿por qué no sabe salir a contestar? Porque hay [...] una intelectualidad que no pasa más allá de un discurso economicista (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

En tal sentido, Soto sostiene que no hay problemas en las ideas de la derecha *per se*, al menos en lo que respecta a la línea liberal. Es más, estas últimas no estarían en crisis, sino que más bien lo que está pasando es que la derecha no sabe defender dichas ideas, no tiene herramientas intelectuales para ello y pasa, también, que, en la práctica, estas ideas que deberían ser defendidas, tampoco se materializan *de facto*. Así, el chileno promedio ve esta situación, se decepciona del ideario derechista liberal y es la izquierda la que toma ventaja de esta situación promoviendo iniciativas, por ejemplo, como las farmacias populares. Para este autor, por lo tanto, la crisis sería de fundamentación más no ideológica.

Por último, la historiadora liberal Valentina Verbal sostiene que hay una crisis de legitimidad institucional que explotó el año 2011 que ha sido liderada por élites y que envuelve inevitablemente a la derecha. Verbal sostiene que:

Hay una crisis de legitimidad institucional, en el sentido de que se puso en cuestión un modelo: la democracia y el modelo económico. [Esto es,] sobre todo [...] por parte de la izquierda. [...] Y una cuestión que creo que es importante [en este respecto], [...] desde el punto de vista de la legitimidad, es que es una crisis más bien elitaria. [...] O sea, es de las élites políticas. [...] Y como consecuencia de esa crisis de legitimidad, que es una crisis de las élites políticas, sobre todo de izquierda, que ponen en cuestión el modelo que ellos mismos legitimaron antes [...] y que después deslegitimaron, también la derecha tuvo una crisis intelectual porque no sabe responder a esa crisis a su vez. O sea, no da una respuesta ideológica o intelectual frente a esa crisis de legitimidad institucional. [...] [Además, la derecha] no tiene una respuesta unificada. [...] [Y si es que ha habido algún tipo de respuesta, esta última] ha sido una respuesta caótica y poco clara, sobre todo desde la derecha partidaria. Y en cuanto a los intelectuales, también ha sido una respuesta poco clara o media confusa (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por ende, lo que Verbal plantea es que más que en la derecha, es Chile –incluyendo a todos sus sectores políticos– el que ha asistido a una crisis de legitimidad institucional. Asimismo, Verbal plantea que dicha crisis de legitimidad se trata más bien de una crisis elitaria, en el sentido de que los problemas de legitimidad que Chile ha experimentado últimamente incumben principalmente a ciertos dirigentes políticos y grupos que pueden ejercer presión colectivamente (por ejemplo, movimientos sociales), más no a todas las capas que componen a la sociedad chilena. Además, específicamente en relación a la derecha, lo que esta autora plantea es que, si es que hay un tipo de crisis en la derecha, esta última sería intelectual. Esto es, dado que esta última no ha tenido las herramientas intelectuales para responder a la crisis de legitimidad institucional a la que Chile está asistiendo. De este modo, Verbal coincide con los previos análisis que plantan que el problema de la derecha es que no tiene herramientas intelectuales sólidas para responder a los problemas del Chile contemporáneo. Es decir, un Chile que no responde ya únicamente a las lógicas de la Guerra Fría y al autoritarismo.

Las movilizaciones sociales y el “derrumbe” del modelo: ¿crisis del modelo económico-social neoliberal?

El modelo económico-social de Chile ha sido uno de los pilares fundamentales del sistema-mundo defendido por la derecha transicional. Este último se ha constituido como una de las piedras angulares de los valores de este sector, en tanto reviste estructuralmente, por ejemplo, mediante la promoción de la libertad económica e individual, la igualdad de oportunidades, el libre emprendimiento, la subsidiariedad, entre otras ideas, aspectos fundamentales del neoliberalismo chileno. Esto es, una forma de capitalismo criollo que determinó, sobre todo, la identidad de la derecha chilena tras el régimen militar. Sin embargo, dicho modelo económico-social fue puesto en cuestionamiento no sólo mediante la reforma tributaria realizada por Bachelet –la cual buscaba dar universalidad y gratuidad al sistema educativo–, el auge de libros como *El otro modelo: Del orden neoliberal al régimen de lo público* (Atria et al. 2013) y *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo* (Mayol 2013), sino que también mediante el auge de movimientos sociales que, en el plano educativo, atacaron la privatización y mercantilización del sistema de educación; mientras que, además, realizaron fuertes críticas al sistema privatizado de pensiones y salud. Todas estas críticas se dirigían fundamentalmente a denunciar el hecho de que el mercado, en el marco de este modelo económico-social neoliberal, ha estado teniendo demasiada injerencia en áreas como la salud, previsión y educación. Esto es, áreas donde el mercado, según los críticos, debería tener límites, en tanto que estas últimas serían esferas que se constituyen como derechos sociales que deben ser garantizados igualmente para todos los ciudadanos más allá de los movimientos “espontáneos” del mercado y de quienes *de facto* lo dirigen. En efecto, estas críticas estaban dirigidas por el argumento central de que deben haber límites morales para el mercado y el liberalismo económico promovido principalmente por la derecha, lo cual se constituye como un clásico argumento que puede ser rastreado, por ejemplo, en la obra de Sandel (1998, 2012). En tal sentido, las críticas al modelo económico-social defendido principalmente por la derecha chilena pudieron eventualmente haber llevado a una crisis al modelo económico-social neoliberal sobre todo en el marco de la cruzada reformista de la NM. Por lo que teniendo en cuenta estos antecedentes, ¿asistió realmente el sistema socioeconómico neoliberal a una crisis entre los años 2010-2018?

Para comenzar, según Arturo Fontaine, las coyunturas ocurridas entre los años 2010-2018 no pusieron en cuestionamiento el modelo económico-social neoliberal. De hecho, Fontaine sostiene que aquello no era posible puesto que “[...] no creo que haya propuestas alternativas concretas, lo que hay es una crítica. Ahora bien, hay grupos que de esa crítica derivan, [...] por ejemplo, [...] que hay que echar abajo el sistema de AFP. [Ellos dicen:] ‘el sistema de AFP tiene problemas, tiene defectos, entonces echémoslo abajo y esperemos a ver qué pasa’” (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018). Luego, en esta misma línea, Fontaine agrega refiriéndose a esos mismos grupos que critican el sistema de AFP:

[...] yo creo que no son grupos que tengan un proyecto de AFP alternativo. Y las pocas ideas que aparecen son modificaciones de lo que hay, [más] no son realmente modelos alternativos. Entonces, lo que si hay son grupos radicalizados que están en plan de echar abajo instituciones a la espera de que surja un mundo distinto. Pero no hay un modelo, un proyecto real alternativo. Lo que hay es más bien una lucha destructiva que constructiva. Eso es nuevo porque durante el periodo de la Concertación había un fuerte autocontrol de los grupos políticos relevantes para evitar posturas de ese tipo, destructivas. [De hecho, durante el periodo concertacionista,] más bien había un fuerte énfasis en las posturas constructivas. En las propuestas (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

En tal sentido, el argumento de Fontaine es que el modelo, especialmente en relación al sistema de pensiones, no puede estar en crisis pues no hay ninguna alternativa viable para remplazarlo. Por ende, lo que este autor vislumbra es que sólo existe un espacio de críticas liderada por grupos radicalizados. Esto es, un espacio de críticas que tendría un valor eminentemente destructivo más que constructivo. Por ende, la apreciación de Fontaine es que existe cierta irresponsabilidad en los grupos radicales que, sin un proyecto alternativo, atacan al sistema de AFP, en el sentido que estos últimos esperan derrumbarlo sin importar las consecuencias que dicho derrumbe podría tener. Para Fontaine, no puede haber una crisis real del modelo socioeconómico neoliberal si no hay una contraparte que realmente pueda disputarle el espacio a este último, al menos, en lo que respecta al sistema de pensiones.

Por su parte, Cristóbal Bellolio, filósofo, liberal igualitario y autor del libro *Renovación y remplazo: por qué es urgente el recambio político en Chile*, refiriéndose a los diagnósticos que Mayol (2013) y Atria *et al* (2013) realizaron acerca del “derrumbe” u obsolescencia del modelo económico-social neoliberal, sostiene lo siguiente:

No estoy tan seguro de que Mayol tenga razón y yo creo que lo de Atria y compañía en *El otro modelo* es más bien una pretensión normativa que una descripción. A ellos les gustaría que transitáramos hacia un modelo distinto. Pero cuando a mí me hablan del “derrumbe” del modelo, a mí lo que se me viene a la mente es un juicio descriptivo, como que ya la gente no lo quisiera, y no estoy enteramente seguro de que eso sea así. Paradójicamente el intelectual orgánico del modelo es Carlos Peña, no es alguien que haya nacido del mundo de la derecha. Probablemente *Lo que el dinero sí puede comprar* sea una mejor respuesta a los intelectuales de la izquierda orgánica que todas las respuestas que parió la propia derecha en su época. El libro de Eugenio Guzmán con Marcel Oppeliger, el libro de Luis Larraín, hubo dos o tres libros que salieron de la órbita libertad y desarrollismo. Y yo creo que el que finalmente logró contestar mejor a las inquietudes que supuestamente estaban detrás de la tesis del “derrumbe” del modelo fue Peña, diciendo: hay en la clase media chilena una tendencia del todo natural a diferenciarse y mejorar su condición material, y el modelo que les permite soñar con cambiar su condición material, es justamente un modelo de mercado, un modelo como el que promueve la derecha (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

En tal sentido, lo que sostiene Bellolio mediante sus referencias a los libros de Peña (2017), Oppeliger y Guzmán (2012) y Larraín (2012), es que todo pareciese indicar que la pretensión de los libros de Mayol (2013) y Atria *et al* (2013) es más bien normativa que descriptiva. Es decir, Bellolio sostiene que estos libros gestados en el seno de la intelectualidad orgánica izquierdista no realizan un adecuado diagnóstico de la sociedad chilena en cuanto a cómo esta última es, sino que más bien ponen en palabras cómo a estos intelectuales de izquierda les gustaría desde un punto de vista normativo que el modelo fuese. Además, el segundo elemento de esta idea desarrollada por Bellolio, el cual se nutre del libro de Peña (2017), libro que a su vez se constituye como una crítica a lo planteado por Sandel (2012), es que contrariamente a lo propuesto por los intelectuales de izquierda, todo pareciese indicar que la gente disfruta del modelo económico-social neoliberal. Es decir, que a la gente le gusta consumir, diferenciarse, tener acceso a bienes de consumo, elegir el colegio de sus hijos y con ello el segmento social al cual están adscritos, etc. Según la opinión de Bellolio, no está claro, entonces, que el modelo este en una crisis desde esta perspectiva, pues pareciese ser que, más allá de las movilizaciones y las intenciones reformadoras que tuvo la NM, hay un amplio segmento de la sociedad chilena que disfruta de las virtudes del modelo. Quizá una de las mayores pruebas de ello es la contundente victoria que tuvo Sebastián Piñera en la última elección presidencial de los años 2017 y 2018. Esto es, una contienda en la cual se enfrentaron directamente tanto el proyecto de la derecha como el promocionado por la NM.

Por otra parte, Hugo Herrera plantea que el modelo económico-social neoliberal realmente no está en crisis. Sin embargo, como también señala en su libro *La crisis de la derecha en el bicentenario*

(Herrera 2014), dicho modelo sí tiene un problema fundamental, un problema entre la regla y el caso”. Es decir, lo que este autor sostiene es que el modelo en cuestión no está siendo cuestionado desde un punto de vista teórico –pareciese ser que para muchos el modelo es deseable–, sino que más bien está siendo cuestionado por cómo se desenvuelve en la práctica. Herrera sostiene lo siguiente:

[...] no es la economía de mercado lo que está en cuestión, ni aspectos puntuales [de dicho modelo] [...] En cuestión está un asunto intermedio, que es más grave que simplemente las AFP o alguna institución en particular, pero que no llega, creo, a poner en cuestión la economía (un mercado fuerte por decirlo de algún modo). [...] Y esto lo han visto mejor que los políticos los historiadores. Si uno lee a Encina o a Góngora, ellos en el fondo lo que plantean es que el sistema capitalista o el discurso capitalista se instaló en Chile, pero se instaló de una manera que no es ortodoxa. Se instaló, pero se instaló brutalmente. Sin reparar en que el capitalismo es un modelo que en Europa ha florecido a partir de los desarrollos culturales de ciertas luchas entre la burguesía, una clase burguesa emergente en las ciudades desde la edad media tardía en adelante, que luchó con el feudalismo o la nobleza. Todo ese proceso aquí no se hizo. Entonces, ¿qué es lo que uno tiene en el fondo? Una oligarquía que además de concentrar el poder político en muchos aspectos, concentra el poder económico. Entonces hay una concentración muy alta del poder. Y creo que ahí está el núcleo del problema. [...] Es una contradicción con el liberalismo clásico [...]. O sea, esto es un neoliberalismo a la chilena. Porque aquí, en Chile, uno tiene que todo [...] está oligopolizado. Todo es en cadena. En algunos barrios quedan panaderías todavía, pero las librerías de libros, las librerías de útiles, está todo oligopolizado. Entonces ese es el problema fundamental. Que aquí tú tienes una concentración del poder del mercado en oligopolios y a su vez un entramado muy cerrado entre oligarquía política y el poder económico (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018)

Lo que Herrera intenta señalar es precisamente que hay una tensión entre “la regla y el caso”. Si bien en modelo no está en una crisis fundamental, la gente sí ve y critica, por el contrario, que lo que se promueve teóricamente como modelo no se cumple en la práctica. Es decir, se promueve normativamente la libre competencia, pero descriptivamente hay monopolios o duopolios. Se promueve normativamente la movilidad social y la igualdad de oportunidades desde una perspectiva liberal, pero descriptivamente hay oligopolios. Se promueve normativamente la división de los poderes, pero descriptivamente estos poderes son concentrados por el capital, el cual, a su vez, se extiende por sobre el conjunto del sistema político (recuérdense los casos de corrupción expuestos en la sección 3.2.1 de este capítulo). De modo que, según Herrera, esto último tendría que ver con la manera en la que se instaló en Chile, de modo particular, el modelo económico-social neoliberal. Sin embargo, a pesar de estas críticas, Herrera también hace un diagnóstico positivo acerca de lo que la economía social de mercado ha traído a Chile. De hecho, este autor sostiene que “[...] mal o bien, el sistema logró que las clases medias hoy día sean mayoritarias. Lo que falta es dar un paso para poner en forma un funcionamiento decente del sistema económico y el sistema político” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por ende, lo que Herrera sostiene es que más que modificar el modelo, lo que se debe hacer es perfeccionarlo y darle un adecuado funcionamiento.

Por su parte, Gonzalo Rojas, siendo uno de los más puristas a la hora de abordar esta materia, sostiene que –ciertamente desde una perspectiva hiperbólica– el modelo económico-social neoliberal ortodoxo ya estaba en crisis antes de las coyunturas que tuvieron lugar entre los años 2010 y 2018. Rojas plantea que:

[...] es evidente que los controles estatales y el crecimiento del tamaño del Estado, [...] han ido desvirtuando la *praxis* del modelo. [...] El modelo ha ido siendo horquillado. [...] No es el modelo de Sergio de Castro, Baraona y Kelly, no. Entonces hoy a la derecha le cuesta mucho decir volvamos a lo mejor de aquel modelo porque lee los escenarios sociales y dice: estamos saliendo de unas reformas que, aunque fueron muy impopulares, [...] por haber sido mal hechas, [...] si nosotros tratamos de revertirlas, aparte de que no tenemos la mayoría para hacerlo, podríamos ser tan impopulares como las reformas mal hechas por ir en contra de la idea de las reformas. Entonces, dejemos las cosas tal como están. [De modo

que] es una derecha que tampoco está (al gobierno me refiero) convencida de las virtudes de dar más espacio para la empresa privada, más libertades para las universidades, no está convencida de eso. Para nada. Cuando el ministro Varela llega y dice la gratuidad ha llegado para quedarse. Bueno, en la derecha nosotros pensamos que la gratuidad es una pésima política, pero no por razones económicas o regresivas, [...] nosotros pensamos que es una pésima política por razones antropológicas. En la vida nada es gratis. [...] La derecha no se atreve a decir una cosa así hoy. [...] No se atreve a rehabilitar [la idea de que] lo que cuesta se paga, que es una cosa central del modelo (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Lo que Rojas sostiene que el modelo ya ha venido siendo sistemáticamente modificado durante todos estos años de democracia. Y señala, además, que la derecha transicional no ha sido capaz de defender el modelo original promocionado por los *Chicago Boys* en el marco de las coyunturas sociales y políticas a las que la sociedad chilena está asistiendo. Así, el diagnóstico general de este historiador es que la derecha no está teniendo la entereza ni la capacidad intelectual de defender su modelo económico-social neoliberal, aspecto que según Rojas es problemático, aunque probablemente aún más problemático si se realiza un pronóstico acerca de la vigencia de este modelo económico-social en el largo plazo. La postura de Rojas es ciertamente conservadora, en el sentido de querer conservar intacto el legado “chicago-gremialista”.

Por otro lado, Joaquín García-Huidobro sostiene que no hay una crisis del modelo económico-social neoliberal. Sin embargo, identifica ciertos matices a la hora de responder a la pregunta acerca de la crisis de este último. García-Huidobro señala respecto a si el modelo está en crisis lo siguiente:

Habría que matizar, pero respondo diciendo no. ¿En qué sentido? Hoy día las líneas fundamentales del modelo siguen vigentes y el experimento de Bachelet de 4 años fue tan malo, [...] que le hizo fácil al modelo su vuelta. [Sin embargo,] la pregunta es: ¿el modelo que volvió es el mismo que estaba antes? Y ahí la respuesta es no. Es decir, aquí no hubo una herida de muerte al modelo, ni de lejos. Ni siquiera un cuestionamiento profundo del modelo. Fue cuestionado, pero las balas no llegaron a la meta porque eran balas de muy mala calidad. Pero de nuevo, si compramos los énfasis de Sebastián Piñera (que es un representante perfecto del modelo) hoy día con el que tuvo hace 8 años, pues son distintos. [El Piñera del presente] tiene un carácter mucho más social. Y eso en parte es respuesta al movimiento estudiantil, pero también es en parte respuesta a Ossandón. Es la influencia de la derecha social [...] [En tal sentido,] la cerca se corrió, no en el sentido de correrse hacia la izquierda, sino que se corrió en el sentido de descubrir una tradición que estaba en derecha, pero que estaba larvada (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Lo que García-Huidobro sostiene es que el modelo no está ni estuvo en crisis. No obstante, lo que sí sostiene es que las coyunturas sufridas –sobre todo en el marco del gobierno de Bachelet– obligaron a la misma derecha a replantear la manera en la que esta última interpretaba el modelo. Según García-Huidobro, el giro que estaría dando el modelo económico-social neoliberal defendido por la derecha, más que orientarse hacia la izquierda, estaría orientándose hacia una derecha social. Esto es, con el fin de poder responder a las coyunturas ocurridas en Chile en el último tiempo. Esto último tiene sintonía con lo dicho anteriormente por Gonzalo Rojas, en el sentido de que los cambios que han venido ocurriendo, si bien no han transformado a la economía chilena en una centralmente planificada, sí han modificado y convertido el modelo defendido otrora por *Chicago Boys* en uno distinto al original. Sin embargo, según García-Huidobro, esto último no sería algo negativo –como pasa en el caso de Rojas–, sino que positivo en tanto se le estaría abriendo el camino a una derecha más social, una derecha que ha sido marginada por la hegemonía del lineamiento “chicago-gremialista”. En tal sentido, el auge de dicho vuelco social, si uno sigue la postura expresada por Rojas, podría eventualmente ser considerado como un acto de traición, en tanto que aquél no se apegaría a la ortodoxia “chicago-gremialista”. No obstante, este vuelco social, al estar sostenido también en una de las tradiciones de la derecha, la derecha social, podría perfectamente brindar ciertos elementos de continuidad que podrían ayudar a evitar la sensación de heterodoxia. Esto último también ayudaría a evitar la sensación de que las

medidas sociales del gobierno de derecha se constituyen como una izquierdización de un sector que no puede defender sus ideas en el nuevo entorno social y político.

Por otra parte, Daniel Mansuy sostiene que Chile no ha asistido a un momento prerrevolucionario y sostiene que, además, el modelo económico-social neoliberal tampoco ha estado cuestionado en sus ejes fundamentales. De hecho,

[...] si uno quisiera decir que Chile estaba *ad portas* [...] de un momento pre revolucionario que iba a cambiar las estructuras totales, no. Eso siempre fue una ilusión. O sea, Piñera sacó hace 5 meses 54% de los votos. [De modo que] Chile nunca vivió un momento prerrevolucionario. [Sin embargo,] sí vivió un momento de crítica muy fuerte a ciertos fundamentos o a ciertas tensiones que el modelo había producido. Y esas tensiones hay que tomárselas en serio. Yo creo que la izquierda soñó en algún momento con el momento prerrevolucionario, pero eso es un delirio. Hoy día los países occidentales y Chile, nos guste o no, [el cual] forma parte de ese mundo, van encaminados en un sentido y no parece pensable hoy día una revolución, en todo caso una revolución clásica. Como que las transformaciones se producen hoy en día son al interior del sistema. Entonces no, no creo que nunca haya estado en cuestión el sistema o el modelo porque la gente está además comprometida con él en términos personales. [...] Digo esto en términos de endeudamiento, porque les gusta el consumo [...] O sea, cuando tú tienes cuotas que pagar te interesa que tu trabajo siga estable y eso requiere un ciclo económico bueno, etc. ¿no? Sin perjuicio de eso, lo que todo esto reveló fueron tensiones muy fuertes respecto de lo que el modelo había prometido, respecto de lo que el modelo había podido dar, de cómo los chilenos lo vivíamos, de las frustraciones que conlleva, y esa es una reflexión que estaba abierta, porque nosotros hasta el 2011 pensábamos que la modernización era un proceso feliz y limpio, higiénico, armónico y sin problemas, sin arrugas, sin tensiones. Y no, nos dimos cuenta que la modernización está llena de tensiones (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

En tal sentido, lo que Mansuy sostiene es que en ningún caso el modelo económico-social neoliberal defendido por la derecha chilena ha estado en crisis y plantea, también, que Chile no ha asistido – durante todas las coyunturas previamente mencionadas– a un momento prerrevolucionario capaz de dismantelar las estructuras socioeconómicas imperantes. Es más, Mansuy plantea que aquello ya no es posible en un mundo que en términos generales abraza las lógicas del capitalismo tardío. Esto es, lógicas de las que Chile forma parte y no puede ser excluido. Sin embargo, del mismo modo señala que las coyunturas examinadas exteriorizaron las tensiones internas de un modelo económico-social que, en el marco del pacto transicional, se creía intocable o indiscutible. Por lo que este filósofo, también, ve en estas coyunturas la posibilidad de abrir un espacio de reflexión, uno en el cual se entienda que los procesos de modernizaron son continuos, contradictorios y donde se entienda que el mismo éxito del modelo económico-social ha abierto un espacio para nuevas preguntas que necesitan ser respondidas. Así, si bien en modelo no está en crisis en lo fundamental, sí debe ser repensado según las nuevas tensiones que el mismo proceso modernizador ha traído consigo.

Por su parte, desde una postura ciertamente asociada a la competición por el poder y la batalla por la hegemonía de las ideas, Kaiser sostiene respecto a esta materia que:

[...] si en algún minuto el modelo económico estuvo cuestionado, [fue propósito de] la legitimidad a un nivel discursivo. [...] [De hecho,] como decía John Stuart Mill, la opinión pública es una fuerza social extremadamente poderosa que puede tumbar instituciones [...] y [señalaba, además,] que ninguna institución subsiste si no tiene [el apoyo de] la opinión general. [...] Yo creo que eso es efectivo y por tanto [el modelo] se vio en algún momento en crisis. Y esa fue mi gran preocupación [...]: que si esa opinión [en contra del modelo] se generalizaba y terminaba convirtiéndose en sentido común, el modelo económico en Chile, basado en un Estado subsidiario, las AFP y todo eso, iba a terminar en una crisis de legitimidad que iba a derivar en reformas que irían dismantelando de a poco. Y algo así pasó con la NM (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Lo que Kaiser sostiene es que el modelo económico-social neoliberal fue cuestionado más no puesto en crisis *de facto* durante las coyunturas previamente examinadas. Sin embargo, en este respecto,

sostiene que donde sí hubo una crisis fue en el plano de la legitimidad discursiva. De hecho, lo que este autor señala es que, si hubo una crisis relacionada con el modelo económico-social neoliberal, esta última sólo se trató de una que tuvo lugar más que nada en torno a las ideas en las que dicho modelo socioeconómico se sustentaba para ser justificado. Por ende, el tipo de crisis a la que Kaiser se refiere, la cual se constituye como una crisis de legitimidad discursiva, guarda una directa y estricta relación con la ya mencionada crisis intelectual de la derecha en Chile. Esto es, una crisis de fundamentación, producción o renovación de las ideas derechistas.

Por otro lado, Jaraquemada también sostiene que el modelo económico-social neoliberal no entró en una crisis fundamental durante los años en los que tuvieron lugar todas las coyunturas previamente examinadas. Jaraquemada sostiene lo siguiente:

Mi lectura es que no [hay crisis]. Yo creo que hay un sector de la ciudadanía, un sector relevante y que surge con fuerza, [...] que tiene ese discurso [contra el modelo], pero no creo que sea un sector que haya penetrado en las entrañas de los electores en Chile. Y yo creo que, además, si uno mira las elecciones posteriores a esos procesos tienden a darme la razón, en el sentido de que la gente no votó por un cambio de modelo. Lo que pasa es que yo me acuerdo que el año 2011, cuando estaba todo este tema de las movilizaciones estudiantiles, [...] yo me aventuré a diagnosticar que lo que yo veía no era una demanda [...] que representaba un sentir extendido en la sociedad, sino que de un grupo adelantado. Y que lo que realmente la gente quería [...] era más bien participar en los beneficios del modelo más que sustituir el modelo por otro. [...] Es decir, que más que nunca que en años anteriores, una cantidad mayor [de ciudadanos] visitaba los malls en los fines de semanas. [Por aquel entonces, había] un millón y medio de personas en los malls y después, al día siguiente, marchando en las calles, 100 mil personas. Entonces, ¿cómo entender esto? [Pues] esto que podría parecer contradictorio, a mi juicio era que más bien [el malestar de la ciudadanía] era una demanda por inclusión, [una demanda] por poder participar en los beneficios del modelo (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, lo que Jaraquemada sostiene son dos cosas fundamentales: primero, sostiene que no ha habido una crisis general del modelo económico-social neoliberal, en tanto que las críticas a este último han venido principalmente de sectores sociales específicos que no son representativos en la sociedad chilena. Para justificar aquello, Jaraquemada señala que el número de gente que por aquel entonces iba a los *malls* a consumir era superior al de quienes asistieron a las movilizaciones sociales realizadas para criticar al modelo defendido principalmente por la derecha chilena. Por lo tanto, la voluntad de las mayorías apoyaría al modelo en cuestión en tanto disfruta de los beneficios de este último, mientras que sólo serían grupos específicos, de élite, los que están disconformes con dicho modelo. Segundo, Jaraquemada también sostiene, mediante un argumento que se deriva del anterior, que no sucede efectivamente que la gente no desee el modelo económica-social neoliberal. Por el contrario, la disconformidad de la ciudadanía surgiría más bien porque la gente no siente incluida dentro de dicho modelo. Desde esta perspectiva, la gran insatisfacción de los ciudadanos chilenos no tendría relación con el modelo *per se*, sino que más bien con el hecho de no poder participar de un modelo que estos últimos consideran exitoso y deseable.

Por su parte, también en relación a la supuesta demanda ciudadana que exige la abolición de las relaciones económico-sociales impuestas por el modelo neoliberal, Ángel Soto sostiene que en este respecto no es que los ciudadanos busquen “[...] un completo cambio estructural. O sea, que pasemos ahora de este liberalismo a una sociedad estatista. No es eso. Y eso es lo que algunos [...] no entienden. Lo que quieren [los ciudadanos de] Chile es que alguien [...] les brinde los beneficios que le prometieron en los 90” (Soto, entrevista, 12 abril 2018). Esto es, cuando el modelo fue puesto en funcionamiento en el marco del nuevo periodo democrático. En tal sentido, lo que Soto señala es que el chileno promedio se pregunta ciertamente con perplejidad desde dicho entonces: “¿cómo puede ser

posible que te muestren un *per cápita* [alto] y que tu veas que el sueldo promedio en Chile es de 500 a 600 mil pesos?” (Soto, entrevista, 12 abril 2018). De modo que lo que este autor plantea es que el mayor problema que tiene Chile y su actual modelo tiene que ver con lo siguiente: “¿cómo haces partícipe [...] al conjunto de la sociedad de los beneficios de una sociedad libre o de una economía libre? (Soto, entrevista, 12 abril 2018). Lo que Soto señala es que no hay una crisis *per se* del modelo económico-social neoliberal promovido por la derecha chilena, sino que más bien una disconformidad con respecto a lo que se prometió tras la instalación de dicho modelo y lo que efectivamente la gente está consiguiendo de él. Lo que la gente querría es participar en este último, no abolirlo. Por ende, tanto Herrera como Jaraquemada y Soto, concuerdan –con sus respectivas diferencias– en que el modelo económico-social que caracteriza actualmente a Chile no tiene mayores problemas desde el punto de vista normativo. Sin embargo, a un nivel descriptivo, el problema está en que el chileno promedio no ven en la práctica que los principios ideológicos de dicho modelo sean traducidos en su vida cotidiana, aspecto que produce inevitablemente insatisfacción, tensiones y cuestionamientos. Esto es, cuestionamientos que pueden ser conducidos eventualmente, por ejemplo, por una izquierda capaz de promover otro tipo de modelo –como ocurrió con en el caso de Atria *et al* (2013)–. Por lo tanto, aquí es nuevamente expuesta una de las mayores problemáticas del modelo económico-social neoliberal, a saber: la tensión entre “la regla y el caso”.

Por último, Valentina Verbal también sostiene que no hay una crisis del modelo económico-social neoliberal, pero sí una crisis de legitimidad de este último que posee como *locus* específico el mundo de las élites. Verbal sostiene que el modelo asiste a “[...] una crisis de legitimidad elitaria. Son las élites políticas de izquierda las que cuestionan el modelo. No creo que la mayoría de la población esté en contra del modelo y esto lo atestiguan las encuestas y varios estudios” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018). Además, específicamente en relación a las movilizaciones sociales, Verbal agrega que estas últimas son

[...] de élites, élites estudiantiles. Son élites muy bien contactadas, a tal punto que los principales dirigentes del movimiento estudiantil del año 2011 llegaron a ser diputados rápidamente. [...] Obviamente no se puede desconocer que movilizaron a una gran cantidad de estudiantes y que tuvieron paralizado al país durante 7 meses. [...] O sea, lograron movilizar mucha gente, pero, de todas maneras, incluso si uno va a las estadísticas, [...] las cantidades de las manifestaciones tampoco son la mayoría de la población. [De hecho,] son minoritarias y además han ido decreciendo en el tiempo. [...] Y ahora las marchas son bastante pequeñas en general. [...] [No obstante, es importante destacar que] sí meten hartos ruidos y eso es políticamente relevante. Yo no desconozco eso. [...] Son grupos de presión bastante fuertes, bastante organizados y, además, que recibieron el apoyo en su momento, sobre todo el 2011, de la Concertación. [...] O sea, la Concertación le dio carta de ciudadanía al movimiento estudiantil y a otros movimientos. Entonces, ahí se produjo lo que yo llamo “proceso de deslegitimación institucional de parte de la Concertación”, que fue la misma que durante 20 años legitimó [el modelo]. O sea, primero legitimó durante 20 años el modelo o las instituciones que dan cuenta del modelo, también las instituciones políticas, y después a partir del 2011 las deslegitimó (Verbal, entrevistas, 2018).

De esta manera, lo que Verbal plantea son dos cuestiones fundamentales. Primero, plantea que las voces que surgieron en contra del modelo económico-social neoliberal son expresiones de élites que en ningún caso pueden representar mayorías. Segundo, plantea que *de facto* los movimientos sociales no pueden ser considerados como movimientos mayoritarios y representativos. Por lo tanto, lo que Verbal señala es que todo lo que ocurrió alrededor de los movimientos sociales fue más que nada una disputa acerca de la legitimidad del modelo a un nivel de élites, por lo que todo parece indicar que la sociedad chilena, en términos globales, no puso en cuestionamiento *de facto* dicho modelo.

Binominalismo, legitimidad de la Constitución de 1980 y democracia representativa: ¿estuvo en crisis del modelo político defendido por la derecha transicional durante el gobierno de la Nueva Mayoría?

Otra de las áreas que fue puesta en cuestionamiento en Chile entre los años 2010 y 2018 fue la política. Esto es, un área que ha estado determinada por el problema de la legitimidad o ilegitimidad de la Constitución de 1980, la promoción o no promoción de un modelo de democracia participativo y la abolición o no abolición de un sistema electoral binominal que favoreció sobre todo a la derecha chilena desde la inauguración de la democracia. En tal sentido, en tanto que estos elementos mencionados se relacionan con el sistema-mundo defendido por la derecha transicional, lo que cabe preguntar aquí es lo siguiente: ¿asistió a una crisis el modelo político defendido por la derecha entre los años 2010 y 2018?

Para comenzar, según Arturo Fontaine, la mayor problemática política a la que Chile está asistiendo, la cual se ha materializado en iniciativas como, por ejemplo, el movimiento AC, tiene que ver con el problema de la legitimidad o ilegitimidad de la Constitución de 1980. Esto es, principalmente en lo que respecta a lo que simbólicamente esta constitución representa. Fontaine sostiene lo siguiente en este respecto:

Yo soy crítico de que nos mantengamos bajo la égida de la constitución que se diseñó durante los años de Pinochet. Yo acabo de sacar un libro –somos varios intelectuales– proponiendo retomar la constitución del 25. [De modo que] la nueva constitución en lugar de ser una constitución pensada desde cero, sea una constitución que se cuelgue del valor simbólico que tuvo la constitución del 25, que fue la constitución que unió a los dos grupos que chocaron el año 73: los partidarios de Allende y los enemigos de Allende (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

En tal sentido, Fontaine agrega a esto que:

[...] no queremos vivir en un futuro bajo una constitución diseñada durante el periodo de Pinochet. Entonces, tú le puedes seguir haciendo cambios a la constitución, se le han hecho como 300 cambios, pero siempre simbólicamente va estar ligada a ese momento. Y [esta última] es una constitución –a diferencia de todas las anteriores– que se planteó no como reforma, sino como una constitución hecha desde cero. Entonces, ahora viene la izquierda a hacer una nueva constitución desde cero. Nosotros decimos eso es imitar el gesto de Pinochet, creer que la nación de Chile nació ayer. Nosotros tenemos una tradición democrática más respetable y antigua que la de Francia, Italia y Alemania, ¿por qué vamos a tener que inventar de nuevo nuestra democracia? (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Así, lo que Fontaine planta es que efectivamente hay una problemática política que tiene que ver con la legitimidad de la constitución vigente. Esto último es una cuestión simbólica de suma importancia, en el sentido de que por muchas reformas que se le hagan a la actual constitución, esta última seguirá estando atada al pasado dictatorial. Sin embargo, Fontaine también da cuenta de la necesidad de la continuidad en un eventual proceso constituyente. Esto es, no sólo para respetar la larga tradición democrática de Chile, sino que también para crear una nueva constitución en la que tanto la izquierda como la derecha puedan estar representadas. Es por esta razón que la Constitución de 1925, según señala Fontaine, podría ser un buen punto de retorno. Para este autor, crear una nueva constitución desde cero sería replicar lo que Pinochet hizo otrora. Además, refiriéndose a si el cuestionamiento de la constitución supone una gran crisis para la derecha, Fontaine señala que cambiar

[...] este texto constitucional no me parece que signifique una gran crisis. Al contrario, me parece que es recuperar [...] la tradición democrática de Chile. Porque la del 25 se planteó como modificación del 33 y así [sucesivamente]. Entonces, nosotros queremos recuperar esa tradición. No nos parece que eso sea poner el país en un disparadero. Lo que si queremos evitar es que cada presidente, o cada candidato, [...] proponga como parte de su programa una nueva constitución. Eso es lo que nos preocupa. Que Bachelet presente una constitución, que al PS no le guste y presenten otra. Y hay un grupo de RN que tiene otra.

Entonces cada candidato presidencial va a tener como parte de su programa, de su proyecto, una nueva constitución. Que va a ser una especie de carro de supermercado donde cada uno va a echar lo que quiera y te van a ofrecer todo tipo de cosas (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

De este modo, lo que Fontaine sostiene es que el hecho de que las constituciones se modifiquen es algo natural e incluso deseable. De hecho, sostiene que aquello no significa en ningún caso que esto sea una crisis fundamental para el sector derechista. Sin embargo, también advierte que dichas modificaciones tienen que tener cierto orden asociado al pasado o historia constitucional para que un proceso constituyente cualquiera no se transforme en un especio de caos desde el cual se pueda sacar provecho político. En tal sentido, Fontaine otorgaría la labor de elaborar una nueva constitución a quienes son capaces de reconocer dicho pasado y limitaría –en lo que respecta a dicha labor– a los grupos que buscan realizar una suerte de *tabula rasa* a la hora de crear una carta fundamental.

Por su parte, Cristóbal Bellolio, en relación al problema constituyente, desde una perspectiva más progresista, sostiene que desde un punto de vista funcional basta con las reformas a la constitución vigente. Sin embargo, agrega que “[...] hay que cambiar la constitución entera por una razón simbólica. [...] Mi tesis es que más allá de las razones que existen desde el punto de vista de la legitimidad de origen, [...] creo que hay que hacer una nueva constitución vía AC porque es una oportunidad para los nuevos movimientos políticos de generar un pacto social en Chile. [De hecho,] para mí cambiar la constitución es más una oportunidad que la resolución de un problema (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). En tal sentido, lo que Bellolio sostiene es que el problema de la legitimidad de origen ciertamente es importante. Es más, sostiene que dicho problema es una razón suficiente para cambiar la constitución. Sin embargo, a diferencia de Fontaine, quien busca crear una nueva constitución basada en la historia constitucional y democrática de Chile, Bellolio señala que la formación de una AC y la creación de una nueva constitución son una oportunidad para crear un nuevo pacto social que integre a los nuevos movimientos políticos que han surgido en Chile en el último tiempo. Lo que Bellolio vislumbra en esta situación es más una oportunidad que una crisis, al mismo tiempo que pareciese discrepar de la orientación que Fontaine tiene con respecto a la idea de crear una constitución desde cero.

Por otro lado, Hugo Herrera, desde una perspectiva distinta a la de Bellolio, aunque también con respecto la problemática constituyente, sostiene que esta última “[...] podría haber decantado en una crisis más grave si las movilizaciones hubieran seguido. [Sin embargo,] creo que un paso importante [...] fue la incorporación del FA al sistema político” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Esto es, en el sentido que parte de las demandas sociales –incluidas las que tienen que ver con la creación de una nueva constitución– se incorporaron al sistema político chileno. Luego, teniendo en cuenta lo anterior, Herrera agrega entonces que “[...] hoy en día se debilita mucho el argumento de un proceso constituyente. Uno, porque la Bachelet lo trivializo y lo convirtió en nada. [...] Y, por otra parte, porque precisamente el nuevo sistema electoral permite una representatividad más nítida de las fuerzas políticas que están en la calle” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por lo que, teniendo en cuenta la nueva estructuración de fuerzas políticas, Herrera señala que, como una alternativa a la debilitada iniciativa de una AC, “[...] un debate político con un gobierno que realmente lo condujera en un nivel profundo, podría terminar en una nueva constitución con sede parlamentaria. Y no habría un buen argumento para oponerse a algo así” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por lo tanto, lo que finalmente sostiene Herrera es que lo que podría haber sido una crisis política en torno al proceso constituyente terminó suavizándose dado que se creó un nuevo sistema electoral más representativo

que incorporó a los grupos que encarnaban las demandas sociales, lo cual facilitaría la posibilidad de crear una nueva constitución con sede parlamentaria.

Por su parte, Gonzalo Rojas, desde una perspectiva histórica, también sostiene que el problema de la constitución no debe ser planteado como una crisis. En relación a esto último Rojas sostiene que

[...] yo hablaría de una evolución [constitucional] sana. La constitución de 1925 sufrió numerosísimas reformas entre el 25 y el 73. La del 33 había sufrido muchísimas reformas entre el 33 y el 25, y esta [–la de 1980–] está en la misma senda. Y fíjate que las tres están entre las constituciones más duraderas del mundo. [En tal sentido], las constituciones en muchos lugares duran 4 años, 6 años, 7 años, 12 años. Y resulta que nosotros tenemos 3 constituciones históricas. Entonces, ¿por qué esta no va a poder seguir el buen curso de la del 33, de la del 25, en cuanto a su gradual reforma? Y esto me parece que habla no de una crisis, sino por el contrario, de una sensata evolución (Rojas, entrevista, 24 abril 2018)

De modo que para Rojas es normal que las constituciones se vayan reformando. De hecho, según su opinión, teniendo en cuenta la historia constitucional de Chile, la cual da cuenta de una gran estabilidad y continuidad constitucional en el marco de un sano reformismo, señala que no hay razón suficiente para crear una carta fundamental desde cero. Esto es, en el sentido de que la Constitución de 1980 –con todas las reformas que ha tenido– no pareciese estar en una crisis que requiera otra solución que determinadas reformas. En tal sentido, refiriéndose al movimiento que promueve la AC, Rojas agrega que este último no ha puesto en crisis en ningún caso la actual constitución. Este autor señala que

[...] el movimiento AC es un movimiento hoy en día desfondado. Tuvo su *peak* para las elecciones Bachelet [cuando] montaron la red para que la gente pusiera AC en el voto. Eran uno o dos votos por mesas los que aparecían marcados como AC (por lo menos en mi mesa fue así). [...] Y después ese movimiento no levantó cabeza. La idea de la AC hoy día es una idea sin sustento, sin espaldas políticas y no lo fue durante los 4 años de NM. O sea, no es que hoy no tenga espaldas políticas la AC porque gobierne Piñera, [tampoco las tuvo] durante Bachelet (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Así, para Rojas, la iniciativa de la AC perdió toda su fuerza y actualmente no se constituye como una idea-fuerza relevante dentro de la sociedad chilena. Por ende, teniendo en cuenta la idea de que es natural para este historiador que las constituciones sean reformuladas a lo largo de los años, según su opinión, no existiría crisis alguna en lo que respecta a la actual carta fundamental de Chile. De modo que la constitución ha sido reformada, seguirá siendo reformada, pero no habría un problema más allá de eso. El problema simbólico de la legitimidad de origen simplemente es omitido por Rojas.

Por otro lado, Joaquín García-Huidobro, con respecto al modelo político y la Constitución de 1980, sostiene lo siguiente:

Hoy día seguimos con la misma constitución, las reglas políticas más o menos se mantienen. [...] Pero claro, el modelo político no es el mismo del año 90. Ha tenido profundas reformas y no sólo eso, sino que ha cambiado un poco el espíritu. [...] [En tal sentido,] lo que ha mostrado la política chilena y la economía chilena es una capacidad de auto-transformarse que es muy interesante. Incluso el día de mañana podría haber una nueva constitución, pero no va a ser ni de lejos la constitución que pretendía Bachelet (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018)

Además, en relación al problema simbólico de la legitimidad de origen, García-Huidobro agrega que “[...] por supuesto que para tus amigos y ex compañeros [–historiadores y filósofos–] esto es un tema que les quita el sueño, pero es una minoría muy selecta o muy particular. [De hecho, sus preocupaciones no tienen que ver con] lo que votó la gente en la última elección. No son las preocupaciones de la gente. En ese sentido, yo creo que claro, a esa izquierda un poquito más intelectual, le cuesta mucho reconocer que [el tema simbólico] no es tan importante como ella cree” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). En tal sentido, García-Huidobro plantea dos cuestiones

fundamentales. Primero, que la constitución de 1980 ha sido constantemente reformada a pesar de ser la misma desde el punto de vista de su nombre. Segundo, que el problema simbólico de la legitimidad de origen es algo que sólo le interesa a ciertas élites intelectuales y políticas. Así, se puede concluir a partir de esto último que García-Huidobro no tiene problemas con las reformas y que, para él, el problema simbólico de la legitimidad no es algo realmente relevante, en el sentido de que no cree que haya mayorías a las que aquella materia les importe. De modo que para este autor no habría una crisis fundamental de la constitución en la que se enmarca el sistema político chileno.

Por su parte, Daniel Mansuy considera en relación a la materia aquí estudiada que, de existir una crisis del modelo político chileno, esta última sería una crisis de representación general que no es sólo chilena o particular del modelo político instalado por la derecha durante el régimen militar. De hecho, Mansuy señala lo siguiente:

Yo creo que hay una crisis de representación pero que no es sólo chilena. [...] A las élites gobernantes [de todo el mundo] les cuesta cada vez más representar al pueblo, [...] representar a las personas, a la nación, etc. En ese sentido, yo creo que lo que pasó el 2011 [en Chile] tenía dos puntas: una era una crisis de representatividad. O sea, los políticos no nos están representando. Y es una ilusión pensar que eso tiene que ver con sistemas electorales o con enjuagues institucionales [...]. Y, segundo, [tenía que ver con] las tensiones producidas por [la modernización capitalista] (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

En tal sentido, Mansuy sostiene que la crisis que hay no atañe sólo al sistema político defendido por la derecha chilena y extendido por la Concertación, sino que más bien al sistema político occidental en términos generales. Por un lado, en dicho sistema las masas populares no se sienten representadas por los políticos; mientras que, por otro, en el marco de dicha crisis de representatividad, las tensiones generadas por los procesos de modernización capitalista han generado una brecha aún mayor entre los nuevos desafíos que enfrenta la gente y las posibles soluciones que los políticos –quienes parecieran estar desarraigados de aquellos problemas– pueden ofrecer. Así, es en el marco de dicha crisis de representatividad que han surgido ideas como las de remplazar un sistema basado en una democracia representativa por una participativa o radical, ante lo cual, no obstante, Mansuy responde diciendo que

[...] que nunca nadie ha podido definir en qué consiste una democracia participativa. Eso está puesto en un horizonte ideal, utópico, que no tiene correspondencia en las realidades. Entonces, cuando me dicen la gente quiere hacer una democracia participativa, bueno, que lo expliquen. Cuando a la gente se le dice: ¿usted quiere más participación? Por su puesto toda la gente te va a decir: sí quiero más participación. Pero, ¿quiere usted ir a una democracia participativa? Bueno, si usted me lo define a lo mejor le puedo decir si la gente quiere ir para allá o no. Entonces, yo creo que esto es más bien objeto de grupos izquierdistas que todavía sueñan con algo así. [De grupos que] en el fondo no se curaron nunca y no se van a curar jamás de la utopía. Yo soy muy crítico de la representación, yo creo que tiene muchos problemas. [...] [Sin embargo,] aún no se ha elaborado ninguna alternativa suficientemente viable, suficientemente seria. Porque la pregunta es: ¿cómo gobernamos a 15 millones de personas? Y la representación tiene un motivo muy profundo, que es evitar que el sistema político sea tomado por minorías activas, [...] por minorías vociferantes (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De modo que Mansuy sostiene que, aunque haya una crisis de representación, esta última tampoco implica que haya *de facto* una crisis del sistema político y de la democracia vigente. Esto es, en el sentido de que aún no hay alternativas viables que funcionen mejor que lo que actualmente está organizando políticamente a la sociedad. Además, plantea que la idea de reemplazar a la democracia representativa por la participativa está siendo liderada más bien a grupos de izquierda que aún creen en la utopía que por grupos extendidos en la sociedad. Por lo que al igual que en otras áreas, Mansuy sostiene que muchas de las demandas asociadas a estos cambios provienen de élites específicas.

Por otra parte, en relación al tema de la Constitución de 1980 y el problema de la legitimidad de origen, Mansuy sostiene lo siguiente:

Si es que tú miras la constitución actual y la comparas con la del 80 son materialmente dos constituciones que tienen poco en común. Ahora bien, si tú me preguntas si requerimos de un momento legitimador por el simbolismo que se le puede dar [a la Constitución de 1980], pues aquello no me convence. Porque es poner demasiadas esperanzas en que eso. [...] Porque un momento constituyente también es un momento que tiene sus propias tensiones, sus propias dificultades, [...] [de modo que] ponerse de acuerdo en una constitución requiere mucho acuerdo previo. Esto puede terminar exaltando las divisiones también (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por ende, Mansuy piensa que si bien los símbolos son importantes, el hacer una nueva constitución mediante un proceso constituyente no es algo que necesariamente sea relevante para la sociedad chilena. Es más, plantea que intentar realizar una constitución desde cero mediante un proceso de esta naturaleza implicaría algo más bien problemático que una solución. Esto último podría incluso exaltar más las actuales divisiones que existen entre los chilenos y particularmente entre los grupos de élite.

Por último, refiriéndose explícitamente a la derecha, Mansuy plantea que este sector “[...] no tiene mucho ánimo de hacer una modificación radical a la constitución. [Sin embargo,] creo que ha ido entendiendo con el tiempo que el *statu quo* no es una opción viable” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). De modo que Mansuy asume que, si bien que para la derecha crear una nueva constitución no es un camino deseable, esta última ha tomado conciencia de que algún tipo de cambio debe realizarse al orden político imperante. Esto último podría ser representado por el tipo de iniciativas a las que tanto Hugo Herrera como Arturo Fontaine han suscrito. Por ejemplo, la creación de una nueva o reformada constitución que esté inspirada en la Constitución de 1925.

Por su parte, Jorge Jaraquemada sostiene con respecto al tema de las reformas constitucionales, principalmente con respecto al asunto de la necesidad de crear una nueva constitución y el problema simbólico de la legitimidad de origen, lo siguiente:

Yo creo que cualquier constitución se puede reformar gradualmente. [...] No creo en las constituciones monolíticas. [Ahora bien,] respecto al tema de la legitimidad, ojalá me pudieran dar un par de ejemplos de constituciones legítimas en su origen. En general, las constituciones son ilegítimas en su origen. [...] [Por otro lado,] ¿estamos en un momento de desasosiego tal que implique ir hacia una sustitución constitucional? [...] Si uno mira la experiencia comparada, siempre que se producen quiebres abruptos, golpes, revoluciones, fusión de Estados, separación de Estados, son momento donde se producen asambleas constituyentes y se busca al constituyente originario para erigir una nueva edificación, un andamiaje jurídico, que permita la convivencia pacífica. Yo no creo que en Chile estemos en esa situación tan desgraciada como para tener soluciones de esas. Entonces, realmente no entiendo porque alguien podría pretender justificar la sustitución constitucional, si no es más que por [decir]: mire, está ya no es la constitución de Pinochet, no es la constitución de Guzmán, no es la constitución neoliberal. [...] [Sin embargo,] yo creo que hoy en día en la constitución, salvo en el capítulo del Banco Central, no hay [capítulo alguno] que no haya sido modificado (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

En tal sentido, Jaraquemada es claro a la hora de decir que todas las constituciones cambian y que, en términos generales, todas son ilegítimas en su origen. De modo que este autor no ve un gran problema en el asunto de la legitimidad. Además, Jaraquemada plantea respecto a la necesidad de un nuevo proceso constituyente que no entiende porque debería existir tal necesidad si aquellos procesos sólo deben tener lugar en coyunturas extremadamente críticas. Esto es, revoluciones, fusiones de Estados, etc. Para Jaraquemada, Chile no está viviendo un momento tan grave como para que se lleve a cabo un proceso de dicha naturaleza. Asimismo, agrega que la constitución actual tiene poco que ver con la Constitución de 1980. Finalmente, este autor agrega, en un tono ciertamente pesimista, que él cree que la batalla constitucional “[...] es una batalla perdida. Yo creo que nosotros vamos a ir a un proceso de cambio, que va a ser gradual, no va a ser una sustitución constitucional. Pero no veo como darle en el gusto finalmente a esos grupos que podrían permanecer en el futuro planteando que hasta

que no se sustituya la constitución no va a ser la casa de todos (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). En tal sentido, más allá de que a Jaraquemada no le parezca que la constitución deba ser cambiada por el asunto de la legitimidad origen, ve que aquello es algo que ciertamente pasará dado que, los grupos que buscan tal objetivo, seguirán insistiendo hasta que eso suceda.

Por otro lado, en relación al tema de la democracia participativa, Jaraquemada sostiene que “[...] aquellos que han escrito mucho en contra de la democracia representativa [...] son poco representativos valga la redundancia. No creo que sean grupos extendidos dentro de la sociedad. [De hecho,] yo creo que [...] quienes genuinamente te podrían [...] plantear una cuestión [acerca de la democracia participativa] hoy día es el FA y el FA hoy día no es un cuarto de la representación (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). De modo que Jaraquemada no ve amenaza alguna en los grupos que promueven una democracia de este tipo.

Finalmente, también en relación al tema del sistema de democrático, Valentina Verbal sostiene que la derecha transicional no defiende ni va a defender un sistema democrático participativo. Verbal sostiene lo siguiente:

En términos descriptivos, la derecha no va a llegar a defender la democracia participativa, en parte porque se le puede escapar de las manos, y eso puede tender a dinamitar los valores y el modelo económico que quiere defender. [Sin embargo,] en términos normativos, yo creo que lo que sí debe hacer la derecha es defender la democracia representativa con mucha más fuerza de lo que lo ha hecho. Debe ser mucho más crítica de la dictadura de Pinochet. Todavía ha sido escasamente crítica (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Así, lo que Verbal plantea es que la derecha no estará nunca de acuerdo con una democracia participativa, sobre todo por las implicancias negativas que un sistema de aquellas características podría tener para el sector. Por ende, la única alternativa que este sector tiene a su haber sería defender una democracia representativa. Esto es, obviamente sin tomar en cuenta la posible defensa de sistemas autoritarios o totalitarios. Sin embargo, esta autora agrega que hay un problema fundamental cuando se trata de que la derecha defienda la representación, y es que mientras esta última no se muestre crítica frente al pasado autoritario, pues será muy difícil que aquella sea capaz de defender la representación enteramente. De hecho, la defensa de un sistema democrático representativo expresará constantemente ciertos grados de contradicción mientras la derecha aún se sienta atada a la herencia del régimen militar de Pinochet, aspecto que la izquierda siempre intentará recordar.

El conservadurismo y los asuntos valóricos: ¿hubo una crisis en la derecha transicional desde el punto de vista moral durante el gobierno de la Nueva Mayoría?

El plano moral es uno de los espacios más críticos cuando examina en qué medida el sistema-mundo defendido por la derecha transicional fue puesto en cuestionamiento tras las coyunturas ocurridas entre los años 2010 y 2018. Esto es, precisamente pues pareciese ser que la crítica hacia el conservadurismo moral se enmarca en una tendencia mundial que está asociada a un cambio generacional y valórico que difícilmente puede ser contrarrestado a un nivel local. Dicho plano cobra aún más importancia en el marco de las controversiales reformas progresistas que tuvieron lugar en Chile en los últimos años, a saber: el Acuerdo de Unión Civil y el Aborto Terapéutico. De hecho, tras dichas reformas, los sectores que han visto más afectado sus creencias han sido los sectores conservadores de Chile. Es decir, los sectores católico-conservadores asociados a la UDI y en menor grado a RN y al PDC. En tal sentido, ¿se encuentra la derecha conservadora realmente en una crisis desde la perspectiva moral?

Para comenzar, Arturo Fontaine, refiriéndose a uno de los aspectos que modelaron identitariamente en el plano moral a la derecha transicional, señala que aquella derecha, sobre todo en relación al mundo empresarial, se trataba de una derecha que vivía en

[...] un mundo católico muy conservador. [...] [En tal sentido, era] un mundo escindido: muy liberal en lo económico y muy conservador en lo ético. [...] Y eso era nuevo [tras el régimen militar], porque la idea de un empresario conservador en lo moral, pero audaz y moderno en lo económico, en lo empresarial, era un animal nuevo para Chile. Entonces, eso fue una cosa bien particular como fenómeno social. [Sin embargo,] [...] eso se acabó, eso ha cambiado definitivamente. Yo creo que lo que [ahora] viene en todas a las generaciones nuevas, en materia ética, es una moral muy parecida a la que hay en cualquier sociedad cosmopolita avanzada. [...] Y creo que la postura que encarna Evópoli es cada vez más popular sobre todo en la gente joven (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Así, lo que plantea Fontaine es que, tras la consolidación del régimen militar, lo que surgió en Chile fue un tipo de individuo derechista –sobre todo en el mundo empresarial– que adquirió valores liberales en cuanto a lo económico pero que, no obstante, mantuvo la herencia católico-conservadora en el ámbito moral. Sin embargo, según Fontaine, esta paradójica construcción identitaria (tan característica de la derecha transicional) ya no tendría cabida en la sociedad chilena. De hecho, Fontaine plantea que Chile se está orientando como sociedad cada vez más a promover los valores liberales que existen en las ciudades cosmopolitas de occidente. Además, lo interesante del análisis de Fontaine, es que al ver que el mundo conservador tiene cada vez menos cabida en el Chile contemporáneo, él ve, también, en el nuevo partido político de derecha, Evópoli, un espacio político novedoso para la derecha chilena. Esto es, un espacio que en un futuro podría representar de mejor manera a las nuevas generaciones de derecha, y donde este sector podría seguir defendiendo el liberalismo económico, aunque ahora, también, de la mano de un liberalismo moral. Por ende, lo Fontaine vislumbra es que existe un cambio inminente –a nivel mundial– en los temas morales o llamados “valóricos”, un cambio ante el que la derecha conservadora no tendría otra opción que renovarse si lo que quiere es sobrevivir.

Por su parte, también refiriéndose a las problemáticas que han surgido en torno a tema moral en la derecha, Hugo Herrera sostiene que

[...] la derecha está dividida por la mitad en esos temas. Yo siempre he dicho que el día que la derecha ponga el foco en esos temas se va a dividir. La única salida que tiene la derecha es concentrarse en los temas económico-sociales, políticos, de reformas institucionales, sobre todo teniendo presente que se constituyó el FA. [En tal sentido], tú tienes una nueva izquierda, no sólo en el FA, yo sumo a la nueva izquierda al PC y a una parte del PS, y ahí tú tienes en el fondo casi un cuarto o más de un cuarto de la fuerza electoral del país y del poder político parlamentario del país. Entonces, frente a esa nueva izquierda, lo que falta es que la centro-derecha o la derecha rearticule su discurso político. Porque en temas morales te vas a dividir por la mitad. Ahora bien, yendo al tema moral en específico, creo que en la derecha muchas veces se ha caído en lo que podríamos llamar el “moralismo”, porque es no al aborto, no al divorcio, no a los matrimonios igualitarios, etc. Pero en cualquier país desarrollado las fuerzas conservadoras, o de centro social, se preocupan de la familia, pero no andan diciendo que no a todo, sino que se preocupan de apoyar, de fomentar, de generar las condiciones ambientales para que las familias puedan florecer y para que los afectos puedan desarrollarse de manera estable. Y eso en la derecha chilena yo no lo veo (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Lo que Herrera sostiene –desde un punto de vista práctico– es que, en un entorno de progresismo moral, la derecha debiese enfocarse más que nada en respaldar discursivamente reformas económico-sociales, institucionales, etc., más no debería usar sus recursos en oponerse a reformas asociadas a los aspectos morales. Para Herrera, esto último se constituye como una fórmula que llevaría a la derecha inevitablemente al fracaso, en el sentido de que, dada la bien conocida fragmentación derechista, sobre todo en los temas morales, esta última difícilmente podría actuar de consuno en un entorno electoral donde se necesita la unidad. Según este autor, la derecha debería dejar de lado los problemas morales para enfocarse en las áreas en las que sí alcanza acuerdos entre sus diversas facciones. Sin embargo, Herrera agrega que esto no significa dejar de lado las creencias valóricas que constituyen a las distintas facciones del sector, sino que más bien enfocar dichas creencias de otra manera. Por ejemplo, la

promoción de iniciativas concretas que sean un correlato de una moralidad determinada. Así, lo que plantea Herrera es que, para que el conservadurismo pueda seguir existiendo de manera armónica en un entorno de liberalismo y progresismo moral, todo

[...] depende de cómo se maneje. Si yo fuera un consejero político de Piñera le diría [al presidente]: agarra a los presidentes de los partidos, pónganlos de acuerdo en una agenda social, y deje los temas morales en un segundo plano. Y si va a hablar de familia, hable de medidas concretas con las cuales va a apoyar la construcción de mejores viviendas, barrios más seguros, sistemas de esparcimiento, posibilidades de que la familia se integre, o que los barrios se integren al entorno natural, que tengan plazas, que tengan parques. Cosas de ese estilo. [...] Ahora bien, creo que eso es mirado desde el punto de vista táctico-político. Yo creo que ahí las dos derechas pueden sobrevivir: la conservadora y las más liberal (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Así, lo que plantea Herrera es básicamente que el ámbito moral debe ser privatizado. Sin embargo, sostiene que dicho ámbito moral, más allá de su adecuada privatización, igualmente puede ser desarrollado mediante medidas concretas que fomenten las ideas que el conservadurismo promueve. Si la derecha conservadora quiere sobrevivir en el nuevo contexto chileno, debe dejar de lado el discurso moralizador, debe enfocarse en áreas como la economía y las políticas sociales y, si es que quiere aún defender las ideas conservadoras, debería hacerlo mediante la promoción de medidas concretas que las fomenten, más no mediante un discurso que se oponga a las corrientes progresistas imperantes del Chile contemporáneo. Esto es, según Herrera, lo que la derecha conservadora debería realizar si quiere sobrevivir en un entorno que ciertamente se orienta hacia el progresismo moral.

Por otra parte, cuando se trata de la crisis moral de la derecha (desde un punto de vista ciertamente distinto al de Herrera), Joaquín García-Huidobro, refiriéndose a la victoria de Sebastián Piñera en el año 2018, señala que

[...] el triunfo de Piñera es clarísimo. Piñera en materia de aborto tenía un discurso absolutamente tradicional. Defendía las mismas cosas que el más conservador de los conservadores, ¿le afectó en algo eso en su 58%? Absolutamente en nada. Porque a diferencia de lo que piensa Evópoli, esos no son los temas que definen las elecciones. El arraigo de Ossandón en los sectores populares es impresionante. Y Ossandón en esas materias es muy conservador. [...] El peligro que tiene la derecha es dejarse seducir por lo que dice twitter y empezar a cambiar su discurso y empezar a jugar con la agenda de la izquierda (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

En tal sentido, lo que señala García-Huidobro es que, a pesar de que haya una tendencia global de liberalización moral, dicha liberalización no es un punto determinante cuando se trata de ganar elecciones, al menos en lo que respecta al caso chileno. Según su argumento, Sebastián Piñera ganó la elección presidencial del 2018 con un holgado resultado incluso si su agenda en los llamados temas valóricos era ciertamente conservadora. Desde esta perspectiva, lo importante en la argumentación de García-Huidobro es que, según señala este autor, si bien los valores conservadores están *de facto* puestos en cuestionamiento en la actualidad, estos últimos no son los elementos determinantes a la hora de entender cuáles son las condiciones *sine qua non* para obtener el preciado éxito en las urnas. En tal sentido, las demandas por liberalizar la moral serían, nuevamente, en la mirada de García-Huidobro, un asunto que le importa más que nada a ciertos grupos específicos. Esto es, grupos que tienen un impacto mediático importante en las redes sociales, más no en las urnas de votación. Por ende, lo que este autor señala en último término es que, a raíz del argumento señalado, la derecha no tiene porqué renunciar a sus valores ni seguir las ideas de la izquierda, no tiene porqué seguir lo que se ha llamado despectivamente el “liberalismo rosa” de Evópoli.

Por su parte, con respecto a esta misma temática y en la misma línea argumentativa de García-Huidobro, Daniel Mansuy sostiene que

[...] yo creo que la sociedad chilena se secularizó [y que la derecha se ve enfrentada a un nuevo problema,] porque pensó que un orden [determinado] estaba naturalizado, [...] [y ahora] se ve enfrentada a discusiones que pensó que nunca iba a tener que dar o respecto de las cuales nunca pensó. [...] Entonces, se ve incomoda: duda entre las posiciones extremas [...] o duda entre eso y el “entreguismo”. [Esto es], da lo mismo, cedámoslo todo porque ahí no hay nada que defender. Y eso es porque no se ha hecho un trabajo intelectual. Tú no puedes defender la concepción tradicional de matrimonio si no has reflexionado sobre ella (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Así, ampliando un argumento que busca reivindicar en cierto grado el ideario conservador, Mansuy plantea que la derecha se encuentra –en el marco de las nuevas coyunturas anteriormente mencionadas– entre adoptar posturas dogmáticas en materias morales o entregarse al progresismo. En tal sentido, pareciese ser que para Mansuy ninguna de estas opciones es la adecuada, sino que más bien lo que se necesita en la derecha, según su opinión, es una reflexión intelectual acerca de los principios conservadores y de cómo estos últimos pueden ser puestos en práctica en las actuales condiciones sociales y políticas de Chile. Para este autor, no se trata de radicalizarse o de entregarse, sino que más bien de repensar el modo en el que los valores conservadores podrían tener vigencia en un contexto ciertamente progresista, trabajo que aún no se habría realizado en la derecha.

Por su lado, Jorge Jaraquemada, quien se refiere particularmente a si este cambio en la moralidad de las sociedades contemporáneas en occidente constituye una crisis para la derecha chilena, señala que “[...] yo no lo veo como una crisis. [...] Podría [...] eventualmente ser una crisis para el sector si el sector no se da cuenta que en realidad esos cambios [...] son cambios que las sociedades [experimentan con] las [nuevas] generaciones que van penetrando en la sociedad. Y la sociedad tiene que ir dándole vías o válvulas de escape” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). En tal sentido, dando cuenta de que, según él, el sector sí se ha dado cuenta de este hecho, y desde un punto de vista pragmático, Jaraquemada agrega, en relación al tema de privatizar las creencias conservadoras, lo siguiente:

Lo que pasa es que si tú tienes una vocación masiva de representar o seducir a grandes sectores de la población, claramente tienes que, no sé si privatizar, pero al menos entender que tú visión dejó de ser una visión hegemónica o dominante. Y que ahora hay otras tendencias que tienen la misma pretensión que tu tuviste anteriormente y estar dispuesto a aceptar [aquello]. [...] Yo creo que los partidos como RN o la UDI, si no tienen esta vocación de adaptación a las nuevas realidades, [fracasarán]. Y cuando digo nuevas realidades no implica que tengan que hacer una abdicación de sus principios, porque si no perderían su identidad. Pero [lo que si tienen] que tener una cierta adaptación a las nuevas realidades. Y las nuevas realidades son lo que estamos viendo hoy día (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, lo que plantea Jaraquemada es que los cambios en la moralidad occidental que han ocurrido en las últimas décadas no implican *per se* una crisis para el sector de derecha conservador. De hecho, Jaraquemada entiende que estos cambios son naturales y entiende que, también, desde una perspectiva práctica, no se trata de que los sectores conservadores renuncien a sus principios, sino que más bien los flexibilicen con el objetivo de mantenerse vigentes en la competición por el poder. En tal sentido, si los sectores conservadores siguen la fórmula de Jaraquemada, pues no tendrían que tener problema alguno para sobrevivir.

Por su parte, también respecto al tema en cuestión, Ángel Soto señala que ante los temas morales la derecha

[...] está dividida. Hay una derecha que quiere meterse a regular estos temas y otros que no. Entonces, [...] yo creo que ellos legítimamente pueden defender sus posturas: los que creen una cosa y los que creen otra. Ahora bien, lo que siempre hay que pensar es que con las políticas públicas tienes que velar por un conjunto de la sociedad. [Por lo tanto,] yo lo que no entiendo es porque nadie sostiene que, si usted se quiere casar por determinadas cosas, [pues] cácese y dele la validez. Y el que no, [pues que no lo haga].

[En tal sentido,] [...] me preocupa que en ese debate tenemos una derecha y una sociedad chilena otra vez empantanada en unos problemas que, si bien son importantes, [...] [se contrastan con] unos problemas sociales de pobreza más potentes. Lo que creo es que todos esos temas valóricos van a ir avanzando por un carril distinto y ya no tienen retorno. El asunto es ver como tú solucionas los problemas de pobreza. O sea, yo creo que lo que la derecha necesita más es ser capaz de [...] hacer un planteamiento que ayude a las clases medias y que ayude a generar políticas públicas que ayuden a superar la pobreza. Ese es el punto central si quiere tener proyección (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Lo que Soto reconoce es que en los temas valóricos la derecha está dividida. Sin embargo, más allá de la división y de la legitimidad que tiene cada grupo de profesar y defender sus creencias, sostiene que ante los cambios generacionales y sociales que han tenido lugar en los últimos años, la derecha debería enfocarse más en aquellas que tienen que ver con la clase media y la superación pobreza (los problemas concretos que realmente le importan a la gente). Esta postura podría coincidir con las anteriores que señalan que los sectores conservadores de derecha deberían privatizar sus creencias en el nuevo entorno político y social, lo cual no implica una renuncia a dichas creencias. Por otro lado, Soto también concluye que “[...] si esa derecha [conservadora] [...] está dispuesta a no transar y morir con las botas puestas por defender [sus principios], bien por ella. [...] [Sin embargo,] lo que no puede pasar es que la izquierda o la derecha puedan imponer sus miradas valóricas a los otros” (Soto, entrevista, 12 abril 2018). En tal sentido, al igual que algunos de los anteriores entrevistados, Soto vislumbra que el cambio en el sistema de valores es algo inevitable y, por lo tanto, asume que si la derecha quiere tener éxito en las urnas debiese privatizar sus creencias en este respecto y enfocarse más que nada en superar la pobreza y ayudar a la clase media; mientras que, además, Soto plantea desde una perspectiva ciertamente normativa que ni la izquierda ni la derecha deberían ocuparse de las preferencias de la gente en términos morales.

Por último, desde una perspectiva ciertamente distinta a las anteriores, Valentina Verbal sostiene que el sistema de valores defendido principalmente por la derecha conservadora efectivamente está en crisis. En tal respecto, Verbal señala lo siguiente:

No es que la NM puso en crisis el sistema valórico de la derecha, sino que es un tema más cultural y que viene de antes. Es más, está afuera de la acción política, está más en el carril social y cultural [...] Y, de hecho, es como un clivaje relevante, no es el más relevante en la política chilena, el más relevante sigue siendo el económico, por el tema del cuestionamiento del modelo [...], pero es relevante, más de lo que uno cree y es muy simbólico. Es algo que marca la diferencia. O sea, si la derecha va a apoyar estos temas marca la diferencia entre una derecha tradicional y una derecha moderna. [En tal sentido,] creo que [todo lo ocurrido en este plano durante los últimos años] [...] sí pone en jaque [a la derecha], porque la derecha sigue siendo todavía mayoritariamente conservadora. Pero igual es un conservadurismo que está perdiendo la batalla cultural (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Así, lo que Verbal vislumbra son dos cosas fundamentales en esta materia. Primero, vislumbra que efectivamente hay un cambio cultural y político inevitable que está poniendo en jaque el sistema de valores defendido por la derecha conservadora. Esto es, una derecha que aún sería mayoritaria dentro del sector según su opinión. Segundo, vislumbra que el tema valórico está creando un nuevo clivaje en la política chilena. Esto es, uno que, si bien puede ser asociado a la clásica relación dicotómica entre liberalismo y conservadurismo, también se enmarca en una nueva dicotomía que tendría lugar entre una derecha moderna y una tradicional; un clivaje que podría ser fructífero para entender el surgimiento de Evópoli.

‘Chilezuela’ en perspectiva histórica: ¿hubo una crisis de los intereses materiales de la derecha transicional durante el gobierno de la Nueva Mayoría?

Los distintos tipos de crisis a las que pueden asistir los partidos políticos no tienen que ver únicamente con el cuestionamiento de determinadas ideas o de los modelos sociopolíticos y morales que surgen a partir de aquellas, sino que también con las amenazas que dichos cuestionamientos pueden traer consigo a un nivel práctico a los grupos sociales asociados a dichos partidos. Esto es, amenazas que pueden alterar las condiciones materiales de existencia de quienes promueven un modelo o ideario asociado a un partido particular. En tal sentido, todo lo que surgió tras el auge de las movilizaciones sociales, el segundo gobierno de Bachelet, entre otras coyunturas, no sólo pudo haber afectado el sistema-mundo defendido por la derecha en términos discursivos (por ejemplo, gracias a todo lo que suscitó la promoción de la idea de los derechos sociales), sino que también pudo haber afectado los intereses materiales del sector. Es más, durante el gobierno de Bachelet, teniendo en cuenta que sus reformas podrían haber afectado las condiciones materiales de existencia de los sectores derechistas, surgió la idea de que el gobierno de la NM estaba transformando a Chile en Venezuela, ideación ciertamente forzada desde la cual surgió el despectivo nombre “chilezuela”. En efecto, durante el gobierno de Bachelet, ciertos sectores de derecha realizaron una campaña en la cual se diseminaba la idea de que Chile se estaba convirtiendo en Venezuela y que, producto de las reformas realizadas por Bachelet, Chile también se estaba acercando a una catástrofe parecida a la que el país vivió durante el gobierno de la UP. Por ende, ¿fue cierto que la NM llevó a la economía de Chile a una crisis? ¿Es comparable lo vivido por Chile durante el segundo gobierno de Bachelet con la experiencia de la UP? ¿Es cierto que Chile estuvo a punto de parecerse al caso venezolano? ¿Fueron realmente afectados los intereses materiales de la derecha entre los años 2014 y 2018?

Para comenzar, Arturo Fontaine, refiriéndose a si hubo efectivamente algo así como el auge de un “chilezuela” durante el segundo gobierno de Bachelet, señala lo siguiente:

[...] yo no lo veo así. Lo que si veo es que hubo una campaña –organizada principalmente por exiliados venezolanos– en las redes sociales, [en la cual se acuño] este tema de “chilezuela”. Y yo pienso, contra lo que opinan muchos expertos, [...] que [aquella] tuvo un impacto [importante] y explica en parte el éxito de Piñera en la segunda vuelta [presidencial]. Mi impresión es que Guiller estuvo muy cerca del FA, [lo cual] dio la sensación de ser débil frente al FA [y esto también] dio la sensación de que el FA iba a tener importancia si es que él [–Guiller–] ganaba. [De hecho,] dio la sensación de que se le iba a abrir la puerta a una izquierda populista. Y esta campaña de los venezolanos [...] fue una señal de alerta que movilizó a mucha gente que no voto en la primera [vuelta presidencial] (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Lo que Fontaine señala es que no hubo *de facto* algo así como un “chilezuela” durante el gobierno de Bachelet. Sin embargo, lo que si sostiene es que la campaña discursiva de “chilezuela” –la cual fue liderada en su opinión principalmente por venezolanos– contribuyó a que Piñera ganase la contienda en la segunda vuelta presidencial. De modo que lo que plantea este autor es que esta “campaña del terror” contribuyó a que los chilenos tuviesen miedo al posible triunfo de Guiller. Esto es, un triunfo que, en el marco del auge del FA, perpetuaría y radicalizaría –según lo expuesto por la campaña– lo que ya estaba sucediendo durante el gobierno de la NM.

Por su parte, Hugo Herrera, refiriéndose a si los intereses materiales de la derecha estuvieron en jaque durante el gobierno de la NM, aunque principalmente desde la perspectiva de los empresarios, señala que

[...] todos [los tipos de empresarios se sintieron en peligro durante el gobierno de Bachelet], pero no necesariamente por el problema ideológico. [...] O sea, tú en países con Estados de Bienestar fuerte juntas

a los empresarios y les dices: mira, estas son las reglas, para allá vamos a ir, les vamos a poner estos requisitos, van a tener que pagar más impuestos. Tú fijas las reglas y el empresario normal responde. [De hecho, una vez fajadas las reglas, el empresariado] se va a desempeñar en competencia igual que siempre lo ha hecho. [Sin embargo,] el problema de lo de Bachelet es que las reformas fueron mal hechas, fueron muy poco prolijas y, [además,] [Bachelet] dilató mucho el asunto. [...] Entonces, yo creo que ahí el empresariado en general se distanció de Bachelet (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

En tal sentido, más allá del distanciamiento empresarial que tuvo relación con la incertidumbre señalada, Herrera sostiene que los empresarios nunca creyeron realmente que Chile se estaba pareciendo *de facto* a Venezuela. De hecho, Herrera afirma que los empresarios “[...] no [lo creían]. Yo creo que entendían que al final [todo] se iba a ordenar. Pero claro, [si bien] no era una crisis terminal, [había una sensación de peligro]. Porque las cosas venían haciéndose mal, porque los equipos del gobierno estaban desgastados. [...] [Al final,] lo que les interesa a los grandes empresarios es la estabilidad” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por ende, lo que dice Herrera es que los empresarios chilenos no sintieron en peligro sus intereses por un asunto ideológico, sino que más bien porque las reformas que el gobierno de Bachelet quería llevar a cabo se estaban realizando de mala manera y de un modo errático. Por lo que para los empresarios dicho desorden a la hora de llevar a cabo reformas representaba un constante cambio en las reglas del juego, un cambio que podía eventualmente poner en peligro sus intereses materiales. Sin embargo, esto último no significaba que para aquellos hubiese una crisis terminal tal como lo expresaba la idea de “chilezuela”. Más bien, dicha sensación de peligro tenía que ver con la incertidumbre provocada por las erráticas direcciones que tomaba el gobierno de Bachelet. Esto es, direcciones que podrían haber sido eventualmente perpetuadas y radicalizadas en un segundo gobierno de la NM.

Por su parte, si se realizase una comparación entre lo que vivió Chile durante el gobierno de la NM y lo que sucedió en el país entre el inicio de la década de los 60 y el auge de la UP, Gonzalo Rojas señala que

[...] no hay comparación posible. No [la hay] porque la derecha agraria era una derecha muy acotada y fue hecha pedazos. [Por el contrario,] la derecha empresarial es una derecha muy amplia que además se ha sabido mover [...] en variados sectores o segmentos, [además de que] tiene grandes inversiones fuera de Chile, [por lo que es] intocable. [En tal sentido,] los agricultores no tenían sus platas fuera de Chile. [...] Hoy en día el empresario puede perder acá [en el país] pero, ¿qué porcentaje de su dinero está fuera de Chile? [Los empresarios ahora] son muchos más poderosos que hace 50 años. [...] [De modo que] es una exageración hablar de “chilezuela” [...] y ya la comparación de Bachelet con la UP me da vergüenza. Este es otro país (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Además, refiriéndose a esta misma situación, Rojas agrega:

Y esto tiene un efecto muy negativo en la derecha, ¿por qué? Porque la derecha de los 60 y de los 70 se veía afectada directamente en la vida familiar, escolar, de transporte. Hoy día para una familia de buen nivel medio-alto, lo que esté pasando en la Alameda con Santa Rosa los tiene completamente sin cuidado. Piensa, por ejemplo, en los profesionales de derecha. [Ellos] no trabajan ni siquiera en el centro. Con lo cual, un tipo de 34 años, casado, con 3 hijos, que trabaja en “Sanhattan”, a lo mejor, con suerte, se entera de que en la tarde hubo un incidente en el centro. Antes toda esa gente [de derecha] trabajaba aquí, en el centro. A esa gente le costaba llegar a su casa [hace] 50 años. [Por lo que] esa gente [en el pasado] estaba sensibilizada con respecto al llamado “problema país” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

En tal sentido, Rojas es categórico respecto a su apreciación. Para este autor, cualquier comparación que pueda hacerse entre Venezuela, la UP y Chile es simplemente un sin sentido. Para defender dicha postura, Rojas señala que la derecha empresarial de estos tiempos y los sectores sociales asociadas a ella son completamente distintos a los que existían hace 50 años. Según este autor, los intereses materiales del empresariado de derecha en la actualidad están completamente protegidos; mientras

que, además, señala que tanto los empresarios como los nuevos profesionales asociados a este sector están ciertamente desarraigados de los problemas que sufre el ciudadano común en Chile. Esto es, no sólo a nivel temático, sino que también en un nivel físico, en el sentido de que los lugares de trabajo y de interacción social de estos individuos se encuentra al margen del “Chile popular”. Así, Rojas ve en aquello un problema importante, pues al no verse afectado realmente el sector derechista por los problemas “reales” de la gente, este último ha perdido su interés por ellos.

Por otro lado, también en relación al fenómeno “chilezuela”, García-Huidobro señala que claramente hablar de “chilezuela” es una exageración. De hecho, sostiene lo siguiente:

Yo creo que ese diagnóstico era totalmente equivocado. Guiller no era ni Maduro ni Chávez, ni nada que se le parezca. Con Guiller hubiéramos tenido un gobierno muy ineficiente, muy torpe, no habría tenido fuerza para mantener a su coalición en orden, pero incluso Guiller hubiese sido mucho más moderado que Bachelet. Entre otras razones porque es radical, masón, y tiene otra escuela política. Esa fue una falsa alarma, una campaña del terror (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Así, lo que García-Huidobro sostiene es que el diagnóstico que plantea que Chile se estaba pareciendo a Venezuela está equivocado. Es más, sostiene contra la opinión de los derechistas temerosos, que Guiller incluso hubiese sido una alternativa presidencial más moderada si se le comparaba con lo que había sido Bachelet hasta dicho entonces. Esto es, precisamente dada la identidad política que este candidato presidencial tenía desde una perspectiva biográfica.

Por su parte, Daniel Mansuy, acerca de la posible comparación que podría tener lugar entre lo que sucedió durante la década de 1960, el gobierno de la UP en los primeros años de la década de 1970 y la situación de Chile durante el último gobierno de Bachelet, señala que:

[...] si tu comparas la reforma agraria para la derecha en Chile con la reforma educacional, estás comparando un elefante con un ratón. [...] El quiebre que produjeron los años 60 en Chile no tiene nada que ver. Por eso para mí hablar de “chilezuela” lo encuentro un poco exagerado. Aunque entiendo que está conectado con una cosa biográfica. Para la gente que lo vivió empiezan a haber síntomas pequeños que se parecen y concluyen en una identificación total. Entiendo cómo funciona la psicología. Pero me parece que políticamente si uno mira esto más ponderadamente uno dice: no hay agua en esta piscina, de hecho, tan poca agua hay en esa piscina que Piñera sacó un 54% [de los votos]. [En tal sentido,] esa lectura siempre me pareció muy equivocada: que estamos en la UP ya que esto ya lo vivimos. Claro, yo lo entiendo biográficamente para la gente que estuvo ahí y que eventualmente lo pasó mal. [...] Pero no, y es un argumento completamente descaminado porque Bachelet no es Allende. Hasta donde yo sé [ella] gobernó dos veces sin suicidarse en la moneda, no fue bombardeada y los militares están ahí más bien asustados que otra cosa (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De este modo, Mansuy también es categórico –al igual que otros entrevistados– al señalar que no existe comparación posible entre la crisis que vivió la derecha entre las décadas de 1960 y 1970 y las coyunturas que sucedieron durante el gobierno de Bachelet. Además, agrega a esto último que ciertos sectores de derecha pudieron haberse sentido seducidos por la idea de que el gobierno de la NM se parecía a Venezuela o a la UP por cuestiones biográficas. Sin embargo, según este autor, dicha idea tenía poco asidero desde un punto de vista factual, pues, según este último, el sólo hecho de comparar la reforma agraria con la reforma educacional se manifiesta como una comparación ridícula en términos de cómo estas reformas afectaron materialmente al sector de derecha en Chile. En tal sentido, según Mansuy, no existe una comparación posible entre ambas reformas.

Por su parte, desde una perspectiva ciertamente alarmista, Axel Kaiser sostiene que, durante el gobierno de la NM y ante una posible victoria de Guiller, victoria que posiblemente extendería las reformas realizadas por el anterior gobierno, la

[...] gente estaba aterrada. Yo hablaba con personas que ya estaban diciendo que se tenían que ir de Chile si salía Guiller [como presidente]. Y en ese sentido el miedo movilizó a la derecha. Fue una cosa psicológica. Obviamente el gobierno de Bachelet le hizo daño [al país] desde el punto de vista económico-estructural. [...] No lo liquidó, no liquidó el sistema, pero le hizo un daño que va a ser difícil de revertir. [Ahora bien,] no es algo que sea insuperable y, desde el punto de vista político, el efecto [de la amenaza de la NM] fue unir a la derecha. Por primera vez todo el mundo se cuadró: iban en listas únicas para la parlamentaria y después todo el mundo se cuadró con Piñera incluyendo a José Antonio Kast. [...] El mismo Ossandón [...] al final se sube. Todo el mundo se cuadró detrás de Piñera (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, lo que Kaiser señala es que la crisis de la derecha ante la amenaza de las reformas de la NM fue eminentemente psicológica. Esto es, en el sentido de que, si bien *de facto* las reformas no pusieron en jaque los intereses materiales del sector, estas últimas si hicieron a ciertos sectores de la derecha sentir temor. De hecho, Kaiser agrega a esto que fue precisamente dicho temor lo que unió a una derecha fragmentada frente a la elección presidencial de los años 2017-2018. Además, a lo anterior Kaiser agrega que, comparando lo sucedido durante el gobierno de Bachelet con lo que sucedió en la década de los 60 y 70, una crisis *de facto* de los intereses materiales del sector sólo hubiese

[...] ocurrido si efectivamente el gobierno de Bachelet hubiera propuesto acabar con las AFP [en el marco] del movimiento no más AFP. Ahí yo creo que se acaba Chile. Y no te lo digo como una cosa catastrófica extremista, sino porque el sistema económico y el mercado de capitales chileno está tan indexado en el sistema de pensiones que, si tú te hubieras tirado un “kitchnerazo” con las pensiones, este país se arruina de la noche a la mañana y todo el mundo se lleva su plata para afuera. Eso sí habría sido grave. Piensa tú que, con Bachelet, [la cual] no llegó a esos niveles extremos, la inversión colapsó a su peor nivel en 30 años. [Esto es,] por la reforma tributaria, por la retórica anti empresarial, por la reforma laboral. Todas esas cosas. Imagínate si de verdad le hubiera dado un golpe importante al sistema. Ahí yo te lo aseguro como analista [...] que eso sería devastador (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

De modo que lo que Kaiser señala es que el único modo en el que podría haber sido comparable lo que sucedió durante el gobierno de la NM y las experiencias vividas en los años 60 y 70, hubiese sido que las reformas de Bachelet hubiesen tocado el sistema de pensiones. Esto es, un sistema en el que descansa gran parte de la estabilidad de la economía chilena. Para Kaiser, sería sólo en tales circunstancias que la derecha transicional podría haber sufrido una crisis material como la experimentada en el marco de la reforma agraria.

Por su parte, Luis Larraín, reforzando las opiniones vertidas aquí por los anteriores entrevistados, sostiene que

[...] no hubo crisis, pero si hubo un intento, una amenaza, desde una izquierda que no es la izquierda tradicional, sino que es la izquierda del FA y [la del] gobierno de Bachelet. Lo que Bachelet trató de hacer es interrumpir absolutamente la cadencia de las transformaciones que venía teniendo Chile, [cadencia] que traía el ritmo desde Aylwin en adelante. Ella lo interrumpe y dice: no, no estamos por el reformismo, vamos a hacer cambios más de fondo. Y ahí entonces si hubo una amenaza a los principios de la derecha. A cuestiones como, por ejemplo, la provisión privada de la educación. Hubo un ataque sistemático durante el gobierno con las reformas de Bachelet tanto a colegios privados como a universidades privadas (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Además, Larraín agrega que si bien no hubo una crisis –como en los 60 y 70–, si hubo una amenaza en temas “[...] como la educación (que fueron muy claros). El otro tema es el tema tributario. Entonces, yo diría que hubo una amenaza, pero no realmente una situación crítica que pusiera en peligro [los intereses materiales de la derecha]. Ahora bien, sí fue una amenaza suficientemente importante como para movilizar a la derecha” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). Así, la opinión de Larraín no se desmarca de lo expuesto por los previos entrevistados.

Por su parte, Jorquera Jaraquemada tampoco cree que los intereses materiales de la derecha fuesen puestos en cuestionamiento en el marco del gobierno de la NM y la posible victoria de Guillier. Jaraquemada sostiene que

[...] yo no sería tan catastrofista. No creo que se si hubiera sido electo Guillier hubiéramos terminado en un proceso similar al de Venezuela. [...] Y, por lo tanto, no creo que [dicho gobierno] hubiera afectado los intereses económicos [de la derecha]. Ahora bien, lo que si creo es que lo que se hubiera prolongado [en tal caso] es la fase de estancamiento económico. Es decir, hay un dato que me parece ineludible y es que Chile venía en una tendencia de alcanzar el 2018 un PIB tendencial de lo que es un país desarrollado, al menos en el piso, y esa tendencia se quebró. El problema es que esa tendencia no se recupera con 4 años buenos, se recupera con una década o 15 años buenos (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Por ende, si bien Jaraquemada no es tan “catastrofista” como los promotores de la idea de “chilezuela”, este último sí da cuenta que la eventual victoria de Guillier hubiese perpetuado un periodo estancamiento económico del cual no es fácil recuperarse. Esto es, al menos en lo que corresponde al corto plazo.

Por último, Ángel Soto también señala que no hubo una crisis fundamental de los intereses materiales del sector, de modo que este último plantea que

[...] Bachelet no estaba pensando en estatizar la banca, no estaba pensando en hacerle un corralito y robar la plata de los ahorrantes de las AFP. Ella lo que planteó es una AFP estatal, [...] [lo cual] no es quitarle la plata a los ahorrantes como pasó en Argentina. [Sin embargo,] sí se creó un ambiente de desconfianza. En tal sentido, lo que sí pasó en las elecciones [en las cuales se jugaba la continuidad de la NM] es un tema de pánico. [...] La cantidad de apoderados de mesa que tuvo la derecha en las elecciones pasadas fue [producto del] pánico. Yo distinguiría entre las percepciones y la realidad (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Así, lo que Soto sostiene es que el gobierno de la NM en ningún caso realizó reformas estructurales que realmente pudiesen haber puesto en jaque los intereses materiales de la derecha. Sin embargo, producto del estancamiento económico y la retórica izquierdista, dicho gobierno sí produjo un sentimiento de pánico en algunos sectores derechistas.

3.2.3 La victoria de Piñera frente a la Nueva Mayoría en 2018: ¿la derecha en crisis?

Sostener que la derecha transicional no se encontró en crisis fundamental entre los años 2010 y 2018 no sólo puede ser justificado mediante el análisis de cada uno de los planos previamente examinados que organizan su sistema-mundo: el modelo socioeconómico, el modelo político, el sistema de valores y el área de los intereses materiales. Por el contrario, también se puede acudir a la historia política reciente del sector para justificar cómo es que la derecha transicional, entre los años examinados, a pesar de todas las coyunturas críticas previamente mencionadas en este escrito (fragmentación, débil relato, auge de movimientos sociales, cambio generacional y el gobierno de la NM), se encontró lejos de estar en una crisis radical como la que ocurrió en el sector entre las décadas de 1960 y 1970. Esto es, una en la cual los partidos de derecha tradicionales fueron disueltos *de facto* abriendo paso a un sector de la derecha otrora marginado: los nacionalistas (véase sección 2.3). En tal sentido, el punto culmine de esta historia política derechista que justifica hasta cierto grado el éxito de este sector político, es la segunda victoria presidencial de Sebastián Piñera en los años 2017 y 2018. En efecto, especialmente tras el auge del gobierno de la NM, un gobierno que estaba orientado a realizar reformas de carácter estructural, la derecha, quien para muchos parecía un sector moribundo ante dichas circunstancias, triunfó inesperadamente en las presidenciales de los años 2017 y 2018. De modo que esto último vino a respaldar la tesis de que este sector se encontraba –contrariamente a muchos diagnósticos– en un buen momento en términos generales y no en una crisis.

La contienda electoral de los años 2017 y 2018 tuvo ciertas características que deben ser expuestas para entender la victoria del sector derechista. Para comenzar, en esta contienda se enfrentó la derecha a una centro-izquierda que estaba fragmentada. Esto es, no sólo por el mal desempeño y la baja aprobación que tuvo el segundo gobierno de Bachelet –aspecto que dividió a la izquierda y alejó al sector demócrata-cristiano de la NM–, sino que también porque la izquierda estaba y está asistiendo a un proceso de renovación generacional en el cual el FA ha buscado posicionarse, siendo el mayor representante de las nuevas generaciones izquierdistas, como una alternativa distinta a los partidos que conformaron a la NM y a la Concertación. En tal sentido, la izquierda se enfrentó a la derecha en estas elecciones presidenciales en una situación compleja tanto del punto de vista electoral como identitario. Esto es, en tanto que las nuevas generaciones no sólo disputaron el espacio electoral, sino que también cuestionaron a la izquierda transicional, sosteniendo que ellos se habían alejado de lo que realmente la izquierda –desde un punto de vista normativo– debía ser.

En las elecciones presidenciales de los años 2017 y 2018, el pacto derechista realizó primarias para elegir a su candidato presidencial. De modo que en dicha primaria se enfrentaron los candidatos Sebastián Piñera, José Manuel Ossandón y Felipe Kast. El primero representaba a una derecha más moderada de corte tecnocrático; el segundo, siendo un cotizado alcalde en la popular comuna de Puente Alto, representaba a una incipiente derecha social que ha buscado socavar la hegemonía “chicago-gremialista”; mientras que, por último, el tercero representaba al nuevo partido político de derecha: Evópoli. Es decir, a un nuevo partido político que representaba a las nuevas generaciones derechistas que, dentro del pacto derechista, han estado tratando de consagrar un lugar estable en la política tradicional. Aunque estos candidatos eran distintos entre sí (desde un punto de vista ideológico), todos ellos actuaron al interior de la coalición entendiendo que lo que más importaba para este sector, especialmente frente al auge de la NM y el FA, era obtener la victoria en las presidenciales. Fue así que Piñera ganó las primarias derechistas –según el SERVEL– con un 58,36% de la votación al interior del pacto, mientras Ossandón que obtuvo un 26,24% de los sufragios y Kast un 15,40% de los votos. La votación que obtuvo Kast se situó como una votación bastante baja si se tiene en cuenta que este candidato representaba a las nuevas generaciones derechistas. En tal sentido, la votación que obtuvo el candidato de Evópoli, hasta cierto punto, reflejó la situación en la que *de facto* se encontraba de dicho partido al interior de la derecha. Esto es, una situación donde se constata la vigencia de una derecha transicional donde las nuevas generaciones y la renovación aún no tienen mucha cabida.

Por otra parte, es importante señalar que si bien la derecha eligió su candidato presidencial al interior del pacto derechista, hubo un cuarto candidato de derecha que compitió directamente en las presidenciales siendo un independiente, a saber: José Antonio Kast. No obstante, si bien este candidato se acercó a dicha contienda electoral como un presidenciable independiente, en el pasado este último había sido militante de la UDI y, en términos generales, aún representaba las ideas y valores de dicho partido político. De modo que José Antonio Kast se situó como un candidato defensor del libre mercado, del legado autoritario de Pinochet, y discursivamente se enfocó durante su campaña en la defensa de la vida y la libertad individual en términos morales, sobre todo en relación al asunto del aborto. Asimismo, fue un candidato que buscó discursivamente hacerle frente lo que sea ha llamado la “ideología de género”, por lo que estaba en contra del Acuerdo de Unión Civil y de toda iniciativa que promoviese la homosexualidad. Por último, José Antonio Kast se presentó como un candidato que buscaba regular el tema de la inmigración en Chile.

Cuando se trata de la centro-izquierda, el panorama previo a las elecciones presidenciales tenía un claro componente de fragmentación. En primer lugar, el PDC en estas elecciones presidenciales se

desvinculó de la NM. De modo que estos últimos levantaron una candidata propia, a saber: Carolina Goic. Ante esta situación, la NM, tras algunas disputas internas, terminó por levantar como candidato presidencial único al radical Alejandro Guillier. Por ende, ya se puede apreciar por medio de estos dos candidatos la primera división que sufrió la NM. Sin embargo, como si esto fuese poco, las fuerzas de centro-izquierda también estaban divididas porque el FA –coalición que ha pretendido encarnar a una nueva izquierda ajena a la NM y la Concertación– decidió levantar una candidatura presidencial por separado y no aunar fuerzas con la NM. Para ello, el FA realizó sus propias primarias en las que compitieron Beatriz Sánchez y Alberto Mayol. Según los datos del SERVEL, Sánchez ganó las primarias obteniendo un 67,56% de los votos, mientras que Mayol obtuvo un magro 32,44% de los sufragios al interior del FA. Además, hubo más divisiones en la centro-izquierda durante esta contienda presidencial. De hecho, a la NM se le pudieron haber sumado otros candidatos que también participaron al margen de la NM. Los otros tres candidatos de izquierda fueron Marco Enríquez-Ominami, Alejandro Navarro y Eduardo Artés. De modo que la centro-izquierda disminuyó considerablemente su oportunidad de obtener la victoria en estas presidenciales gracias a su fragmentación.

El panorama de las presidenciables estaba ya articulado y los resultados de la primera vuelta, según el SERVEL, fueron los siguientes: Sebastián Piñera obtuvo primer lugar en la votación con un 36,64% de los sufragios, Guillier consiguió el segundo lugar con un inesperado 22,70% de la votación, Sánchez logró un sorprendente 20,27% de la votación, Kast un 7,93%, Goic un 5,88%, Enríquez-Ominami un 5,71%, Artés un 0,51% y Navarro un 0,36%. De este modo, sin una mayoría absoluta, Piñera debió competir en una segunda vuelta presidencial frente a un Alejandro Guillier que había perdido votos frente a la abanderada del FA. Los resultados de la segunda vuelta electoral fueron los siguientes: Piñera logró ser presidente de Chile obteniendo un 54,58% de los sufragios, mientras que el candidato de la fragmentada centro-izquierda, Alejandro Guillier, obtuvo un 45,42% del electorado. En tal sentido, todo parece indicar que Guillier careció del apoyo de ciertos sectores del PDC (sectores que preferían que ganase Piñera en vez de la NM) y del apoyo de sectores del FA, sobre todo de los sectores que tenían una plena conciencia de que si querían alterar la hegemonía de la Concertación y la NM, pues debían avanzar políticamente por un camino propio sin ningún tipo de subordinación a la izquierda transicional.

Ahora bien, ¿cómo se debe interpretar esta victoria de la derecha?, ¿cómo entender esta victoria frente a los hechos ocurridos desde el año 2010 hasta el año 2018? ¿Cómo se puede entender que la derecha haya ganado en un entorno de progresismo? Para comenzar, Arturo Fontaine sostiene lo siguiente con respecto a la supuesta debilidad electoral que ha tenido la derecha en términos nacionales frente al progresismo:

[...] yo tiendo a pensar que nos olvidamos de que Lagos ganó a penas a Lavín. O sea, Lavín pudo haber ganado. Así como nos olvidamos de que Allende ganó por 30000 votos. [...] La gente tiende a pensar que Allende tenía a todo el país detrás, pero no. Y Lagos tampoco ganó por una gran mayoría y fue un presidente importantísimo y esa es otra discusión. [Pero] la derecha estuvo a punto de ganar con Lavín. Entonces, el fenómeno de la popularidad de la derecha antecede a la Bachelet II. No es un proceso de ahora. Hay votación de derecha en Chile, la hay (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

En tal sentido, lo que Fontaine señala es que no es un hecho excepcional que la derecha haya ganado en Chile las presidenciales de los años 2017-2018. Este autor sostiene que el electorado chileno siempre ha estado dividido en torno a los polos políticos, de modo que si bien ha sido la centro-izquierda la que desde el retorno a la democracia ha dominado las disputas presidenciales, esto no

quiere decir que la derecha no haya tenido respaldo durante todo aquel periodo. De hecho, no está de más recordar que, en el marco del proceso de retorno a la democracia, Pinochet –quien representaba al “Sí”– sufrió una derrota con un 44,01% de los votos frente al “No” que obtuvo un 55,99% de los sufragios. En efecto, incluso ya en dicho entonces, la derecha contaba con una considerable aprobación nacional en términos electorales. Esto es, incluso si se trataba del abandono de un régimen dictatorial. Así, conforme al caso específico de la elección presidencial de los años 2017 y 2018, Fontaine señala lo siguiente en relación a la victoria de Piñera frente a la NM:

[...] yo creo que el que perdió fue Guiller [...] Aquí lo que funcionó es lo que Portales llamaba “el peso de la noche”. O sea, un cierto instinto en favor del orden que tiene una vasta historia [...] y que tiene una vasta penetración en todas las capas sociales de Chile. [De hecho,] si tu analizas los resultados electorales de Chile, en el periodo pre dictadura, con el sistema electoral que había, Arturo Valenzuela ha tenido acceso a toda esa información y ha hecho esos análisis, la derecha siempre ha tenido votación popular en Chile. Siempre. O sea, nunca la derecha fue un partido, un movimiento, un partido, un candidato de derecha, fue un fenómeno de clase. Siempre fue pluriclasista (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

De este modo, lo que Fontaine señala es que la derecha no ganó estas elecciones gracias a la creación de una novedosa oferta para su electorado, sino que más bien ganó por que lo que ofrecía la NM era interpretado por gran parte de la ciudadanía –tras lo ocurrido durante experiencia de Bachelet II– como una oferta caótica que promovía el desorden. Lo que señala este autor es que la derecha ha seguido ofreciendo lo mismo de siempre: el orden. Y es aquel orden lo que la gente quiso en la última elección presidencial dado que, durante toda la historia de Chile, según señala Fontaine, habría existido algo que se ha llamado como “el peso de la noche”. Esto es, una tendencia en las diversas clases sociales a valorar el orden y la estabilidad por sobre todo tipo de revolución. Así, tras la campaña de “chilezuela”, las reformas mal realizadas y la constante inestabilidad ministerial del segundo gobierno de Bachelet, el ciudadano chileno prefirió volver al orden y a la estabilidad, aspectos que ciertamente la candidatura de Piñera encarnaba al menos discursivamente.

Por su parte, específicamente respecto a porqué ganó Piñera en la última contienda presidencial, esto es, si por sus propios méritos o porque la ciudadanía quería que la NM no estuviese más en el poder, Hugo Herrera sostiene que

[...] allí hay de las dos [cosas]. El último gobierno de la Bachelet no creo que hay sido un buen gobierno, en términos de que, aunque uno pudiera estar de acuerdo con las medidas, no se hicieron bien. La reforma universitaria dejó un forado en todas las instituciones. Y yo creo que, por hablar de mi gremio, en la filosofía, no se van a expandir las plazas de contratación de filósofos porque las universidades se tienen que restringir, porque la reforma si hizo mal, y así en muchos otros aspectos. Entonces, hay una parte importante que se debe a la derrota de la misma NM. [...] Pero creo que hay otra parte que tiene más que ver con los rendimientos del sistema económico y político que, gracias a la Concertación, la gente lo está vinculando hoy en día con la centro-derecha. [...] Y en el fondo el electorado probablemente vincula a la Concertación con el éxito económico, pero a una Concertación moderada [...] Y el hecho de que la centro-derecha también se haya corrido al centro, porque RN, por ejemplo, entró a la internacional Demócrata Cristiana, [también ha ayudado] (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

En tal sentido, lo que sostiene Herrera es que la derecha ganó en esta contienda presidencial por dos razones: por un lado, porque la NM durante el gobierno de Bachelet realizó sus reformas de mala manera. Esto es, más allá de si la gente estaba de acuerdo o no con los principios que dichas reformas encarnaban. Mientras que, por otro lado, Herrera también sostiene que la gente se ha dado cuenta de los beneficios del modelo económico y político establecido por la derecha y extendido por la Concertación. De hecho, este autor sostiene que la gente está actualmente asociando los beneficios del modelo, los cuales en gran parte fueron perfeccionados y garantizados por la Concertación, a la centro-derecha. Esto último habría beneficiado a la derecha sobre todo en la última elección presidencial.

Según declara este autor, pareciese ser que la gente ha comenzado a ver a la derecha como el sector “moderado” frente a una NM que, durante su último gobierno, fue considerada por muchos como una coalición radical en tanto que quería realizar reformas estructurales. Así, tal como señala Fontaine, todo pareciese indicar que “el peso de la noche” aún es fuerte en Chile.

Por su parte, en concordancia con lo que señala Herrera, Joaquín García Huidobro sostiene que tanto la derecha como la izquierda fueron responsables de la victoria de Piñera. Según García-Huidobro, primero

[...] perdió Bachelet porque lo hizo muy mal. Pero también ganó la derecha dado que la derecha supo interpretar a estos nuevos sectores, a los sectores medios. Y, además, ¿cuál es la gran diferencia entre la primera y la segunda vuelta? La gran diferencia está en una cosa que Piñera no sé si ha dado cuanta, ni los liberales, que es en el voto conservador. Porque en un escenario de voto voluntario, esos conservadores que van y hacen de apoderado de mesa, de jefe de local, son los que se preocupan. [En tal sentido,] el conservador es una persona que consigue muchos votos. Y esa gente se movilizó entre la primera y segunda vuelta, no sólo en que los votos de Kast pasaron a Piñera, que eso ya es bastante, sino que esa gente, en parte por campaña de terror, y en parte por propia la convicción, esa gente hizo un trabajo absolutamente impresionante (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Así, García-Huidobro concuerda con que son ambos factores (el mal desempeño de la NM y la movilización de la derecha) los que contribuyeron a la victoria de Piñera. Sin embargo, según señala este autor, dentro de esta fórmula “dual” de éxito es importante destacar que gran parte de la movilización de la derecha fue realizada por los sectores conservadores. Esto es, los sectores que en términos doctrinarios se sintieron realmente amenazados por el progresismo de la NM, sobre todo tras la consolidación del acuerdo de unión en civil y el Aborto Terapéutico en tres causales. En tal sentido, la amenaza al sistema de creencias conservador que suponía la NM fue crucial para que este sector se movilizase. Sin el aproximadamente 8% de la votación que José Antonio Kast obtuvo en la primera vuelta de las presidenciales, Piñera podría haber disminuido sus oportunidades de victoria si ese 8% no se adhería a su votación (de todos modos, la diferencia entre Guiller y Piñera, en cuanto a la votación, estuvo alrededor del 10%). Por ende, si bien los conservadores no tienen actualmente el potencial para ganar contiendas nacionales (sobre todo porque su discurso no es capaz de convocar mayorías), si tienen aún el potencial de inclinar la balanza hacia un lado o hacia otro en el contexto de la competencia por el poder. Esto último también podría tener que ver con lo que señalado con anterioridad en este trabajo, a saber: que dentro de todos los planos en los cuales el sistema-mundo de la derecha pudo haber sido puesto en cuestión, el único de ellos que está amenazado con mayor radicalidad es el área de los asuntos “valóricos” o morales. Esto último tiene que ver con el ya explicado cambio generacional y valórico que está teniendo lugar en todas partes del mundo. De modo que esto último es especialmente delicado para el sector de la derecha más conservador.

Por su parte, Daniel Mansuy sostiene que la victoria de la derecha en las elecciones presidenciales de los años 2017 y 2018 se debe a lo siguiente:

Yo creo que se debe sobre todo a la desarticulación político, intelectual y doctrinara de una centro-izquierda que creyó [...] que podría seguir girando a cuenta de la transición y la Concertación. En ese sentido, la alianza entre la izquierda y el centro fue evidente mientras había un enemigo que se llamara Pinochet. Todas las tensiones de la transición están ahí. Todas las cesiones que hizo la izquierda más dura fueron porque hay un enemigo más fuerte al que hay que ganarle. Una vez acabada la transición, alguien me tendrá que explicar porque gente [...] como Patricio Walker y Guillermo Teillier habrían de estar en la misma coalición. Y esa es una explicación que alguien me tiene que dar. Porque usted no puede hacer una alianza política efectiva si es que tiene gente que no está de acuerdo en casi nada. Porque nos podemos poner bajo la misma coalición, y bajo la foto de Bachelet que es súper linda y saca hartos votos, pero Patricio Walker y Guillermo Teillier no están de acuerdo en casi nada. Entonces, yo entiendo que las

coaliciones requieren diversidad interna, obvio. Pero esa diversidad debe ser acotada a lo que te permita tener efectividad política. Y el problema de la izquierda hoy día es que todavía no saca la cuenta o la lección de que muerto Pinochet o muerta la transición hay dos proyectos: un proyecto socialdemócrata y un proyecto más de izquierda. Y esto pasa en todos lados del mundo. [...] Entonces, no hay ningún motivo por que no hacer un divorcio amable. [De modo que si] pensamos distinto, no tenemos por qué estar en el mismo barco si nos caemos mal. Si no somos capaces de hacer nada juntos, pues hagamos dos barcos. [Sin embargo,] ¿qué es lo que les pasa? Evidentemente que, al jugar a los tres tercios, la derecha es el tercio más grande. Entonces obviamente que electoralmente eso complica (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De este modo, lo que Mansuy sostiene es que la derecha ganó principalmente porque la izquierda se encuentra en un momento de fragmentación tanto política como doctrinaria. Esto es, un momento en el cual los pactos transicionales entre socialdemócratas e izquierdistas ya no dan abasto. Es producto de dicho quiebre que la NM no pudo enfrentar en unidad completa a la derecha en la elección presidencial de los años 2017 y 2018, así como también es por esta razón –entre otras adicionales– que se creó el FA con el fin de crear un nuevo frente izquierdista que encarnase los valores de una izquierda más ortodoxa, al menos en lo que respecta al discurso. En tal sentido, lo que señala Mansuy, es que la izquierda está en una crisis profunda ante la cual la derecha pudo obtener una ventaja y ganar la presidencia de Chile. Se trata de una crisis ideológica e identitaria que tiene claramente consecuencias políticas en el sentido de que aquella produce ciertamente fragmentación interna. Esto es, una fragmentación que dificulta enormemente las posibilidades de victorias nacionales por parte de este sector frente a la derecha. Según esto, la izquierda ya no puede seguir enfrentando a la derecha desde la lógica transicional si quiere hacerse con el poder a un nivel nacional.

Además, con respecto a la importancia de la movilización de la derecha, Mansuy agrega:

A juzgar por lo rotundo del resultado, uno piensa que Piñera iba a ganar igual. Si Piñera hubiera ganado [por menos puntos] yo digo: mira eso fue decisivo. Pero fue tan rotundo el resultado de 8 puntos que uno piensa que Piñera iba a ganar igual. Y yo creo que la derecha tuvo la virtud de ser relativamente ordenada los últimos dos años. Y [...] le bastó el orden para matar a la NM. [Entonces, el] candidato [de la NM] tenía todas las de perder. [Ahora bien,] además de tener todas las de perder, todo el mundo sabía que [Guiller] no iba a jugar ningún papel en el futuro. Entonces, la NM [pudo haber elegido] un candidato con proyección para ir a perder, pudo dejar a alguien levantado para 4 años más. [Sin embargo,] eligieron morir sin proyección. Es una decisión rara (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De este modo, Mansuy es categórico respecto a la victoria de la derecha. Para él, esta última sobre todo tuvo que ver con la fragmentación de la izquierda y con el mal desempeño que tuvo la NM durante el gobierno de Bachelet. No obstante, también señala que la NM podría haber levantado a un candidato con proyección y no lo hizo, lo cual podría hablar de cuán moribunda se encontraba la NM para la elección presidencial de los años 2017 y 2018.

Por su parte, Axel Kaiser señala que el miedo sentido por la derecha y la movilización de este sector a un nivel político e ideológico fue fundamental cuando se trató de esta victoria. De modo que Kaiser señala lo siguiente:

Yo creo que [la victoria] tiene mucho que ver con el trabajo que hemos hecho organizaciones como esta –la FPP–. [Este trabajo] ha sido muy intenso y ha generado bastante impacto en términos de discusión de ideas. Por otro lado, está el miedo. En la última elección presidencial el medio, toda la campaña de “chilezuela”, toda esta cosa movilizó a la derecha, y la derecha se moviliza cuando está asustada. No cabe ninguna duda. Hoy día se les olvida, pero yo recuerdo el miedo que había y como todos fueron apoderados de mesa y se unieron tras un sólo candidato: [...] Piñera. Y muchos votaron por el que habían dicho que jamás iban votar. Porque claro, el mal mayor que era Guiller (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En tal sentido, Kaiser sostiene que el enemigo en común unió a la derecha y que dicha unión favoreció un proceso de movilización que contribuyó a la victoria derechista. Sin embargo, este autor

también agrega que la decadencia de la NM fue fundamental para la victoria de Piñera. De hecho, señala que tras dicha decadencia

[...] por primera vez en mucho tiempo [...] la gente empezó a irse de la NM, [empezó] a desmarcarse de Bachelet 2.0. [...] Al final, por ejemplo, ante los escándalos de corrupción, se vio que también Soquimich había financiado la campaña de Bachelet, que el hijo de Bachelet estaba metido en cosas turbias, que Pizarro y sus hijos, etc. O sea, que había un montón de mugre bajo la alfombra en la carpa de la NM. [Esto es, una coalición] que proclamaba a los cuatro vientos que era tan limpia y que no estaba vinculada a los empresarios. Y finalmente al yerno de Bachelet le estaban financiando una campaña buena parte de ellos, y se sabe que la campaña de Bachelet también fue financiada en parte por SQM. Lo que no se sabe es si ella sabía o no sabía. [...] Pero entonces hay una especie de hastío también de los jóvenes con esta política tradicional media desprestigiada que lleva décadas en el gobierno. Y yo creo que eso explica también porque Beatriz Sánchez también sacó una votación tan alta. [Además,] Guiller también era un pésimo candidato [...] Se manejó pésimo. Y Piñera se manejó bien. Él no es un gran candidato, pero se manejó bien. Entonces hubo todos esos factores que se combinaron (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, lo que Kaiser señala es que no solo fue la movilización de la derecha ni las malas reformas de la NM los aspectos que facilitaron la victoria de la derecha en las últimas elecciones presidenciales, sino que también el hecho de que la imagen pulcra y anti-empresarial que promovía la NM fue dinamitada por los casos de corrupción. En tal sentido, la división de la izquierda entre la NM y el FA, también tuvo que ver con la necesidad de renovar una política tradicional que ha sido vista como corrupta. Esto es, tanto en el lado de la derecha como la izquierda. Además, Kaiser también señala que fue determinante que el candidato NM era un mal candidato, aspecto que no ayudó a la victoria de la izquierda. Como sea, la victoria de la derecha se debe a múltiples factores, entre los que destacan la decadencia de la izquierda transicional y la movilización de una derecha asustada no dispuesta a repetir experiencias como la vivida durante el periodo de la UP.

Por su parte, Luis Larraín, quien se refiere al posiblemente paradójico hecho de que la derecha ganase en un entorno liderado por las demandas de los movimientos sociales, sostiene que: “Yo no lo encuentro paradójico porque la derecha tiene mejores respuestas a lo que quiere la población chilena que las que tiene la izquierda” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). Mientras que, refiriéndose a lo mismo, Jorge Jaraquemada sostiene que

[...] las demandas que alguna vez el grueso de la ciudadanía apoyó, que se manifestaban en la calle, y que alguna gente entendió como esto es una demanda [...] pura y simple por la sustitución del modelo, no era eso. Sino que era una demanda más bien por gozar de los beneficios que la gente observa en el modelo. [...] Y lamentablemente [...] el gobierno de la NM, por una obcecación ideológica, implementó políticas que desnudaron que de haberse llevado a cabo como las estaban planteando, habrían provocado un malestar o un retroceso en el bienestar de la ciudadanía. A mí me da la impresión de que la gente hoy día más que ideológicamente vota prácticamente (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

De este modo, lo que sostienen tanto Luis Larraín como Jorge Jaraquemada, es que la NM se equivocó con respecto a lo que la ciudadanía en general deseaba. Esto es, probablemente por querer encarnar las demandas de los movimientos sociales que tuvieron lugar a partir de los años 2010 y 2011. Según lo sostenido por estos autores, la derecha tendría mejores respuestas ante lo que la ciudadanía desea, lo cual sería participar de los beneficios del modelo defendido por ese sector. De modo que la victoria derechista ser debería a dos asuntos fundamentales: primero, a una mala lectura de las demandas ciudadanas realizada por la izquierda; y, segundo, a que derecha promociona un modelo que, si se aplica de correcta manera, le es más atractivo a los ciudadanos de Chile.

Por último, respecto a la pregunta de porqué la derecha ganó las últimas elecciones presidenciales, Verbal argumenta que

[...] la gente quedó descontenta con las reformas de Bachelet. De hecho, las encuestas fueron indicando crecientemente una baja aprobación. O sea, si tú vas haciendo reformas para mejorar la educación todo el mundo va a decir que sí. Esto es, si la dices en abstracto. Pero cuando se empieza a implementar en concreto, y ya cuando empiezan a prohibir que los padres vayan a colegios subvencionados [...], entonces allí hay un descontento producto de las reformas [...] [En tal sentido, ante esto,] la gente se volvió a acordar de Piñera. [Se volvió a acordar de que el gobierno de] Piñera, dentro de todo, no fue un gobierno reformista estructuralmente, pero fue un gobierno eficiente que dio trabajo, que construyó un millón de empleos, que hizo crecer la economía. [Durante dicho gobierno] había más trabajo, la gente en general ganó más plata. [De hecho,] los empleos fueron mucho menos precarios que los empleos durante Bachelet. [En tal sentido, el] típico argumento de la izquierda en contra del mercado es que genera empleos precarios, pero cuando hay harto crecimiento económico los empleos cada vez son menos precarios, porque lógicamente hay más palta y se necesita contratar gente de manera más estable. De todo eso la gente se fue acordando. Yo tenía más trabajo antes, las cosas estaban mejor. Gente práctica, gente que no es ideologizada, que no es política en el sentido partidista. [Asimismo,] yo creo que Piñera mismo también es un factor [en lo que respecta a la victoria de la derecha], porque es un líder que unifica al sector y que pudo ordenar las distintas fuerzas de la derecha detrás de él. Piñera es pragmático, lo cual en cierta medida es bueno porque en torno a Piñera puede confluir la derecha a pesar de sus diferencias. Piñera no representa un extremo en la derecha. No es ultra conservador, no es ultra liberal en lo económico (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por lo tanto, lo que Verbal vislumbra es que claramente el hecho de que las reformas de Bachelet fuesen mal hechas a un nivel práctico, implicó que la ciudadanía realizase una comparación y se acordase de cómo había sido el primer gobierno de la derecha. En tal sentido, la ciudadanía, según señala Verbal, se dio cuenta de que con Piñera las cosas –sobre todo el empleo y la estabilidad económica– habían sido mejores. Por lo que según esta autora esta situación fue determinante para entender por qué ganó la derecha y no la izquierda en la última elección presidencial. Sin embargo, Verbal también señala que la derecha pudo ganar con Piñera gracias a las características que este individuo posee. Dentro de la derecha, Piñera se sitúa como un sujeto pragmático, no ideologizado ni politizado, que representa al sector, pero de un modo moderado. Esto es, sin encarnar ningún tipo de derecha extrema. Esto último no sólo es deseable dado que aquello lo sitúa como un buen candidato para ganar contiendas nacionales, sino que también lo sitúa como un líder bajo el cual las distintas vertientes de derecha pueden converger.

3.3 Perspectivas de renovación ideológica en la derecha chilena

Los procesos de renovación ideológica a los que asisten los partidos políticos tienen lugar cuando aquellos experimentan a una crisis que pone radicalmente en jaque sus intereses materiales, políticos y doctrinarios. Esto es, una crisis según la cual estos últimos incluso ven en peligro su subsistencia (véase sección 1.1). Sin embargo, el hecho de que los partidos políticos no asistan a una crisis de dichas proporciones –una que pueda llevarlos a su desaparición–, no quiere decir que estos últimos, en el marco de ciertas coyunturas específicas, no puedan concurrir a determinados procesos de adaptación ideológica. Esto es, procesos adaptativos que les permiten a estos últimos modificar ciertas áreas específicas de su sistema de creencias, lo cual en sí mismo no supone una alteración radical del ideario fundamental en el que estos últimos se fundan. En tal sentido, si bien según lo examinado la derecha chilena entre 2010 y 2018 no experimentó una crisis fundamental en las áreas económico-social, política, moral y de sus intereses materiales, esta última sí asistió a ciertas coyunturas que la llevaron a replantear ciertas ideas que se han expresado habitualmente en áreas específicas de su sistema de creencias. Por lo tanto, aquí se identifican algunas áreas en las cuales –producto de las coyunturas expuestas en los apartados anteriores– la derecha estaría en vías de replantear sus creencias. En tal sentido, desde un punto de vista general, las áreas identificadas están enmarcadas en un proceso de

cambio generacional y de emergencia de nuevos actores en la derecha chilena. Mientras que, desde un punto de vista específico, dichas áreas tienen que ver con una reinterpretación de la focalización y la subsidiaridad en el contexto de la expansión de la clase media producto de los procesos de modernización en el país, el auge de un liberalismo moral encarnado por el nuevo partido político, Evópoli, el cual está siendo dirigido por nuevas generaciones derechistas y, finalmente, la revalorización de las ideas y la política en el marco de un discurso derechista que desde los años 90 ha estado marcado por el apoliticismo, el economicismo y el rechazo a las ideologías. Es en estas áreas que la derecha podría estar experimentando modificaciones ideológicas, modificaciones que, sin embargo, no alcanzan aún a modificar aspectos fundamentales de su sistema de creencias.

3.3.1 Cambio generacional y la emergencia de nuevos actores en la derecha

Los movimientos de adaptación ideológica que comenzaron a tener lugar en la derecha chilena entre los años 2010 y 2018 tuvieron que ver con dos asuntos fundamentales. Por un lado, con un cambio generacional que ha estado teniendo lugar tanto en la izquierda como en la derecha, el cual ha tenido un impacto sobre todo en el área de la moralidad o los llamados “asuntos valóricos”. Por otro lado, con el auge de una nueva generación dentro de la derecha que ha buscado desde distintas perspectivas hacerse un espacio en el sector. Esto es, sobre todo en un sector que, hasta el día de hoy, ha estado dominado por los viejos líderes políticos provenientes del parto de la nueva derecha surgida tras el régimen militar. Estos dos fenómenos han derivado en el auge de un nuevo partido político en la derecha, Evópoli, el cual ha buscado posicionarse como una alternativa política liberal tanto en lo económico, lo político y lo moral, y que además sería ajena al pasado autoritario y a las lógicas de la Guerra Fría; mientras que, además, estos dos fenómenos han derivado también en el auge de una nueva generación de derecha que, al no tener un espacio definido o relevante en la política derechista, buscó su desarrollo en la academia y en nuevos *think tanks*, lo cual, a su vez, derivó en el auge de nuevos jóvenes intelectuales que se han planteado, desde distintas aristas, repensar las prácticas y las ideas de este sector desde la universidad o estos centros de pensamiento (esto último es examinado específicamente en el capítulo 4). Por ende, lo que aquí se examina es precisamente cómo y por qué este cambio generacional y el surgimiento de nuevos actores derechistas ha afectado a la derecha chilena.

Para comenzar, Cristóbal Bellolio, quien ha tratado esta temática en su libro *Renovación y remplazo: por qué es urgente el recambio político en Chile*, refiriéndose al cambio generacional que ha tenido lugar en Chile, sostiene que actualmente existe en Chile una

[...] crisis de ajenidad. [Esto es,] una crisis de ajenidad política porque las conversaciones de una determinada generación se hicieron ajenas para la generación que adquirió conciencia política cuando esa épica ya se había difuminado. [En tal sentido,] ¿cómo a una persona que nació el año 88 [...] le puedes explicar que la razón de ser de tu generación en política es haberle ganado a Pinochet si cuando [ellos nacieron] Pinochet ya había sido derrotado?

De este modo, lo que Bellolio vislumbra es que existe una incompatibilidad discursiva intrínseca entre la generación política formada en el marco del proceso de transición democrática y las nuevas generaciones que se han integrado —en mayor o menor grado— a la política chilena en la última década. Esto es, en el sentido de que ambas generaciones no poseen narrativas homologables. Esto último les haría entender a estas distintas generaciones el espacio político de maneras distintas. Además, según Bellolio, a esta situación se le debe sumar también un fenómeno particular que ha determinado tanto a las élites de izquierda como a las de derecha que se formaron en el marco del proceso transicional. Según este autor, este fenómeno tendría que ver con que la generación transicional no está dispuesta a

dejar el poder para abrir el paso a las nuevas generaciones. De hecho, una razón que explicaría esto último [...] puede ser que [a la generación de la transición] durante años no se les permitió participar [en política y, por ende,] ahora no se quiere ir. [Mientras que, una] segunda razón, puede ser que el seguro a la derrota que significó el binominal, el cual hacía que a pesar de que perdías y perdías igual te quedabas con la mitad del congreso, [aseguraba cierta estabilidad que no hacía necesaria la alternancia de actores dentro de los distintos sectores políticos] (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). De modo que estos tres elementos constituyen, según Bellolio, la piedra angular del problema generacional al que asiste actualmente tanto la izquierda como la derecha chilena. En tal sentido, este conflicto generacional tiene lugar en el marco de una narrativa dispar entre las distintas generaciones, la necesidad de las generaciones transicionales de perpetuar el poder obtenido en el mismo proceso transicional y, también, tiene lugar en el marco de una generación transicional que no sólo se gestó como la única disponible tras años de autoritarismo, sino que también fue protegida por un sistema electoral que no hacía necesaria la incorporación de nuevos actores políticos.

Por otro lado, en el marco del conflicto generacional anteriormente mencionado, Bellolio también se refiere específicamente a cómo este último ha tenido lugar en la derecha chilena. Este autor señala lo siguiente con respecto al ascenso de las nuevas generaciones derechistas en este sector político: mi tesis respecto de los nuevos movimientos en la derecha –particularmente de Evópoli–,

[...] [tiene que ver con] dos hipótesis que son complementarias: una [asociada a lo] generacional [y otra derivada asociada a lo ideológico]. La generacional tiene que ver con esta idea de que la generación de [...] Felipe Kast, Hernán Larraín Matte, Ignacio Briones, Lorena Recabaren, es decir, la primera línea de Evópoli, [...] fue infantilizada por los Allamand, por la Patrulla Juvenil en RN y por los coroneles en la UDI. O sea, Hernán Larraín hijo no pudo ser nada en este gobierno (con 40 años) y lo siguen tratando como un niño porque su padre es ministro. Por ende, [...] en la medida que la generación de los coroneles y la Patrulla Juvenil no salga de escena, la generación de Felipe Kast, Hernán Larraín, etc., iba a ser permanentemente infantilizada. [De modo que] llegó un minuto en el cual ellos [–la generación de Evópoli–] vieron la oportunidad de crear una pyme [llamada Evópoli] que, a diferencia de Revolución Democrática (RD), que es una casa nueva fuera del barrio de los padres, [se constituyó como] una casa nueva dentro del barrio de los padres. [En tal sentido, los de Evópoli] igual se van de la casa de los padres y se compran una casita nueva [pero] en el mismo barrio, en la coalición. [Esto último tiene que ver] con que ellos interpretan que la experiencia histórica de su lote es post-Pinochet en lo biográfico. [Por su parte,] la dimensión ideológica [de este fenómeno, [...]] tiene que ver con que los jóvenes [de Evópoli] son más liberales que los padres, y la derecha de los padres es muy conservadora (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Así, en lo que respecta al surgimiento de nuevas generaciones en la derecha chilena, Bellolio es muy claro. Este autor plantea que las nuevas generaciones no han podido surgir *de facto* como una fuerza gravitante en el juego político pues los viejos líderes de la derecha no están dispuestos a integrarlas a dicho juego. De modo que este aspecto se relaciona irrestrictamente con el contexto previamente mencionado sobre el cambio generacional general al que asiste la política chilena. En tal sentido, un fenómeno como el de Evópoli tiene lugar sobre todo en el marco de esta situación. Esto es, una situación de exclusión política en la cual la generación transicional no está dispuesta a darle un lugar a nuevos actores. En efecto, Evópoli surge como una alternativa a los partidos transicionales con el fin de representar a una generación derechista que aún no tenía voz en la política chilena. Asimismo, la necesidad de tener una voz propia no tiene únicamente que ver con el imperativo de participar en política chilena más allá de la hegemonía de los viejos estandartes, sino que también con la necesidad de representar una narrativa distinta a la que posee la derecha transicional. Es decir, una narrativa que en su base guarda una clara distancia con respecto al régimen militar y que, a su vez, también se

muestra más flexible cuando se trata de los temas morales, lo cual marca una gran diferencia con el conservadurismo que caracteriza a la derecha formada en el marco del autoritarismo y la transición. Sin embargo, según señala Bellolio, Evópoli no representa a un partido completamente emancipado de los viejos estandartes. Este último aún funciona dentro de la coalición de la derecha transicional, aspecto que es claramente se constituye como un elemento diferenciador si se realiza una comparación entre Evópoli y varios de los nuevos partidos izquierdistas que integran el FA. En tal sentido, según Bellolio, toda esta pugna generacional al interior de los partidos políticos tiene lugar en el marco de la siguiente lógica:

O los partidos se renuevan por dentro pasándole la posta a una nueva generación que sienta que el partido les pertenece. O los [nuevos actores] que entran al concurso político [...] se dan cuenta de que no hay caso [frente a las previas generaciones] [y construyen] estructuras propias para competir con los padres. [...] [En efecto,] lo que yo digo que está pasando en Chile no es tanto una crisis política. [...] Lo que yo creo que pasa es que no hay generación que pueda vivir con épicas prestadas (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Por lo tanto, lo que Bellolio vislumbra en relación a esta pugna generacional es que en la derecha – aunque también en la izquierda– hay nuevas generaciones que no tienen cabida en la política diseñada por la generación anterior, sobre todo dado que las antiguas generaciones no han abierto el espacio para que haya un recambio al interior de los partidos políticos. De este modo, los nuevos actores han buscado sus propias formas de articulación política, por ejemplo: Evópoli. Se trata de nuevas formas de articulación que en la práctica les permiten a estos nuevos actores no sólo integrarse al sistema político, sino que también, mediante dicha integración, promover una narrativa propia que no le pertenece a las generaciones anteriores.

Por su parte, Joaquín García-Huidobro, quien se refiere específicamente a la razón por la cual han surgido con fuerza nuevos movimientos políticos en la derecha, sostiene lo siguiente:

¿Por qué surge eso? Bueno, por la insatisfacción con los partidos tradicionales. Y ahí entre los dos partidos tradicionales hay que hacer un diagnóstico muy distinto. Digo, entre RN y la UDI. RN lo ha hecho extraordinariamente bien. Entre otras razones porque RN nació plural y para ellos la variedad de sensibilidades no es un problema, ni de generaciones. [De hecho,] están acostumbrados al conflicto. En cambio, la UDI, que ha sido mucho más monolítica, no ha sabido leer los nuevos tiempos. Y tiene ahí un problema muy serio (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Así, lo que García-Huidobro señala es que una de las causas del auge de nuevos grupos de derecha ha sido el propio desempeño de los partidos políticos transicionales. De modo que este autor plantea que ante la insatisfacción que estos han producido se han levantado nuevos grupos de derecha. Sin embargo, García-Huidobro es categórico al decir que RN lo ha hecho mejor que la UDI, en el sentido de que la flexibilidad de RN (descrita en la sección 3.1.1 de este capítulo) ha permitido la integración de nuevos actores en sus filas; mientras que el carácter monolítico de la UDI no ha permitido tal movimiento integrador. En tal sentido, la derrota de Jaime Bellolio frente a Jacqueline van Rysselberghe en torno a la presidencia de la UDI es un claro ejemplo de dicho fenómeno.

Por su parte, Axel Kaiser sostiene que ha habido una emergencia de nuevos actores en la derecha en el marco del auge de las nuevas generaciones dado que había, con anterioridad a la aparición de estas nuevas figuras, una completa

[...] atrofia en la derecha tradicional. Había una sensación de “nosotros lo logramos” y un estancamiento total a nivel intelectual, a nivel económico, a nivel político. O sea, tú veías, primero, los mismos liderazgos de siempre. Cuando alguien trataba de surgir, le cortaban las piernas. Partamos de esa base. El mejor ejemplo es Jaime Bellolio intentando llegar a la presidencia de la UDI. El mismo José Antonio Kast tuvo que irse de [aquel partido]. El mismo Felipe Kast tuvo que armar su propio movimiento. Porque

estaban totalmente anquilosados por los coroneles. [...] Entonces, empezó a pasar a nivel político eso. Y a nivel intelectual, no hubo necesidad de preocuparse porque la derecha es cosista, la derecha es Lavín, la derecha es: ¿cuánto hay en la cuenta corriente a fin de mes? (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En tal sentido, lo que Kaiser señala es que el hecho de que las nuevas generaciones no tuviesen un espacio en la derecha —la cual ha estado dominada por los viejos estandartes del pacto transicional— fue el mayor incentivo para que se creasen nuevos grupos derechistas. Esto es, grupos que han buscado su espacio en el actual contexto político. Sin embargo, también advierte que el hecho de que la derecha se haya acostumbrado a las ideas provenientes del pacto transicional, ha implicado —como ya se ha visto anteriormente— que esta última se quedara “en silencio” (Mansuy 2016c) o se manifestase como una derecha atrofiada presa de lo que Kaiser ha denominado una “anorexia cultural” (Kaiser 2009). Esto último también abrió el espacio para que surgiesen nuevos actores derechistas dispuestos a repensar las ideas que habían constituido a este sector desde los años 90 hasta la actualidad. De hecho, fue a partir de esto último que también surgieron nuevos *think tanks* de derecha dispuestos a ir más allá de los razonamientos económicos y legales para aventurarse en el espacio de las ideas. Esto es, ya sea para cuestionar las ideas que constituyen actualmente a la derecha o para potenciar las ideas que ya existen y usarlas como justificación intelectual del modelo económico y legal defendido por este sector.

Por su parte, también en relación a la emergencia de nuevos actores en la derecha, Jorge Jaraquemada señala que aquello tiene que ver con lo siguiente:

Yo creo que la derecha es un sector muy homogéneo en ideas que mira la diferencia como algo negativo. Y yo creo que empezaron a surgir nuevas generaciones que empezaron a cuestionar que estos partidos de antaño no vinieran absorbiendo estas nuevas ideas, no vinieran poniéndose al día de los cuestionamientos o de los debates públicos que se hacen en Europa o en los Estados Unidos. Pero también que no estaban dando adecuada respuesta a los cambios que al lo menos se estaban vislumbrando en la sociedad chilena. Entonces, yo creo que la respuesta es una respuesta de insatisfacción, porque no encontraban una cabida o un relato coherente en lo que ya existía. Entonces, [dichas generaciones] dicen: bueno, me siento de derecha, comparto estas ideas de libertad, estas ideas de justicia, pero no me acomodo al estilo de, o la homogeneidad de estos dos grandes partidos. [Por lo tanto], me voy por una tercera vía. Por otro lado, los nuevos *think tanks* tenían esta crítica de que los que existían se dedicaban solamente a las políticas públicas (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

De este modo, la opinión de Jaraquemada se enmarca en la misma línea de las argumentaciones previamente expuestas. Sin embargo, este último repara no sólo en la falta de espacio en política que *de facto* han tenido las nuevas generaciones en la derecha, sino que también en el hecho de que la derecha transicional no acepta grandes diferencias discursivas, lo cual no permite que exista un espacio para las nuevas ideas traídas por las nuevas generaciones. Además, Jaraquemada también repara en que el discurso que la derecha transicional ha tenido hasta hoy en día tampoco se ajusta ni a los intereses de las nuevas generaciones ni a las problemáticas de la sociedad chilena contemporánea. Desde esta perspectiva, el problema generacional no sólo se trata de falta de espacio político y discursivo para las nuevas generaciones, sino que también de una falta de actualización del discurso de la derecha transicional en relación a los problemas o exigencias del Chile actual.

Por último, específicamente respecto al surgimiento de Evópoli, un partido político que representa cierta renovación tanto a nivel político como discursivo, Valentina Verbal sostiene lo siguiente:

[...] Evópoli surgió fundamentalmente porque Piñera llamó [...] a muchos a independientes integrar su gabinete. Y, en términos prácticos, [...] hubo algunos ministros de Piñera como Felipe Kast, Felipe Morandé y Luciano Cruz-Coke, que eran independientes y que no se sentían cómodos con ninguno de los otros partidos. Esa es una razón que no es menor. Personas que fueron ministros, cargos que eran importantes, no se sintieron representados ni por la UDI ni por RN. Pero al ir ellos al gobierno, se les

despertó un apetito político muy fuerte, un sentido de participar, de seguir proyectándose. Felipe Kast después como diputado, ahora es senador. [...] Luciano Cruz-Coke ahora como diputado, pero siguió siempre participando en Evópoli. Felipe Morandé siempre participaba en Evópoli muy activamente. [...] Esa es una razón. Y lo otro es que, con estos cambios culturales, por ejemplo, los valóricos, estas personas que adhieren a estos cambios, también veían que en los otros partidos no eran tema. [...] Entonces, era necesario construir una cosa distinta, una derecha más moderna. No tan pegada al pasado. Y por eso prefirieron optar por construir un movimiento nuevo (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

En tal sentido, lo que sostiene Verbal es que, a un nivel práctico, la experiencia política que adquirieron durante el primer gobierno de Piñera algunos de los que ahora integran Evópoli, los llevó a querer seguir estando en política. Sin embargo, el hecho de que estos últimos no se sintiesen representados en ningún partido político transicional, los llevó a querer formar su propio movimiento político. Asimismo, esta historiadora también señala que esto no sólo ocurrió por afanes políticos, sino que también porque las ideas de estos ex ministros –los cuales pertenecen a una generación nueva– no eran compatibles principalmente en términos morales con lo defendido por los partidos transicionales. De modo que esto último también influyó de un modo determinante en que se plantease la necesidad de crear un movimiento de derecha alternativo a la UDI y RN. Además, en este mismo sentido, pero en relación al surgimiento de los *think tanks*, Verbal sostiene que

[...] los *think tanks* surgieron también en gran parte [por lo ocurrido en el] 2011, por la necesidad de dar una respuesta a la derecha frente a lo que estaba pasando. Frente a esta crisis de legitimidad, o cambio de ciclo. Algunas personas, intelectuales, se fueron dando cuenta de que la derecha estaba dando respuestas insuficientes. Piñera no pudo dar una respuesta profunda con un sentido de justicia frente a eso. Y los *think tanks* empezaron a decir cómo podemos construir un relato ideológico, [Esto es,] no un relato meramente comunicacional, [sino que] ideológico, para efectos de llenar ese vacío que había tenido el gobierno de Piñera (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

De modo que Verbal señala es que los nuevos *think tanks* surgen –asunto que se examina en el capítulo quito– en torno a la emergencia del relato. Esto es, de un relato que, por ejemplo, pudiese haber respondido a las problemáticas de las movilizaciones estudiantiles con un sentido de justicia. Según Verbal, el gobierno de Piñera y los *think tanks* tradicionales no lograron realizar dicha respuesta con efectividad, sobre todo porque estaban dedicados a las políticas públicas más que a la reflexión ideológica o doctrinaria.

3.3.2 Subsidiariedad y focalización en el contexto de las nuevas clases medias

Uno de los conceptos centrales del sistema de creencias que ha constituido a la derecha transicional es la subsidiariedad. Esto es, un concepto que, a nivel práctico, ha tenido su correlato en las políticas de focalización. Sin embargo, tras los procesos de modernización gestados principalmente desde la década de 1980 hasta la actualidad, dichas políticas focalizadoras han tenido que lidiar con el hecho irrefutable de que en Chile la clase media –aunque variopinta– se ha expandido y, con ello, también sus necesidades. Es decir, necesidades que ya no son la de las masas populares que tenían como aspiración fundamental salir de la pobreza, sino que, por el contrario, necesidades que tienen relación con la aspiración mesocrática de no descender de escalafón socioeconómico. Además, el hecho de que las clases medias se hayan expandido ha implicado también que el sujeto electoral más importante en la actualidad para ganar contiendas por el poder –sobre todo a nivel nacional– sea este sector socioeconómico –la clase media–. En tal sentido, ¿cómo puede la derecha seguir defendiendo las políticas focalizadoras en un contexto de una clase media expandida que se sitúa como el sujeto electoral más relevante a la hora de definir contiendas por el poder? ¿Cómo la derecha puede seguir defendiendo la focalización en un contexto donde la pobreza extrema se ha reducido y la clase media

se ha posicionado como el sector socioeconómico principal? Estas son algunas de las problemáticas que está enfrentando actualmente la derecha y es a partir estas coyunturas que ciertos sectores de derecha han intentado repensar el asunto de la subsidiariedad y la focalización. Esto es, incluso llegando –en algunos casos– a planear la necesidad de renovación en estos ámbitos. En efecto, ¿deben la focalización y la subsidiariedad seguir teniendo lugar del modo en el que hasta ahora se han desarrollado tras el ya mencionado contexto de reducción de la pobreza y expansión de la clase media?

Para comenzar, Arturo Fontaine, quien se refiere a la vigencia de las políticas de focalización en relación a la expansión de la clase media, plantea que

[...] las políticas de focalización son fundamentales. [...] Focalizar para el grupo más vulnerable me parece que es una prioridad ética número uno [...] Ahora bien, esto es compatible, en la medida que el país crezca económicamente, con algunas políticas pro clase media. [Y, de hecho,] tú ves que los políticos chilenos de derecha están todos hablando de esto. ¿Y qué es lo que están pensando? En el fondo la esencia [es que hoy] tenemos una clase media que es la mayoría. Y eso hace que los votos estén ahí. Además, son los que tienden a votar más que los otros [-los pobres-]. ¿Y cuál es el temor de esta clase media? [Dicho temor tiene que ver con que] la gran mayoría vive muy al justo dado lo que deben. [Por ende,] si se produce la cesantía, si se produce una inflación, ellos lo que temen es el retroceso, el volver caer a la pobreza. [...] Y ahí hay espacios para políticas [pro clase media] (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Así, lo que Fontaine señala es que parte de la derecha –desde una perspectiva pragmática– ha aceptado que existe la necesidad de expandir la focalización a los nuevos grupos socioeconómicos que no necesariamente representan a la población más pobre de Chile. Según Fontaine, esto tendría que ver con motivaciones electorales, lo cual habla de que dichos movimientos de “renovación” en el sector corresponden eminentemente a una necesidad de adaptación. Todo esto, puesto que la clase media se ha expandido y es una mayoría electoral necesaria para ganar elecciones. Por ende, cierta derecha ha aceptado la necesidad de aumentar el gasto público con medidas pro clase media, sobre todo por razones electorales.

Por otro lado, Axel Kaiser, desde una postura ciertamente ortodoxa con respecto al marco teórico libertario, plantea que la focalización no debe ser modificada y que no hay que ampliarla para satisfacer las necesidades de la clase media. De hecho, Kaiser señala lo siguiente en este respecto: “Yo creo que la focalización debe ser la prioridad porque de partida, claro, nosotros en estos minutos somos un país bastante más desarrollado que hace 30 años, pero seguimos siendo un país que tiene un 7% a 8 % de pobreza, con un nivel ingreso medio muy bajo para lo que es comparado con países desarrollados. Y con un gasto fiscal que debiera enfocarse en la gente que más lo necesita” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). Además, Kaiser agrega a esto último:

Yo soy partidario de la focalización estricta y del Estado lo más pequeño posible. [...] La teoría económica y la evidencia económica empírica enseña que no es buena idea ir expandiendo demasiado la asistencia del Estado porque después no la puedes parar. Y la redistribución crece y crece. Y después tienes que endeudarte. Y tienes a todos los países europeos endeudados y no tienen como cortar ahora el problema del gasto. Y entonces esto te genera otro tipo de problemas aparte de la dependencia que en muchos sentidos se va produciendo con esa redistribución tan generosa que se realiza a partir de los estados. De alguna manera creo que esto va a pasar igual en Chile. O sea, esto va a ocurrir, porque los incentivos en un régimen democrático a los políticos para ofrecer cada vez más para salir elegidos [son muchísimos]. Y obviamente las personas votan por aquellos que ofrecen más (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Luego, en relación a la problemática de cómo hacerse cargo de la expansión de la clase media y sus necesidades, Kaiser señala:

Yo le haría la vida más fácil a la clase media de otra manera. Yo trataría de bajar impuestos. [...] [Además], en materia universitaria, recortaría las carreras que son excesivamente largas. [...] [También]

incorporaría muchos más elementos de competencia y obviamente programas de becas para alumnos talentosos. Pero yo trataría de poner el énfasis de la superación personal y salir adelante mediante la responsabilidad personal y no en que el Estado te va a dar algo. [...] [En tal sentido], cuando tu creas una estructura, por muy pequeña que sea, [basada en el patronazgo estatal,] el Estado va comenzar a crecer de manera voraz. Es inevitable. Yo no conozco ningún caso que no sea así. Tú empiezas a crear una institución burocrática [...] y mírala 10 años después. Siempre es lo mismo. Míralo con cualquier programa de ayuda social [del mundo], sigue creciendo (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

De este modo, Kaiser es claro respecto a la postura que a derecha debería tomar. Este autor sostiene que, aunque haya una clase media en expansión que posee nuevas necesidades y que se constituye como un sujeto electoral importante, la focalización debe seguir siendo defendida en su forma ortodoxa. Esto es, principalmente dado que, según Kaiser, si se comienza a expandir el gasto público en sectores sociales que no son los más vulnerables, lentamente el Estado y el gasto público irán creciendo sin detenerse. De este modo, para Kaiser, mantener la focalización también significa mantener limitado el crecimiento estatal, lo cual sería un elemento fundamental de la forma de libertarianismo que este autor defiende. Así, lo que Kaiser propone es que los impuestos sean reducidos en vez de que el Estado ayude a la clase media mediante programas y subvenciones. Sin embargo, desde un punto de vista descriptivo, Kaiser es pesimista con respecto a la posibilidad de que la focalización sea mantenida en su forma ortodoxa. Es más, teniendo en cuenta cómo funciona el juego democrático, Kaiser señala que es inevitable que las políticas de focalización sean extendidas. De modo que Kaiser vislumbra que en esta área la derecha sufrirá sin duda modificaciones.

Por su parte, Luis Larraín, quien ciertamente adopta una postura inspirada en un pragmatismo bastante explícito, plantea que la idea de la focalización ortodoxa sí puede ser modificada teniendo en cuenta las circunstancias que vive el Chile contemporáneo. De hecho, Larraín señala lo siguiente en este respecto:

[...] esto es una cosa de realismo político. En un país que tiene entre un 30% y 40% de la población en extrema pobreza, hace todo el sentido del mundo una política de focalización del gasto público. [...] Porque hay una situación urgente que resolver. Cuando ese mismo país 30 años después tiene un 8% de la población en extrema pobreza, entonces la focalización es una política justa desde el punto de vista de nuestros principios, pero inútil desde el punto de vista político porque solamente estamos apuntando al 10% de la población. Entonces, lo que ocurre es que hoy en día nosotros tenemos una clase media que se sitúa entre un 55% a 60% de la población. [De modo que] si tú no tienes una oferta política para esa clase media entonces no puedes aspirar a gobernar (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

En tal sentido, con respecto a si la focalización debería ser extendida, Larraín agrega:

En la política social nosotros reconocemos [como gobierno] –y está en el programa de Piñera– que hay que focalizar el gasto, pero que también hay que atender a la clase media con un concepto que llamamos “clase media protegida”. Se trata de un concepto que introdujimos nosotros en el programa de Piñera. [...] Y es que la clase media necesita una política social, pero que es radicalmente distinta de la política social que requiere la gente pobre. ¿Y en qué consiste esa política social? En hacerse cargo de las contingencias que tiene la población de clase media. ¿Y cuáles son esas contingencias? La población de clase media es una población que sociológicamente se ha hecho a partir del modelo económico de libre mercado, que valora los logros que ha alcanzado con ese modelo, pero que está sujeto a ciertas vulnerabilidades en contingencias especiales. Por ejemplo, en salud. Con el costo de la salud [...], ninguna familia de clase media puede, sin un descalabro familiar y social, abordar un evento catastrófico en salud. [...] [Asimismo, con respecto al] financiamiento de la educación superior, [...] el pago mensual que llega a hacer una familia chilena de clase media [...] ha sido una cuestión desproporcionada. Este tipo de eventos tienen que tener una respuesta por parte de una política pública y el Estado. Y por eso nosotros hablamos de un concepto que más que de derechos sociales, es de seguros sociales. Y el concepto de clase media protegida toma situaciones de desempleo, salud y educacionales, y trata de diseñar programas para hacerse cargo de esas contingencias (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, en el marco de dicho programa diseñado para la clase media, Larraín también señala que “[...] yo le mentiría si le dijera que [esto] no avanza hacia un cierto Estado de bienestar. [...] [Sin embargo, si bien esto guarda similitud] con ciertos elementos del Estado de bienestar, [no guarda similitud alguna] con los derechos universales. Yo creo que ahí está la gran diferencia con la izquierda. Nosotros no creemos en derechos universales, no creemos en que el Estado tiene que pagar la universidad de los hijos de las familias adineradas” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). En tal sentido, con todo lo expuesto anteriormente, se puede decir que la postura de Larraín es interesante. Esto es, en el sentido de que entiende que a nivel práctico el asunto de la clase media es algo importante puesto que sin ella la derecha no puede aspirar a gobernar a un nivel nacional. De modo que el camino que debe tomar la derecha, según este autor –que es el camino que está tomando Piñera mediante su programa de “clase media protegida”–, es uno en el cual se expanda la focalización a ciertos problemas específicos que podrían existir en este sector socioeconómico. En efecto, lo que señala Larraín es que si bien lo que plantea esta expansión de la focalización es un uso del gasto público no en los más necesitados, dicho uso no debe ser visto desde la lógica de los derechos sociales, sino que desde la lógica de los seguros. Lo que quiere la clase media –y lo que puede ofrecer la derecha– es un sistema de seguros que, valga la redundancia, asegure que lo que ha obtenido este sector socioeconómico en las últimas décadas no sea perdido. Esto es, dado que lo que más temen las clases medias es volver al estado de pobreza en el que vivían las antiguas generaciones de las cuales ellas provienen. Dicha diferenciación entre lo que es un seguro y un derecho, es lo que le permite a Larraín justificar la diferencia necesaria que debe existir entre la oferta de la izquierda y la derecha. De modo que esto último facilita que la expansión de la focalización pueda ser aceptada por el sector derechista sin que surja necesariamente un sentimiento de traición o heterodoxia.

Por último, Jorge Jaraquemada, quien también acepta la necesidad de la expansión de la focalización –sobre todo por razones prácticas–, defiende dicha postura sosteniendo que hay un mal entendido respecto cómo debe ser entendido el principio de subsidiariedad. Jaraquemada señala lo siguiente: “[...] yo creo que se suele mal entender el tema subsidiariedad como un principio económico. La subsidiariedad es un principio que tiene que ver más bien con una dimensión ética. Y se aplica de manera prudencial. Entonces, si alguien me dijera cual es el justo medio: ¿subsidiar al 10% o subsidiar al 90%? No tengo idea. La respuesta es una respuesta prudencial. Y a lo mejor ambas respuestas pueden ser subsidiarias” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). En tal sentido, lo importante del argumento de Jaraquemada, es que mediante este último se puede seguir sosteniendo la necesidad de mantener la subsidiariedad como principio derechista incluso si la focalización se extiende. Esto viene a potenciar lo señalado por Larraín, en el sentido de que no se trata sólo de que la diferencia entre seguro y derecho universal justifique la aplicación de una política de focalización extendida, sino que el mismo principio de subsidiariedad *per se* admite la extensión de la focalización en tanto aquél debe ser aplicado de manera prudencial. De modo que el principio de subsidiariedad no dependería del porcentaje de población al que se le focalicen los recursos, sino que más bien dependería, en tanto principio ético, de la necesidad de establecer una lógica de subsidios que se diferencie de toda concepción universalista de los derechos sociales en el ámbito de la redistribución de los recursos económicos. En tal sentido, el porcentaje a redistribuir depende del contexto social y económico de un país, más esto último no debe ser confundido con que desde una perspectiva moral sea justo que todos los individuos, desde un punto de vista universal, sean objeto de un proceso de redistribución.

3.3.3 Liberalismo moral y conservadurismo en la derecha chilena: el caso de Evópoli

Sin duda uno de los tópicos más controversiales cuando se trata de entender las áreas en las que la derecha chilena podría renovar sus ideas es el área moral. Esto es, dado que dicha área se enmarca dentro de un cambio generacional y valórico que, en la actualidad, ha colisionado fuertemente con la larga tradición conservadora de la derecha chilena. De hecho, es precisamente en el marco de dicho cambio generacional y valórico que ha tenido lugar un fenómeno particular en la derecha, a saber: la aparición del nuevo partido político, Evópoli. En el marco del contexto previamente mencionado, Evópoli ha buscado encarnar un liberalismo moral que ha estado –en términos generales– débilmente representado por los partidos políticos transicionales, en el sentido de que estos últimos han estado claramente determinados una tradición conservadora en términos morales. Este apartado examina el caso de Evópoli con el fin de dilucidar cómo este partido político ha logrado encarnar hasta ahora una postura moral de corte liberal al interior de la derecha chilena.

Para comenzar, Cristóbal Bellolio señala lo siguiente con respecto a Evópoli:

La existencia de Evópoli [...] era básicamente la crónica de un éxito anunciado. Porque la derecha chilena en los 90 lo que hace es abdicar de una estrategia que había sido básicamente la estrategia que ocupó durante todo el siglo XX. En el siglo XX, la derecha chilena fue compuesta por la misma élite, en términos de clase, pero una élite que iba a misa y una élite que no iba a misa. A la que iba a misa se le llamaban conservadores y a la que no iba a misa se le llamaban los liberales. [...] Era donde estaba el nervio dramático de la discusión del siglo XIX, entre liberales y conservadores. Eran primos, pero unos querían que Chile fuera un Estado laico y los otros no. Pero ambos querían defender sus intereses económicos. [...] Unas élites eran urbanas, otras terratenientes. [...] En los años 90, Andrés Allamand y compañía, la llamada Patrulla Juvenil, trató de que en la derecha post-Pinochet nuevamente existieran dos polos. Una derecha conservadora que iba a ser la UDI, que es la auténtica nueva derecha en términos de que es un grupo que aparece de una burguesía educada urbana, y ellos, [–el grupo de Allamand–], trataron de crear el polo liberal [...] y les fue mal. Entonces, de ahí en adelante, la derecha chilena fue solamente conservadora. [...] Y [en tal sentido] es muy llamativo como casi toda la derecha vota igual en los temas llamados “valóricos”. Pero era obvio que iba a aparecer una generación que ya no iba a estar vinculada afectivamente a la dictadura, porque acuérdate que estos dos partidos, la UDI y RN, nacen para extender la obra de la dictadura. De hecho, el gran drama que tienen es si sacan o no de sus declaraciones de principios la frase que habla de la gesta liberadora de 1973. Entonces, [...] el tipo que ya tiene 20 años, que está en la universidad, que le gustan las ideas del mercado, que siente de derecha, pero no está ni ahí con Pinochet, porque básicamente es un personaje de la historia para él, y que lleva un Chile distinto bajo su piel por defecto, es decir: tiene amigos homosexuales, [...] fuma marihuana y lo ve como normal, ese tipo no va a ser UDI. Ese tipo está buscando una [...] cultura de la derecha que sea más *ad hoc* a la experiencia de su tiempo. Evópoli le proporciona eso (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

A esto último Bellolio agrega: “Si es que fuera por hacer una derecha más liberal en lo valórico y post-pinochetista en lo biográfico, ya con eso Evópoli podría decir que con eso ya cumple la función de renovar la derecha. [...] [De hecho,] el proyecto de una nueva derecha valóricamente liberal [...] y desde el punto de vista político post-pinochetista en lo biográfico, [...] está dando bote y le debería ir bien porque está empalmado con la experiencia de la nueva generación proclive a ese mundo” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). En tal sentido, lo que Bellolio señala es que *de facto* Evópoli puede encarnar a las nuevas generaciones que se sienten ajenas al pasado autoritario y que son más abiertos en las materias morales. De modo que este autor plantea que el proyecto de este partido de derecha tiene altas posibilidades de ser exitoso en el marco del auge del cambio generacional y valórico al que Chile está asistiendo. Además, plantea que este partido político no sólo encausa la visión de mundo de las nuevas generaciones derechistas que se sienten ajenas a Pinochet, sino que también se expresa como una derecha que viene a reivindicar el modo en que los partidos políticos de derecha

tradicionales del siglo XX se desenvolvían. Esto es, un modo en el que claramente el conservadurismo y el liberalismo estaban diferenciados a un nivel doctrinario. Sin embargo, es necesario aclarar que, si bien en un largo plazo el proyecto de Evópoli podría tener éxito, en el corto plazo aún este movimiento político no ha logrado posicionarse al interior de la derecha en general como un sector dominante (esto se refleja en las últimas primarias derechistas para las presidenciales y en la cantidad de diputados y senadores que este sector posee). Es más, es interesante evaluar cómo este nuevo partido político se posiciona en un entorno donde la derecha transicional y su proyecto aún están vigentes.

Por su parte, siendo ciertamente más crítico con respecto a la aparición de Evópoli, Joaquín García-Huidobro plantea que este partido político ciertamente “[...] interpreta a esa derecha más liberal, más burguesa, de alto poder económico” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Sin embargo, García-Huidobro también señala que Evópoli “[...] partió como una derecha muy social, [pero] terminó defendiendo ‘libertades rosas’ y la agenda de la izquierda” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). De modo que según lo declarado por García-Huidobro, el liberalismo moral de Evópoli se correspondería más con la izquierda que con la derecha.

Por último, en la misma línea de García-Huidobro, Daniel Mansuy, sostiene que:

[...] yo creo que la posición de Evópoli es súper legítima. [...] [Sin embargo,] yo no la comparto. [De hecho,] yo diría que, al asumir esa posición, [los de Evópoli] se alejan de la derecha y se acercan a una teoría más puramente liberal. [En tal sentido,] mi duda con Evópoli siempre ha sido [la siguiente:] cuando dicen ser una derecha liberal o liberalismo de derecha, ¿cuál es el adjetivo y cuál es el sustantivo? Porque ser de derecha no es ser íntegramente liberal. [...] [De hecho,] ser de derecha no es ser liberal de ese tipo, porque la derecha cree en algunas cosas como el orden, la tradición o la nación. Pero cuando no queda nada de eso [...] yo tengo el legítimo derecho a preguntarme en qué medida usted sigue siendo de derecha (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Así, según Mansuy, el liberalismo moral de Evópoli no debería ser llamado de derecha. Esto es, dado que dicho liberalismo prescindiría de ciertas ideas fundamentales que algunos considerarían esenciales dentro del ideario derechista.

3.3.4 La derecha transicional y la revalorización de las ideas: hacia la superación del apoliticismo y el economicismo

Una de las cosas que ha caracterizado a la derecha transicional ha sido el hecho de que esta última, desde que se inauguró el nuevo período democrático, ha sido presa del economicismo, el apoliticismo y de la negación de que esta última posee un sistema de creencias o una ideología que determina sus prácticas. Esto es, especialmente tras la caída del muro de Berlín, la derrota de la izquierda revolucionaria y el auge de la ingenua creencia de que sólo el sector izquierdista se orienta ideológicamente. Tras dichos acontecimientos y en el marco de tal creencia, la derecha transicional sintió que tenía la batalla ganada tras el retorno a la democracia en lo que respecta al modelo socioeconómico, político y moral que defendía. Por lo tanto, bajo tal sentimiento, este sector dejó parcialmente de lado el desarrollo ideológico y doctrinario y se enfocó en el llamado “cosismo” y en la gestión tecnocrática. Esto es, no sólo porque no era necesario enfocarse en las ideas en un entorno de victoria (¿contra quién tendrían que desarrollar una batalla en el campo de las ideas?), sino también porque *de facto* la derecha transicional creía que las ideologías eran “falsas conciencias” de la realidad —una idea que paradójicamente proviene del universo marxista— que se expresan solamente en los movimientos izquierdistas. De hecho, para la derecha transicional, la llamada “sociedad libre” que este sector defendía se contraponía a una izquierda que orientaba su proceder a partir de los grandes relatos. De modo que en el lado de la “sociedad libre” estaban los individuos supuestamente carentes de

ideología y apolíticos que, regidos por preferencias individuales que estarían más allá de todo relato colectivizante, luchaban en contra del totalitarismo ideológico que quería imponer la izquierda.

El distanciamiento que tuvo la derecha chilena con respecto a las ideas disminuyó la posibilidad de que este sector tuviese un relato ideológico desarrollado con el cual pudiera justificar y defender el modelo socioeconómico, político y moral que promovía. Esto es, sobre todo en el marco del surgimiento de los movimientos sociales contrahegemónicos que, a partir del año 2011, cuestionaron el sistema-mundo defendido por este sector. Fue en este contexto de carencia de un relato, de auge de movimientos sociales, de rechazo a las ideologías y de rechazo a la politización, que surgieron nuevos y jóvenes intelectuales derechistas que, aglomerados principalmente en nuevos *think tanks*, han señalado la necesidad de desarrollar un relato o un cuerpo de principios más complejo para nutrir al sector derechista. Esto es, para que este sector pueda defenderse frente a los nuevos movimientos de izquierda, para que se renueve frente a un nuevo contexto chileno que lo exige y para que este sector, también, pueda seguir vigente en la competición por el poder (véase capítulo 4). Se trata de grupos que, en el marco de la llamada “crisis intelectual” de la derecha, han advertido que la derecha debería volver a valorar el plano de las ideas, ya sea para justificar el modelo socioeconómico y político imperante o para poder renovar el ideario que este sector posee en virtud de las necesidades del Chile contemporáneo. En tal sentido, lo que aquí se explora es si realmente ha ocurrido una revalorización en la derecha de las ideas y la política producto de los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018. Esto es, dado que la revalorización de estas áreas es un elemento importante para entender los procesos de modificación ideológica del sector.

Para comenzar, Axel Kaiser, refiriéndose al porqué estaría ocurriendo un avance hacia el campo ideológico en la derecha chilena, sostiene lo siguiente:

Lo que ocurrió es que tú tuviste un régimen autoritario que hizo las reformas económicas estructurales [...] que fueron mantenidas por la Concertación. [...] Gracias a eso Chile se desarrolló como se desarrolló. [...] Pero si bien es cierto que hubo mucha genialidad técnica detrás de todo esto, [...] no existió específicamente, después de la transición hacia la democracia, y antes tampoco, un trabajo de filosofía política profundo de manera tal de que las ideas de la sociedad libre permearan el sentido de justicia de la ciudadanía. Por su puesto estaba el *shock* de la Guerra Fría, cayó el muro de Berlín, entonces de alguna manera [las ideas de la sociedad libre] se daban por sentadas hasta cierto punto. Pero los mismos *Chicago Boys* [...] eran personas extremadamente técnicas que no habían leído mucho de filosofía [...], salvo por José Piñera que tiene en la *Revista Economía y Sociedad* muchos artículos de estos temas. [...] Pero no hubo un esfuerzo por difundir estas ideas [en términos generales]. Después de la transición a la democracia se dio por sentado que “el fin de la historia” de Fukuyama era verdad por decirlo de alguna manera. Eso es lo que digo yo en *La fatal ignorancia*. Y así es como pienso yo comienzan a avanzar las ideas más bien proclives al estatismo, al colectivismo, el igualitarismo, que ponen en cuestión después el modelo por lo menos a nivel discursivo (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En tal sentido, lo que Kaiser señala es que, tras la caída del muro de Berlín, la derrota de la izquierda utópica y el retorno a la democracia, la derecha chilena, desde sus discurso tecnocrático y apolítico, dejó de lado el desarrollo de las ideas y esto abrió sin dudas el espacio para que florecieran y resurgieran gradualmente desde los 90 hasta el día de hoy ideas asociadas al estatismo, el colectivismo, el igualitarismo, etc. Esto último tuvo lugar sobre todo en el marco de los movimientos sociales, ante los cuales la derecha, sin tener demasiadas herramientas intelectuales para responder a sus demandas, no logró elaborar un discurso ideológico o doctrinario capaz de competir, por ejemplo, en materia de justicia social, con las ideas emanadas de la lógica de los derechos sociales. Fue principalmente ante esta nueva coyuntura que los jóvenes intelectuales de derecha –desde sus distintas perspectivas–

lograron vislumbrar este problema, por ejemplo, mediante trabajos como los de Herrera (2014), Kaiser (2009), Urbina y Ortúzar (2012) y Mansuy (2016c).

Por otra parte, con respecto al tema de la revalorización de las ideas y la política, Luis Larraín sostiene que esto último está “[...] pasando desde hace un tiempo. En el año 2010, año en el que yo me hice cargo de LYD, una de las primeras cosas que hice fue [publicar] un libro que escribió Ortúzar y Urbina [...] sobre la centro-derecha. [...] O sea, había [ya en ese entonces] una conciencia de que había que discutir más sobre las ideas [...] y que la política era importante” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). De modo que el mismo director ejecutivo de LYD, un *think tank* caracterizado por enfocarse en las políticas públicas y por proveer apoyo técnico-jurídico a los partidos políticos de derecha a la hora de analizar y promover medidas legislativas, manifiesta que ya en el año 2010 –desde que este último asumió su cargo en este centro de estudios– y por medio de publicaciones como las del libro de Urbina y Ortúzar (2012), había un interés por parte de ciertos sectores de la derecha cuando se trataba del desarrollo de las ideas. De hecho, desde dicho momento en adelante, este mismo *think tank* ha publicado otros libros que ciertamente tienen una orientación humanista asociada tanto a las ideas como a la historia del sector derechista, por ejemplo, el libro *La igualdad liberal* de Lucía Santa Cruz (2018) y el libro *La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y donde debería encontrarlo* de Valentina Verbal (2017). Esto último da cuenta de que incluso en un *think tank* como LYD las ideas están adquiriendo una mayor relevancia.

Por su parte, con respecto a la impronta apolítica que caracterizó a la derecha durante el régimen militar y tras el retorno a la democracia, aunque específicamente en el caso de la UDI y el gremialismo, Jorge Jaraquemada señala lo siguiente: “Yo creo que el apoliticismo ha sido una cuestión que ha sido mal entendida. Porque lo que el gremialismo planteo en su momento fue que los cuerpos intermedios, los sindicatos, las federaciones de estudiantes, no debían ser politizados para los fines de los partidos. Pero eso no es apoliticismo, es evitar que sean politizados, que sean manipulados para que converjan en sus intereses con los mismos” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). De modo que Jaraquemada es bastante claro con respecto al hecho de que, al menos en lo que respecta a la UDI, no ha existido algo así como una orientación apolítica –como la que fue manifestada expresamente por los *Chicago Boys*–. De hecho, lo que señala Jaraquemada, es que lo que la UDI y el gremialismo han realizado es una crítica radical al modo politizado en el que pueden actuar los partidos políticos. Esto es, un modo en el cual estos últimos pueden subsumir a los cuerpos intermedios y a los individuos bajo estructuras ideológicas y políticas centralizadoras donde se subordinan los intereses de dichos grupos e individuos a las exigencias colectivas de los partidos. Sin embargo, aquello no es una crítica a la política *per se*, sino que a un modo particular de hacer política. Es más, el foco en los cuerpos intermedios y los individuos sería otro modo de hacer política, uno en el cual los intereses de dichos grupos no se subordinarían ante los intereses centralizados de un partido político determinado.

Asimismo, con respecto a la escisión producida entre las ideologías, el relato, y la llamada orientación “cosista” basada en la gestión tecnocrática que existe en la derecha chilena, Jaraquemada señala lo siguiente:

Yo creo que las políticas públicas y la defensa de las políticas públicas son la bajada del relato, la bajada del proyecto político. Es decir, yo no hago políticas públicas porque me parezca eficiente económicamente, sino porque me parece que corresponden a la concepción ideológica que a mí me parece que le provoca un mayor bienestar al país o que concilia mejor la libertad con la justicia. En este sentido, [...] no se trata acá de hacer una lista de supermercado. [...] [Esto es, porque] finalmente la política pública es una técnica y la técnica siempre van a estar al servicio de la política. Y la política tiene una dimensión ética, y por lo tanto lo que es relevante son las decisiones políticas que yo tomo. Porque esas

son las decisiones que pueden ser objeto de un enjuiciamiento ético (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, Jaraquemada reconoce que no se pueden llevar a cabo seriamente políticas públicas sin asumir que existe un relato de fondo en el que se funden dichas políticas. Esto es, dado que toda política pública responde a un contexto social y cultural que exige respuestas éticas, por ejemplo, que sea hagan cargo de los problemas de la justicia social. Sin embargo, acá Jaraquemada se expresa a un nivel normativo más que descriptivo, sobre todo dado que, según lo examinado en este estudio, la derecha se ha enfocado, desde que se inauguró la democracia, principalmente en la gestión tecnocrática. No obstante, lo importante en lo expresado por Jaraquemada, es que sus declaraciones dan cuenta de que ha comenzado a existir en la derecha una conciencia de que el desarrollo ideológico es importante y necesario.

Por último, también conforme a la relación existente entre derecha, política e ideologías, Valentina Verbal sostiene la derecha

[...] no desprecia a la política como tal. Es una derecha que igual tiene un sentido [...] de lucha por el poder, por algo hay partidos y hay harta gente que está metida [en ellos]. [...] [En tal sentido, la derecha] no desprecia a la política como tal. Pero si es una derecha que desprecia, efectivamente, todavía, a pesar de todo este desarrollo intelectual que a habido, [...] el campo de las ideas. Es una derecha muy pragmática y todavía “cosista”, que se preocupa básicamente de las cosas concretas, de la eficiencia, y no de generar como un discurso o relato. Y por supuesto hay que preocuparse de las cosas concretas, todo eso, pero esto puede ser [...] con un mejor fundamento ideológico. Y efectivamente, [...] la derecha asocia la palabra ideología [...] [con] la acepción como más marxista: como mitificación, falsificación, y no en un sentido más *soft* que es un sentido que se puede usar, y que conviene usar, que es la valoración del conjunto de ideas, de lo ideológico como fundamento de la acción política. Y eso es muy difícil cambiarlo. [...] [En tal sentido,] yo no diría que la derecha es apolítica, sino que es anti ideológica. Yo haría esa distinción [...] No tienen conciencia que hay una ideología detrás. O sea, obviamente hay una ideología detrás, pero [la derecha] no tienen suficiente conciencia [de ello] (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

De este modo, lo que Verbal señala es sumamente importante, a saber: la derecha no es apolítica, sino que anti-ideológica. De modo que teniendo en cuenta esta actitud anti-ideológica que se manifieste en el sector derechista, en términos generales, el problema que vislumbra Verbal es el siguiente:

[...] el problema que tiene [la derecha] no es que [...] defienda la libertad económica, el punto es cómo la defiende. [Lo que debería hacer la derecha es] defender la libertad económica no por razones económicas, sino que por razones por razones morales [...] Porque el libre mercado no es un espacio [...] de alienación, donde la gente es egoísta, que es como una anarquía comercial, una guerra de todos contra todos, un sistema hobbesiano, yo creo que eso no es cierto. El libre mercado es un mecanismo de cooperación social, donde las personas intercambian bienes y servicios que necesitan para sus proyectos de vida, que son proyectos individuales, pero son proyectos individuales que se desarrollan en cooperación con otros, en asociación con otros. Entonces, la derecha debería defender al mercado como un sistema de cooperación social. Y refutar el argumento de que es un sistema de alienación, que produce egoísmo y fragmentación social. Eso sería un paso importante (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por ende, lo que plantea Verbal es que existe la necesidad de transitar hacia una orientación donde las ideas sean revalorizadas dado que el modelo económico que la derecha promueve debería –desde un punto de vista normativo– ser justificado mediante razones morales y no sólo mediante razones económicas. En tal sentido, el mayor problema de la orientación anti-ideológica que posee la derecha, es que esta última no le permite siquiera justificar sus propias convicciones mediante argumentos teóricos que no tengan que ver con un documento técnico que hable de en qué porcentaje del país está creciendo anualmente. Los números expresados en un documento técnico *per se* no pueden dotar, por ejemplo, de un sentido de justicia a una política pública o modelo económico determinado. Para ello,

se necesitan ideas que hablen de en qué medida dicho modelo o dichas políticas son más justas o proveen más libertad. De este modo, si la derecha realmente quiere competir, por ejemplo, con las ideas emanadas de la doctrina de los derechos sociales, pues debe desarrollar un cuerpo de ideas que pueda competir con aquella doctrina en términos equitativos. Esto es, un cuerpo de ideas que puedan dotar de sentido al modelo defendido por la derecha en el contexto de una comunidad política que no sólo busca respuestas cuando se trata de los medios, sino que también cuando se trata de los fines. Es decir, una comunidad que se pregunta, por ejemplo, ¿cuál es la finalidad de una política de focalización? Y ¿por qué esta política podría ser considerada más justa que una asociada a la doctrina de los derechos sociales?

En este capítulo se examinó la identidad de la derecha transicional y la historia política de este sector, lo cual permitió mostrar cómo este último se posicionó frente a las coyunturas ocurridas en Chile entre los años 2010 y 2018. Esto es, eventos amenazantes que podrían haber empujado un profundo proceso de renovación política e ideológica en la derecha chilena. En tal sentido, aquí se examinaron cada uno de los planos en los que el sistema-mundo de la derecha transicional fue amenazado entre los años explorados por este estudio. Es decir, el plano socioeconómico, político, moral y el de los intereses materiales del sector derechista. Del mismo modo, aquí se analizaron las razones de la última victoria presidencial de Sebastián Piñera en un entorno político y social que ponía en cuestionamiento el proyecto de sociedad de la derecha transicional. Además, en este capítulo se establecieron posibles perspectivas de renovación para la derecha chilena. Así, lo tratado en este capítulo tiene una directa relación con el fenómeno examinado en el siguiente capítulo de este estudio, a saber: el “renacimiento intelectual” humanista al interior de la derecha chilena. Dicho “renacimiento” está enmarcado en las coyunturas ocurridas entre los años 2010 y 2018, las cuales, como ya se ha mencionado, amenazaron las prácticas habituales e ideas fundamentales de la derecha transicional. En este contexto de amenaza, surgió una nueva intelectualidad humanista al interior de la derecha chilena que, clamando la necesidad de renovación en el sector, señaló que el momento crítico que vivió el sector entre los años aquí examinados se debió a una “anorexia cultural”, “crisis intelectual”, “carencia de principios” y/o un exacerbado “mutismo” experimentado por la derecha trasnacional. Por ende, el origen de esta nueva intelectualidad derechista, sus diagnósticos y su nivel de influencia en la derecha política, son algunos de los aspectos tratados en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Intelectuales de derecha en Chile: la emergencia de una intelectualidad humanista en un contexto de crisis

Las demandas sociales que el gobierno de la NM pretendió encarnar y conducir durante su periodo presidencial –según lo explorado en el capítulo 3– se extendieron a una serie de planos que hasta cierto punto amenazaron el sistema-mundo defendido por la derecha transicional, lo cual llevó a que se diseminase la idea de que la derecha estaba en una crisis. Sin embargo, dicha crisis, la cual hasta cierto grado se expresó *de facto* tras el auge del segundo gobierno de Michelle Bachelet, comenzó ya a gestarse con anterioridad a dicha coyuntura gracias a los diversos cambios que la sociedad chilena estaba experimentando. Por ejemplo: un cambio generacional liderado por individuos con valores y creencias distintas a las de los viejos líderes políticos e intelectuales, que ya no querían expresarse en política con épicas prestadas, sobre todo si estas últimas provenían del pasado autoritario. Esto último, específicamente en el caso de la derecha chilena, dio lugar al auge de una nueva generación de individuos con una fuerte orientación intelectual humanista que sostuvieron que uno de los mayores problemas de la derecha era que en esta última existe un exacerbado economicismo y una “carencia de principios” suficientemente reflexionados y/o diseminados capaces de hacer frente al entorno político y social del Chile contemporáneo. Esto es, un entorno que, según lo señalado por algunos de estos intelectuales, exige la incorporación de nuevas lógicas de pensamiento ajenas a los discursos de la Guerra Fría, el proceso transicional y el “chicago-gremialismo”. En efecto, la incorporación de estas nuevas lógicas de pensamiento –según lo expresado por algunos de estos individuos– podría ayudar a que la derecha transicional pudiese comprender y contribuir con mejores alternativas a las nuevas problemáticas de la sociedad chilena. Problemáticas que se relacionarían no tanto con los temas técnico-económicos o la dicotomía democracia-autoritarismo, sino que con la equidad de género, el matrimonio igualitario, la definición de los derechos sociales, entre otras problemáticas que hablan de justicia social y que no pertenecen *per se* al proceso transicional. De este modo, esta nueva generación de intelectuales derechistas –la cual esta formada por antropólogos, filósofos e historiadores, entre otros–, sostuvo, en términos generales, entre los años 2010 y 2018, sobre todo tras la derrota del “cosismo” lavinista, las fuertes críticas que sufrió la primera administración tecnocrática de Piñera y el auge de los movimientos sociales (2011), que uno de los mayores problemas de la derecha transicional es la “carencia de un relato”. Esto es, una “carencia de relato” directamente relacionada con una “crisis intelectual”, la cual no le permitiría a la derecha transicional –estando liderada sobre todo por técnicos-expertos– elaborar una narrativa lo suficientemente reflexionada que le permita a este sector dotar de un sentido político al proyecto que quiere defender. Además, según otros de los nuevos intelectuales de derecha, quienes examinan esta problemática desde una perspectiva ciertamente más adaptativa, la “carencia de relato” también se constituyó como un problema para la derecha transicional –sobre todo entre los años 2010 y 2018– porque, por ejemplo, dicha “carencia” no le permitió a este sector responder ideológicamente a las demandas establecidas por los movimientos sociales del año 2011. Esto es, demandas progresistas que tuvieron una fuerte fundamentación ideológica en el marco de la doctrina de los derechos sociales, las cuales no podían ser enfrentadas únicamente mediante documentos técnicos que hablasen del crecimiento anual de la economía chilena.

Este capítulo examina las causas de origen de la nueva intelectualidad humanista de derecha en Chile y el rol que ésta ha tenido en la última década. Esto es, una intelectualidad que se fortaleció entre 2010 y 2018 en el marco de una serie de coyunturas críticas para el sector derechista que fueron exploradas en el capítulo 3. En la primera sección de este capítulo, se examina brevemente la historia intelectual de Chile (1900-1990). Esto es, una historia que, habiéndose desarrollado de manera paralela a las historia política de la derecha chilena explorada en el capítulo 2 y 3, contribuye al entendimiento de las causas que explican el reciente auge de la intelectualidad humanista derechista en un entorno social y político donde la *intelligentsia* predominante ha sido la intelectualidad de tipo experto. En tal sentido, tal como se señala en esta sección, aunque también en la sección 1.2, el auge de la intelectualidad humanista en Chile responde a un proceso global y local de evolución entre los distintos tipos de intelectualidad que han existido en el mundo occidental, a saber: una evolución que, al menos durante el siglo XX, dependió ciertamente de necesidades sociohistóricas según las cuales, en determinados momentos del desarrollo político y social de las sociedades occidentales, algunos tipos de intelectualidad cobraron una mayor relevancia frente a otros tipos de *intelligentsia* que fueron acusadas como obsoletas. En la segunda sección de este capítulo, habiendo ya comprendido a un nivel sociohistórico el tránsito que hubo desde el intelectual humanista hacia el intelectual experto durante el siglo XX, se examinan tanto las razones específicas que permitieron el auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha en Chile entre los años 2010 y 2018, así como también el problema de si realmente existió una emergencia de una intelectualidad humanista en la derecha transicional durante los años previamente mencionados. Esto es, años en los cuales el sistema-mundo derechista fue sin duda puesto en cuestionamiento (véase el capítulo 3). En tal sentido, en esta sección también se examina el problema de si esta nueva intelectualidad derechista efectivamente tuvo entre los años 2010 y 2018 influencia en la derecha partidista y empresarial, aspecto que es importante para definir –desde un punto de vista descriptivo– el nivel de relevancia de este fenómeno intelectual en la derecha chilena. De hecho, el examen de este problema es importante dado que el auge de un nuevo tipo de intelectualidad en la derecha no significa *per se* que dicha intelectualidad sea relevante para quienes representan política y materialmente a la derecha en Chile. Además, en esta sección también se aborda el tema de porqué se cree que ha habido históricamente una carencia de intelectuales humanistas en la derecha chilena, sobre todo en un contexto sociohistórico donde la *intelligentsia* humanista ha sido asociada por antonomasia a la izquierda. Por último, en la tercera sección de este capítulo, se examina específicamente el rol que los nuevos intelectuales humanistas de derecha tuvieron durante la última década, especialmente en comparación al rol que los viejos intelectuales de derecha tuvieron entre 1990 y 2018. Esto último es importante para vislumbrar las diferencias que *de facto* existen entre los nuevos intelectuales humanistas –entre ellos hay distintas orientaciones ideológicas y metodológicas–, así como las diferencias que existen entre estos últimos y los intelectuales derechistas provenientes del proceso transicional. Esto es, intelectuales que –en términos generales– se acostumbraron a defender las prácticas e ideas heredadas del régimen militar.

4.1 La intelectualidad chilena durante el siglo XX: desde la hegemonía del humanista hacia la hegemonía del experto

La historia intelectual de Chile durante el siglo XX ha estado marcada profundamente –si es que no es enteramente– por el devenir político y económico del país. De hecho, la gran mayoría de los intelectuales chilenos del siglo XX escribieron sobre todo –durante el siglo en cuestión– acerca del rol que los políticos, empresarios, latifundistas, la iglesia católica, entre otros actores asociados a la lucha

por el poder, desempeñaron a la hora de promover o detener determinados cambios políticos y económicos en la nación (Correa 2004; Silva 1992). En tal sentido, teniendo en cuenta los problemas sociales y de desarrollo vividos por Chile durante el siglo XX –sobre todo a partir de la llamada “cuestión social”–, el pensamiento de los intelectuales chilenos que tuvo lugar durante dicho siglo estuvo constantemente permeado por los sentimientos de crisis, frustración y desencanto; así como por la necesidad de realizar cambios estructurales o conservar las estructuras representantes de un sistema-mundo tradicional apreciado como una etapa dorada de Chile (Correa 2004). Todo esto, en tanto que el pensamiento de la *intelligentsia* chilena –durante gran parte del siglo XX– intentó responder –de diversas maneras– al paulatino quiebre de una estructura política, social y económica decimonónica que se resistió al cambio a lo largo de dicho siglo. Esto es, al menos hasta la década de 1960, momento en el que se puso en jaque el último residuo del sistema-mundo decimonónico, a saber: el latifundio. Por lo tanto, el pensamiento de los intelectuales chilenos durante el siglo XX ha tenido lugar eminentemente como una respuesta a las diversas coyunturas económicas, sociales y políticas vividas en el país.¹

El hecho de que a partir de los años 30 el Estado haya tenido un rol predominante en el desarrollo social, económico y político de Chile (Góngora 1981), así como también el hecho de que los partidos políticos hayan sido considerados como la columna vertebral de la sociedad chilena durante el siglo XX (Garretón 1983), facilitó dos cuestiones fundamentales: por un lado, facilitó que las investigaciones históricas y sociológicas realizadas por la *intelligentsia* chilena no hayan tenido como tópico de estudio predilecto a la misma intelectualidad; por otro lado, facilitó que los intelectuales chilenos no hayan sido considerados –incluso hasta el día de hoy– como actores realmente gravitantes en lo que concierne al devenir sociopolítico y económico del país. Esto es, aunque *de facto* lo hayan sido. En tal sentido, según Silva (1992), esta situación se debió a varias cuestiones. En primer lugar, se debió a que los encargados de escribir acerca de la historia y la sociedad han sido los mismos intelectuales, por lo que estos últimos han estado más preocupados de escribir sobre política y economía que acerca de ellos mismos. En segundo lugar, se debió a que los intelectuales chilenos, tras la considerable expansión que el Estado tuvo tras primer tercio del siglo XX, terminaron por integrarse a dicho aparato sobre todo en los ministerios y universidades, funcionando desde estos lugares muchas veces a través y para el Estado, los gobiernos de turno y sus respectivos partidos políticos. Mientras que, en tercer lugar, se debió a que en un contexto de expansión estatal y de un fuerte partidismo, fueron los partidos políticos y el Estado los medios mediante los cuales la *intelligentsia* chilena buscó llevar a cabo sus proyectos durante el siglo XX. No obstante, a pesar de la subordinación de la *intelligentsia* chilena a la política, los intelectuales de Chile han estado sin lugar a duda presentes en sus diversas formas y mediante sus distintas funciones detrás del telón político promoviendo alternativas o reaccionando ante las diversas coyunturas críticas sufridas por el país. Esto es, sobre todo influyendo en el pensamiento de políticos, militares, obreros u otros actores que han sido protagonistas del devenir de la historia nacional. Por ende, la relativa invisibilidad que la *intelligentsia*

¹ Esta sección es relevante dado que permite comprender cómo se dio en Chile, como caso particular, el tránsito desde la hegemonía del intelectual humanista hacia la del experto durante el siglo XX. Esto es, un asunto fundamental para entender a qué responde el auge intelectual humanista que ha tenido lugar en la derecha chilena durante las últimas dos décadas. En tal sentido, si lo que se busca es obtener más información teórica acerca de este tránsito, véase la sección 1.2.1. Por su parte, si lo que se busca es obtener información más detallada acerca de los contextos políticos y sociales que en Chile provocaron este tránsito (información que puede complementar a lo aquí señalado), véase el capítulo segundo de este estudio.

chilena ha tenido durante el siglo XX, se ha relacionado no sólo con la ya mencionada subordinación patente de los intelectuales chilenos a la política, sino que también con la ausencia de una tradición cultural en Chile que realmente realizase una diferenciación webberiana entre la práctica política y científica (Barrios y Brunner 1988; Weber 1919). Esto es, al menos hasta el proceso de profesionalización de la actividad intelectual que comenzó a gestarse alrededor de los años 80 y 90.

Ante la crisis centenaria del sistema-mundo decimonónico y ante su prolongación en la llamada “crisis del Estado de Compromiso” que tuvo lugar aproximadamente entre los años 50 y 70 (véase capítulo 2), la *intelligentsia* chilena elaboró distintas respuestas teóricas para entender y dar solución a las coyunturas críticas que Chile experimentó durante el siglo XX. Dentro de estas últimas, se pueden encontrar dos grandes tendencias a lo largo del siglo en cuestión, a saber: una restauradora y una reformadora. Por un lado, desde un punto de vista restaurador, parte de la intelectualidad del país sostuvo que una de las soluciones ante los problemas que Chile experimentaba era que la estructura política previa a la república parlamentaria decimonónica debía ser revitalizada. Para ello, esta intelectualidad recurrió frecuentemente –como figura fundamente de un pasado dorado– a Diego Portales, quien fue otrora el creador de la Constitución de 1833. Los intelectuales que se enfrentaron a las diversas crisis del siglo XX mediante esta lectura “epocalista”, pertenecieron generalmente a corrientes ideológicas asociadas al nacionalismo-conservador de corte revisionista –por ejemplo, Encina (1911) y Edwards (1928)–, al corporativismo estatista de corte nacionalsocialista –por ejemplo, von Máares (1932, 1936, 1940) y los nacionalistas aglomerados en torno a la revista *Estanquero*– y al corporativismo integrista de corte hispanista –por ejemplo, Eyzaguirre (1947, 1948)–. Por su parte, otros intelectuales, sobre todo desde la mitad del siglo XX en adelante, y ciertamente desde un punto de vista reformador, sostuvieron que no se debía revitalizar ni conservar la estructura decimonónica tal como se había conocido, sino que esta última debía ser abolida con el fin de crear un Chile más justo desde un punto de vista social y desarrollado desde un punto de vista económico, sobre todo mediante la eliminación del latifundio, una estructura que representaba el atraso económico y la jerarquía decimonónica. Este tipo de aproximación intelectual abogaba por la realización de cambios estructurales y tuvo lugar sobre todo entre círculos intelectuales y políticos pertenecientes a corrientes ideológicas como el comunitarismo democratacristiano –corriente dentro de la cual destacó Frei Montalva–, el socialismo científico o marxismo –corriente dentro de la que sobresalió Jobet (1955)– y el estructuralismo cepalino que tuvo lugar en el marco del auge de la teoría de la dependencia y el auge de las ciencias sociales como modo de saber humanístico imperante –corriente dentro la que se destacaron Ahumada (1958) y Pinto (1959)–. Del mismo modo, aunque desde el prisma del neoliberalismo, también pueden ser incluidos dentro de esta categoría reformadora los tecnócratas neoliberales del régimen militar de Pinochet –dentro de los que destacó de Castro (1992)–. Esto es, tecnócratas que mediante una revolución capitalista no sólo modificaron la economía chilena y justificaron el autoritarismo mediante una teoría social, sino que también modificaron las relaciones entre Estado y sociedad que habían imperado en Chile desde 1938 (Gárate 2012; Huneus 1998, 2007; Moulian y Vergara 1981; Vergara 1982, 1985).

De este modo, el devenir de la intelectualidad chilena durante el siglo XX estuvo atado fuertemente a las coyunturas políticas, económicas y sociales ocurridas durante dicho periodo, lo cual dio lugar al constante auge de tendencias políticas e ideológicas respaldadas y promovidas por dicha intelectualidad. Esto es, tendencias que intentaron responder a las diversas coyunturas críticas surgidas durante el siglo XX. Sin embargo, a partir de dichos acontecimientos, no sólo se puede observar la caída o el auge de ciertas tendencias o ideologías –como lo fue la necesidad de remplazo del

liberalismo decimonónico por el corporativismo en sus diversos tonos, el marxismo, el neoliberalismo, etc.—, sino que también un tránsito en la hegemonía del tipo de intelectual que intentaba responder a dichas problemáticas coyunturales. En tal sentido, en esta sección se identifican tres etapas de la historia de Chile del siglo XX que determinaron tanto la necesidad de crear nuevas reflexiones que explicaran y solucionaran a los problemas de Chile, como la necesidad del auge de una nueva intelectualidad que reflexionase acorde al espíritu de la época.

La primera etapa tuvo lugar desde el principio del siglo XX hasta los años 50. Se trató de un periodo que se inauguró con la “crisis centenaria” y con la necesidad de dar respuesta al quiebre del orden liberal decimonónico. Durante esta etapa, buscando dar una respuesta a dicha crisis, surgieron los partidos políticos marxistas y socialistas y el nacionalismo conservador de corte revisionista. Asimismo, durante este periodo, tuvo lugar el auge de movimientos corporativistas de corte nacionalista-autoritario y católicos, los cuales, si bien respondían al avance marxista en el contexto de la crisis del liberalismo (pretendiendo ser una alternativa a dichas corrientes), comenzaron a perder fuerza tras el fin de la SGM y el subsecuente pacto de aceptación en torno a la democracia liberal (bloque occidental) o popular (bloque soviético-oriental). De este modo, al menos hasta fin de esta etapa, el tipo de intelectual que imperó en Chile fue el ensayista, un tipo de intelectual humanista.

La segunda etapa tuvo lugar desde la década de los 60 hasta la de los 70. Durante esta etapa, tras el fracaso del plan de desarrollo ISI y la agudización de los problemas sociales en el marco de un proceso de democratización que dejaba insatisfechos sobre todo a los sectores de izquierda, se inauguró un periodo marcado por el auge de las ciencias sociales (Barrios y Brunner 1988; Brunner 1988; Correa 2004; Silva 1992). Esto es, un periodo donde la hegemonía del ensayo histórico e interpretativo se debilitó y surgió la necesidad de fortalecer el estudio de la sociedad desde un punto de vista científico, aunque en la práctica dicho estudio de la sociedad en muchas ocasiones fuese pseudocientífico. En tal sentido, los cambios sociales y económicos que se querían llevar a cabo ante el agotamiento del ISI y el Estado de Compromiso, debían ahora ser justificados a través de la ciencia —al menos discursivamente—. De modo que fue así que en esta etapa surgió un nuevo tipo de intelectual, a saber: el cientista social. Dentro de estos últimos se pueden contar a los politólogos y antropólogos, aunque los más destacados en dicho periodo fueron los sociólogos (Barrios y Brunner 1988; Brunner 1988; Correa 2004; Silva 1992). Según Silva (1992), estos cientistas sociales, los cuales también pueden ser identificados como humanistas según este último señala, estaban encargados de la producción de ideas y símbolos de alcance social; mientras que, además, manifestándose críticos del *statu quo*, abogaban por las grandes transformaciones sociales de corte estructural. En términos generales, estos intelectuales, a pesar de tener una pretensión de científicidad a nivel discursivo, participaban activamente en la política y en su mayoría eran de izquierda. Es más, el socialismo científico era una posición habitualmente defendida por estos últimos, el cual era visto como una ciencia válida.

La última etapa tuvo lugar desde los años 70 hasta el fin del siglo XX. En este periodo, Chile asistió a un periodo marcado por un régimen autoritario y una pactada transición a la democracia en un momento histórico donde, tras la caída del muro de Berlín, los socialismos reales fueron presumidos como derrotados, así como también el intelectual humanista de izquierda. En tal sentido, durante dicho periodo, hubo un tránsito desde la hegemonía del intelectual humanista (ya sea el ensayista o el cientista social) hacia la hegemonía del experto (Silva 1992). Esto es, un individuo con un alto nivel de entrenamiento especializado, principalmente en el área de la economía o la ingeniería, y que considera que los problemas de la sociedad pueden ser arreglados mediante el método científico, más no mediante la política o las ideologías (Centeno y Wolfson 1997; Rumie 2019; Silva 2006). En tal

sentido, sobre todo durante el régimen militar, estos expertos promovieron la idea de que todos los problemas sociales podían y debían ser resueltos por la ciencia y tildaron a los intelectuales humanistas (quienes fueron homologados con la izquierda) como los culpables del descalabro económico y político vivido en la década de los 60 y 70 en Chile (Silva 1992). De este modo, la figura del experto y el discurso tecnocrático permearon fuertemente desde el régimen militar en adelante a la sociedad chilena y a la política transicional. Esto es, incluso si con anterioridad el gobierno de Frei Montalva y Jorge Alessandri tuvieron fuertes componentes tecnocráticos. Es más, durante el nuevo régimen democrático inaugurado en 1990, incluso los gobiernos de centro-izquierda de la Concertación tuvieron una marcada orientación tecnocrática (Silva 2010).

Con todo, tras el régimen militar, la actividad intelectual humanista fue profesionalizada y por primera vez en Chile surgió *de facto* la distinción webberiana entre la política y la labor científica (Weber 1919). Sin embargo, en tanto los expertos economistas e ingenieros alcanzaron la hegemonía intelectual en los círculos políticos, esto implicó la aparición de un nuevo tipo de *intelligentsia* en el horizonte político chileno: el *technopol*. Esto es, un experto que ha pretendido inmiscuirse en la toma de decisiones mediante criterios de *expertise* y cientificidad, pero que no reniega de la política en sí misma, al punto de poseer incluso militancia en partidos políticos y compromisos doctrinarios (Dávila 2011; Delamaza 2011; Domínguez 1997; Joignant 2011). En tal sentido, si bien el intelectual humanista terminó alejándose de la política activa tras los eventos ocurridos en la década de los 60 y 70, fue ahora el experto el que se acercó a la política con argumento de que esta última debía ser profesionalizada y liderada por quienes poseen las herramientas especializadas no para gobernar, sino que para administrar. Así, desde dicho momento en adelante, la política chilena ha estado fuertemente orientada hacia la gestión.

4.1.1 Decadentismo, nacionalismo y corporativismo: la era del ensayista (1900-1950)

Según Deutsch (1999) y Correa (2004), a principios del siglo XX, en la mirada de la mayoría de las élites decimonónicas, Chile estaba en un momento de éxito. La tributación de la exportación del salitre había enriquecido al Estado chileno y esto había permitido a los gobiernos invertir en vías de transporte y comunicación, además de en infraestructura para las ciudades. Sin embargo, esta historia de éxitos instalada alrededor del centenario de Chile es sólo un lado luminoso de la realidad chilena en aquellos días. De hecho, el lado oscuro de del “éxito” chileno fue la “cuestión social” (véase sección 2.2.1). En tal contexto, las diferencias entre pobres y ricos, entre los sectores rurales y urbanos, a pesar de la proclamada excepcionalidad chilena, era muy acentuada (Bergquist 1986). De modo que fue precisamente a raíz de estas circunstancias que se crearon las primeras organizaciones obreras de corte socialista y anarquista que utilizaron como estrategia de presión violentas manifestaciones sociales en las ciudades por un lado y la paralización de las faenas por otro. A partir del año 1890, se inauguró uno de los periodos más violentos de la historia de Chile, a saber: uno lleno de movilizaciones obreras que buscaron llevar a cabo un cambio político-social que terminase con las estructuras oligárquicas de poder y con el sistema liberal-capitalista impuesto por las élites tradicionales (Deutsch 1999). Fue precisamente en dicho entonces que, en 1912, como respuesta a estas problemáticas, Luis Emilio Recabarren fundó el POS, perfilando el camino para el surgimiento del futuro PC, la proletarianización de los trabajadores y el nacimiento de la izquierda en el país (Correa 2004). Se trataba de un movimiento que reivindicaba la dignidad del trabajador, la lucha de clases y la abolición del capitalismo-liberal reinante; mientras que se instalaba como un movimiento con lineamientos ideológicos y políticos claros que desafiaban el orden decimonónico.

En este contexto no sólo los movimientos de izquierda comenzaron a posicionarse críticamente durante este período de crisis centenaria, sino que también hubo movimientos de corte nacionalista que respondieron desde el revisionismo a las problemáticas de este período. A diferencia de los movimientos de izquierda asociados al mundo obrero, los movimientos nacionalistas surgidos alrededor de las primeras dos décadas del siglo XX tenían su cuna en la élite chilena (Sznajder 2015). De hecho, se trató de un sector de la élite que, en el contexto del liberalismo económico y la república parlamentaria (1881-1925), criticaban a las élites dominantes por regalar los recursos del país a actores foráneos sin más afán que la obtención de riqueza personal. Es decir, sin preocuparse del desarrollo de la nación y el devenir de su pueblo. De este modo, acusaban que las élites chilenas estaban pasando por una crisis moral que les había hecho olvidar los valores tradicionales y su rol de dirigentes –rol justificado a menudo por medio de la superioridad racial–, lo cual transformó a dichas élites en un grupo social ambicioso, ostentoso y obnubilado por las ideas foráneas (Correa 2004; Sznajder 2015). Los principales exponentes intelectuales de este lineamiento revisionista fueron Francisco Encina y Alberto Edwards. Estos intelectuales no sólo escribieron muchos ensayos y artículos expresando sus ideas revisionistas, sino que fundaron en 1915 el PNAC, un partido de corta duración que no logró imponerse exitosamente entre el sector social alto de la sociedad chilena, pero que sin duda estableció los primeros fundamentos para las futuras corrientes nacionalistas de la derecha en Chile (Sznajder 2015).

La sensación de decadencia, insatisfacción y frustración respecto a la realidad y el orden presente alrededor del centenario, era expresada –como ya se ha podido apreciar– tanto por sectores conservadores de corte nacionalista como por progresistas. De modo que esta sensación puede ser rastreada en diversos autores a principios de siglo XX, los cuales, si bien tenían ideas y soluciones diferentes, sí poseían diagnósticos similares que daban cuenta de las ideas que eran parte del espíritu de la época. Entre estos políticos e intelectuales, tenemos a Mac Iver (1900), Valdés Canje (1910), Encina (1911, 1952) Palacios (1904) y Edwards (1928), entre otros. La sensación general que experimentaron estos individuos, según Correa (2004), tuvo que ver con que si bien las élites decimonónicas habían logrado crear la nación exitosamente y consolidarla durante el siglo XIX, tras el auge del salitre y la consolidación de la república parlamentaria, sin embargo, estas últimas, por diversas razones, no habían logrado dar una respuesta eficaz a los desafíos sociales que la modernización económica de Chile durante el siglo XIX trajo consigo. Como resultado de dicho diagnóstico, estos autores, en su mayoría, y rememorando una edad de oro de la nación chilena, añoraban un pasado que habría sido mejor que el presente y pretendían revitalizarlo de diversas maneras. De este modo, dentro de esta línea argumentativa, todos estos individuos recurrían a la comparación del exitoso pasado decimonónico de Chile con el exitoso presente de otros países hispanoamericanos. Esto es, con el fin de mostrar la presente decadencia nacional, sosteniendo que hubo un tiempo en que la nación chilena fue la más exitosas entre las naciones latinoamericanas (una situación que a principios del siglo XX según ellos ya no era una realidad). Asimismo, en términos generales, estos últimos no sólo alegaban en contra de la pérdida de posición del país en el continente y su decadencia, sino que también, sobre todo desde el nacionalismo, condenaban el desplazamiento de lo nacional hacia lo extranjero, desplazamiento que habría sido ocasionado por las élites codiciosas que habían olvidado su rol de dirigentes, las cuales, en el marco de su identidad de *fronda* –identidad que será explicada a continuación–, se revelaron al Estado y fueron seducidas por el parlamentarismo,

la bonanza económica y el capital foráneo.² Así, estas élites habrían sido seducidas por el liberalismo, la influencia extranjera y se habrían olvidado del “alma nacional”.³

Fue así que, por ejemplo, ante esta situación, el radical Mac Iver (1900) afirmaba que la riqueza del salitre trajo consigo, tal como una maldición, la decadencia de las virtudes públicas. Mac Iver señalaba:

“¡Qué amargo despertar! Sueños fueron puestos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar; el oro vino, pero no como la lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como el torrente devastador que arrancó del alma la energía y la esperanza y arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieron” (Mac Iver 1900:23).

En tal sentido, si bien el diagnóstico de Mac Iver era similar al de los nacionalistas de corte revisionista, la solución de este último a esta situación era parcialmente distinta a la de los intelectuales previamente mencionados. De hecho, siendo parte del PR, este autor acusaba la “decadencia moral” de la nación, de las virtudes públicas y de la dirigencia del país, más no se revelaba al régimen parlamentario. Según Mac Iver, más que abolir dicho régimen, lo que se debía hacer para solucionar la llamada “crisis moral de la república”, consistía en recuperar la moralidad de la clase gobernante mediante el establecimiento de una opinión pública poderosa que empujase a la élite dirigente a actuar de buena manera (Mac Iver 1900). Sin embargo, la solución de Mac Iver fue derrotada al interior del PR por la visión del intelectual Valentín Letelier, quien fue otrora un reconocido positivista. Letelier (1896) abogaba por la abolición del régimen parlamentario mediante el establecimiento de un régimen alternativo que tuviese una fuerte acción estatal centralizada. Dicho régimen, combinando libertad y autoridad, debía conducir paulatinamente al orden y el progreso de la nación en su conjunto. Además, en este sentido, el énfasis del régimen propuesto por Letelier era que, teniendo en cuenta los problemas sociales y económicos del principio del siglo XX, el Estado debía actuar fuertemente en favor de los sectores desprotegidos socialmente, sobre todo con el fin de evitar la lucha de clases y el avance socialismo revolucionario. De modo que el aspecto central de la propuesta de Letelier era terminar con el descontento de las clases populares, lo cual era considerado por este pensador como el origen del alzamiento popular. Esto es, un alzamiento que atentaba en contra del orden positivista que él defendía.

Por su parte, también en tono con las problemáticas del centenario, el doctor Valdés Canje (1910) atribuyó a la guerra del pacífico y a la victoria obtenida en dicha guerra la culpa de que las élites chilenas hayan olvidado su rol de dirigentes. Tal como lo hicieron otros intelectuales de la época, Canje señaló que “[...] después de la guerra del pacífico, influidas tal vez por la relajación moral que toda guerra afortunada trae consigo, nuestras clases gobernantes olvidaron los verdaderos intereses nacionales, para mirar sólo los propios” (Valdés Canje 1910:42). No obstante, si bien el diagnóstico de Canje se situó dentro del espíritu de la época, la solución que vislumbró este individuo para esta situación fue distinta, por ejemplo, a la de Letelier (1896) o Mac Iver (1900). De hecho, tal como lo hicieron otros pensadores posteriores a Valdés Canje durante el siglo XX –los cuales recurrieron frecuentemente a la figura de Diego Portales–, Canje valoró como solución a la “crisis centenaria” el retorno del presidencialismo autoritario que tuvo lugar a mediados del siglo XIX. Esto es, una

² El ejemplo paradigmático de este desplazamiento de lo nacional hacia lo foráneo eran las propiedades salitreras conquistadas en la Guerra del 1879, propiedades que ya a principios del siglo XX estaban en manos del capital británico.

³ Entre todas estas voces que se lamentaban añorando una pasada edad dorada de la nación, desde el marxismo aparecía la voz disidente de Recabarren. Este último, si bien compartía el sentimiento de crisis centenaria, sostenía que nunca hubo un pasado mejor. De hecho, planteaba que la clase trabajadora siempre había vivido en la miseria, de modo que esta última no ganó nada con la independencia chilena. Es más, según Recabarren, la clase trabajadora seguía viviendo durante el siglo XX como vivió en 1810 (Correa 2004).

valorización del autoritarismo que se enmarcó dentro de la típica crítica al parlamentarismo decimonónico que tuvo lugar por aquellos días. Así, Canje fue claro en dicho entonces con respecto a los beneficios que presidencialismo autoritario poseía frente la república parlamentaria:

Antes teníamos, es cierto, una parodia de república democrática, porque el pueblo no elegía sus representantes; pero siquiera estos eran impuestos por una autoridad ilustrada y responsable, que sabía, por lo común, elegirlos de entre los mejores; mientras que en la actualidad, [...] triunfan casi siempre los más audaces, los más codiciosos, los más desvergonzados, los más pervertidos (Valdés Canje 1910:51).

De este modo, en Canje (1910) se puede apreciar una de las críticas más frecuentes que hubo a principios del siglo XX al orden parlamentario. Esto es, una que plantea que es preferible la existencia orden autoritario liderado por una aristocracia virtuosa (defensora del “bien común” y la nación), que la existencia de orden parlamentario y democrático donde sólo primarían los intereses individuales y sectoriales.

Por otro lado, Nicolás Palacios (1904) ofrece una alternativa distinta a la hora de enfrentar uno de los mayores problemas derivados de la llamada “cuestión social” y el auge del marxismo, a saber: la lucha de clases. Lo que Palacios hizo en su obra para hacerse cargo de la “cuestión social”, fue oponer la lucha de clases a la unidad de la raza, planteando que desde un punto de vista ensayístico que pretendía poseer una orientación científica, que la raza chilena era única y homogénea, siendo esta última el fruto de la mezcla de dos razas patriarcales y varoniles: la araucana y la gótica. Según Palacios, todos los chilenos sentimos y pensamos de igual manera en las cuestiones fundamentales. Esto es, en tanto que araucanos y godos –origen racial del chileno– serían razas varoniles y patriarcales, a diferencia de las razas de origen latino que serían razas femeninas e inferiores. En efecto, lo importante de esta explicación de corte racial, es que este autor vislumbra que la lucha de clases no sólo tiene su origen en la incorporación de ideologías foráneas, sino que también en la incorporación de los inmigrantes a Chile. Es decir, de razas ajenas a las que dieron origen a la nación chilena. Según el diagnóstico de este intelectual, la clase gobernante chilena estaba empeñada en realizar una inmigración forzada en el marco del liberalismo decimonónico, lo cual estaba comprometiendo la unidad racial y nacional de Chile. De hecho, la incorporación de razas que no compartían la jerarquía patriarcal y varonil, según Palacios, estaba alternando la unidad de la nación. Esto último se constituyó como una de las posibles explicaciones de la crisis centenaria y uno de los intentos más destacados de incorporar la explicación racial de aspiración científica –tan propia de la época– para entender los problemas de Chile.⁴

Por su parte, influido por Palacios y el espíritu de la época, Francisco Encina también introduciría el factor racial como un elemento explicativo en su *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* (1952) y en su texto *Nuestra inferioridad económica: sus causas y consecuencias* (1911). Lo que Encina sostenía en sus obras, era que la causa eficiente del retraso de la economía chilena a principios del siglo XX se debía a cuestiones de índole racial. Para Encina, por un lado, el tipo español que llegó a Chile fue quien aportó el lado paterno a la raza chilena: siendo guerrero, enérgico y audaz, características que eran próximas al comportamiento militar. Dadas estas características, se trataba de un individuo que, al igual que los mapuches, despreciaba el trabajo manual y el comercio, estando por el contrario acostumbrado a subsistir mediante el botín y el trabajo de sus prisioneros. Sin embargo, dado que este último pertenecía a una nación que se encontraba en un estado evolutivo avanzado, este tipo de español no poseía una distancia gravitante frente al avanzado estado evolutivo de las naciones

⁴ Es importante mencionar que Palacios fue fuertemente influido por el evolucionismo de Darwin y Spencer.

europeas en términos generales. Esto es, a pesar de que sus prácticas fuesen las de un guerrero o militar. Por otro lado, fueron los araucanos los que, según Encina, aportaron el lado materno a la nación chilena. Estos últimos también eran guerreros y despreciaban el trabajo y el comercio, al igual que el español que llegó a Chile. Sin embargo, a diferencia de este último, el mapuche aún se encontraba en la edad de piedra y, por lo tanto, no había salido de la barbarie. Esto es, un estado evolutivo inferior si se le comparaba con el de los españoles. En tal sentido, lo que surgió entre esta relación similar pero asimétrica entre el español militar perteneciente a una civilización europea avanzada y el araucano guerrero de la edad de piedra, fue el mestizo, a saber: un descendiente del español puro que era inferior a este último en términos civilizatorios. Según Encina, el mestizo sufrió una degradación en su proceso de evolución puesto que éste estaba mezclado con la sangre de un pueblo que aún vivía en la edad de piedra: los mapuches. Así, el mestizo, siendo el representante por antonomasia de la población chilena, se encontraba en un estado evolutivo inferior al del español puro, por lo que no era capaz de alcanzar –dada sus características raciales– un desarrollo económico similar al que por aquellos días las naciones europeas tenían.

De lo anterior se deriva la justificación que Encina (1911, 1952) realizaba del rol de dirigentes que las élites chilenas debían tener. Al contrario de lo que planteaba Palacios (1904), quien sostenía que existe una unidad en la raza chilena determinada por el origen godo-araucano, Encina (1911, 1952) planteaba que existe una infranqueable distancia entre el origen racial de las élites chilenas y el pueblo, lo cual justificaría la superioridad de dichas élites. Esta infranqueable distancia entre las élites y el pueblo tendría lugar dado que estas últimas descenderían directamente del español puro, quien tenía, según Encina, un grado de desarrollo civilizatorio mayor; mientras que el pueblo, siendo mestizo y descendiente de españoles puros y mapuches, poseería un desarrollo civilizatorio inferior al de las élites. De hecho, para Encina, estaba primero en la escala evolutiva el español puro, después el mestizo y luego el aborígen. De modo que Encina sostuvo que la raza chilena poseía cierta unidad antropológica pero, al mismo tiempo, poseía en el grado de civilización una alta heterogeneidad. A través de esta argumentación, Encina privilegió que sean las élites las que gobiernen, en tanto serían superiores evolutivamente; mientras que, además, culpó al mestizaje por el atraso económico de Chile en comparación al avance económico europeo. De aquí se deriva la crítica que Encina realizó a las élites chilenas decimonónicas por haber abandonado su rol de dirigentes y por no hacerse cargo de su pueblo, un pueblo que se encuentra en un estado evolutivo inferior y que necesita ser liderado por una aristocracia.

Los sentimientos asociados a la decadencia de la nación y la añoranza de una edad de oro eran comunes entre los intelectuales chilenos del centenario. Sin embargo, uno de los aspectos que permearon más profundamente a estos intelectuales fue la perspectiva racial a la hora de examinar a la sociedad y la nación. En este respecto, la Nación era vista por estos últimos como un “organismo vivo” en constante evolución, de modo que las elaboraciones teóricas de la *intelligentsia* chilena del principio del siglo XX podrían ser fácilmente comparadas con diagnósticos médicos (Correa 2004). Por ejemplo, para Encina (1911), uno de los aspectos que determinaba la inferioridad económica de Chile tenía que ver con la figura del mestizo, a saber: una mezcla racial de componentes físicos y psicológicos que, según él, dio origen a la mayoría de los chilenos y que era inferior al español puro en términos civilizatorios, lo cual no permitía que el avance económico de Chile se homologara al europeo. En tal sentido, estas categorías de análisis racial derivaron durante gran parte del siglo XX en una visión organicista que situó al Estado y la nación como organismos vivos con alma, los cuales eran anteriores al individuo atomizado promovido durante la etapa del liberalismo decimonónico. De

hecho, una de las consecuencias de estas orientaciones fue que, entre los años 1920 y 1930, se comenzó a dar un vuelco hacia aproximaciones estatistas que buscaban concentrar el poder en el Ejecutivo, lo cual revirtió la tendencia histórica antiautoritaria del parlamentarismo que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX (Correa 2004).

Entre los años 1900 y 1930, sobre todo después la PGM, los conflictos sociales, económicos y políticos de la “crisis centenaria” se agudizaron. Esto es, creando una emergencia de proyectos políticos alternativos no sólo en Chile, sino que en todo el mundo (Hobsbawm 1994). Sin embargo, específicamente en el caso chileno, durante dicho periodo, se amenazó el orden decimonónico gracias a la consolidación en 1925 de una nueva constitución política de corte presidencialista y pro expansión estatal (lo cual respondía al fracaso de la república parlamentaria), una dictadura militar populista, reformista y nacionalista, y gracias a una corta pero simbólica república socialista que posicionó y consolidó la dirección de los proyectos de izquierda en Chile (Ansaldi y Giordano 2012). Además, en 1929 tuvo lugar la gran depresión, una crisis mundial que afectó a Chile más que a ningún otro país del mundo (Correa 2004). Fue en este contexto que las fuerzas políticas e ideológicas chilenas sufrieron importantes modificaciones. De hecho, después de todos estos acontecimientos, se tuvo que reorganizar el sistema político chileno que otrora sólo integraba sólo a los partidos tradicionales, con el fin de alcanzar una etapa de estabilidad que terminase con los interminables conflictos sociopolíticos y económicos de Chile. Esto último se tradujo en la creación de un Estado de Compromiso organizado en torno a un sistema político de tres tercios donde la izquierda también tuvo cabida (Burgos 2016; Correa 1989; Drake 1993; Lechner 1970; Montes *et al.* 2000; Moulian 1985; Valenzuela 1995).

Fue exactamente al final del periodo previamente mencionado, sobre todo frente al radical desafío que implicó el auge de las fuerzas de izquierda reformistas y revolucionarias, que surgió dentro de la intelectualidad de corte nacionalista –*intelligentsia* que influyó en la dictadura de Ibáñez del Campo– la necesidad de proclamar el imperativo de retornar al orden sobre todo mediante el alzamiento de la figura de Diego Portales. Esto es, un individuo a quien se le atribuyó el merito de haber consolidado la estabilidad política de la nación chilena a principios del siglo XIX (gracias a la creación de la Constitución de 1833), lo cual habría llevado a Chile a la excepcionalidad (éxito económico y moral) a pesar de que este país era la colonia más oscura del imperio español. El último de los grandes intelectuales que respondió al proceso vivido entre 1900 y 1930 fue Alberto Edwards en *La fronda aristocrática* (1928). Esto es, un intelectual que, si bien compartió el sentimiento de decadencia de la nación y gran parte de los diagnósticos realizados por los intelectuales previamente examinados, no se aproximó a los problemas del primer tercio de siglo mediante una visión evolucionista de corte racial, sino que ante todo histórico-política (Correa 2004).

Inspirado en la obra *La decadencia de Occidente* (1918) de Spengler, Edwards publicó en forma de artículos en *El Mercurio* uno de los trabajos de interpretación histórica más influyentes del siglo XX (Gazmuri 1976). Esto es, un trabajo que fue publicado posteriormente como libro, el cual buscó comprender los procesos políticos de Chile y legitimarlos desde una perspectiva autoritaria, influyendo en lo más diversos grupos durante el siglo en cuestión (Cristi y Ruiz 1992; Góngora 1982). En *La fronda aristocrática* (1928), Edwards utilizó la conceptualización de Spengler (1918) para mostrar cómo es que Chile, a diferencia de las demás naciones de Hispanoamérica, tras el periodo de independencia, logró crear un “Estado en forma”. Esto es, un Estado que funcionó en armonía y conforme al “alma nacional”. Según Edwards, fue Diego Portales quien creó el “Estado en forma” tras la independencia, lo cual fue posible gracias a que este último habría comprendido que podía –para realizar dicha tarea– hacer uso de ciertas “fuerzas espirituales” aún vivas en Chile que le venían de

suyo al pueblo chileno dada su evolución histórica. En efecto, dado que Portales habría entendido las fuerzas que forjaron históricamente a Chile antes de la independencia –el “alma nacional”–, este último supo que el país contaba con una clase dirigente extraordinaria distinta a la que se podía encontrar en otras áreas de Hispanoamérica. De este modo, lo Portales habría entendido es que en Chile, dadas las “fuerzas espirituales” que aún estaban vivas a pesar del proceso de independencia (el cual se sustentó en ideas republicanas), era posible crear un “Estado en forma” basado en los sentimientos hereditarios de obediencia al poder y disciplina jerárquica. Esto es, sentimientos pertenecientes al pasado colonial en el cual Chile se fundó. Según la lectura de Edwards, Portales se propuso restaurar la escancia de la monarquía bajo formas republicanas, mediante un autoritarismo republicano donde el poder impersonal y centralizado se ejerciese por encima de los intereses particulares de los individuos. Según esta interpretación, el “alma nacional” y las “fuerzas espirituales” que forjaron a la sociedad chilena, estaban basadas principalmente en la obediencia al poder y la jerarquía, lo cual ha sido caracterizado en la historia de Chile como “el peso de la noche”.

Según Edwards (1928), la genialidad de Portales habría sido restablecer la autoridad tradicional, creando un gobierno fuerte que fuese respetado y obedecido, sobre todo por las élites chilenas, las cuales eran poseedoras de lo que Edwards llamó el “espíritu de fronda” (aspecto que se explicará en breve). Sin embargo, este gobierno autoritario creado por Portales, según la interpretación que Edwards, fue obedecido no sólo por ser fuerte y autoritario, sino también dado que era respetable. Esto es, en el sentido de este último encarnó una “superioridad moral” que no admitía la subordinación a intereses particulares, sino que sólo apuntaba hacia el “bien general” de la nación. Es decir, un “bien general” que era estipulado en armonía y conforme al “alma nacional”. Por lo que esto último fue lo que habría garantizado el éxito de Portales al crear el “Estado en forma”. En tal sentido, el gobierno autoritario promovido por Portales, el cual debía ser dirigido por una clase dirigente extraordinaria que era “superior” moralmente, en tanto que esta última apuntaba al cumplimiento del “bien general” de la nación y no al de los intereses particulares, debía constituirse como superior a los partidos políticos y a los individuos, así como también a la soberanía popular. En el marco de la interpretación realizada por Edwards, si la soberanía popular se vuelve en contra del “alma nacional” –así como también en contra de la “extraordinaria” clase dirigente–, como sucedió en el periodo en el que Edwards vivía, periodo donde la izquierda se volcó en contra de los sentimientos de jerarquía y obediencia, el autoritarismo debía ser perfectamente legítimo para preservar “alma nacional”.

Aunque parezca sorprendente dado lo expresado en el párrafo anterior, el argumento medular de Edwards (1928) tiene que ver más que nada con una crítica radical a las élites chilenas, las cuales habrían olvidado su rol de dirigentes. Esto es, una crítica que ya fue apreciada en Encina (1911, 1952), pero que alcanza una mayor profundidad en el marco de *La fronda aristocrática*. En este libro, Edwards (1928) explica que las élites chilenas poseerían un “espíritu de fronda” que no ha podido ser gobernado desde que Portales murió. Es decir, un espíritu de rebeldía aristocrática en contra del poder. En tal sentido, con el fin de explicar la decadencia del “Estado en forma” y del rol de dirigentes de las élites chilenas, Edwards realizó una periodización de la historia republicana de Chile. En un primer momento, tras la creación de la Constitución de 1833, fue Portales quien logró que las élites chilenas lograsen apaciguar tal “espíritu de fronda” cuando se originó la nación. De hecho, lo que Portales logró, según Edwards, fue poner orden entre la aristocracia y que esta última asumiese su rol de dirigente (siendo una clase extraordinaria), aspecto que fue crucial para la creación de un “Estado en forma”, así como para consolidar la “excepcionalidad” chilena. En tal sentido, tras la independencia de Chile, inevitablemente hubo un periodo de anarquía, empero, dicho periodo terminó cuando

Portales logró encausar el “alma nacional” en una constitución que logró traer orden a la nación y a las élites dirigentes. En un segundo momento, tras el asesinato de Portales, comenzó lo que Edwards llamó un periodo gradual de decadencia del “Estado en forma”. Tras la muerte del creador de la Constitución de 1833, la aristocracia permaneció obediente al “Estado en forma” y gobernó conforme a él, sobre todo dado que en este momento prevaleció, según Edwards, un instinto conservador de orden y tranquilidad. Sin embargo, después de 1861 el “espíritu de fronda” se despertó y es en este momento cuando se inauguró el periodo de la república parlamentaria, así como la decadencia formal del “Estado en forma”. En un tercer momento, tras dicho periodo en el cual el “espíritu de fronda” se activó, vino la aniquilación definitiva del “Estado en forma”. Esto es, cuando el electorado se reveló, cuando surgió la izquierda y, sobre todo, cuando las llamadas “fuerzas espirituales” que constituían el “alma nacional”, es decir, la obediencia al poder y el respeto a las jerarquías, fueron puestas en cuestionamiento popular y mueren definitivamente.

Con todo, las primeras respuestas intelectuales al quiebre del sistema-mundo decimonónico rebosaban de decadentismo, nacionalismo y de justificaciones basadas en criterios raciales. De modo que la mayoría de ellas –salvo las provenientes del marxismo– podrían ser clasificadas como reaccionarias y conservadoras, en tanto que reaccionaban a una coyuntura crítica añorando la recomposición de un orden anterior que fue justificado, en muchas ocasiones, mediante la figura de Diego Portales. En tal sentido, las respuestas de la intelectualidad chilena a la crisis del orden decimonónico fueron, en muchos casos, respuestas en contra del avance de la modernidad, un proceso que había comenzado y que no iba a detenerse. Así, en el marco de estas reacciones conservadoras, las alternativas racionales y democráticas fueron descartadas por estos autores –en términos generales–, puesto que estos últimos preferían pregonar un pensamiento intuitivo que daba cuenta de un tipo de orden particular (“Estado en forma”, por ejemplo) que se respaldaba en “fuerzas espirituales” inmutables que daban cuenta de una identidad chilena basada en la obediencia y sumisión social. Por ende, la legitimidad para estos autores no estaba fundada en principios racionales y democráticos, sino que en determinados intereses nacionales que eran presentados como si fuesen parte de un orden político y espiritual natural, el cual se justificaba mediante una lectura interpretativa de la historia de Chile y racial de la sociedad (Correa 2004).

Las aproximaciones de los nacionalistas revisionistas y autoritarias no fueron las únicas contestaciones intelectuales a las coyunturas experimentadas durante la primera mitad del siglo XX. De hecho, especialmente durante el periodo que tuvo lugar entre las dos guerras mundiales, surgió una tendencia global que buscó posicionarse como una alternativa al liberalismo y el marxismo, a saber: el corporativismo. El pensamiento corporativista en Chile se desarrolló mediante dos vertientes primordiales: primero, el corporativismo nacionalista y estatista, el cual fue encarnado en Chile principalmente por el MNS, movimiento creado en 1932; segundo, el corporativismo societal católico, el cual tuvo su génesis gracias a un grupo de jóvenes católicos convocados por la orden jesuita en el marco de la influencia de la encíclica *Quadragesimo Anno* creada por Pío XI en el año 1931 (Correa 2004).

El corporativismo nacionalista de carácter estatista tuvo lugar principalmente en el MNS, movimiento creado en 1932 que tuvo como principal figura intelectual y política a Jorge Gonzáles von Marées (1932, 1936, 1940). Según Correa (2004) y Sznajder (1990), el corporativismo estatista encarnado por este movimiento postulaba que los partidos políticos de la democracia liberal constituían un obstáculo y un factor de división cuando se trataba de la formación de un “verdadero” gobierno de carácter nacional, por lo que el autoritarismo –tal como pasó con los revisionistas– volvía

a aparecer como una solución viable para los problemas del principio de siglo. En tal sentido, como alternativa a la democracia liberal, este grupo de corporativistas sostenían que el Estado debía estar estructurado sobre la base de corporaciones. De este modo, todas las capas laborales de la sociedad – ya sean capas intelectuales o de trabajo manual– serían representadas y tendrían poder de decisión. Sin embargo, este sistema corporativo, al mismo tiempo, debía ser fuertemente regulado por el Estado, entidad que debía actuar impersonalmente “por encima” de los intereses particulares con el fin de perpetuar y proteger el sistema corporativo y los intereses nacionales (intereses que eran más importantes que toda representatividad democrática). Además, en lo que respecta a lo económico, el corporativismo del MNS aceptaba y protegía la propiedad privada y la libre iniciativa de los individuos. No obstante, ambas instancias debían estar subordinadas al “interés general” de la nación, el cual debía ser resguardado por el Estado. De hecho, para los *nacis* chilenos, debía existir una primacía de la sociedad por sobre el individuo en el marco de lo que ellos llamaron el “socialismo nacionalista”. Sin embargo, a pesar de que los *nacis* fuesen pro Estado y se llamasen a sí mismos socialistas, estos últimos se diferenciaban radicalmente de los socialistas marxistas, en tanto que rechazaban la lucha de clases categóricamente. Según su visión, sólo el fascismo podía terminar con la lucha de clases. No obstante, esto no tenía que ver con la que lucha de clases desapareciese – aspiración del marxismo–, sino con que el mismo Estado, protector de un orden corporativo y jerárquico, debía consolidar y proteger dicha estructura de clases, la cual era vista como fundamental para el orden y la unidad nacional, una unidad nacional que aún no se desprendía de la concepción orgánica de la nación. Es decir, una nación con un alma propia, jerarquías propias y ordenes inmutables que le van de suyo.

Lo interesante del corporativismo nacionalista y estatista defendido por von Marées (1932, 1936, 1940), es que este último también estuvo inspirado la obra de Spengler (1918) y en la interpretación histórica de Chile de Edwards (1928), la cual, a su vez, hacía referencia a esa edad de oro en la cual existió el llamado “Estado en forma” creado por Portales (Sznajder 1990). En tal sentido, en la misma línea del sentir de varios de los intelectuales del centenario, von Marées (1932, 1936, 1940) buscaba revivir al Estado portaliano, dado que según pensaba, aquél era la forma en la cual se podría alcanzar nuevamente la unidad nacional y la grandeza que existió otrora en la edad dorada de Chile. Esto es, un periodo que tuvo lugar, según von Marées, hasta la guerra de 1879. Según von Marées, fue en dicho año que la clase dirigente dejó de ser una aristocracia para convertirse en una oligarquía. Fue desde aquél entonces que, según señaló este nacionalista autoritario, comenzó el proceso de decadencia de la nación. De modo que, según von Marées, para recuperar el “Estado en forma” –tarea que Edwards (1928) ya había dado por perdida–, había que crear una nueva aristocracia que liderara al país, la cual se debía constituir como una selección de los mejores hombres de la nación. Esto es, sin que necesariamente estos últimos perteneciesen a una clase social particular. Según esta línea argumentativa, dicha aristocracia debía ser formada en virtud del mérito más no del origen social. De este modo, para von Marées, lo cual se constituye como un argumento novedoso si se le compara al elitismo de Encina (1911, 1952), las élites decimonónicas no fueron capaces de asumir el rol de clase dirigente para reconstruir un “Estado en forma”, por lo que se debía crear una nueva aristocracia para dicha tarea, a saber: una que surgiese de los mismos *nacis*.

Este tipo de nacionalismo surgido en el siglo XX, el cual pude ser rastreado desde Palacios (1904), Encina (1911, 1952), pasando por la lectura histórica de Edwards (1928), hasta el corporativismo estatista de von Marées (1932, 1936, 1940), aún era preso de una lectura intuitiva y decadentista de la evolución de la nación, lectura que se oponía al orden nacional racionalista decimonónico. Esto es, un

orden en el cual la nación aún estaba ligada al concepto liberal democrático, el afán modernizador y civilizador; lo cual se constituía como una idea de nación que miraba hacia el futuro buscando progreso e integración a un mundo cosmopolita (Jocelyn-Holt 1986). En tal sentido, según Correa (2004), el nacionalismo del siglo XX fue claramente distinto al del siglo XIX. Esto es, dado que esta nueva forma de nacionalismo concebía al Estado en muchas ocasiones como un ser vivo que debe seguir ciertas etapas evolutivas que iban de la mano del “alma colectiva” de un pueblo determinado. Dicha alma, según la lectura que muchos de los nacionalistas hicieron de Portales en aquellos días, tenía que ver, en términos generales, con la jerarquía, el autoritarismo y el orden, elementos que serían característicos de nuestra raza y “alma nacional”. Según estos nacionalistas, Chile debía retornar la senda perdida para volver a ser una nación exitosa en la región. Para ello, lo que se debía hacer era revitalizar a la nación que fue destruida tanto por el liberalismo decimonónico como por la lucha de clases marxista. De modo que la lectura de estos nacionalistas del siglo XX miraba hacia el pasado y no hacia el futuro.

El corporativismo societal católico, por su parte, surgió en Chile como una respuesta al acomodo que el PCON –antiguo representante político de la iglesia católica– había experimentado con respecto al orden liberal imperante en Chile. En tal sentido, si bien los conservadores chilenos criticaron la laicización de las instituciones y la educación a durante el siglo XIX y XX, en ningún caso se inmiscuyeron de sobre manera durante aquel periodo en las dimensiones políticas y económicas. Esto es, dimensiones que fueron de suma importancia sobre todo tras el auge de la llamada “cuestión social” y la crisis económica de 1929. Así, en el marco de tal comodidad, y tras una prolongada “crisis centenaria”, comenzó a haber un fuerte debate al interior de las fuerzas católicas chilenas. Esto es, un debate acerca de si los católicos debían aceptar o no el orden político-económico liberal que hasta ese entonces era hegemónico. Este debate al interior del catolicismo chileno no fue sólo local, sino que también tuvo lugar a un nivel global. De hecho, el objetivo de las fuerzas heterodoxas al interior del catolicismo era instalar una vía alternativa al marxismo y liberalismo, a saber: el corporativismo católico, una ideología política que se consagró mundialmente tras la puesta en escena de encíclica *Quadragesimo Anno*, encíclica que vio la luz en el año 1931 y que influyó gravitantemente en Chile en un grupo de jóvenes católicos –dentro de los cuales destaca Frei Montalva– formados por los sacerdotes jesuitas Óscar Larson y Fernando Vives. Así, la aparición del corporativismo católico, teniendo en cuenta que los conservadores ortodoxos miraron con distancia y recelo esta nueva orientación, ciertamente contribuyó a la posterior fragmentación de las fuerzas católicas, lo cual en último término dio origen en 1957 al PDC en Chile (Correa 1991, 1999, 2004, 2008; Góngora 1981).

El corporativismo católico, según Correa (2004, 2008), se sustentó en una concepción orgánica de la sociedad. Según este sistema de pensamiento, la sociedad tiene cierta estructura y jerarquías que son propias de la naturaleza humana, entre las cuales destacan instancias intermedias como el municipio, la corporación y la región. Sin embargo, desde su visión católica y organicista, la cual estaba permeada de un fuerte lenguaje biológico, era la familia la que se consideraba –desde un punto de vista jerárquico– como la célula principal de la sociedad, es decir: la raíz de todos los otros órganos de la sociedad. De este modo, para el corporativismo societal católico, era la familia y no el individuo la unidad fundamental desde la cual se desarrollaban todos los procesos socioeconómicos. Además, según este sistema de pensamiento, las corporaciones eran de origen natural, lo que supone decir que aquellas son un modo de organización social que le es afín a la naturaleza humana. Esto es, un modo de organización social que, además, según planteaban estos corporativistas, le permitiría a la sociedad abolir la lucha de clases promovida por los marxistas y armonizar los intereses del capital y el trabajo. Asimismo, en el marco de esta concepción ideológica, las regiones eran vistas como instancias

intermedias del derecho natural. Estas últimas eran apreciadas como órganos importantes y naturales de la nación, la cual, a su vez, era apreciada como un organismo vivo con una estructura biológica determinada. De modo que el Estado debía reconocer a las regiones en tanto estas eran partes indispensables del cuerpo llamado nación. Sin embargo, en tanto partes fundamentales de dicho cuerpo, las regiones no debían atentar en contra la unidad nacional según la lógica corporativista.

En contraposición al corporativismo estatista, en el corporativismo societal católico, el Estado debía estar limitado por los derechos de las personas, los cuales son anteriores y superiores al Estado, aspecto que marca la diferencia primordial entre estos corporativistas católicos y los del MNS. En tal sentido, el Estado, el cual es concebido como un organismo de derecho natural según este tipo de corporativismo, debe encargarse de actuar activamente para resguardar dichos derechos personales. Esto es, aunque sea protegiendo a la persona de sí misma. En tal sentido, si bien la persona humana es anterior al Estado según esta visión, se debe recordar que tanto la persona humana como los cuerpos intermedios deben funcionar conforme a una estructura natural en la cual está orgánicamente estructurada la sociedad. De modo que el Estado, más que aceptar y promover la libre iniciativa individual como ocurriría en el liberalismo, debe ocuparse de que las personas actúen de acuerdo a su propia naturaleza. Esto es, una naturaleza que es vista como un “interés general” de la nación y que se sitúa “por encima” del sufragio universal y la democracia liberal (Correa 2004, 2008).

El corporativismo católico lo que buscó en su tiempo fue revertir los procesos de laicización liderados por el liberalismo y marxismo, puesto que según el parecer de los corporativistas los conservadores no habían realizado dicha tarea con éxito. En tal sentido, como alternativa, inspirados sobre todo en Jacques Maritain, buscaron crear un orden corporativo fundado en principios cristianos que se entendió como la Nueva Cristiandad. Lo que se buscó mediante la promoción de dicho orden era crear una nueva edad media. Esto es, mediante la revitalización de valores espirituales y jerárquicos en los cuales se basaba su visión orgánica de la sociedad. Además, el rechazo al liberalismo llevó a los corporativistas católicos a adoptar una postura fuertemente anti-oligárquica, por lo cual el corporativismo societal católico ha sido en varias ocasiones asociado al progresismo, aspecto que ha apartado a esta corriente de pensamiento de la derecha tradicional (Correa 2004).

Con todo, los corporativistas societales católicos se dividieron en dos vertientes desde su aparición, a saber: una integrista y otra política. La primera vertiente declaraba que la solución a los problemas socioeconómicos de la nación debía ser pensada desde lo social y no desde lo político. De modo que este grupo se marginó de la política partidista puesto que proclamaba que la Nueva Cristiandad debía vivirse como un sentimiento. La segunda vertiente pensaba que la política partidista era el camino para solucionar los problemas sociales y de desarrollo de Chile. Esta corriente se agrupó en torno a la FN, una agrupación política que se convertiría posteriormente en el PDC. La principal figura política de esta corriente fue Eduardo Frei Montalva (1937), quien siguiendo a Encina (1911, 1952) y Edwards (1928), también sostenía –al menos durante su juventud– que había una decadencia de la clase dirigente chilena y del espíritu de nacionalidad, decadencia que tenía que ver con que el chileno habría perdido su vigor físico, el espíritu patriótico y su orgullo de ser chileno. Todo esto, producto de las malas condiciones de vida traídas por el liberalismo, a saber: desorden, enfermedades, alcoholismo, individualismo, etc. De modo que para salir de dicha “crisis espiritual y nacional” se necesitaba una nueva aristocracia, la cual debía tener su origen en una clase media ilustrada. Esta nueva aristocracia debía instalar un nuevo gobierno que promoviese una nueva y verdadera “mística”, que contribuyese a crear una verdadera y orgánica nación.

Tras el fin de la SGM, las ideas fascistas y corporativistas cayeron en decadencia y se alzó hegemonícamente la democracia como modelo ideal de organización social y política. Esto es, ya sea en su forma occidental o soviético-oriental. Sin embargo, en lo que respecta al corporativismo católico, es importante señalar que el avance del ejercito rojo y el comunismo en Europa trajo consigo un gravitante vuelco del vaticano. En el marco de dicho vuelco, la iglesia católica prefirió apoyar irrestrictamente a la democracia liberal, sobre todo dado que esta institución religiosa no deseaba que marxismo secularizante siguiese avanzando en occidente, lo cual disminuyó *de facto* la injerencia del corporativismo católico en Chile.

A pesar del contexto de decadencia, el corporativismo pervivió en Chile de modos sutiles durante la segunda mitad del siglo XX. Si bien ya no se promocionaba en dicho entonces como modelo político y económico ideal, la defensa de la democracia orgánica, jerarquizadas, además de la defensa de ciertas instancias intermedias como la familia, el gremio, el municipio, la corporación, etc., aún siguieron siendo ideas reivindicadas por ciertos grupos asociados tanto al corporativismo estatista y nacionalista como a grupos vinculados al corporativismo societal católico. En tal sentido, la aparición posterior a la SGM de determinadas revistas son una fiel muestra de ello. Por ejemplo, según Fariña (1990), en el marco del nacionalismo anticomunista y antiliberal que tuvo que sobrevivir a la crisis del corporativismo y fascismo, surgió como un bastión de resistencia de las ideas corporativistas estatistas la revista *Estanquero*. Esto es, una revista que elaboró su primer ejemplar en 1946 y que contaba con la participación de Jorge Prat, Rafael Valdivieso, Tomás Eastman y Arturo Fontaine Adunarte, entre otros. Del mismo modo, ante la crisis del corporativismo católico, también surgió la revista *Política y Espíritu*, fundada en 1945, siendo esta última una revista demócratacristiana, la cual tenía entre sus filas a Eduardo Frei Montalva, Radomiro Tomic, Manuel Garretón Walker, entre otros. Por su parte, en lo que respecta al corporativismo societal católico de orientación política, habría que decir que este último evolucionó hacia el PDC. Dicho partido, si bien aún aceptaba ciertos elementos que provenían del corporativismo (juntas de vecinos, etc.), terminó por aceptar la democracia liberal y el desarrollismo –incluso en compañía de la Alianza para el Progreso–, aunque sin renunciar a la crítica al capitalismo y a la búsqueda de integrar armónicamente al capital y el trabajo (Correa 2004).

Los corporativistas católicos integristas, por su parte, aquellos que se negaron a integrarse al sistema democrático liberal, se refugiaron durante este periodo de decadencia corporativista post-guerra en el hispanismo franquista, aunque sobre todo en un idealizado siglo de oro español, período que fue para ellos la edad dorada de su sistema-mundo (Correa 2004). En tal sentido, el intelectual que por antonomasia representó a este corporativismo hispanista y católico fue Jaime Eyzaguirre (1947, 1948). Este historiador defendió en aquel entonces los valores de su fe católica –la del Concilio de Trento– difundiendo gran parte de los ideales en los que creía mediante sus libros y en la revista *Estudios*, los cuales rebosaban de anti-liberalismo y anti-marxismo. Desde dicha revista (de la cual fue director) Eyzaguirre defendió la herencia hispana y el corporativismo católico integrista en un entorno donde el conservadurismo estaba también en decadencia tras el auge del progresismo demócratacristiano, la radicalización de la izquierda y la consolidación de la democracia liberal. El pensamiento de Eyzaguirre (1947, 1948) se nutrió –al igual que el de muchos intelectuales del siglo XX chileno– de las ideas expuestas por Edwards en *La fronda aristocrática* (1928). No obstante, Eyzaguirre (1947, 1948) encontró su edad de oro (o su refugio ante el avance de la modernidad) no sólo en el momento en el que Portales trajo orden a la nación, sino que mucho antes, en el pasado colonial. Para este intelectual, los fundamentos del “alma nacional” se encontraban en el periodo colonial y más específicamente en el siglo de oro español. De modo que fue a partir de esta apreciación que Eyzaguirre

sostuvo que hubo dos momentos de gloria en la nación chilena. Esto es, momentos que tuvieron lugar tras la acción de dos grandes próceres de Chile: Pedro de Valdivia y Diego Portales. En efecto, lo que concluyó este historiador a partir su interpretación de la historia de Chile, fue que después de la presencia histórica de cada uno de estos individuos, Chile experimentó momentos de gloria que, lamentablemente, tras la muerte de estos últimos, devendrían en periodos de decadencia, los cuales, tendrían que ver con el olvido o abandono del “alma nacional” o la tradición. Según esta tardía lectura decadentista, el olvido de la tradición no puede sino terminar en una crisis terminal.

El argumento central de la interpretación histórica de Eyzaguirre (1947, 1948) radicó precisamente en una intensa crítica al liberalismo, el cual, según pensaba este historiador, debía ser considerado como un sistema de pensamiento foráneo y ajeno al “alma nacional” hispano-católica que constituiría verdaderamente a los chilenos. En tal sentido, la aristocracia dirigente cayó en decadencia dado que poseía una afán imitativo que la llevó sobre todo a imitar a los franceses e ingleses, lo cual hizo que aquella élite tomase distancia de su “verdadero” ser, el cual estaría enraizado, según Eyzaguirre, en la hispanidad. Es por dicha razón que la aristocracia se alejó de los sectores populares, quienes quedaron huérfanos de la influencia civilizatoria que las élites podrían haber ejercido. En tal marco interpretativo, Eyzaguirre también criticó al capitalismo en tanto que este último, a la hora de explotar recursos, priorizaría el rendimiento económico ante cualquier otro factor. De modo que las élites capitalistas perderían el vínculo familiar que otrora poseían con el mundo rural. Esto es, un mundo donde, todos los individuos, independientes de su rango, comparten una misma actividad. Además, según Eyzaguirre, con el desarrollo de las actividades urbanas y la educación –desarrollo que habría dinamitado según este historiador las jerarquías y ordenes tradicionales–, surgió una clase media que ha creído poder dirigir el destino de la nación sin poseer los atributos necesarios para dicha tarea. De modo que Eyzaguirre se lamentó acerca de este hecho, sosteniendo que fue la misma aristocracia la cual le dejó el paso libre a esta nueva clase media, la cual ha pretendido situarse como una nueva clase dirigente.

Es este contexto de decadencia que Eyzaguirre (1947, 1948) propuso volver a las tradiciones hispánicas en todo Hispanoamérica. Esto es, con la finalidad de recuperar la identidad perdida y la unidad nacional. Sólo mediante el retorno a dicha tradición se podría alcanzar –según pensaba este intelectual– la verdadera justicia social. Esto es, una que fuese similar a el derecho indiano. Además, en esta misma línea de pensamiento, Eyzaguirre proponía que los fueros medievales, los cuales fueron encarnados por el cabildo en tiempos coloniales, fuesen revitalizados. De modo que para efectos de la segunda mitad del siglo XX, eso significaba darle protagonismo en la sociedad a los cuerpos intermedios y más específicamente al municipio, lo cual permitiría realizar la necesaria distinción entre soberanía social y política, distinción fundamental en el orden jerárquico que este intelectual defendía. En tal sentido, la soberanía social estaría representada, según Eyzaguirre, por el cabido o municipio; y el orden político, por su parte, por el equilibrio entre el poder del Rey –o sea, quien dirige– y sus súbditos –el pueblo–.

Con todo, este periodo que va desde el principio del siglo XX hasta los años cincuenta, estuvo permanentemente marcado por la sensación de decadencia, por un nacionalismo revisionista que miraba al pasado como una edad de oro, por la necesidad de la explicación racial y evolucionista, y por el fracaso de un sistema liberal decimonónico que, como alternativas, trajo consigo el auge de diversos tipos de corporativismos, el fascismo y el marxismo. Asimismo, en tanto el conocimiento humanístico aún no estaba profesionalizado por aquellos días, la mayoría de los intelectuales de esta primera mitad del siglo XX –aunque algunos de ellos fuesen médicos– recurrieron al ensayo como

modalidad predilecta para exponer sus ideas. De modo que fueron el ensayo de interpretación histórica y de pretensión científica los modos en los cuales al *intelligentsia* chilena se desarrolló durante este periodo. Por lo tanto, el principal tipo de intelectual durante esta etapa de la historia de Chile fue el ensayista, un individuo que habitualmente era historiador, aunque también fue abogado, médico o político.

4.1.2 El auge del cientista social y la hegemonía del sociólogo (1950-1973)

Desde el inicio de la segunda mitad del siglo XX se experimentó en Latinoamérica y en Chile una considerable frustración en trono al modelo de desarrollo que se había implementado a partir de los años 30, a saber: el ISI. Este modelo estaba comenzando a mostrar sus límites mediante el estancamiento de las economías latinoamericanas, la inflación monetaria y mediante la creación de enormes cordones de marginalidad urbana en las principales ciudades de la región. Esto es, cordones creados sobre todo por masas campesinos migrantes que buscaban mejores servicios y oportunidades en las ciudades. De modo que la pregunta que aconteció por aquellos días tuvo que ver sobre todo con cuál debía ser el modelo de desarrollo a seguir para superar la crisis económica y social. Esto es, una pregunta que se intentó responder –en el caso chileno– mediante el proyecto monetarista de Jorge Alessandri (1958-1964), el comunitarismo demócratacristiano de Frei Montalva (1964-1970) y el socialismo democrático de Salvador Allende (1970-1973). Todos estos gobiernos intentaron hacer frente a la crisis del ISI. Sin embargo, ninguno de ellos logró superarla con éxito. De hecho, como es bien sabido, todo este proceso culminó con un golpe de Estado que tuvo lugar en 1973.

En el marco de lo que fue el periodo post-guerra y la subsecuente Guerra Fría, el mundo occidental se organizó a partir de dos bloques hegemónicos que influyeron en Latinoamérica formalmente hasta la caída del muro de Berlín en 1989. El primer bloque era liderado por los norteamericanos –comúnmente llamado como la “sociedad libre occidental”– y el segundo por los soviéticos –comúnmente llamado como “comunista oriental”–. Ambos bloques intentaron –en el marco de una lucha global por la hegemonía política y económica– responder a los problemas políticos, sociales y económicos que América Latina vivió durante la segunda mitad del siglo XX. Esto es, sobre todo con el fin de asegurar su influencia en la región, la cual era considerada como un punto estratégico. Fue así que, sobre todo los norteamericanos, quienes tienen una considerable cercanía geográfica con los países de Latinoamérica, desarrollaron una especial preocupación por la evolución política y económica de las naciones hispanoamericanas. Dicha preocupación se tradujo –entre otras iniciativas– en la promoción sistemática de los estudios de tipo social en la región, los cuales, según la visión norteamericana, podrían contribuir a la transformación de los paradigmas con los que los países latinoamericanos formulaban sus proyectos de desarrollo. En tal sentido, los norteamericanos querían que las naciones de América Latina formularan proyectos económicos y sociales que se ajustaran a sus propios intereses en un contexto de Guerra Fría. De modo que, en tal contexto, según Correa (2004), uno de los ejemplos fundamentales de dicha injerencia norteamericana en el plano intelectual o de los estudios sociales fue la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), comisión creada con el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 1948, que tuvo el propósito de analizar los problemas del desarrollo latinoamericano, profesionalizar dicho análisis y promover políticas públicas capaces de dar solución a estos problemas. Su sede estuvo y está localizada en Santiago de Chile, por lo que su influencia dicho país tuvo una enorme magnitud. Las propuestas surgidas de la CEPAL tenían que ver con la realización de reformas estructurales económicas y sociales, las cuales debían acompañar a las políticas de industrialización. La meta de

esta comisión era sacar a Chile y a la región del subdesarrollo. Además, la teoría de la dependencia tuvo un rol gravitante en la visión de mundo defendida por esta comisión, defensa que tuvo lugar sobre todo bajo la influencia la obra *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* de Prebisch (1948).

Dentro de los intelectuales asociados a la CEPAL que desarrollaron ideas durante las décadas de los 50 y 60, se pueden contar como figuras destacadas a los científicos sociales Aníbal Pinto (1959) y Jorge Ahumada (1958). Ambos eran economistas, aunque claramente representaron el tránsito desde el ensayo histórico hacia los trabajos de corte social que tenían pretensión científica y transformadora (Correa 2004). De modo que sus obras si bien integraban conceptos técnicos, de igual manera se basaban en ciertas concepciones histórico-interpretativistas que habían tenido lugar durante la primera mitad del siglo XX. Por ejemplo, la idea de una decadencia contrastada con una edad dorada de la nación.

Aníbal Pinto, quien escribió el libro *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (1959), sostenía que Chile –inspirado en Encina (1911, 1952)– se encontraba en un largo proceso de decadencia que había comenzado a mitad del siglo XIX. Dicho proceso de decadencia, según su opinión, tuvo que ver con que en Chile, desde el siglo XIX, se fue dando simultáneamente una dinámica contradictoria entre el avance social y económico. Desde la incorporación de la izquierda al sistema político y el auge de la clase media, el sistema político se fue ampliando mediante la incorporación de nuevos sectores sociales en las esferas del poder. Sin embargo, dicho avance en lo político y lo social no tuvo como contraparte un desarrollo económico que pudiese dar soporte a dichos avances. Según Pinto (1959), esto habría tenido que ver –como ya se ha apreciado en lo señalado por otros intelectuales– con el afán imitativo de los chilenos, afán mediante el cual se intentaron trasplantar los ideales políticos y sociales de Francia e Inglaterra sin que en Chile se hubiese experimentado también un desarrollo económico similar al de dichos países. Esto es, desarrollo que era fundamental para dar estabilidad a los avances en las áreas políticas y sociales. De este modo, el diagnóstico de Pinto era que en Chile había una inadecuación entre el avance sociopolítico de Chile y las condiciones materiales-económicas en las cuales dicho avance debía estar enraizado. La solución a dicho problema, según este economista, se resumía en la intervención del latifundio. Esto es, la estructura económica y social más atrasada de Chile según su opinión, en tanto que esta última afectaba la distribución del ingreso y la composición del mercado interno; mientras que además desequilibraba la representación política gracias al caciquismo.

Jorge Ahumada, por su parte, en su obra *En vez de la miseria* (1958), también desarrolló un diagnóstico de crisis integral como el que otrora realizaron los intelectuales del centenario. Según Ahumada (1958), Chile no sólo ya no era la potencia que había sido en otros tiempos –pues había sido sobrepasado por Brasil, Argentina y México–, sino que además su decadencia se expresaba en la radical pobreza de las masas y en la acumulación desvergonzada de algunos pocos. Es decir, en la desigualdad. En tal sentido, Ahumada expresaba: “Ambos, pobres y ricos, no parecen ser miembros de un solo grupo humano, a tal punto que cualquier caracterización del chileno típico suena a falso” (Ahumada 1958:14). Por lo que fue para Ahumada la fuerte desigualdad entre pobres y ricos lo atentaba en contra de la unidad nacional y, por ende, también en contra de diversos ámbitos de la vida de los chilenos: la vida familiar, la conciencia cívica, la justicia, etc. Así, los problemas que Chile estaba experimentando en materia de desigualdad estaban provocando, en su opinión, el ininterrumpido derrumbe de los valores que caracterizaron al país en un pasado, valores que, en el mismo tono de los pensadores del centenario, eran valorados por este economista.

El diagnóstico estrictamente económico que realizó Ahumada (1958), tuvo que ver con que en Chile, desde que se comenzó a contar con la riqueza del salitre, se evitó la realización de cambios que condujesen a la modernización económica del país, especialmente cuando se trató de la agricultura. De modo que al igual que Pinto (1959), Ahumada (1958) sostuvo que como no se modernizó el área agrícola, tampoco se transformó la estructura y jerarquía social paternalista y rural de Chile, estructura que era responsable del atraso y desigualdad. En tal sentido, según Ahumada, la solución a este problema era realizar los cambios estructurales necesarios para poder quitarle el poder a la oligarquía latifundista que estaba aliada con los industriales, lo cual se traduciría en la eliminación del latifundio. Según Ahumada, si se eliminaba dicha estructura, se le quitaría el poder a las élites que se oponían a las transformaciones necesarias para el país. Lo que Ahumada proponía para realizar esta tarea, era que, teniendo en cuenta que en el congreso las élites siempre se opondrían a los cambios modernizadores que atentasen en contra de sus intereses, se debía ilustrar a la ciudadanía para que esta última crease un poder político capaz de neutralizar a la oligarquía (Correa 2004).

Otro intelectual que representó el tránsito desde ensayo hacia la investigación en el marco de las ciencias sociales (aunque no fue parte de la CEPAL), fue el historiador marxista Julio César Jobert, quien se destacó por su obra *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (1955). Según Correa (2004), este intelectual buscó interpretar la historia de Chile basado en un criterio científico. Esto es, para así poder transformar las bases sociales y económicas del país. Sin embargo, el criterio científico que este intelectual usó para realizar su trabajo intelectual fue la aplicación del materialismo histórico marxista, método que le permitiría a Jobert, según pensaba, realizar la “verdadera” historia de Chile, la cual sería una historia del pueblo y no de las clases dominantes. Mediante el método materialista, Jobert pensaba que se podría mostrar la dura realidad económica y social del país: la explotación, el atraso, la miseria, la democracia limitada, etc., una realidad de la cual era culpable, según Jobert, la oligarquía, una clase que impuso una economía anticuada y basada en el privilegio.

Con todo, el sentimiento de crisis integral fue algo que subsistió durante el siglo XX incluso hasta la década de 1970. Sin embargo, acorde a lo que se presenta aquí, durante la segunda mitad del siglo XX, comenzó a haber un giro en el paradigma intelectual. Esto es, desde el ensayo histórico –liderado por historiadores, médicos y políticos– hacia los estudios sociales de carácter científico –los cuales eran liderados principalmente por sociólogos y economistas–. En tal sentido, en el marco de dicho giro, se comenzó a imponer el análisis cuantitativo a la hora de estudiar la sociedad, al menos en lo que respecta a la labor de los economistas. Mientras que, cuando se trató de la sociología, la cual fue una de las disciplinas más importantes durante las décadas de los 50, 60 y 70 a la hora de estudiar los fenómenos sociales, se impuso el marxismo y la teoría de la dependencia como orientaciones fundamentales para entender los problemas sociales y el atraso económico de Chile y América Latina. Así, el auge de una intelectualidad de carácter científico de orientación marxista, se constituyó como un elemento primordial para entender el proceso de radicalización política e ideológica que tuvo lugar en Chile durante este periodo. Esto es, dado que este tipo de intelectual tendió a explicar los problemas de la región mediante el socialismo científico. De hecho, después del golpe de Estado que tuvo lugar en 1973, fueron en gran medida los sociólogos –siendo categorizados como intelectuales humanistas y de izquierda– quienes fueron identificados como uno de los grandes culpables del proceso de ideologización y radicalización política vivido en la región (Silva 1992, 2006).

Fue en este contexto que, según Correa (2004), las ciencias sociales en Chile, estando ligadas a un proceso de profesionalización de la actividad intelectual, se desarrollaron en trono a la creación de nuevos institutos de investigación y escuelas de docencia especializada. De hecho, esto último tuvo

lugar a partir de la década de los 50 en las universidades chilenas y se dio sobre todo gracias al financiamiento de agencias estatales y fundaciones privadas foráneas (mayoritariamente estadounidenses). De modo que fue a partir de este momento que comenzaron a crearse en Chile los institutos de economía, ciencias políticas, sociología, antropología, etc. En tal sentido, uno de los ejemplos más claros de esta modernización de los estudios sociales orientado por fuerzas extranjeras tuvo lugar en el marco del convenio académico creado entre la PUC y la Universidad de Chicago. Esto es, un convenio académico que dio origen a los tecnócratas neoliberales que estuvieron parcialmente a cargo de la toma de decisiones durante el régimen de Pinochet. Estos tecnócratas tuvieron su origen cuando en el año 1955 el presidente del departamento de economía de la Universidad de Chicago, Theodore Schultz, visitó la facultad de ciencias económicas de la PUC con la finalidad de firmar un acuerdo de cooperación académica entre ambos departamentos (de Castro 1992; Gárate 2012; Silva 2010; Valdés 1995). En aquél entonces, el acuerdo se suscribió bajo la autoridad del decano de economía Julio Chaná y consistió en que un selecto grupo de estudiantes chilenos tendría la oportunidad de realizar sus estudios de posgrado en el departamento de economía de la institución norteamericana. Esto es, un lugar que se destacaba por defender lineamientos monetaristas y neoliberales (Gárate 2012; Silva 2010; Valdés 1995). Así, entre los años 1955 y 1963, alrededor de treinta jóvenes economistas de la institución católica fueron beneficiados por el acuerdo de becas realizado entre estas universidades. De modo que esto último permitió la formación y el auge de un grupo de economistas que han sido identificados como los *Chicago Boys*, un grupo de expertos que durante el régimen de Pinochet buscó dar solución a los problemas de desarrollo en Chile declarando que representaban a la moderna ciencia económica (Foxley 1982; Rumie 2019).

En lo que respecta estrictamente a la sociología, por su parte, hay que decir que en Chile sólo en la década de los 50 comenzó a imponerse el modelo norteamericano de profesionalización de dicha disciplina, modelo según el cual la sociología debía someterse a los mismos procedimientos y regulaciones de las ciencias naturales. Fue en el marco de este contexto que la sociología se institucionalizó como disciplina formal en la Universidad de Chile (UCH), en la PUC y en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), facultad asociada a la UCH, que fue creada con el apoyo de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la CEPAL y la OEA en 1957 (Barrios y Brunner 1988; Correa 1985, 1986, 2004). Según Correa (2004), la institucionalización de la sociología en Chile tuvo un efecto gravitante en la deslegitimación del ensayo histórico-interpretativo tan característico de los pensadores de la primera mitad del siglo XX. De modo que desde este momento en adelante, la ciencia y la monografía especializada aparecieron como las únicas formas validas para interpretar la realidad social y proponer los cambios necesarios para superar los problemas de desarrollo que Chile tenía. Sin embargo, el discurso de estos científicos sociales –intelectuales humanistas según señala Silva (1991, 1992)– en múltiples ocasiones vistió de ropaje científico las antiguas ideas asociadas a la decadencia, la crisis y la falta de unidad nacional diseminadas por los intelectuales del centenario. ⁵

⁵ Antes de que se impusiese al paradigma científico-social norteamericano durante la década de los 50, en la UCH existió también una tradición sociológica de cátedra, la cual tuvo su origen en el programa positivista de Valentín Letelier (Correa 2004). Esto es, un programa creado a fines del XIX. Sin embargo, dicha tradición positivista fue destronada en esta institución educativa por el modelo norteamericano durante la década en cuestión. Por su parte, en lo que respecta a la PUC, la historia de la sociología tuvo lugar de un modo distinto. En dicha universidad no había existido enseñanza alguna de sociología antes de la década de los 50. De modo que fue sólo en 1959, bajo el liderazgo del sacerdote jesuita y belga Roger Vekemans, que se creó la escuela de

Con todo, según señala Silva (1992), a pesar de que durante los gobiernos de Frei Montalva y Jorge Alessandri tuvo lugar una tecnocracia y tecno-burocracia activa, fueron, no obstante, los intelectuales humanistas o analistas sociales (sociólogos, científicos político, antropólogos, etc.) quienes dominaron hegemonícamente el ámbito intelectual entre los años 60 y 70. De hecho, fueron estos últimos –y no los economistas e ingenieros– los encargados de la producción de ideas y símbolos de alcance social, al mismo tiempo que fueron estos últimos quienes generalmente se presentaban como críticos del *statu quo* y promotores de las grandes transformaciones sociales. De modo que fueron estos intelectuales humanistas quienes lideraron los debates políticos e ideológicos durante dicha década. Sin embargo, esta situación cambió radicalmente con la instalación del régimen dictatorial de Pinochet. Esto es, un régimen que discursivamente condenó la actividad política y partidaria, además de privilegiar como método de organización social uno que se basaba en decisiones tomadas por expertos-técnicos (principalmente economistas e ingenieros). Dicho vuelco que tuvo lugar durante el régimen terminó alterando la hegemonía que tenían los intelectuales humanistas en Chile, quienes, finalmente, fueron acusados de haber contribuido de sobre manera al proceso de radicalización ideológica que tuvo lugar entre los años 60 y 70. Esto es, mediante la promoción de prácticas fundadas en ideologías más no en la ciencia, discurso que a su vez tuvo que ver con la imperante necesidad de profesionalizar las disciplinas que estudiaban la sociedad en aquellos días. En tal sentido, si bien el intelectual humanista había asistido a una proceso de profesionalización en el marco del imperio de las ciencias sociales, aún este último no había realizado aún un transito completo hacia la profesionalización. De modo que en muchas ocasiones el discurso del intelectual humanista sólo tenía un velo que prendía ser científico. Así, entre los años 1960 y 1970, aún no se había logrado hacer patente en Chile la distinción webberiana entre el político y el científico (Weber 1919).

4.1.3 El auge del tecnócrata neoliberal y la hegemonía del experto (1973-1990)

Tras la instalación del régimen autoritario de Pinochet, fueron los *Chicago Boys* quienes hegemonizaron no sólo la toma de decisiones (Correa 2005b; Huneeus 1998, 2007; Rumie 2019; Silva 2010; Vergara 1985), sino que también el modo en el cual los intelectuales debían comportarse en el nuevo Chile que se estaba forjando durante el régimen militar (Silva 1992). De modo que fue desde este momento en adelante que los economistas e ingenieros, quienes eran considerados por aquellos días como los únicos expertos en materias científico-técnicas, comenzaron a dominar hegemonícamente los círculos intelectuales en la sociedad chilena (Silva 1992). Estos individuos se caracterizaban por tener alto nivel de entrenamiento académico especializado y por partir del principio de que los problemas de la sociedad podían ser resueltos mediante la ciencia y la técnica, más no mediante la política o la ideología. Del mismo modo, en tanto estos individuos se veían a sí mismos como los únicos poseedores del conocimiento especializado, también se veían a sí mismos como los únicos capaces de solucionar los problemas de la sociedad según criterios racionales, lo cual los llevaba habitualmente a traspasar su campo de *expertise* al tomar decisiones. Para estos últimos, la legitimidad de la toma de decisiones no tenía tanto que ver con la representación política, sino que más bien con

sociología en esta institución católica. En tal sentido, la novedad de esta iniciativa fue que Vekemans buscó crear un núcleo de sociología católica en Chile. Esto es, un núcleo que se distanció de la filosofía tomista y que tuvo pretensiones científicas a la hora de analizar la sociedad desde el catolicismo (Barrios y Brunner 1988; Brunner 1988; Correa 1985, 1986, 2004).

la justificación científica en la cual todo proceso decisional debía estar sostenido (Centeno y Wolfson 1997; Dávila 2011; Rumie 2019; Silva 1991, 1992, 2010).⁶

Si bien la hegemonía del intelectual experto en Chile comenzó a tener lugar primordialmente durante el régimen militar de Pinochet, la tecnocracia chilena comenzó a desarrollarse incipientemente, no obstante, con anterioridad gracias a la instalación del Estado-empresario (Silva 1992). De hecho, ya en los tiempos del primer gobierno de Ibáñez del Campo existió una especie de tecno-burocracia que estaba encargada de diseñar las políticas de obras públicas y de industrialización (Pinto 1985). Sin embargo, el momento en el que realmente los técnicos-expertos comenzaron a consolidarse al interior del Estado chileno fue tras la fundación de la CORFO en 1939 (Muñoz 1982, 1986). De modo que fue mediante este proceso de industrialización liderado por el Estado que la tecno-burocracia se desarrolló, lo cual dio lugar también al posterior auge de una tecnocracia privada que lentamente comenzó a relacionarse con los empresarios sobre todo en el marco del surgimiento de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) (Fernández y Goldflam 2016; Silva 1992).

Uno de los ejemplos de esta evolución de los cuadros técnico-expertos asociados al Estado y su posterior indexación al mundo empresarial, fue el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964). Durante este gobierno, según Silva (1992), Alessandri –ingeniero e industrial– se apoyó para su gestión en la tecnocracia empresarial de la SOFOFA, al mismo tiempo que defendió públicamente un discurso tecnocrático de orientación liberal, a saber: uno en el cual se promocionaba el fortalecimiento de la libre empresa y la reducción de la injerencia estatal. Lo que Alessandri buscaba en dicho entonces era promover la inversión de empresarios ya sea foráneos o nacionales, así como poner freno a un sector público en constante expansión, el cual prestaba demasiada atención a los problemas políticos y sociales (Correa 2005b). Así, lo que Alessandri deseaba era aumentar la eficiencia y efectividad de la productividad de Chile, mediante una gestión no politizada que se distanciara de lo sucedido durante el caótico segundo gobierno de Ibáñez del Campo. Sin embargo, dicho espíritu tecnocrático y liberal encarnado por Alessandri no tuvo la acogida esperada en un empresariado chileno acostumbrado a vivir bajo la protección estatal en el marco de un extendido proyecto de industrialización (Valdivia 2008). Además, la orientación tecnocrática de Alessandri tampoco tuvo una buena acogida entre los sectores de izquierda, quienes comúnmente sostenían, desde un punto de vista discursivo, que las aproximaciones tecnocráticas se olvidaban de los problemas de la gente, además de que excluían a los partidos políticos, una crítica que fue compartida por la derecha política tradicional en Chile (Correa 2005b).

Durante el gobierno de Frei Montalva (1964-1970), por su parte, vale la pena señalar que también la tecnocracia tuvo un rol gravitante. Esto es, a pesar de que tanto la izquierda como el PDC criticaban las aproximaciones tecnocráticas cuando se trataba de tomar decisiones, sobre todo durante el gobierno de Jorge Alessandri. Sin embargo, teniendo en cuenta que tras el fin del mandato de Alessandri la crítica a la tecnocracia –como discurso movilizador y de oposición– perdió fuerza, el gobierno demócratacristiano no dudó en hacer uso de un amplio cuadro de jóvenes técnico-expertos (ingenieros civiles, economistas, agrónomos, entre otros) que se evocaron a dar su apoyo técnico a la iniciación de lo que Góngora (1981) llamó el periodo de las “planificaciones globales”. En tal sentido, si bien el tema de la tecnocracia ya no era de suma importancia durante el mandato de Frei Montalva (como discurso movilizador), fueron técnico-expertos quienes se hicieron cargo, por ejemplo, de la reforma agraria y la nacionalización de la minería del cobre, entre otras reformas estructurales. De modo que

⁶ Para obtener más información teórica respecto a este tipo de intelectual, véase sección 1.2.

el conocimiento experto cumplió un rol fundamental durante el gobierno demócrata-cristiano. No obstante, se debe señalar que estos técnico-expertos demócrata-cristianos, a pesar de haber trabajado en el marco de la estrategia de modernización formulada por la Alianza para el Progreso, cuyos postulados estaban basados en las ideas modernizadoras de Almond y Coleman (1960) y Rostow (1971), no prestaron atención a la teoría de la modernización dado su carácter imperialista (Silva 1992). Esto es, sobre todo porque el clima intelectual en el cual los demócrata-cristianos vivían por ese entonces era uno donde las ideas hegemónicas provenían de la teoría de la dependencia y de los principios del llamado “socialismo comunitario”: un tipo de socialismo que estaba inspirado en las doctrinas de Jacques Maritain (Correa 2005a; Silva 1992). En tal sentido, la subordinación a la política en la que estos expertos *de facto* vivían, así como su compromiso con un ideario asociado a un catolicismo renovado tras el Concilio Vaticano II, no permitió que estos técnicos estuviesen aún en un primer plano en la política nacional, ni que fuesen hegemónicos dentro de los círculos intelectuales. Esto es, pregonando, por ejemplo, tal como lo hicieron los *Chicago Boys* en el marco del régimen autoritario, un discurso de orientación tecnocrática ortodoxo. De hecho, tal como señala Silva (1992), entre los años 60 y 70, los técnico-expertos se encontraban subordinados a los intelectuales humanistas. Esto es, intelectuales que delineaban el camino a seguir de los regímenes políticos basados mayoritariamente en consideraciones ideológicas. De modo que en aquel entonces era el sociólogo y no el economista, ni el ingeniero civil o el agrónomo, quien poseía la mayor influencia en los círculos gubernamentales del periodo (Barrios y Brunner 1988; Brunner 1988).

Tras el triunfo de Allende en 1970, muchos de los intelectuales humanistas —quienes hasta dicho entonces aún eran los intelectuales hegemónicos— adoptaron posturas marxistas y revolucionarias en un entorno de polarización política e ideológica. Asimismo, muchos de los técnicos-expertos del gobierno demócrata-cristiano se orientaron por su parte a apoyar la vía democrática al socialismo (Silva 1992). Esto es, en un entorno donde se estaba a favor o en contra de la revolución o el socialismo democrático. Así, durante el régimen de la UP, fueron la política y el supuesto alzamiento de las clases oprimidas los aspectos que lideraron el acontecer nacional. En tal sentido, la inflación ideológica y política que tuvo lugar en dicho periodo, culminó con un golpe de Estado que puso fin al sistema democrático que había imperado desde que se inauguró el Estado de Compromiso alrededor de 1938 (Rumie 2019). Sin embargo, con la caída del régimen democrático, no sólo fueron disueltos los partidos políticos y el sistema democrático liberal (Gárate 2012; Moulian 1983; Moulian y Torres 1989; Vergara 1985), sino que también el intelectual humanista perdió su carácter hegemónico (Silva 1992). Esto es, sobre todo puesto que este último fue culpado por haber contribuido a la exacerbación del conflicto social, haber promovido la lucha de clases y haber contribuido a la formulación de reformas socioeconómicas (sin que este último tuviese *expertise* para ello) que agudizaron la crisis social y económica del país. Fue así que el régimen militar, tras el quiebre democrático, se dedicó a difundir la idea de que el intelectual humanista era sinónimo de agitación y que la política era sinónimo de caos (Silva 1992).

Fue en el marco de este panorama que la tecnocracia resucitó de sus cenizas como la única forma no politizada y científica de administrar y gestionar a los habitantes y los recursos de la nación. De modo que bajo esta consigna, el gobierno militar —aproximadamente desde 1975 en adelante— dotó de gran libertad de acción a los *Chicago Boys* con el fin de que se hiciesen cargo de la crisis económica mediante la creación de las instituciones correspondientes (Rumie 2019). Desde aquel momento en adelante, estos tecnócratas configuraron un nuevo tipo de intelectualidad en un contexto de emergencia que no pudo ser resuelto mediante las lógicas de la política tradicional (Gárate 2012; Huneeus 2007;

Valdés 1995). Una vez en el poder, los *Chicago Boys* no se limitaron a realizar sólo reformas económicas, sino que se propusieron modificar las relaciones entre Estado y sociedad imperantes en Chile desde 1938 (Moulian y Vergara 1981; Vergara 1982, 1985). Del mismo modo, se dedicaron a justificar las condiciones autoritarias mediante un ideario neoliberal que excedía en todo sentido los postulados técnicos que componían la orientación monetarista ortodoxa (Foxley 1982; Huneus 1998, 2007; Silva 2010). Sin embargo, a pesar de esto último, y puesto que estos últimos eran por definición tecnócratas (Centeno y Wolfson 1997; Meynaud 1968; Rumie 2019; Silva 2006), presentaron todas sus reformas –a pesar de tener componentes ideológicos– como si fuesen apolíticas y únicamente guiadas por la moderna ciencia económica (Foxley 1982; Huneus 2007). De modo que los *Chicago Boys*, teniendo el poder de decisión en sus manos, fueron más allá de la capacidad estrictamente técnica que sus credenciales académicas les proporcionaban con el fin de instalar un sistema que transformó drásticamente la economía y las relaciones sociopolíticas que habían imperado en Chile desde el primer tercio del siglo XX (Rumie 2019).

En términos doctrinarios, influidos directamente por Milton Friedman e indirectamente por Friedrich von Hayek (Centeno 1997; O’Brien y Roddick 1983; Oppenheim 1993; Silva 2010), estos tecnócratas neoliberales sostenían que una economía basada en el libre mercado y la limitación del excesivo rol interventor que tenía el Estado era la única solución para los problemas que Chile poseía en términos de desarrollo (Gárate 2012). De modo que los *Chicago Boys* proponían que el único modo de arreglar los endémicos problemas de desarrollo que tenía Chile era instalar una radical contracción del Estado en materias económicas y sociales, con el fin de que ambas áreas estuviesen reguladas principalmente por el mercado y sus mecanismos “imparciales” de asignación de recursos y valor. Esto es, mecanismos que eran considerados por ellos como los más justos si se les comparaba con la justicia impartida por un Estado que, en su modo de ver, dirigía los recursos y su poder de un modo ineficiente y arbitrario a quienes –gracias a su organización y politización– eran capaces de ejercer presión colectivamente por encima de los individuos. Además, desde un prisma tecnocrático, estos monetaristas-neoliberales también sostenían que en la esfera política era preferible que las decisiones fuesen tomadas por los expertos y no por las mayorías democráticas y los políticos que las representaban. Esto es, dado que los expertos tomarían decisiones “racionales”, mientras que las mayorías y los políticos no necesariamente. Así, para los *Chicago Boys* la legitimidad de la toma de decisiones venía del conocimiento experto más que de política en un sentido democrático tradicional. En términos generales, los *Chicago Boys* constituían un grupo de tecnócratas que, declarando ser los portadores de la “moderna ciencia económica”, desde un punto de vista proyectivo, tenían como objetivo terminar con el intervencionismo y la protección estatal, realizar una apertura comercial de Chile al mercado internacional, fortalecer al mundo privado frente al público, fortalecer la libertad de los individuos frente al poder de las colectividades y promover un tipo de justicia social basada en la “imparcialidad” del mercado.

La hegemonía lograda en Chile por el intelectual experto –en este caso de un tecnócrata neoliberal que es distinto al tradicional (Rumie 2019)– no tuvo que ver únicamente con que los *Chicago Boys* hayan tenido un cuerpo de ideas relativamente coherente, sino que también con que estos tecnócratas tuvieron la capacidad de traducir dichas ideas neoliberales en un proceso de modernización que *de facto* modificó el devenir económico y social de Chile (Silva 1992). En tal sentido, estos tecnócratas –aunque en condiciones autoritarias– lograron modernizar el capitalismo mediante una revolución neoliberal que, si bien puede ser criticada en múltiples sentidos, ni siquiera la izquierda ha podido refutar desde el punto de vista factual, lo cual se ha constituido como uno de los principales problemas

de la izquierda contemporánea. De este modo, tras el fin del régimen militar y la restauración de la democracia, nadie se atrevió realmente a cuestionar seriamente el rol que estos técnicos-expertos tuvieron a la hora de modernizar el país. De hecho, la mayoría de los gobiernos de centro-izquierda que tuvieron lugar tras el retorno democrático, priorizaron la administración técnica del Estado –la gestión– por sobre los procedimientos políticos tradicionales (Silva 2010). Esto es, claramente, en el contexto de una democracia limitada y tras el trauma que significó todo lo sucedido entre 1960 y 1990. De modo que fue en este contexto que el intelectual humanista, quien fue catalogado como uno de los causantes de la radicalización de los años 60, se abstuvo de ser una actor clave del proceso de democratización en Chile, lo cual le dejó el paso libre al experto –ya sea en el contexto de la izquierda o la derecha– para que este último se transformara en el intelectual hegemónico.

Ahora bien, ¿cómo entender la retirada del intelectual humanista? y ¿cómo este último se integró al nuevo sistema democrático liderado por los expertos? Ante estas interrogantes, se puede señalar que hay una multiplicidad de factores. Por ejemplo, según Silva (1992), cabe destacar que un número no menor de intelectuales humanistas (individuos que participaron en la radicalización ideológica que tuvo lugar entre 1960 y 1973) terminaron siendo exiliados en Europa y Norteamérica. En el marco de tal experiencia, estos intelectuales se integraron a diversas instituciones foráneas, las cuales les brindaron la posibilidad de reinterpretar los hechos sucedidos antes del golpe militar, así como también la posibilidad de profesionalizar su labor académica. Es más, desde dichas instituciones, estos intelectuales realizaron múltiples estudios retrospectivos y autocríticos, los cuales señalaron que la híperideologización que imperó en Chile antes del golpe de Estado impidió realizar un análisis certero de la situación económica y social del país, así como también del balance de las fuerzas políticas. Esto es, dado que en el marco de la UP se sobredimensionaron los intereses de un grupo minoritario de la población. Además, otro de los diagnósticos realizados por estos intelectuales exiliados tuvo que ver con que, durante el periodo previo al golpe de Estado, hubo una sobrevalorización de lo político en desmedro de la necesidad de administrar de un modo realista y especializado los recursos económicos del país. De modo que el fracaso económico de la UP, fracaso al que se le sumó el relativo éxito de las posteriores políticas económicas de los *Chicago Boys*, terminó por convencer a algunos de los otrora hegemónicos intelectuales humanistas de que el desarrollo económico y sus problemas técnicos debían quedar en manos de los técnico-expertos y no en manos de los humanistas.

La integración a las universidades europeas que los intelectuales humanistas chilenos sufrieron durante su exilio, por su parte, también contribuyó a que estos últimos profesionalizaran su actividad. Dicha profesionalización hizo que estos intelectuales se alejaran de la *praxis* política y de las masas, para adoptar un postura ciertamente más científica (Angell y Carstairs 1987; Silva 1992). De modo que fue a partir de este momento que comenzó en Chile a tener lugar *de facto* la distinción webberiana entre el político y el científico (Weber 1919). De hecho, la intelectualidad que volvió a Chile tras su exilio pasó de ser una intelectualidad mesiánica y defensora de la clase trabajadora, a ser una intelectualidad más profesionalizada que se orientó a defender la democracia desde una perspectiva académica (Silva 1992). Además, según Barrios y Brunner (1988), también sucedió que tras el golpe de Estado muchos de los intelectuales de izquierda que fueron desalojados de las universidades chilenas lograron refugiarse en los Centros Académicos Privados (CAP). Esto es, centros de investigación desde los cuales esta *intelligentsia* disidente logró hacer oposición intelectual y política durante el régimen militar. Sin embargo, estos centros de investigación estaban siendo financiados por agencias internacionales, lo cual condicionó el estilo de trabajo y las metas que dichos intelectuales debían tener. Por lo que este hecho contribuyó a que dichos intelectuales profesionalizaran su labor

académica, aspecto que también los alejó de la politización e ideologización que los intelectuales humanistas experimentaron sobre todo entre los años 1960 y 1970. En tal sentido, otro aspecto que contribuyó a la profesionalización de la actividad intelectual fue que el golpe militar provocó una ruptura en la relación que el intelectual humanista tenía con el Estado. Durante 17 años los intelectuales humanistas no contaron ni con el Estado ni con los partidos políticos para financiar sus actividades. Por lo que esto los llevó a tener una relativa autonomía frente a quienes detentaban el poder político formal. Esto propició en estos intelectuales una actitud más profesional que la que existió sobre todo en el anterior periodo de radicalización ideológica.

Con todo, así como la intelectualidad humanista sufrió un proceso de profesionalización, por su parte, el experto sufrió un proceso de politización. De modo que esto último dio origen a la figura del *technopol*. Esto es, un técnico-experto –generalmente ingeniero o economista– que ya no profesa el apoliticismo o su marginación de los partidos políticos (a diferencia del tecnócrata), sino que, por el contrario, puede tener compromisos doctrinarios e incluso militancia partidaria (Dávila 2011; Domínguez 1997; Joignant 2011; Rumie 2019). En tal sentido, gracias a la hegemonía intelectual del experto y su cercanía a los círculos del poder político, este último se ha politizado, aunque todavía haga uso de sus credenciales de *expertise* para validar sus puntos de vista en el entorno democrático. En efecto, el *technopol* ha sido una de las principales figuras intelectuales en el nuevo periodo democrático, el cual ciertamente se ha constituido como un intelectual diferente al tecnócrata. De hecho, el tecnócrata, contrariamente al *technopol*, es un individuo que, por definición, alcanza el poder de decisión sólo durante estados de emergencia y que se proclama a sí mismo como apolítico, carente de ideología y sin compromisos partidarios (Meynaud 1968; Rumie 2019; Silva 2006). Esto es, exactamente como sucedió con los *Chicago Boys* (Rumie 2019).⁷

4.2 El auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha: la crítica a la “carencia de relato” y al economicismo

Las coyunturas experimentadas por la derecha transicional desde la derrota del “cosismo”, pasando por la criticada gestión de Sebastián Piñera (2010-2014), el auge de movimientos sociales (2011) inspirados en la doctrina de los derechos sociales y en las obras de intelectuales de izquierda como Atria *et al* (2013) y Mayol (2013), sumando a esto último la consolidación de una NM que pretendió llevar a cabo reformas estructurales, además de la crisis política suscitada tras los casos de corrupción (Penta, Caval y SQM), llevó a que un grupo de jóvenes intelectuales derechistas sostuviesen que la derecha transicional estaba pasando por una “crisis intelectual” o doctrinaria. Esto es, una crisis que no le permitiría al sector derechista –estando preso del economicismo y las lógicas tecnocráticas– repensar sus propias ideas (Herrera 2014; Mansuy 2016c), gobernar con principios que le den un sentido político a su propio proyecto (Urbina y Ortúzar 2012) o defender su propio modelo socioeconómico y político mediante justificaciones morales liberales distintas a las que se podrían

⁷ Las transformaciones de la intelectualidad que tuvieron lugar durante el siglo XX en Chile y que fueron exploradas en esta sección, son fundamentales para comprender lo que aquí se examina en las secciones 4.2 y 4.3. Esto es, dado que la nueva intelectualidad humanista en cierto modo se ha constituido como una reacción a la hegemonía del intelectual experto en la derecha transicional, un intelectual que surgió en el marco de los procesos examinados en esta sección. Del mismo modo, hasta cierto grado, lo que aquí se explora también sirve de contexto para lo tratado en el capítulo 5 de este estudio. Esto es, dado que la creación de los *think tanks* en Chile, entre otras cosas, también se relaciona con la profesionalización y tecnificación de la actividad intelectual. Véase sección 5.1. Por su parte, para obtener información teórica y específica acerca de los tipos de intelectuales que se han desarrollado en occidente desde los albores del siglo XX, véase sección 1.2.

obtener mediante un documento técnico (Kaiser 2009). En tal sentido, el diagnóstico general sostenido por estos intelectuales ha sido que la derecha transicional carece de un relato elaborado o diseminado y que esta carencia, a su vez, produjo una crisis en el sector, sobre todo cuando se trató de enfrentarse a la NM y a los movimientos sociales.

Esta “crisis intelectual” señalada por estos nuevos intelectuales tendría que ver con dos cuestiones fundamentales. Primero, tendría que ver con que, tras el retorno a la democracia, la derecha transicional sintió que su modelo de sociedad ganó la batalla frente a la izquierda tanto en términos ideológicos, políticos como económicos. Esto es, sobre todo tras la derrota de los socialismos reales en el marco de la simbólica caída del muro de Berlín y tras la parcial aceptación de la izquierda renovada del modelo de sociedad instalado durante el régimen militar. Por lo que, ante estas circunstancias, la derecha transicional no necesitó ni creyó necesario –al menos hasta el auge de esta nueva intelectualidad– elaborar un relato capaz de dar soporte a dicho modelo o cuestionarlo con el fin de perfeccionarlo o exponer sus fallas. Esto es, dado que dicho modelo había sido calificado como ganador y dado que ya no había un oponente poderoso con el cual batallar (véase sección 3.3.4). Segundo, esta situación también tendría que ver con que tras el retorno a la democracia, en el marco de la crítica a la política, a las ideologías y al intelectual humanista, fue el intelectual experto quien se posicionó como uno de los actores hegemónicos en la sociedad chilena (véase sección 4.1). Por lo que el tipo de intelectual que ha primado (sobre todo en la derecha) desde el retorno a la democracia ha sido el experto, a saber: un intelectual que normalmente es un economista o ingeniero, que ha estado más preocupado de la gestión y la administración tecnocrática del Estado, que de la necesidad de elaborar un relato ideológico o doctrinario con sentido capaz de interpretar las problemáticas sociopolíticas que Chile ha vivido durante el periodo transicional y durante el periodo de consolidación democrática. Así, la hegemonía del experto también ha decrecido la posibilidad de que la derecha transicional crease un relato profundo en el marco del nuevo entorno político.

A pesar de que existe cierto diagnóstico común por parte de esta nueva intelectualidad humanista en torno a la “crisis intelectual” de la derecha, esta última ha sido traducida por esta nueva *intelligentsia* derechista de distintas maneras, dentro de la que destacan dos aproximaciones fundamentales: una reactiva y una reflexiva. Dentro de la aproximación reactiva, Kaiser (2009) ha sostenido que desde que se inauguró la democracia ha existido una “anorexia cultural” en la derecha transicional que no le ha permitido a este sector enfrentarse a la izquierda en el plano de las ideas. Esto es, en términos de que a la derecha se le ha hecho imposible crear un movimiento de ideas contrahegemónico que altere la hegemonía cultural que la izquierda ha tenido en Chile. Según este diagnóstico, la derecha transicional necesita desarrollar herramientas ideológicas dado que actualmente se está enfrentando a una izquierda ideológica que en cualquier momento podría poner en jaque el modelo de sociedad que la derecha defiende, sobre todo en el marco de la doctrina de los derechos sociales. Según esto, la derecha transicional no debe seguir defendiendo su modelo de sociedad únicamente por medio de documentos técnicos que hablen del crecimiento anual o las bajas tasas de desempleo, sino que también por medio de ideas que justifiquen moralmente porqué el modelo defendido por este sector, por ejemplo, podría ser más justo que el modelo propuesto por la izquierda. Esto último revaloriza el plano de las ideas (lo cual es algo novedoso en la derecha transicional) pero no altera las ideas que fundan el modelo de sociedad impuesto por el régimen militar y la corriente “chicago-gremialista”. Por ende, esta aproximación representa más que nada una adaptación de las estrategias de competición de una derecha acostumbrada a responder tecnocráticamente a los problemas de la sociedad.

Por otro lado, dentro de lo que corresponde a la aproximación reflexiva, Mansuy (2016c) ha señalado que tras la inauguración de la democracia ha habido una especie de “silencio” o inmovilismo en la derecha garantizado por la comodidad que implicó el pacto gestado en torno al proceso transicional. Esto es, una comodidad que en el marco del sistema binominal, los enclaves autoritarios, el derrumbe de los socialismos reales y el parcial éxito modelo socioeconómico y político impuesto por el régimen militar, no hicieron necesario que la derecha transicional desarrollase herramientas intelectuales que le permitiesen repensar con honestidad sus propios principios y valores con el fin de liderar a un Chile que está en una constante evolución social y política. Según esto, la derecha necesita repensar y reflexionar acerca de sus ideas dado que éstas últimas, las cuales surgieron en el régimen militar y se consolidaron en la transición, ya no serían enteramente adecuadas o afines a los problemas económicos y sociopolíticos que Chile está experimentando actualmente.

Por su parte, Herrera (2014, 2017b, 2017a), también dentro de la línea reflexiva, ha señalado que Chile está asistiendo a una “crisis intelectual” de una derecha transicional que, después del régimen militar y la Guerra Fría, quedó presa del economicismo, las lógicas tecnocráticas, el apoliticismo y del desprecio por las ideologías. Esto es, un desprecio que no le ha permitido a la derecha transicional renovarse en el marco de otras útiles hebras ideológicas que sí le pertenecen a este sector históricamente y que se diferencian de lo propuesto por la hasta hoy en día hegemónica corriente “chicago-gremialista”. Por ejemplo, la hebra socialcristiana, laica-liberal y nacional-popular. Según este diagnóstico, existe un imperativo de que la derecha se renueve en términos ideológicos si quiere gobernar acorde a las exigencias del Chile contemporáneo y conforme al ideal de mejorar el devenir de la nación. Según esto último, la derecha debería dejar de lado algunos componentes de la tradición “chicago-gremialista” que estarían obsoletos y debería revitalizar o activar componentes de antiguas hebras ideológicas que en el pasado también constituyeron a la derecha chilena. Tal movimiento permitiría que la derecha pudiese renovarse, aunque al mismo tiempo dicho cambio apelaría a la continuidad, un aspecto que contribuiría a que a la hora de realizar un movimiento renovador la derecha no sea acusada de heterodoxia.

Por último, también en la línea reflexiva, otros intelectuales han intentado diseminar la idea de que la derecha, en un contexto de economicismo y pragmatismo, debiera gobernar con profundos principios si lo que busca es modelar al país según un proyecto propio que tenga un sentido político para la ciudadanía (Urbina y Ortúzar 2012). De modo que lo que todos estos intelectuales de la línea reflexiva tienen en común, al menos en lo que respecta a su diagnóstico, es que las prácticas o ideas actuales de la derecha transicional no son enteramente afines a las necesidades de la sociedad chilena contemporánea. Según esta aproximación, en la derecha necesita repensar sus prácticas o ideas, especialmente si lo que se desea es competir por el poder con éxito y liderar a Chile en un entorno de procesos de cambios políticos y sociales como los que se vivieron entre los años 2010 y 2018.

4.2.1 La debilidad intelectual derechista: ¿por qué se dice que en la derecha chilena no hay intelectuales humanistas?

Tras la consolidación hegemónica del intelectual experto, la cual tuvo lugar, hasta cierto grado, gracias al desprestigio sufrido por el intelectual humanista tras el régimen militar y el auge tecnocrático, se ha instalado la idea de que en la derecha no hay intelectuales humanistas, a saber: intelectuales encargados de la producción de ideas y símbolos de alcance social, que se sitúan como críticos del *statu quo* y promotores de las grandes transformaciones sociales (Silva 1992). De hecho, dada esta situación, la cual se ve acrecentada por la “carencia de relato” y el fuerte economicismo que ha tenido lugar en la

derecha transicional, el intelectual humanista normalmente ha sido asociado a la izquierda, pues su carácter transformador y cercano a las ideas lo alejaría de una derecha que históricamente –según se sostiene habitualmente– se habría dedicado a defender el *statu quo* con la finalidad de evitar todo tipo de cambio social y así perpetuar su poder político y económico. Sin embargo, ¿es esto verdad? ¿Es verdad que en la derecha no ha habido intelectuales humanistas que hayan promovido el cambio? ¿No será más bien, tal como señala Fernandois (2015), que los intelectuales humanistas de derecha no han podido encontrar su lugar en dicho sector político dado que han sido invisibilizados y se han quedado sin la posibilidad de autodefinirse como individuos de derecha? Es más, ¿cómo un intelectual de derecha podría definirse de derecha si, tal como señala Fernandois (2015), la derecha transicional se ha caracterizado por despreciar el mundo de las ideas y la cultura, asumiendo como vías predominantes de acción la decisión experta y el “cosismo”? Las respuestas a estas interrogantes tienen lugar mediante la aclaración de varios equívocos asociados a esta temática. Esto es, equívocos dentro de los cuales existe una visión tanto reduccionista como una apreciación grandilocuente –dependiendo del caso– de lo que significa ser un intelectual en la sociedad.

Para comenzar, con respecto a la creencia de que no hay intelectuales humanistas en el sector derechista, Gonzalo Rojas señala –refiriéndose a su propia identidad de intelectual– que esto tiene que ver con que los intelectuales humanistas de derecha “[...] somos más livianos. [De hecho,] la mayoría de nosotros hemos optado por la vida universitaria, [más] no por los centros de estudios doctrinarios o ideológicos. [...] No tenemos masa crítica, somos pocos, somos livianos. Cuando tú no tienes masa crítica es difícil ser proactivo y proyectivo” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). Así, según la interpretación de Rojas, no se trata aquí de que no haya *de facto* intelectuales humanistas de derecha, sino que se trata más bien de que los pocos que hay son livianos, poco numerosos, además de que estos últimos no se dedican a la labor propiamente intelectual desde el punto de vista público. Según Rojas, los intelectuales humanistas de derecha más bien se han dedicado a la actividad puramente académica, lo cual no llevaría a que esta *intelligentsia* posea un rol importante dentro de la sociedad y la derecha chilena, sobre todo cuando se trata de la formulación de proyectos ideológicos capaces de influir en los partidos políticos y la opinión pública.

Por su parte, en lo que respecta a la intelectualidad humanista de derecha que tuvo lugar tras la inauguración de la democracia en 1990, Cristóbal Bellolio sostiene lo siguiente:

Yo creo que durante mucho tiempo no hubo intelectuales de derecha porque toda la gente de derecha se dedicaba a hacer política profesional. Y creo que esto tiene que ver con las características de la generación que dejó la dictadura en el poder. Los mejores [de esa] generación fueron todos alcaldes a los 27, 28, 29 años. Melero en Pudahuel, Moreira en La Cisterna, [por ejemplo]. Estos individuos, que tenían 30 cuando volvió la democracia, se hicieron todos diputados, se fueron todos al congreso y no generaron lo que podríamos llamar una división intelectual del trabajo. [...] Yo veo a Allamand, yo veo a Espina y todos se fueron al congreso. Y al congreso tú no vas a pensar. [...] En el congreso se actúa, se discute, se trata de ganar. El intelectual no siempre trata de ganar. El intelectual problematiza (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Por ende, lo que Bellolio señala es que, al menos durante el periodo de la transición, la falta de una intelectualidad humanista en la derecha tuvo que ver más que nada con que el capital humano que tenía la derecha tras el retorno a la democracia terminó por encarrilarse en el camino político más que en el intelectual. En tal sentido, se podría sostener que en dicho entonces –un entorno donde se reinaugura la competencia política y donde los intelectuales humanistas estaban desprestigiados– lo importante para la derecha de la transición era asegurar sus cuotas de poder en el nuevo entrono democrático. De modo que en dicho contexto no había necesidad de producir intelectuales humanistas

capaces de defender o perfeccionar el modelo de sociedad defendido por la derecha desde el punto de vista de las ideas. Esto es, un modelo de sociedad que en aquellos años parecía vencedor y hegemónico tras la vuelta a una democracia protegida y pactada. Además, en lo que respecta a los pocos intelectuales humanistas que tenía *de facto* la derecha tras el retorno a la democracia –puesto que no es que no hubiese ninguno en aquellos días–, Bellolio también sostiene que los individuos que “[...] pudieron ser los intelectuales de esa generación nunca quisieron realmente serlo. Y aquí pienso principalmente en Arturo Fontaine” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). Por lo que cuando se trata de la reducida intelectualidad humanista que había en la derecha en el entorno transicional, Bellolio es categórico al señalar que dicha intelectualidad humanista no se sentía cómoda siendo categorizada como de derecha. Esto es, un diagnóstico parecido al que Fermandois (2015) expone en su artículo: *Indigencia de ideas: la derecha en Chile*. De hecho, en un entorno donde el intelectual humanista era despreciado por la misma derecha política y económica; y en un entorno donde, siendo un intelectual de derecha, era difícil evitar el casi obligado compromiso con el autoritarismo, pues claramente había ciertas limitaciones o dificultades para ejercer la labor crítica y para autoproclamarse orgullosamente como un intelectual humanista de derecha. Asimismo, como si aquello fuese poco, el intelectual humanista simpatizante de las ideas derechistas no sólo experimentó el rechazo o la presión de su propio sector, sino que también la implacable condena del sector de izquierda y de la intelectualidad humanista en general. Esto es, dado que ha sido la izquierda el sector político que ha concentrado por antonomasia la mayor cantidad de intelectuales humanistas en Chile. Esto es, debido a que dichos intelectuales humanistas, por razones históricas e ideológicas, han sido mayoritariamente críticos del autoritarismo y el neoliberalismo.

Por otra parte, Luis Larraín sostiene con respecto a esta temática que ciertamente “[...] hay un predominio de la izquierda dentro de los intelectuales” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). Sin embargo, Larraín plantea que no se trata aquí de que por dicho predominio no haya en Chile intelectuales humanistas de derecha. De hecho, Larraín plantea que esta cuestión de la ausencia de intelectuales humanistas en la derecha ha tenido que ver más que nada con que dentro de dicha intelectualidad ha habido “[...] un cierto pudor, en los términos de que autodefinirse como un intelectual es un poco pretencioso” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). De modo que lo que plantea Larraín es que no se trata aquí de que no haya intelectuales humanistas en la derecha, sino de que más bien los intelectuales humanistas simpatizantes con las ideas derechistas simplemente no han tenido el coraje de autodefinirse como intelectuales. En tal sentido, en la misma línea de Larraín, Ángel Soto plantea lo siguiente:

¿Quién define al intelectual? A mí me preocupa cuando tú te autodefines como intelectual. [...] Joaquín Fermandois es un intelectual de derecha [...] y yo creo que hoy en día es uno de los historiadores más brillantes. Pero Joaquín no anda en la búsqueda de que le pongan la etiqueta de intelectual. [...] Otro hombre intelectual interesante, que tampoco anda en la búsqueda [de la etiqueta] es David Gallagher del CEP y Arturo Fontaine. O sea, hay intelectuales de derecha, [...] pero no andan con la necesidad de ponerse la etiqueta [de intelectual] ni [de poseer dicho] reconocimiento público” (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Por lo tanto, lo interesante de la lectura de Soto y Larraín es que aquí no se trata de que no haya intelectuales humanistas en la derecha, sino que más bien se trata de que estos últimos poseen un perfil discreto. Es decir, los intelectuales de derecha no tendrían interés alguno de ser etiquetados como intelectuales dado que dicha etiqueta sería “pretenciosa”. Sin embargo, en relación a esto último, Soto también brinda cierta información que permite examinar qué entiende parte de la derecha cuando se habla de los intelectuales. En efecto, examinar cómo la derecha entiende al intelectual ciertamente

podría ayudar a explicar porqué la *intelligentsia* humanista de derecha optaría por este perfil discreto y se negaría a aceptar la etiqueta intelectual. Soto se pregunta a sí mismo lo siguiente:

¿Cuándo ha habido intelectuales de derecha? [...] La verdad es que si tu miras en los años 60, por ejemplo, ¿cuáles fueron los intelectuales de la derecha en dicha década? ¿Dónde están esos intelectuales? Lo que si yo observo es que uno encuentra más hombres de ideas que mezclan las ideas con la acción. Por ejemplo, [...] Héctor Rodríguez de la Sotta no fue un intelectual puro. Él fue un hombre que estuvo en el PCON, que fue candidato y que tenía ideas. [...] Héctor Rodríguez de la Sotta [en su obra] cita a von Mises. Pero él no fue un intelectual académico puro. Otro hombre interesante de ideas que va a tener la derecha fue Pedro Ibáñez. Él era un hombre leído, un hombre culto, un liberal. Pedro Ibáñez fue el primer miembro de la *Mont Pelerin Society* en Chile. [...] Pero, ¿fue un intelectual? ¿Tuvo ideas propias o fue un hombre culto que defendió ideas? [...] [Por su parte,] Jaime Guzmán no fue un intelectual, fue un gran político (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Así, lo que se puede apreciar mediante la declaración de Soto, la cual versa acerca de qué es ser un intelectual, tiene que ver precisamente con esta idea de que autodefinirse como intelectual es algo pretencioso. Para Soto pareciese ser que ser intelectual significa encarnar a un intelectual “puro” que vive en una suerte de *topos hyperuranios*, el cual le hablaría desde una torre de marfil a su audiencia sin ensuciarse las manos con los asuntos políticos. Sin embargo, como se aprecia en la sección 1.2, dicha concepción purista de la intelectualidad es ciertamente cuestionable, en tanto que el intelectual precisamente surge *de facto* cuando ese último interactúa con la esfera de lo público y lo político. Esto es, tal como se ha ejemplificado anteriormente mediante el *Dreyfus affair*. De este modo, los hombres que mezclan ideas con política no tendrían porqué ser despojados de la categoría intelectual. No obstante, quizá esta sea una de las razones –entre otras– por las cuales ciertos sectores de la derecha no vislumbran a sus intelectuales humanistas a lo largo de su historia, pues la visión que existiría en aquellos sectores acerca de su propia *intelligentsia* sería restringida. En tal sentido, Sofía Correa, quien es una historiadora y estudiosa de la derecha, sostiene que Jaime Guzmán, por ejemplo, al contrario de lo señalado por Soto, sí fue un intelectual de derecha precisamente dado este último tuvo una gran influencia en la sociedad y la política. De hecho, Correa señala lo siguiente: “[...] ¿qué más intelectual que Jaime Guzmán? O sea, no es un hombre de pensamiento filosófico, pero es un tipo que desde las ideas [que defendía], ideas que además era capaz de cambiar en el camino [por necesidades políticas], las imprimió, dándole sustento a un modelo y creando el escenario para que ese modelo pudiese funcionar políticamente” (Correa, entrevista, 3 mayo 2018). Por ende, recordando la caracterización que Silva (1992) realiza acerca de los intelectuales humanistas, Guzmán podría encarnar ciertamente una de las principales características de este tipo de intelectual, a saber: el ímpetu de liderar una transformación global de la sociedad según ideas que, en el caso de Guzmán, estuvieron inspiradas en concepciones humanísticas más que en conocimientos técnicos. Por ejemplo: en el individualismo de Hobbes y Locke, en el pensamiento conservador-hispanista de Ramiro de Maeztu, Vázquez Mella y Manzer; en el pensamiento Lira, Encina, Eyzaguirre y Edwards; en el decisionismo de Carl Schmitt y en la concepción de democracia instrumental de Schumpeter y Popper (Vergara 2007).

Por su parte, respecto al tema en cuestión, Joaquín Fernandois señala que en la derecha chilena siempre ha habido una suerte de debilidad en el área de la intelectualidad humanista. No obstante, según Fernandois, aquello no quiere decir que no haya habido intelectuales de este tipo en el sector. De hecho, sostiene que dicha creencia

[...] es un prejuicio. Es una forma común de anular a alguien. [...] [Sin embargo, hay que reconocer] que salvo en algunos casos como el de USA, [...] la intelectualidad moderna es de izquierda, la inventó la izquierda. [...] [En tal sentido,] el grueso de los intelectuales que en el siglo XX intervienen públicamente en el mundo han sido de izquierda. [Ahora bien, como dije anteriormente,] USA es una excepción, en el

sentido de que las derechas de tal país tienen una importante regulación intelectual. Allí se llaman conservadores. [...] En Chile, habiendo tenido una derecha fuerte, es extraño que un pensamiento de derecha haya sido relativamente escaso. [De hecho, en este país] la identificación de la izquierda con el mundo de la literatura, el arte, el mundo cultural, ha sido abrumadora (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

De este modo, tratando de explicar porqué se ha dado este fenómeno de la hegemonía de la izquierda en la intelectualidad humanista, Fernandois señala que esto “[...] es parte de la cultura moderna. [Esto] es porque [en la modernidad] las derechas van identificadas a un sistema [determinado] y el arte [o la crítica humanista] va contra de dicho sistema. [Es más, las derechas] admiran los sistemas donde el artista es arrestado y el intelectual [humanista] es aplastado”. Por ende, según lo señalado por este historiador, en la derecha la intelectualidad humanista nunca ha tenido una gran cabida, sobre todo en lo que respecta a los sectores políticos y económicos. Es más, dicha intelectualidad ha sido generalmente monopolizada por la izquierda. No obstante, teniendo en cuenta que en la derecha chilena sí han existido pensadores como Encina y Edwards, Fernandois, refiriéndose a las ideas elaboradas por estos intelectuales, sostiene que, en su tiempo, aquellas sólo eran absorbidas por una minoría dentro del sector derechista. De modo que estos pensadores nunca fueron demasiado influyentes en la derecha. En tal sentido, según este historiador, “[...] siempre han existido en la derecha minorías preocupadas que leían”. Sin embargo, la derecha como conjunto “[...] nunca va a ser en Chile muy intelectual. Porque esos son rasgos históricos [del sector derechista]”. Por lo tanto, a pesar de que en Chile haya habido intelectuales como Encina o Edwards, se debe señalar que estos últimos no fueron en ningún caso hegemónicos en el sector derechista, así como tampoco estos últimos fueron muy leídos por una derecha política y económica que nunca tuvo mucho interés por las ideas. De hecho, es sabido que estos dos pensadores influyeron más que nada en sectores nacionalistas reformadores ajenos a la derecha tradicional. Esto es, sectores que podrían ser incluso asociados a cierto tipo de izquierda. Uno de los ejemplos de esta influencia es la relación de Edwards con Ibáñez del Campo durante su primer mandato (Cristi y Ruiz 1992; Gazmuri 1976, 2004; Góngora 1982).

Por otro lado, desde un punto de vista histórico, Hugo Herrera se refiere al tema de la carencia de intelectuales humanistas en el sector derechista diciendo que

[...] efectivamente en el sector [de derecha] no hay una especial preocupación por las humanidades y ahí la dictadura establece una división brutal. [...] Si uno piensa en el pasado [intelectual] del país, el de los grandes ensayistas, dividámoslo en derecha e izquierda. La expresión derecha a veces es equivoca, pero uno a Góngora lo puede situar en un pensamiento entre socialcristiano y nacional, no revolucionario, salvo en su época comunista, pero fue un periodo muy corto. Lo mismo Encina y lo mismo Edwards. Y esos son los grandes ensayistas del siglo XX. Entonces, si uno pudiera distinguir entre revolucionarios y reaccionarios, o conservadores y revolucionarios, ¿dónde están los más importantes ensayistas del siglo XX chileno? Bueno, pues en lo que uno podría calificar hoy en día como derecha. Entonces, creo que una de las grandes derrotas culturales producidas en gran medida por la dictadura y el predominio del discursó economicista, está en que en el ambiente [de derecha] no tenga significado decir intelectual de derecha (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

En tal sentido, lo que Herrera reclama respecto al tema de la intelectualidad humanista en la derecha, es que en relación a ella ha habido una suerte olvido o ceguera dentro del sector. Esto es, en el sentido de que tras el fin del régimen militar, el auge del intelectual experto y tras la consolidación de la corriente “chicago-gremialista” al interior de la derecha, se ha omitido el hecho de que la derecha efectivamente ha tenido importantes intelectuales humanistas a lo largo de su historia, a saber: intelectuales humanistas como Encina y Góngora que, cierto es, pertenecieron a corrientes ideológicas que no se corresponden ni con el gremialismo ni el neoliberalismo. Por lo tanto, según Herrera, existe

una suerte de falacia cuando se arguye que en la derecha no han existido intelectuales humanistas. Esto es, dado que Góngora, Edwards o Encina ya bastarían para derrocar dicha idea. Sin embargo, más allá de que aquello sea cierto, el problema fundamental de la aproximación de Herrera está en definir qué se entiende por derecha en Chile, además de en vislumbrar, como señaló agudamente Fernandois, cuál fue el impacto o influencia que estos intelectuales humanistas tuvieron en la derecha económica y política en el pasado. En tal sentido, ¿fue esta *intelligentsia* realmente escuchada e integrada por el sector derechista en sus respectiva época? Según Fernandois, todo pareciese indicar que estos intelectuales humanistas sólo influyeron en un sector minoritario del sector derechista en sus respectivos periodos históricos. Además, tanto Góngora como Edwards y Encina, fueron bastante críticos de la derecha política o económica de su tiempo. Por ende, no eran intelectuales humanistas que diesen un soporte proyectivo e ideológico a una derecha política y económica que se orientaba en una dirección opuesta a la que ellos proponían. En tal sentido, al contrario de lo que se podría destacar acerca de los *Chicago Boys*, quienes han sido señalados como los intelectuales orgánicos de la derecha del régimen militar (Rumie 2019; Silva 2006), Encina, Góngora y Edwards nunca alcanzaron tal grado de organicidad en relación a las derechas de su tiempo.

Por último, desde una perspectiva que se enfoca estrictamente en el periodo posterior a la transición democrática, Daniel Mansuy señala lo siguiente con respecto a la cuestión de la intelectualidad derechista:

Yo no creo que la derecha no haya tenido intelectuales. Yo creo que eso es un error. [...] Lo que pasa es que nos llenamos [en la derecha] de economistas que dan respuestas económicas a todos los problemas. [En tal sentido,] el problema de la economía no es la economía [en sí misma], es el imperialismo económico. Cuando uno lee a gente como Gary Becker, resulta que [para él] la economía resuelve todos los problemas y no sólo los problemas económicos. Entonces, [dada esta situación,] pareció que [en la derecha] no teníamos intelectuales sino que sólo economistas (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Así, lo qué Mansuy sostiene es que el hecho de que no se reconozcan explícitamente a los intelectuales humanistas en la derecha ha tenido que ver con que, desde que tuvo lugar el régimen militar, ha existido en este sector una suerte de “imperialismo económico”. Esto es, un imperialismo que se traduce en la creencia de que todo tipo de problema puede y debe ser resuelto mediante la economía. En tal sentido, los intelectuales humanistas de derecha, es decir, historiadores, antropólogos y filósofos, entre otros, habrían quedado relegados al olvido dada esta hegemonía de los economistas, así como también dado el desprecio que existe en la derecha transicional con respecto los intelectuales humanistas y el modo en el cual estos últimos interpretan y examinan la realidad. En este respecto, Mansuy también señala que la hegemonía economicista en la derecha no sólo ha tenido consecuencias a un nivel discursivo, sino que también a un nivel práctico. Mansuy señala que también sucede

[...] una cosa que es sociológica. [Por ejemplo,] yo trabajo aquí, en la facultad de humanidades en una universidad a la que llegan, naturalmente, por el lugar donde está, un cierto tipo de público [–un público de derecha–]. Y bueno, [aquí un joven dice:] ‘papá, quiero estudiar filosofía’. [Y eso,] en un ambiente de derecha, no es algo fácil. [...] [Lo mismo pasa cuando se trata de] estudiar historia, sociología, literatura, etc. [...] [En tal sentido, lo que no sucede aquí es que el padre diga:] ‘¡Qué bueno hijo! Estudie y sea feliz’. Entonces, efectivamente hay una cerrazón a otro tipo. [Es decir,] ha habido una cierta cerrazón [cuando la gente del sector de la derecha ha querido] dedicarse a ciertas disciplinas que no sean lucrativas [–disciplinas humanistas, por ejemplo–]. [En efecto,] al estudiar filosofía uno renuncia a tener mucho dinero. [...] [Por lo tanto,] el padre de uno está preocupado de cómo te vas a financiar o de cómo vas a mantener a tu familia. Esa es la pregunta fundamental [en la derecha] (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por lo tanto, el punto que vislumbra Mansuy es interesante, dado que aquí no se trata únicamente de que a un nivel discursivo exista en la derecha un desprecio por el intelectual humanista, sino que

también sucede que *de facto* la derecha tiene dificultades para producir intelectuales humanistas dado que existe un rechazo práctico con respecto a este tipo de intelectualidad. Dicho rechazo se sustentaría en un razonamiento económico que postula que es difícil asegurar el futuro material de los intelectuales humanistas dado que el mercado laboral no les brinda a estos últimos muchas posibilidades. Por lo que teniendo en cuenta que en el sector derechista no muchos quieren dedicarse a las actividades humanistas por dicha razón, la derecha experimentaría problemas a la hora de poseer un amplio *stock* de este tipo de intelectualidad, lo cual explica en parte la ausencia de individuos humanistas en el sector.

Con todo, teniendo cuenta los elementos previamente mencionados y habiendo sostenido que *de facto* sí han existido intelectuales humanistas en la derecha (al menos según la opinión de los distintos representantes de la actual *intelligentsia* derechista), pues es pertinente justificar quiénes han sido los intelectuales que históricamente han sido considerados de derecha en Chile. En tal sentido, examinar quienes han sido estos intelectuales permitirá identificar las corrientes a las cuales estos últimos pertenecen y, conforme a ello, también, dilucidar porqué muchos de estos últimos han sido relegados al olvido por parte de la derecha política y económica transicional.

Para comenzar, Joaquín García-Huidobro sostiene que, dentro del siglo XIX, “[...] Andrés Bello en forma indiscutida [fue un intelectual humanista] de derecha. Porque cuando tú lees los artículos de Andrés Bello en *El Araucano*, te das cuenta de la importancia que tiene la idea de ley, de orden, de respeto, de autoridad, pero sin ser un autócrata. Esta es una figura liberal-conservadora” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Por su parte, en este mismo respecto, Daniel Mansuy señala que dentro de los intelectuales humanistas de derecha que hubo durante el siglo XX se encuentran “[...] Góngora y Edwards” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Esto es, intelectuales que estuvieron cercanos a distintos tipos de nacionalismo. Sin embargo, teniendo en cuenta la actual hegemonía de la corriente “chicago-gremialista”, corriente que se destaca por defender postulados neoliberales más que nacionalistas, Mansuy trata de responder a la pregunta de porqué estos intelectuales nacionalistas deberían ser considerados de derecha. Esto es, precisamente dado que estos últimos representaron a un nacionalismo que actualmente no es hegemónico en la derecha transicional. En tal sentido, Mansuy señala que el nacionalismo

[...] es algo que siempre ha estado ahí [en la derecha], que sobrevuela, pero sin haberse materializado. Pero es un elemento más de la fusión de la derecha. O sea, una derecha que renuncia a la idea de nación, [una derecha] que no es nacionalista, es una derecha que está en problemas. Yo creo que [la nación] es una idea muy importante. [...] [De hecho,] la idea de que hay una tradición y que esa tradición encarna a una nación [...] que, como dice Burke, es el contrato entre los vivos, los muertos y los que están por nacer, [...] en la historia de la derecha es muy importante (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por ende, Mansuy no considera a Góngora y a Encina como de derecha por su impacto en la derecha económica y política –impacto que no fue sustantivo–, sino que más bien porque estos últimos pertenecen, según él, a una corriente sin la cual la derecha chilena no podría ser calificada como derecha, a saber: el nacionalismo. Según Mansuy, se quiera o no, el nacionalismo es una corriente que ha pertenecido a la derecha chilena ya sea desde un punto de vista histórico o ideológico. Esto es, más allá de que actualmente sea la corriente “chicago-gremialista” la que se sitúe como hegemónica en el sector.

Por otro lado, con respecto a los intelectuales humanistas que la derecha transicional tiene actualmente (sin contar a los nuevos intelectuales humanistas surgidos en los últimos años), Mansuy prosigue su análisis y señala que uno de dichos intelectuales es

Joaquín Fermandois. [Esto es, alguien que ha] hecho un trabajo intelectual serio y que ha estado ligado siempre a la derecha y a toda la reflexión sobre la historia de Chile. Me parece que [Fermandois] es de derecha porque básicamente responde a estas tradiciones de las que habla Hugo Herrera [–socialcristiana, nacional-popular, cristiano-liberal y laico-liberal–] [...] Además, fue un discípulo de Góngora y Héctor Herrera. [Por otro lado,] para muchos de nosotros ha sido importante Joaquín García-Huidobro. Él ha sido importante porque nos ha formado a muchos de nosotros. Es un tipo que hace un trabajo subterráneo bien importante. [En tal sentido, García-Huidobro, si bien] tiene una columna en *El Mercurio*, es menos público, pero su trabajo es importante [sobre todo en la formación]. [...] [Ahora bien,] ¿por qué García-Huidobro es de derecha? Porque representa una tradición conservadora, [...] representa una tradición interna de la derecha (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por su parte, Luis Larraín, quien encarna a la figura del intelectual experto en la derecha transicional, sostiene respecto al asunto en cuestión lo siguiente:

Los clásicos de la derecha tradicional chilena conservadora son Encina y Góngora. Pero también hay una vertiente liberal interesante. [Por ejemplo, durante el siglo XIX,] Zorobabel Rodríguez [fue un] precursor de las ideas económicas liberales. [...] [Por su parte,] Diego Portales también fue un intelectual orgánico. O sea, él tenía una concepción de cómo tenía que funcionar este país. En ese sentido, era parecido a Jaime Guzmán. [...] Después, en el Chile [contemporáneo, tenemos a] José Piñera, [...] Hernán Büchi [...] y a gente como David Gallagher y la Lucia Santa Cruz (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

De este modo, Larraín distingue claramente entre una línea conservadora-nacionalista y una liberal dentro de la intelectualidad derechista. Sin embargo, Larraín también incluye dentro de dicha intelectualidad a individuos como José Piñera y Hernán Büchi. Esto es, intelectuales expertos, economistas, que tuvieron un rol importante cuando se trató de pensar e implementar parte del modelo económico-social instaurado durante el régimen militar, el cual también fue perpetuado durante los gobiernos de la Concertación. En tal sentido, los intelectuales expertos –como lo muestra la literatura– no sólo se dedican a implementar políticas públicas desde un punto de vista técnico-experto, sino que también conforme a proyectos de sociedad que se orientan ideológicamente. Un ejemplo de este fenómeno es lo que sucedió con los *Chicago Boys* en Chile en el marco del régimen militar de Pinochet (Foxley 1982; Huneus 2007; Rumie 2019; Silva 2006, 2010; Vergara 1982, 1985).

Por otro lado, Valentina Verbal sostiene lo siguiente respecto al asunto en cuestión:

[...] Gonzalo Vial era un historiador y a la vez un intelectual de derecha. Era un intelectual público: un tipo que escribía semanalmente columnas de opinión, más bien conservador, pero intelectual de derecha. ¿Qué otro intelectual? Jaime Guzmán era un político-intelectual. [...] [Por otro lado,] liberales no ha habido muchos lamentablemente en el siglo XX. Pero en los partidos políticos, si es que uno revisa los documentos del PL específicamente, los documentos son bastante profundos. [...] [Con todo,] los intelectuales liberales más bien creo que siempre se asocian con el siglo XIX (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Luego, con respecto a los pensadores de orientación nacionalista-conservadora Encina, Edwards y Góngora, Verbal es categórica al declarar que estos intelectuales humanistas, dada la baja que influencia que tuvieron en la derecha de su tiempo, difícilmente pueden ser asociados a la derecha. En tal respecto, Verbal señala que si entendemos por

[...] derecha a los partidos liberal y conservador en el siglo XX, curiosamente ha habido algunos intelectuales de derecha que no han sido de la derecha partidista. [...] [Por ejemplo,] Encina, un tipo nacionalista que nunca influyó mucho en dicha derecha. [...] [De hecho, en tanto que fue] un pensador para el país, [este último también] influyó en la izquierda. [Ahora bien,] obviamente influyó mucho como historiador, pero no era un intelectual público para la acción política. Quizá un poco más Edwards, dado que él, por último, bajó a la arena política. [De hecho,] fue ministro de Ibáñez y él escribía columnas de opinión. [Es más,] todos sus trabajos son recopilaciones de columnas de opinión. [...] Pero tampoco influyó mucho en la derecha. De hecho, Ibáñez no es propiamente de derecha. [...] Y en el caso de Góngora también pasa un poco lo mismo. Él renegó de la derecha, renegó del régimen militar y criticó el

tema liberal-económico. [Estos intelectuales] han sido importantes como intelectuales, pero más bien como pensadores del país, pero no propiamente como intelectuales de derecha (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por último, Gonzalo Rojas señala que los más destacados intelectuales de la derecha desde los años 30 hasta la actualidad han sido “[...] Mario Góngora, Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial, Juan de Dios Vial Larraín, Juan de Dios Vial Correa y Pedro Morandé. [Mientras que también] en su momento Jorge Prat fue muy importante [en el mundo nacionalista]” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). Sin embargo, se debe señalar en este respecto que según García-Huidobro “[...] Morandé no era de derecha, sino que más bien demócratacristiano” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Por otro lado, desde los años 30 hacia el pasado los mayores exponentes intelectuales de la derecha según Gonzalo Rojas fueron “[...] Francisco Encina, Alberto Edwards y [...] Abdón Cifuentes” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). Mientras que para historiador Joaquín Fernandois los intelectuales más importantes durante la historia de la derecha en el siglo XX fueron “[...] Edwards y Encina. [Esto es,] tomando derecha en un sentido muy amplio. [En tal sentido, también lo fue] Góngora, [aunque] a lo mejor [a él] no le gustaría ser nombrado [como de derecha] [...] [Por su parte, otro intelectual sería Jaime] Guzmán, [aunque este último] no es intelectual exactamente. Lo que pasa es que es un político con discurso y tiene cierta preparación, [del mismo modo que] se dio cuenta de [la importancia del] tema de las ideas” (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

4.2.2 La nueva intelectualidad humanista en la derecha: origen, necesidad e influencia

Durante periodo que va desde el 2010 hasta el 2018 la derecha chilena vio el auge de lo que Tomás Moulian llamó un “renacimiento intelectual” (Romero 2016). Esto es, un renacimiento en el cual nuevos y variados intelectuales humanistas del sector derechista, gente que estudió en Europa y ha sido afín a disciplinas como la antropología, filosofía e historia, entre otras (lo que contrasta radicalmente con el perfil del intelectual experto actualmente hegemónico en la derecha), comenzó a publicar libros en los cuales realizaban sus propios diagnósticos acerca de la situación crítica en la que la derecha chilena supuestamente se encontraba. En tal sentido, los libros más destacados de esta relativa emergencia intelectual en el sector derechista fueron: *La Fatal Ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista* de Axel Kaiser (2009), *Gobernar con principios: ideas para una nueva derecha* de Francisco Urbina y Pablo Ortúzar (2012), *La derecha en la crisis del bicentenario* de Hugo Herrera (2014), *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición* de Daniel Mansuy (2016c) y *La derecha perdida: porque al derecha carece de relato y donde debe encontrarlo* de Valentina Verbal (2017). Todos estos libros han intentado dar respuesta a esta problemática y han tenido un relativo impacto al interior del sector derechista. Sin embargo, ¿cuál es el origen de este renacimiento intelectual? ¿Existe realmente una necesidad o emergencia de este auge intelectual humanista en la derecha? ¿Tienen realmente influencia estos nuevos intelectuales en la derecha política y económica? Estas son algunas de las preguntas que serán respondidas a continuación.

Para comenzar, refiriéndose al tema de porqué surgieron nuevos intelectuales humanistas en la derecha entre los años 2010 y 2018, Daniel Mansuy, refiriéndose a su condición de actor en este proceso, así como también al fenómeno en términos generales, sostiene lo siguiente:

Lo que vimos al mismo tiempo, pero no coordinadamente [—algunos de los nuevos intelectuales humanistas—], [...] [fue que] hay un vacío doctrinario grave en la derecha. La síntesis “chicago-gremialista” fue muy útil [en su tiempo], pero parece que ya no sirve. [En tal sentido,] el último que pensó seriamente la derecha en Chile fue Jaime Guzmán, que intelectualmente y políticamente tenía hartas

virtudes. O sea, el tipo era brillante. Pero esa síntesis que él hizo parece que ya no sirve y esa es nuestra crítica fundamental. [...] En el fondo, el pensamiento ‘guzmeneano’ se dogmatizó. [...] Se dogmatizó lo que Guzmán dijo, [lo que] Guzmán escribió [y para la derecha] aquello ya no se podía tocar. Y eso nos pareció [a nosotros] equivocado. [...] [Las ideas de Guzmán] ya no responden a una realidad que ha cambiado (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

De este modo, Mansuy sostiene que más allá de los factores coyunturales concretos que suscitaron el surgimiento de una nueva intelectualidad derechista –movilizaciones sociales, por ejemplo–, uno de los factores explicativos de este fenómeno es que ha habido un agotamiento del discurso que la derecha transicional a defendido desde que se inauguró la democracia, a saber: el discurso “chicago-gremialista”. De hecho, lo que vislumbra Mansuy es que dicho discurso sirvió sobre todo en un contexto determinado –Guerra Fría y transición democrática–, pero que este último ya no sirve para enfrentar las problemáticas de la sociedad chilena contemporánea. Esto es, una sociedad donde, por ejemplo, la clase media y sus exigencias se han expandido, la pobreza se ha reducido y donde los temas principales de la agenda nacional son la equidad de género, los derechos sociales, la inmigración, entre otras temáticas. En efecto, la derecha transicional, un sector que ha seguido irrestrictamente el discurso “chicago-gremialista”, habría dejado de pensar acerca de sus propios principios y valores, creyendo en una fórmula que, según este filósofo, estaría obsoleta. Es por dicha razón que la derecha no habría sabido dar respuestas a los movimientos sociales, movimientos que se enfocaron en temas relacionados con la justicia social (por ejemplo, los derechos sociales) más que a temas asociados con el crecimiento económico del país (temas que los intelectuales expertos de derecha han estado acostumbrados a defender mediante documentos técnicos). Así, dichas temáticas, las cuales hacían supuestamente necesaria una respuesta humanista, no pudieron ser respondidas por una intelectualidad acostumbrada a responder con cifras y gráficos. Esto es, pues se trataba de una intelectualidad experta obsesionada con la administración tecnocrática del Estado, una orientación heredada principalmente de los *Chicago Boys*. De este modo, fueron estas circunstancias las que empujaron a distintos jóvenes intelectuales humanistas de derecha, sin estar coordinados previamente, a dar un diagnóstico similar respecto a la situación de la derecha en Chile. El diagnóstico general fue que la derecha transicional se encontraba en un “silencio” (Mansuy 2016c), experimentaba una carencia de principios al gobernar (Urbina y Ortúzar 2012) o era víctima de una “anorexia cultural” que no le permitía defenderse del progresismo (Kaiser 2009). Por ende, para salir airoso de dichas circunstancias, la derecha tenía que revitalizar el campo de las ideas ya sea para justificar el orden preexistente (Kaiser 2009) o para renovar un ideario obsoleto y gobernar con ideas reflexionadas acordes al momento presente de Chile (Herrera 2014; Mansuy 2016c; Urbina y Ortúzar 2012).

Fue en este contexto de mutismo intelectual y de hegemonía del discurso “chicago-gremialista” que surgieron los nuevos intelectuales humanistas en la derecha, a saber: según lo que señala Arturo Fontaine, un montón de

[...] jóvenes que ha leído, pensado y discutido temas políticos [desde una perspectiva intelectual. En tal sentido,] lo que había antes [en la derecha] era una buena tradición política, estrictamente política, la derecha tenía astucia política, tenía votación, pero no tenía lo que tiene hoy, [...] [a saber:] una presencia [intelectual]. [Ahora la derecha] tiene textos, tiene autores, tiene intelectuales. [Por ejemplo, en este respecto, uno de los casos más destacados es el] IES. [Ellos] están tratando de buscar una forma de compatibilizar el capitalismo con las ideas socialcristianas. Y esa es una beta que ha estado siempre presente en la derecha y que ahora tiene intelectuales de primer nivel (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Por su parte, Luis Larraín, quien encarna la figura del intelectual experto, respecto a porqué surgieron intelectuales humanistas en la derecha aproximadamente entre los años 2010 y 2018, señala que un hito importante en este asunto fue

[...] el primer gobierno de Sebastián Piñera. El primer gobierno de Sebastián Piñera fue un gobierno que desde el punto de vista de sus resultados económicos [...] fue bastante bueno. Sin embargo, [durante dicho gobierno,] se perdió la batalla en la discusión pública y esa fue una constatación dura. [...] [En tal contexto,] nosotros habíamos ganado [la contienda presidencial] y se supone que la habíamos ganado para implementar una serie de ideas. [No obstante,] la implementación de esas ideas fue muy limitada porque en la discusión de las ideas no fuimos capaces de ganar. Eso hizo que todos en la centro-derecha adquiriéramos conciencia de la importancia de la discusión de las ideas. Y en eso yo te concedo el diagnóstico de Mansuy, porque él dice: ‘nos fuimos quedando en silencio’. O sea, no quisimos discutir, era cómodo no discutir. Estábamos en nuestra zona de confort: [no teníamos la necesidad de discutir puesto que] los tecnócratas de la Concertación hacían políticas públicas compatibles con el capitalismo. [...] [Por lo que nos fuimos quedando en silencio [gracias a la comodidad] (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, la declaración de Larraín es importante en la medida que, siendo este último uno de los intelectuales expertos que representan a la derecha transicional, reconoce que el haber dejado de lado las ideas en la derecha fue un error. Esto es, un error que, entre otras consecuencias, trajo consigo la materialización del segundo gobierno de Bachelet, un gobierno que ciertamente amenazó diversos intereses de la derecha chilena. En tal sentido, Larraín reconoce que el diagnóstico de Mansuy es asertivo, al mismo tiempo que señala como un momento importante de dicho reconocimiento el primer gobierno de Sebastián Piñera. Esto es, un gobierno que en su momento fue criticado por haberse orientado demasiado hacia la gestión, dejando de lado el desarrollo de las ideas y a la misma derecha partidaria. De este modo, el reconocimiento de Larraín también se orienta señalar una de las razones de porqué la derecha transicional no se habría enfocado en el plano de las ideas antes del año 2010. Según Larraín, la derecha, habiendo sido oposición durante veinte años sin estar en el Ejecutivo, no le prestó mayor importancia al debate ideológico puesto que, durante dicho periodo, no hubo una imperiosa necesidad de debatir en dicho plano. Esto es, dado que en dicho entonces no había un oponente a quién enfrentar. Según Larraín, este fenómeno tuvo lugar puesto que los gobiernos de la coalición concertacionista –quienes debían haber sido el oponente natural de la derecha– nunca amenazaron *de facto* el orden capitalista, sino que lo profundizaron. Por ende, no fue hasta el primer gobierno de Piñera que la derecha comenzó a replantearse –hasta cierto grado– el tema de las ideas. Esto es, sobre todo después del auge de los movimientos sociales y la desastrosa derrota que sufrió este sector en la elección presidencial de los años 2013-2014.

Desde otra perspectiva, pero respondiendo al mismo fenómeno explorado por Mansuy y Larraín, Jorge Jaraquemada sostiene que el surgimiento de los nuevos intelectuales humanistas en el sector derechista tuvo que ver con que en este sector

[...] empezaron a surgir nuevas generaciones que empezaron a cuestionar [el hecho de que los] partidos de antaño no vinieran absorbiendo nuevas ideas. [Es decir, que] no vinieran poniéndose al día con los debates públicos que se hacen en Europa o Estados Unidos. [Sin embargo, estas nuevas generaciones también visualizaron que los viejos líderes de la derecha] no estaban dando una adecuada respuesta a los cambios que se estaban vislumbrando en la sociedad chilena. Entonces, la respuesta [de estos nuevos intelectuales] es una respuesta de insatisfacción, porque no encontraban un relato coherente en lo que ya existía. [De hecho, estos últimos dicen:] ‘me siento de derecha, comparto estas ideas de libertad, estas ideas de justicia, pero no me acomodo al estilo u homogeneidad de estos dos grandes partidos, [la UDI y RN]’. [...] [Mientras que, además,] los nuevos centros de estudios [–lugar donde habitan muchos de estos nuevos intelectuales–], critican que los centros de pensamiento que existían, o se dedicaban sólo a los

temas de políticas públicas [...] o a trabajar con formación [...] de gente joven en espacios universitarios. [Esto es, dejando de lado la batalla ideológica] (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

De este modo, Jorge Jaraquemada reconoce que el surgimiento de esta nueva intelectualidad corresponde a un importante cambio generacional sufrido en el sector. Esto es, un cambio que ha traído a la arena política e intelectual a nuevos actores derechistas que no están conformes con los modos ni con el contenido mediante los cuales los partidos políticos de derecha transicional y sus correspondientes centros de estudios se han enfrentado las problemáticas del Chile contemporáneo. Dicha insatisfacción experimentada por estos nuevos actores habría llevado a esta nueva generación a constatar el hecho de que en la derecha existiría una debilidad en lo que corresponde a su relato o trabajo doctrinal. Así, esta nueva generación habría emergido en el sector derechista con el fin de llenar dicho “vacío” desde una perspectiva distinta a la encarnada por los actores de la derecha transicional.

Por su parte, respecto al mismo tema generacional, Cristóbal Bellolio señala desde otro punto de vista algo interesante con respecto a porqué surgieron específicamente intelectuales humanistas de derecha en Chile. Esto es, sin acudir al argumento de la “carencia de relato” en el sector derechista. Bellolio señala que el auge de dicha intelectualidad fue posible porque la nueva generación que surgió en la derecha

[...] no estaba en el congreso. O sea, el hecho de que los individuos jóvenes de mi generación, por así decirlo, no hayan entrado a la política [como sí sucedió con] la generación de nuestros padres, les dio espacio [a estos últimos] para dedicarse a la [vida intelectual. De este modo,] bajo otras condiciones, Mansuy, Herrera y yo, habríamos tenido que ser diputados. [Sin embargo,] fueron las condiciones que nos tocaron a nosotros las que nos permitieron hacer otras cosas, porque [nuestros padres y los viejos líderes políticos en la derecha] nos tenían bloqueada la carrera funcionaria” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Así, según lo señalado por Bellolio, no fue solamente que hubiese una “carencia de relato” lo que permitió –en el marco de este cambio generacional– que hubiese una suerte de retorno del intelectual humanista en la derecha, sino que también el hecho de que las nuevas generaciones no tenían un espacio definido en la derecha partidaria. Esto es, dado que los viejos líderes políticos del sector –los hijos del proceso transicional– aún estaban vigentes. Esto habría dado lugar –según lo visto en este estudio– a dos fenómenos: primero, al surgimiento de una nueva intelectualidad humanista en la derecha; segundo, al surgimiento de un nuevo partido político de derecha: Evópoli. Esto es, un partido que si bien está en la misma coalición de los partidos transicionales, está formado por jóvenes que han buscado alejarse de las lógicas de pensamiento heredadas del régimen militar y la transición.

Con todo, teniendo en cuenta que efectivamente ha habido ciertas circunstancias reconocidas por los nuevos intelectuales derechistas y los viejos que explicarían el surgimiento de una nueva intelectualidad humanista en la derecha –un relato obsoleto, una débil defensa de las ideas y un cambio generacional–, es pertinente averiguar si es que realmente este auge humanista se ha constituido como un momento de emergencia en el sector derechista. En tal sentido, ¿está realmente la derecha necesitando a estos intelectuales humanistas? ¿Están influyendo *de facto* estos nuevos intelectuales humanistas en la derecha política y económica? Estas son algunas de las interrogantes que se examinan a continuación.

Para comenzar, dentro de las voces optimistas con respecto al tema de la emergencia intelectual humanista en la derecha, Axel Kaiser sostiene que “[...] hay una emergencia de un sustrato intelectual mucho más vibrante en lo que podríamos [denominar como] la centro-derecha. [...] Y creo que [dicha emergencia] efectivamente parte como una reacción a lo que ocurrió con el trabajo intelectual más sistemático que sí hizo la izquierda. [En tal sentido,] aunque uno diga que hoy en día [la izquierda]

tampoco están en su mejor momento, [hay que admitir que esta última] siempre tuvo más intelectuales o gente dedicada al tema de las ideas” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). Por su parte, Gonzalo Rojas señala también en un tono entusiasta que efectivamente hay “[...] una emergencia [intelectual en la derecha]. Están todas las alarmas prendidas” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018); mientras que Joaquín Fermendois señala que la derecha, sin lugar a dudas, “[...] necesita [a los intelectuales humanistas] para que [estos últimos] les formulen un lenguaje. [De hecho,] muchos en la derecha creen que no los necesitan, pero los necesitan” (Fermendois, entrevista, 10 abril 2018). Del mismo modo, Luis Larraín señala que en la derecha los intelectuales humanistas “[...] se necesitan y [su auge] está ocurriendo [...] [De hecho, esto está ocurriendo] porque en el fondo no sólo hay que hacer las cosas bien sino que hay que saber por qué la hacemos bien. Y la política, en definitiva, consiste en convencer. Y por tanto tú no puedes convencer a alguien que no entiende. [Es más, actualmente en política tú ya no puedes decir:] ‘¿sabes qué más? No preguntes mucho pero mira, esta cuestión resulta’. La gente ya no se compra eso [y, por ende, necesita una explicación]” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018); mientras que, según Hugo Herrera, el auge de los intelectuales humanistas no sólo es algo que está sucediendo *de facto* sino que “[...] es necesario porque la política no es de especialistas. [Es más,] el día que empecemos a pensar en la política como asunto de especialistas se acabó la política” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Así, según lo señalado por esos intelectuales, se puede aseverar que hay una opinión generalizada que promueve la necesidad de una intelectualidad humanista en la derecha.

Tal necesidad de los intelectuales humanistas en la derecha, la cual podría ser traducida como una emergencia, según Hugo Herrera, tiene que ver con que este tipo de intelectual, sobre todo en lo que respecta a su labor pública –que es la labor que por antonomasia lo define según lo ejemplificado mediante el *Dreyfus affair* –, lo que hace es que te

[...] amplía el horizonte comprensivo. [...] [Esto es,] porque el tipo de problemas que tú tienes a la vista [–en tanto intelectual humanista–] es más amplio que el de un economista. [Ahora bien,] no digo que la economía no sea importante, en ningún caso, sino que el tipo de comprensión [del intelectual humanista] probablemente sea más amplio. Y en política se trata siempre de comprender. O sea, si aparece de nuevo la movilización social, ¿cómo tú la vas a encausar [dicho proceso] si no es por medio de una agenda de reformas políticas a gran escala? En algún momento eso va a tener que pasar, porque las clases medias están impulsando reformas. Tú vas a tener que darles cabida. Y para eso se requiere no la gestión del día a día. Tú tienes que tener una comprensión política del asunto (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

De modo que lo que señala Herrera es que sobre todo en un entorno social y político que exige nuevas respuestas, el intelectual humanista, especialmente mediante su labor pública, es necesario. Esto es, dado que al contrario que el economista, el intelectual humanista posaría, según lo que aquí se señala, un horizonte de comprensión mayor que el del intelectual experto. Es decir, más herramientas para interpretar los fenómenos sociales, políticos y morales, desde diversas disciplinas y perspectivas epistemológicas. Según Herrera, para hacer buena política, la derecha necesita sin duda alguna de los intelectuales humanistas, en tanto que estos últimos pueden contribuir a comprender la sociedad de una manera más acabada, usando herramientas que se diferencian del conocimiento técnico-especializado. Sin embargo, no se trata aquí de que el intelectual humanista se sitúe en la derecha como un remplazo del intelectual experto, sino que más bien como un complemento de este último. Esto es, dado que el intelectual humanista –teniendo en cuenta su amplia capacidad comprensiva– podría contribuir a guiar o interpretar, por ejemplo, las demandas existentes en la ciudadanía sin caer en reduccionismos económicos o de otra naturaleza. Por lo que el intelectual humanista sería un individuo fundamental cuando se trata de tomar decisiones en una sociedad donde

no todo –según la normatividad que rige a este autor– debe ser interpretado desde la racionalidad técnico-especializada.

Por su parte, Cristóbal Bellolio también señala que la labor del intelectual humanista –sobre todo en la esfera política–, labor que hasta el surgimiento de esta nueva generación de intelectuales humanistas no había sido sustancialmente desarrollada en la derecha, es necesaria y fundamental. Esto es, puesto que, por ejemplo, en un momento de complejidad política como el que experimentó la derecha tras su derrota en las presidenciales de los años 2013-2014, el intelectual público, el que tiene características humanísticas, puede revertir

[...] la sensación de crisis. [De hecho, cuando existe una labor pública de los intelectuales humanistas,] se está discutiendo, hay contrapuntos, hay argumentos y esos argumentos se están articulando de manera pública en un foro para que la gente los lea. [En tal sentido,] yo, [teniendo una labor de intelectualidad pública,] me encontrado con jóvenes en foros que me dicen: ‘mira lo que planteaste tú aquí, mira lo que dijo Mansuy acá’. O sea, [...] hay gente que ocupa ciertas coordenadas de la discusión [gracias a la labor pública de los intelectuales que se dedican a las ideas]. [De modo que] esto último lo que hace es fijar hitos. [...] [La gente dice en el marco del debate público:] ‘me ubico en estos argumentos, me ubico en tal o cuál discusión’. Y yo creo que lo que hacen [los intelectuales humanistas] es fijar hitos (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Así, para Bellolio la necesidad de una intelectualidad humanista –sobre todo de carácter público– tiene que ver que esta última puede ayudar a dirigir o enriquecer la opinión pública; mientras que también esta última puede contribuir a crear debates que permitan a los sectores políticos progresar o salir de los momentos críticos en los que se encuentran sumidos. Esto es, dado que los intelectuales humanistas podrían contribuir a que dichos momentos pueden ser entendidos, interpretados y/o superados mediante argumentos comprensivos –no especializados– que se estructuran de manera racional. En tal sentido, hasta cierto grado, esto último es lo que ha sucedido tras la publicación de los estudios realizados por los nuevos intelectuales de la derecha. Esto es, estudios de divulgación que han establecido coordenadas racionales para debatir acerca de la derecha, sus principios e identidad.

Por otro lado, Ángel Soto señala respecto a la importancia del auge de los intelectuales humanistas de derecha que estos últimos son importantes debido a que son los que

[...] permiten la reflexión crítica de lo que está pasando. Son los que ponen la alerta, son los que problematizan. [...] [De hecho,] me parece importante que el intelectual salga a la plaza pública a plantear en el debate lo que él está pensando. [...] [En tal sentido,] el intelectual tiene que tener un papel público fundamental para sensibilizar, para colocar las alertas. Porque de alguna manera el intelectual, aunque esté en su oficina o esté en la biblioteca, está [...] con los ojos abiertos, está mirando lo que está pasando. Está observando críticamente (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Con todo, según lo aquí señalado, contar con un intelectual humanista capaz de articular ideas públicamente es algo sumamente necesario en la derecha. Esto es, en el sentido de que dicho tipo de intelectualidad crea coordenadas para la discusión sobre temas de interés público que no se basan únicamente en criterios económicos o electorales. En tal sentido, si bien los criterios económicos son de gran importancia, los cuestionamientos acerca de si algo es justo o no desde una perspectiva moral, por ejemplo, también son importantes a la hora de desarrollar una comunidad política. De modo que es en aquél sentido que los intelectuales humanistas serían necesarios en la derecha. Sin embargo, esto no quiere decir que *per se* haya una emergencia de intelectuales en el sector. De hecho, a pesar de que lo señalado por Bellolio, Herrera y Soto sea razonable en términos normativos, en términos descriptivos, por el contrario, al menos en lo que respecta al éxito electoral, la derecha no dependió de la intelectualidad humanista para alcanzar el Ejecutivo en la última elección presidencial. De este modo, el imperativo que tiene que ver con la necesaria formación de una intelectualidad humanista en

la derecha pareciese tener que ver más con el deber ser que con que *de facto* este sector político necesite a este tipo de intelectuales. Esto es, al menos en lo que correspondió al periodo que tuvo lugar entre los años 2010 y 2018. Por ende, es necesario establecer una clara diferencia entre las aspiraciones normativas y lo que realmente sucede en la derecha política y económica a un nivel descriptivo. En tal sentido, Valentina Verbal es clara en este respecto:

Creo que es importante [la intelectualidad humanista] en cuento al deber ser. [De hecho,] creo que es importante que los intelectuales [humanistas] públicos alimenten a la derecha con ideas, con un relato. [...] [Sin embargo, esto último] es un ideal, es [es algo que se plantea] normativamente. [Es más,] en términos prácticos, no sé hasta que punto [los intelectuales] son recogidos por los dirigentes de los partidos políticos, [por ejemplo] (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

En tal sentido, el mismo Ángel Soto, quien se refirió anteriormente a la importante labor pública que deben tener los intelectuales, señala que no sabe si realmente los políticos de la derecha toman en cuenta seriamente las reflexiones de los intelectuales humanistas que han surgido en los últimos años en el sector. Soto señala:

Tú puedes tener un tremendo debate intelectual en la derecha [...], pero al final los políticos se tienen que adecuar a su público, a los votos. Entonces, tú puedes tener una discusión maravillosa, entretenida, pero el político, ¿a qué se va a evocar? Se va a evocar al voto. Y al final es ahí donde va a tener lugar la decisión. Entonces, [teniendo en cuenta que] las ideas tienen consecuencias en el largo plazo, la pregunta es: ¿va a estar dispuesto el político a esperar ese largo plazo? ¿Está dispuesto a esperar lo que requiere una transformación cultural basada en ciertas ideas? No lo tengo tan claro (Soto, entrevista, 12 abril 2018).

Así, el argumento de Soto es claro: aunque haya un debate intelectual intenso en ciertos círculos de la derecha, dicho debate no tiene porqué influir en la política contingente. Esto es, dado que los políticos se moverían más que por las ideas desarrolladas por intelectuales, por las necesidades prácticas de sus votantes, necesidades que a menudo tiene que ver con el corto plazo. Este es un fenómeno que se puede vislumbrar incluso más intensamente en la derecha chilena. Esto es, un sector donde el “cosismo” y la gestión tecnocrática de los asuntos concretos siguen teniendo un gran impacto entre los sectores sociales que apoyan a la derecha. En efecto, la política contingente y la solución de los problemas específicos de la ciudadanía –no la solución de problemas estructurales– han sido lugares comunes para los sectores sociales y políticos derechistas. Es decir, sectores que normalmente no se han querido evocar a modificar el *statu quo* y a realizar reformas estructurales que tienen como misión modificar a la sociedad, la política y la economía en el largo plazo. En tal sentido, Mansuy, encarnando su rol de intelectual público, sostiene que si a mí me preguntan: “[...] ¿tú influyes en política? [...] [Responderé que] mis columnas son influyentes, pero que yo no le hablo a la oreja a los políticos. [Ellos] no me están llamando, no los tengo en mi teléfono, no como con políticos. Entonces, [...] yo veo que mi trabajo es de largo plazo. [...] Tú no pretendes cambiar el mundo hoy día. Tú pretendes crear una masa crítica que te permita ir creando un ambiente donde sea permitido pensar” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). De modo que según Mansuy, si bien hay una auge de una intelectualidad humanista que tiene cierto impacto en la derecha, esta última, no influye directamente en los políticos del sector. Asimismo, refiriéndose a su propio trabajo intelectual, Mansuy tampoco pareciese querer influir en el corto plazo en la derecha política, sino que más bien su finalidad sería realizar trabajos enfocados en largo plazo, los cuales contribuyan aminorar la pobreza intelectual que existiría en el sector.

Por su parte, desde una lectura ciertamente más optimista, Joaquín García-Huidobro, quien ha sido uno de los mentores de Mansuy, se refiere al asunto de la influencia de la nueva intelectualidad

humanista en la derecha –sobre todo en relación a las columnas de opinión– señalando que, en comparación a lo que sucedía en el pasado, la derecha, actualmente,

[...] se ha dado cuenta de que existe algo así como las ideas o la reflexión sobre la sociedad y no sólo la reflexión sobre políticas públicas. Y eso es un avance. [De hecho,] no es casual que toda esta gente [–los nuevos intelectuales humanistas–] ocupen [actualmente] lugares en los medios de comunicación. [Es más,] los medios de comunicación no los tienen ahí porque quieren fomentar la sociología o la filosofía, los tienen porque les parece que son voces importantes. Y esos medios de comunicación alimentan la reflexión de los políticos (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Por su parte, en el mismo sentido que García-Huidobro, Gonzalo Rojas también sostiene que en la actualidad los intelectuales humanistas que han surgido están

[...] mucho mejor posicionados para [tener influencia], en la medida de que tienen columnas en *La Tercera*, en *La Segunda*, en *El Mercurio*. [Además,] sus centros de estudios producen buenos libros y estos últimos son entrevistados con frecuencia. [De hecho,] están mucho mejor que nosotros [–los viejos intelectuales–] hace 20 o 25 años. [Sin embargo,] la posibilidad de que [estos intelectuales] permeen, [por ejemplo, a la gente de] la Florida, Maipú, Recoleta, es muy baja” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

De este modo, tanto García-Huidobro como Rojas coinciden en que la influencia de estos nuevos intelectuales humanistas de derecha, si bien puede ser puesta en cuestionamiento, se ha acrecentado *de facto* en los últimos años dado que estos últimos han encontrado un importante espacio en los medios de comunicación. De hecho, estos nuevos intelectuales forman parte de una palestra en la que los viejos intelectuales humanistas de derecha otrora no pudieron participar con la misma intensidad. Es más, estos medios de comunicación, según lo aquí señalado, buscarían sobre todo influir en la opinión pública más que fomentar *per se* las disciplinas humanistas, de modo que lo que resulta interesante de esta constatación, es que si bien los intelectuales humanistas podrían no estar influyendo directamente en los políticos, estos últimos, por el contrario, sí podrían estar influyendo en una opinión pública en la cual, en último término, los políticos sí estarían interesados. Así, estos intelectuales, según este raciocinio, efectivamente podrían estar influyendo de un modo indirecto en la política. Sin embargo, según lo señalado por Rojas, la influencia de estos intelectuales en la opinión pública llegaría únicamente a un tipo de público específico que no está situado en comunas como La Florida, Recoleta o Maipú. Esto es, comunas que aglomeran ciertamente a sectores populares o medios de la sociedad chilena. Por lo tanto, si bien estos intelectuales estarían teniendo cierta influencia en la opinión pública, dicha influencia estaría, del mismo modo, restringida a un sector acotado de la sociedad chilena.

Por su parte, específicamente en lo que concierne a la influencia de estos nuevos intelectuales en la derecha política, Cristóbal Bellolio señala, refiriéndose a su propia experiencia al interior de los círculos derechistas, que la influencia de estos últimos en la derecha política es baja porque, por ejemplo,

“[...] Piñera no cree en los intelectuales. [De hecho,] yo trabajé con Piñera el año 2007. Yo era su mano derecha, su *speechwriter*, [...] y varias cosas más. Y me acuerdo que en esa época Sergio Melnick era el intelectual que había en el sector y quien proporcionaba libros para que nosotros los discutiéramos. Y [en ese entonces] yo le hablaba a Piñera [sobre] la necesidad de tener un relato y Piñera me decía: ‘¿para qué sirve eso?’ [...] [Es más, a Piñera] todo el tema del relato siempre le pareció esotérico” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Luego, complementando lo señalado por Bellolio, Valentina Verbal sostiene que con respecto al asunto de la influencia de los intelectuales humanistas de derecha

[...] hay dos cosas. Hay un divorcio entre lo que es la derecha partidaria (dirigentes políticos, diputados, senadores, etc.) y lo que son los intelectuales. [...] Van por carriles separados. [...] Y lo otro en lo que se manifiesta el divorcio, es que todos estos libros que han sacado los distintos intelectuales públicos [de

derecha], en general, no son leídos [...] por los dirigentes de los partidos. [Estos últimos] ni se enteran de que existen (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por lo tanto, tanto el ejemplo de Bellolio como lo señalado por Verbal apuntan hacia una misma dirección, a saber: los políticos y los intelectuales en la derecha están divorciados. Esto tendría que ver con que el sector político de derecha –en términos generales– no estaría interesado en el desarrollo ideológico y en las temáticas relacionadas con el reforzamiento de un relato. Por lo que mientras esta situación persista, pues es difícil que los intelectuales humanistas en la derecha puedan tener un impacto real tanto en la derecha política como en la derecha económica. Esto es, una derecha que defiende sus intereses cortoplacistas sobre todo en el plano político. Además, según señala Fernandois, a esto último se le debe sumar que a los políticos de la derecha “[...] no les entra mucho [en su cabeza o simplemente] [...] no están interesados [en las ideas]. Y no solamente los viejos [políticos] (que quedan pocos), [sino que principalmente] los de edad intermedia, [...] los [que tienen] de 50 a 70 [años]. [Estos últimos] son máquinas políticas y les entra poco [material nuevo en su cabeza]. No sé si tienen [siquiera] tiempo para leer” (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

Por su parte, Hugo Herrera, siendo un protagonista de este auge intelectual y quien logró hasta cierto grado aproximarse a la derecha partidaria mediante su colaboración en la elaboración del *Manifiesto Republicano*, reconoce que en la relación que existe entre la derecha política –liderada por viejos políticos– y la derecha intelectual –liderada por una nueva generación de intelectuales humanistas– aún

[...] falta mucho pero ya hay lazos tendidos. O sea, [...] cuando partí esta [investigación crítica acerca de la derecha] el 2014, la verdad es que no era mucha la resonancia que tenían [mis ideas]; mientras que hoy día [...] converso más con políticos. [En tal sentido, si] se han intensificado mis conversaciones con políticos [desde que comencé a investigar estos asuntos. Y yo pienso que esto es porque los políticos] están interesados en entender lo que estoy planeando (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Luego, refiriéndose a este lento dialogo existente entre la derecha intelectual y política, Herrera continúa su argumentación señalando que este divorcio entre lo intelectual y lo político “[...] va cambiar. Es [un tema] generacional. [De hecho, este cambio] ya está teniendo lugar, pero es incipiente todavía. Yo creo que falta un tiempo. Porque hay aún mucho del viejo activismo [en el sector derechista], pero eso yo creo que pasa en todos los sectores [políticos], no sólo en la derecha” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). De modo que lo interesante de lo señalado por Herrera es que este último está consciente del divorcio existente entre la derecha intelectual y política. Sin embargo, en el marco del cambio generacional, este intelectual humanista es optimista con respecto a que esta situación pueda cambiar en un futuro. No obstante, este dialogo entre la derecha intelectual y política es aún débil y lo que pase en un futuro es un tema que aún tiene lugar únicamente en el plano especulativo.

Por último, según lo señalado por Verbal, esta debilidad en el diálogo existente entre la derecha intelectual y la política tiene que ver no sólo con que la derecha transicional no tenga interés por las ideas, sino que también con esta última las desprecia. De hecho, la derecha

[...] no desprecia a la política como tal, pero sí desprecia [...] el campo de las ideas. [...] [Por lo que se trata de] una derecha muy pragmática, cosista, [...] que se preocupa básicamente de las cosas concretas, de la eficiencia, y no de generar un discurso o un relato. [...] [Ahora bien,] por supuesto hay que preocuparse de las cosas concretas, pero podría ser con un mejor fundamento ideológico. [En tal sentido, en la derecha hay un] desprecio de lo ideológico porque la derecha asocia la palabra ideología a la acepción más fuerte del concepto, [a saber:] a la acepción marxista. [Esto es, ideología] como mitificación, falsificación y no en un sentido más *soft* que [...] conviene usar, [es decir:] la valoración del conjunto de las ideas, de lo ideológico como fundamento de la acción política. Y eso es difícil cambiar.

[...] Yo no diría que la derecha es anti-política, sino que es anti-ideológica. [...] [Esta última siquiera tiene] conciencia de que [detrás de sus principios] hay una ideología (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Así, según lo señalado por Verbal, es ciertamente difícil que la nueva intelectualidad humanista de la derecha tenga una real cabida en el sector mientras la derecha transicional posea las características anteriormente mencionadas. Sin embargo, como también se ha señalado en esta sección, la derecha está experimentando un cambio generacional donde los nuevos actores en el sector están encargándose de abrirle un espacio —aunque sea lentamente— al plano de las ideas en la derecha. Este cambio es lento y aún no muy efectivo en la derecha política y económica, pero está sucediente. No obstante, no se puede predecir el alcance que este último tendrá en los próximos años. De modo que, por lo pronto, no puede haber un diagnóstico concluyente en este respecto más que el que plantea que más que una emergencia de una intelectualidad humanista en la derecha, actualmente existen jóvenes derechistas que —desde distintas posturas humanísticas— están tratando de posicionarse en un sector que históricamente no le ha dado un lugar privilegiado al desarrollo ideológico.

4.3 El rol de los intelectuales de derecha en Chile: diferencias entre los nuevos intelectuales y la *intelligentsia* transicional

El hecho de que la nueva intelectualidad humanista en la derecha surgida entre los años 2010 y 2018 no sea actualmente hegemónica o realmente gravitante en la derecha política y económica, no quiere decir que aquella no tenga características distintivas dignas de señalar. Esto es, puesto que de todas formas el auge de dicha intelectualidad al interior de la derecha ha respondido a importantes transformaciones sufridas por este sector durante la última década. Es más, teniendo en cuenta que ha sido el intelectual experto el que ha primado como la *intelligentsia* predominante en la derecha transicional desde que se inauguró el nuevo período democrático, vale la pena señalar ciertas características específicas que hacen de la nueva la intelectualidad derechista un fenómeno de estudio interesante, sobre todo dado que no es aún posible apreciar con certeza el impacto que esta intelectualidad tendrá en un futuro. En tal sentido, aquí se identifican dos grupos de características que sitúan a esta nueva intelectualidad humanista como un fenómeno relevante. El primer grupo de características tiene que ver con el tipo de disciplinas que estos intelectuales humanistas desarrollan y los lugares donde estos últimos las han estudiado, aspectos que se diferencian notoriamente del perfil que ha tenido el intelectual de derecha transicional en Chile; mientras que el segundo grupo de características tiene que ver con las estrategias adoptadas por estos nuevos intelectuales cuando se trata de la diseminación de sus reflexiones acerca de la sociedad y la política. Esto es, estrategias que se diferencian considerablemente de las detenidas por los intelectuales de la derecha transicional, ya sean expertos o humanistas.

En lo que respecta al primer grupo de características hay que destacar que estas últimas tienen que ver con que intelectuales como Hugo Herrera, Axel Kaiser, Pablo Ortúzar y Daniel Mansuy, por ejemplo, no orientaron sus estudios únicamente hacia la economía, la ingeniería, las leyes u otro tipo de disciplina asociada a la figura del intelectual experto transicional, sino que todos ellos realizaron sus estudios de postgrado o de pregrado —dependiendo del caso— en el área de la filosofía, antropología e historia, entre otras disciplinas asociadas a las ciencias sociales o humanidades. Esto es, contrariamente a lo que, por ejemplo, realizaron individuos como Luis Larraín o Cristián Larroulet o en su tiempo *Chicago Boys*. Asimismo, como si aquello fuese poco, casi todos estos nuevos intelectuales humanistas, si se les compara con los intelectuales de la derecha anteriormente señalados, quienes realizaron sus estudios de postgrado por antonomasia en tierras estadounidenses, se fueron a

realizar sus estudios de postgrado a Europa. Esto es, a lugares como Francia, Alemania e Inglaterra, lo cual definitivamente contrasta con ideal intelectual establecido por la corriente “chicago-gremialista”, a saber: un ideal que privilegia la figura del intelectual-economista que posee estudios de postgrado en universidades norteamericanas. En tal respecto, refiriéndose a su propia condición de intelectual humanista asociado de algún u otro modo a la derecha, así como también refiriéndose a la condición de intelectual humanista de otros sujetos derechistas surgidos en la última década, específicamente Hugo Herrera y Daniel Mansuy, Cristóbal Bellolio señala que los tres que nos dedicamos

[...] a la vida intelectual, salimos de Chile y ninguno se fue a Chicago. Yo me fui a Londres, Herrera se fue a Alemania y Mansuy se fue a Francia. O sea, a buscar perspectivas distintas a las prevalentes, [lo cual es] interesante. Porque Ernesto Silva se fue a Duke, Jaime Bellolio a Chicago y nosotros [—quienes representamos a los intelectuales humanistas—] cruzamos el atlántico. [...] Lo interesante de esto es que [todos quebramos] con la tradición “chicago-gremialista” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Así, lo que Bellolio sostiene es que los nuevos intelectuales humanistas que han surgido en la derecha no sólo han puesto en cuestionamiento la tendencia generalizada en la derecha que ensalza como figura predominante al intelectual experto, sino que también han puesto en cuestionamiento la tendencia de que la *intelligentsia* derechista debe realizar sus estudios de postgrado en universidades norteamericanas. Esto es, una tendencia que habría sido impuesta por la corriente “chicago-gremialista” en la derecha. En tal sentido, no sólo Herrera, Bellolio y Mansuy se fueron a Europa, sino que también Kaiser y Ortúzar. El primero se fue a Alemania y el segundo a Inglaterra. Lo cual refuerza la idea de que actualmente hay un cuestionamiento de las tendencias intelectuales que han sido dominantes en la derecha transicional.

Teniendo en cuenta lo señalado anteriormente, ¿a qué se debe específicamente que estos jóvenes derechistas hayan escogido disciplinas humanísticas y no ingeniería comercial o economía? ¿Qué fue lo que los motivó a integrarse a los estudios humanísticos en un contexto donde el intelectual humanista en la derecha no ha tenido una valoración positiva tanto por razones prácticas como ideológicas? Para comenzar con las respuesta a estas interrogantes, Joaquín García-Huidobro, mentor de Daniel Mansuy, señala que este fenómeno ha tenido que ver con que esta nueva generación de jóvenes derechistas se orientó hacia la actividad humanística puesto que se dieron cuenta de que el estudio de la sociedad es

[...] muy complejo. Y eso significa que una sola disciplina se torna insuficiente para dar cuenta de la riqueza de ese fenómeno [...] Además, [la decisión de estos jóvenes tuvo que ver] con el hecho de que si tú estas dialogando con gente que habla varios idiomas y tú no hablas varios idiomas, te quedas mudo. [En tal sentido,] en la izquierda —podrá gustarnos o no— confluyen la economía, la historia, la sociología, la etnología, mil disciplinas. [De modo que] si tú quieres conversar con ellos [—la gente de izquierda—] [...] es necesario tener un instrumental amplio (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

De este modo, lo García-Huidobro señala aquí, es que la necesidad que estos jóvenes derechistas tuvieron de estudiar disciplinas humanísticas tuvo que ver en gran medida con que estos últimos percibieron que a la derecha transicional le faltaban herramientas para comprender la realidad de una manera amplia. Por lo que para estos jóvenes derechistas la economía, siendo esta última una disciplina hegemónica en el sector, se tornó una disciplina necesaria pero insuficiente cuando se trata de comprender la realidad de un modo acabado. Asimismo, según lo aquí expresado, la interdisciplinariedad en la derecha no sólo se volvió para esta nueva generación derechista un imperativo para entender adecuadamente los fenómenos sociales, sino que también para poder elaborar un relato que sea capaz de discutir de igual a igual con una izquierda que se ha caracterizado por tener una mayor riqueza disciplinar. Así, corroborando las palabras de su mentor, Mansuy sostiene que el

interés de estos jóvenes derechistas por las humanidades tuvo que ver ciertamente con un proceso de apertura intelectual. Según Mansuy, la derecha transicional

[...] tenía pocas herramientas para la [comprender la] realidad. Tenía un desatornillador de punta cruz y un martillo grande, [cuando lo que] tú necesitas [para comprender la realidad son] millones de llaves y tornillos. Y claro, mientras más disciplinas se sumen, [...] pues la derecha adquiere muchos más instrumentos para enfrentar la realidad. Eso sólo la enriquece. Y la economía es una disciplina tan noble como todas las otras, pero es una sola. [...] [Por otro lado, también sucedió que, por ejemplo,] yo pensaba que la derecha tenía abogados [buenos] hasta que se abrió la discusión constitucional [...], porque la constitución se escribió básicamente (estoy exagerando) en la facultad de derecho de la PUC. Y uno diría: ‘si la derecha tiene algo son abogados’. Y resulta que a la hora de defender la constitución nada sucedió. [Entonces,] ¿qué hizo la facultad de derecho durante 40 años? (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

En tal sentido, Mansuy va incluso más allá de lo señalado por su mentor y a ello le agrega que aquí no sólo se trata de que a la derecha le falten un conjunto mayor de herramientas para comprender la realidad, sino que también aquí se trata de que las pocas herramientas que ha tenido este sector tampoco son tan buenas. Para referirse a ello, Mansuy apela al tema constitucional y ante ello es categórico al señalar que los abogados-expertos del sector derechista no han podido enfrentar dicho conflicto de una manera exitosa. De modo que la invitación de Mansuy tendría que ver, también, con que hay una necesidad de activar el pensamiento crítico en la derecha. Esto es, no sólo en relación a temas como la “carencia de relato” o la necesidad de defender las ideas, sino que también con respecto al rol que han tenido hasta el día de hoy los intelectuales expertos en este sector. Lo que Mansuy quiere, en tanto intelectual humanista, es someter a una crítica a la derecha transicional en términos generales. De modo que todo esto último se podría traducir en que en esta nueva generación de jóvenes intelectuales existiría “[...] intuitivamente la necesidad de generar más pensamiento crítico” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). Esto es, un pensamiento crítico multidisciplinar que no esté basado únicamente en el dogma “chicago-gremialista”.

Por su parte, en relación al mismo tema, según señala Sofía Correa, lo que sucedió en el marco de este cambio generacional al interior de la derecha, el cual derivó en el auge de una intelectualidad humanista distinta a la encarnada por individuos como Luis Larraín y Cristián Larroulet, fue que la *intelligentsia* de este sector, la cual

[...] inicialmente tenía formación en [economía], después se mueve a la formación humanista que le permite enfrentar los nuevos problemas [de Chile] [...] [En el pasado,] la economía era la que daba las respuestas [a los problemas de la sociedad; mientras que en el presente esto tuvo que cambiar]. [En el pasado,] si tú no estudiabas economía, tú quedabas fuera de la discusión. Si eras [un intelectual humanista], los economistas te miraban como diciendo: ‘eres incapaz de entrar en esta discusión porque no puedes hacer la curva matemática’. [...] [Pero esto ha cambiado,] porque ahora el problema no es económico. [En el pasado,] había que rehacer la economía chilena. [...] Ahora, [rearmar la economía no es el problema,] el problema ahora es cultural. [...] Entonces, [la *intelligentsia* en la derecha ahora se vuelca hacia la] literatura, sociología, filosofía, antropología o historia (Correa, entrevista, 3 mayo 2018).

Así, lo señalado por Correa es interesante puesto que no pone la atención en el porqué estos jóvenes derechistas quisieron personalmente orientarse hacia la actividad humanística, sino que en el hecho de que dicha intelectualidad surgió dado que en la sociedad chilena –en términos generales– se experimentó la necesidad del retorno de este tipo de intelectualidad. Esto es, dado que, según sostiene esta historiadora, los tipos de problemas que está experimentando actualmente la sociedad chilena serían cualitativamente distintos a los problemas vividos en el pasado, en el sentido de que estos ya no serían económicos sino que culturales. En tal sentido, que el foco de interés de los problemas actuales de la sociedad chilena no esté puesto mayoritariamente en el crecimiento económico sino que en la equidad de género, el matrimonio homosexual o en la definición qué es un derecho social, ha traído

consigo el auge de una nueva generación de individuos que ha buscado dar respuesta a las problemáticas de su tiempo. Por ende, más que la derecha esté experimentando en una emergencia relativa a una supuesta crisis intelectual, el diagnóstico sería, por el contrario, que en la sociedad chilena contemporánea las problemáticas se han orientado a los temas culturales, lo cual ha abierto un espacio donde la intelectualidad humanista –dado el tipo de herramientas que posee– podría tener una mayor importancia que intelectualidad de tipo experto. Así, el tránsito desde intelectual experto hacia el humanista al interior de la derecha chilena durante la última década ha tenido que ver más que nada con que las problemáticas actuales de Chile exigen respuestas que no sean únicamente de tipo técnico-experto, sino que sean, por ejemplo, morales o políticas.

Ángel Soto, por su parte, en la misma línea de Correa, señala que todos estos nuevos intelectuales humanistas derechistas, [...] con todas sus diferencias, tienen algo en común, [a saber:] que tienen una sensibilidad por la cultura. [...] [De hecho,] eso es lo que los convoca” (Soto, entrevista, 12 abril 2018). Sin embargo, dicha preocupación por la cultura, la cual estaría marcada en un proceso global de la sociedad chilena según lo señalado por Correa, sería mucho más notoria en estos intelectuales derechistas dado que estos últimos estarían del mismo modo respondiendo a “[...] una necesidad concreta [en la derecha chilena]. [Esto es, en el sentido de que si bien] la derecha en materia de ideas económicas tiene claros sus supuestos, [por el contrario,] en materia cultural no [los tiene]. Y esto tiene que ver con que la valorización que le da la derecha a la cultura es baja. [...] [De hecho, en Chile hay] una derecha que, a diferencia de la izquierda, [...] no le asigna valor a la cultura. Por ejemplo, en la izquierda se comprometen fondos, se financian las investigaciones en materias [culturales]; mientras que en la derecha, por el contrario, no se hace eso. Incluso hasta los mismos empresarios de izquierda tienen mayor sensibilidad cultural que los empresarios de la derecha (Soto, entrevista, 12 abril 2018). De modo que si bien el *locus* problemático en Chile ha cambiado de manera general, según Soto, en la derecha, dicho cambio ha tenido una mayor notoriedad dado que en dicho sector las ideas y la cultura han estado históricamente relegadas a un segundo plano, sobre todo desde el retorno a la democracia.

Por último, este tránsito desde el intelectual experto hacia el intelectual humanista en la derecha no sólo a tenido que ver con el hecho de ampliar la discusión en lo que respecta a los temas ideológicos, doctrinarios, morales o culturales, sino que también con un cambio en la estrategia que los intelectuales de derecha –sobre todo los expertos– venían utilizando desde que se reinauguró la democracia en 1990. Con respecto a este asunto, Mansuy sostiene que una de las misiones –por decirlo de alguna manera– de estos nuevos intelectuales humanistas en la derecha ha sido también “[...] superar la posición reactiva [de la vieja intelectualidad] que está fundada en una democracia protegida. [Dicha posición] sin una democracia protegida no tiene sentido. [...] [Por ende, lo que nosotros queremos] en el fondo es generar una masa crítica que te permita dejar de ser reactivo” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Asimismo, complementando dicha idea, Valentina Verbal señala que lo que pasa

[...] es que durante la transición, [durante] los 20 años de la Concertación, [...] hubo como una especie de consenso sobre el modelo, una legitimación del modelo. Entonces, [para la derecha,] no era necesario ser tan ofensiva. [...] Y ahora como se puso en [en la agenda la] cuestión del cambio de modelo, del cambio de ciclo, la crisis de legitimidad, los intelectuales [humanistas] que están surgiendo ahora están mucho más en una postura ofensiva. [...] Todos estos intelectuales, incluyéndome a mí [...], todos son ofensivos, pero son ofensivos con distintas visiones. Son heterogéneos (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por lo tanto, según lo señalado por Verbal y Mansuy, una de las diferencias importantes entre esta nueva intelectualidad humanista de la derecha y la intelectualidad experta surgida en el proceso transicional, es que la intelectualidad experta, habiendo ingresado a la democracia con un modelo

protegido por los enclaves autoritarios, el sistema binominal y una Concertación caracterizada como complaciente, se dedicó –durante los últimos veinte años y sobre todo mediante documentos técnicos– a defender el modelo heredado del régimen militar. Esto es, algo que la nueva intelectualidad humanista en la derecha –con excepción del caso de Kaiser– no está realizando, en tanto que esta última entiende como labor primordial la necesidad repensar y criticar los principios que la derecha transicional ha detentado desde el retorno a la democracia. Esto es, con el objetivo de saber si estos últimos están aún vigentes, son necesarios o si necesitan ser replanteados. En tal sentido, intelectuales humanistas como Herrera (2014), Mansuy (2016c) y Ortúzar (2012) han adoptado una postura ofensiva y reflexiva a la hora de responder a preguntas como: ¿qué es la derecha?, ¿cuáles son sus principios? y ¿es posible avanzar hacia el establecimiento de una derecha distinta a la que ha sido hegemonizada por la orientación “chicago-gremialista”? Sin embargo, por su parte, intelectuales como Kaiser (2009), si bien han revitalizado el asunto de las ideas en la derecha, en tanto que ponen en evidencia la llamada “anorexia cultural” en el sector derechista, aún se mueven desde una lógica reactiva o defensiva. Esto es, dado que este intelectual, por ejemplo, no ha tenido por objetivo someter a crítica el modelo económico y político establecido durante el régimen militar, sino que más bien justificarlo mediante argumentos morales. Lo que Kaiser ha realizado es sin duda novedoso en el sector, en tanto que este último se ha dedicado a defender el modelo socioeconómico derechista no únicamente mediante argumentos técnicos (como sí lo han hecho los intelectuales expertos), sino que respondiendo desde una perspectiva moral –principalmente basada en ideas provenientes del liberalismo clásico y el libertarianismo– a porqué el modelo defendido por la derecha transicional sería más justo que lo propuesto por la izquierda en términos generales.

4.3.1 Las diferencias específicas entre los nuevos intelectuales de derecha y los transicionales

Con el fin de saber a un nivel específico cuáles han sido las modificaciones que han sufrido los intelectuales de derecha en el marco de este tránsito desde el experto hacia el intelectual humanista, aquí se analiza, mediante distintas interrogantes, el perfil que algunos de estos individuos asociados a la *intelligentsia* de derecha han encarnado desde que se inauguró la democracia. Las interrogantes acá expuestas basan en lo examinado en la sección 1.2.1 y permiten mostrar cómo estos intelectuales humanistas –transicionales y nuevos– se perciben a sí mismos, sobre todo en lo que respecta a su rol en la sociedad y la política. Las interrogantes son las siguientes: ¿cuál es su tipo de trabajo intelectual?, ¿cuál es la finalidad de su trabajo intelectual?, ¿cómo realiza su trabajo intelectual? y ¿cuál es el impacto deseado de su trabajo intelectual? Todas estas preguntas ayudan a definir si acaso los intelectuales humanistas transicionales y los nuevos poseen diferencias sustanciales en lo que respecta a su rol e identidad.

¿Cuál es su tipo de trabajo intelectual?

Los intelectuales humanistas de la transición y los de la nueva generación se refieren a esto del siguiente modo: Joaquín García-Huidobro, representando a la transición, señala al respecto que en tanto intelectual hace “[...] cuatro cosas. Hago clases y hago investigación. [De hecho,] ayer estuve hasta las 12 de la noche escribiendo un artículo y eso me consume mucho tiempo. [...] [Luego,] hago trabajo administrativo y después la tarea de escribir en la prensa, eso también me consume tiempo” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Mientras que Gonzalo Rojas, por su parte, en relación a la misma interrogante, señala que

[...] estudio y ensino, primera cosa. Para mí esto es lo fundamental. [...] En segundo lugar, pienso para publicar. Tengo cuatro columnas a la semana: *El Mercurio*, *El Mostrador*, *Biobío* y una página web. [...] Me interesa influir en los políticos, me interesa influir en profesionales, en gente joven, cada una de esas columnas tiene su público propio. En tercer lugar, me gusta mucho la reunión semi-formal con grupos de jóvenes. [Realizo] seminarios y reuniones de formación (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Asimismo, también refiriéndose al tipo de trabajo que realiza, Arturo Fontaine señala que

[...] acabo de publicar un artículo [acerca del] tema constitucional. Publiqué hace un mes atrás un artículo en un libro que publicó el IES sobre los *federalist papers*, un artículo que se llama *La libertad protege a la libertad*. Antes de eso, publiqué un libro con Sergio Urzúa que se llama *Educación con patines*. Que es un libro sobre educación escolar, que a mi juicio es un gran tema de división y discusión. [...] Todas estas cosas son académicas. [...] [Por su parte,] tengo [también] mi vida como novelista. Mi última novela fue *La vida doble*. [...] Y hago clases en la Universidad Diego Portales (UDP) y en la UCH, clases de filosofía (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018).

Por último, Joaquín Fernandois, quien ha sido catalogado por gran parte de los entrevistados como un connotado intelectual de derecha, señala respecto a la pregunta en cuestión que “[...] yo me atengo a las reglas del juego de mi disciplina: [...] soy historiador y mi trabajo en términos de la comunicación pública es poner [evidencia] la Razón histórica. O sea, aprender a pensar históricamente. [...] [Además,] yo insisto que el trabajo intelectual son los libros y ensayos. Los *papers* son sólo parte de la carrera académica [...] [También] he sido columnista de *El Mercurio* durante 12 años” (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

Por su parte, en lo que respecta a los intelectuales humanistas de la nueva generación, Axel Kaiser señala, habiéndose definido a sí mismo como un intelectual público liberal, que las actividades principales de su tipo de trabajo intelectual

[...] son dos. Escribo muchos libros, escribo muchos artículos de prensa y escribo también una que otra cosa más académica. [...] Y lo otro que hago es mucha formación. Doy cientos de conferencias y charlas todos los años. No sólo en Chile, sino que en el extranjero. Yo ahora vengo llegando de la Universidad de Chicago. En *Chicago Booth*, por ejemplo, la mejor escuela de negocios, me invitaron a dar una conferencia sobre América Latina en un panel. Después pasé por Bogotá donde me invitaron a comentar las elecciones presidenciales en Colombia. Había estado en Madrid donde había tenido varias reuniones con mis editores. Porque allá me publica *Planeta*, que es una de las más grandes editoriales que hay. Acá en Santiago y en Chile en general voy de norte a sur dando conferencias. O sea, ese es mi rol. Tengo la cátedra von Hayek en la Universidad Adolfo Ibáñez también; [mientras que además] organizo bastantes cosas en la FPP. [Por lo tanto, en general, mi tipo de actividad es] formación, impacto en los medios de comunicación y escribir (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En este mismo respecto, Daniel Mansuy señala que el tipo de trabajo intelectual que realiza “[...] es un trabajo estrictamente académico. Es escribir papers para estar activo en el sistema científico nacional. Yo me dedico a Maquiavelo y a la política moderna” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018); mientras que Herrera, por el contrario, expandiendo el perfil señalado por Mansuy, señala que su tipo de trabajo intelectual se sitúa como un

[...] continuo que va desde el estudio erudito: [...] los FONDECYT [...], los *paper* especializados que uno ha publicado o de los libros académicos que uno ha publicado, [...] [hasta la creación de] libros que son ensayos (por ejemplo, el libro [...] *La frágil universidad* o el de *La derecha en la crisis del bicentenario*), [que] tienen un énfasis más público. [En tal sentido, dichos libros] están pensados para influir pero no sólo para influir. [De hecho], yo también quiero en el fondo contribuir sobre todo a clarificar la situación [tratada en dichos trabajos] (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Por último, Valentina Verbal señala respecto al tema del tipo de trabajo intelectual que realiza que “[...] primero trabajé en el activismo de diversidad sexual en la Fundación Iguales (FI) como un año y medio (2011 y 2012) y luego me empecé a meter en Evópoli, cuando se fundó. Y ahí siempre he

tratado de colaborar en lo intelectual” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018). Luego, habiendo consolidado su figura como intelectual en dicho partido político, Verbal señala que actualmente “[...] hago columnas de opinión. [De hecho,] ahora estoy publicando en *El Libero*. [...] [Además,] público en otro medio digital que se llama *La Tercera PM* [...] y escribí mi libro. [...] [También] trabajo en HRZ, que es un centro de estudios que colabora con Evópoli” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

¿Cuál es la finalidad de su trabajo intelectual?

Los intelectuales humanistas de la transición y los de la nueva generación se refieren a esto del siguiente modo: Joaquín García-Huidobro, quien representa a un intelectual de la transición, señala que la finalidad de su trabajo es que “[...] yo quiero servir a mi país con las neuronas que tengo. Hay gente que tiene más, pero que esta dedicada a otras cosas. Y para mí, el mayor servicio que le puedo prestar a mi país es formar profesores y ojalá formar profesores que su vez formen a otros profesores. Y esta es una tarea muy lenta” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Por su parte, Arturo Fontaine señala que él realiza este trabajo intelectual únicamente “[...] porque me gusta. Me gusta leer, me gusta escribir y me gusta estudiar” (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018); mientras que Gonzalo Rojas sostiene que él trabaja como intelectual “[...] porque es mi vocación, en el sentido de que son los talentos que Dios me dio para desarrollar la inteligencia. No tengo habilidades ni matemáticas ni científicas, ni artísticas, las únicas que tengo pueden ser humanísticas. Y tengo capacidad de expresión. O sea, me parece que tengo el talento de ser un tipo que es capaz de explicar coherentemente lo que ha aprendido y lo que cree. [...] [No obstante, la mayor] finalidad [...] es —y en eso me cuelgo de Guzmán— formar y transformar a las personas” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). Por su parte, Joaquín Fernandois, señala que la finalidad de su labor intelectual tiene que ver estrictamente con

[...] una pasión [que tengo] desde niño. Comencé a leer historia a los 9 años. Lo primero que recuerdo es la Revolución Húngara: imágenes y las conversaciones en la casa. [...] Yo soy de los historiadores que cree profundamente en el azar, el azar orientado en ciertas posibilidades. [...] Yo quería estudiar sobre el mundo, no me interesaba Chile. Pero [en un cierto punto] yo dije: ‘falta algo que yo sé y que los demás no dicen’. Entonces, eso lo que me llevó a escribir sobre Chile (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

Por su parte, en lo que concierne a la finalidad de la labor intelectual de la nueva generación de intelectuales humanistas de derecha, Daniel Mansuy señala que realiza la labor intelectual

[...] porque me encanta pensar y porque me encanta leer. [...] Este es un trabajo que me permite pasar buena parte del día leyendo. [...] [Sin embargo,] uno tiene que poner [a disposición de los demás] lo que uno hace, sobre todo cuando, [como sucedió en mi caso, uno es] pagado por el Estado. Además, uno debe poner lo que uno hace a disposición de la sociedad porque no sirve de nada estar encerrado en una oficina llena de libros y creerse inteligente. [Empero,] mi inquietud primera es intelectual y donde yo más disfruto es en la biblioteca leyendo. [Por el contrario,] donde yo más me aburro es en una reunión con un político (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Asimismo, Hugo Herrera, con respecto a la misma interrogante, expresa que lo que “[...] me inspira es una tarea hermenéutica. Es tratar de hacer una hermenéutica de la situación” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). En tal sentido, Herrera señala —haciendo una separación entre lo político y lo académico— que dicha inspiración sólo tiene lugar

[...] en la política, porque en lo académico, claro, uso elementos de la hermenéutica (estudio Gadamer y a todos esos autores), pero también me he dedicado a la filosofía trascendental. Entonces, no puedo hacer un continuo entre mi vida académica y mi vida asociada al ensayo político. [...] [Por ende,] en el fondo, ¿cuál es mi aporte o por qué mi libro acerca de la derecha pudo haber tenido una repercusión? Bueno, porque con las herramientas conceptuales que traigo de otra parte (que son hermenéuticas) lo que trato

de hacer es interpretar la situación [sociopolítica de Chile para así] entrar en un diálogo con personas de otros sectores [políticos, sociales e ideológicos]" (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Por otro lado, también con respecto a la finalidad de su trabajo, Valentina Verbal sostiene que realiza su labor intelectual dado que "[...] me gustaría influir para que la derecha vaya pensándose más desde el liberalismo que desde las categorías tradicionales. Y me gustaría que la derecha vaya avanzando y creciendo hacia una derecha más íntegramente liberal" (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018); mientras que, por último, Axel Kaiser, con respecto a esta interrogante, sostiene que él realiza la labor intelectual,

[...] porque cuando uno ve ciertas cosas que lo inquietan en el mundo y tiene un espíritu un tanto idealista, tiene que intentar hacer algo al respecto. Y todos los libros que yo he escrito han [tenido lugar para] procesar esas inquietudes y transformarlas en algo vivo que después tiene un impacto público. [...] Y es mi forma de sentir que yo también hago una contribución a la humanidad o a la ciudadanía. En el sentido de que a mí me parece positivo y bueno para la sociedad (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

¿Cómo realiza su trabajo intelectual?

Los intelectuales humanistas de la transición y los de la nueva generación se refieren a esto del siguiente modo: Joaquín García-Huidobro, siendo un representante de los intelectuales transicionales, sostiene que una "[...] forma importante de hacerlo es crear un clima de trabajo horizontal. [Además, se debe] tratar de formar gente que destete el espíritu sectario, que busque la verdad donde esté y que no tenga ningún inconveniente en decir: ‘me equivoque’, ‘esto está malo’. [Es decir,] que no tenga ningún problema de aprender de quien piensa distinto" (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Mientras que Gonzalo Rojas, también representando a la antigua generación de intelectuales, señala que realiza la labor intelectual mediante "[...] horas de estudio, horas de escritura, horas de docencia, horas de reuniones. O sea, leo, pienso, hablo y escribo. Ninguna ciencia especial (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Por su parte, Daniel Mansuy, en representación de las nuevas generaciones de intelectuales humanistas, asevera lo siguiente respecto a cómo realiza su trabajo intelectual:

Tengo varias salidas. Una son los *paper* académicos y las conferencias académicas. Otras son las cosas [...] que son más públicas, que son conferencias en centros de estudios, en colegios, universidades y columnas. En la mitad de eso están los libros de divulgación que uno escribe, porque el ensayo que yo escribí, *Nos fuimos quedando en silencio* [...] no es un libro académico y tampoco es un panfleto barato (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Asimismo, Valentina Verbal señala respecto a cómo realiza su trabajo intelectual que "[...] escribo columnas de opinión [...] [y voy a los] medios para opinar" (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018); mientras que Hugo Herrera sostiene respecto a esto que "[...] no me gusta mucho la conferencia [como formato]. [Prefiero escribir en] libros, diarios y artículos [académicos] (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por último, Axel Kaiser señala en este respecto lo siguiente:

Trabajo muchísimo encerrado en mi casa, entre mis libros. Es en lo que más gasto dinero, en libros [...] Compró, compro, compro. Leo vorazmente y estoy siempre informándome de distintos temas. O sea, no sólo leo de filosofía y economía, leo mucha historia y ahora estoy leyendo bastante de psicología. Leo un poco de todo lo que viene con [...] la cuarta revolución industrial. También [realizo mi trabajo] nutriéndome con gente que sabe, gente interesante (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

¿Cuál es el impacto deseado de su trabajo intelectual?

Los intelectuales humanistas de la transición y los de la nueva generación se refieren a esto del siguiente modo: Arturo Fontaine, representante de la intelectualidad humanista transicional, señala que lo que "[...] uno espera es que las ideas serán discutidas, que sean leídas. Uno espera ser leído y

discutido por gente inteligente, que puede estar de acuerdo o no, pero que de alguna manera se sienta aludida, se siente interpelada” (Fontaine, entrevista, 14 mayo 2018); mientras que, por su lado, respecto al impacto deseado de su labor, Joaquín García-Huidobro señala que su deseo es “[...] crear un clima donde la gente busque honestamente la verdad y quiera conversar y aprender de todo el mundo” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018). Por su parte, Joaquín Fernandois señala en este respecto que a mí me

[...] gustaría que me leyera un público amplio, cosa que no sucede mucho. Los historiadores me leen alguna que otra cosa. [En tal sentido, me he dado cuenta de que] me lee un público un poco más amplio [sólo] a través de las columnas y algunos ensayos [que he publicado en el] CEP. Y me he dado cuenta [de ello] a través de conversar con generaciones más jóvenes a las cuales la lectura [de mis trabajos] les ha servido o les ha despertado preguntas (Fernandois, entrevista, 10 abril 2018).

Mientras que, por último, Gonzalo Rojas, quien es también representante de la intelectualidad humanista transicional, sostiene en este respecto que le hubiese gustado

[...] haber tenido más discípulos de verdad. [De hecho,] yo he tenido unos 10000 ex alumnos en los 43 años de docencia. Y hay gente que es muy cariñosa para tratarme, que me trata de manera muy desproporcionada, diciéndome maestro. Y yo siempre les digo: ‘te lo agradezco, pero la verdad es que yo no he sabido ser maestro’. Entonces, ¿qué me habría gustado? Que hoy hubiera 5 o 10 tipos en Chile y que uno digiera: ‘a ese tipo lo formé yo y fijate como ya me superó’. Yo asumo esa culpa. Asumo la culpa de haber sido un poquito disperso, de haber dedicado muchísimo tiempo a grupos de formación, pero no haber [formado a grandes discípulos] (Rojas, entrevista, 24 abril 2018).

Por su parte, en relación a la misma pregunta, aunque representando a la nueva generación de intelectuales, Daniel Mansuy señala que “[...] el impacto deseado del trabajo que yo hago es simplemente que se puedan volver a poner a la luz ciertas preguntas que me parecen que han estado ausentes del debate. Yo con eso me conformo. Por eso te digo que no tengo [...] un proyecto de sociedad que llevar adelante. [De hecho,] yo tengo más preguntas que respuestas. En ese sentido, me interesa más poner preguntas arriba de la mesa” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Por otro lado, Axel Kaiser, respecto al mismo tema, aunque desde una perspectiva ciertamente distinta, señala que lo que el desea es

[...] cambiar mentes y aclarar mentes. O sea, cuando a mí llega gente y me dice [...]: ‘yo tiraba piedras y organizaba marchas hasta que empecé a ver tus videos en YouTube’. Pues yo siento [entonces] que estoy haciendo bien mi trabajo. Y lo mismo me pasa cuando llego a un auditorium que está lleno de jóvenes que se sacan *selfies* conmigo, me sacan fotos o me piden autógrafos. [...] [Entonces es allí cuando] yo digo: ‘por lo menos [estos jóvenes] han descubierto una línea de ideas y pensamiento que les hace sentido’ (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Asimismo, en relación a la misma interrogante, Valentina Verbal sostiene que lo que ella desea es provocar “[...] un poco de ruido y hacer pensar a la derecha que en realidad el único camino para hacerle frente a la izquierda es pensar a la derecha desde el liberalismo clásico. [...] Ese sería el impacto deseado” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018); mientras que, por último, Hugo Herrera señala que su impacto deseado

[...] sería elevar el nivel de la discusión. [Es decir,] que se acabara la idea de que aquí somos únicamente bandos que entramos a una batalla de ideas. [...] [Lo que deseo es contribuir a que se entienda que] la tarea más importante en política es comprender la situación, no lo que está pasando día a día. [En tal sentido, lo que deseo es que] los fenómenos sociales, políticos y económicos que están ocurriendo, [...] [se puedan encausar] en un discurso, en un pensamiento, que les pueda resultar comprensible a ciertos grupos políticos, [para que luego dicha comprensión] decante en una institucionalidad más adecuada a la situación (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

En este capítulo se examinó el origen y desarrollo de la nueva intelectualidad humanista de la derecha chilena. Con tal propósito, se realizó una breve historia intelectual que permite entender las problemáticas subyacentes al auge de esta nueva *intelligentsia*, las cuales tienen que ver sobre todo con el tránsito desde la hegemonía del intelectual humanista hacia la del experto durante el siglo XX y XXI (eso último puede ser apreciado tanto en la historia intelectual chilena aquí explorada como en lo examinado en la sección 1.2.1). Asimismo, aquí se exploraron las causas del origen específicas de esta nueva intelectualidad en el caso chileno, así como el nivel de influencia que esta última tiene *de facto* en la derecha política. Además, haciendo unos de ciertas directrices teóricas exploradas en la sección 1.2, aquí se comparó desde un punto de vista general y específico el rol que los nuevos intelectuales de derecha poseen en comparación a la función que los intelectuales transicionales han detentado desde que se inauguró la democracia en 1990. Todo esto, con el fin de definir a cabalidad este fenómeno del “renacimiento intelectual” humanista en la derecha chilena. En tal sentido, lo aquí explorado tiene una directa relación con lo examinado en siguiente capítulo de este estudio, a saber: el auge de nuevos *think tanks* de derecha en Chile. De hecho, el “renacimiento intelectual” explorado en este capítulo no tuvo lugar específicamente en las universidades, sino que más bien en los *think tanks*. Es más, como se aprecia en el siguiente capítulo, los centros de estudios se han transformado en el lugar predilecto de esta nueva *intelligentsia* derechista para ejercer su labor pública e intelectual.

Capítulo 5

Think tanks de derecha en Chile: evolución y modificaciones en las funciones de los centros de pensamiento

El auge intelectual humanista que se pudo observar en la derecha chilena durante la última década – véase capítulo 4– no tuvo lugar fuera de una organización particular, a saber: el *think tank*. De hecho, la mayoría de los intelectuales humanistas que estuvieron relacionados con la discusión acerca de la llamada “crisis intelectual” y “carencia de relato” del sector derechista, actuaron desde centros de pensamiento y no únicamente desde las universidades. De este modo, la crítica que estos intelectuales humanistas desarrollaron entre los años 2010 y 2018, sobre todo en cuanto al excesivo rol que tuvieron los intelectuales expertos en el sector de derecha desde que se inauguró la democracia en 1990, pues se tradujo –lo que ciertamente es paradójico– en la creación de nuevos centros de pensamiento derechistas que pretendieron tener una orientación humanista de investigación y una producción intelectual metodológicamente distinta a la de los principales *think tanks* originados en el proceso transicional (LYD, CEP, FJG e IL). Esto es, centros de estudio que, desde 1990, proveyeron a la derecha política y económica de conocimiento experto, un tipo de conocimiento que tuvo como finalidad primordial influir en el área legislativa y en el desarrollo de políticas públicas. En tal sentido, los nuevos *think tanks* de derecha examinados en este capítulo (FPP, IES y HRZ) surgieron en Chile alrededor de la última década con el fin de llenar el supuesto “vacío” dejado por los centros de estudios transicionales, a saber: un “vacío” que tenía que ver ante todo con que los *think tanks* transicionales no prestaron atención a la defensa ideológica o doctrinaria del sistema-mundo derechista, sino que se enfocaron netamente en la defensa de dicho sistema-mundo desde el conocimiento técnico-experto. Sin embargo, la necesidad que tuvo la nueva intelectualidad derechista de actuar desde *think tanks* no sólo tuvo que ver con el imperativo de llenar este espacio “vacío” que dejaron centros de estudio transicionales dada su orientación tecnificada, sino que también con que los *think tanks*, por definición, se sitúan como una plataforma que le permite a los intelectuales tener una mayor visibilidad e influencia cuando se trata de diseminar ideas e influir en la toma de decisiones y en grupos políticos determinados (véase sección 1.3).

Este capítulo examina la evolución histórica de los principales *think tanks* transicionales de derecha en Chile (LYD, el CEP, la FJG y el IL), el rol social y político que estos últimos tuvieron en dicho sector desde que se inauguró la democracia en 1990, así como también los roles sociales y políticos que algunos de los nuevos centros de pensamiento de derecha detentaron en Chile entre los años 2010 y 2018 (los casos de estudio son la FPP, el IES y HRZ). Esto es, *think tanks* que surgieron enmarcados en el llamado “renacimiento” intelectual de la derecha chilena, un “renacimiento” que es tratado particularmente en el capítulo 4. En la primera sección de este capítulo se examina brevemente la historia de los *think tank* en Chile, con el objetivo de proveer información contextual que ayude a la comprensión de los distintos roles generales que *de facto* los principales *think tanks* de derecha tuvieron entre los años 1980 y 2018, a saber: roles que respondieron a coyunturas sociales y políticas específicas que deben ser aquí expuestas para contextualizar el auge de los nuevos *think tanks* de derecha en Chile. En tal sentido, la aproximación histórica que tiene lugar en esta sección contribuye a la comprensión de la problemática en la que se enmarca el surgimiento de los nuevos *think tanks* derechistas, sobre todo teniendo en cuenta el ya mencionado “vacío” humanista creado por la orientación técnico-experta

detentada por los *think tanks* transicionales. En la segunda sección se examinan las funciones sociales y políticas que los *think tanks* transicionales (LYD, el CEP, la FJG y el IL) y los nuevos *think tanks* de derecha (la FPP, el IES y HRZ) tuvieron entre los años 1990 y 2018, así como también la razón del origen de todos estos *think tanks* derechistas. Asimismo, en esta sección se examina el nivel de influencia que los intelectuales de estos *think tanks* pueden alcanzar *de facto* cuando se trata de la derecha partidaria y la empresarial. Por último, en la tercera sección, se examinan las características específicas (financiamiento, agenda, investigación, productos, énfasis e interés) de los *think tanks* derechistas que estuvieron involucrados en la discusión acerca de la derecha, sus principios y la llamada “crisis intelectual”, a saber: LYD, un *think tank* que desde que se inauguró la democracia se encargó de defender el modelo socioeconómico neoliberal sobre todo desde el área legislativa y del desarrollo de políticas públicas; la FJG, un *think tank* que desde 1990 buscó promover la vida y obra de Jaime Guzmán, aunque en la práctica se transformó en un centro de asesoría legislativa para la UDI; la FPP, un nuevo *think tank* que se evocó (entre los años 2010 y 2018) a defender en modelo socioeconómico neoliberal defendido por la derecha en el plano ideológico, sobre todo en el marco de las ideas provenientes del liberalismo clásico y libertarianismo; el IES, un nuevo *think tank* que buscó (también entre 2010 y 2018) promover un debate académico y el pensamiento humanista en la derecha desde posturas conservadoras; y HRZ, un nuevo *think tank* que desde su nacimiento posee como mayor atributo ser el brazo intelectual de Evópoli.

5.1 Los *think tanks* en Chile: el origen de los centros de pensamiento, su papel en el régimen militar y su rol en democracia (1957-2018)

Aunque los *think tanks* lleven más de 30 años funcionando activamente en Chile, no son demasiados los estudios que se han hecho cargo de examinar la evolución histórica, las transformaciones y los roles que estos centros han tenido en el acontecer nacional (Cociña y Toro 2009). Esto es, a pesar de que en Chile y en Latinoamérica estos centros han sido actores gravitantes a la hora de formar élites gubernamentales, promover políticas públicas y fijar la agenda intelectual de los gobiernos (Olivares *et al.* 2014; Tompkins 2008). Todo esto, en el marco de la provisión de una legitimidad discursiva basada en el saber experto (Pinilla 2012). En tal sentido, lo que aquí se examina es la historia de estos centros de pensamiento en Chile, la cual coincide en varios aspectos con la historia de estos centros en América Latina (Garcé 2009). Tal historia permite entender la evolución de los *think tanks* chilenos y entender cómo estos centros se han transformado y cumplido un rol concreto en virtud de determinadas coyunturas políticas y sociales. En tal sentido, según señala Flisfisch *et al* (2013), es imposible analizar a los *think tanks* chilenos sin examinar la relación que estos últimos han tenido con los contextos históricos desde los que estos han ejercido sus distintas labores, sobre todo dado que dichos contextos han modificado los modos en los cuales estas organizaciones se han relacionado con la política y la sociedad.

Según lo expresado por Cociña y Toro (2009), Delamaza (2013), Brunner (1985) y Flisfisch *et al* (2013), la historia de los *think tanks* en Chile puede dividirse en cuatro momentos fundamentales que permiten entender el desarrollo de estos centros. Por un lado, existió un primer momento que tuvo lugar desde 1957 hasta 1973. Esto es, un momento caracterizado por el auge y formación de CAP que estaban ciertamente ligados en diversas maneras a la iglesia católica y al gobierno demócratacristiano en el marco de la necesidad de llevar a cabo reformas estructurales. Por otro lado, hubo un segundo momento que tuvo lugar entre los años 1973 y 1990. Esto es, un momento en el cual surgieron *de facto* los *think tanks* chilenos. En este momento, el cual tuvo lugar durante un régimen autoritario, los *think*

tanks de Chile surgieron con el fin de proponer reformas alternativas a las promovidas por el régimen militar, ser una válvula de escape para la política y ser el lugar de cobijo para muchos de los intelectuales de izquierda que fueron expulsados de las universidades durante el mandato de Pinochet. Por su parte, existió un tercer momento que tuvo lugar entre los años 1990 y 2000. Esto es, momento que se ha catalogado como el período de transición democrática. En este momento, los *think tanks* también asistieron a una transición y se reestructuraron en cuanto a sus modos de organización y funciones; mientras que, al mismo tiempo, en esta etapa surgieron nuevos *think tanks* y desaparecieron otros. Durante este periodo, muchos de los *think tanks* formados durante el régimen militar fueron disueltos; mientras que nuevos *think tanks* emergieron, mayoritariamente de derecha, sobre todo con el fin de defender el legado del régimen de Pinochet. Por último, un cuarto momento de la evolución histórica de los *think tanks* chilenos corresponde al periodo que ha tenido lugar desde los años 2000 hasta la actualidad. Durante este periodo, los *think tanks* se han articulado de maneras más definidas, de modo que claramente hoy en día se pueden apreciar centros de apoyo, de gestión, partidarios y académicos. En esta etapa de su evolución, los *think tanks* chilenos se han vuelto esenciales para brindar apoyo y legitimidad al proceso decisonal, del mismo modo que estos últimos se han expandido considerablemente tanto en los sectores progresistas como conservadores de la sociedad chilena.

La primera etapa de la historia de los *think tanks* chilenos comenzó cuando en 1957 con el apoyo de la UNESCO, el gobierno de Chile y la UCH, se creó la FLACSO, a saber: un organización regional encargada de proveer estudios de postgrado en ciencias sociales y de promover el estudio de dichas ciencias en Chile (Brunner 1985; Correa 2004; Delamaza 2013; Flisfisch et al. 2013; Olivares et al. 2014). Según Brunner (1985), es a partir de este momento que comenzaron a surgir un gran número de centros de investigación autónomos en el país, los cuales han sido considerados por este autor como la primera generación de CAP. Esta primera generación se orientó sobre todo a promover la investigación de problemas sociales y a la adopción de posiciones proclives al desarrollo y al cambio estructural. Además, estos CAP surgieron en un entorno liderado por una cultura católica reformista que se contraponía al marxismo, de modo que la mayoría de estos centros no sólo tenían algún tipo de conexión con tendencias ideológicas democratacristianas que eran imperantes en la época, sino que también contaban con el apoyo financiero de agencias norteamericanas (Correa 2004). Así, dentro de esta primera generación de CAP se destacaron el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL) y el Centro Latinoamericano de Población y Familia (CELAP), centros que fueron creados por el jesuita Roger Vekemans, quien fue otrora fundador de la escuela de sociología de la PUC (véase sección 4.1.2). DESAL tuvo particularmente una gran incidencia en la tematización de los problemas asociados a la marginalidad urbana, por lo que las investigaciones realizadas por este centro de investigación alimentaron profundamente el proyecto de “promoción popular” democratacristiano encabezado por el gobierno de Frei Montalva (Brunner 1985). Asimismo, en un entorno donde las universidades chilenas funcionaban y eran el hogar de muchos de los intelectuales reformistas, los CAP no tenían la aspiración de cumplir una función estrictamente académica (Brunner 1985). De modo que es por esta razón que estos CAP de primera generación pueden ser considerados como un antecedente directo de los *think tanks* chilenos contemporáneos, puesto que ya en aquel

entonces estos últimos se enfocaban en la influencia y en toma de decisiones de mediano y corto plazo más que en la labor de investigación académica ortodoxa.¹

En lo que respecta a la segunda etapa de la evolución histórica de los centros de pensamiento chilenos, pues hay que señalar que fue en ella donde, según Gárate (2008), surgieron propiamente los llamados *think tanks*. Esto es, en tanto que antes de esta etapa los CAP no eran reconocidos de dicha manera. De hecho, la etiqueta *think tank* sólo comenzó a ser usada en esta etapa gracias a la paulatina influencia de las universidades estadounidenses en los círculos académicos chilenos (Flisfisch *et al.* 2013). Sin embargo, más allá de estas cuestiones semánticas, la causa que realmente consolidó y potenció a los *think tanks* en Chile durante esta etapa, tuvo que ver más que nada con todo lo que desencadenó el quiebre democrático experimentado en aquel país en el año 1973. Dicho quiebre provocó una drástica restricción política, el cierre de los espacios de diálogo y expresión para la oposición, así como la expulsión de las universidades de los intelectuales que se oponían al régimen militar. De modo que esto dio lugar a que muchos de dichos intelectuales se fuesen del país; se incorporasen a los CAP existentes –los cuales eran limitados en lo que respecta a su número y capacidad financiera–; o creasen sus propios espacios intelectuales paralelos a las instituciones dominadas por el régimen militar (Brunner 1985). Fue en el marco de esta situación que surgieron múltiples *think tanks* –sobre todo de centro e izquierda– que tuvieron como objetivos principales canalizar la disidencia política en un entorno de disolución partidaria; absorber a una intelectualidad que había sido marginada de las universidades; promover políticas públicas alternativas a las expuestas por el gobierno militar; crear un espacio de diálogo entre la oposición y el régimen autoritario; y contribuir a un posible proceso de redemocratización (Cociña y Toro 2009; Delamaza 2013; Flisfisch *et al.* 2013; Gárate 2008; Moreno 2010; Olivares *et al.* 2014; Puryear 1994). Los *think tanks* más destacados de este periodo fueron Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN), Centro de Estudios del Desarrollo (CED), CEP, Corporación de Estudios Sociales y Educación (SUR), Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), Centro de Promoción Universitaria (CPU), Programa de Economía del Trabajo (PET), Programa Interdisciplinario de Investigación en Educación (PIIE), Fundación Eduardo Frei (FEF), Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL) y Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) (Cociña y Toro 2009; Puryear 1994). Según Moreno (2010), fue únicamente en este periodo de represión que los CAP adquirieron definitivamente las características que los diferenciaron institucionalmente de otras instituciones de investigación en Chile. Es sólo durante estos años cuando se comienza a crear definitivamente una nueva cultura institucional que termina por ligar a estos CAP con la acción política, aspecto esencial cuando se trata de reconocer el rol sociopolítico de un *think tank*.

El auge de los *think tanks* en el caso chileno tiene ciertas características particulares que hacen de este último un caso excepcional. Según Gárate (2008), la necesidad de contar con centros de crítica política y reflexión intelectual en Chile durante el régimen militar, se transformó en un imperativo especialmente para los sectores de la sociedad chilena izquierda que estaban siendo reprimidos. De hecho, fueron los intelectuales de este sector los que fueron desplazados de las universidades, aspecto que los llevó a querer perpetuar su reflexión y crítica intelectual desde otro tipo de institución, a saber: los *think tanks*. En tal sentido, los sectores conservadores que le daban apoyo al régimen militar no

¹ Otros de los CAP destacados en este periodo fueron el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), fundado en 1964, y el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), fundado en 1966. El origen de ambos CAP estuvo estrechamente ligado a la Compañía de Jesús.

necesitaban realizar reflexión alguna dado que mantuvieron y acrecentaron su influencia y control en las universidades u otras instancias desde las que el pensamiento o influencia podían florecer. De modo que es por esta razón que la mayoría de los *think tanks* surgidos durante el régimen militar fueron democrático-progresistas. Esto es, a excepción del CEP, un *think tank* que fue creado en 1980 con el fin específico de ser un espacio de dialogo que, además, promoviese ideas liberales clásicas. Todo esto marcó una diferencia abismal con lo que se podía apreciar en aquél entonces en el contexto estadounidense y europeo, a saber: un contexto donde las universidades tuvieron una marcada hegemonía cultural de la izquierda, lo cual, al contrario que en Chile, llevó a los sectores de derecha a crear sus propios centros de investigación fuera de la academia para así ejercer la labor intelectual y la labor de difusión ideológica.

No fue únicamente el hecho de que los intelectuales de izquierda en Chile hayan sido desplazados de la académica lo que permitió la formación de los *think tanks* durante el régimen militar. De hecho, no bastó para la formación de estos nuevos centros de pensamiento la mera disponibilidad de investigadores y la cancelación de la política partidaria como vía válida para la expresión de ideas (Brunner 1985). Por el contrario, la formación de estos centros durante el régimen militar fue posible gracias dos factores específicos: uno endógeno y uno exógeno (Cociña y Toro 2009). El factor endógeno que tuvo que ver con que a mediados del régimen militar, a raíz de las protestas sociales y la necesidad de liberalización política, el gobierno autoritario inició un proceso de apertura política en el cual paulatinamente se permitieron ciertas formas de participación. Así, una de estas formas de participación fueron los *think tanks*, por lo que tras la apertura política tuvo lugar un incremento en el número e influencia de estos centros de pensamiento. Es más, este aumento en el número de los *think tanks*, así como la consolidación de estas organizaciones como agentes influyentes y reconocidos por el régimen militar en el entorno de apertura política, ayudó a que estos últimos –encarnando un tipo de conocimiento experto– pudiesen producir material el técnico necesario para pavimentar hasta cierto grado el camino para una futura democracia (Cociña y Toro 2009). Por su parte, el factor exógeno que tuvo que ver con que entre los años 1982 y 1990 los *think tanks* de oposición al régimen militar contaron un gran apoyo internacional. Esto es, una ayuda sin la cual dichos *think tanks* no hubiesen podido haber existido ni albergado a los intelectuales necesarios para producir sus investigaciones y propuestas (Brunner 1985; Cociña y Toro 2009). Según Cociña y Toro (2009), fundaciones suecas, holandesas, alemanas, entre otras, ayudaron a estos *think tanks* tanto financieramente como técnicamente, lo cual contribuyó a la profesionalización de los intelectuales albergados en estos *think tanks*.² Esto es, dado que estas agencias internacionales proveían recursos a estos centros de investigación, pero también exigían que los trabajos realizados por sus intelectuales cumpliesen con estándares internacionales. En términos generales, el objetivo de estas instituciones era promover a la formación de centros que, mediante sus estudios y propuestas, pudiesen ayudar a que prontamente se retornase a la democracia en Chile. Por lo que este apoyo internacional ayudó a que los *think tanks* del periodo autoritario pudiesen contar con amplias plantas de investigadores, así como también contribuyó a que estos centros de pensamiento pudiesen organizar seminarios, conferencias, talleres, entre otras actividades que ayudaron a una paulatina redemocratización de la sociedad chilena.

Esta segunda generación de los CAP o *think tanks* se inauguró, en términos históricos, cuando en 1974 se creó el ICHEH con el auspicio del cardenal Raúl Silva Henríquez (Brunner 1985). Esto es, un

² Algunas de las instituciones fueron el International Development Research Centre (IDRC), la Ford Foundation (FF), la Konrad-Adenauer-Stiftung (KAS) y el National Democratic Institute (NDI), entre otras.

instituto que tenía como misión dar voz a los intelectuales silenciados (Cociña y Toro 2009). Sin embargo, tanto Brunner (1985) como Delamaza (2013) concuerdan en que uno de los momentos fundamentales para el auge definitivo de los *think tanks* chilenos en el marco del régimen militar tuvo lugar tras la creación de la Academia de Humanismo Cristiano (AHC) en 1975. Esto es, una institución que también tuvo su origen bajo el auspicio del cardenal Silva Henríquez y que no sólo desarrolló actividades por sí misma, sino que también promovió la posterior creación de diversos *think tanks* y programas de investigación (Brunner 1985; Cociña y Toro 2009; Delamaza 2013). Así, la iglesia católica volvió a tener un papel fundamental a la hora de promover CAP tal como lo había hecho en la década de 1960 (Brunner 1985). Luego, en los años venideros a la formación del ICHEH y la AHC, se crearon en Chile variados centros de pensamiento entre los que se destacaron CIEPLAN, VECTOR, Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA), SUR, Centro de Investigación y Planificación del Medio (CIPMA), CEP, Instituto Latinoamericano de Institutos Transnacionales (ILET), CED y CERC (Brunner 1985; Cociña y Toro 2009; Puryear 1994).

Un tercer momento en la historia de los *think tanks* chilenos tuvo lugar tras la inauguración del periodo democrático transicional (1990-2000) (Cociña y Toro 2009; Flisfisch *et al.* 2013). Durante este periodo, muchos de los centros de pensamiento de la oposición creados durante el régimen militar de disolvieron dado que, por un lado, parte de sus intelectuales y expertos se integraron a la política tradicional –sobre todo a los cuadros de expertos de los gobiernos de la Concertación–, lo cual significó una fuga del capital humano avanzado que poseían los *think tanks* formados durante el régimen militar (Cociña y Toro 2009; Delamaza 2013; Flisfisch *et al.* 2013; Moreno 2010); mientras que, por otro lado, muchos de estos centros de pensamiento perdieron el financiamiento internacional que tuvieron durante el régimen militar (Cociña y Toro 2009; Delamaza 2013; Olivares *et al.* 2014). Esto es, dado que aquel financiamiento tenía como fin específico crear una oposición profesionalizada y fomentar la democratización en un entorno dictatorial –un entorno que ya había terminado– (Cociña y Toro 2009). En tal sentido, esta situación llevó a que los *think tanks* chilenos –al igual como había sucedido con la política– también experimentasen una transición, una en la cual estos últimos comenzaron a reestructurar sus funciones y modos de organización para posicionarse en el nuevo entorno democrático.

En este nuevo entorno, según Moreno (2010), los *think tanks* chilenos, sobre todo tras el frágil retorno a una “democracia tutelada”, comenzaron a jugar un nuevo rol, a saber: el de catalizadores de consenso. Con esta nueva misión, distinta a la que estos centros tuvieron durante el periodo autoritario, los *think tanks* en Chile redefinieron su rol general como uno en el que la promoción de ideas e innovación pública se situaron como aspectos gravitantes, sobre todo cuando se trató de determinadas reformas estatales. La meta principal que comenzaron a tener los *think tanks* chilenos en este periodo fue influir en el gobierno y en los actores del nuevo sistema democrático. Por lo que durante dicha década (1990-2000), los centros de pensamiento chilenos se transformaron en instituciones independientes asociadas al saber experto que comenzaron a ser indispensables para la toma de decisiones, lo cual tuvo que ver con tres factores fundamentales. Primero, tras lo sucedido en los años 60, el quiebre democrático y la subsecuente denigración a la democracia liberal que tuvo lugar antes del año 1973, los partidos políticos perdieron protagonismo y credibilidad cuando se trató de ser actores capaces de realizar propuestas programáticas. De modo que, en lugar de los partidos políticos, fueron los *think tanks* quienes en la década de los 90 comenzaron a situarse como los actores predilectos para realizar dicha labor. Segundo, como el resultado de la debilidad del poder Legislativo frente a un poderoso Ejecutivo garantizado por la Constitución de 1980, los parlamentarios en el nuevo

entorno democrático comenzaron a buscar, con el fin de llevar a la práctica sus propuestas, apoyo y asesoría experta de los *think tanks*. Esto es, apoyo que comenzó a dotar a la acción de los parlamentarios de “legitimidad científica”. Tercero, tras el auge de los ideales tecnocráticos surgidos y consolidados durante el régimen militar, los gobiernos del nuevo período democrático –sobre todo los de la Concertación (Silva 2010)–, favorecieron la administración tecnocrática del Estado antes que la aproximación política a la hora de validar el proceso decisional. De modo que esto último facilitó que hubiese una relación simbiótica entre los gobiernos, la tecnocracia y los *think tanks*. Esto es, centros de pensamiento que hasta el día de hoy han encarnado el simbolismo de la *expertise*. Por lo tanto, lo interesante de este periodo de la historia de los *think tanks*, es que en este último, tras la experiencia vivida en el régimen militar y la radicalización ideológica de los años 60, en Chile se experimentó un intento deliberado de modificar los modos en los cuales, sobre todo en comparación al pasado, se realizaba la gestión pública. La tendencia que se comenzó a observar en el nuevo periodo democrático fue una en la que las decisiones políticas debían estar sobre todo basadas en el conocimiento experto y en la técnica, más no enteramente en la representación política y partidaria. Lo interesante de esto último, es que desde este momento en adelante los *think tanks*, sin ser autoridades formales en el sentido que estos últimos no son el cuerpo político elegido en el entorno democrático, comenzaron a disponer de un alto margen de maniobra en el mundo político que les ha permitido presentar propuestas programáticas que los actores políticos tradicionales no podrían elaborar en un entorno democrático representativo donde lo que prima es la lucha por los votos.

En el marco de este proceso de reestructuración de los *think tanks* chilenos tras el retorno a la democracia, según Delamaza (2013) y Cociña y Toro (2009), muchos de los *think tanks* creados durante el régimen militar fueron disueltos por las razones previamente mencionadas; mientras que también se crearon nuevos *think tanks*. Esto es, *think tanks* que fueron fuertemente influidos por los modelos europeos y norteamericanos. Todos estos centros de pensamiento si bien poseían una orientación ideológica basal, se enfocaban sobre todo en el seguimiento de políticas y la generación de conocimiento aplicado. Es así que durante esta década surgieron la Fundación Chile 21 (FCH21), fundación que integró a profesionales vinculados al PS y el PPD; la FJG, fundación creada por la UDI; LYD, un *think tank* que, buscando defender el neoliberalismo en el área de las políticas públicas, fue fundado por Hernán Büchi; el IL, instituto creado por el partido político RN; el Instituto Igualdad (IIG), instituto fundado por el PS; así como también surgieron Justicia y Democracia (JYD), Tiempo 2000 (T2000) y Fundación Futuro (FFU). En tal respecto, uno de los aspectos fundamentales de este periodo de la historia de los centros de pensamiento chilenos, es que durante esta década –al contrario de lo que sucedió durante el régimen militar– proliferaron sobre todo los *think tanks* de derecha en Chile. Esto es, centros de pensamiento que, en términos generales, tenían la misión de defender el legado del régimen de Pinochet. Así, LYD surgió para defender las ideas neoliberales en el campo de las políticas públicas; la FJG surgió para preservar el legado del gremialista Jaime Guzmán; y el IL se enfocó en brindar asesoría legislativa a RN.

Un cuarto momento de la historia de los *think tanks* chilenos ha tenido lugar en el periodo de la consolidación democrática. Esto es, desde los años 2000 hasta la actualidad (Cociña y Toro 2009; Flisfisch *et al.* 2013). Durante este periodo, los *think tanks* se han expandido y han consolidado su rol en la democracia que se inauguró en 1990, a saber: ya sea como centros de apoyo, partidarios, académicos o de gestión. Algunos de los centros de pensamientos más relevantes de esta etapa han sido Expansiva (EXPA), ProyectAmerica (PA), IIG, Aire Libre (AIL), Fundación por la Democracia (FDEMO), Instituto Jorge Ahumada (IJA) y Democracia y Desarrollo (DYD) (Cociña y Toro 2009).

Sin embargo, dentro de la derecha chilena se han destacado como nuevas incorporaciones al mundo de los *think tanks* la FPP, el IES y HRZ, siendo este último un *think tank* que apoya al nuevo partido político de derecha, Evópoli.

Con todo, en términos ideológicos, el actual panorama de los *think tanks* chilenos, según Gárate (2008), puede ser dividido en tres categorías fundamentales. Esto es, a pesar de que muchos de estos centros de pensamiento se declaren a sí mismos como centros interdependientes que –al menos en la teoría– no se asociarían a ninguna postura partisana o ideológica. Estas categorías son el conservadurismo, el liberalismo socialcristiano y el liberalismo progresista. Dentro de la primera categoría se sitúan los individuos conservadores que bien pueden ser liberales en lo económico; dentro de la segunda los individuos cercanos al pensamiento de los demócrata-cristianos y de los técnicos liberales de la Concertación; mientras que en la tercera se sitúan los individuos cercanos a una socialdemocracia proclive a la intervención estatal que, del mismo modo, promociona un liberalismo laico. Según lo señalado por Moreno (2010) y Gárate (2008), a la orientación conservadora –lo que en Chile se ha entendido como derecha– pueden ser adscritas organizaciones como el CEP, LYD, FJG, FPC y FFU. Esto es, dado que defienden el liberalismo económico desregulado, el conservadurismo valórico y los intereses del gran empresariado. A la orientación liberal-socialcristiana pueden ser adscritas organizaciones como CIEPLAN, JYD, DEC, CERC, T2000, FEF y IJA. Esto es, dado que estas últimas son cercanas al PDC y al socialcristianismo corporativista, del mismo modo que aquellas organizaciones se reconocen a sí mismas como liberales, mientras que no respaldan completamente el legado del régimen miliar (al interior de estas últimas, sin embargo, también existe cierto conservadurismo en lo que respecta a los temas valóricos). Mientras que a la orientación socialdemócrata o progresista pueden ser adscritas organizaciones como FCH21, EXP, PA y DYD. Esto es, dado que estas últimas defienden un modelo pro-mercado que no debe excluir al Estado cuando se trata de establecer regulaciones; mientras que en términos morales estas últimas son laicas y liberales.

5.2 Los *think tanks* de derecha en Chile: la emergencia de nuevos centros de pensamiento

Desde el retorno a la democracia los más importantes *think tanks* de derecha en Chile –en lo que respecta a su influencia, rol y simbolismo– han sido sin duda los centros de estudios LYD, CEP, FJG y IL. Estos últimos, desde sus diversas funciones, han liderado a la derecha transicional sobre todo en relación a materias legislativas, formación de cuadros políticos y cuando se ha tratado del análisis y desarrollo de determinadas políticas públicas (Flisfisch *et al.* 2013; Gárate 2008; Pinilla 2012). No obstante, desde que Chile volvió a tener un sistema democrático en 1990, muchos otros centros de pensamiento asociados a la derecha han surgido con el fin de llevar a cabo tareas distintas a las ejercidas por estos *think tanks* de derecha transicionales. Por ejemplo, entre otras tareas, llenar el “vacío” ideológico que tendría lugar entre los *think tanks* transicionales dado su exacerbado economicismo, representar a corrientes de pensamiento olvidadas o menospreciadas por aquellos *think tanks* (por ejemplo, el socialcristianismo y el nacionalismo) o complementar la labor que los centros de pensamiento han estado realizando durante las últimas décadas –labor asociada a la legislación, formación de jóvenes y desarrollo de las políticas públicas– con el fin de proveer una justificación moral e ideológica a dicha labor. En tal sentido, más allá que *de facto* en la derecha LYD, CEP, FJG e IL hayan sido los centros de estudios hegemónicos en el sector hasta el día de hoy –sobre todo LYD y CEP, quienes se encuentran en los puestos vigésimo octavo y sexto respectivamente del *ranking*

sudamericano del *Global Go To Think Tank Index Report* (2018)—, el número de *think tanks* asociados a la derecha ha crecido considerablemente desde que se consolidó la democracia en los años 2000, lo cual ha dado lugar al surgimiento de diversas organizaciones derechistas tales como: FPP, IES, HRZ, Ciudadano Austral (CA), Fundación Piensa (FUP), Fundación Chile Intercultural (FCHI), Idea País (IP), Fundación Cientoochenta (F180), Chile Siempre (CHS), Fundación Avanza Chile (FAVCH), Centro Latinoamericano de Políticas Económicas y Sociales (CLAPESUC), Comunidad y Justicia (CYJ), Democracia y Mercado (DYM), Círculo Acton (CACT) e Instituto Res Pública (IRP), entre otras.

Entre todos los nuevos *think tanks* de derecha sólo algunos se han destacado considerablemente en la última década ya sea por su reconocimiento internacional o por la visibilidad que han tenido en los debates políticos, sociales y económicos del Chile contemporáneo. Esto es, sobre todo en el marco de la anteriormente mencionada “crisis intelectual” de la derecha, la fuerte crítica al economicismo derechista, el cambio generacional, la amenaza surgida tras los movimientos sociales y el auge del segundo gobierno de Bachelet (véanse capítulos tercero y cuarto). En tal sentido, sobre todo la FPP, el IES y HRZ —*think tank* que entra en esta lista únicamente por representar a Evópoli—, se han destacado en el marco de estas coyunturas puesto que la mayoría de los nuevos intelectuales humanistas de derecha que surgieron en este contexto de “crisis intelectual” —individuos que han sido explorados en el capítulo 4— han actuado y diseminado sus ideas desde algunos de estos centros de pensamiento. Por ejemplo, Axel Kaiser, quien es el director ejecutivo de la FPP, ha usado a este *think tank* como una plataforma para diseminar sus ideas mediante conferencias y publicaciones de libros. Daniel Mansuy, quien fue director ejecutivo de el IES y actualmente es investigador senior en dicha organización, también coopera con este *think tank* cuando se trata de debatir en la esfera pública y publicar libros de divulgación. Hugo Herrera, quien actualmente es director del instituto de filosofía de la UDP y ha contribuido al debate público y académico acerca de la derecha chilena, pues también fue parte del IES hace unos años y mantiene relaciones con algunos de los intelectuales de dicho centro —por ejemplo, escribió junto a Pablo Ortúzar y políticos de RN el *Manifiesto Republicano*—. Pablo Ortúzar, quien es actualmente investigador en el IES, también actúa públicamente amparado en dicha institución y publica libros de divulgación bajo su respaldo. Mientras que, Valentina Verbal, quien es militante de Evópoli e investigadora asociada de HRZ, se ha desempeñado como una intelectual pública no sólo bajo el alero de HRZ y su partido político, sino que también bajo el alero de LYD, dado que allí publicó su libro sobre la derecha chilena.

Con todo, los nuevos intelectuales humanistas de derecha que han sido protagonistas en el debate público y académico acerca de la derecha chilena, sus principios ideológicos, estrategias políticas, etc., han actuado al amparo de *think tanks* que les han permitido a estos últimos poseer financiamiento y entrar en las *policy networks* derechistas en el marco del ya mencionado simbolismo de la *expertise*. Sin el financiamiento y el acceso a redes provisto por los *think tanks*, además del simbolismo de la *expertise* ofrecido por estos centros de pensamiento, estos intelectuales probablemente no hubiesen tenido el nivel de influencia necesario para, por ejemplo, aparecer en importantes medios de comunicación y diseminar sus libros, lo cuales generalmente han sido publicados por sus respectivos centros de pensamiento. Además, es sólo en tal contexto que los nuevos intelectuales derechistas han podido señalar, en términos generales, que los esfuerzos de los centros de investigación de derecha transicionales (LYD, CEP, FJG y IL), si bien han sido necesarios e importantes para el desarrollo del sector durante las últimas décadas, no han sido suficientes para enfrentar a la izquierda, para gobernar adecuadamente con principios o para ayudar a repensar los idearios derechistas, sobre todo dado que

dichos centros, según lo que estos intelectuales sostienen, se habrían enfocado demasiado en las políticas públicas y en la legislación, dejando de lado el desarrollo de las ideas en el marco del ya mencionado problema del relato.

5.2.1 Los *think tanks* de derecha transicionales: políticas públicas y legislación

Si bien los *think tanks* de derecha transicionales (LYD, CEP, FJG y IL) pueden ser circunscritos de modo general a la labor de promover medidas legislativas, analizar y desarrollar políticas públicas y formar cuadros políticos que aseguren la militancia de individuos en los partidos políticos derechistas, esto no quiere decir que estos últimos no tengan importantes diferencias entre sí que deben ser expuestas. De hecho, en tanto que cada uno de estos centros ha cumplido un rol distinto desde que se inauguró la democracia en 1990, vale la pena destacar sus similitudes y diferencias para así, posteriormente, dar cuenta de en qué niveles estos últimos habrían “fallado” en su labor o alcanzado el éxito. Esto último sin duda ayudará a explicar con una mayor complejidad porqué han surgido nuevos *think tanks* en la derecha chilena y cuál es el “vacío” que específicamente, cada uno de ellos, quiere llenar en el sector. En esta sección se exploran los casos: LYD, CEP, FJG y IL.

Libertad y Desarrollo

El instituto LYD emergió en Chile en un contexto de crisis política tras la doble derrota que sufrió la derecha en el marco del plebiscito de 1988 y la elección presidencial de 1989. Esto es, derrotas que significaron el fin del régimen militar de Pinochet y un retorno a la democracia que dejaría en el poder a la nueva coalición de centro-izquierda –la Concertación– durante 20 años (Delamaza 2010; Flisfisch *et al.* 2013). En tal contexto, Hernán Büchi, Cristián Larroulet y Carlos Cáceres, además de un grupo de economistas, abogados e ingenieros –intelectuales expertos– cercanos al régimen militar, se evocaron a formar en 1990 un nuevo *think tank* con el fin de crear una instancia capaz de defender una agenda ideológica neoliberal en lo económico, asesorar legislativamente sobre todo a la bancada parlamentaria de la UDI, monitorear el desarrollo de las políticas públicas en el nuevo entorno democrático y producir una gran cantidad de estudios capaces de mantener y promocionar el orden socioeconómico derivado del régimen militar (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012; Delamaza 2010; Pinilla 2012). Para realizar dicha labor, Büchi y algunos de los involucrados viajaron a los Estados Unidos con el fin de adquirir el conocimiento necesario que les permitiese crear un centro de pensamiento que tuviese efectividad y que les diese la posibilidad a estos últimos de proteger el legado neoliberal que fue instalado durante el régimen autoritario, sobre todo en lo que respecta al modelo socioeconómico. Con dicho objetivo, este grupo de ingenieros y economistas se pusieron en contacto con Alex Chafuen, quien otrora era presidente de *Atlas Network* y quien actualmente es el director del *Acton Institute* (ambas organizaciones inspiradas en el libertarianismo, liberalismo clásico y neoconservadurismo). Chafuen respondió al llamado de Büchi y compañía proveyendo la asesoría necesaria para formar el nuevo *think tank*, lo cual dio origen a la larga relación que ha existido entre la institución formada por Büchi, Larroulet y Cáceres y *Altas Network* (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012). Fue así que se originó el instituto LYD, un centro de pensamiento que se constituyó como una organización con personalidad jurídica ante el ministerio de justicia sólo en 1991 y que se definió a sí misma como una institución enfocada en el “[...] estudio, análisis y promoción de ideas, principios y valores que conformen el sustento de una sociedad inspirada en la libertad política, económica y social” (Ministerio de Justicia, 2010 en: Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012)

Encarnando la figura del protector del legado neoliberal, LYD ha tenido un rol clave en lo que respecta al proceso de transición democrática y de consolidación del modelo socioeconómico de libre mercado, en tanto que en vez de remplazar o competir con los actores tradicionales en la derecha –partidos políticos o grupos empresariales–, se ha evocado, por el contrario, a brindar un apoyo complementario a estos últimos (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012; Flisfisch *et al.* 2013). Esto es, reforzando mediante conocimiento experto el actuar de los actores tradicionales de la derecha, sobre todo en lo que respecta al área de la legislación, la gestión presidencial y la opinión pública (Flisfisch *et al.* 2013). En tal sentido, cuando se retornó a la democracia, los políticos de la derecha carecían de experiencia y conocimiento en los temas asociados a la *expertise* económica y legislativa, por lo que LYD fortaleció a estos individuos con las asesorías correspondientes (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012). Del mismo modo, LYD ha sido importante como amortiguador entre la oposición y la derecha chilena, así como también entre las distintas facciones derechistas. Esto es, facciones que han tenido constantes roces en el marco de los temas valóricos y la dicotomía autoritarismo-democracia. Así, sobre todo en lo que respecta a la primera década de la nueva democracia, LYD se constituyó como uno de los actores clave en lo que se ha llamado “la política de los acuerdos”, una política que permitió ciertos grados de compromiso entre las diversas facciones derechistas y también el acercamiento de la derecha en su conjunto a la agenda política progresista del gobierno concertacionista. De hecho, durante los primeros periodos presidenciales de la Concertación, LYD contribuyó a la gestación de acuerdos entre la derecha parlamentaria y los tecnócratas de la Concertación, tecnócratas que si bien tenían una orientación política socialdemócrata, también querían profundizar el modelo socioeconómico neoliberal. De este modo, sin la intervención de LYD, la relación entre la derecha política, empresarial y los *policymakers* de la Concertación, hubiese sido mucho más dificultosa (Flisfisch *et al.* 2013).

Ahora bien, ¿cómo se puede interpretar cualitativamente el rol social y político que LYD ha tenido desde que se inauguró la democracia en 1990? Para comenzar, Daniel Mansuy es categórico en este respecto y señala que “[...] LYD ha hecho un trabajo de defensa de trinchera básicamente. [Sin embargo], también [ha hecho] un trabajo importante en asesoría legislativa” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Por su parte, Jorge Jaraquemada señala que “[...] LYD es un *think tank* que ha puesto su foco más que nada en defender la obra del gobierno militar, a pesar de que eso no sea tan explícito. [No obstante,] si tú ves todo lo que ellos defienden, [aquello] tiene que ver con expresiones concretas del modelo. [...] [Ahora bien,] el gran mérito de ellos es que han logrado instalar la idea de que en el país se pueden tener buenas soluciones privadas para problemas públicos” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). Por otro lado, Sofía Correa señala que “[...] LYD está vinculado a la UDI y en ese sentido alimenta internamente a la UDI” (Correa, entrevista, 3 mayo 2018); mientras que Hugo Herrera, reforzando lo señalado por Correa, sostiene que la gente de

[...] LYD son la UDI en instituto. [...] Ellos son una expresión de grupos económicos más el pensamiento económico ortodoxo de la UDI. [...] [De hecho,] su cosmovisión es liberal económica, pero trabajan muy cercanamente con la UDI y [...] con grupos económicos. Lo que es una trenza extraña, porque asesoran a los parlamentarios de derecha con informes legislativos y, [...] esos informes legislativos, ¿quién los paga? Los pagan los mismos empresarios que van a los desayunos de LYD (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Por su parte, Kaiser –quien defiende desde las ideas los postulados libertarios y liberales clásicos– señala, refiriéndose a la labor de este *think tank*, que “[...] LYD hizo asesorías legislativas muy útiles para los partidos políticos de derecha que tenían que consolidarse en la nueva democracia. [...] [LYD]

se dedicó a eso y lo hizo muy bien. [...] [En tal sentido,] son muy buenos desde el punto de vista técnico, pero no han tenido mucho impacto a nivel de la opinión pública. No ha sido su rol tampoco” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018); mientras que Bellolio señala que “[...] LYD fue la oposición más consistente a la Concertación durante 20 años. Los famosos *puntos de vista* o folletos amarillos que repartía LYD eran, por así decirlo, el instructivo que representaba las ideas oficiales del sector y porqué había que oponerse a todo lo que proponía la Concertación” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Centro de Estudios Públicos

El CEP tiene su origen en el marco de un plan liderado por algunos de los *Chicago Boys* que buscaba crear un *think tanks* que fuese parte y complemento de la Universidad Finis Terrae (UFT). Esto es, una universidad que fue creada por estos tecnócratas neoliberales. En tal sentido, tratando de imitar el funcionamiento de las escuelas de artes liberales del sistema universitario de los Estados Unidos, estos *Chicago Boys* querían perfilar al CEP como una parte integral de la UFT, por lo que buscaban que este *think tanks* incluso tuviese sus oficinas al interior de dicha institución educativa. No obstante, dicha idea no prosperó, por lo que el CEP fue fundado posteriormente como un centro independiente en el año 1980 por Jorge Causas y Sergio de Castro, ambos ex ministros del régimen militar de Pinochet e importantes promotores del programa económico neoliberal instalado durante el autoritarismo (Flisfisch *et al.* 2013).

El CEP nació siendo un *think tank* fuertemente influenciado por las orientaciones económico-filosóficas liberales y tuvo como papel principal durante la segunda mitad del régimen militar ser un punto de unión entre los partidarios del régimen militar y sus opositores (Flisfisch *et al.* 2013; Gárate 2012). Durante dicho periodo, este centro de pensamiento se evocó a la realización de simposios, conversatorios y conferencias, en las que participaron diversos actores que tenían como objetivo principal debatir acerca del proceso de transición hacia la democracia. Por ende, en el marco del autoritarismo, el CEP tuvo un rol gravitante en el proceso que llevó paulatinamente a la recuperación democrática en Chile (Flisfisch *et al.* 2013). No obstante, a pesar de que el CEP realizó un esfuerzo considerable al encausar el debate político y social con rigurosidad académica durante el autoritarismo, es necesario señalar que este centro de pensamiento promovió también en dicho entonces determinados principios liberales y libertarios al realizar dicha labor, lo que no significó que *de facto* el CEP estuviese asociado a los movimientos partidarios de derecha surgidos durante el periodo de apertura política (Flisfisch *et al.* 2013; Gárate 2008). En tal sentido, el CEP se enfocó principalmente durante este periodo en que se retornase a la democracia en el marco de un orden constitucional que garantizase los derechos y libertades individuales de los chilenos, defendiendo así los principios de la llamada “sociedad libre” (Flisfisch *et al.* 2013).³

Si bien el CEP se originó como un *think tank* de orientación liberal que tuvo el fin específico de defender los principios libertarios durante el régimen militar, en democracia, por el contrario, este centro de pensamiento ha sufrido algunos cambios. Esto es, cambios que han tenido lugar sobre todo gracias a la orientación ideológica de sus distintos directores. Desde su creación en 1980 hasta el año 2013, el director del CEP fue Arturo Fontaine (Flisfisch *et al.* 2013), un filósofo y literato asociado a la derecha que imprimió en el CEP una orientación de apertura liberal en los debates públicos, así como también un enfoque académico que permitió el desarrollo de un sinnúmero de investigaciones

³ Es significativo señalar que, en el marco del compromiso que este centro tuvo con el liberalismo, el CEP nombró como presidente honorario del centro a Friedrich von Hayek en 1981 (Caldwell y Montes 2015).

humanísticas en la revista *Estudios Públicos*. Fue en el marco de la dirección de Fontaine que el CEP logró posicionarse en la arena política e intelectual chilena como un *think tank* académico en el cual se realizaban tanto investigaciones de largo plazo como mediano plazo, las cuales ciertamente le dieron un lugar privilegiado a las ideas liberales. De este modo, tras el retorno a la democracia en 1990, teniendo en cuenta que el CEP se orientó sobre todo hacia el desarrollo ideológico, los únicos centros de derecha que enteramente estaban enfocados en las políticas públicas y la legislación fueron LYD, FJG e IL.

Tras la forzosa salida de Fontaine del CEP en el año 2013, Lucas Sierra —un individuo que no es propiamente de derecha— asumió como director interino de la institución hasta que Harald Beyer, ex investigador del centro, se consolidó como director del CEP en el año 2014. Dicho cambio en el CEP fue importante para el desarrollo de este *think tank* puesto que si bien este centro siguió desarrollando investigaciones humanísticas en la revista *Estudios Públicos*, claramente después de la llegada de Beyer el CEP se orientó fuertemente hacia las políticas públicas y encuestas, lo cual dejó de lado hasta cierto grado el rol que otrora tuvo el CEP, a saber: ser un *think tank* asociado a la derecha que defendía el liberalismo en el plano de las ideas. Sin embargo, este vuelco no quiso decir que el CEP se hubiese transformado en un *think tank* que sólo asesoraba a los parlamentarios de los partidos políticos de derecha. Por el contrario, el enfoque en las políticas públicas que el CEP adquirió a partir de la llegada de Beyer se siguió orientando a realizar estudios de largo y mediano plazo, así como también se trató de un enfoque que tuvo independencia con respecto a los partidos políticos (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012; Pinilla 2012). Además, los estudios del CEP, teniendo una fuerte orientación académica y no de apoyo, durante la dirección de Harald Beyer, se constituyeron como estudios mucho más plurales que, por ejemplo, los de LYD, en tanto que el CEP neutralizó sus aspiraciones libertarias y dejó de tener un irrestricto compromiso con una determinada visión ideológica de la sociedad (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012). Asimismo, durante esta etapa de desarrollo, dado su enfoque en las políticas públicas, el CEP se transformó en el centro de encuestas de opinión de mayor prestigio en Chile, así como en una organización que alcanzó una gran capacidad de convocatoria para reunir en un solo lugar a la élite empresarial chilena y a los políticos. De hecho, una de las actividades habituales que aún organiza el CEP, es la de reunir a distintos candidatos presidenciales, presidentes, ministros de hacienda, etc., con la élite empresarial, lo cual es considerado por variados medios de comunicación como una instancia en la cual los políticos deben rendir examen frente a los empresarios (Delamaza 2010).

Finalmente, en el año 2018, Leónidas Montes, quien es ingeniero, filósofo, cientista político, además de ser un experto en liberalismo clásico, asumió como nuevo director del CEP, lo cual según algunos podría significar el retorno de las ideas liberales al emblemático *think tank* asociado a la derecha. Esto es, un centro de pensamiento que, según algunos, como se verá a continuación, tras la llegada de Harald Bayer, dejó de ser de derecha dado que esta institución habría abandonado la defensa de las ideas liberales en el marco de un pluralismo exacerbado y el actual enfoque en el desarrollo y análisis de políticas públicas.

Ahora bien, ¿cómo se puede interpretar cualitativamente el rol social y político que el CEP ha tenido desde que se inauguró la democracia en 1990? ¿Cómo se pueden interpretar sus transformaciones desde el régimen militar hasta la actualidad? Para comenzar, Joaquín García-Huidobro señala que el CEP se ha dedicado actualmente a “[...] promover políticas públicas de calidad, constituir un espacio de dialogo, de difusión cultural y a ser la cara mas visible del liberalismo” (García-Huidobro,

entrevista, 9 mayo 2018). Sin embargo, más allá de esta definición que puede ser considerada como la más habitual cuando se examina a este *think tank*, Axel Kaiser señala que el

[...] CEP se creó con el objeto de difundir una filosofía liberal clásica en Chile. Y por eso Hayek aceptó ser presidente honorario del CEP. De hecho, [...] Jorge Cauas lo fue a ver a Friburgo [...] [para hablarle del CEP] y luego Hayek le escribió a Carlos Cáceres para que le cuente [de qué trata el] CEP. Y Carlos Cáceres le dijo [...] que [el CEP] es una institución que busca defender filosofía liberal. Entonces Hayek aceptó ese puesto de presidente honorario. [En tal sentido,] Hayek jamás habría aceptado ser presidente honorario de un CEP como el que se ha desarrollado en los últimos 15 años, [...] [el cual] es un CEP mucho más técnico que no busca tanto defender una posición liberal sino que busca (y puede que esto cambie con Leónidas Montes) ser un foro. [Esto último] es muy útil porque aproxima distintas posturas y es importante en una democracia tener un espacio donde visiones divergentes se encuentran. [...] Pero [el CEP] no es un *think tank* que se haya dedicado en las últimas décadas a promover una agenda liberal clásica para Chile. No. Se ha dedicado a confrontar ideas distintas y a hacer unas propuestas técnicas de cómo se resuelven ciertos problemas (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, Kaiser es categórico respecto al rol que ha tenido el CEP en la sociedad chilena en la última década. Según Kaiser, el CEP pasó de ser un *think tanks* que buscaba defender las ideas libertarias y liberales clásicas, a ser un centro enfocado en asuntos técnicos, políticas públicas, además de situarse como un centro de estudios pluralista que ha intentado posicionarse como un foro de encuentro entre políticos, empresarios e intelectuales de diversos sectores políticos. Por ende, el rol del CEP ya no sería defender las ideas de la libertad. De hecho, si Hayek viese en lo que el CEP se ha convertido, este último –asegura Kaiser– no querría formar parte de un *think tank* como este. Es más, Kaiser refuerza esta idea señalando que en su último informe del sistema tributario chileno

[...] el CEP sostiene que en Chile las empresas pagan un porcentaje demasiado alto de la recaudación fiscal en términos de impuestos comparados con la OCDE. De hecho, es el país donde más pagan. [Sin embargo, según el informe, Chile es uno de los países donde] los impuestos personales son más bajos. Entonces, los del CEP dicen que si de alguna manera queremos equiparar [a empresarios y personas,] tendríamos que bajar el porcentaje que pagan las empresas y subir el de las personas. Y bueno, un instituto liberal de verdad diría ‘no’ [a dicha iniciativa]. [Un instituto realmente liberal diría que] hay que bajarlo todo y hay que reducir el gasto. Porque el principio liberal es que el tamaño del Estado sea el más acotado posible (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Por su parte, Luis Larraín, señala que “[...] el CEP ha tenido la evolución [...] de ser un centro libertario de ideas a ser un centro independiente de políticas públicas” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). En tal sentido, esto se debe a que

[...] el CEP va evolucionando también de la mano [...] de su director. Porque Arturo Fontaine [pasa] de director del CEP y de ser habitual en el circuito de *think tanks* liberales en Estados Unidos (*Atlas*, *Heritage*, etc.) [...] [a ser] un escritor que se aleja de la derecha, que se aleja mucho del régimen militar. Y, por lo tanto, el CEP de alguna manera va acompañando esta evolución de Fontaine. Entonces, el CEP hoy en día no es de derecha. No se define de derecha. [...] [Además,] por ejemplo, antes de que empezara la última elección presidencial, había como seis centros de estudios [que venían a vernos] para hacer cosas juntos. Nosotros invitábamos [a este tipo de eventos] al CEP y ahora el CEP dice ‘no’ [a esas invitaciones. Los del CEP dicen:] nosotros no somos de derecha, no tenemos ese mandato, tenemos otra gente en el consejo que no es de derecha. [...] [En tal sentido,] el subdirector del CEP –que es un tipo muy inteligente–, que es Lucas Sierra, no es de derecha (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, los puntos señalados por el director de LYD son interesantes. Por un lado, Larraín sostiene que ciertamente el CEP se ha alejado de la defensa de las ideas del liberalismo; mientras que del mismo modo sostiene que esto no se ha debido sólo a que el CEP se haya transformado en un centro de políticas públicas, sino que también se ha debido a que ya en los tiempos de Arturo Fontaine este centro comenzó a cambiar. Según Larraín, la evolución del CEP tuvo que ver también con la evolución personal de Fontaine, un director que paulatinamente se habría alejado de los liberales y del régimen

militar. Asimismo, otro aspecto interesante en lo señalado por Larraín, es que actualmente el CEP integra a gente que no es derecha y que, además, dicho *think tanks* se niega a participar en eventos que lo comprometan *de facto* con el sector derechista. Esto es, posiblemente porque el CEP ha buscado perfilarse como un foro de encuentro pluralista que se enfoca en materias técnicas.

Por su parte, con respecto al tema de la evolución que ha tenido el CEP desde lo ideológico a lo técnico, Verbal señala que antes de la llegada de Harald Beyer este *think tank*

[...] era más ideológico [...] y ahora es más técnico. [...] [Sin embargo, el CEP] igual mantiene parte de debate ideológico con la revista *Estudios Públicos* [...] y a través de algunos seminarios. [...] [En tal sentido,] hay que distinguir: porque a nivel de los investigadores sí se enfocan más en las políticas públicas, o sea es más técnico. [Empero,] al nivel de la revista *Estudios Públicos* y las actividades de extensión, creo que el CEP mantiene un rol de dialogo y debate ideológico (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

No obstante, a pesar de que el CEP aún posea la revista *Estudios Públicos*, según Mansuy, actualmente este *think tank* se ha enfocado sobre todo en

[...] políticas públicas, en cosas técnicas. [En tal sentido,] el CEP está en un lugar especial, en un lugar raro. En los años 80 fue importante en el debate intelectual. O sea, su revista es indispensable para hacer la historia intelectual de Chile en los años 80, sin duda. Y con los años ha ido derivando –no completamente– a una cosa un poco más técnica, que le ha hecho perder influencia en un ámbito un poco más cultural o humanista (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por ende, a pesar de que el CEP aún siga realizando cierto trabajo intelectual humanístico por medio de la revista *Estudios Públicos*, este centro sin lugar a duda ha perdido parte de su influencia en el ámbito intelectual dado que se ha enfocado mayoritariamente en el área de las políticas públicas.

Por último, Hugo Herrera también sostiene que los cambios de director en CEP han sido gravitantes en lo que respecta a la orientación del trabajo de este *think tank*. Es más, el CEP cambió según Herrera dado que “[...] Fontaine era un humanista y le pasaste [después este centro] a un ingeniero. Yo creo que Harald es una persona muy preparada, que sabe mucho de temas de educación, pero creo que su sólo perfil curricular lo hace ser distinto. [De modo que con su llegada] el CEP se transforma en algo distinto” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Luego, para finalizar su argumentación, Herrera agrega que considera que no fue en absoluto bueno que el CEP haya comenzado a enfocarse en las políticas públicas:

Yo creo que una de las grandes contribuciones del CEP fue mantener el debate en asuntos más amplios. De más amplio espectro. Y yo creo que con Leónidas Montes al mejor eso cambie, [quizás eso] vuelva, pero no lo sé. [...] [Aquello] se perdió con Harald [...] y lo que pasa es que el énfasis [del CEP] cambió. [...] [Esto tuvo lugar más que nada] por la trayectoria del nuevo director. [...] [En tal sentido, el CEP] perdió presencia en las grandes discusiones públicas (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Fundación Jaime Guzmán e Instituto libertad

Las instituciones FJG e IL son *think tanks* de derecha que si bien no han tenido el grado de influencia del CEP o LYD –quienes se encuentran en los puestos vigésimo octavo y sexto respectivamente del *ranking* sudamericano del *Global Go To Think Tank Index Report* (2018)–, han sido, por su parte, importantes en la medida que se han conformado como centros de pensamiento partidarios que le han brindado a sus respectivos partidos políticos –UDI y RN– tanto apoyo en formación de cuadros políticos como apoyo legislativo a los parlamentarios de dichas agrupaciones partidarias (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012; Delamaza 2010). Así, tanto la FJG como el IL se han constituidos como *think tanks* que se han especializado en establecer vínculos con parlamentarios con el fin de

influir en su agenda, sobre todo proveyendo conocimiento experto en materias legislativas (Pinilla 2012).

Siendo el *think tank* partidario de la UDI, la FJG fue creada en 1991 con el fin de perpetuar la memoria y el ideario de Jaime Guzmán, a saber: uno de los intelectuales más destacados del régimen militar, fundador de la UDI y quien fue asesinado en 1991 (Cociña y Toro 2009). En tal sentido, la orientación inicial de este *think tank* tuvo como objetivo formar e inspirar a las futuras generaciones en el marco de las ideas elaboradas por Guzmán (www.fjguzman.cl). De modo que uno de las principales labores de este centro ha sido la formación de cuadros políticos. No obstante, en última instancia, la labor por la cual más se ha destacado este *think tank* ha sido la asesoría legislativa a los parlamentarios de la UDI. Esto es, una labor que fue fundamental para que los políticos pudiesen defender el legado del régimen militar en un nuevo entorno democrático liderado por la Concertación. Por su parte, siendo también un *think tank* partidario, el centro de pensamiento IL es el brazo derecho de RN y fue creado tras el retorno a la democracia con el objetivo de investigar y divulgar, “[...] con criterios independientes y objetivos, temas del quehacer público, abarcando aspectos filosóficos, políticos, sociales, económicos, jurídicos y culturales” (www.institutolibertad.cl). Sin embargo, en la práctica, este centro de pensamiento se ha desenvuelto más que nada como el asesor legal de RN (Cociña y Toro 2009). Por ende, ambos centros de pensamiento han tenido una labor ciertamente acotada en la derecha desde que Chile retornó a la democracia.

Teniendo en cuenta que la labor del IL y la FJG ha sido bastante específica –asesoría legislativa y formación–, es pertinente realizar las siguientes preguntas: ¿cuál ha sido el rol que han tenido estos centros partidarios desde que se inauguró la democracia en 1990? ¿Continúan estos centros de pensamiento teniendo el mismo rol descrito anteriormente? Para comenzar, con respecto a IL, Jorge Jaraquemada señala que el rol del “[...] IL ha sido bastante nulo. [...] Básicamente ellos tenían, antaño, un buen programa municipal” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018); mientras que, por su parte, en este mismo respecto, Mansuy señala que el “[...] IL ha estado muy vinculado a RN y yo creo que no tiene mucha influencia. [...] [De hecho,] el IL ha pasado más muerto que vivo [...] y ha tenido poca figuración pública” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Por su parte, Hugo Herrera, quién ha tenido ciertamente algún tipo de cercanía con RN tras la elaboración del *Manifiesto Republicano*, señala que “[...] el IL tuvo dos épocas. [Actualmente] ha estado más de bajo perfil porque con el ajuste de la ley de partidos ha tenido que restringirse. Entonces, se dedican a hacer apoyo a los parlamentarios de RN. Y, de hecho, han perdido un poco lo que tenían. [Sin embargo,] en los 90 ellos tenían una revista que se llamaba 21. Era una revista bien ideológica, [...] bien interesante y tenía artículos buenos. [...] Esto debe haber sido el 93 o el 94” (Herrera entrevista, 2018). Por otro lado, Bellolio, siendo categórico y un tanto despectivo, sostiene en este respecto que el IL “[...] no existe. [Sólo es] apoyo parlamentario para RN” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018); mientras que Axel Kaiser señala que el IL surgió “[...] para apoyar a su partido” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). De modo que, según lo aquí examinado, todo parece indicar que el IL ha sido un *think tank* partidario que únicamente apoya a RN –sobre todo en materias legislativas– y que no tiene una gran influencia en la derecha ni un rol destacado entre los *think tanks* chilenos.

Por otra parte, con respecto al rol que ha tenido la FJG desde que Chile retornó a la democracia, Jorge Jaraquemada señala que

[...] la fundación tiene dos grandes hitos. Uno, tiene una muy buena área legislativa que efectivamente ayuda a que las leyes sean técnicamente mejores. Segundo, la fundación ha hecho una apuesta fuerte por formación e impulsar gente al servicio público. Son muchas las personas que han pasado por la fundación

a los distintos programas y que han pasado al servicio público. Un sólo dato: en el gobierno de Piñera [...] nosotros metimos [aproximadamente] 530 jóvenes. Estoy hablando de gente sub 40 con un promedio de 32 años de edad que en algún momento del gobierno de Piñera estuvo trabajando en políticas públicas. [...] Es gente que fue formada acá en la fundación (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Además, Jaraquemada agrega que nosotros también “[...] apoyamos a los movimientos gremiales. [...] Lo más importante [...] es que la FJG es un gran semillero de jóvenes para la política. Si tú miras la bancada de la UDI, tú tienes a Jaime Bellolio, Javier Macaya, a la María José Hoffman, a Guillermo Ramírez [...] y se me deben quedar varios más [en el tintero]. [Todos ellos son] gente que salió de aquí, [...] gente que trabajó acá en la fundación (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). En tal sentido, complementando lo señalado por Jaraquemada, Luis Larraín señala que la “[...] FJG tiene un programa que ha sido bien exitoso que se llama *Jóvenes al Servicio de Chile*. El cual financia a gente para que se fuera afuera de Santiago a diversos lugares. Por ejemplo, el actual ministro secretario de la presidencia, Gonzalo Blumel, estuvo en ese programa con su esposa” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). Según Larraín, la finalidad del trabajo de formación que realiza la FJG es crear cuadros políticos capaces de “[...] ir al servicio público. De hecho, [...] Gonzalo [Blumel de la FJG] lo logró claramente” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). No obstante, es importante señalar en tal respecto que actualmente Blumel es militante de Evópoli, un partido de derecha liberal que se opone a parte de los principios fundamentales de la UDI y la FJG. De modo que la formación realizada por la FJG podría estar teniendo fugas. Del mismo modo, Jaime Bellolio, quien es parte de la UDI y ha sido formado por la FJG, ha tenido ciertos roces con personeros de su partido político, así como también un paulatino acercamiento a Evópoli (El Dinamo 2019; Reyes 2019). En tal sentido, con respecto al tema de la formación de jóvenes, Kaiser señala que en la FJG, “[...] hacían algo de formación de jóvenes. [Sin embargo,] no fue tanto. [...] [De hecho,] yo creo que fallaron ahí y fallaron porque [son un] *think tank* que está sometido a los intereses políticos partidistas” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). Además, el mismo Herrera, quien formó parte de las Juventudes UDI, señala en un tono dubitativo que a la FJG “[...] no la veo con relevancia. Parece que tuvo en su minuto un rol de formación de jóvenes” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Mientras que por su parte, Mansuy, también en relación al supuesto rol que tiene la FJG, señala que este *think tank*, teniendo en cuenta que defiende la obra y legado de Jaime Guzmán, “[...] no ha hecho su pega principal que era [...] [promover y editar] la obra de Jaime Guzmán. [De hecho,] que la FJG veinticinco años después no se haya interesado en publicar [la obra de Jaime Guzmán dice mucho,] ¿no?” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). En tal sentido, Gonzalo Rojas, quien es un intelectual de derecha cercano a la UDI y a la FJG, señala –incluyéndose en el conglomerado derechista– que “[...] hemos fallado. La FJG ha fallado. [...] [La fundación tiene tres áreas de desarrollo:] una, la doctrinaria; otra, la de asesoría legislativa; la tercera, la de formación de gente joven. La del medio ha sido sólida, la de formación de gente ha sido regularmente buena, pero la más débil de las tres ha sido la doctrinaria” (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). De este modo, lo que se podría concluir respecto a la FJG es que su rol a sido promover las ideas de Jaime Guzmán, realizar asesoría legislativa a la UDI y formar cuadros políticos para dicho partido. Entre todas estas labores, la tarea que ha realizado mejor es la legislativa. Sin embargo, en cuando a la defensa de las ideas de Guzmán y la formación de jóvenes, pues pareciese ser que si bien la FJG ha hecho algo al respecto, no ha sido suficiente según señalan algunos de los entrevistados.

Por último, Luis Larraín, quien se refiere a estos dos *think tanks* partidarios de la derecha transicional –FJG y IL– señala, primero, que estos últimos

[...] dependen del partido político: [...] su financiamiento, su agenda, todo. Segundo, hoy día la FJG es más fuerte que el IL. El IL está en una suerte de crisis. Tiene, no sé, 3 personas [en el centro] y ha tenido problemas de financiamiento. En general, [ambos *think tanks*] tienen un drama, [dado que en los centros partidarios] siempre el financiamiento va más para la política que para el centro de pensamiento. [Sin embargo,] la FJG [tiene ciertas facilidades en comparación a IL cuando se trata de superar dramas financieros gracias a] la figura de Jaime Guzmán. [...] La figura de Jaime, el peso que todavía tiene Jaime Guzmán dentro de la centro-derecha, hace que por lo menos haya gente que esté dispuesta a trabajar por la FJG y no esté dispuesta a trabajar para el partido político (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

5.2.2 Los nuevos *think tanks* de derecha: la pretensión de llenar un “vacío” ideológico

Desde que la democracia fue inaugurada en 1990 en la derecha chilena han emergido variados *think tanks*. Sin embargo, en el marco de las coyunturas examinadas en la sección 3.2, sólo algunos de ellos se han destacado tanto por su influencia en la toma de decisiones, impacto en la opinión pública y aparición en los medios de comunicación. En tal sentido, los nuevos *think tanks* examinados en esta sección son los siguientes: la FPP, un *think tank* de orientación libertaria que figura en la posición 75 del *ranking* sudamericano del *Global Go To Think Tank Index Report* (2018), el cual está dirigido por Axel Kaiser y que además tuvo un rol preponderante cuando se trató de realizar oposición al segundo gobierno de Michelle Bachelet; el IES, un *think tank* de orientación socialcristiana, conservador – aunque abierto a ciertos aspectos del sistema económico de libre mercado –, dentro del cual destacan investigadores como Daniel Mansuy y Pablo Ortúzar; y HRZ, un *think tank* liberal en un sentido amplio que si bien no ha tenido un gran impacto en los debates acerca de la derecha y la sociedad chilena, es pertinente agregarlo a esta lista en tanto que es el único centro de pensamiento que se relaciona con el nuevo partido político de derecha, Evópoli.

Fundación Para el Progreso

La FPP tiene su origen en el año 2012 gracias al patrocinio económico del empresario Nicolás Ibáñez, quien actualmente se desempeña como el presidente del directorio de esta institución. Su actual director ejecutivo es Axel Kaiser y según lo señalado por en el sitio web de la FPP (www.fppchile.org), este *think tank* nace con el objetivo de defender y promover –sobre todo en el plano de las ideas– los principios de la llamada “sociedad libre”. Es decir, se trata de una organización que defiende principios liberales tales como la libertad individual, la libertad económica y el respeto a las preferencias individuales; mientras que, también, en la FPP son partidarios de un libre mercado garantizado por un Estado limitado y el rol responsable de los gobernantes. De modo que se trata de una institución que defiende la propiedad privada y la cooperación libre entre individuos en el marco de un Estado de derecho que proteja la libertad de estos últimos. En tal sentido, en tanto que este *think tank* se evoca a defender los principios de la llamada “sociedad libre” –siguiendo las recetas del liberalismo clásico y libertarianismo–, la concepción de libertad defendida por este centro de pensamiento es principalmente la libertad negativa, por lo que los pensadores que inspiran a este *think tank* son figuras como Hayek, Friedman, Smith y Tocqueville, entre otros.⁴

Teniendo en cuenta que la FPP es un *think tank* relativamente nuevo que surgió justo en los años en los cuales tuvieron lugar coyunturas vistas en las secciones 3.1 y 3.2, ¿cuál es el rol cualitativo que este *think tank* ha tenido en democracia desde su aparición en la arena pública? ¿Es distinto su rol en la sociedad si se le compara al de LYD, el CEP, la FJG e el IL? Para comenzar, Axel Kaiser sostiene con respecto a la FPP que

⁴ Para más información acerca de los tipos de libertades véase *Two Concepts of Liberty* (1969) de Isaiah Berlin.

[...] nosotros hemos sido por lejos los más influyentes [entre los *think tanks* de derecha.] [...] No queda absolutamente ninguna duda de que nosotros lideramos la resistencia ideológica-intelectual contra el programa de la NM. En particular, los trabajos que hice yo, que hizo Roberto Ampuero, Mauricio Rojas [y todo lo] que hizo el equipo que de la fundación. Nosotros recorrimos Chile entero presentando libros. ¿Cuándo en la historia de Chile había habido tres libros liberales al hilo *best sellers* entre los 10 más vendidos por varios meses en el país? [...] Eso no lo logró ni el IES, ni mucho menos HRZ. Nosotros hemos tenido un rol de difusión con un impacto que ha sido muy superior al de cualquier otro *think tank*, incluyendo al CEP y a LYD (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, Kaiser es categórico con respecto al rol que la FPP ha tenido entre los *think tanks* de derecha existentes. Según este activista de las ideas libertarias, en lo que respecta al plano ideológico, la FPP ha sido el *think tank* más influyente del sector derechista, sobre todo cuando se trató del momento en el cual la derecha tuvo que enfrentarse a la NM. En tal sentido, Kaiser es claro con respecto a que el rol de este *think tank* es influir en el plano de las ideas, por lo que la función más clara de la FPP es, tal como señala Cristóbal Bellolio,

[...] promover las ideas del liberalismo clásico y que estas sean el eje de la derecha en Chile. [...] [En tal sentido, las actividades de la FPP incluyen] mucha formación. [Por lo que] cuando digo promover, esto es tanto en el debate público –a través de la participación en ese debate en los medios de comunicación, publicaciones, etc.– [como por medio de] una intensísima actividad de formación. [De hecho,] yo he participado en muchas [actividades de la FPP]. Desde que llegué [a Chile] en octubre del año pasado [–tras terminar mi doctorado en Inglaterra–] me han invitado ya como a cinco actividades de la FPP a mí a exponer (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Además, en el mismo sentido de Bellolio, Luis Larraín señala que la FPP es un centro de pensamiento eminentemente “[...] libertario. [...] Mucho Hayek. Y su rol es la discusión en el campo de las ideas, es combatir las ideas socialistas, las ideas de igualdad y yo creo que lo hacen muy bien” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018); mientras que Jorge Jaraquemada señala en este respecto que “[...] la FPP llegó para remecer el debate de las ideas. Ellos son parte de esta generación que considera que la derecha de alguna forma se avergüenza de lo que ha hecho. [...] [Entonces,] yo creo que este es el rol que ellos han elegido, [a saber:] ser un *think tank* que pretende influenciar el debate de ideas” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). Por su parte, según Valentina Verbal, la FPP se ha transformado desde su nacimiento en un centro que “[...] ha defendido el liberalismo económico por razones no económicas, [sino que más bien por] razones conceptuales. Y [la labor de la FPP] ha llegado a muchos jóvenes. Yo creo que todos los jóvenes liberales se han ido a formar ahí mayoritariamente. Incluso muchos de Evópoli” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018). Por ende, lo que se puede destacar hasta ahora acerca de la FPP es que se trata de un *think tank* que efectivamente ha llegado para llenar uno de los “vacíos” dejados por los *think tanks* de derecha transicionales, a saber: la defensa humanista de las ideas. En tal sentido, el rol de la FPP ha sido promover –ya sea mediante el adoctrinamiento juvenil o la disseminación de ideas en la esfera pública– ciertos principios restringidos al liberalismo clásico y el libertarianismo. Esto es, principios que permitirían justificar moralmente el modelo socioeconómico promovido por la derecha transicional.

El hecho de que la FPP venga a llenar un “vacío” en la derecha transicional y sus *think tanks*, no quiere decir que no existan críticas dentro de la misma derecha al rol que este centro de pensamiento libertario ha detentado. Por ejemplo, Mansuy sostiene que la FPP representa a “[...] una derecha de trinchera de ortodoxia hayekiana vinculada a la persona de Axel básicamente” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018), por lo que se trata de una derecha defensiva y libertaria que “[...] en el fondo [sostiene lo siguiente:] ‘acá están las ideas de Hayek, acá está el sistema, acá están las respuestas, hay que empaquetarlas más lindo, pero ahí están’. [En tal sentido, yo no estoy seguro] de que las respuestas [a

las problemáticas de Chile] estén dadas” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018); mientras que Hugo Herrera sostiene que ve a la FPP como un centro de pensamiento que sólo se dirige “[...] a grupos de nicho o a ciertos parlamentarios que pudieran ligarse a la ideología del centro de estudio. Pero los veo muy radicalizados como para tener amplitud” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Según Herrera, se trata de un *think tank* que posee “[...] un discurso muy acotado y con pocas herramientas comprensivas” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). Por ende, estas críticas apuntan al hecho de que si bien la labor que realiza la FPP busca llenar un “vacío” ideológico en la derecha, también se trata de una labor que se restringe a una ideología determinada. Esto es, una ideología libertaria o liberar clásica que intenta llenar un “vacío” dejando de lado una concepción ideológica más amplia y reflexiva. En tal sentido, lo que la FPP realiza, según Mansuy, sería insuficiente dado que las problemáticas del Chile actual

[...] exigen un trabajo de comprensión previo más que un discurso de Guerra Fría. O sea, como que Axel tiene las respuestas [...] antes de saber cómo deben ser formuladas las preguntas. Entonces, yo creo que primero hay que hacerse cargo de una sociedad que cambió en un proceso de modernización acelerado. Y, por lo tanto, hay que hacer un esfuerzo de cómo formulamos las preguntas y después veremos las respuestas. El trabajo de Axel es reactivo y en ese sentido me parece que no responde a los problemas que Chile vive hoy día (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por lo tanto, Mansuy –quien es parte del IES, un *think tank* que ciertamente tiene un rol distinto a la FPP– señala que la labor de Kaiser es insuficiente cuando se trata de proveer una aproximación crítica y comprensiva que contribuya a mejorar tanto a la derecha como a la sociedad chilena. Para Mansuy, gran parte de los principios defendidos por Kaiser están aún presos de las lógicas de la Guerra Fría. Esto es, a pesar de que Chile se encuentre actualmente en otro periodo de la historia, a saber: un periodo que exigiría respuestas distintas a las que el liberalismo clásico y libertarianismo ortodoxo podrían ofrecer. De este modo, si es que el objetivo de la FPP fuese posicionarse como un centro de pensamiento reflexivo, este centro debería realizar las preguntas pertinentes antes de tener las respuestas que den solución a las problemáticas del Chile contemporáneo. Sin embargo, está claro que el objetivo de la FPP más que reflexionar es combatir la hegemonía ideológico-cultural de la izquierda y así proteger el modelo socioeconómico defendido por la derecha transicional. Por ende, teniendo en cuenta de que la FPP es un *think tank* que pretende influir ideológicamente y no desarrollar un pensamiento reflexivo, García-Huidobro, quien no es especialmente un simpatizante de este centro de pensamiento, señala que la FPP es un *think tank* que ha buscado crear

[...] un discurso de justificación del modelo que sea comprensible y grato para los empresarios. Y eso era importante para que los empresarios no se desconcertaran. Los empresarios vieron en la FPP una especie de faro que les decía lo que usted está haciendo esta bien. Y en ese sentido ha tenido una importancia política enorme [...] [La FPP creó un] [...] discurso comprensible para los empresarios [...] y eso es muy meritorio (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

De este modo, la FPP puede ser vista como el complemento perfecto de LYD. Esto es, dado que ambos *think tanks* defienden el modelo socioeconómico instalado durante el régimen militar y defendido por la derecha transicional, sólo que LYD se dedica a las políticas públicas y la legislación, mientras que la FPP al combate ideológico.

Instituto de Estudios de la Sociedad

El IES es un centro de estudio de orientación conservadora y socialcristiana que fue fundado en el año 2006 y que tiene por objetivo, según señala su página web (www.ieschile.cl), dedicarse a “[...] la investigación y publicación en torno a temas públicos. Con un fuerte énfasis en las humanidades y

ciencias sociales”. Además, el IES busca “[...] servir a la sociedad desde el plano de las ideas, sobre la base de la subsidiariedad, la solidaridad, el Estado de derecho, y otros principios e instituciones coherentes con la dignidad de la persona humana”; mientras que este centro de pensamiento también busca “[...] ser un puente entre el mundo académico y político con vistas a generar un debate público riguroso, consciente de su dimensión cultural, y acorde a los desafíos del Chile de hoy y a los códigos que exige el mundo contemporáneo”. Asimismo, buscando hacerse cargo del exacerbado economicismo que ha tenido lugar en la derecha desde que se inauguró la democracia en 1990, el tipo de investigación que realiza el IES es “[...] humanista desde disciplinas como la filosofía, el derecho, la literatura y la antropología”, lo cual le permite a este *think tank* abordar los problemas del Chile contemporáneo desde “[...] una perspectiva principalmente cualitativa y abierta al debate político y moral”. De modo que “[...] más allá del enfoque técnico de las políticas públicas”, el IES “[...] intenta promover una discusión más profunda, abierta a comprender los valores que están involucrados en nuestras decisiones”. Por ende, el IES se perfila a sí mismo como un *think tank* de orientación académica que busca desde las disciplinas humanísticas generar debates públicos y ser un puente entre lo académico y lo político. En tal sentido, el IES se perfila como una institución que busca incrementar el pensamiento crítico y humanístico en el sector, más que influir directamente desde una ideología determinada. Esto es, como si sucede en el caso de la FPP. Sin embargo, esto no quiere decir que no haya una orientación general de los investigadores de este *think tank*. De hecho, es sabido que este centro defiende posiciones conservadoras y socialcristianas.

Teniendo en cuenta que el IES es un *think tank* que ciertamente se evoca a ensalzar investigaciones humanísticas, ¿cuál es el rol cualitativo que este *think tank* ha tenido en democracia desde su aparición en la arena pública? ¿Es distinto su rol en la sociedad si se le compara al de LYD, el CEP, la FJG e el IL? Para comenzar, Joaquín García-Huidobro señala en este respecto que el IES es

[...] un caso prodigioso. Porque es una cosa pequeña, con pocos medios económicos, que ha logrado ser respetado e incluso querido por gente diversa. Un Carlos Peña, por ejemplo, le tiene aprecio. [El IES] es una instancia de reflexión. Una vez al mes hay una conversación con el autor de un libro sobre su trabajo, hay seminarios, hay un constante ir y venir de gente. Entre ellos mismos, siendo distintos, hay un dialogo continuo” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Asimismo, según García-Huidobro, además de ser una instancia de reflexión, la finalidad del IES es “[...] crear un clima intelectual que mejora la calidad de la deliberación pública chilena. [Además, dicho clima posee] una actitud amistosa. Hay gente un poco más agresiva como puede ser Pablo Ortúzar, pero en general [el IES posee] una actitud amistosa y abierta a aprender y conocer de quien piensa distinto” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018); mientras que, Daniel Mansuy, formando parte de este centro, señala que lo que “[...] el IES ha intentado hacer [...] es meter [en la discusión pública] variables que no estaban presentes y volver a un espíritu más humanista de la discusión. [Es decir,] generar una masa crítica de ideas y de conceptos pensadas en el largo plazo. Y es por eso que la parte editorial del IES es importante” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Por su parte, Cristóbal Bellolio, señala con respecto al IES que este último tiene por

[...] misión complejizar el pensamiento de la derecha. [De hecho, el IES a veces] hace cosas y uno dice: ‘esto no tiene nada que ver con la contingencia’. Por ejemplo, saca una reedición de los textos de Platón. [Por lo que] es difícil decir que el IES es un *fight thank* cuando reedita obras de Platón. [...] [Por otro lado,] yo creo que representa a una derecha conservadora. [De modo que] si Kaiser y la FPP son el ala liberal [de la derecha ideológica, el IES] es el ala conservadora (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

Por su lado, Hugo Herrera señala que el rol del IES es estar “[...] en un debate político de largo plazo y en formar cuadros de gente que está más ligada a la academia y a la política. [...] El IES en un

principio partió como otra cosa. Partió formando secundarios y después giró a una cuestión más intelectual de largo plazo” (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018). De modo que en términos generales el IES se ha posicionado como un *think tank* que ha buscado crear un espacio intelectual y de encuentro político donde las ideas puedan ser reflexionadas seriamente y con vistas en el largo plazo. Por ende, la labor de influencia que desarrollan en este *think tank* estaría enfocada sobre todo en las grandes discusiones políticas más no en la política del corto plazo.

El hecho de que el rol detentado por el IES parezca razonable en el contexto de una derecha que no se ha enfocado en desarrollar un relato y que crece de reflexión humanística, no quiere decir que este *think tank* no haya sido criticado sobre todo por cierto sector de la derecha liberal. Por ejemplo, Axel Kaiser sostiene con respecto al papel del IES que este último

[...] ha cumplido un rol valioso en el sentido de la publicación de algunos de sus libros [...] [Sin embargo, dichos libros] han sido poco leídos o no han tenido impacto público o al nivel de los jóvenes. [En tal sentido,] el proyecto de influir a la derecha con una visión [...] conservadora [...] no ha sido exitoso por lo menos hasta ahora. Les ha fallado. [Esto es, a pesar de que] tienen un par de intelectuales públicos que han tenido cierta notoriedad. [En tal sentido,] el gran error del IES ha sido [...] la lucha fratricida dentro de la derecha por problemas de ego. Es decir, cuando tú ves a Mansuy atacándonos a nosotros [–la FPP–] de manera totalmente selectiva, pues recibió respuestas de todos los lados. Hasta Leónidas Montes y Alfredo Jocelyn-Holt. Todos ellos demostraron que lo que él estaba haciendo era una crítica sesgada y por temas absurdos. Por ejemplo, a mí me parece que criticar a un *think tank* porque no publica en editoriales de prestigio es ridículo. De hecho, es no entender el trabajo que hace un *think tank*, especialmente uno como éste. [...] [Además, en la FPP] igual hemos publicado cosas en el CEP. No tantas, pero hemos publicado cosas. [...] Esa es una crítica que uno no entiende. [...] Lo mismo que cuando Herrera criticó a LYD, [diciendo] que prácticamente era un instituto al servicio a los intereses económicos y nada más. Eso no es justo. Y lo mismo ha ocurrido con Ortúzar, que ha sido extraordinariamente agresivo y falaz en muchas de sus críticas, lo cual ha generado un mal estar dentro del sector. [...] Estos individuos se pelean con todos (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Por su parte, Luis Larraín, quien también fue criticado por investigadores asociados al IES, señala que el

[...] IES es un centro conservador. De hecho, está ligado al *Opus Dei*. [Esto es,] pese a que en su trabajo público, en la discusión pública, no se identifican como tal. Pero es [un centro] *Opus Dei*. O sea, si uno mira su pensamiento, si uno mira quienes están en la directiva, es el *Opus Dei*. Lo que pasa es que el *Opus Dei*, claro, como que no es el más sexy para estar en la discusión de política. Entonces, ellos lo disfrazan un poco. [...] Ellos muestran que tienen una raíz aristotélica y defienden eso, con las limitaciones que tiene defender la *polis* en el día de hoy. O sea, ¿qué es la *polis* hoy día? [...] La tienen difícil, pero tienen gente talentosa y tienen bastante financiamiento. Si tú ves entre las universidades privadas, la que tiene más financiamiento es la universidad del *Opus Dei*, la Universidad de los Andes. Daniel Mansuy es el decano de filosofía de la Universidad de los Andes. [...] Pero en el fondo ellos son un centro conservador e intervienen bastante en la discusión pública. Tienen columnistas, escriben muchas cartas al diario y también publican libros y hacen foros, lanzamientos de libros y discusión de libros con gente de otro pensamiento. Se han asentado bien en la discusión pública. Son influyentes [...] y pluralistas en el sentido de que acogen en sus actividades a gente de otro pensamiento. Ahora bien, que penetren en sus ideas cosas distintas a las de ellos, nada (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Por último, Valentina Verbal señala que el IES ha hecho un trabajo

[...] potente en cuanto a la publicación de libros. O sea, el trabajo editorial [del IES] es bueno y eso es destacable. Y los investigadores del IES que son intelectuales públicos han tenido un rol influyente como columnistas. Sobre todo Mansuy, Herrera y Ortúzar. Herrera no es miembro propiamente tal, pero está vinculado a ellos. [...] [En términos ideológicos,] ellos tienen una visión que se destaca en dos aspectos. Uno, que son críticos del mercado en términos morales, pero tienen el problema de que no ofrecen una alternativa al mercado. [De hecho,] se quedan en la mera crítica, [la cual es] un poco *soft*. Y lo segundo

es que son conservadores en lo valórico. [En tal sentido, pienso que los del IES] son un poco frívolos para abordar las cuestiones de género (Verbal, entrevista, 2014).

Horizontal

HRZ ha sido considerado en este estudio únicamente dado que es un *think tank* que opera como el brazo intelectual del nuevo partido político de derecha, Evópoli. En tal sentido, según lo señalado en la página web de HRZ (www.horizontalchile.cl), este *think tank* surgió el año 2011 como un centro de estudios liberal secular que posee una mirada transversal que “[...] convoca a académicos, políticos y organizaciones sociales para generar políticas públicas que contribuyan a transformar a Chile en una sociedad de oportunidades”. Asimismo, según lo señalado en la página web, este *think tank* posee tres elementos articuladores, a saber: “pensamos que el desarrollo no es sólo económico”, lo cual se constituye como un pronunciamiento a favor de un liberalismo integral y en contra de un liberalismo económico que es conservador en lo moral y autoritario en lo político –liberalismo encarnado sobre todo por la corriente “chicago-gremialista” y en general por la derecha transicional–; “estimamos necesario repensar el rol del Estado y su relación con los ciudadanos”, lo cual más que promover la ampliación de las atribuciones del Estado, promueve la idea de mejorar su funcionamiento y la transparencia de su accionar; y “queremos fortalecer a la sociedad civil”, lo cual se constituye como una invitación a fortalecer el rol de los individuos en la sociedad para que estos no dependan de un poder central, invitación que es ciertamente liberal. En términos generales, HRZ se ha constituido como un centro de estudios liberal que no ha estado demasiado presente en el debate acerca de la derecha puesto que es pequeño y ha estado subsumido bajo la agenda de su partido político. No obstante, ha tenido investigadores aislados que sí se han dedicado al tema de la derecha, sus principios y la “carencia de relato”, por ejemplo: Valentina Verbal.

Teniendo en cuenta que HRZ es un *think tank* que se articula como el brazo derecho del nuevo partido político de derecha, Evópoli: ¿cuál es el rol que este *think tank* ha tenido en democracia desde su aparición en la arena pública? Para comenzar, Valentina Verbal señala que HRZ es un *think tank* que originalmente

[...] era autónomo pero que ahora, desde hace tres años, si bien jurídicamente es distinto, pasó a ser un centro de estudio al servicio de Evópoli. [Se trata de un centro que] tiene muchos problemas de financiamiento, que es chico. Trabaja mucho con comisiones *ad honorem* de gente profesional. Aunque es gente buena, esto igual es complicado porque son personas a las que no puedes estar pidiéndole plazos o metas. [...] Entonces, ese es problema que tiene. Es un tema práctico (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Por su parte, Kaiser señala que HRZ

[...] ha tenido poca influencia. Tiene algunos personajes buenos incorporados. [Pero] obviamente es una plataforma al servicio del proyecto político de Evópoli. No están dedicados a lo que estamos nosotros [–la FPP–, por ejemplo]. [De hecho,] nosotros le hemos formado prácticamente toda la juventud a Evópoli. O sea, los jóvenes de Evópoli vienen para la FPP y Felipe Kast debe estar feliz con esta cuestión. Porque al final ellos no creo que tengan la capacidad para hacer lo que nosotros estamos haciendo. [Por otro lado,] HRZ cumple más el rol de asesoría a las figuras que tienen en el partido (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En este respecto, Luis Larraín señala que HRZ es más débil que los otros *think tank* de derecha, en el sentido de que

[...] la mayor energía de la acción de este grupo de gente ha estado más en la política que en lo académico o en los centros de estudios. [...] [En tal sentido,] Evópoli tenía un sólo parlamentario que era Felipe Kast. Pero en la última elección parlamentaria Evópoli hizo un trabajo interesante y ahora tiene una bancada importante: dos senadores, muchos parlamentarios y diputados. Y yo diría que toda la fuerza [de ese sector de la derecha] [...] se canalizó más hacia el partido que hacia el instituto. Entonces, HRZ en el

último año prácticamente no ha existido porque su gente ha estado dedicada a la política. [Por ejemplo, Hernán Larraín] era el jefe de campaña de Felipe Kast. Entonces, [si bien] ellos son un centro interesante, [...] no tiene mucha identidad como centro de estudio. Es un grupo que es funcional a Evópoli (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Asimismo, Daniel Mansuy señala que HRZ hasta ahora sigue siendo subsumido por

[...] Evópoli. [De hecho,] es el brazo intelectual [de dicho partido], aunque ha tenido menos pretensión intelectual [que otros *think tanks*]. Esto suena como crítica, pero también tiene un motivo súper simple: que estar sin plata para estas cosas es brutal. O sea, yo sé que HRZ ha querido hacer más pero se encuentra con problemas financieros. Porque además cuando te pasa que estás anexado a un partido político, pues te pasa algo simple: compites por el mismo financiamiento, por los mismos financistas y la política siempre es más urgente. Entonces, tienes pocas posibilidades de surgir (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por su parte, según Jorge Jaraquemada, HRZ “[...] es un centro de estudio chico que no tiene grandes pretensiones más que darle un sustrato de ideas al partido Evópoli. O sea, no creo que vaya a ser más que eso, aunque puede mutar” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018); mientras que Cristóbal Bellolio sostiene que HRZ

[...] no ha resultado todo lo exitoso que ellos quisieran. Yo creo que nunca he entendido bien si tienen que hacer producción de contenidos, asesoría de políticas públicas a sus parlamentarios, o formación de cuadros. [...] Lo interesante es que, como nadie sabe para quién trabaja, gran parte de la gente que hoy en día está en Evópoli [...] ha llegado a ese mundo vía la FPP. O sea, la FPP le está haciendo el trabajo formativo a Evópoli (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018).

5.2.3 Los nuevos *think tanks* de derecha en Chile: origen y nivel de influencia

Algunas de las interrogantes que deben ser respondidas para entender la razón principal de la aparición de estos nuevos *think tanks* de derecha son las siguientes: ¿cuál es el origen de los nuevos *think tanks* de derecha aquí examinados? ¿Vienen estos nuevos centros de pensamiento a llenar un “vacío” en el sector derechista? ¿Acaso los *think tanks* de derecha transicionales han “fallado” de algún modo a la hora realizar su labor? ¿Son realmente influyentes los intelectuales que actúan desde los nuevos *think tanks*? Estas interrogantes serán respondidas a continuación y sus respectivas respuestas tienen que ver con el mismo fenómeno examinado en las secciones 4.2 y 3.2, a saber: existe una debilidad intelectual en la derecha transicional dado que esta última, desde el retorno a la democracia, se habría enfocado de sobremanera en la legislación, en las políticas públicas y se habría olvidado del desarrollo de las ideas y principios doctrinarios.⁵

Para comenzar, intentando responder a la pregunta que concierne al origen de los nuevos centros de pensamiento, Valentina Verbal señala que los nuevos

[...] *think tanks* surgieron [...] por la necesidad de dar una respuesta a la derecha frente a lo que estaba pasando [alrededor del año 2011]. [Esto es,] frente a esta crisis de legitimidad o cambio de ciclo. [En efecto,] algunos intelectuales se fueron dando cuenta de que la derecha estaba dando respuestas insuficientes [a dicha crisis]. [El primer gobierno de] Piñera no pudo dar una respuesta profunda [a dichas

⁵ Tal como se señala en la sección 1.3 de este libro, los *think tanks* pueden ejercer una gran influencia en determinados sectores políticos. Esto último tiene lugar, según lo explorado en la sección 1.3, gracias a que estos centros de pensamiento no sólo encarnan el simbolismo de la *expertise*, sino que también forman parte de *policy networks* específicas y “coaliciones discursivas” particulares que les permiten a estos últimos tener un acceso rápido y eficiente a los círculos de poder y al proceso decisional. En tal sentido, los *think tanks* aquí examinados están compuestos mayoritariamente por intelectuales orgánicos de la derecha y explícitamente forman parte de determinadas “coaliciones discursivas” que le van de suyo a este sector político. Véase sección 1.3.2 para obtener más información acerca de los *think tanks* y su relación con las *policy networks* y las “coaliciones discursivas”.

problemáticas] con un sentido de justicia. [...] Y los [nuevos] *think tanks* empezaron a decir: nosotros podemos construir un relato ideológico, no un relato meramente comunicacional, para efectos de llenar ese ‘vacío’ que había tenido el primer gobierno de Piñera (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018).

Así, los nuevos *think tanks* de derecha surgieron en gran medida dado que los transicionales –los cuales se enmarcarían en el contexto de la “carencia de relato”– no habrían sido capaces de dar respuestas humanistas a las problemáticas que tuvieron lugar alrededor del año 2011. Esto es, dado que su papel en el nuevo periodo democrático lejos de asociarse a las humanidades y al pensamiento crítico, “[...] fue más bien un rol administrativo. [De hecho,] como [aquellos *think tanks*] sentían que todo se había ganado [cuando se volvió a la democracia] –lo que en cierto momento fue real– [...] [pues dijeron:] administremos lo que hay” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). De modo que lo que hicieron estos *think tanks* “[...] fue un trabajo técnico [...] y de asesoría legislativa [...] durante los años de la Concertación” (Verbal, entrevista, 6 mayo 2018). En tal sentido, refiriéndose al caso particular del CEP y LYD, Luis Larraín señala que al retornar a la democracia,

[...] LYD nació con una vocación clara: políticas públicas. Las principales personas que llegaron a LYD fueron economistas. [...] Y, en ese tiempo, estoy hablando de 1989, el CEP tenía una orientación mucho más libertaria que la que tiene ahora. El CEP hoy en día ya nadie podría decir que es libertario. Es un centro de estudios independiente, de muy buen nivel, pero que no defiende las ideas libertarias. [En tal sentido,] en esa época [–1989–], [...] ellos estaban mucho más en ideas y menos en políticas públicas, y nosotros mucho más en políticas públicas. [...] Eso cambió después y cambió mucho más con [la llegada de] Harald Beyer, porque él es muy de políticas públicas (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

De este modo, según el director de LYD, el centro de estudios de la derecha que él lidera desde sus orígenes tuvo como propósito defender desde el conocimiento técnico-experto algunas de las ideas defendidas por la derecha transicional. De modo que en lo medular Larraín estaría de acuerdo con la apreciación de Verbal y Kaiser. Sin embargo, Larraín también señala en este respecto que cuando se retornó a la democracia habría sido el CEP el *think tank* que poseía el papel de defender las ideas liberales en la derecha desde las humanidades. Por ende, el “vacío” ideológico que quedó en la derecha tuvo que ver –entre otras cosas– con que el CEP dejó de lado la labor de una defensa ideológica puesto que, con el pasar del tiempo, se orientó al desarrollo y análisis de políticas públicas. Así, a partir de esta declaración, se puede deducir que, al volver a la democracia, el plano de las ideas en la derecha no fue defendido o desarrollado no porque no hubiese un centro que debía estar dedicado a ello, sino porque dicho centro, el CEP, habría abandonado dicha tarea. En tal sentido, García-Huidobro señala que “[...] en las grandes discusiones [de la última década, por ejemplo,] la discusión sobre la gratuidad, el CEP respondió con cuestiones de eficiencia, pero no con cuestiones de justicia” (García-Huidobro, entrevista, 9 mayo 2018).

Por su parte, en la misma línea argumentativa, Jorge Jaraquemada, siendo director ejecutivo de la FJG, señala que en los *think tank* transicionales

[...] sin duda [nos hemos quedado al debe con el desarrollo humanista]. [De hecho,] yo creo que no solamente en los centros de estudio, [sino que también en] los partidos. Todo el sector derechista hace mucho tiempo que viene al debe [en este respecto]. [Yo estuve] cerca, [por ejemplo,] del nacimiento de la FPP, así que conozco cual fue la discusión detrás de su surgimiento. Y yo aplaudo que [la FPP haya surgido]. Y esto no significa que yo este de acuerdo con ellos. Pero me parece que su aparición es buena porque vienen a promover un debate, un remezón al nivel de las ideas, de los cuestionamientos políticos y morales que están en el sustrato del modelo (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, en el marco de esta problemática que atañe a la revitalización de las ideas en la derecha, se puede constatar que los nuevos *think tanks* han llegado a la arena política con el fin llenar un “vacío” ideológico o doctrinario en el mundo de los centros de pensamiento derechistas. Sin embargo, es

importante señalar que, con el objetivo de embarcarse en esta nueva discusión, algunos de los centros transicionales también se han volcado al asunto de las ideas. Por ejemplo, “[...] LYD el año pasado tratando de ponerse a tono [presentó] el libro de la Lucia Santa Cruz *La igualdad liberal* y a la semana siguiente [...] el libro de Valentina Verbal, *La derecha perdida*” (Bellolio, entrevista, 28 abril 2018). Esto es, libros que poseen una evidente orientación humanista. Por su parte, Jaraquemada señala que nosotros, refiriéndose a la FJG, “[...] sacamos hace un tiempo atrás un libro que se llama *Persona, sociedad y Estado en Jaime Guzmán*. [...] Y el 2016, a propósito de este debate al interior de la derecha, sacamos el libro *Subsidiaridad en Chile* con el IRP. [...] [En tal sentido,] estamos tratando de pagar una cuanta en la cual yo creo estábamos al debe” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018). Por ende, los *think tanks* transicionales no reniegan realmente acerca del hecho de que estos últimos no han realizado el trabajo doctrinario e ideológico necesario y en general valoran que haya nuevos *think tank* en la derecha que vengan a complementar la labor que los centros transicionales han realizado sobre todo en legislación, políticas públicas y formación. Es más, tanto LYD como la FJG han intentado encarrilarse en estas nuevas discusiones mediante la publicación de libros que ciertamente poseen una orientación humanista.

Ahora bien, es evidente que en el marco de este auge intelectual humanista analizado en el capítulo 3 han surgido nuevos *think tanks* que se han orientado hacia las ideas. Sin embargo, aún queda la interrogante de porqué dichos intelectuales prefirieron realizar su labor pública desde los centros de pensamiento y no, por ejemplo, enteramente desde la academia. En tal sentido, ¿son los intelectuales que trabajan en los *think tanks* más influyentes que los que operan, por ejemplo, desde las universidades? Para comenzar con las respuestas a esta interrogante, Axel Kaiser señala que

[...] yo creo que sí, [los intelectuales que trabajan en los *think tanks* influyen más. Esto es,] porque [...] los que se dedican a escribir *papers* en revistas indexadas influyen nada. Tienen prácticamente cero influencia. Y es lo que a veces nos critican a nosotros: que hacemos trabajo de difusión. Mi gran referente intelectual es Milton Friedman, quien era un académico por un lado, pero por otro lado fue el intelectual público más efectivo del movimiento liberal en el siglo XX. Nosotros estamos desarrollando un proyecto transformador en el sentido de proveer una nueva sensación de justicia a la ciudadanía, una sensación de justicia alineada con el liberalismo clásico. Queremos hacerlo de manera rigurosa, no con *fake news*. Obviamente con textos académicos serios. [Por ejemplo: textos de] Hayek. Nadie puede decir que Hayek era un tipo poco serio. Nadie puede decir que Friedman era un tipo poco serio. No te pueden gustar, pero, [por ejemplo,] Edmund Burke, Lord Acton, Adam Smith, fueron gente seria. [...] Lo que queremos es bajar esas ideas al público en un lenguaje simple sin desvirtuarlas, pero en un lenguaje sencillo que tenga mucho impacto. Y yo lo que veo es que estamos teniendo mucho impacto también a nivel político. Porque cuando las juventudes de los partidos en vez de formarse [...] en sus propios *think tanks* se vienen a un *think tank* como este, [...] entonces ves un impacto público grande (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, según lo señalado por Kaiser, los intelectuales que son parte de un *think tank* tendrían una mayor influencia dado que estos centros les permiten a estos últimos tener un impacto más directo en la ciudadanía. Esto es, dado que en estos centros, si bien se hace uso de textos académicos especializados, dicho material se simplifica para que la información pueda ser digerida tanto por la opinión pública como en los *policymakers*, individuos que no pueden pasar años pensando acerca de un tópico determinado a la hora de implementar y diseñar políticas públicas. En tal sentido, dicha simplificación tiene que ver con que los *think tanks* tienen como tarea fundamental influir, de modo que estos últimos son un lugar idóneo para una intelectualidad pública que busca influir en los debates públicos en el mediano y corto plazo. Además, no sólo sucede que los trabajos de un intelectual que sólo trabaja en la academia son leídos únicamente por un grupo de especialistas –ya sea por la dificultad del trabajo o por la especialización temática–, lo cual influye en que su material no pueda

ser extendido a la sociedad fácilmente, sino que también sucede que en general el trabajo académico no está diseñado para influir en el corto plazo y en la agenda política contingente. Por el contrario, los trabajos académicos exigen tiempo, reflexión y rigurosidad, por lo que raramente estos últimos son concluyentes respecto a materias determinadas. De hecho, suelen ser provisionales y tienen como fin contribuir a la ampliación del conocimiento, lo cual no es algo que sirva en la política diaria ni cuando se trata de influir en *policymakers* que deben actuar en plazos temporales reducidos. Por lo tanto, según Kaiser, la manera en la que los *think tanks* se articulan, ya sean centros de gestión, de apoyo, partidarios o académicos, tiene sobre todo por objetivo la influencia. Es por esta razón que los intelectuales que trabajan en estos centros tienen una mayor capacidad de influir.

Por su parte, en lo que respecta a esta materia, Luis Larraín señala que los intelectuales que tienen como cede a un *think tanks* claramente poseen una mayor influencia en comparación, por ejemplo, a los intelectuales universitarios. De hecho, Larraín señala lo siguiente pensando en su propio *think tank*: “yo pienso que sí [tenemos más influencia], porque si en definitiva la política se hace a través de políticas públicas, obviamente si tú [–en tanto intelectual–] estás involucrado en la elaboración de esas políticas públicas [y por lo tanto] tienes influencia” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). De modo que lo que aquí Larraín señala es que los intelectuales que están asociados a un *think tank*, dada la función que tienen estos centros, de algún u otro modo tienen más influencia dado que pertenecen a una institución que es parte de las *policy networks* y los círculos de influencia donde operan los *policymakers*. En tal sentido, estar en un *think tank* le provee al intelectual una mayor posibilidad de acceso a la extensa red donde la toma de decisión tiene lugar, ya sea en lo que se relaciona con los debates técnicos acerca de una política económica determinada o en relación al debate acerca de una legislación que promueve, por ejemplo, el aborto terapéutico. En tal sentido, Jorge Jaraquemada, refiriéndose al caso de la FJG, en la misma línea de Larraín, señala que efectivamente quienes trabajamos en un *think tank* tenemos una

[...] mayor capacidad de influencia. [De hecho, nosotros] [...] somos un *think tank* que tiene un área legislativa muy importante. Y esa área legislativa está en el congreso y trabaja con los parlamentarios de la UDI. Y, por lo tanto, ahí nosotros tenemos un espacio de influencia muy relevante. Ahora bien, los otros [*think tanks*], los que hacen el trabajo más clásico, digamos, generar ideas, *papers* y que están en el debate de los medios de comunicación, yo creo que tienen una capacidad de influencia tal vez más profunda, pero es más difícil para ellos. [Por ejemplo,] yo puedo influir específicamente en el proyecto de ley. [Esto es, que] salga de una forma u otra. [...] [Sin embargo,] un Mansuy o un Harald Beyer, a través de sus columnas y de una línea de investigación que abran, [...] a lo mejor finalmente, [en un plazo ciertamente más largo,] van a lograr mover un poco el péndulo en un sentido o en otro [en la discusión pública] (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

En tal sentido, lo importante de lo comentado por Jaraquemada es que da cuenta de que en términos de influencia existen diferencias entre los *think tanks*. Todos los *think tanks* y sus intelectuales pueden influir. Sin embargo, algunos de ellos pueden influir de un modo más rápido en una determinada ley o en las prácticas de un partido político particular. Estos *think tanks* normalmente son centros de apoyo o partidarios. En dichos casos, se trata de una influencia concreta, efectiva, pero acotada. Mientras que, por otro lado, hay *think tanks* que pueden tener una gran influencia en la agenda general de un gobierno, en la opinión pública, entre otras áreas, pero que claramente tienen una mayor dificultad también para que dicha influencia se materialice en el corto plazo. Dentro de aquellos *think tanks*, podrían ser circunscritos tanto centros de apoyo como académicos. Como sea, independiente del tipo de influencia que los *think tanks* puedan tener, lo cierto es que los intelectuales que operan en el marco de estos centros son respaldados por una fuerte plataforma que les permite tener acceso a determinadas

redes políticas, de toma de decisiones y a determinados medios de difusión masiva. Lo que a la larga posiciona de mejor manera a los intelectuales de estos centros de pensamiento a la hora de influir si se les compara con aquellos que trabajan únicamente en la academia publicando libros y artículos en revistas especializadas.⁶

Por último, una opinión distinta respecto al tema de la influencia de la intelectualidad que trabaja en los *think tanks* es la de Hugo Herrera. Esto es, uno de los intelectuales de derecha que actualmente trabaja al margen de los nuevos *think tanks* y desde la UDP. Con respecto a la influencia de los intelectuales que trabajan en los *think tanks*, Herrera señala que estos

[...] sí [tienen una mayor influencia] porque operan en mandadas y eso siempre te favorece [a la hora de influir]. [De hecho, en un *think tank*] se puede apoyar [al colega], reseñarse, *retwittearse*, en todo ese tipo de actividades en las que las operaciones de grupo son interesantes. Y en ese sentido [quienes participan en un *think tank*] se potencian el trabajo. Pueden publicarse [a sí mismos] en esos *think tanks*, [por ejemplo]. La FPP le publica a Kaiser. [...] Entonces, en ese sentido tienen una infraestructura que les permite ser eficaces. [Además, dentro de] las tareas propias de los *think tanks* está influir en políticas públicas. O sea, en debates más contingentes. [...] [Sin embargo,] el aporte que pueden hacer [estos individuos] a la comprensión del fenómeno político es acotado (Herrera, entrevista, 17 mayo 2018).

Así, la crítica de Herrera a los intelectuales que trabajan en los *think tanks* no tiene que ver con que no sean influyentes. De hecho, dichos intelectuales pueden promocionarse entre sí, de modo que sus niveles de influencia pueden llegar a ser mucho más altos que los de un intelectual que promueve su investigación de una manera independiente. Sin embargo, la crítica de Herrera tiene más que ver con que la dinámica en la que operan los *think tanks*, la cual se basa en la influencia, no permite que los intelectuales de estas instituciones puedan examinar los fenómenos de investigación de una manera acabada. Esto es, dado que estos últimos trabajan para influir en el corto plazo más no en el largo plazo.⁷

5.3 Las características específicas de los *think tanks* derechistas: algunos casos relevantes

Las características específicas de los *think tanks* –fuentes de financiamiento, productos, objetivos, etc.– son importantes no sólo para clasificar a los centros de pensamiento dentro de una definición acabada –centro académico, partidario, de apoyo o de gestión–, sino que también para examinar con precisión el rol que los *think tanks* cumplen en la sociedad. En tal sentido, aquí se identifican las características específicas de los *think tanks* LYD, FJG, FPP e IES. Los centros de pensamiento CEP y HRZ no han sido incluidos dado que el primero se ha constituido como un centro académico pluralista que ha dejado de defender el ideario liberal clásico y se ha alejado de la derecha transicional (véase sección 5.2.1); mientras que el segundo es un *think tank* partidario de Evópoli que poca relevancia ha tenido en la discusión acerca de la derecha (véase sección 5.2.2). Así, con el fin de clasificar a los centros de estudio previamente mencionados, los elementos que aquí examinados son las fuentes de

⁶ Si bien los *think tanks* posicionan de mejor manera a los intelectuales para poder influir en la opinión pública y en las narrativas del sector político, social o ideológico con el que se encuentran relacionados, es importante señalar que los nuevos intelectuales que trabajan desde *think tanks* en la derecha, según lo explorado en la sección 4.2.2, no han logrado influir de sobremanera en la derecha política entre los años 2010 y 2018.

⁷ Tal como se señala en la sección 1.2 de este estudio, los *think tank* se sitúan como una plataforma que por antonomasia permite ejercer influencia. No obstante, sobre todo en el marco de lo explorado en la sección 1.2.1, se debe señalar que el tipo de influencia que ejercen depende de las distintas funciones que estos centros poseen.

financiamiento de los *think tanks*, la configuración de sus agendas, los productos que estos ofrecen y el énfasis, tipo e interés de sus investigaciones.

Libertad y Desarrollo

El instituto LYD es un *think tank* que ya ha sido categorizado por la literatura como un centro de apoyo (Pinilla 2012). Sin embargo, en tanto que el panorama de los *think tanks* de derecha en Chile se ha modificado durante la última década, es necesario reevaluar el rol esta organización en tanto se constituye como uno de los *think tanks* más connotados de la derecha transicional. Para ello, el actual director ejecutivo de LYD, Luis Larraín, se refiere a los distintos elementos que componen el accionar de su centro de investigación, a saber: tipos de financiamiento, agenda, énfasis, interés, entre otros elementos.

Con respecto las fuentes de financiamiento de este *think tank*, Luis Larraín señala que

[...] nosotros tenemos muchos [financistas]. Tenemos la ventaja de ser el [*think tank*] más viejo. Estamos desde el año 90. Nosotros hemos creado una base de suscriptores a nuestras publicaciones y seminarios, [una base] de muchísimas personas naturales y jurídicas. Entonces, tenemos empresas [también]. Así, a *grosso modo*, debemos tener unos 700 suscriptores de los cuales 100 son personas jurídicas y el resto son personas naturales. Obviamente se da la típica regla de 80-20 en el financiamiento. [En tal sentido, las] personas jurídicas son las que hacen aportes más grandes y también tenemos una regla de diversificación. Por ejemplo, tenemos reglas respecto al porcentaje máximo de ingresos que puede provenir del mismo grupo empresarial (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

De este modo, Larraín señala que en su *think tank* las fuentes de financiamiento son suficientemente diversificadas. Por lo tanto, estas últimas no serían capaces de controlar la agenda de este *think tank*. Sin embargo, ¿realmente influye esta diversificación en la independencia de este *think tank* sabiendo que este último defiende el modelo socioeconómico neoliberal y posee una relación cercana con la UDI? Pues ante tal interrogante, Larraín responde que

[...] nosotros creemos que sí. Porque no dependemos de ningún financiamiento especial. [...] Ahora bien, nosotros creemos que [la diversidad financiera] nos da una mayor independencia en el sentido de que podemos darnos el lujo de pelearnos con los suscriptores. De hecho, lo hemos hecho. O sea, de repente [...] un suscriptor consideró que nosotros no habíamos hecho una adecuada defensa de sus intereses en un caso de libre competencia y se fue. Está bien. [Un suscriptor] puede hacer eso y para nosotros no es la vida o la muerte. Entonces, para estos casos tenemos la política de [diversidad de] financiamiento. [Por otro lado], para la gente que nos acusa de que nosotros representamos los intereses empresariales, [pues] la pregunta [ante ello] es: ¿qué es lo que es primero el huevo o la gallina? O sea, nosotros tenemos esas ideas [liberales también]. Yo voy a defender la empresa privada no porque a mí me financie una empresa, sino porque yo estoy acá, yo fundé este centro de estudios, y me dedico a él porque creo en eso [—la propiedad privada, libre mercado, etc.—] (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, según Larraín, la diversidad financiera de su centro de investigación sí le ofrece a la gente de LYD cierta independencia a la hora de crear su agenda de investigación. Esto es, dado que les permite estar en desacuerdo con ciertos financistas dado que no dependen de un único benefactor. En tal sentido, LYD cuenta con una alta seguridad presupuestaria que combina donaciones particulares con un sistema de suscripción a productos dentro de los que se incluye la *Revista LYD* y otros informes que se publican regularmente (Flisfisch *et al.* 2013). Del mismo modo, tal como si fuese un centro de gestión —aunque la literatura sostenga que es un centro de apoyo (Pinilla 2012)—, LYD también recibe fondos para proyectos específicos. Esto es, sobre todo desde instituciones extranjeras (Flisfisch *et al.* 2013). Sin embargo, la seguridad y diversificación financiera no quiere decir que la agenda de este centro de pensamiento no esté relacionada con la defensa del neoliberalismo y todos los principios que

derivan de esta forma de capitalismo e ideología política. Por lo que no se puede olvidar que LYD fue fundado para perpetuar en democracia el modelo socioeconómico neoliberal.

Por otra parte, cuando se trata de la finalidad de las investigaciones de LYD y de la agenda de este centro de pensamiento, Larraín señala que, a pesar de que este centro asesore a los parlamentarios de la UDI, la agenda de este *think tank* no depende de un partido político. En efecto, Larraín sostiene lo siguiente respecto a de qué depende su agenda:

De un partido político no. Eso lo tenemos claro. Somos independientes de los partidos políticos. Trabajamos en este minuto con los tres partidos de la centro-derecha en el tema legislativo, pero somos independientes. Y claro, [defendemos] un ideario de libertades, sí. Esas son nuestras ideas y, como te decía antes, [nuestra agenda y la finalidad de nuestras investigaciones están orientadas a influir en] las políticas públicas que se están discutiendo actualmente (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Además, Larraín agrega que la finalidad de las investigaciones de LYD son orientadas desde un “[...] concepto libertario. [...] Nosotros creemos en la libertad de emprender, creemos en la libertad de la voluntad y desde ese punto de vista abogamos porque en las distintas áreas de políticas esos principios estén presentes. [...] Nosotros nos sentimos identificados con el liberalismo clásico” (Larraín, entrevista, 22 abril 2018). De este modo, la finalidad de las investigaciones del LYD se enfocan en la influencia en el corto plazo en determinadas políticas públicas y en la legislación. No obstante, dicha influencia no es neutra ni únicamente técnica, sino que tiene en su base un modelo de sociedad, a saber: la llamada la “sociedad libre” que es expuesta sobre todo en los trabajos de pensadores libertarios.

Por otro lado, en lo que respecta al énfasis de las investigaciones y los tipos de productos que, valga la redundancia, produce LYD, Larraín señala que

[...] nosotros tenemos publicaciones semanales en las cuales hay lo que llamamos *Temas Públicos*, que son documentos breves (minutas de seis o siete páginas) con algún valor agregado en ciertos elementos cuantitativos, sobre los temas que están siendo importantes en la discusión [pública]. Entonces, por ejemplo, nosotros esta semana estamos sacando uno sobre migraciones. [...] Además, yo soy columnista de *El Mercurio*, *Diario Financiero* y *El Libero*. Soy panelista de un programa en *Radio Cooperativa*, que es la radio de mayor sintonía en Chile. Además, mis dos subdirectoras también son panelistas de programas de radio y también son columnistas. O sea, nosotros estamos bastante en los medios (Larraín, entrevista, 22 abril 2018)

Así, el énfasis de las investigaciones de LYD puede ser categorizado en dos grupos: primero, estudios coyunturales acerca de la legislación y políticas públicas; segundo, influencia en los medios de comunicación. En relación a lo primero, LYD organiza su producción en torno a cuatro temas de investigación, a saber: el económico y social, la seguridad pública y justicia, la sociedad y política y lo legislativo. A su vez, para cada uno de estas temáticas, LYD produce documentos de análisis que luego son publicados en los siguientes productos de LYD: *Temas Públicos*, *Fallos Públicos*, *Estudios LYD*, *Informes Económicos*, *Reseña Legislativa* y la *Revista LYD* (Flisfisch *et al.* 2013; Pinilla 2012). En relación a lo segundo, LYD no sólo posee columnistas influyentes en los diversos medios de comunicación, sino que también posee un centro de prensa que está a cargo de profesionales (Flisfisch *et al.* 2013; Pinilla 2012). Del mismo modo, LYD también usa para la difusión de sus ideas las redes sociales. Además, aunque no sea uno de sus aspectos más destacados, LYD realiza trabajo de formación juvenil mediante escuelas de verano. Esto es, un área que se ve complementada por la relación que este *think tank* posee con la Universidad del Desarrollo (UDD), institución que le permite a algunos de los investigadores de este centro de pensamiento poseer una doble militancia. Esto es,

una doble militancia que les permite a estos individuos influir con sus ideas más allá del instituto y en una universidad (Flisfisch *et al.* 2013).

Por su parte, en lo que respecta al interés de LYD, Larraín señala que hay de

[...] todo un poco. Por ejemplo, en el caso de las columnas y en el caso particular mío, yo sé que el presidente de la república lee todas mis columnas y las comenta además. Entonces, [...] existe la idea que el columnista le escribe a los lectores, pero no es así. Yo le escribo al presidente, le escribo al gobierno, a los parlamentarios. [Por su parte,] en *Temas Públicos*, estas publicaciones semanales, [...] le escribimos a los parlamentarios. Porque generalmente se trata de algún tema que tiene un correlato legislativo. Entonces, le escribimos a ellos. Y en [lo que concierne a nuestra actuación en] la opinión pública, [pues buscamos establecer un] sistema de apoyo. Porque nos pasa mucho en el trabajo con los parlamentarios que tenemos una reunión técnica acá y que el parlamentario dice: sabes, te encuentro toda la razón, pero no puedo defender tú idea porque la discusión pública está en otro lado. Entonces, ahí tenemos que estar también en los medios de comunicación (Larraín, entrevista, 22 abril 2018).

Así, Larraín es claro con respecto al interés de LYD: este *think tank* tiene como interés principal influir en quienes toman las decisiones políticas. En tal sentido, los productos de LYD están pensados sobre todo para los parlamentarios e incluso para el presidente. Sin embargo, en tanto que los políticos trabajan para y representan a la gente, LYD usa también los medios de comunicación para inclinar la opinión pública a favor de las medidas legislativas y las políticas públicas que promueven. Por lo que el interés último de este centro de estudios es influir en el corto plazo en la toma de decisiones, representando a un ideario determinado, aunque siempre orientando hacia las políticas públicas y la legislación.

Fundación Jaime Guzmán

La FJG es un *think tank* que ha sido categorizado por la literatura como un centro partidario (Pinilla 2012). Sin embargo, en tanto que el panorama de los *think tanks* de derecha en Chile se ha modificado durante la última década, es necesario reevaluar el rol esta organización en tanto se constituye como uno de los *think tanks* más importantes de la derecha transicional. Esto es, dado que se asocia a la UDI y al ideario defendido por una de las figuras más célebres del periodo autoritario, a saber: Jaime Guzmán. Para ello, el actual director ejecutivo de la FJG, Jorge Jaraquemada, se refiere a los distintos elementos que componen el accionar de su centro, a saber: tipos de financiamiento, agenda, énfasis, interés, entre otros elementos.

Con respecto las fuentes de financiamiento de este *think tank*, Jaraquemada señala que

[...] la fundación trabaja más o menos con un presupuesto de setecientos millones anuales y de esa parte hay un 35% que viene de contratos de asesorías legislativas con parlamentarios de la UDI que se firman anualmente. Hemos tenido suerte porque la banca de la UDI es bastante numerosa. Por lo tanto, es un aporte relevante para nosotros. Después debe haber entre un 8 y 10% que son proyectos específicos que son financiados desde el extranjero, *Fundación Atlas*, *Heritage*, etc. [...] Después nosotros tenemos un área municipal que debe ser más o menos un 5%, en el contexto de un servicio de *alerta municipal*, que es jurisprudencia administrativa. [...] Después debe haber otro 5% que es donaciones de personas, personas que te pueden dar desde una UF hasta quinientos mil pesos. Y el resto, que más o menos sería un 40% o 35%, son por la suscripción a diversos productos que tenemos de políticas públicas. Que van desde *alerta legislativa*, que es nuestro producto estrella, que en el fondo es lo mismo que la *alerta municipal*, pero enfocado en los temas de tramitación legislativa (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, el financiamiento de la FJG está asociado principalmente a su área legislativa, del mismo modo que una parte considerable de tal financiamiento proviene de contratos de asesoría obtenidos con UDI. Esto es, el partido político con el que este *think tank* se encuentra ligado. En tal sentido, si bien hay cierta diversidad financiera en la FJG, un porcentaje no menor de lo recolectado por este centro

depende de la bancada de la UDI, lo cual es un dato no menor cuando se trata de reconocer la independencia de un *think tank*.

Por otro lado, en lo que respecta a la agenda y la finalidad de la FJG, Jaraquemada sostiene que la agenda que este *think tank* se organiza de una forma específica que tiene por objetivo

[...] evitar ser cooptado por la agenda de la UDI. Es decir, si las autoridades del partido UDI han tenido alguna presencia en la fundación, ha sido por mera coincidencia. ¿Porqué te lo digo? Porque, por ejemplo, Hernán Larraín era director de la fundación cuando él también fue presidente de la UDI. Pero no por ser el presidente de la UDI tuvo algo que decir acá adentro. Es más, yo te diría que no muchas veces, pero un par de veces, hemos tenido diferencias importantes con la directiva de la UDI. Y la fundación ha hecho un planteamiento y no ha actuado según se le ha pedido [...]. O sea, acá [nos organizamos] para evitar que la UDI nos coopte (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

En tal sentido, lo que Jaraquemada reclama mediante esta declaración es que si bien la literatura especializada sostiene que la FJG está marcada por la agenda y necesidades de la UDI (Delamaza 2010; Pinilla 2012), dicha asunción no sería del todo cierta. Sin embargo, es importante recordar que si bien la FJG no depende únicamente del financiamiento otorgado por la UDI, este último es importante para la estabilidad de este *think tank* en tanto ronda el 35%. Además, tal como señala el mismo Jaraquemada, el rol de la

[...] fundación es la difusión del proyecto humano de Jaime Guzmán más que el proyecto político. Porque el proyecto humano también tiene que ver con formación de gente joven, con temas de servicio público. [...] Entonces, es más amplio [que el proyecto político]. Ahora bien, sin duda dentro de ese proyecto humano de Jaime Guzmán está su proyecto político. Él fue el fundador de la UDI y por lo tanto los mismos principios del gremialismo son los principios que están a la base de la UDI. Y por lo tanto uno podría esperar que la UDI actuara desacuerdo a eso. [...] [En tal sentido,] nosotros obviamente colaboramos con la UDI. En algunos casos, de manera remuneratoria como en la asesoría legislativa y en otros casos absolutamente gratuita. O sea, nosotros hacemos mucha formación habilitante de la UDI, ya sean doctrinarias o de legislación (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, más allá del asunto del financiamiento y del hecho de que la FJG pueda ser cooptada por la agenda de la UDI, lo que realmente hace que la FJG esté al servicio de la UDI es que entre este partido político y este *think tank* hay un proyecto común alrededor de la vida y obra de Jaime Guzmán. En tal sentido, que la agenda de la FJG sea cercana a la de la UDI tiene que ver más que nada con que estas organizaciones trabajan de consuno para materializar el proyecto guzmaniano.

Por otro lado, en lo que respecta a los productos y el énfasis de la investigación realizada por la FJG, Jaraquemada señala que

[...] nosotros hacemos asesoría legislativa y por lo tanto hacemos informes sobre proyectos de ley. Hacemos minutas, hacemos acusaciones constitucionales, preparamos interpelaciones, preparamos presentaciones en organismos técnicos como la Contraloría. [...] [Además,] publicamos columnas de opinión en medios de prensa escrito, digitales y tradicionales. [...] Tratamos de ser relativamente intensos en redes sociales para difundir este tipo de cosas. Hacemos mucho taller (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Así, los productos de este *think tanks* son de tipo técnico y se orientan a influir sobre todo en el debate legislativo. Esto es, proveyendo conocimiento experto a los parlamentarios de la UDI. Por ende, este centro se enfoca claramente en la influencia cortoplacista. Asimismo, al igual que LYD, la FJG también realiza una labor de difusión en los medios de comunicación, aunque claramente esta última no es tan intensa como la realizada por LYD, la FPP o el IES. Además, la FJG realiza formación y por ende también muchos talleres (Corbalán Pössel y Corbalán Carrera 2012; Delamaza 2010; Pinilla 2012).

Por último, con respecto al interés de su producción, Jaraquemada sostiene que la FJG tiene como principal foco la “[...] formación de gente joven. Para nosotros eso es lo central. Nosotros podríamos abdicar de todo lo demás. De hecho, el área legislativa nace como una forma de financiamiento de la fundación. Después nos damos cuenta de que en realidad ahí hay una potente herramienta de influenciar el debate público y se fortalece, y hoy día es una cosa muy profesional la que tenemos” (Jaraquemada, entrevista, 28 mayo 2018).

Fundación para el Progreso

La FPP es un *think tank* que no ha sido aún categorizado por la literatura dada su reciente aparición e inesperada influencia. Por ende, es pertinente examinar qué tipo de centro de pensamiento es este último para así definir más adecuadamente el rol que actualmente tiene este *think tank* al interior de la derecha. Para ello, el actual director ejecutivo de la FPP, Axel Kaiser, se refiere a los distintos elementos que componen el accionar de su centro de pensamiento, a saber: tipos de financiamiento, agenda, énfasis, interés, entre otros elementos.

Con respecto las fuentes de financiamiento de este *think tank*, Kaiser señala que “[...] tenemos hartos benefactores en este minuto. Es decir, ¿qué es hartos? Tenemos más de veinte” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). Sin embargo, se suele señalar que la FPP –a pesar de lo señalado por Kaiser– depende sobre todo del mecenazgo de Nicolás Ibáñez (Pérez 2016; Saavedra 2019), ante lo cual Kaiser señala que aquello

[...] no es porque no tengamos otros benefactores dispuestos a colaborarnos y que podrían mantener el *think tank*. Eso es un mito. [...] [Esta situación sucede] porque hasta ahora [Nicolás Ibáñez es parte de] la estructura [de la FPP] y porque estamos profesionalizando el directorio. No hemos decidido hacer una apertura más grande [en términos de financiamiento] hasta que esté consolidado el proyecto [de la FPP. Esto es,] para que los otros benefactores que tenemos nos aporten mucho más o entren nuevos benefactores (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

En tal sentido, Kaiser reconocer que por ahora

[...] Nicolás Ibáñez es el presidente del directorio y por supuesto es el principal financista. Pero [aunque] cuesta creerlo, [Ibáñez,] aparte de ser una persona que no necesita un peso más en su vida y que tiene casi todas sus inversiones fuera de Chile, él cree en estas ideas liberales. [De hecho,] él fue el secretario personal de Hayek cuando vino a Chile. [...] [De modo que Ibáñez] cree en estas ideas y de hecho, una de las condiciones que yo puse cuando me vine a Chile fue que me daban total libertad y autonomía para dirigir el contenido del *think tank* hacia el liberalismo clásico. ¿Por qué? Porque una cosa que no me pueden decir, y ahí esta una de las grandes falacias e injusticias de Hugo herrera, es que nosotros defendemos estas ideas por representar intereses. Yo mucho antes de haber creado este *think tank* venía escribiendo libros, artículos, ensayos y ganándome premios internacionales absolutamente en esta línea. Es la misma línea que hemos seguido después de conocer a Nicolás Ibáñez. Porque yo no lo conocía en esa época (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018)

Así, Kaiser es claro al señalar que por ahora no hay mucha diversificación del financiamiento de la FPP y que Nicolás Ibáñez –quien es presidente del directorio– es el principal benefactor de este centro de pensamiento. Sin embargo, Kaiser señala también que esto último no dificulta la independencia de su *think tank*. Esto es, principalmente porque antes de haber formado este centro él y el mismo Ibáñez ya se posicionaban dentro del libertarianismo y liberalismo clásico. En tal sentido, que haya un benefactor principal no es un problema grave cuando explícitamente un *think tank* como este se sitúa como un bastión de ideologías políticas de corte liberal y libertaria. De hecho, la FPP jamás ha pretendido ser neutral, sino que más bien una instancia de promoción y defensa de un credo determinado. De este modo, como también pasa en la FJG y LYD, la FPP no realiza su labor sólo para beneficiar a sus financistas, sino dado que con estos últimos se comparte una visión de mundo

particular. Es más, tanto la FPP como LYD y la FJG fueron creados exclusivamente para defender ciertas ideas. Por lo que el rol defensivo de estas organizaciones es su *raison d'être*.

Por su parte, en lo que concierne a la finalidad de la investigación realizada por la FPP y su agenda, Kaiser señala que su agenda es

[...] es todo menos defender intereses de empresarios o partidos políticos. Ahora bien, hay ciertas ideas que coinciden con los intereses de los empresarios, como por ejemplo que bajemos los impuestos [...] Pero nosotros también fuimos extremadamente duros en los casos de colusión. Nadie nos recuerda en eso. Fuimos los únicos entre los *think tanks* en Chile que salimos a dale con todo a esa cuestión. Somos completamente contrarios a los subsidios a la empresa privada. Somos completamente contrarios a los beneficios arancelarios para la empresa privada. Y esa es la diferencia que se hace entre *pro-market* y *pro-business*. Nosotros somos *pro-market*, no *pro-business*. [...] [En tal sentido, nuestra finalidad y agenda esta determinada por fomentar] una sociedad abierta, libre, con un Estado de derecho, con tolerancia, respeto mutuo, con visiones del liberalismo clásico: de Karl Popper, de este tipo de pensadores” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Así, la finalidad de este *think tank* y lo que determina su agenda es influir con un discurso que fomente los principios de la llamada “sociedad libre”. Esto es, desde una mirada que integre las ideas del liberalismo clásico y el libertarianismo.

Por otro lado, en lo que respecta el énfasis de su investigación y los productos que ofrecen, Kaiser señala que la FPP se especializa en “[...] redes sociales, columnas de opinión, publicaciones de libros y formación de jóvenes. También eventos. Por ejemplo, traemos [para que realicen conferencias y talleres] a Niall Ferguson o a Mario Vargas Llosa” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018). Del mismo modo, Kaiser señala también que el trabajo de la FPP busca influir en el “[...] largo plazo. Y de hecho cuando nos metemos en ideas de coyunturas, más de corto plazo, es siempre invocando los principios que deberían predominar en el largo plazo [...] [De hecho, si nos enfocamos en un] evento contingente [es porque] nos permite [defender] un principio general” (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018).

Por último, con respecto al interés de la FPP, Kaiser señala que el de este *think tank*

[...] es la influencia en todo el público posible. Sobre todo jóvenes, pero todo el público posible. Ojalá la FPP influyera en funcionarios públicos y políticos de todos los sectores. En académicos, en empresarios, en ejecutivos, todo. Y tenemos programas para todo. [...] Por decir algo, la próxima semana vamos a tener un desayuno que voy a dirigir yo con Mario Vargas Llosa y los representantes más importantes de los medios de Chile. De todos los medios de comunicación (Kaiser, entrevista, 1 mayo 2018)

Instituto de Estudios de la Sociedad

El IES es un *think tank* que no ha sido aún categorizado por la literatura dada su reciente aparición e inesperada influencia. Por ende, es pertinente examinar qué tipo de centro de pensamiento es este último para así definir más adecuadamente el rol que actualmente tiene este *think tank* al interior de la derecha. Para ello, el ex director ejecutivo y actual investigador senior del IES, Daniel Mansuy, se refiere a los distintos elementos que componen el accionar de su centro, a saber: tipos de financiamiento, agenda, énfasis, interés, entre otros elementos.

Con respecto las fuentes de financiamiento de este *think tank*, Mansuy señala que “[...] el IES tiene una regla y es que nadie puede, ningún donante, dar más del 10 o 15%” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). En tal sentido, esto permite que este *think tank* no sea financiado mayoritariamente por ningún agente, lo cual resguardaría la independencia de agenda de este centro de pensamiento. En tal sentido, Mansuy agrega

[...] yo trabajé ahí, fui director ejecutivo, fui director de estudio, sigo vinculado y nunca he tenido ningún tipo de presión de ese tiempo. Lo que si el IES tiene un marco conceptual dentro del cual piensa. O sea, no vas a encontrar nunca a un marxista trabajando [en el centro]. Eso es como evidente, ¿no? Pero siempre

[los investigadores] hemos fijado nuestras prioridades de investigación, hemos investigado lo que hemos querido con plena libertad en el marco conceptual de donde está el IES. [En este centro] hay cierta diversidad interna también, no es un regimiento (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Así, lo que se puede destacar respecto al IES es que, en cuanto a su financiamiento, este centro vela por poseer fuentes diversificadas con el fin de que sus investigadores posean independencia. Sin embargo, Mansuy también reconoce que aquello no significa que el centro no se enmarque dentro de ciertos lineamientos ideológicos, del mismo modo que también reconoce que dentro de dichos lineamientos también existe diversidad. Dichos lineamientos serían generales y no anularían la diversidad de opiniones en el *think tank*.

Por otro lado, con respecto a la finalidad de la investigación de este centro y la orientación de su agenda, Mansuy es enfático al señalar que aquella posee altos grados de libertad. De hecho, Mansuy declara que todos los investigadores del IES

[...] tenemos dos reuniones anuales de programación, de planificación, donde vamos discutiendo y conversando los temas que se vienen [y hacia] donde sería interesante ir. [Es decir,] qué es lo que le gustaría hacer a cada uno. [En el IES todo es] tan autónomo [que la agenda funciona de la siguiente manera:] un día una investigadora dice: sería estupendo publicar y reeditar *Modernización y Cultura en América Latina* de Pedro Morandé, que era una edición perdida en 1982. [Entonces, en el IES se le dice:] fantástico. Trabaja [en ello. Y] así surgen las iniciativas [en este centro de pensamiento]. No es más sofisticado que eso (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por ende, si bien este centro de investigación está circunscrito una orientación ideológica ciertamente conservadora, el trabajo que sus investigadores han realizado va más allá de la defensa de un credo determinado. Esto es, al punto de que –como se ha señalado anteriormente– incluso textos de Platón han sido reeditados y publicados por este *think tank*. De este modo, ciertamente la finalidad de este centro de pensamiento es profundizar en las ideas y teorías desde una perspectiva académica sin ser una universidad.

Por su parte, cuando se trata del énfasis y los productos generados por este centro de pensamiento, Mansuy señala que el IES busca incrementar la “[...] influencia intelectual al largo plazo” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018); mientras que señala que el IES produce

[...] libros, columnas de opinión y [...] también tiene un formato que se llama *Claves para el Debate*, que es un formato que intenta explicar algunas discusiones de manera condensada. [...] [En tal sentido,] no hacemos política pública. No porque nos parezca inútil ese trabajo, sino porque hay otras fundaciones que lo hacen bien. Entonces, no vamos a ir a competir donde ya hay mucho público compitiendo (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

Por su parte, el interés de este *think tank* según lo señalado por Mansuy es la “[...] opinión pública en general” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018). Nosotros no competimos “[...] por ser más influyentes o meter más gente en el gobierno. Yo creo ningún investigador del IES se iría al gobierno porque no tienen vocación política simplemente” (Mansuy, entrevista, 28 abril 2018).

En este capítulo se exploró brevemente la historia de los *think tanks* chilenos, con un especial foco en los *think tanks* de derecha, y se examinaron las razones del auge de los nuevos *think tanks* de derecha en Chile. Esto es, razones que tienen una directa relación con lo explorado tanto en el capítulo tercero como cuarto de este estudio. Del mismo modo, aquí se compraron de un modo general y específico los distintos roles que tanto los *think tank* transicionales como los nuevo *think tanks* poseen actualmente. En tal sentido, en lo que respecta a las comparaciones específicas, las cuales están ciertamente

orientadas por las directrices teóricas de lo señalado en la sección 1.3, los *think tanks* elegidos como caso de estudio en este libro fueron LYD y la FJG en el lado de los *think tanks* transicionales, y la FPP y el IES en el lado de los nuevos *think tanks*. Los centros de pensamiento CEP y HRZ no fueron incluidos en el examen específico dado que el primero se ha constituido como un centro académico pluralista que ha dejado de defender el ideario liberal clásico y se ha alejado de la derecha transicional (véase sección 5.2.1). Mientras que el segundo es un *think tank* partidario de Evópoli que poca relevancia ha tenido en la discusión acerca de la derecha chilena y sus procesos de renovación políticos e ideológicos (véase sección 5.2.2).

Conclusiones

Si bien las ideologías se entienden a partir de conceptos arquetípicos como marxismo, liberalismo, entre otros conceptos cosificados, estas últimas, por el contrario, responden autónomamente, en cuanto a su propia identidad, a los contextos históricos específicos donde estas últimas se desarrollan *de facto*. De modo que además de ser únicas e irrepetibles desde el punto de vista circunstancial, las ideologías están en un constante proceso de modificación que se resiste a aceptar la lógica impuesta por el modelo de cosificación ideológica. Sin embargo, el hecho de que las ideologías sean únicas y estén en un constante proceso de modificación –lo cual es completamente plausible desde un punto de vista teórico–, no quiere decir que estas últimas –desde un punto de vista político e incluso descriptivo– puedan ser fácilmente alteradas por la voluntad de un individuo o la deliberación racional de una colectividad. Esto es, sobre todo sabiendo que la cosificación ideológica posee un papel ciertamente útil en la competición por el poder y en la construcción de una habitualmente rígida identidad partidaria. En tal sentido, tanto la competición por el poder como la identidad de los partidos políticos limitan hasta qué punto una ideología puede ser modificada *de facto* en el contexto partidario.

Teniendo en cuenta que la modificación ideológica en el contexto partidario tiene que enfrentar las limitantes previamente expuestas, el proceso de renovación política e ideológica experimentado por un partido político tiene lugar, desde un punto de vista teórico y descriptivo –tal como lo ejemplifica el desarrollo de la derecha chilena tradicional en el capítulo 2–, únicamente cuando este último asiste a un periodo crítico que afecta radicalmente su éxito electoral, sus más profundos intereses materiales y valóricos o incluso su existencia. Es decir, una crisis que lleve a un partido político cualquiera, con el fin de asegurar su propia sobrevivencia, a renovar las ideas fundamentales de su sistema de creencias y prácticas políticas habituales mediante una deliberación “racional” que es ciertamente forzada por las circunstancias. Dicho partido político, sin una crisis que lo amenace radicalmente y lo empuje hacia la renovación política e ideológica, no tiene la necesidad de realizar movimientos renovadores y sólo se dedica a realizar movimientos adaptativos que le permitan mantener un relativo grado de éxito en el marco de circunstancias políticas y sociales usuales. Es decir, cambios provisorios en su retórica, modificaciones en sus ideas periféricas y cambios en sus prácticas contingentes. Por ende, según lo visto en la sección 1.1, es sólo en el marco de un contexto crítico como el mencionado cuando podría iniciarse una etapa de modificación ideológica profunda en la cual la identidad de un partido político determinado colisiona con las necesidades empresariales de este último. Esto es, necesidades impuestas por la competición por el poder y el imperativo de la sobrevivencia.

Los partidos políticos pueden realizar, entonces, cambios profundos en su ideario fundamental y prácticas habituales cuando se enfrentan a contextos críticos que los amenazan radicalmente. Sin embargo, según lo señalado en la sección 1.1, dichos cambios suelen entrar en conflicto con la identidad partidaria del partido político, dado que aquellos cambios se suelen contraponer al *corpus* de ideas fundamentales en el que se funda la *raison d'être* de la organización partidaria. Esto es, un *corpus* que en un momento de crisis está siendo cuestionado. Por lo que si bien circunstancias críticas pueden forzar una renovación del sistema de creencias y prácticas habituales de estas organizaciones, dicho requerimiento puede ser también rechazado e incluso catalogado como una traición por quienes aún forman parte del partido político y aún son fieles a un determinado sistema de creencias. Por lo tanto, para llevar a cabo con éxito un proceso de esta naturaleza, un partido político debe realizar –desde un punto normativo– las modificaciones ideológicas pertinentes para poder superar la crisis que

empujó el proceso de renovación y, al mismo tiempo, debe apelar a un sentido de continuidad u origen que inhiba el auge de sentimientos de traición o heterodoxia entre quienes se sienten identificados con las ideas que están siendo cuestionados y en un proceso de modificación. En tal sentido, con el fin de atravesar con éxito un proceso de renovación ideológica, los partidos políticos y sus élites dirigentes (sean políticas o intelectuales) deben buscar ciertas hebras ideológicas en su pasado histórico que sean adecuadas para articular una nueva narrativa que sea acorde a las necesidades suscitadas por el momento de crisis; mientras que, al mismo tiempo, deben descartar los elementos que en un momento de crisis son considerados como “fallidos”. Es así que un partido político podría abrazar normativamente un proceso de renovación política e ideológica exitosamente cuando enfrenta un momento de crítico capaz de llevarlo a la desaparición.

Esta tarea de renovación política e ideológica, según lo apreciado en la sección 1.1, debe ser realizada por actores que tengan tanto la autoridad al interior y alrededor del partido político, como la capacidad intelectual para llevar a cabo un proceso de esta índole. De modo que tanto los *think tanks* como los intelectuales pueden ser los actores capaces de hacerse cargo de dicho desafío según lo visto en las secciones 1.2 y 1.3. Por un lado, los *think tanks*, según lo visto en la sección 1.3, no sólo detentan el simbolismo de la *expertise* a la hora de proveer respaldo intelectual a distintas organizaciones partidarias –simbolismo que provee legitimidad–, sino que, además, al ser parte de *policy networks* específicas, se sitúan como un agente que puede estar cerca de la toma de decisiones y determinados círculos de poder, lo cual les permite tener una considerable influencia. En tal sentido, los *think tanks*, mediante sus distintos perfiles y funciones, poseen una identidad orgánica y una posición privilegiada –garantizada por una “coalición discursiva”– que les permite contribuir a la legitimación y/o renovación de discursos ideológicos orientados a obtener un valor hegemónico en un sector social y político específico. Asimismo, los intelectuales, sean parte de un *think tank* o no, según lo visto en la sección 1.3, pueden contribuir a un proceso de renovación política e ideológica mediante sus habilidades críticas, mediadoras y/o científicas. Esto es, independientemente de la cercanía que estos últimos tengan con un sector social determinado o con la política en general. En tal sentido, los intelectuales no necesitan vivir en una torre de marfil y hablarle en el nombre de la “verdad” ilustrada –verdad que *de facto* no poseen– a quienes necesitan su consejo, sino que basta con que entren en el espacio público para poder detentar un rol social –jamás neutro– que contribuya al ejercicio de la deliberación racional en una etapa de crisis partidaria. De este modo, mediante sus diversos perfiles y funciones, los intelectuales pueden contribuir persuadiendo acerca de y justificando cada una de las hebras ideológicas necesarias que se necesitan para llevar a cabo un proceso de renovación política e ideológica en el contexto partidario; o bien, pueden contribuir a la justificación de un determinado orden ideológico y político mediante el uso de sus herramientas intelectuales, a saber: la persuasión, la lógica, el método científico, entre otras.

En lo que respecta a la derecha chilena tradicional y a sus procesos de adaptación o renovación política e ideológica durante el siglo XX, según lo visto en el capítulo 2, se debe señalar –conforme a los postulados teóricos propuestos en la sección 1.1– que en los períodos en los que la derecha tradicional no vio radicalmente puesto en jaque su poderío e intereses materiales durante el siglo XX, este sector actuó sobre todo mediante lógicas adaptativas que no tenían otro objetivo que mantener los intereses y poder derechistas protegidos; mientras que, en los períodos en los cuales tuvieron lugar coyunturas críticas que amenazaron *de facto* los intereses y poder del sector derechista (incluso su existencia), este sector político vio el auge de movimientos renovadores, los cuales no sólo desafiaron las ideas fundamentales y las prácticas bajo las que el PL y el PCON operaron durante gran parte del

siglo XX, sino que las modificaron al punto de que la cosmovisión de la derecha tradicional dejó de ser hegemónica en el sector.

Entre las décadas de 1930 y 1960, conforme a lo examinado en las secciones 2.1 y 2.2, la derecha chilena tradicional no vio realmente amenazados de manera sustancial sus principales intereses, fuentes de poder y valores, dado que esta última mantenía importantes grados de hegemonía social y cultural en el país, además de que contaba con diversos mecanismos de obtención de poder sostenidos principalmente en la existencia del latifundio, el poder parlamentario y las redes clientelares, los cuales aseguraban la protección del sistema-mundo de raigambre decimonónico que defendía. De modo que durante dicho periodo el actuar de este sector descansó primordialmente en estrategias negociadoras y adaptativas que no obligaron a la derecha tradicional a realizar cambios ideológicos y políticos substanciales. Es más, hasta la década de 1960, el sistema-mundo defendido por la derecha tradicional no fue drásticamente puesto en cuestionamiento por las fuerzas reformistas y revolucionarias al punto de que aquél fuese disuelto y/o deslegitimado completamente. Esto es, incluso si las fuerzas de izquierda fueron integradas al sistema político de tres tercios en 1938; e incluso si el descontento social con respecto dicho sistema-mundo comenzó a tener lugar desde final del siglo XIX en el marco de la llamada “cuestión social”. En tal sentido, al menos hasta mediados de la década de los 60, la derecha tradicional pudo mantener sus intereses, principales valores y poder protegidos en el marco de estrategias negociadoras y adaptativas, a saber: estrategias que le permitieron a la derecha tener un importante impacto en el centro político comandado por el PR, un partido político que estuvo en el poder Ejecutivo desde el año 1938 hasta el año 1952.

En la década de los 60, no obstante, conforme a lo visto en la sección 2.3, tras una conflictiva década de 1950, la derecha tradicional entró de manera abrupta en un profundo periodo de crisis suscitado sobre todo por la erosión sus principales fuentes de poder político y cultural, y por el auge de la amenaza creada por las corrientes reformistas lideradas por el PDC y la UP. Todo esto, en el marco de reformas agrarias y electorales que destruyeron el latifundio como unidad de poder político y cultural derechista, la Guerra Fría, la Revolución Cubana y el giro reformista de la Iglesia Católica, un giro que direccionó al otrora electorado católico-conservador hacia el PDC. Esta situación no sólo amenazó el sistema-mundo que la derecha había protegido desde que se tuvo que enfrentar a la izquierda a comienzos del siglo XX, sino que lo destruyó completamente al punto de que los partidos derechistas tradicionales fueron disueltos y el reformismo se asentó en el Ejecutivo en 1965. Toda esta situación llevó a que la derecha a lo largo de unos pocos años adoptara estrategias de carácter ofensivo y reaccionario, lo cual ayudó a que hasta cierto grado este sector político comenzara a renovar sus narrativas y prácticas tomando distancia de las prácticas e ideas que los partidos políticos tradicionales –PL y PCON– encarnaron durante gran parte del siglo XX.

En el marco de esta coyuntura crítica e incipiente proceso de renovación, según lo visto en las secciones 2.3 y 2.4, las corrientes nacionalistas que hasta entonces habían tenido un rol marginal en la derecha tradicional, pasaron a volverse gravitantes en el sector derechista por un breve periodo de tiempo, abriendo paso a la formación del PN tras la disolución de los partidos políticos tradicionales. Sin embargo, a pesar de que los nacionales intentaron realizar un movimiento ofensivo y proyectual –aunque reaccionario–, no lograron realizar dicha tarea con éxito durante su oposición al PDC y la UP, y terminaron por volver a una lógica defensiva que si bien tenía componentes innovadores –la acción política era politizada, anti-partidaria e insurreccional–, en último término, sólo buscó, como también lo hubiese querido hacer la derecha tradicional, proteger la democracia e institucionalidad “quebrantadas” por la izquierda. Por lo que no fue sino hasta el régimen militar instaurado en 1973,

tras un breve periodo de disputas entre las posturas restauradoras y refundadoras y las disputas entre diversos grupos derechistas –gremialistas, monetaristas-neoliberales y nacionalistas–, que la derecha chilena logró instalar un proyecto integral y renovado que lograrse finalmente modernizar el capitalismo, a saber: un proyecto que no sólo renovó *de facto* a la derecha en cuanto a sus prácticas e ideas, sino que también se tradujo en el auge de un nuevo tipo de economía radicalmente liberalizada y privatizada, una redefinición del rol del Estado en materias económicas y sociales, y el auge de una nueva democracia que tuvo fuertes componentes autoritarios. En tal sentido, este proyecto fue liderado por la corriente derechista liberal-autoritaria o “chicago-gremialista”, una corriente que, con ayuda de el poder militar, impuso en Chile una economía de libre mercado y una democracia protegida mediante una nueva constitución política que se instaló en 1980. De hecho, es principalmente a partir esta corriente que surgió la “nueva” derecha en Chile, a saber: una derecha renovada en términos políticos, sociales y doctrinarios, que tuvo como condición *sine qua non* de origen la crisis de los años 60 y 70 y que, mediante las instalación los enclaves autoritarios, el sistema electoral binominal y una nueva constitución, logró asegurar su proyecto de sociedad capitalista y conservador en el nuevo entorno democrático que fue inaugurado en el año 1990.

Tras la inauguración de la democracia en 1990, sobre todo entre los años 1990 y 2010, según lo examinado en la sección 3.1, la nueva derecha chilena o derecha transicional volvió a tener sus intereses protegidos en el marco del sistema binominal, la Constitución de 1980 y los enclaves autoritarios. Desde ese momento en adelante, esta nueva derecha, tal como lo hicieron otrora sus antepasados aglomerados en el PCON y el PL –véase capítulo 2–, logró sobrevivir cómodamente en el nuevo entorno político incluso si esta última no estuvo *de facto* en el poder Ejecutivo hasta el año 2010. En tal sentido, al menos hasta dicho año, el sector derechista no tuvo más que adaptarse y negociar en estas nuevas circunstancias enfrentando a una coalición de centro-izquierda –la Concertación– que se dedicó a perpetuar y perfeccionar el modelo socioeconómico y político instalado durante el régimen militar. De este modo, durante aquellos años, la derecha transicional no tuvo que renovarse ni reposicionarse desde el punto de vista político e ideológico puesto que sentía que la batalla en dichas áreas –sobre todo tras la caída del muro de Berlín y la desarticulación de la izquierda revolucionaria– ya estaba ganada. Sin embargo, como se sostiene en las secciones 3.1.4 y 3.2.1, tras las problemáticas a las que se tuvo que enfrentar la derecha transicional en el marco del primer gobierno de Piñera, las movilizaciones sociales (2011) y el gobierno de la NM, la derecha comenzó nuevamente a sentir amenazados sus principales intereses económicos, políticos e ideológicos, los cuales se consolidaron tras el pacto transicional gestado en 1990. Fue así que, en el marco de dichas coyunturas críticas, se comenzó a hablar de que la derecha transicional estaba asistiendo a distintos tipos de crisis, a saber: crisis que iban desde una partidaria que tuvo que ver con la fragmentación y las derrotas sufridas por este sector frente al progresismo; hasta una intelectual donde la “carencia de relato”, el exacerbado economicismo y la hegemonía de las lógicas “chicago-gremialistas” se situaban como temas gravitantes. En aquel contexto, la derecha transicional no sólo asistió a determinadas coyunturas que fueron llamadas “críticas”, sino que también asistió al auge de una nueva intelectualidad derechista –aglomerada en universidades y *think tanks*– que comenzó a poner en cuestionamiento las prácticas habituales e ideas fundamentales que este sector había estado defendiendo hasta dicho entonces. Asimismo, como si aquello fuese poco, este sector asistió también al auge de un nuevo partido político de derecha llamado Evópoli, el cual ha buscado posicionarse –aún sin tanto éxito– como un partido político ciertamente ajeno al pasado dictatorial, el cual promueve

tanto un liberalismo económico como moral, y que además encarna a las nuevas generaciones derechistas que no habían podido aún encontrar un espacio político en la UDI y RN.

Entre los años 1990 y 2010, según se constata en la sección 3.1, si bien la UDI tuvo un éxito relativo mediante su renovada estrategia de penetración electoral en los sectores populares, es necesario destacar que ningún partido político de derecha durante aquel periodo, en términos nacionales, logró posicionarse en la competencia electoral de un modo gravitante. Esto es, a pesar del respaldo provisto por los enclaves autoritarios y el sistema binominal. No obstante, esta tendencia fue puesta en cuestión sólo dos veces a lo largo de veinte años de democracia, a saber: ante el liderazgo de Joaquín Lavín en las elecciones presidenciales 1999-2000 y tras la victoria de Sebastián Piñera en los años 2009-2010. Lo que en ambos casos permitió el acercamiento de la derecha al poder Ejecutivo tuvo que ver con que los candidatos se levantaron como individuos de corte tecnocrático, apolítico, que buscaban dar soluciones “reales” a los problemas concretos de los chilenos, discurso ciertamente ortodoxo en la derecha transicional que no se desmarcaba de lo defendido por la corriente “chicago-gremialista”. Asimismo, en ambos casos las candidaturas irrumpieron en un contexto de agotamiento de la coalición gobernante. De modo que el acercamiento al poder Ejecutivo por parte de la derecha es más atribuible una lógica pendular que al hecho de que este sector haya propuesto un proyecto renovado con ideas desarrolladas.

En lo que respecta al propio caso de estudio de este libro, en la sección 3.2.2 se examinaron diferentes problemáticas relacionadas con los eventos coyunturales “críticos” ocurridos en Chile entre los años 2010 y 2018. Esto es, eventos que, según lo visto en la sección 3.2, podrían haber suscitado una crisis en el sector derechista transicional capaz de empujar un proceso de renovación política e ideológica en este sector. En tal sentido, en la sección 3.2.2, se da respuesta a cinco interrogantes que ayudan a dilucidar si efectivamente –según la opinión de la propia *intelligentsia* derechista– la derecha transicional asistió a una crisis radical capaz de empujarla hacia la renovación entre los años 2010 y 2018. Estas interrogantes se refieren a distintos planos en los cuales el sistema-mundo de la derecha transicional pudo ser cuestionado entre los años aquí examinados, saber: el plano económico, el político, el moral y el de los intereses materiales del sector derechista. En tal sentido, las preguntas son las siguientes: ¿Hubo una crisis en la derecha entre los años 2010 y 2018? y ¿de qué tipo de crisis se trató? ¿Estuvo en crisis el modelo económico-social defendido por la derecha transicional entre los años 2010 y 2018? ¿Estuvo en crisis del modelo político defendido por la derecha transicional entre los años examinados? ¿Existió entre el periodo estudiado una crisis en la derecha transicional (sobre todo conservadora) desde el punto de vista moral? ¿Hubo una crisis de los intereses materiales de la derecha transicional en el marco de la coyuntura llamada “chilezuela”? Si es que hubo una crisis, ¿a qué se debió, entonces, la victoria Piñera en la elección presidencial de los años 2013-2014?

Con respecto a si hubo o no una crisis en la derecha transicional entre los años 2010 y 2018, lo que se puede extraer de las argumentaciones vertidas por los entrevistados es que las coyunturas que tuvieron lugar entre los años 2010 y 2018 no suscitaron una crisis extendida en el sector derechista. Esto es, una crisis que haya amenazado radicalmente al sector como sí sucedió con la derecha tradicional en los años 60. Por el contrario, lo que sucedió en la derecha transicional desde dicho entonces es que ha habido ciertas áreas específicas en las que este sector ha tenido problemas para posicionarse. Por ejemplo, el área de la fundamentación doctrinaria y la reflexión intelectual. Por otra parte, si es que efectivamente hubo una crisis durante el periodo aquí estudiado, según los entrevistados, aquella fue una crisis de legitimidad que dinamitó al sistema político chileno en general y no sólo la de los partidos políticos de derecha. Es más, pareciese ser que la izquierda se ha encontrado

en una crisis mayor que la derecha desde que se inauguró la democracia. Esto es, teniendo en cuenta que la derecha chilena, en el nuevo periodo democrático, ha asistido *de facto* a uno de los momentos más exitosos de su historia, al menos desde un punto de vista electoral. Además, según lo aquí expuesto, también es probable que las demandas que tuvieron lugar durante el periodo examinado tuviesen ciertamente un componente elitario. Por ende, según los entrevistados, todo parece indicar que la “crisis” suscitada entre los años 2010 y 2018 fue algo que se extendió a todo el sistema político chileno, sobre todo después de lo que se ha llamado el “agotamiento del pacto” o el “cambio de ciclo político”. No obstante, si es que hubo o hay un área conflictiva que pudo estar en crisis en la derecha durante el periodo en cuestión, fue el área de la reflexión ideológica o doctrinaria. Esto es, una área débil en la derecha transicional que no le permitió a este sector político, por ejemplo, enfrentarse con ideas o un sentido de justicia definido a la doctrina de los derechos sociales, a las movilizaciones estudiantiles y al gobierno de la NM.

Con respecto a si estuvo o no en crisis el modelo económico-social defendido por la derecha transicional entre los años 2010 y 2018, se debe señalar que tras los eventos ocurridos en la última década, según la opinión de los entrevistados, este último no asistió *de facto* a una crisis fundamental capaz de desmoronarlo. Esto tendría que ver con las siguientes factores. Primero, no había ni hay un proyecto alternativo al modelo capaz de remplazarlo. Segundo, todo pareciese indicar que las críticas al modelo provenían de la élite y no de la ciudadanía chilena en general. Es más, según lo aquí examinado, pareciese ser que a la ciudadanía chilena le agrada consumir y diferenciarse, aspectos que han sido garantizados y potenciados por el modelo en cuestión. Tercero, la insatisfacción del ciudadano chileno general no tenía que ver, al menos en dicho entonces, con la estructura misma del modelo a un nivel normativo, sino que más bien con que, a un nivel descriptivo, existían y existen claras limitaciones para que este último pueda ser incluido en él. Cuarto, los movimientos sociales nunca fueron mayoritarios y se han ido debilitando con el tiempo. Quinto, existió y existe una tensión entre la regla y el caso en el modelo, en el sentido de que normativamente este último posee ciertos principios, más dichos principios no se cumplen en la práctica, lo cual crearía insatisfacción y malestar en la ciudadanía. Esto es, dado que la gente quiere participar del modelo y no ser excluida. Sexto, el modelo no se ha mantenido inmutable desde su puesta en marcha con los *Chicago Boys*. De hecho, se ha ido modificando. Esto puede ser visto como un acto de heterodoxia o traición o puede ser visto como una oportunidad para repensar aspectos del modelo en virtud de las nuevas coyunturas sociales y políticas. Esto es, dado que el proceso de modernización en el que se estableció el modelo socioeconómico es un proceso continuo que generara cambios y tensiones. Séptimo, entre los años examinados, el modelo tampoco pudo ser puesto fácilmente en cuestión desde una perspectiva práctica, en tanto que el desarrollo de este último se inscribe en un proceso mundial del cual Chile también forma parte. Por último, la última elección presidencial fue ganada por Sebastián Piñera, un candidato presidencial que es hasta cierto grado representante ortodoxo del modelo. De modo que esto confirma, en la opinión de los entrevistados, que el modelo socioeconómico de desarrollo no estuvo en crisis durante el periodo aquí examinado.

Con respecto a si estuvo o no en crisis del modelo político defendido por la derecha transicional entre los años 2010 y 2018 (lo cual incluye a la Constitución de 1980, al abolido sistema binominal y la defensa de la democracia representativa), se puede sostener conforme a lo señalado por los entrevistados lo siguiente: primero, en términos generales, no hubo una crisis específica de la constitución defendida por la derecha chilena ni del modelo político enmarcado en ella. De hecho, si es que hubo una crisis política, esta última fue del sistema político representativo a un nivel global. Es

decir, una crisis general de representación. Segundo, la derecha no está ni estuvo –en términos generales– en contra de que la Constitución de 1980 fuese reformada. De hecho, esta última ya ha sido reformada casi su totalidad. De modo que en este plano político la derecha no se opuso ni se ha opuesto radicalmente al cambio. Por ende, según lo aquí señalado, no se considera que haya habido una crisis fundamental ni del modelo político imperante ni de su constitución, sino que más bien una sana y gradual evolución de esta última (incluso el nuevo sistema electoral podría estar incluido en esta evolución). Tercero, sobre el tema de la legitimidad de origen de la constitución, pues habría que decir que aquél tema no está ni fue resuelto en el periodo examinado. De hecho, algunos de los entrevistados ven en aquello un tema de gran importancia simbólica y arguyen que no se puede seguir teniendo una constitución que haya sido gestada durante el régimen militar. Sin embargo, aquella posición no quiere decir que estos entrevistados suscriban a la idea de una AC y la creación de una nueva constitución que parta desde cero. Es más, muchos de ellos piensan que la iniciativa de la AC es minoritaria y ensalzada únicamente por ciertos grupos que no lograron posicionarse hegemónicamente en Chile; y, por lo tanto, piensan que no tiene sentido crear una constitución desde cero teniendo en cuenta la estable y ciertamente reformista historia constitucional chilena. Asimismo, hay otras personas asociadas a la derecha que ni si quiera creen que el tema de la legitimidad de origen sea importante. De hecho, algunos de ellos piensan que el tema de la ilegitimidad de origen es algo natural en todas las constituciones del mundo. Además, sostienen que a quienes realmente le importa el asunto de la legitimidad es a una porción minoritaria de la sociedad chilena. Cuarto, en relación a la democracia participativa, pues todo pareciese indicar que aquella se constituye también como una iniciativa elitaria que, además, no ha podido ser explicada de una buena manera. En tal sentido, al estar aún en un terreno confuso, esta última iniciativa no ha supuesto una amenaza real para el sistema político vigente. Por lo tanto, en términos generales, la derecha no está orientada en modo alguno a promover una democracia participativa ni a apoyar un proceso constituyente con sede popular. De hecho, si es que tuviese que tener lugar algún tipo de proceso constituyente, como sostiene Herrera, este último podría ser aceptado en la derecha siempre y cuando tuviese lugar al interior del parlamento. Esto es, dado que, tras la reforma electoral al sistema binominal, las nuevas fuerzas políticas que surgieron en la calle ya tendrían una clara representación en la institucionalidad política. Por lo que no habría razón suficiente para seguir insistiendo en un proceso constituyente popular, al menos en lo que correspondió al periodo que tuvo lugar entre los años 2010 y 2018.

Con respecto a si existió o no entre el periodo estudiado una crisis en la derecha transicional desde el punto de vista moral, se puede sostener lo siguiente: primero, el auge del liberalismo valórico ha tenido lugar en Chile gracias a un cambio generacional y cultural que ha llegado para quedarse. Por ende, todo pareciese indicar que es un proceso ante el cual los sectores conservadores deben adaptarse. Segundo, adaptarse a las nuevas circunstancias, sobre todo desde una perspectiva práctico-política, no implica que los sectores conservadores renuncien a sus creencias. Más bien, dicha adaptación tendría que ver con una privatización de sus principios, en el sentido de seguir creyendo en ellos pero que no sean el motor principal de su discusión en el espacio público y en la competencia por el poder. En tal sentido, dicha privatización no implicaría no promover dichos valores conservadores, más bien tendría que ver con abrir nuevos espacios donde las ideas conservadoras acerca de la familia, la vida, etc., puedan ser promocionadas de manera activa y concreta. Tercero, a pesar del cambio generacional y valórico las ideas conservadoras pueden seguir sobreviviendo. De modo que todo pareciese indicar que no están en una crisis terminal. Sin embargo, también se puede señalar que estas últimas ya no serían un elemento fundamental a la hora de ganar elecciones (lo cual no implica que estas ideas estén

muertas o vivas, sino que habla más bien de su relevancia en la competición por el poder). De hecho, según algunos de los entrevistados, en la elección presidencial del año 2018, Piñera ganó holgadamente a pesar de tener una agenda ciertamente conservadora incluso en un entorno de progresismo moral. Por lo tanto, todo parece indicar que los temas morales, si bien actualmente están enmarcados en un contexto social y cultural progresista, no son actualmente aspectos gravitantes o de real interés para los chilenos en su conjunto. Quinto, teniendo en cuenta todo lo anterior, los conservadores deberían repensar sus principios si quieren que estos, en algún grado, puedan seguir vigentes públicamente en los nuevos tiempos. En tal sentido, como señala Mansuy, es probable que falte reflexión acerca de estos últimos. Por ejemplo, en relación a la idea tradicional de familia, una idea que colisiona con las familias monoparentales, con el auge de las parejas homosexuales y con el quiebre que existe entre la antigua relación supuestamente *sine qua non* entre familia y procreación. Sexto, dado que aún existen fuertes fragmentaciones en la derecha chilena, desde un punto de vista práctico, todo pareciese indicar que el éxito de la derecha, en su conjunto, depende de que dichas diferencias en torno a lo moral sean dejadas de lado para que los diversos sectores derechistas actúen de consuno en torno a las cosas en las que sí están relativamente de acuerdo, por ejemplo: el sistema económico y los modos para superar la pobreza (subsidiariedad). Y séptimo, Evópoli podría ser considerado como un partido político de derecha moderno que puede encarnar los valores y creencias de las nuevas generaciones. Esto es, en tanto se promueve a sí mismo como liberal tanto en lo económico como en lo moral.

Con respecto a si hubo o no una crisis de los intereses materiales de la derecha transicional en el marco de la coyuntura llamada “chilezuela”, son varias las conclusiones que se pueden sacar a partir del material analizado. Por una parte, cuando se compara la experiencia vivida por la derecha durante el gobierno de la NM con la que este sector vivió en los años 1960 y 1970, todos los entrevistados concuerdan de que dicha comparación no es posible. Esto es, en el sentido de que se trata de dos experiencias que poco tienen en común. En tal sentido, aquella comparación no tiene lugar dado que la reforma agraria tuvo consecuencias catastróficas para un sector derechista que otrora se fundaba económica y políticamente en el latifundio, mientras que las reformas realizadas por Bachelet –sobre todo la educacional y tributaria–, si bien fueron amenazantes, no alcanzaron a dinamitar el poder político ni el poder económico de la derecha chilena transicional. De hecho, el sistema económico-social neoliberal sigue vigente y la derecha llegó al Ejecutivo tras las elecciones de los años 2017-2018. Además, en tal respecto, la derecha económica contemporánea y la derecha agraria son dos derechas sumamente distintas. De hecho, mientras la primera dependía completamente de la estabilidad de la estructura latifundista; por su parte, la segunda, está abierta comercialmente al mundo y, por ende, posee una considerable independencia frente los procesos políticos y sociales locales. Así, ante cualquier eventualidad, dicha derecha puede tener sus recursos resguardados fuera de Chile. Asimismo, esta última tiene intereses ciertamente diversificados y es más poderosa en términos económicos que la derecha de hace 50 años. Como si esto fuese poco, la derecha transicional también está compuesta por individuos que viven en un Chile ajeno a los problemas reales de la gente, por lo que esta derecha puede perfectamente subsistir sin enterarse realmente, por ejemplo, de lo que sucede en el centro de Santiago. Esto es, en el sentido de que su vida no se ve afectada en términos prácticos por las protestas o las demandas de los grupos de presión. Además, se puede concluir que la comparación que se ha realizado entre gobierno de la NM y el caso de venezolano, según lo aquí expuesto, también carecería de sentido. De hecho, según los entrevistados, dicha comparación más que nada tenía una finalidad política; mientras que además esta última le hacía sentido sobre todo a quienes tenían una experiencia biográfica asociada a la experiencia de Venezuela o la UP. Por ende,

la idea de “Chilezuela” más que nada tuvo un impacto psicológico en ciertos grupos, más no representaba una realidad que estuviese teniendo lugar *de facto* en Chile. En tal sentido, el único modo en el que Chile y la derecha pudiesen haber asistido a una crisis como la que ocurrió durante los años 60 y 70, hubiese sido que la NM hubiese abolido el sistema de AFP. Esto es, un sistema en el cual ciertamente se funda la economía chilena. Por último, en términos de los intereses materiales de la derecha, se puede decir que, en el marco del gobierno de la NM, dichos intereses no fueron puestos en jaque. De hecho, lo único que realmente ocurrió fue una crisis psicológica o un temor generalizado en el sector producto de la inestabilidad suscitada por reformas mal hechas o establecidas de manera errática. En tal sentido, lo que pasó durante el gobierno de la NM fue que se instaló un discurso del terror frente a una situación ciertamente amenazante pero no crítica en el sentido de que pudiese efectivamente alterar las estructuras en las que los intereses materiales de la derecha se sustentaban.

Por último, con respecto a la victoria Piñera en la elección presidencial de los años 2013-2014, lo que se puede concluir es que la victoria de Piñera en la elección presidencial de los años 2017-2018 tuvo que ver con varios factores. En primer lugar, siendo uno de los factores fundamentales, el mal desempeño que tuvo la NM durante su primer y último período en el Ejecutivo influyó determinadamente en que la ciudadanía no quisiese dar continuidad al proyecto de dicha coalición política. En segundo lugar, dada la baja aprobación que tuvo el segundo gobierno de Bachelet y el desorden que tuvo lugar durante ejecución de las reformas estructurales que la NM quiso implementar, la ciudadanía interpretó en términos generales la elección presidencial de los años 2017-2018 como una en la cual estaba en disputa el orden social y económico de Chile. Ante esta disputa, Piñera encarnaba el orden, el retorno al pragmatismo y el crecimiento económico. De modo que se podría decir que nuevamente, según lo señalado por Fontaine, fue “el peso de la noche” uno de los factores que contribuyó a la victoria de la derecha. En tercer lugar, no sólo fue la necesidad de orden y la mala gobernanza que existió durante el segundo gobierno de Bachelet lo que influyó en la victoria derechista, sino que también hay factores asociados a ciertas virtudes del sector y a lo que este último defiende. De hecho, Piñera se situó para dicha elección como un líder pragmático, moderado, que fue capaz de hacer confluir en un mismo camino a distintos sectores de la ciudadanía y también a los distintos sectores de la misma derecha. De modo que Piñera contó para dichas elecciones con ciertas virtudes que contribuyeron a la victoria del sector derechista. Esto es, virtudes que tuvieron que ver con el perfil que encarna, pero también con su biografía, especialmente en lo que respecta a su previa experiencia como presidente de Chile. En tercer lugar, cabe señalar que también influyó en la derrota de la NM la fragmentación de la izquierda y el auge de un mal candidato presidencial. Este factor fue gravitante más allá del mal desempeño que tuvo el gobierno de Bachelet. De modo que la derecha, en el marco de esta elección presidencial, se enfrentó a una izquierda decaída y fragmentada. En cuarto lugar, también influyó en esta victoria derechista el hecho de que la derecha no estaba tan “moribunda” como se pensaba. De hecho, todo pareciese indicar que la ciudadanía nunca estuvo realmente en contra de ciertos valores y aspectos del sistema-mundo y económico promovido por este sector. Por lo que es posible argüir que la NM nunca fue realmente una mayoría y que este sector realizó una mala lectura de lo que realmente la ciudadanía quería, a saber: ser incluida en modelo. Es más, según lo señalado por las entrevistas, Chile siempre ha estado dividido y la derecha siempre ha tenido altas votaciones. De modo que la derecha ha sido y sigue siendo fuerte en Chile. Esto es, a pesar de lo sucedido durante el gobierno de Bachelet. En quinto lugar, también existen ciertas personas que señalan que la victoria de Piñera fue posible gracias a la movilización que realizó este sector producto del miedo que suscitó la campaña de “chilezuela” y las reformas mal realizadas por la NM. Este miedo hizo que la derecha

se movilizase en varios planos con el fin de obtener el poder para que no sucediese algo como lo que ocurrió durante la UP o como lo que actualmente sucede en Venezuela. Sin embargo, algunos de los entrevistados dicen que independiente de dicha movilización, la victoria de la derecha igual hubiese estado asegurada. Esto es, dado que esta última tuvo como principal factor la decadencia de la izquierda, la mala gestión del gobierno de la NM y la fragmentación de la izquierda. Por ende, se puede decir que la victoria de la derecha se debió tanto a las características del proyecto defendido por la derecha y su líder, así como también por la decadencia y fragmentación de la izquierda. En tal sentido, más allá de querer dilucidar cuál de estos aspectos fue el más gravitante, lo que importa para este estudio es poder sostener que, en el marco de esta victoria derechista, se puede concluir que la derecha estuvo lejos de estar en un estado crítico o moribundo entre los años examinados.

A pesar de que aquí se concluye que la derecha transicional no asistió a una crisis fundamental entre los años 2010 y 2018, lo cual, según lo examinado en la sección 1.1, no haría necesario, por ahora, un proceso de renovación política e ideológica en el sector, los entrevistados sí dan cuenta, empero, de que las coyunturas ocurridas entre los años estudiados efectivamente abrieron un espacio para el incipiente cuestionamiento de ciertas ideas y prácticas características de la derecha transicional. En tal sentido, dicho cuestionamiento se dio en el marco de cuatro temáticas fundamentales: primero, el cambio generacional y la emergencia de nuevos actores en la derecha transicional; segundo, el cuestionamiento de subsidiariedad y la focalización en el contexto de las nuevas clases medias; tercero, el auge del liberalismo moral en la derecha chilena en el marco del nuevo partido político, Evópoli; y cuarto, la revalorización de las ideas y la política en la derecha.

El problema generacional examinado en la sección 3.3.1 se enmarca en un proceso donde las nuevas generaciones no han tenido espacio para surgir dentro de los partidos políticos transicionales. En tal sentido, dicha falta de espacio se ha debido principalmente a que los líderes de estos partidos políticos no quieren dejar el lugar que han mantenido desde que se inauguró la democracia, lo cual tuvo lugar en el marco de un sistema electoral que tampoco hacía necesaria la incorporación de nuevos actores cuando se trataba de asegurar el éxito político. De este modo, los nuevos actores han tenido que encontrar su lugar en la política chilena mediante la creación de nuevos partidos políticos o movimientos alternativos. Ahora bien, específicamente en relación a la derecha, hay tres cuestiones importantes que vale la pena destacar. En primer lugar, las nuevas generaciones en este sector no han logrado integrarse a la política en el marco de los partidos políticos transicionales puesto que los viejos líderes de los partidos políticos aún son fuertes en ellos. Esto es, lo cual disminuye la necesidad de renovación generacional en el sector. En segundo lugar, la narrativa defendida por los integrantes de los partidos políticos transicionales es en ciertos aspectos distinta a la encarnada por las nuevas generaciones de derecha. Esto es, debido principalmente a la distancia que las nuevas generaciones tienen con respecto al pasado dictatorial. En tal sentido, las nuevas generaciones no pueden homogenizar su narrativa con la de los viejos partidos políticos ni pueden, siendo parte de un contexto histórico y social radicalmente distinto, vivir con épicas prestadas. En efecto, la pugna generacional no sólo tiene lugar cuando se trata de conseguir un espacio político concreto, sino que también tiene lugar a la hora de disputar el espacio discursivo al interior de la derecha. En tercer lugar, la emergencia de nuevos actores en la derecha tampoco tiene que ver únicamente con la necesidad de establecer una épica distinta a la defendida por la generación formada durante la transición y el régimen militar, sino que también con la necesidad práctica de fomentar un área que fue dejada de lado por la antigua generación derechista: la ideológica o doctrinaria. En tal sentido, sobre todo tras los acontecimientos surgidos a partir del año 2011, la derecha transicional careció de respuestas teóricas que pudiesen haber

contrarrestado el efecto de elaboraciones asociadas, por ejemplo, a la doctrina de los derechos sociales. De hecho, fue en el marco de esta problemática que surgieron los nuevos *think tanks* de derecha estudiados en la sección 5.2 y algunos libros escritos por jóvenes intelectuales del sector que diagnosticaban la necesidad de revalorar el área ideológica.

Con respecto al problema de la subsidiariedad y focalización examinado en la sección 3.3.2, lo que se puede apreciar son dos cuestiones fundamentales. Por un lado, que existe en la derecha un discurso ortodoxo respecto a lo que es la focalización y la subsidiariedad. Esto es, en el sentido de que se trata de un discurso de raíces libertarias y corporativistas que lo que busca es que el Estado no crezca y que no sea garante de ninguna política que vaya más allá de focalizar recursos hacia los sectores vulnerables –sea cual sea el tamaño de estos sectores en un país–. Mientras que, en un segundo lugar, existe una orientación en la derecha –teniendo en cuenta sobre todo la expansión de la clase media– que ve un valor político en la expansión de la focalización. En tal sentido, para justificar dicha expansión, los derechistas que están a favor de esta adecuación de la focalización y la subsidiaridad a las nuevas coyunturas, sostienen dos argumentos esenciales. En primer lugar, plantean que aumentar el gasto público en los sectores de clase media no significa que estos últimos sean tratados del mismo modo que las clases vulnerables. De hecho, según lo examinado, dicha expansión de la focalización está teniendo lugar únicamente en áreas específicas donde, por ejemplo, en el marco de un evento catastrófico, las familias de clase media podrían retroceder de escalafón socioeconómico o quedar fuera del mercado. Por ende, la lógica que estaría aplicando la derecha en este proceso de expansión de la focalización tendría que ver más con seguros sociales que con derechos sociales. En segundo lugar, según lo examinado, el hecho de que se expanda la focalización no quiere decir que la derecha deba renunciar al principio de la subsidiariedad. De hecho, dicho principio admite variaciones en el porcentaje del gasto público que es focalizado, puesto que se trata de un principio que debe ser puesto en práctica de una manera prudencial. De modo que esto último ayuda a que los intentos de hacerse cargo de la clase media –ya sea por razones electorales o de otro tipo– no impliquen *per se* una traición a estas ideas que por antonomasia han sido defendidas por el sector derechista durante las últimas décadas. Así, lo que se puede apreciar en la derecha en torno al problema de la expansión de la clase media y cómo dicha expansión se relaciona con la subsidiariedad y la focalización, es que más que renovar estas ideas, la derecha estaría adaptando estas últimas a las problemáticas del Chile contemporáneo según sus propias necesidades.

Con respecto al tema del auge del liberalismo moral en la derecha, asunto que es tratado en la sección 3.3.3, lo que se puede señalar tiene que ver con dos cuestiones fundamentales. Por un lado, el liberalismo moral de Evópoli habría llegado para interpretar a toda una generación de derecha que es y se siente ajena al pasado dictatorial y al conservadurismo moral de los partidos políticos transicionales. Mientras que, en segundo lugar, existen otras opiniones dentro de la derecha que plantean que el liberalismo moral de Evópoli no debería ser llamado de derecha. Esto es, dado que aquél se apega a la agenda progresista que ha sido determinada por la izquierda en las últimas décadas, así como también porque dicho liberalismo prescindiría de ciertas ideas fundamentales que algunos considerarían esenciales dentro del ideario derechista. Esto es, ideas principalmente ligadas a la nación y el orden. En tal sentido, estos sectores han llamado despectivamente al liberalismo moral de Evópoli como un “liberalismo rosa”.

Por último, con respecto a la revalorización de las ideas y la política en la derecha transicional, asunto que es tratado en la sección 3.3.4, el diagnóstico es claro según lo expuesto por los entrevistados. En primer lugar, tras la caída del muro de Berlín y la derrota de la izquierda

revolucionaria, la derecha se quedó sin un enemigo al enfrentar –sintió que tenía la batalla ganada– y esto derivó en que esta última dejase de lado las ideas para enfocarse en las políticas públicas y la gestión. En efecto, para la derecha transicional, las ideas emanadas de la sociedad libre ya no estaban puestas en cuestionamiento tras el retorno a la democracia y, por lo tanto, lo único que había que hacer era desarrollar políticas públicas que estuviesen inspiradas en aquellas ideas. Dicha “pereza” intelectual, la cual estaba justificada por el sentimiento de victoria, derivó en que, en el marco del nuevo contexto de cambio generacional y valórico, comenzaron a resurgir ideas asociadas al igualitarismo, estatismo, colectivismo; las cuales, a su vez, tuvieron su epicentro en la lucha estudiantil asociada a la promoción de los derechos sociales. En tal sentido, tras el auge dichas ideas promocionadas por los movimientos sociales y encarnadas después por el gobierno de la NM, la derecha transicional no contaba con herramientas ideológicas o doctrinarias profundas para hacerle frente a dichas coyunturas. De modo que, en el marco esta situación, surgieron nuevos intelectuales y *think tanks* derechistas que mediante distintas investigaciones y perspectivas comenzaron a dar cuenta del problema intelectual que enfrentaba el sector. De hecho, fue durante el primer gobierno de Piñera que de manera extendida se hizo patente el problema de la falta de relato y la carencia de un sustento doctrinario poderoso en la derecha. Esto es, en el marco de un gobierno tecnocrático enfocado en la gestión. En segundo lugar, otra de las conclusiones que se puede extraer de lo señalado por los entrevistados, es que si bien durante el régimen militar y en el contexto de la Guerra Fría una de las lógicas que permeó a la derecha chilena fue el apoliticismo, esto no quiere decir que en democracia la derecha sea apolítica. En tal sentido, se puede decir que, si bien la derecha transicional ha pretendido ser a ideológica en democracia, aquello no quiere decir que ella haya querido ser apolítica. De hecho, está última ha participado fuertemente en la política democrática en el marco de dos partidos: la UDI y RN. Por lo que todo pareciese indicar que la derecha transicional, sobre todo en el caso de la UDI, no es que deprecie a la política en cuanto tal, sino que más bien desprecia a un modo particular de hacer política, uno en el cual los intereses de los individuos y los cuerpos intermedios se ven subordinados por las orientaciones colectivizantes de los partidos políticos, sobre todo los de izquierda. Por último, la necesidad de la derecha de desarrollar ideas profundamente no tiene que ver únicamente con el hecho de que esta última deba responder a las nuevas tendencias y discursos surgidos tras el auge de los movimientos sociales y la NM. Por el contrario, la revalorización de las ideas y el desarrollo de estas últimas también tiene que ver con la necesidad de profundizar en el ideario en el cual se enmarca el modelo socioeconómico, político y moral defendido por la derecha chilena. Esto es, ya sea para dotarlo de una densidad ideológica que permita a la derecha justificarlo en áreas, por ejemplo, como la justicia social y la defensa de la libertad; así como también para reflexionar acerca de este último y vislumbrar si las ideas que lo justifican aún son válidas o deseables en el contexto actual de Chile.

Las demandas sociales que el gobierno de la NM pretendió encarnar y conducir durante su periodo presidencial, según lo visto en el capítulo 3, se extendieron a una serie de planos que hasta cierto punto amenazaron el sistema-mundo defendido por la derecha transicional, lo cual llevó a que se diseminase la idea de que la derecha estaba en una crisis. Esto último, según lo apreciado tanto en el capítulo 3 como 4, dio lugar al auge de una nueva generación de individuos con una fuerte orientación intelectual humanista en la derecha que sostuvieron que uno de los mayores problemas de la derecha era que en esta última existe un exacerbado economicismo y una “carencia de principios” suficientemente reflexionados y/o diseminados capaces de hacer frente al entorno político y social del Chile contemporáneo, a saber: un entorno que, según lo señalado por algunos de estos intelectuales, exige la

incorporación de nuevas lógicas de pensamiento ajenas a los discursos de la Guerra Fría, el proceso transicional y el “chicago-gremialismo”. En efecto, la incorporación de estas nuevas lógicas de pensamiento –según lo expresado por algunos de estos individuos– podría ayudar a que la derecha transicional pudiese comprender y contribuir con mejores alternativas a las nuevas problemáticas de la sociedad chilena, las cuales se relacionarían no tanto con los temas técnico-económicos o la dicotomía democracia-autoritarismo, sino que con la equidad de género, el matrimonio igualitario, la definición de los derechos sociales, entre otras problemáticas que hablan de justicia social y que no pertenecen *per se* al proceso transicional. De este modo, esta nueva generación de intelectuales derechistas –la cual está formada por antropólogos, filósofos e historiadores, entre otros–, sostuvo, en términos generales, entre los años 2010 y 2018, sobre todo tras la derrota del “cosismo” lavinista, las fuertes críticas que sufrió la primera administración tecnocrática de Piñera y el auge de los movimientos sociales (2011), que uno de los mayores problemas de la derecha transicional es la “carencia de un relato”. Esto es, una “carencia de relato” directamente relacionada con una “crisis intelectual”, la cual no le permitiría a la derecha transicional –estando liderada por intelectuales expertos que han sido hegemónicos en el sector desde el régimen militar de Pinochet (véase sección 4.1)– elaborar una narrativa lo suficientemente reflexionada que le permita a este sector dotar de un sentido político al proyecto que quiere defender.

Este auge de una nueva intelectualidad humanista en la derecha chilena, el cual tuvo lugar entre los años 2010 y 2018, estuvo cruzado por varios asuntos fundamentales que fueron examinados en las secciones 4.2.1, 4.2.2, 4.3 y 4.3.1. El primero de estos asuntos es la extendida creencia de que en la derecha chilena históricamente no ha habido una intelectualidad humanística relevante. Esto es, un asunto que delimita los contornos del actual “renacimiento” intelectual en la derecha chilena. El segundo de estos asuntos tiene que ver con cuál es el origen del auge de este nuevo intelectual humanista en la derecha. Es decir, ¿por qué surgieron estos intelectuales humanistas entre los años estudiados? El tercero de estos asuntos tiene que ver con cuál es la necesidad de los nuevos intelectuales humanistas en la derecha y cuál es el nivel de influencia que estos *de facto* tienen en la derecha partidaria y empresarial. Esto es, un aspecto sumamente importante para dilucidar si realmente este “renacimiento” intelectual es relevante. Mientras que el cuarto de estos asuntos tiene que ver con cuáles son las diferencias existentes entre los nuevos intelectuales humanistas de derecha y los que surgieron en el proceso transicional. Esto es, una interrogante que permite examinar –según las directrices teóricas de la sección 1.2.1– las diferencias generales y específicas existentes entre los nuevos intelectuales humanistas y los intelectuales transicionales, ya sean humanistas o expertos.

Con respecto al primer asunto, el cual tiene que ver con la supuesta histórica debilidad intelectual humanística de la derecha chilena, según lo examinado en la sección 4.2.1, parece evidente que la derecha chilena, contrariamente a la creencia que lo niega, sí ha tenido intelectuales humanistas a lo largo de su historia. Sin embargo, el reconocimiento y la expansión de dicha intelectualidad se ha visto entorpecida por una serie de factores. En primer lugar, los intelectuales humanistas en la derecha no han sido demasiados; mientras que, además, en términos generales, estos últimos se han dedicado sobre todo a la labor académica más que a la intelectualidad pública. Por ende, estos últimos no han estado demasiado interesados ni han podido influir gravitantemente en la derecha política y económica. En este respecto, una excepción a esta situación podría ser Jaime Guzmán, aunque en dicho caso hay que señalar que Guzmán tuvo una gran influencia política en el marco de un gobierno autoritario donde la derecha partidaria no se encontraba realmente activa. De modo que en este respecto cabe señalar que uno de los mayores problemas que la derecha intelectual ha tenido a lo largo de su historia es que

a esta última le ha costado establecer lazos sólidos tanto con la derecha política como con la económica en Chile. Esto es, un fenómeno que ha sido ciertamente opuesto cuanto se aprecia la experiencia de la izquierda. En segundo lugar, otro factor importante que ha debilitado el auge de una intelectualidad humanista en la derecha –al menos en lo que corresponde al periodo transicional– ha sido que el capital humano de la derecha en dicho periodo se volcó hacia la política más que hacia el desarrollo de las ideas. Esto es, dado que tras el retorno a la democracia, además de que el intelectual humanista y el mundo de las ideas estaban desprestigiados, sucedía también que *de facto* la derecha necesitaba un mayor capital político (y no intelectual) para competir en el nuevo entorno partidario. En tercer lugar, otro factor a considerar, es que dentro del mundo de la derecha –en términos generales– ya sea por pudor o vergüenza, ha habido una suerte de rechazo al intelectual humanista desde el punto de vista de la autodefinición. En tal sentido, algunas de las posibles razones de este rechazo no es sólo que exista un sentimiento de repulsión en la derecha con respecto a la intelectualidad humanista, lo cual llevaría a los intelectuales de este sector a no querer identificarse de esa manera; sino que también sucede que en este sector político el intelectual ha sido ciertamente sacralizado. Es decir, en este sector el intelectual es visto –por algunos– como un individuo “superior” que habla desde su torre de marfil sin mezclarse con los asuntos políticos o públicos. En cuarto lugar, otro factor explicativo de este fenómeno es que –también en términos generales– la izquierda ha hegemonizado a la intelectualidad humanista. Esto no quiere decir que no haya habido intelectuales humanistas de derecha, sino que más bien que estos últimos no han sido mayoritarios; mientras que, además, estos no han tenido una gran influencia en la derecha política y económica. En tal sentido, en la derecha siempre ha habido grupos de individuos que se han interesado por las ideas. Sin embargo, dichos grupos no han sido hegemónicos ni han tenido una influencia gravitante en los círculos políticos o económicos. En quinto lugar, otro factor que explica esta situación es que en la derecha ha habido una suerte de olvido de los intelectuales humanistas que pertenecieron al sector. En efecto, tras el auge de el intelectual experto y la consolidación de la corriente “chicago-gremialista”, la derecha ha olvidado que, dentro de sus otras hebras ideológicas, por ejemplo, nacionalismo, socialcristianismo, entre otras, ha habido intelectuales humanistas como Góngora, Encina y Edwards, intelectuales que realizaron una labor crítica con respecto a la derecha de su tiempo. En sexto lugar, otro factor explicativo es que, tras el retorno a la democracia, surgió una suerte de “imperialismo económico”. Esto es, un tipo de imperialismo que no sólo relegó al olvido a los intelectuales humanistas (quienes ya no serían necesarios para explicar la realidad y modelar la sociedad), sino que también produjo una falta de *stock* de intelectuales humanistas en la derecha en tanto que, para las familias de este sector, se ha transformado casi en un pecado que un integrante familiar estudie filosofía, historia, antropología, entre otras disciplinas asociadas a las ciencias sociales y humanidades. Así, lo único que operaría en estas familias derechistas sería una racionalidad económica y práctica que no ve en el estudio de este tipo de disciplinas humanísticas una gran utilidad.

¿Quiénes han sido, entonces, los intelectuales humanistas de derecha en Chile? Las respuestas expresadas por los entrevistados se orientan –en términos generales– hacia los mismos individuos cuando de trata vislumbrar quienes han sido los más importantes intelectuales de la derecha durante su historia (Edwards, Encina, Góngora, etc.). Sin embargo, es preciso destacar que la mayoría de estos intelectuales humanistas “derechistas” han tenido lugar sobre todo en el marco de las orientaciones nacionalistas o conservadoras dentro de la derecha. Esto es, al menos en lo que respecta al siglo XX. En tal sentido, el pensamiento liberal de corte humanista tuvo lugar en el sector más que nada durante el siglo XIX, un momento donde no existía la derecha partidaria en cuanto tal. Durante el siglo XIX,

las mayores disputas intelectuales tuvieron lugar más que nada entre liberales y conservadores, sectores políticos e ideológicos que sólo a partir de 1930 son apreciados por la literatura como derecha. Por otro lado, intelectuales como Góngora, Edwards y Encina, no sólo no influyeron gravitadamente en la derecha política y económica de su tiempo, sino que además fueron críticos de esta última. De modo que si bien estos pensadores fueron influyentes en Chile (incluso influyendo en los sectores reformistas), estos últimos no estuvieron en sintonía ni con la derecha política ni con la derecha económica de su tiempo. Por otra parte, quizá el caso más controversial respecto a la intelectualidad derechista en Chile es el de Jaime Guzmán, un intelectual que por muchos es visto únicamente como un político con habilidades intelectuales, el cual modificó su orientación de pensamiento según las necesidades coyunturales de la política. Esto es, pasando de ser un gremialista ortodoxo, conservador-hispanista y católico, a ser un sujeto que transó con el neoliberalismo en un contexto autoritario. Finalmente, quizá una última apreciación que se podría realizar respecto a los intelectuales humanistas de derecha chilenos es que la mayoría de ellos históricamente se han encontrado sobre todo en los sectores conservadores y nacionalistas de la derecha (al menos durante el siglo XX y XXI); mientras que la mayoría de los intelectuales expertos se han encontrado en el sector liberal. En tal sentido, la mayoría de los nuevos intelectuales humanistas que han surgido (Herrera, Ortúzar y Mansuy) podrían ser situados al interior del pensamiento socialcristiano, nacionalista y conservador, más no dentro del (neo)liberalismo promovido extendidamente en la actualidad por los partidos políticos de derecha. Esto es, partidos políticos que surgieron en el régimen militar y que han sido fuertemente influidos por la corriente “chicago-gremialista”. En efecto, las excepciones a esta regla podrían ser los casos de Valentina Verbal y Axel Kaiser, dos individuos que se han evocado a revitalizar dentro de una derecha economicista la importancia de las ideas en las cuales se sustenta el libre mercado y la llamada sociedad abierta.

Con respecto al segundo asunto, el cual tiene que ver con cuál es el origen de la nueva intelectualidad humanista de derecha en Chile, según lo señalado en la sección 4.2.2, se puede constatar, según los entrevistados, lo siguiente: primero, uno de los factores explicativos de este fenómeno es que ha habido un agotamiento del discurso dominante que la derecha transicional defendió desde que se inauguró la democracia, a saber: el discurso “chicago-gremialista”. De hecho, dicho discurso sirvió sobre todo en un contexto determinado –Guerra Fría y transición democrática–, pero este último ya no sirve para enfrentar las problemáticas de la sociedad chilena contemporánea. Esto es, una sociedad donde, por ejemplo, la clase media y sus exigencias se han expandido, la pobreza se ha reducido y donde los temas principales de la agenda nacional son la equidad de género, los derechos sociales, la inmigración, entre otras temáticas. En efecto, la derecha transicional, un sector que ha seguido en términos generales el discurso “chicago-gremialista”, habría dejado de pensar acerca de sus propios principios y valores, creyendo en una fórmula que estaría obsoleta. Es por dicha razón que la derecha no habría sabido dar respuestas a los movimientos sociales, movimientos que se enfocaron en temas relacionados con la justicia social (los derechos sociales, por ejemplo) más que a temas asociados con el crecimiento económico del país (temas que los intelectuales expertos de derecha han estado acostumbrados a defender mediante documentos técnicos). Así, dichas temáticas, las cuales hacían supuestamente necesaria una respuesta humanista, no pudieron ser respondidas por una intelectualidad acostumbrada a responder con cifras y gráficos. Esto es, pues se trataba de una intelectualidad experta obsesionada con la administración tecnocrática del Estado, una orientación heredada principalmente de los *Chicago Boys*. De este modo, fueron estas circunstancias las que empujaron a distintos jóvenes intelectuales humanistas de derecha, sin estar coordinados previamente,

a dar un diagnóstico similar respecto a la situación de la derecha en Chile, lo cual potenció el auge de una intelectualidad humanista en el sector. Segundo, hubo un importante cambio generacional sufrido en el sector, un cambio que ha traído a la arena política e intelectual a nuevos actores derechistas que no están conformes con los modos ni con el contenido mediante los cuales los partidos políticos de derecha transicional y sus correspondientes centros de estudios se han enfrentado las problemáticas del Chile contemporáneo. Dicha insatisfacción experimentada por estos nuevos actores habría llevado a esta nueva generación a constatar el hecho de que en la derecha existiría una debilidad en lo que corresponde a su relato o trabajo doctrinal. Así, esta nueva generación habría emergido en el sector derechista con el fin de llenar dicho “vacío” desde una perspectiva distinta a la encarnada por los actores de la derecha transicional. Tercero, no fue solamente que hubiese una “carencia de relato” lo que permitió –en el marco de este cambio generacional– que hubiese una suerte de retorno del intelectual humanista en la derecha, sino que también el hecho de que las nuevas generaciones no tenían un espacio definido en la derecha partidaria. Esto es, dado que los viejos líderes políticos del sector –los hijos del proceso transicional– aún estaban vigentes. Esto habría dado lugar –según lo visto en este estudio– a dos fenómenos: por un lado, al surgimiento de una nueva intelectualidad humanista en la derecha, una intelectualidad compuesta por individuos que, al no encontrar un espacio en la política, se dirigieron hacia la academia; por otro lado, al surgimiento de un nuevo partido político de derecha, Evópoli. Esto es, un partido que si bien está en la misma coalición de los partidos transicionales, está formado por jóvenes que han buscado alejarse de las lógicas de pensamiento heredadas del régimen militar y la transición.

Con respecto al tercer asunto, el cual tiene que ver con cuál es la necesidad y el nivel de influencia que *de facto* esta intelectualidad tiene en la derecha partidaria y económica, según lo señalado en la sección 4.2.2, se debe sostener que, según señalan algunos de los entrevistados, contar con un intelectual humanista capaz de articular ideas públicamente es algo sumamente necesario en la derecha. Esto es, en el sentido de que dicho tipo de intelectualidad crea coordenadas para la discusión sobre temas de interés público que no se basan únicamente en criterios económicos o electorales. En tal sentido, si bien los criterios económicos son de gran importancia, los cuestionamientos acerca de si algo es justo o no desde una perspectiva moral, por ejemplo, también son importantes a la hora de desarrollar una comunidad política. De modo que es en aquél sentido que los intelectuales humanistas serían necesarios en la derecha. Sin embargo, esto no quiere decir que *per se* haya una emergencia de intelectuales en el sector. De hecho, a pesar de que lo señalado sea razonable en términos normativos, en términos descriptivos, por el contrario, al menos en lo que respecta al éxito electoral, la derecha no dependió de la intelectualidad humanista para alcanzar el Ejecutivo en la última elección presidencial. De este modo, el imperativo que tiene que ver con la necesaria formación de una intelectualidad humanista en la derecha pareciese tener que ver más con el deber ser que con que *de facto* este sector político necesite a este tipo de intelectuales para ser exitoso. Esto es, al menos en lo que correspondió al periodo que tuvo lugar entre los años 2010 y 2018. Por ende, es necesario establecer una clara diferencia entre las aspiraciones normativas y lo que realmente sucede en la derecha política y económica a un nivel descriptivo. Además, aunque haya un debate intelectual intenso en ciertos círculos académicos de la derecha, dicho debate no tiene porqué influir en la política contingente. Esto es, dado que los políticos se moverían más que por las ideas desarrolladas por intelectuales, por las necesidades prácticas de sus votantes, necesidades que a menudo tiene que ver con el corto plazo. De hecho, este es un fenómeno que se puede vislumbrar incluso más intensamente en la derecha chilena, a saber: un sector donde el “cosismo” y la gestión tecnocrática de los asuntos concretos siguen teniendo

un gran impacto entre los sectores sociales que apoyan a la derecha. En efecto, la política contingente y la solución de los problemas específicos de la ciudadanía –no la solución de problemas estructurales– han sido lugares comunes para los sectores sociales y políticos derechistas. Es decir, sectores que normalmente no se han querido evocar a modificar el *statu quo* y a realizar reformas estructurales que tienen como misión modificar a la sociedad, la política y la economía en el largo plazo y ciertamente de un modo más intenso. Asimismo, según lo señalado por los entrevistados, todo pareciese indicar que los políticos y los intelectuales en la derecha están divorciados. Esto tendría que ver con que el sector político de derecha –en términos generales– no estaría interesado en el desarrollo ideológico y en las temáticas relacionadas con el reforzamiento de un relato. Por lo que mientras esta situación persista, pues es difícil que los intelectuales humanistas en la derecha puedan tener un impacto real tanto en la derecha política como en la económica. Esto es, una derecha que defiende sus intereses cortoplacistas sobre todo en el plano político. En tal sentido, es ciertamente difícil que la nueva intelectualidad humanista de la derecha tenga una real cabida en el sector mientras la derecha transicional posea las características anteriormente mencionadas. Sin embargo, como también se ha señalado en este trabajo, la derecha está experimentando un cambio generacional donde los nuevos actores en el sector están encargándose de abrirle un espacio –aunque sea lentamente– al plano de las ideas en la derecha. Este cambio es lento y aún no muy efectivo en la derecha política y económica, pero está sucediendo. No obstante, no se puede predecir el alcance que este último tendrá en los próximos años. De modo que, por lo pronto, no puede haber un diagnóstico concluyente en este respecto más que el que plantea que más que una emergencia de una intelectualidad humanista en la derecha, actualmente existen jóvenes derechistas que –desde distintas posturas humanísticas– están tratando de posicionarse en un sector que históricamente no le ha dado un lugar privilegiado al desarrollo ideológico.

Por último, el cuarto asunto, el cual es tratado en las secciones 4.3 y 4.3.1, tiene que ver con las diferencias generales y específicas existentes entre la nueva intelectualidad humanista de derecha y la intelectualidad transicional. En tal sentido, en la sección 4.3 se identificaron dos grupos de características diferenciadoras generales entre los intelectuales derechistas. El primer grupo de características tiene que ver con el tipo de disciplinas que estos nuevos intelectuales humanistas desarrollan y los lugares donde estos últimos las han estudiado, aspectos que se diferencian notoriamente del perfil que ha tenido el intelectual de derecha transicional en Chile; mientras que el segundo grupo de características tiene que ver con las estrategias adoptadas por estos nuevos intelectuales cuando se trata de la diseminación de sus reflexiones acerca de la sociedad y la política. Esto es, estrategias que se diferencian considerablemente de las detenidas por los intelectuales de la derecha transicional, ya sean expertos o humanistas.

En lo que respecta al primer grupo de características generales, hay que destacar que estas últimas tienen que ver con que intelectuales como Hugo Herrera, Axel Kaiser, Pablo Ortúzar y Daniel Mansuy (nuevos intelectuales), por ejemplo, no orientaron sus estudios únicamente hacia la economía, la ingeniería, las leyes u otro tipo de disciplina asociada a la figura del intelectual experto transicional, sino que todos ellos realizaron sus estudios de postgrado o de pregrado –dependiendo del caso– en el área de la filosofía, antropología e historia, entre otras disciplinas asociadas a las ciencias sociales o humanidades. Esto es, contrariamente a lo que, por ejemplo, realizaron individuos como Luis Larraín o Cristián Larroulet o en su tiempo *Chicago Boys*. Asimismo, como si aquello fuese poco, casi todos estos nuevos intelectuales humanistas, si se les compara con los intelectuales de la derecha anteriormente señalados, quienes realizaron sus estudios de postgrado por antonomasia en tierras

estadounidenses, se fueron a realizar sus estudios de postgrado a Europa. Esto es, a lugares como Francia, Alemania e Inglaterra, lo cual definitivamente contrasta con ideal intelectual establecido por la corriente “chicago-gremialista”, a saber: un ideal que privilegia la figura del intelectual-economista que posee estudios de postgrado en universidades norteamericanas. Así, los nuevos intelectuales humanistas que han surgido en la derecha no sólo han puesto en cuestionamiento la tendencia generalizada en la derecha que ensalza como figura predominante al intelectual experto, sino que también han puesto en cuestionamiento la tendencia de que la *intelligentsia* derechista debe realizar sus estudios de postgrado en universidades norteamericanas. Esto es, una tendencia que habría sido impulsada por la corriente “chicago-gremialista” en la derecha. En tal sentido, no sólo Herrera, Bellolio y Mansuy se fueron a Europa, sino que también Kaiser y Ortúzar. El primero se fue a Alemania y el segundo a Inglaterra. Lo cual refuerza la idea de que actualmente hay un cuestionamiento de las tendencias intelectuales que han sido dominantes en la derecha transicional.

¿A qué se debe específicamente que estos jóvenes derechistas hayan escogido disciplinas humanísticas y no ingeniería comercial o economía? ¿Qué fue lo que los motivó a integrarse a los estudios humanísticos en un contexto donde el intelectual humanista en la derecha no ha tenido una valoración positiva tanto por razones prácticas como ideológicas? La necesidad que estos jóvenes derechistas tuvieron de estudiar disciplinas humanísticas tuvo que ver en gran medida con que estos últimos percibieron que a la derecha transicional le faltaban herramientas para comprender la realidad de una manera amplia. Por lo que para estos jóvenes derechistas la economía, siendo esta última una disciplina hegemónica en el sector, se tornó una disciplina necesaria pero insuficiente cuando se trata de comprender la realidad de un modo acabado. Asimismo, la interdisciplinariedad en la derecha no sólo se volvió para esta nueva generación derechista un imperativo para entender adecuadamente los fenómenos sociales, sino que también para poder elaborar un relato que sea capaz de discutir de igual a igual con una izquierda que se ha caracterizado por tener una mayor riqueza disciplinar. Además, estos jóvenes derechistas se dedicaron a las humanidades dado que en la sociedad chilena se experimentó la necesidad del retorno de este tipo de intelectualidad. Esto es, dado que los tipos de problemas que está experimentando actualmente la sociedad chilena serían cualitativamente distintos a los problemas vividos en el pasado, en el sentido de que estos ya no serían económicos sino que culturales. En tal sentido, que el foco de interés de los problemas actuales de la sociedad chilena no esté puesto mayoritariamente en el crecimiento económico sino que en la equidad de género, el matrimonio homosexual o en la definición qué es un derecho social, ha traído consigo el auge de una nueva generación de individuos que ha buscado dar respuesta a las problemáticas de su tiempo. Por ende, más que la derecha esté experimentando en una emergencia relativa a una supuesta crisis intelectual, el diagnóstico sería, por el contrario, que en la sociedad chilena contemporánea las problemáticas se han orientado a los temas culturales, lo cual ha abierto un espacio donde la intelectualidad humanista –dado el tipo de herramientas que posee– podría tener una mayor importancia que intelectualidad de tipo experto. Así, el tránsito desde intelectual experto hacia el humanista al interior de la derecha chilena durante la última década ha tenido que ver más que nada con que las problemáticas actuales de Chile exigen respuestas que no sean únicamente de tipo técnico-experto, sino que sean, por ejemplo, morales o políticas. En tal sentido, el *locus* problemático en Chile ha cambiado de manera general Chile, sin embargo, en la derecha, dicho cambio ha tenido una mayor notoriedad dado que en dicho sector las ideas y la cultura han estado históricamente relegadas a un segundo plano, sobre todo desde el retorno a la democracia.

En lo que respecta al segundo grupo de características generales, una de las diferencias más importantes entre esta nueva intelectualidad humanista de la derecha y la intelectualidad experta surgida en el proceso transicional, es que la primera ha adoptado una postura ofensiva y reflexiva que se aleja enormemente del rol defensivo de la segunda. En tal sentido, la intelectualidad experta, habiendo ingresado a la democracia con un modelo protegido por los enclaves autoritarios, el sistema binominal y una Concertación caracterizada como “complaciente”, se dedicó –durante los últimos veinte años y sobre todo mediante documentos técnicos– a defender el modelo heredado del régimen militar. Esto es, algo que la nueva intelectualidad humanista en la derecha –con excepción del caso de Kaiser– no está realizando, en tanto que esta última entiende como labor primordial la necesidad repensar y criticar los principios que la derecha transicional ha detentado desde el retorno a la democracia con el objetivo de saber si estos últimos están aún vigentes, son necesarios o si necesitan ser replanteados. En tal sentido, intelectuales humanistas como Herrera (2014), Mansuy (2016c) y Ortúzar (2012) han adoptado una postura ofensiva y reflexiva a la hora de responder a preguntas como: ¿qué es la derecha?, ¿cuáles son sus principios? y ¿es posible avanzar hacia el establecimiento de una derecha distinta a la que ha sido hegemonizada por la orientación “chicago-gremialista”? Sin embargo, por su parte, intelectuales como Kaiser (2009), si bien han revitalizado el asunto de las ideas en la derecha, en tanto que ponen en evidencia la llamada “anorexia cultural” en el sector derechista, aún se mueven desde una lógica reactiva o defensiva. Esto es, dado que este intelectual, por ejemplo, no ha tenido por objetivo someter a crítica el modelo económico y político establecido durante el régimen militar, sino que más bien justificarlo mediante argumentos morales. En tal sentido, lo que Kaiser ha realizado es sin duda novedoso en el sector, en tanto que este último se ha dedicado a defender el modelo socioeconómico derechista no únicamente mediante argumentos técnicos (como sí lo han hecho los intelectuales expertos), sino que respondiendo desde una perspectiva moral –principalmente basada en ideas provenientes del liberalismo clásico y el libertarianismo– a porqué el modelo defendido por la derecha transicional sería más justo que lo propuesto por la izquierda en términos generales.

En la sección 4.3.1, por su parte, se establecen diferencias específicas en relación a la nueva intelectualidad humanista de derecha y al intelectual humanista transicional. Esto es, utilizando las herramientas teóricas examinadas en la sección 1.2.1. En este sentido, el análisis específico de la intelectualidad derechista se articula en base a las siguientes preguntas: ¿cuál es su tipo de trabajo intelectual? ¿Cuál es la finalidad de su trabajo intelectual? ¿Cómo realiza su trabajo intelectual? ¿Cuál es el impacto deseado de su trabajo intelectual? Todas estas interrogantes contribuyen a definir –en un nivel ciertamente más profundo– cual es rol de la nueva intelectualidad humanista de derecha en contraposición a la transicional.

Con respecto a cuál es su tipo de trabajo intelectual, se puede señalar, en relación al intelectual de la transición, según los entrevistados, que este último –en términos generales– se ha asociado principalmente a la labor académica, a saber: elaboración de artículos, publicación de libros, docencia, formación, etc. Sin embargo, como también se puede apreciar en la sección 4.3.1, algunos de ellos han desempeñado la labor de columnistas en diversos periódicos chilenos. De modo que algunos de ellos efectivamente han estado desarrollando la labor pública. Esto es, aunque como se ha señalado en la sección 4.2.2 de este estudio, sin el impacto mediático que han tenido los nuevos intelectuales humanistas de la derecha. Por su parte, en relación a los nuevos intelectuales, salvo por Daniel Mansuy, quien señala que su tipo de trabajo es puramente académico –aunque es bien sabido que habitualmente Mansuy publica columnas de opinión en diversos medios de comunicación–, todos los demás

intelectuales jóvenes poseen explícitamente una orientación pública al hablar de su tipo de trabajo. Es decir, pareciese ser que todos ellos tienen como objetivo influir públicamente de un modo u otro en los temas que consideran de interés. En tal sentido, mientras Verbal escribe columnas de opinión, ha sido activista y esta vinculada a un partido político de derecha; Herrera, por su parte, paralelamente su trabajo académico, publica libros ensayísticos que tienen como finalidad influir y perfeccionar el debate acerca de los asuntos públicos. Por su parte, Kaiser escribe sobre todo para influir en el debate público, además de dedicarse a diseminar sus ideas en el marco de conferencias y paneles de los más diversos tipos que no tienen lugar siempre en el mundo académico. Por lo que se puede apreciar que si bien los viejos intelectuales humanistas de la derecha no estaban del todo recluidos en la academia, es decir, sin escribir columnas de opinión, estos últimos no estaban tan involucrados en cuanto a su tipo de trabajo en las discusiones públicas. Esto es, como sí lo están actualmente los nuevos intelectuales humanistas de la derecha. En tal sentido, según Gonzalo Rojas, estos nuevos intelectuales, si se les compara con “[...] los que nos hemos quedado en las universidades, [...] han tenido mucha mayor eficacia en los medios de comunicación. [...] Sin duda que están mucho mejor posicionados [...] que nosotros a la edad de ellos. A la edad de ellos yo [...] era mucho menos influyente (Rojas, entrevista, 24 abril 2018). Por lo que en comparación al tipo de labor realizada por los intelectuales humanista transicionales, habría que decir que la labor de los nuevos intelectuales es ciertamente más pública y enfocada en la influencia. De hecho, no es por nada que estos nuevos intelectuales han escrito libros de orientación pública como *La Fatal Ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista* (Kaiser 2009), *Gobernar con principios: ideas para una nueva derecha* (Urbina y Ortúzar 2012), *La derecha en la crisis del bicentenario* (Herrera 2014), *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición* (Mansuy 2016c) y *La derecha perdida: porque al derecha carece de relato y donde debe encontrarlo* (Verbal 2017).

Con respecto a cuál es la finalidad de su trabajo intelectual, las tendencias entre los intelectuales humanistas transicionales son claras según lo apreciado en la sección 4.3.1. Mientras unos poseen un sentido de misión que se traduce en formar personas en el mundo académico; los otros han encontrado la finalidad de su labor en el conocimiento *per se* o en una pasión personal. De modo que mientras para unos la finalidad es simplemente aprender; para otros es formar a las nuevas generaciones. En tal sentido, existen claras diferencias entre los intelectuales humanistas transicionales y los que pertenecen a la nueva generación. De hecho, mientras que los intelectuales humanistas viejos se han enfocado principalmente en el conocimiento o en la formación de nuevas generaciones; los intelectuales de la nueva generación, según lo señalado por los entrevistados, buscan sobre todo influir y/o modificar la realidad, o al menos entienden que parte de su función consiste en ello. Por ende, estos nuevos intelectuales se orientan ante todo hacia una labor performativa.

Con respecto a cómo realiza su trabajo intelectual, conforme a lo señalado por los entrevistados, en el caso de los intelectuales transicionales, el cómo se realiza la labor intelectual tiene que ver con la docencia misma y la labor académica ortodoxa. Por su parte, en la nueva intelectualidad humanista de la derecha, si se le compara con la transicional, existe una orientación marcada de llevar a cabo la labor intelectual de un modo público. Esto es, mediante la publicación de columnas, ensayos, libros de difusión masiva, entrevistas en medios de televisión, etc.

Con respecto a cuál es el impacto deseado de su trabajo intelectual, se puede apreciar que en la viaja generación de intelectuales humanistas de derecha el impacto deseado de su labor se enfoca en la formación de personas o en el hecho de que el conocimiento generado por ellos tenga un impacto. Esto es, un impacto sobre todo entre la gente que se dedica al mundo de las ideas. Es decir, en el mundo

académico. En tal sentido, según los entrevistados, existe una gran diferencia entre la nueva intelectualidad humanista y la transicional. Los primeros, desean impactar en la sociedad o en un grupo político o social determinado, con el objetivo de modificar sus prácticas; mientras que los segundos se enfocan más que nada en la labor docente y académica, lo que no quiere decir que a su manera no quieran influir en la sociedad.

El auge intelectual humanista aquí examinado, empero, no tuvo lugar fuera de una organización particular, a saber: el *think tank* (véase capítulo 5). De hecho, la mayoría de los intelectuales humanistas que estuvieron relacionados con la discusión acerca de la llamada “crisis intelectual” y “carencia de relato” del sector derechista, actuaron desde centros de pensamiento y no únicamente desde las universidades. De este modo, la crítica que estos intelectuales humanistas desarrollaron entre los años 2010 y 2018, sobre todo en cuanto al excesivo rol que tuvieron los intelectuales expertos en el sector de derecha desde que se inauguró la democracia en 1990, pues se tradujo –lo que ciertamente es paradójico– en la creación de nuevos centros de pensamiento derechistas que pretendieron tener una orientación humanista de investigación y una producción intelectual metodológicamente distinta a la de los principales *think tanks* originados en el proceso transicional (LYD, CEP, FJG e IL). Esto es, centros de estudio que, desde 1990, proveyeron a la derecha política y económica de conocimiento experto, un tipo de conocimiento que tuvo como finalidad primordial influir en el área legislativa y en el desarrollo de políticas públicas. En tal sentido, los nuevos *think tanks* de derecha examinados en este capítulo (FPP, IES y HRZ) surgieron en Chile en las últimas décadas con el fin de llenar el supuesto “vacío” dejado por los centros transicionales. En tal sentido, ¿cuáles son las diferencias generales que existen entre los *think tanks* de derecha transicionales y los nuevos? ¿Cuáles son los roles específicos de los nuevos y viejos centros? ¿Cuál es el origen y el nivel de influencia de los nuevos *think tanks* de derecha en Chile? Estas son las interrogantes que se respondieron en el capítulo 5. Los *think tanks* examinados son LYD, CEP, FJG, IL, FPP, IES y HRZ.

En lo que concierne a las características generales de los *think tanks* derechistas transicionales, según lo señalado en la sección 5.2.1, LYD ha tenido sobre todo un rol importante a la hora de asesorar legislativamente a los parlamentarios de los partidos políticos de derecha y a la hora de diseminar la idea de que los problemas públicos pueden tener soluciones privadas. Sin embargo, este *think tank*, a pesar de haber hecho un trabajo reluciente en el área legislativa y de las políticas públicas, no se ha destacado por tener un desempeño maravilloso cuando se ha tratado de influir en la opinión pública. De hecho, su foco principal han sido más que nada los *policymakers*. Por otro lado, también se puede señalar que LYD –según lo declarado por algunos de los entrevistados–, más allá que asesore a los parlamentarios de la derecha en general, tendría una especial relación con la UDI. Esto es, a pesar de que este *think tank* no sea partidario puesto que se evoca, sobre todo, a defender en términos generales las ideas neoliberales y neoconservadoras desde el conocimiento experto. Además, en tanto LYD ha defendido el modelo socioeconómico neoliberal, todo pareciese indicar que este centro de pensamiento, del mismo modo, se ha evocado a defender la obra del régimen. Por lo que una de sus características esenciales en lo que respecta a su labor ha sido que este *think tank* ha encarnado una actitud defensiva que regularmente se ha opuesto las reformas progresistas lideradas por la centro-izquierda. Así, si bien LYD ha sido un actor que ha actuado como un amortiguador en el marco de la política de los acuerdos, dicho rol de amortiguación siempre ha tenido en su base la defensa y promoción de un orden socioeconómico determinado. Por ende, LYD ayudó a que la derecha se entendiese con la Concertación en la medida de que dicha coalición –sobre todo sus técnicos– querían profundizar el modelo neoliberal promovido por este *think tank*. Asimismo, en el marco de los enclaves

autoritarios y el sistema binomial, la centro-izquierda necesitaba tener una adecuada relación con la derecha parlamentaria para llevar a cabo determinadas reformas. Esta situación contribuyó a que LYD pudiese gestar dicha relación entre los actores políticos siempre y cuando las iniciativas de la centro-izquierda no atentasen en contra de los principios y el modelo defendido por este *think tank*.

Por su parte, también en lo que concierne a las características generales de los *think tanks* derechistas transicionales, según lo señalado en la sección 5.2.1, lo que se puede señalar respecto al CEP es que a lo largo de sus años de existencia su rol se ha modificado y aquello ha tenido que ver – entre otras cosas– con las diversas orientaciones que sus directores le han impregnado al centro. Así, el CEP a pasado de ser un bastión de las ideas liberales en la década de 1980, a ser uno de los *think tanks* más respetados cuando se ha tratado de la realización de encuestas de opinión y propuestas de políticas públicas. No obstante, si hay algo que ha persistido en este centro de pensamiento es la idea de que aquél es una instancia de dialogo para políticos, empresarios, intelectuales e incluso para gente de izquierda que buscar soluciones no mediante la vía revolucionaria. En tal sentido, Arturo Fontaine, siendo el primer director del CEP, cumplió un rol importante al defender las ideas liberales y al liderar un proceso de apertura política e intelectual en el contexto dictatorial. Sin embargo, según lo señalado por Larraín, la orientación del CEP también habría cambiando en la medida que Fontaine se alejó del régimen militar y del libertarianismo ortodoxo que en un momento defendió este centro de pensamiento. Luego, con la llegada del director Harald Beyer, el CEP tomó definitivamente un nuevo rumbo en el acontecer nacional y en la derecha, enfocándose sobre todo en las políticas públicas y las encuestas de opinión. Esto no significó que este centro dejase de lado el desarrollo intelectual humanístico sobre todo en el marco de la revista *Estudios Públicos*. Sin embargo, este cambio de orientación si implicó una fuerte modificación del enfoque primario del centro de pensamiento sobre todo en lo que respecta a sus productos y propuestas. Por ende, todos estos acontecimientos han llevado a que algunos personeros al interior de la derecha sostengan que este centro es demasiado pluralista, que ya no defiende ideas liberales y que, en consecuencia, ya no pertenece a la derecha en un sentido estricto. De este modo, si bien el CEP siempre ha tenido una postura de apertura hacia los distintos sectores políticos, intelectuales y empresariales, es cierto que en actualmente ha tenido un rol más cercano al de un foro que al de un bastión de defensa de las ideas liberales clásicas y libertarias (esta situación podría revertirse con la llegada de Leónidas Montes a la dirección de esta organización).

Por último, también en lo que concierne a las características generales de los *think tanks* derechistas transicionales, en lo que concierne a la FJG e IL, según lo tratado en la sección 5.2.1, se puede señalar que la función que han tenido estos *think tank* de derecha transicionales, ha estado relacionada sobre todo con las tareas de asesoría legislativa, formación de cuadros políticos y desarrollo de políticas públicas. Esto es, tareas que han tenido lugar para fortalecer la labor de los partidos políticos con los que estos *think tanks* se relacionan: la UDI y RN.

En lo que concierne a las características generales de los nuevos *think tanks* derechistas, según lo señalado en la sección 5.2.2, se puede decir que el rol de la FPP ha sido influir en la opinión pública, formar o adoctrinar jóvenes, combatir a la izquierda y llenar el “vacío” ideológico en la derecha. Esto es, una derecha posee una “anorexia cultural” según Kaiser (2009). Todo esto, desde un cuerpo ideológico definido, a saber: el liberalismo clásico y el libertarianismo. Para ello, este *think tank* no se ha evocado a reflexionar filosóficamente acerca de los fundamentos de los principios liberales clásicos y libertarios, sino que más bien se ha evocado a la defensa y promoción de estos últimos sobre todo desde las ideas morales que forman parte de estas ideologías políticas. En tal sentido, en tanto que el modelo socioeconómico neoliberal promocionado por la derecha transicional no puede ser únicamente

defendido mediante documentos técnicos, lo que la FPP realiza es proveer una justificación moral para dicho modelo. Es decir, intenta responder desde el liberalismo clásico y el libertarianismo a preguntas como, por ejemplo: ¿por qué son más justos los ordenes espontáneos del mercado a la hora de distribuir los recursos de una sociedad que la redistribución planificada por un Estado y sus gobernantes? y ¿por qué la libertad económica es una condición *sine qua non* de la libertad política? De este modo, siguiendo lo señalado por García-Huidobro, lo que la FPP hace es darle a los que defienden el modelo socioeconómico neoliberal una justificación moral que les permita sentir que las ganancias y diferencias creadas por dicho modelo son justas desde el punto de vista de una moralidad determinada. Sin embargo, dicha justificación se basa en una moralidad libertaria que no es cuestionada y que se usa para influir en los distintos sectores de la sociedad.

Por su parte, también en lo que concierne a las características generales de los nuevos *think tanks* derechistas, según lo visto en la sección 5.2.2, se puede señalar que el IES es un *think tank* que se presenta a sí mismo como un centro de pensamiento que se orienta a la promoción del pensamiento crítico y el dialogo entre el conocimiento académico y la política. Esto es, una orientación que tiene como finalidad de influir en los grandes debates políticos en el largo plazo. Sin embargo, a pesar de esta auto-definición, existen opiniones divididas respecto a este *think tank*, especialmente entre ciertos personeros de la derecha liberal. En tal sentido, si bien todos los intelectuales liberales derechistas entrevistados reconocen el importante rol que ha tenido el IES a la hora de reeditar y publicar libros e investigaciones de calidad, tanto Kaiser como Larraín y Verbal, ponen en duda la neutralidad académica de los investigadores del IES. De hecho, a pesar de que este centro de investigación pretenda posicionarse como un centro académico y de que sus principales investigadores critiquen, por ejemplo, a la FPP y a LYD por carecer de neutralidad y por estar al servicio de un ideario determinado, según los intelectuales liberales, los investigadores del IES también carecerían de dicha neutralidad en el marco de lo que sería el pensamiento conservador. Por ende, si bien los intelectuales del IES se han dedicado a realizar críticas al modelo neoliberal de corte “chicago-gremialista”, estos últimos, por su parte, también defenderían un conservadurismo moral al que no estarían dispuestos a renunciar. De modo que sus intervenciones en la arena pública también se realizarían con el fin de defender ciertos principios ideológicos irrenunciables (por ejemplo, Mansuy 2016a, 2016b; Siles 2013, 2018). Además, Larraín también critica –en este mismo sentido– el hecho de que dicha “neutralidad” del IES se ve dañada dado que este centro está ligado al *Opus Dei*. Por lo que según lo anteriormente señalado, los intelectuales del IES también obedecerían a una corriente doctrinaria, tal como la FPP lo hace en relación al libertarianismo y liberalismo clásico. Sin embargo, algunos de los entrevistados sostienen que el IES de igual forma –a pesar de su orientación doctrinaria– se ha constituido como un espacio abierto que *de facto* ha permitido el dialogo entre intelectuales que provienen de distintas corrientes de pensamiento, lo que no quiere decir que sus investigadores estén abiertos a integrar posturas ajenas a su conservadurismo. Asimismo, según Verbal, el “[...] IES tiene apoyo de empresarios, pero son empresarios conservadores” (Verbal, entrevista, 2019). De modo que no sería sólo la FPP la que tiene relaciones con el empresariado, sino que también el IES. Los primeros se relacionarían con un empresariado liberal; mientras que los segundos con un empresariado que privilegia el conservadurismo en términos morales, lo que no quiere decir que estén en contra del libre mercado. Por lo tanto, tanto el IES como la FPP son *think tanks* que poseen columnistas que influyen en los medios de comunicación –en mayor o menor grado– con el fin de promover cierto ideario e intereses sectoriales. Empero, definitivamente el IES tiene una impronta más académica que la FPP,

en el sentido de que este centro está comprometido con investigaciones de largo plazo en la cual cada uno de sus investigadores tiene libertad de acción dentro de ciertos márgenes.

Por último, según lo visto en la sección 5.2.2, se puede señalar que el actual rol y el panorama en el que se circunscribe HRZ es bastante claro, a saber: se trata de un centro de estudios que opera como el brazo intelectual de Evópoli y que no ha sido exitoso. Esto se debe a que tiene grandes problemas de financiamiento y a que su accionar está subsumido por la agenda del partido político con el cual se encuentra ligado, lo cual suele ser el problema estereotípico de los *think tank* partidarios. Esto es, tal como le sucede también a la FJG y al IL. En tal sentido, HRZ no ha podido tener una extendida planta de investigadores que se dediquen enteramente a investigar y crear una agenda propia; mientras que, al parecer, en lo que respecta a las actividades de formación, este centro tampoco está cumpliendo un rol relevante. De hecho, todo pareciese indicar que es la FPP el *think tank* que está formando actualmente a las juventudes de Evópoli.

En lo que respecta al origen e influencia de los nuevos *think tank* de derecha, según lo señalado en la sección 5.2.3, pues se puede señalar que los nuevos centros aquí estudiados ciertamente han aparecido con el fin de llenar el “vacío” ideológico y doctrinario dejado por los *think tanks* e intelectuales transicionales. En tal sentido, sin duda el rol de los nuevos *think tanks* ha sido complementar la labor técnico-experta de los viejos centros de pensamiento derechistas y potenciar – desde distintas perspectivas– el debate “abandonado” acerca de las ideas políticas y morales en la derecha chilena. Por su parte, con respecto al nivel de influencia, más allá de que los intelectuales derechistas por ahora no tengan un gran nivel de influencia en la derecha política y empresarial según lo visto en la sección 4.2.2, según lo visto en la sección 5.2.3, no obstante, los *think tanks* aparecen como un lugar idóneo para los intelectuales que buscan influir políticamente desarrollen sus investigaciones. Esto es, dado que los centros de pensamiento tienen por objeto primordial la influencia y pueden proveer a los intelectuales interesados diversas ventajas y herramientas para que estos últimos puedan diseminar sus trabajos públicamente y con altos grados de impacto, por ejemplo: acceso a redes de influencia, acceso a medios de comunicación, acceso a financiamiento, etc. Además, si se compara a los *think tanks* con las universidades, habría que decir que los estudios realizados en la universidad son especializados y son leídos sólo por expertos en la materia en cuestión, por lo que estos últimos no alcanzan el nivel de influencia que los trabajos desarrollados en un centro de pensamiento podrían tener. Por ende, los *think tanks* han sido utilizados como la plataforma idónea para que los nuevos intelectuales derechistas puedan influir con ciertos grados de efectividad en la derecha y en la sociedad chilena.

En lo que concierne a las características específicas de los centros LYD, FJG, FPP e IES tratadas en la sección 5.3, las cuales definen *de facto* el modo de operar de estos centros de pensamiento y las diferencias que estos últimos tienen entre sí, se puede señalar lo siguiente conforme a los elementos teóricos examinados en la sección 1.3.1.

LYD puede ser considerado –en términos generales– como un centro de apoyo por las siguientes razones: su agenda está dirigida por una ideología determinada y no por un partido político; sus investigaciones se orientan a influir en el corto plazo; sus productos integran difusión, opinión, propuestas, etc.; su énfasis está puesto en estudios jurídicos, informes económicos y columnas de opinión; mientras que el interés de este centro se enfoca en influir en la agenda del parlamento, el gobierno y grupos de interés. Por ende, el rol de LYD es influir en la agenda política inmediata conforme a un ideario determinado, pero específicamente en el campo de conocimiento experto: legislación y políticas públicas.

La FJG puede ser considerada como un centro partidario en tanto que su financiamiento depende en un 35% de los recursos de la UDI, mientras que también porque su agenda se corresponde con la agenda de dicho partido político. Esto es, ya sea por afinidad doctrinaria o por necesidades económicas. En tal sentido, en tanto que las investigaciones de la FJG están diseñadas en gran medida para dar soporte a la UDI en materias legislativas, estas últimas se realizan para influir técnicamente siempre en el marco del proyecto de sociedad defendido tanto por este *think tank* como por el partido político. En términos específicos, la FJG también puede ser considerada como un centro partidario puesto que sus productos integran propuestas, comentarios y opiniones; mientras que el énfasis e interés de su labor tiene que ver con la formación de cuadros políticos, la realización de estudios jurídicos y sobre todo tiene que ver con la agenda de los parlamentarios de la UDI.

La FPP se sitúa como un *think tank* híbrido. Por un lado, tal como lo hacen los centros de apoyo, este *think tank* se evoca a defender no a un partido político sino que a una ideología determinada. Sin embargo, tal como lo hacen los centros partidarios, una de sus labores principales es la formación juvenil. De hecho, parte de los jóvenes formados en la FPP se han relacionado posteriormente con el partido político Evópoli. Esto es, aunque la FPP y tal partido no tengan una relación especialmente cercana. Por su parte, en cuanto al tipo de trabajo que realizan, los integrantes de la FPP no están enfocados en la influencia cortoplacista en lo que concierne a la toma de decisiones. De modo que no realizan asesoría legislativa ni desarrollan políticas públicas. Por el contrario, la FPP se enfoca en influir en el largo plazo en marco de la diseminación de ideas asociadas al liberalismo clásico y el libertarianismo. En tal sentido, sus productos son más que nada columnas de opinión, libros de difusión, conferencias, realización de entrevistas, talleres, entre otras cosas. Estos productos podrían ser asociados a la producción de un centro académico. Sin embargo, los centros académicos se destacan por tener redes de financiamiento diversificadas y no adscriben irrestrictamente a un credo determinado, por lo que la FPP caería fuera de dicha categoría. Como sea, la FPP busca influir en el debate público y donde sea posible, con el fin de promover un ideario determinado. Es por dicha razón que las actividades de formación son tan importantes para este centro de pensamiento.

Por último, el IES puede ser considerado como un *think tank* académico. Esto es, dado que tiene fuentes de financiamiento suficientemente diversificadas, el investigador tiene un rol importante en la definición de su propia agenda (más allá de que el centro tenga una orientación ideológica), las investigaciones poseen una profundidad alta y están orientadas al largo plazo, los productos son libros y estudios de difusión con propuestas temáticas y la agenda del centro se enfoca en la opinión pública conforme a una orientación propia. En tal sentido, si bien el IES es un centro de pensamiento de orientación conservadora, bien podría ser homologado al originario CEP en algunas de sus funciones, aunque claramente con un menor tamaño y un rol ciertamente distinto al que tuvo este último durante el régimen militar.

Con todo, entre los años 2010 y 2018 la derecha transicional asistió a diversas coyunturas que fueron consideradas como críticas para el sector. No obstante, según lo señalado por los entrevistados –quienes forman parte de la *intelligentsia* derechista–, estas coyunturas no pusieron en un cuestionamiento radical el sistema-mundo defendido por la derecha transicional. Esto es, en lo que respecta al modelo socioeconómico, político, moral y los intereses materiales del sector. De modo que sin una crisis radical en este sector político, pues no se hizo necesario que entre los años aquí examinados la derecha asistiese a un profundo proceso de renovación política e ideológica. Es más, Sebastián Piñera ganó la última contienda presidencial (2017-2018), lo cual, según algunos de los entrevistados, confirma la idea de que, hasta el año 2018, no hubo un crisis sustancial en el sector

como la experimentada, por ejemplo, por la derecha tradicional en las décadas de 1960 y 1970. Esto es, una crisis que empujó profundos procesos de renovación política e ideológica en la derecha chilena. Sin embargo, que no haya habido una crisis radical en la derecha entre los años estudiados, no quiere decir que no hayan existido en tal periodo cambios o espacios problemáticos al interior de este sector. De hecho, la revalorización de las ideas, el cambio generacional, el auge de un liberalismo moral, etc., han traído consigo el levantamiento de un nuevo partido político de derecha (Evópoli) y de una nueva intelectualidad humanista de derecha aglomerada en nuevos *think tanks*. Estos nuevos actores derechistas se alzaron durante los años examinados con un discurso contrahegemónico o al menos crítico de las ideas y prácticas políticas habituales de la derecha transicional, lo cual da cuenta un posible agotamiento del ciclo político en Chile y de la probable necesidad futura de renovación política e ideológica en la derecha chilena. En tal sentido, si bien la victoria de Piñera en el marco de la elección presidencial de los años 2017-2018 apaciguó los diagnósticos críticos de esta nueva intelectualidad y nuevos actores derechistas con respecto a los eventos que tuvieron lugar entre el 2010 y 2018, lo sucedido recientemente tras la explosión social del 18 de octubre del 2020, empero, podría reavivar a las fuerzas de renovación y recambio que surgieron en la derecha chilena alrededor del año 2010. Esto es, fuerzas que surgieron en el marco de las coyunturas examinadas en la sección 3.2, pero que aún no tienen demasiada influencia en la derecha política y económica según lo señalado en las secciones 4.2.2 y 5.2.3. Por lo tanto, lo sucedido tras el 18 de octubre del año 2020 en Chile, ¿realmente significa que actualmente haya una crisis radical del sistema-mundo defendido y promocionado por la derecha transicional? ¿Son los eventos ocurridos entre los años 2010 y 2018 un antecedente directo o parte de la actual crisis vivida en Chile? ¿Pueden empujar los eventos suscitados después del 18 de octubre del 2020 a que la derecha transicional desaparezca tal como lo hizo la derecha tradicional frente al surgimiento del PDC y la UP? ¿Puede la derecha chilena seguir adaptándose con éxito a las nuevas circunstancias políticas y sociales sin modificar profundamente sus ideas fundamentales y prácticas habituales? Estas son preguntas que deberán ser respondidas probablemente con cierta distancia temporal en un futuro, por lo que por ahora sólo queda esperar y no alzar diagnósticos que estén basados únicamente en la contingencia.

Bibliografía

- Abelson, Donald. 2009. *Do Think Tanks Matter? Assessing the Impact of Public Policy Institutes*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Abelson, Donald y Christine Carberry. 1998. "Following Suit or Falling Behind? A Comparative Analysis of Think Tanks in Canada and the United States". *Canadian Journal of Political Science* 31(03): 525–55.
- Ahmad, Mahmood. 2008. "US Think Tanks and the Politics of Expertise: Role, Value and Impact". *The Political Quarterly* 79(04): 529–55.
- Ahumada, Jorge. 1958. *En vez de la miseria*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Alcántara, Manuel y Juan Pablo Luna. 2004. "Ideología y competencia partidaria en dos post-transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada". *Revista de Ciencia Política* 24(1): 128–68.
- Alenda, Stéphanie. 2014. "Cambio e institucionalización de la 'nueva derecha' Chilena". *Revista de Sociología e Política* 22(52): 159–80.
- Alenda, Stéphanie. 2016. "Derechas del siglo XXI: marco analítico para comprender su reconfiguración a partir del caso chileno". *Paraná Eleitoral - Revista Brasileira de Direito Eleitoral e Ciência Política* 4(2):169–87.
- Alenda, Stéphanie. 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Aleuy, Mahmud y Genaro Arriagada. 2001. *Renovación Nacional: la claudicación de los liberales (informe 16 - Asuntos Públicos)*. Santiago de Chile.
- Alexander, Jeffrey, Ron Eyerman, Bernard Giesen, Neil Smelser, y Piotr Sztompka. 2004. *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley, CA: California University Press.
- Allamand, Andrés. 1999. *La travesía del desierto*. Santiago de Chile: Aguilar.
- Allamand, Andrés y Marcela Cubillos. 2010. *La estrella y el arco iris: cómo, después de 20 años, fue derrotada la Concertación*. Santiago de Chile: Aguilar.
- Almond, Gabriel y James Coleman, eds. 1960. *The Politics of the Developing Areas*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Althusser, Louis. 1971. "Ideology and Ideological State Apparatuses". Pp. 85–126 en *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Nueva York: Monthly Review Press, 2002.
- Andrade, Geywitz. 1991. *Reforma de la constitución política de la República de Chile de 1980: ley no. 18,825, publicada en el diario oficial del 17 de agosto de 1989*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile.
- Angell, Alan. 1993. *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de una utopía*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Angell, Alan. 2005. *Elecciones presidenciales, democracia y partidos políticos en el Chile post Pinochet*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- Angell, Alan y Susan Carstairs. 1987. "The Exile Question in Chilean Politics". *Third World Quarterly* 9(1):148–67.
- Angell, Alan y Benny Pollack. 2000. "The Chilean Presidential Elections of 1999-2000 and Democratic Consolidation". *Bulletin of Latin American Research* 19(3): 357–78.
- Aninat, Cristóbal y Gregory Elacqua. 2010. *El electorado que definió las elecciones*. Santiago de Chile: Expansiva.
- Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano. 2012. *América Latina. La construcción del orden: tomo I. De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*. Buenos Aires: Ariel.
- Arellano, José y René Cortázar. 1982. "Del milagro a la crisis: algunas reflexiones sobre el momento económico". *CIEPLAN* (8): 46-60.

- Arellano, Juan. 2009. "El Partido Nacional en Chile: su rol en el conflicto político (1966-1973)". *Atenea* (499): 157–74.
- Arendt, Hannah. 1958. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Arendt, Hannah. 1997. *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah. 2007. *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*. Madrid: Encuentro.
- Arriagada, Genaro. 1998. *Por la razón o la fuerza: Chile bajo Pinochet*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Atria, Fernando, Guillermo Larraín, José Miguel Benavente, Javier Couso, y Alfredo Joignant. 2013. *El otro modelo: del orden neoliberal al régimen de lo público*. Santiago de Chile: Debate.
- Aubry, Marcel y Andrés Dockendorff. 2014. "Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno?" *Revista de Sociología* (29): 9–36.
- Avendaño, Octavio. 2010. "El giro hacia la derecha en las últimas elecciones chilenas". *Revista de Sociología* (24):167–78.
- Barozet, Emmanuelle. 2003. "Movilización de recursos y redes sociales en los neopopulismos: hipótesis de trabajo para el caso chileno". *Revista de Ciencia Política* 23(1):39–54.
- Barozet, Emmanuelle y Marcel Aubry. 2005. "De las reformas internas a la candidatura presidencial autónoma: los nuevos caminos institucionales de Renovación Nacional". *Política* (45): 165–96.
- Barra, Alfredo. 1999. *Lavín: la nueva manera de hacer política*. Santiago de Chile: Servigraf.
- Barrios, Alicia y José Joaquín Brunner. 1988. *Sociología en Chile: instituciones y practicantes*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Bauer, Arnold. 1975. *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Bauer, Carl. 1998. "Derecho y economía en la Constitución de 1980". *Perspectivas* 02(01): 23–47.
- Bauman, Zygmunt. 1987. *Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Bellolio, Cristóbal. 2013. *Renovación y reemplazo*. Santiago de Chile: Planeta.
- Benda, Julien. 1928. *The Treason of the Intellectuals*. Piscataway, NJ: Transaction Publishers, 2011.
- Bergquist, Charles. 1986. *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Berlin, Isaiah. 1969. "Two Concepts of Liberty". Pp. 118–72 en *Four Essays On Liberty*. Londres; Nueva York: Oxford University Press.
- Berrios, Fabiola. 2007. "La Unión Demócrata Independiente". Pp. 29–52 en *Las elecciones chilenas de 2005: partidos, coaliciones y votantes en transición*, editado por C. Huneeus, F. Berrios, y R. Gamboa. Santiago de Chile: Catalonia.
- Bevir, Mark. 2000. "New Labour: A Study in Ideology". *The British Journal of Politics & International Relations* 03(02): 277–301.
- Bobbio, Norberto. 1985. *Estado, gobierno y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Bobbio, Norberto. 1995. *Derecha e izquierda: razones y significado de una distinción política*. Madrid: Taurus, 1996.
- Bobbio, Norberto. 1998. *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Borja, Rodrigo. 1997. *Enciclopedia de la política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourricaud, François. 1990. *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Brading, David. 1998. "Patriotism and the Nation in Colonial Spanish America". Pp. 13–45 en *Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres. Latin American Paths*, editado por L. Roninger y M. Sznajder. Eastbourne: Sussex Academic Press.
- Braun, Miguel, Mariana Chudnovsky, Nicolás Ducoté, y Vanesa Weyrauch. 2007. "Lejos de 'thinktankindia': los institutos de investigación de políticas en los países en desarrollo". Pp. 69–110 en *Think tanks y políticas públicas en Latinoamérica: dinámicas globales y realidades regionales*, editado por A. Garcé y G. Uña. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Brunner, José Joaquín. 1985. "La participación de los centros académicos privados". *Estudios Públicos* (19).
- Brunner, José Joaquín. 1988. *El caso de la sociología en Chile: formación de una disciplina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Buckler, Steve y David Dolowitz. 2009. "Ideology, Party Identity and Renewal". *Journal of Political Ideologies* 14(01): 11–30.
- Buckler, Steve y David Dolowitz. 2012. "Ideology Matters: Party Competition, Ideological Positioning and the Case of the Conservative Party under David Cameron". *The British Journal of Politics & International Relations* 14(04): 576–94.
- Budge, Ian. 1994. "A New Spatial Theory of Party Competition: Uncertainty, Ideology and Policy Equilibria Viewed Comparatively and Temporally". *British Journal of Political Science* 24(04): 443–67.
- Bulkeley, Harriet. 2000. "Discourse Coalitions and the Australian Climate Change Policy Network". *Environment and Planning C: Government and Policy* 19(06): 727–828.
- Burgos, Raúl. 2014. "Aproximaciones a la construcción del anticomunismo en la derecha política conservadora en Chile, 1941-1948". *Estudios Ibero-Americanos* 40(2): 258–76.
- Burgos, Raúl. 2016. "La discusión cívica y moralizadora en el discurso anticomunista de la derecha conservadora chilena, 1932-1938". *Historia Crítica* (61): 171–90.
- Caldwell, Bruce y Leonidas Montes. 2015. "Friedrich Hayek y sus dos visitas a Chile". *Estudios Públicos* (137): 87–132.
- Cammack, Paul. 2000. "The Resurgence of Populism in Latin America". *Bulletin of Latin American Research* 19(2): 149–61.
- Campbell, John. 1998. "Institutional Analysis and the Role of Ideas in Political Economy". *Theory and Society* 27(03): 377–409.
- Campero, Guillermo. 1984. *Los gremios empresariales en el periodo 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales.
- Castillo, Antonio. 2001. *Los grupos de presión ante la sociedad de la comunicación*. Málaga: Universidad de Málaga: Debates.
- Castillo, Mayarí. 2014. "Clases medias y trabajadores frente a la política. Sobre el ascenso electoral de la derecha en Chile". *Universum* 29(2): 65–82.
- de Castro, Sergio. 1992. *El Ladrillo: bases de la política económica del gobierno militar chileno*. Santiago de Chile: Estudios Públicos.
- Cavarozzi, Marcelo. 1975. "The Government and Industrial Bourgeoisie in Chile: 1938-1964 (tesis doctoral)". Berkeley, University of California.
- Centeno, Miguel. 1997. "La política del conocimiento: Hayek y la tecnocracia". *Pensamiento Iberoamericano: Revista de Economía Política* (30): 87–107.
- Centeno, Miguel y Leandro Wolfson. 1997. "Redefiniendo la tecnocracia". *Desarrollo Económico* 37(146): 215–40.
- Chalmers, Douglas, Maria Campello de Souza, y Atilio Boron. 1992. *The Right and Democracy in Latin America*. Santa Barbara: Praeger.

- Christenson, Reo, Alan Engel, Dan Jacobs, Mostafa Rejai, y Herbert Waltzer. 1972. *Ideologies and Modern Politics*. Londres: Thomas Nelson.
- Cociña, Matías y Sergio Toro. 2009. “Los think tanks y su rol en la arena política chilena”. Pp. 98–126 en *Dime a quién escuchas... Think tanks y partidos políticos en América Latina*, editado por E. Mendizabal y K. Sample. Lima, Perú: IDEA Internacional & ODI.
- Contreras, Gonzalo, Alfredo Joignant, y Mauricio Morales. 2016. “The Return of Censitary Suffrage? The Effects of Automatic Voter Registration and Voluntary Voting in Chile”. *Democratization* 23(3): 520–44.
- Copleston, Frederick. 1947. *A History of Philosophy: Greece and Rome*. Vol. I. Londres: Burns and Oates & Washbourne.
- Corbalán Pössel, Francisca y Patricio Corbalán Carrera. 2012. “El rol del think-tank Libertad y Desarrollo en la consolidación de la educación neoliberal en Chile”. *Profesorado. Revista de curriculum y formación del profesorado* 16(3): 169–90.
- Correa, Sofía. 1985. “Las universidades chilenas antes de la reforma: un esquema histórico”. Pp. 15–60 en *Universidades chilenas: historia, reforma e intervension (Tomo I)*, editado por M. Garretón y J. Martínez. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Correa, Sofía. 1986. “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)”. *Opciones* (6): 106–46.
- Correa, Sofía. 1989. “La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal.” *Revista de Ciencia Política* 11(1): 5–19.
- Correa, Sofía. 1991. “Iglesia y política: el colapso del Partido Conservador”. *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* (30): 137–48.
- Correa, Sofía. 1999. “La opción política de los católicos en Chile”. *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* (46): 191–202.
- Correa, Sofía. 2004. “El pensamiento en Chile en el siglo XX bajo la sombra de Portales”. Pp. 211–32 en *Intelectuales y cultura en el siglo XX Latinoamericano*, editado por O. Terán. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Correa, Sofía. 2005a. “¿Qué nos enseña la historia del siglo XX acerca de las derechas actuales?” *Política* (45): 147–63.
- Correa, Sofía. 2005b. *Con las riendas en el poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Correa, Sofía. 2008. “El corporativismo como expresión política del socialcristianismo”. *Teología y vida* XLIX: 467–81.
- Correa, Sofía, María Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, y Manuel Vicuña. 2001. *Historia del siglo XX chileno. Balance Paradojal*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Cortés Terzi, Antonio. 2001. *UDI: ideología y conductas de su proyecto refundacional (informe 118 - Asuntos Públicos)*. Santiago de Chile.
- Corvalán, Luis. 2000. *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. Santiago de Chile: Chile-America CESOC.
- Cox, Robert. 1983. “Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method”. *Millennium - Journal of International Relations* 12(02): 162–75.
- Cristi, Renato. 2000. *El pensamiento político de Jaime Guzmán: autoridad y libertad*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Cristi, Renato y Carlos Ruiz. 1992. *El pensamiento conservador en Chile: seis ensayos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Cruz-Coke, Ricardo. 1984. *Historia electoral de Chile 1925-1973*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de

Chile.

- Dávila, Mireya. 2011. "Tecnocracia y política en el Chile postautoritario (1990-2010)". Pp. 23–47 en *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, editado por A. Joignant y P. Guell. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Debray, Régis. 1981. *Teachers, Writers, Celebrities*. Londres: New Left Books.
- Delamaza, Gonzalo. 2010. "ONG, sociedad civil y democracia en Chile post autoritario". Pp. 61–118 en *Usos, abusos y desafíos de la sociedad civil en América Latina*, editado por B. Sorj. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Delamaza, Gonzalo. 2011. "Elitismo democrático, líderes civiles y tecnopolítica en la reconfiguración de las élites políticas". Pp. 77–108 en *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, editado por A. Joignant y G. Pedro. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Delamaza, Gonzalo. 2013. "De la élite civil a la élite política. Reproducción del poder en contextos de democratización". *Polis. Revista Latinoamericana* 12(36): 67–100.
- Denham, Andrew y Mark Garnett. 1998. *British Think-tanks and the Climate of Opinion*. Londres: UCL Press.
- Desai, Radhika. 2006. "Neoliberalism and Cultural Nationalism: A Danse Macabre". Pp. 222–35 en *Neoliberal Hegemony: A Global Critique*, editado por D. Plehwe, B. Walpen, y G. Neunhöffer. Londres: Routledge.
- Deutsch, Sandra. 1999. *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile 1890-1939*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Diamond, Larry y Richard Gunther, eds. 2001. *Political Parties and Democracy*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Diamond, Patrick. 2005. *Equality Now: The Future of Revisionism*. Londres: Fabian Society.
- Díaz, Nicolás. 2016. "Una travesía inconclusa: divisiones en Renovación Nacional durante el gobierno de Sebastián Piñera". *Revista de ciencia política* 36(2): 481–502.
- El Dinamo. 2019. "Jaime Belloio hace guiño a Evópoli y mantiene en suspenso su futuro político". *El Dinamo* (11 de Enero).
- Dockendorff, Andrés y Tomás Fuentes. 2007. "¿Una oposición decorativa? Continuidad y cambio de la derecha en democracia". *Revista Enfoques* 5(6): 53–77.
- Domínguez, Jorge, ed. 1997. *Technopols: Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990s*. University Park, PA: The Pennsylvania State University Press.
- Donoso, Ricardo. 1952. *Alessandri, agitador y demoleedor*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Downs, Anthony. 1957. *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper & Row.
- Drake, Paul. 1992. *Socialismo y populismo en Chile*. Valparaíso: Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso.
- Drake, Paul. 1993. "Chile, 1930-1958". Pp. 87–128 en *Chile since Independence*, editado por L. Bethell. Cambridge: Cambridge University Press.
- Duverger, Maurice. 1951. *Les partis politiques*. París: Armand Colin.
- Duverger, Maurice. 1954. *Political Parties, their Organization and Activity in the Modern State*. Londres: Methuen.
- Dye, Thomas. 1978. "Oligarchic Tendencies in National Policy-Making: The Role of the Private Policy-Planning Organizations". *The Journal of Politics* 40(02): 309–31.
- Eagleton, Terry. 2007. *Ideology. An introduction*. Nueva York: Verso.
- Easterbrook, Gregg. 1986. "Ideas Move Nations: How Conservative Think Tanks Have Helped to Transform the Terms of Political Debate". *Atlantic Monthly* 257(1): 66–80.

- Edwards, Alberto. 1928. *La fronda aristocrática*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Encina, Francisco. 1911. *Nuestra inferioridad económica. Sus causas y consecuencias*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1981.
- Encina, Francisco. 1952. *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Enrique, Cañas. 1988. “Los partidos políticos”. Pp. 53-90 en *Chile en los noventa*, editado por C. Toloza y E. Lahera. Santiago de Chile: Dolmen-Presidencia de la República.
- Escalona, Camilo. 1998. *Una transición de dos caras: crónica crítica y autocrítica*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Etchepare, Jaime, Victor García, y Mario Valdés. 1987. “La ideología nacionalista y su proyección partidista en Chile 1925-1973”. *Política y Geoestrategia* (44): 17–29.
- Evans, Mark y Jonathan Davies. 1999. “Understanding Policy Transfer: A Multi-level, Multi-disciplinary Perspective”. *Public Administration* 77(02): 361–85.
- Evelyn, Arriagada. 2004. “UDI: ¿partido popular o partido populista? Consideraciones sobre el éxito electoral de la UDI en los sectores populares”. *Revista Némesis* 4(4): 51–66.
- Eyerman, Ron. 2011. “Intellectuals and Cultural Trauma”. *European Journal of Social Theory* 14(04):453–67.
- Eyerman, Ron, Jeffrey Alexander, y Elizabeth Butler, eds. 2011. *Narrating Trauma: On the Impact of Collective Suffering*. Boulder, CO: Paradigm Publishers.
- Eyzaguirre, Jaime. 1947. *Hispanoamérica del dolor*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1982.
- Eyzaguirre, Jaime. 1948. *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1998.
- Fariña, Carmen. 1990. “El pensamiento corporativo en revistas Estanquero (1946-1955) y Política y Espiritu (1945-1975)”. *Revista Ciencia Política* 11(1–2): 121–242.
- Faúndez, Julio. 1992. *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*. Santiago de Chile: Bat.
- Fediakova, Evguenia. 2003. “Conservadores e innovadores: la derecha en la segunda mitad del siglo XX”. Pp. 35–82 en *Promesas de cambio, izquierda y derecha en el Chile contemporáneo*, editado por M. Dávila y C. Fuentes. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Feld, Claudia y Marina Franco, eds. 2015. *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la postdictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fernandois, Joaquín. 2000. “Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand”. *Estudios Públicos* (78):332–73.
- Fernandois, Joaquín. 2015. “Indigencia de ideas: la derecha en Chile”. *Estudios Públicos* (138):149–72.
- Fernández, Joaquín y Margarita Goldflam. 2016. “Hacia la constitución de una economía de mercados jerárquicos: modernización capitalista y tradicionalismo social en los industriales chilenos (1952-1958)”. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM. Les Cahiers ALHIM (en línea)* (32).
- Fernández, Joaquín y Sebastián Rumie. 2020. “Las transformaciones de la derecha chilena: desafíos, adaptaciones y renovaciones (1932-2010)”. Pp. 43–86 en *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*, editado por S. Alenda. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, José. 1996. *Norberto Bobbio. El filósofo y la política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ffrench-Davis, Ricardo. 1973. *Políticas económicas en Chile 1952-1970*. Santiago de Chile: Nueva Universidad.
- Ffrench-Davis, Ricardo. 1983. “Una evaluación del modelo económico”. *Estudios Públicos* (11): 41–73.
- Ffrench-Davis, Ricardo y Oscar Muñoz. 1990. “Desarrollo económico, inestabilidad y desequilibrios políticos

- en Chile: 1950-89". *CIEPLAN* (28): 121–56.
- Fischer, Frank. 1996. "Die Agenda der Elite. Amerikanische Think-tanks und die Strategien der Politikberatung". *Prokla* 104: 463–81.
- Fischer, Frank. 2003. *Reframing Public Policy. Discursive Politics and Deliberative Practices*. Nueva York: Oxford University Press.
- Fischer, Karin. 2009. "The Influence of Neoliberals in Chile Before, During, and After Pinochet". Pp. 305–46 en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, editado por P. Plehwe y D. Mirowski. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fleet, Michael. 1985. *The Rise and Fall of Chilean Christian Democracy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Flisfisch, Angel, Maximiliano Prieto, y Alejandro Siebert. 2013. *Potenciando universidades y think tanks en América Latina: El caso de Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Fontaine, Arturo. 2000. "Chile's Elections: The New Face of the New Right". *Journal of Democracy* 11(2):70–77.
- Foucault, Michel. 1980. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. Nueva York: Pantheon Books.
- Foucault, Michel. 1990. *The History of Sexuality: The Use of Pleasure*. Vol. II. Nueva York: Vintage Books.
- Foxley, Alejandro. 1982. *Experimentos neoliberales en América Latina*. Santiago de Chile: Colección Estudios CIEPLAN.
- Freeden, Michael. 1996. *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach*. Oxford: Clarendon Press.
- Frei, Eduardo. 1937. *El Chile desconocido*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- Fuentes, Claudio. 2012. *El pacto. Poder, constitución y prácticas políticas en Chile (1990- 2010)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Funk, Robert, ed. 2006. *El gobierno de Ricardo Lagos: la nueva vía chilena hacia el socialismo*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Funk, Robert. 2011. "El relato político en el primer año del gobierno de Piñera". *Política. Revista de Ciencia Política* 49(2): 151–59.
- Gaffney, John. 1991. "Political Think tanks in the UK and Ministerial 'Cabinets' in France". *West European Politics* 14(01): 1–17.
- Gallego, Aina. 2010. "Understanding Unequal Turnout: Education and Voting in Comparative Perspective". *Electoral Studies* 29(2): 239–48.
- Gárate, Manuel. 2008. "Think tanks y centros de estudio. Los nuevos mecanismos de influencia política en el Chile post-autoritario". *Nouveaux mondes mondes nouveaux (en línea)*.
- Gárate, Manuel. 2012. *La revolución capitalista de Chile: 1973-2003*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Garcé, Adolfo. 2009. "Panorama de la relación entre think tanks y partidos políticos en América Latina". Pp. 23–58 en *Dime a quién escuchas... Think tanks y partidos políticos en América Latina*, editado por E. Mendizabal y K. Sample. Lima, Perú: IDEA Internacional & ODI.
- Garretón, Manuel. 1983. *El proceso político chileno*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Garretón, Manuel. 1993. "The Political Dimension of Processes of Transformation in Chile". Pp. 217–35 en *Democracy, Markets, and Structural Reform in Latin America: Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, and Mexico*, editado por W. Smith, C. Acuña, y E. Gamarra. New Brunswick, NJ: Transaction publishers.
- Garretón, Manuel. 1999. "Balance y perspectivas de la democratización política chilena". Pp. 49–88 en *La caja de pandora: el retorno de la transición chilena*, editado por A. Menéndez-Carrión, A. Joignant, y M.

Garretón. Santiago de Chile: Planeta.

- Garretón, Manuel. 2000. "Atavism and Democratic Ambiguity in the Chilean Right". Pp. 53–79 en *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*, editado por K. Middlebrook. Baltimore, MD: Johns Hopkins Press.
- Garretón, Manuel. 2003. *Incomplete Democracy*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Garretón, Manuel. 2007. *Del postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el Bicentenario*. Santiago de Chile: Mondadori/ Random House.
- Garretón, Manuel. 2012. *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Santiago de Chile: Arcis/ CLACSO.
- Garretón, Manuel. 2015. "Reflexiones sobre ciencias sociales, mundo intelectual y debate sobre el relato de la sociedad chilena". *Anales de la Universidad de Chile* (9): 27–39.
- Garrido, José, ed. 1988. *Historia de la reforma agraria en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Gazmuri, Cristián. 1976. "La influencia de O. Spengler en el pensamiento histórico de Alberto Edwards Vives". Pp. 35–72 en *Perspectiva de Alberto Edwards*, editado por M. I. Alamos. Santiago de Chile: Ediciones Aconcagua.
- Gazmuri, Cristián. 1986. "Algunos antecedentes acerca de la gestación de la crisis chilena 1970-1973". *Revista Opciones* (09): 52–66.
- Gazmuri, Cristián. 2004. "Alberto Edwards y La Fronda Aristocrática". *Historia* 37(1):61–95.
- Geertz, Clifford. 1964. "Ideology as a Cultural System". Pp. 47–77 en *Ideology and Discontent*, editado por D. Apter. Nueva York: Free Press of Glencoe.
- Geertz, Clifford. 1973. *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic books.
- Gellner, Winand. 1995. "The Politics of Policy 'Political Think tanks' and their Markets in the US-Institutional Environment". *Presidential Studies Quarterly* 23(10): 497–510.
- Gibson, Edward. 1992. "Conservative Electoral Movements and Democratic Politics: Core Constituencies, Coalition-Building, and the Latin American Electoral Right". Pp. 13–43 en *The Right and Democracy in Latin America*, editado por D. A. Chalmers, M. C. de Souza, y A. Boron. Santa Barbara: Praeger.
- Gil, Federico. 1966. *Political System of Chile*. Boston: Houghton Mifflin.
- Girvin, Brian. 1994. *The Right in the Twentieth Century. Conservatism and Democracy*. Londres: Printer Publisher.
- Godoy, Oscar. 2005. "Horizontes futuros de la derecha chilena". *Revista Política* (45): 207–215.
- Góngora, Mario. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: La Ciudad.
- Góngora, Mario. 1982. *Prólogo a la reedición de La Fronda Aristocrática en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Gonzáles von Marées, Jorge. 1932. *La concepción nacist del Estado*. Santiago de Chile: La tracción.
- Gonzáles von Marées, Jorge. 1936. *Pueblo y Estado*. Santiago de Chile: Antares.
- Gonzáles von Marées, Jorge. 1940. *El mal de Chile. Sus causas y remedios*. Santiago de Chile: Talleres gráficos "Portales".
- Gramsci, Antonio. 1971. *Selections from the Prison Notebooks*. editado por Q. Hoare. Londres: Lawrence & Wishart.
- Gramsci, Antonio. 2006. "Hegemony, Intellectuals and the State". Pp. 85–91 en *Cultural theory and popular culture: A reader*, editado por J. Storey. New Jersey: Prentice Hall.
- Greenaway, John, Brian Salter, y Stella Hart. 2007. "How Policy Networks can Damage Democratic Health: A

- Case Study in the Government of Governance”. *Public Administration* 85(03):717–38.
- Gunther, Richard y Larry Diamond. 2003. “Species of Political Parties a New Typology”. *Party Politics* 09(02):167–99.
- Gunther, Richard y Anthony Mughan. 2000. *Democracy and the Media: A Comparative Perspective*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Haas, Peter. 1989. “Do Regimes Matter? Epistemic Communities and Mediterranean Pollution Control”. *International Organization* 43(03): 377–403.
- Habermas, Jürgen. 1962. *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili S.A., 1981.
- Hagopian, Frances. 2005. “Chile and Brazil”. Pp. 123–62 en *Assessing the Quality of Democracy*, editado por L. Diamond y L. Morlino. Baltimore, MD: John Hopkins University Press.
- Hajer, Maarten. 1993. “Discourse Coalitions. The Case of Acid Rain in Great Britain”. Pp. 43–67 en *The Argumentative Turn in Policy Analysis and Planning*, editado por F. Fischer y J. Forester. Durham, NC: Duke University Press.
- Hajer, Maarten. 1995. *The Politics of Environmental Discourse: Ecological Modernization and the Policy Process*. Oxford: Clarendon Press.
- Hall, Peter. 1993. “Policy Paradigms, Social Learning and the State: The Case of Economic Policy Making in Britain”. *Comparative Politics* 25(03): 275–96.
- Hall, Stuart. 1988. *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*. Londres: Verso.
- Hames, Tim y Richard Feasey. 1994. “Anglo-American Think Tanks under Reagan and Thatcher”. Pp. 215–37 en *A Conservative Revolution? The Thatcher - Reagan Decade in Perspective*, editado por A. Adonis y T. Hames. Manchester: Manchester University Press.
- Held, Günther y Luis Jiménez. 1999. *Liberalización financiera, crisis y reforma del sistema bancario chileno: 1974-1999*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Herrera, Hugo. 2014. *La derecha en la crisis del bicentenario*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Herrera, Hugo. 2017a. “La derecha y el pensamiento político”. *Revista Capital Online* (15 de Mayo).
- Herrera, Hugo. 2017b. “No dos: cuatro derechas”. *Revista Capital Online* (30 de Marzo).
- Hershberg, Eric. 2010. “Latin America’s Left: The impact of the External Environment”. Pp. 233–50 en *Latin American’s Turns: Politics, Policies, and Trajectories of Change*, editado por M. Cameron y E. Hershberg. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- Hobsbawm, Eric. 1994. *Historia del Sigo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Huerta, María Antonieta. 1989. *Otro agro para Chile: historia de la reforma agraria en el proceso social y político*. Santiago de Chile: Ediciones Chile-América.
- Huneus, Carlos. 1998. “Tecnócratas y políticos en un régimen autoritario. Los ODEPLAN Boys y los Gremialistas en el Chile de Pinochet”. *Revista Ciencia Política* 19(2): 125–58.
- Huneus, Carlos. 2001. *La derecha en el Chile después de Pinochet: el caso de la Unión Demócrata Independiente* (documento de trabajo 285 - Kellogg Institute For International Studies). Notre Dame, EEUU.
- Huneus, Carlos. 2007. *The Pinochet Regime*. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- Huneus, Carlos y Octavio Avendaño. 2016. “The Electoral and Organisational Weakening of Traditional Chilean Parties: the case of Christian Democracy (DC) and National Renewal (RN) (conferencia - IPSA World Congress)”. Pp. 1–22 en. Poznan, Polonia.
- Mac Iver, Enrique. 1900. *Discurso sobre la crisis moral de la República*. Santiago de Chile: Imprenta Moderna.

- Jobet, Julio César. 1955. *Ensayo crítico del desarrollo economico-social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 1986. "La idea de nación en el pensamiento liberal chileno del siglo XIX". *Revista Opciones* (9):67–88.
- Jofré, Hugo y Patricio Navia. 2017. "Densidad de militancia partidista, aprobación presidencial y el desempeño electoral de la derecha en Chile (2010-2014)". *Estudios Públicos* (145):37–72.
- Joignant, Alfredo. 2003. "La democracia de la indiferencia. despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de eduardo Frei Ruiz-tagle". Pp. 83–106 en *El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle: reflexiones sobre el segundo gobierno concertacionista*, editado por O. Muñoz y C. Stefoni. Santiago de Chile: Editorial Universitaria - FLACSO.
- Joignant, Alfredo. 2004. "Profesionalización de la política y política de calidad: elementos de análisis". *Colección Ideas* 4(43): 1-5.
- Joignant, Alfredo. 2011. "Tecnócratas, technopols y dirigentes de partido: tipos de agentes y especies de capital en las elites gubernamentales de la concertación (1990-2010) (Capítulo 2)". en *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, editado por A. Joignant y P. Guell. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Joignant, Alfredo y Patricio Navia. 2003. "De la política de individuos a los hombres del partido: socialización, competencia política y penetración electoral de la UDI (1989-2001)". *Estudios Públicos* (89): 129–71.
- Jones, Tudor. 1996. *Remaking the Labour Party: From Gaitskell to Blair*. Londres: Routledge.
- Judt, Tony y Timothy Snyder. 2012. *Thinking the Twentieth Century*. Nueva York: The Penguin Press.
- Kaiser, Axel. 2009. *La Fatal Ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*. Santiago de Chile: Democracia y Mercado.
- Kaufman, Robert. 1967. *The Chilean Political Right and Agrarian Reform: Resistance and Moderation*. Washington: Institute for the Comparative Study of Political Systems.
- Kerr, Peter. 2007. "Cameron Chameleon and the Current State of Britain's 'Consensus'". *Parliamentary Affairs* 60(1): 46–65.
- Kirchheimer, Otto. 1966. "The Transformation of the Western European Party Systems". Pp. 177–200 en *Political Parties and Political Development*, editado por J. La Palombara y M. Weiner. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Kitschelt, Herbert. 1989. *The Logics of Party Formation: Ecological Politics in Belgium and Germany*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Kitschelt, Herbert. 2000. "Linkages Between Citizens and Politicians in Democratic Polities". *Comparative political studies* 33(6–7): 845–79.
- Knight, Alan. 1998. "Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico". *Journal of Latin American Studies* 30(2): 223–48.
- Kurzban, Charles y Lynn Owens. 2002. "The Sociology of Intellectuals". *Annual Review of Sociology* 28:63–90.
- Lagos, Ricardo. 1965. *La concentración del poder económico: su teoría, realidad chilena*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Larraín, Luis. 2012. *El regreso del modelo*. Santiago de Chile: Libertad y Desarrollo.
- Lechner, Norbert. 1970. *La democracia en Chile*. Buenos Aires: Signos.
- Leggett, Will. 2004. "Social Change, Values and Political Agency: the Case of the Third Way". *Politics* 24(01):12–19.
- Letelier, Valentin. 1896. "Los pobres". *Periodico del Partido Radical*, 137–44.

- Levistky, Steven y María Murillo. 2010. "Variación en la fortaleza institucional". *Revista de Sociología* (24): 31–56.
- Lijphart, Arend. 1997. "Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma". *The American Political Science Review* 91(1): 1–14.
- Lipset, Seymour. 1981. *Political Man: The Social Basis of Modern Politics (extended version)*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour y Stein Rokkan. 1967. *Party Systems and Voter Alignments: Cross-national Perspectives*. Nueva York: Free Press.
- López, Miguel Ángel, Andrés Dockendorff, y Pedro Figueroa. 2011. "Estabilidad y cambio del voto por la derecha en Chile a la luz de las elecciones presidenciales del 2009". *Revista de Sociología* (26): 117–35.
- Luna, Juan Pablo. 2010. "Segmented Party–voter Linkages in Latin America: The Case of the UDI". *Journal of Latin American Studies* 42(2): 325–56.
- Luna, Juan Pablo y Fernando Filgueira. 2009. "The Left Turns as Multiple Paradigmatic Crises". *Third World Quarterly* 30(2): 371–95.
- Luna, Juan Pablo y Fernando Rosenblatt. 2012. *¿Notas para una autopsia? Los partidos políticos en el Chile actual (informe CEP y CIEPLEN)*. Santiago de Chile.
- Luna, Juan Pablo y Cristobal Rovira Kaltwasser. 2014. *The Resilience of the Latin American Right*. Baltimore, MD: John Hopkins University Press.
- Mackinnon, Ian. 2005. "Renovación Nacional: entre conservadores y reformistas (tesis de licenciatura)". Universidad Católica de Chile.
- Mackinnon, María y Alberto Petrone. 1998. *Populismo y neopopulismo en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Magar, Eric, Marc Rosenblum, y David Samuels. 1998. "On the Absence of Centripetal Incentives in Double-member Districts: The Case of Chile". *Comparative Political Studies* 31(6): 714–739.
- Mahler, Vicent. 2008. "Electoral Turnout and Income Redistribution by the State: A Crossnational Analysis of the Developed Democracies". *European Journal of Political Research* 47(2): 161–83.
- Mainwaring, Scott y Mariano Torcal. 2003. "El conflicto democracia/autoritarismo y sus bases sociales en Chile, 1973-1995: un ejemplo de redefinición política de un cleavage". *Reis* (103): 51–82.
- Mannheim, Karl. 1929. *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mansuy, Daniel. 2016a. "Aborto: el triunfo del individualismo". *El Mostrador* (18 de Marzo).
- Mansuy, Daniel. 2016b. "Matrimonio homosexual". *La Tercera* (20 de Junio).
- Mansuy, Daniel. 2016c. *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. 1976. *The German Ideology*. editado por C. J. Arthur. Nueva York: International Publishers, 2004.
- Mayol, Alberto. 2013. *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- McGann, James. 2014. "The Global 'Go-to Think Tanks' 2014. The Think Tanks and Civil Societies Program (conferencia - Universidad de Pennsylvania)". Pp. 290–91 en Philadelphia, PA.
- McGann, James. 2018. *Global Go To Think Tank Index Report (informe - Think Tanks and Civil Societies Program)*. Philadelphia, PA.
- McGann, James y Robert Weaver. 2000. *Think Tanks and Civil Societies: Catalysts for Ideas and Action*. Piscataway, NJ: Transaction publishers.

- Medearis, John. 2001. "Ideology, Democracy and the Limits of Equilibrium: A Schumpeterian critique". *British Journal of Political Science* 31(02): 355–88.
- de Medeiros, Pilar. 2015. "The Role of European Intellectuals in the Public Sphere". *European Scientific Journal* (edición especial): 64–72.
- Menges, Constantine. 1966. "Public Policy and Organized Business in Chile: A Preliminary Analysis". *Journal of International Affairs* 20(02): 343–65.
- Meynaud, Jean. 1968. *Technocracy*. Londres: Faber and Faber.
- Micco, Sergio. 2015. "Una falsa profecía: la muerte de los intelectuales". *Anales de la Universidad de Chile* (9):13–26.
- Middlebrook, Kevin. 2000. *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*. Baltimore, MD: John Hopkins University Press.
- Misztal, Barbara. 2007. *Intellectuals and the Public Good: Creativity and Civil Courage*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Misztal, Barbara. 2012. "Public Intellectuals and Think Tanks: A Free Market in Ideas?" *International Journal of Politics, Culture, and Society* 25: 127-41.
- Monckeberg, María. 2015. *La máquina para defraudar: los casos Penta y Soquimich*. Santiago de Chile: Debate.
- Montecinos, Verónica. 1997. "Los economistas en la política de partido. La democracia chilena en la era de los mercados". *Pensamiento Iberoamericano: Revista de Economía Política* (30): 135-54.
- Montero, Cecilia. 1997. *La revolución empresarial Chilena*. Santiago de Chile: CIEPLAN/Dolem Ediciones.
- Montes, Esteban, Scott Mainwaring, y Eugenio Ortega. 2000. "Rethinking the Chilean Party System". *Journal of Latin American Studies* 32(3): 795-824.
- Morales, Mauricio. 2008. "La primera mujer presidenta de Chile ¿Qué explicó el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005–2006?" *Latin American Research Review* 43(1): 7-32.
- Morales, Mauricio. 2012. "The Concertación's Defeat in the 2009/2010 Presidential Elections in Chile". *Latin American Politics and Society* 54(2): 79-107.
- Morales, Mauricio. 2015. "Debut y despedida. La derecha chilena en las elecciones presidenciales 2013". *Revista de estudios políticos* (168): 261-90.
- Morales, Mauricio y Rodrigo Bugueño. 2001. "La UDI como expresión de la nueva derecha en Chile". *Estudios Sociales* (107): 215-48.
- Morales, Mauricio y Carlos Cantillana. 2008. *¿Me verás caer? La UDI frente a las municipales del 2008 (documento de trabajo 19 - observatorio electoral UDP)*. Santiago de Chile.
- Morales, Mauricio y Patricio Navia. 2010. *El sismo electoral de 2009: cambio y continuidad en las preferencias políticas de los chilenos*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Moreno, Carolina y Eugenio Ortega. 2002. *La Concertación desconcertada*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Moreno, Marco. 2010. "Think tanks en Chile: estilos y prácticas tecnocráticas en la formación de políticas". *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública* 08(12): 103–25.
- Moulian, Tomás. 1982. *Desarrollo político y Estado de compromiso: desajustes y crisis estatal en Chile*. Santiago de Chile: CIEPLAN.
- Moulian, Tomás. 1983. *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Moulian, Tomás. 1985. "Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno". Pp. 13–78 en *Estudio sobre el sistema de partidos en Chile*, editado por A. Aldunate, A. Flisfisch, y T. Moulian. Santiago de Chile: FLACSO.
- Moulian, Tomás. 1997. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM ediciones.

- Moulian, Tomás. 1998. *El consumo me consume*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Moulian, Tomás. 2004. *La crisis de la política en el Chile actual y el 'lavinismo político'*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Moulian, Tomás y Germán Bravo. 1981. *La debilidad hegemónica de la derecha chilena en el Estado de compromiso*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Moulian, Tomás y Isabel Torres. 1988. *La reorganización de los partidos de la derecha entre 1983 y 1988*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Moulian, Tomás y Isabel Torres. 1989. "La problemática de la derecha política en Chile, 1964-1983". Pp. 395–466 en *Muerte y resurrección: los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*, editado por M. Cavarozzi y M. Garretón. Santiago de Chile: FLACSO.
- Moulian, Tomás y Pilar Vergara. 1981. "Estado, ideología y políticas económicas en Chile 1973-1978". *Revista Mexicana de Sociología* 43(2):845–903.
- Muñoz, Oscar. 1982. "La CORFO y el desarrollo nacional". Pp. 205–7 en *Modelo económico chileno: Trayectoria de una crítica*, editado por J. P. Arellano. Santiago de Chile: Ediciones Aconcagua.
- Muñoz, Oscar. 1986. *Chile y su industrialización*. Santiago de Chile: CIEPLAN.
- Muñoz, Víctor. 2016. *Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973-2013)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Nannestad, Peter y Martin Paldman. 1994. "The VP-function: A Survey of the Literature on Vote and Popularity Functions After 25 Years". *Public Choice* 79(3–4):213–45.
- Navarrete, Bernardo. 2012. "¿Un gobierno sin proyecto político propio?: la presidencia de Sebastián Piñera en Chile". *Más poder local* (9):10–11.
- Navia, Patricio. 2005. "La transformación de votos en escaños: leyes electorales en Chile". *Política y Gobierno* 12(2):233–276.
- Navia, Patricio. 2007. "¿Qué le pasó a Bachelet?" *Nueva Sociedad* (212):4–14.
- Navia, Patricio y Alfredo Joignant. 2000. "Las elecciones presidenciales de 1999: La participación electoral y el nuevo votante chileno". Pp. 119–44 en *Chile 1999-2000. Nuevo gobierno: desafíos de la reconciliación*, editado por F. Rojas. Santiago de Chile: FLACSO.
- Nisbet, Robert. 1995. *Conservadurismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Norris, Pippa y Joni Lovenduski. 2004. "Why Parties Fail to Learn: Electoral Defeat, Selective Perception and British Party Politics". *Party Politics* 10(01):85–104.
- O'Brien, Phil y Jackie Roddick. 1983. *Chile, the Pinochet Decade: the Rise and Fall of the Chicago Boys*. Londres: Latin America Bureau.
- O'Sullivan, Noël. 2013. "Conservadurismo". Pp. 163–75 en *Historia del pensamiento político del siglo XX*, editado por T. Ball y R. Bellamy. Madrid: Ediciones Akal.
- Oakeshott, Michael. 1975. *On Human Conduct*. Oxford: Clarendon Press.
- Olavarría, Arturo. 1962. *Chile entre dos Alessandri*. Santiago de Chile: Nascimento.
- Olivares, Alejandro, Bastián González-Bustamante, Javiera Meneses, y Matías Rodríguez. 2014. "Los think tanks en el gabinete: una exploración del caso chileno (2006-2014)". *Revista de Sociología* (29): 37–54.
- Oppenheim, Lois. 1993. *Politics in Chile: Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development*. Boulder, CO: Westview Press.
- Oppliger, Marcel y Eugenio Guzmán. 2012. *El malestar de Chile: ¿teoría o diagnóstico?* Santiago de Chile: Ril Editores.
- Osborne, Thomas. 2004. "On Mediators: Intellectuals and the Ideas Trade in the Knowledge Society". *Economy and Society* 33(4): 430–47.

- Palacios, Nicolás. 1904. *Raza Chilena*. Santiago de Chile: R.
- Panebianco, Angelo. 1982. *Political Parties: Organization and Power*. Worcester: Cambridge University Press, 1988.
- Panizza, Francisco. 2009. *Contemporary Latin America: Development and Democracy Beyond the Washington Consensus*. Londres: Zed Books.
- Pautz, Hartwig. 2011. "Revisiting the Think-Tank Phenomenon". *Public Policy and Administration* 26(04): 419–35.
- Peña, Carlos. 2017. *Lo que el dinero sí puede comprar*. Santiago de Chile: Taurus.
- Pérez, Aníbal. 2014. "¿UDI popular? Los campamentos y el respaldo electoral-popular de derecha. El caso de Virginia Reginato en Viña del Mar (2008-2013)". *Revista Izquierdas* (21): 1–30.
- Pérez, Ximena. 2016. "Nicolás Ibáñez y Axel Kaiser: los yihadistas del libre mercado". *El Mostrador* (15 de Enero).
- Pinilla, Pablo. 2012. "Think tanks, saber experto y formación de agenda política en el Chile actual". *Revista Polis* 11(32): 119–40.
- Pinto, Aníbal. 1959. *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Pinto, Aníbal. 1985. "Estado y gran empresa: de la precrisis hasta el gobierno de Jorge Alessandri". *CIEPLAN* 100(16): 5–40.
- Pinto, Carolina. 2006. *UDI: la conquista de corazones populares (1983-1987)*. Santiago de Chile: A & V.
- Politzer, Patricia. 2010. *Bachelet en tierra de hombres*. Santiago de Chile: Debate.
- Pollack, Marcelo. 1999. *The New Right in Chile, 1973-97*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Portales, Felipe. 2000. *Chile: una democracia tutelada*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Prebisch, Raúl. 1948. *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*. Santiago de Chile: CEPAL, 2012.
- Puryear, J. 1994. *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Rahat, Gideon y Sznajder Mario. 1998. "Electoral Engineering in Chile: The Electoral System and Limited Democracy". *Electoral Studies* 17(4): 429–42.
- Reyes, Carlos. 2019. "En medio de incertidumbre por su permanencia en la UDI Jaime Bellolio aparece en pauta de Evópoli". *La Tercera* (5 de Enero).
- Rhodes, Roderick. 1996. "The New Governance: Governing without Government". *Political Studies* 44(04): 652–67.
- Rhodes, Roderick y David Marsh. 1992. "New Directions in the Study of Policy Networks". *European Journal of Political Research* 21(01–02): 181–205.
- Rich, Andrew. 2005. *Think Tanks, Public Policy, and the Politics of Expertise*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Riquelme, Alfredo. 1999. "¿Quiénes y por qué no estén ni ahí? Marginación y/o automarginación en la democracia transicional. Chile, 1988-1997". Pp. 261–79 en *El modelo chileno: Democracia y desarrollo en los noventa*, editado por P. Drake y I. Jaksic. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Roberts, Kenneth. 2008. "The Mobilization of Opposition to Economic Liberalization". *Annu. Rev. Polit. Sci.* (11): 327–49.
- Romero, José. 1970. *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós.
- Romero, Martin. 2016. "Los libros que conservadores y liberales eligen para entender a la derecha de hoy". *La Segunda* (16 de Enero).

- Rostow, Walt. 1971. *Politics and the Stages of Growth*. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- Rouquié, Alain. 2011. *A la sombra de las dictaduras: la democracia en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rubio, Pablo. 2014. *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990*. Santiago de Chile: DIBAM.
- Rumie, Sebastián. 2019. “Chicago Boys en Chile: neoliberalismo, saber experto y el auge de una nueva tecnocracia”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 64(235): 139–64.
- Saavedra, Natalia. 2019. “El poder fáctico de Nicolás Ibáñez”. *El Mostrador* (21 de Enero).
- Sabatier, Paul. 1987. “Knowledge, Policy-Oriented Learning, and Policy Change an Advocacy Coalition Framework”. *Science Communication* 08(04): 649–92.
- Said, Edward. 1996. *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Sandel, Michael. 1998. *Liberalism and the Limits of Justice*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Sandel, Michael. 2012. *What Money Can't Buy: the Moral Limits of Markets*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2013.
- Santa Cruz, Lucía. 2018. *La igualdad liberal*. Santiago de Chile: Ediciones Libertad y Desarrollo.
- Sargent, Lyman. 1969. *Contemporary Political Ideologies: A Comparative Analysis*. Belmont, CA: Wadsworth, Cengage Learning, 2009.
- Schneider, Jiří. 2002. *Think-Tanks in Visegrad Countries*. Budapest: Central European University - Center for Policy Studies.
- Schumpeter, Joseph. 1942. *Capitalism, Socialism and Democracy*. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Schumpeter, Joseph. 1949. “Science and Ideology”. *The American Economic Review* 39(2): 346–59.
- Scruton, Roger. 1991. “La actitud conservadora”. *Estudios Públicos* (44):125–40.
- Scully, Timothy. 1992. *Rethinking the Center: Cleavages, Critical Junctures, and Party Evolution in Chile*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Seliger, Martin. 1976. *Ideology and Politics*. Londres: Allen & Unwin.
- Serrano, Sol. 1979. “Alessandri y la campaña electoral de 1920”. Pp. 51–118 en *Siete ensayo sobre Arturo Alessandri Palma*, editado por C. Orrego. Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- Shenhav, Shaul. 2006. “Political Narratives and Political Reality”. *International Political Science Review* 27(3): 245–62.
- Siavelis, Peter. 1997. “Continuity and Change in the Chilean Party System”. *Comparative Political Studies* 30(6): 651–74.
- Siavelis, Peter. 2009. “Enclaves de la transición y democracia chilena”. *Revista de Ciencia Política* 29(1):3–21.
- Siavelis, Peter. 2014. “Chile: The Right’s Evolution from Democracy to Authoritarianism and Back Again”. Pp. 242–65 en *The Resilience of the Latin American Right*, editado por J. Luna y C. Kaltwasser. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Siavelis, Peter y Arturo Valenzuela. 1996. “Electoral Engineering and Democratic Stability: The Legacy of Authoritarian Rule in Chile”. Pp. 77–100 en *Institutional Design in New Democracies: Eastern Europe and Latin America*, editado por A. Lijphart y C. Waisman. Nueva York: Routledge, 2018.
- Sierra, Enrique, Sergio Benavente, y Juan Osorio. 1970. *Tres ensayos de estabilización en Chile: las políticas aplicadas en el decenio, 1956-66*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Siles, Catalina. 2013. “Identidad de género, derecho y orden social”. *El Mostrador* (18 de Junio).
- Siles, Catalina. 2018. “Una política para la familia”. *El Libero* (22 de Mayo).

- Silva, Eduardo. 2009. *Challenging Neoliberalism in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Silva, Fernando. 1974. "Un contrapunto de medio siglo: democracia liberal y estatismo burocrático 1924-1970". Pp. 751–869 en *Historia de Chile (tomo IV)*, editado por S. Villalobos, O. Silva, F. Silva, y P. Estelle. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Silva, Patricio. 1991. "Technocrats and Politics in Chile: From the Chicago Boys to the CIEPLAN Monks". *Journal of Latin American Studies* (2):385–401.
- Silva, Patricio. 1992. "Intelectuales, tecnócratas y cambio social en Chile: pasado, presente y perspectivas futuras". *Revista Mexicana de Sociología* 54(1): 139–66.
- Silva, Patricio. 1995. "Modernization, Consumerism and Politics in Chile". Pp. 118–32 en *Neoliberalism with a Human Face?: The Politics and Economics of the Chilean Model*, editado por D. Hojman. Liverpool: The University of Liverpool Monograph Series.
- Silva, Patricio. 2000. "Politics Across Frontiers: Pinochet's Arrest in London and the Chilean Democratic Process". Pp. 151–63 en *Towards a Borderless Latin America*, editado por P. Van Dijk. Amsterdam: CEDLA.
- Silva, Patricio. 2001. "Towards Technocratic Mass Politics in Chile? The 1999-2000 Elections and the 'Lavín Phenomenon'". *European Review of Latin American and Caribbean Studies* (70): 25–39.
- Silva, Patricio. 2006. "Los tecnócratas y la política en Chile: pasado y presente". *Revista de Ciencia Política* 26(2): 175–90.
- Silva, Patricio. 2010. *En el nombre de la razón: tecnócratas y política en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Smelser, Neil. 2004. "Psychological Trauma and Cultural Trauma". Pp. 31–59 en *Cultural Trauma and Collective Identity*, editado por P. Sztompka, J. Alexander, R. Eyerman, B. Giesen, y N. Smelser. Berkeley, CA: University of California Press.
- Smith, Brian. 1982. *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2014.
- Smith, James. 1991. *The Idea Brokers: Think Tanks and the Rise of the New Policy Elite*. Nueva York: The Free Press.
- Sokal, Alan. 2008. *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*. Barcelona: Paidós.
- Soto, Angel. 1995. *El Mercurio y la difusión del pensamiento económico liberal, 1955-1970*. Santiago de Chile: Instituto Libertad.
- Soto, Angel. 2001. "La irrupción de la UDI en las poblaciones 1983-1987 (conferencia - Annual Meeting of the Latin American Studies Association)". Pp. 1–21 en. Washington, DC.
- Spengler, Oswald. 1918. *The Decline of the West*. Nueva York: Vintage Books, 2006.
- Stallings, Barbara. 1978. *Class Conflict and Economic Development in Chile, 1958-1973*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Stone, Diane. 1996. *Capturing the Political Imagination: Think tanks and the Policy Process*. Nueva York: Frank Class, 2005.
- Stone, Diane. 2007. "Recycling Bins, Garbage Cans or Think Tanks? Three Myths Regarding Policy Analysis Institutes". *Public Administration* 85(02): 259–78.
- Stone, Diane, Andrew Denham, y Mark Garnett. 1998. *Think Tanks Across Nations: A Comparative Approach*. Manchester: Manchester University Press.
- Stone, Diane y Heidi Ullrich. 2003. "Policy Research Institutes and Think Tanks in Western Europe: Development Trends and Perspectives". Pp. 1–49 en Budapest: Open Society Institute.
- Subercaseaux, Elizabeth y Malú Sierra. 2005. *Michelle*. Santiago de Chile: Catalonia.

- Sznajder, Mario. 1990. "El Movimiento Nacional Socialista: nacismo a la chilena". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 1(1): 41–58.
- Sznajder, Mario. 2015. "Politics in History: The Chilean Radical Right in the 20th Century". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* 17(34):177–201.
- Tagle, Francisco Javier y Cecilia Claro. 2018. "Encuadres y uso de fuentes en la vigilancia mediática. Análisis de prensa argentina y chilena: casos José López y Caval". *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 24(1):413–28.
- Taylor, Charles. 2004. *Modern Social Imaginaries*. Durham, NC: Duke University Press.
- Thompson, Edward Palmer. 1963. *The Making of the English Working Class*. Londres: Gollancz, 1980.
- Thompson, John. 1984. *Studies in the Theory of Ideology*. Cambridge: Polity Press.
- Tironi, Eugenio. 1999. *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*. Santiago de Chile: Grijaldo.
- Tironi, Eugenio y Felipe Agüero. 1999. "¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?" *Estudios Públicos* (74): 151–68.
- Tironi, Eugenio, Felipe Agüero, y Eduardo Valenzuela. 2001. "Clivajes políticos en Chile: perfil sociológico de los electores de Lagos y Lavín". *Revista Perspectivas* 5(1):73–87.
- Tompkins, Elizabeth K. 2008. "Think tanks and Public Policy Research Institutes: An Annotated Bibliography". *Behavioral and Social Sciences Librarian* 26(2): 11–27.
- Torcal, Mariano y Scott Mainwaring. 2003. "The Political Recrafting of Social Bases of Party Competition: The Case of Chile 1973-1995". *British Journal of Political Science* 33(1): 55–84.
- Torring, Jacob. 1999. *New theories of discourse: Laclau, Mouffe and Zizek*. Oxford: Blackwell.
- Torres, Isabel. 2009. "La década de los sesenta en Chile: la utopía como proyecto". *HAOL* (19):139–49.
- Traverso, Enzo. 2014. *¿Qué fue de los intelectuales?* Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Uña, Gerardo, Gisell Gogliandro, y Juan Labaqui. 2004. *Políticas públicas y toma de decisiones: los think tanks en Argentina*. Buenos Aires: Fundación Konrad Adenauer.
- Urbina, Francisco y Pablo Ortúzar. 2012. *Gobernar con principios: ideas para una nueva derecha*. Santiago de Chile: Ediciones Libertad y Desarrollo.
- Urzúa, Germán. 1986. *Historia política electoral de Chile (1931-1973)*. Santiago de Chile: Colección de Documentos de Chile.
- Valdés Canje, Julio. 1910. *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- Valdés, Juan. 1995. *Pinochet's Economists: The Chicago School of Economics in Chile*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Valdivia, Verónica. 2008. *Nacionales y gremialistas. El "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Valdivia, Verónica. 2016. "La derecha pinochetista en el post pinochetismo: auge y crisis del 'Lavinismo', 2000-2004". *Estudios Ibero-Americanos* 42(2): 694–723.
- Valenzuela, Arturo. 1978. *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Valenzuela, Arturo. 1989. *El queibre de la democracia en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Valenzuela, Arturo. 1996. "Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: proposición para un gobierno parlamentario". *Estudios Públicos* (64): 2–71.
- Valenzuela, Arturo. 1999. "Chile: Origins and Consolidation of a Latin American Democracy". Pp. 191–248 en *Democracy in Developing Countries: Latin America*, editado por L. Diamond, J. Hartlyn, J. Linz, y S. Lipset. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.

- Valenzuela, Arturo y Alexander Wilde. 1984. "El congreso y la redemocratización en Chile". *Alternativas* (3): 5–40.
- Valenzuela, Samuel. 1995. "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos* (58):1–80.
- Varas, Augusto. 2014. *El gobierno de Piñera (2010-2014)*. Santiago de Chile: Catalonia.
- Verbal, Valentina. 2017. *La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y dónde debería encontrarlo*. Santiago de Chile: Ediciones l.
- Vergara, Jorge. 2007. "La 'democracia protegida' en Chile". *Revista de Sociología* (21):45–52.
- Vergara, Pilar. 1982. "Las transformaciones del Estado chileno bajo el régimen militar". *Revista Mexicana de Sociología* 44(2): 413–52.
- Vergara, Pilar. 1985. *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Vial, Gonzalo. 1987. *Historia de Chile (1891-1973), Vol. III: Alessandri y los golpes militares*. Santiago de Chile: Editorial Santillana del Pacífico.
- Villalobos, Sergio. 1987. *Origen y ascenso de la Burguesía Chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Wallerstein, Immanuel. 2004. *World-Systems Analysis: An Introduction*. Durham, NC: Duke University Press.
- Weaver, Robert. 1989. "The Changing World of Think Tanks". *Political Science & Politics* 22(03):563–78.
- Weber, Max. 1919. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1979.
- White, Hayden. 1980. "The Value of Narrativity in the Representation of Reality". *Critical inquiry* 7(1):5–27.
- Whitehead, Laurence. 1997. "La política del conocimiento especializado en América Latina: antecedentes y tendencias contemporáneas". *Pensamiento Iberoamericano: Revista de Economía Política*. (30):37–53.
- Williams, Gwyn. 1960. "The Concept of Egemonia in the Thought of Antonio Gramsci: Some Notes on Interpretation". *Journal of the History of Ideas* XXI 21(04): 586–99.
- Willke, Helmut. 2007. *Smart Governance: Governing the Global Knowledge Society*. Frankfurt: Chicago University Press.
- Winn, Peter, ed. 2004. *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973–2002*. Londres; Durham: Duke University Press.
- Wittgenstein, Ludwig. 1963. *Philosophical Investigations*. Oxford: Blackwell.
- Wright, Thomas. 1982. *Landowners and Reform in Chile. The Sociedad Nacional de Agricultura 1919-1940*. Champaign, IL: University of Illinois Press.
- Zapata, Claudia. 2015. "Intelectuales públicos, intelectuales críticos: la intelectualidad indígena en América Latina". *Anales de la Universidad de Chile* (9): 89–102.
- Zeitlin, Maurice y Richard Ratcliff. 1988. *Landlords and Capitalists: The Dominant Class of Chile*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Anexo I - Lista de entrevistados

Entrevistado	Fecha y lugar de entrevista	Perfil del entrevistado
Ángel Soto	Santiago de Chile, 12 abril 2018.	- Doctor en Historia, Universidad Complutense de Madrid. - Autor del libro <i>El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal. 1955-1970</i> (1995). - Académico de la Universidad de los Andes.
Arturo Fontaine	Santiago de Chile, 14 mayo 2018.	- Ex director del CEP. - Académico de la Universidad Adolfo Ibáñez.
Axel Kaiser	Santiago de Chile, 1 mayo 2018.	- Doctor en Filosofía, Universidad de Heidelberg. - Director ejecutivo de la FPP. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> . - Autor del libro <i>La fatal ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista</i> (2009).
Cristóbal Bellolio	Santiago de Chile, 28 abril 2018.	- Doctor en Filosofía Política, University College London. - Académico de la Universidad Adolfo Ibáñez. - Autor del libro <i>Renovación & reemplazo: por qué es urgente el recambio político en Chile</i> (2013).
Daniel Mansuy	Santiago de Chile, 28 abril 2018.	- Doctor en Filosofía, Universidad de Rennes. - Ex director del IES. - Académico de la Universidad de los Andes. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> . - Autor del libro <i>Nos fuimos quedando en silencio: La agonía del Chile de la transición</i> (2016).
Gonzalo Rojas	Santiago de Chile, 24 abril 2018.	- Doctor en Derecho, Universidad de Navarra. - Académico de la PUC. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> .
Hugo Herrera	Santiago de Chile, 17 mayo 2018.	- Doctor en Filosofía, Julius-Maximilians-Universität. - Académico de la UDP. - Columnista del diario <i>La Segunda</i> . - Autor del libro <i>La derecha en la crisis del bicentenario</i> (2014).
Joaquín Fernandois	Santiago de Chile, 10 abril 2018.	- Doctor en Historia de América, Universidad de Sevilla. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> . - Académico de la PUC. - Investigador del CEP.
Joaquín García-Huidobro	Santiago de Chile, 9 mayo 2018.	- Doctor en Filosofía, Universidad de Navarra. - Académico de la Universidad de los Andes. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> .
Jorge Jaraquemada	Santiago de Chile, 28 mayo 2018.	- Abogado, PUC. - Director ejecutivo de FJG.
Luis Larraín	Santiago de Chile, 22 abril 2018.	- Ingeniero comercial y economista, PUC. - Director ejecutivo de LYD. - Columnista del diario <i>El Mercurio</i> .
Sofía Correa	Santiago de Chile, 3 mayo 2018.	- Académica de la UCH. - Autora del libro <i>Con las riendas en el poder. La derecha chilena en el siglo XX</i> (2005).
Valentina Verbal	Santiago de Chile, 6 mayo 2018.	- Ex investigadora de HRZ. - Autora del libro <i>La derecha perdida: por qué la derecha carece de relato y dónde debería encontrarlo</i> (2017).

Anexo II - Figuras

Figura número 1: tipos de intelectuales y sus conductas epistémicas

Tipos de intelectuales	Sustancia (qué tipo de trabajo intelectual)	Justificación (porqué se realiza el trabajo intelectual)	Estilización (cómo se realiza el trabajo intelectual)	Estrategia (cuál es impacto deseado del trabajo intelectual)
Legislador	Promover ordenamientos que sinteticen aspectos del mundo en un relato que de cuenta de un orden futuro según determinados valores ilustrados	Para crear un orden basado en valores ilustrados que justifican por sí mismos la creación de un nuevo ordenamiento	Mediante una legislación fundada en una autoridad auto-reconocida	Perpetuar un ordenamiento que es valorado como superior
Interprete	Interpretar el texto en el sentido de todas las formas de producción cultural	Para traducir el significado de los diversos discursos con el fin de alcanzar entendimiento entre las partes	Mediante el perfeccionamiento de disciplinas asociadas al diálogo	Contribuir al mutuo entendimiento entre las partes
Experto	Trabajar a partir de una variada cantidad de afirmaciones basadas en datos factuales	Para aportar a la sociedad con conocimientos supuestamente libres de contenidos ideológicos	Mediante el dominio virtuoso de una especialidad que permita dar consejo experto a quienes están a cargo de la toma de decisiones	Producir conocimiento científico que pueda influir en la toma de decisiones
Mediador	Producir ideas para fomentarlas de un modo vehicular y eficiente	Para proveer ideas que sean un puente entre las necesidades y deseos de la gente	Mediante una actitud estética hacia las ideas. Estas últimas constituyen un reino en movimiento donde se puede mediar toda relación social	Crear un movimiento constante de ideas sin dogmatismos, Lo importante es la innovación y la efectividad

Fuente: elaboración propia. Basado en Foucault (1990), Bauman (1987) y Osborne (2004).

Figura número 2: tipos y funciones de los *think tanks*

Tipos de <i>think tanks</i>	Fuentes de financiamiento	Configuración de la agenda	Investigación	Productos	Énfasis	Interés
Centros de apoyo	Los integrantes y agentes asociados juegan un rol primordial	La agenda está dirigida por la ideología	Corto plazo; provee herramientas de <i>expertise</i> ; investigadores con postgrado	Propuestas, opiniones, comentarios, difusión	Estudios jurídicos, informes económicos, columnas de opinión	Agenda de parlamento, grupos de interés y gobierno
Centros partidarios	Los integrantes y agentes asociados juegan un rol primordial	La agenda está dirigida por las necesidades del partido político	Probar que lo que creen es correcto; investigación basada en principios políticos	Propuestas, comentarios, intervención, opiniones	Coyuntura política, actividades de formación, estudios jurídicos, columnas de opinión	Agenda de partidos políticos, gobierno y parlamento
Centros de gestión	Los fondos obtenidos mediante contratos gubernamentales juegan un rol primordial	La agenda está dirigida por las necesidades del gobierno	Largo plazo; necesidad de contrato; proveer herramientas de <i>expertise</i> ; investigadores de postgrado	Propuestas técnicas, estudios acotados, estimaciones específicas	Informes técnicos.	Agenda de ministerios, instituciones públicas y parlamento
Centros académicos	El financiamiento de estos centros es diversificado	El investigador tiene un rol importante en la definición de la agenda	Largo plazo; proveer herramientas de <i>expertise</i> ; investigación desinteresada; investigadores de postgrado	Propuestas temáticas, difusión, estudios generales sobre asuntos y opciones	Investigación en profundidad	Agenda propia, de gobierno y parlamento

Fuente: elaboración propia. Basado en Ahmad (2008) y Pinilla (2012).

Samenvatting

Het onderzoek naar politiek rechts heeft in Latijns-Amerika de afgelopen twee decennia geen vruchtbare grond gevonden. Onderzoek op het gebied van sociale wetenschappen in de regio was overwegend gericht op thema's die verband houden met de populaire sectoren en sociale bewegingen. Bovendien zijn de weinige bestaande onderzoeken naar Latijns-Amerikaans politiek rechts vooral gericht op de jaren 70, 80 en 90 van de vorige eeuw, dat wil zeggen op de dictatoriale en transitieperioden die verschillende landen in de regio hebben doorgemaakt. Echter, juist in de afgelopen twee decennia is het panorama van Latijns-Amerikaanse rechts drastisch veranderd. Dit als gevolg van diepgaande politieke, maatschappelijke en economische veranderingen die vanaf het begin van de eenentwintigste eeuw hebben plaatsgevonden.

Het jaar 2000 markeert het beginpunt van een moeilijke fase voor rechtse politieke krachten in Latijns-Amerika. Vanaf dat moment verkregen linkse politieke partijen en hun politieke leiders steeds meer electorale steun in de regio. Dit fenomeen wordt ook wel de *pink tide* genoemd. Tot op zekere hoogte verzwakte de bloei van links de politieke, materiële en ideologische macht die de verschillende Latijns-Amerikaans rechtse krachten hadden verworven en geconsolideerd na de installatie van de nieuwe democratieën in de jaren 1980. Deze "draai naar links" was het resultaat van een steeds groter wordende maatschappelijke ontevredenheid die aan het begin van de jaren 2000 was ontstaan. Aan de basis van die maatschappelijke ontevredenheid lag het neoliberale economische beleid van de jaren 1980 en 1990 dat in de regio werd geïmplementeerd onder de paraplu van de zogenaamde 'Washington Consensus'.

Dit anti-neoliberale politieke klimaat verzwakte het kapitalistische moderniseringsproject dat rechtse politieke partijen vanaf de jaren 1980 in de regio waren gestart. In de context van het bovenstaande is de *status quo* die wordt verdedigd door Latijns-Amerikaans rechts - zoals ze als politieke stroming tijdens de dictatoriale en transitieprocessen vorm kreeg en werd geconsolideerd - de afgelopen twee decennia sterk op de proef gesteld. Met name dit laatste viel Latijns-Amerikaans rechts zwaar. Gewend aan het verdedigen van de *status quo* waarin haar macht en belangen verankerd lagen, bleek rechts moeite te hebben om de sociale, politieke en economische veranderingen onder ogen te zien. Oftewel, politiek rechts kan haar contingente handelwijzen en retoriek aanpassen aan de veranderingen; of kan haar fundamentele ideeën en handelwijzen herzien.

Nergens elders in Latijns-Amerika vond een vergelijkbare strijd plaats tussen politiek rechts dat het neoliberale model verdedigt en centrumlinkse politieke krachten die dat model consequent intensief aanvallen zoals in Chili het geval is. Het neoliberale systeem werd in Chili opgelegd door het militaire regime van Pinochet (1973-1990) en bleef vrijwel ongewijzigd voortbestaan onder de centrumlinkse *Concertación* regeringscoalities (1990-2010). Vanaf 2010 neemt de legitimiteit van het zogenaamde 'neoliberale model' in Chili echter steeds verder af. Hierdoor zag Chileense rechts zich gedwongen om allerlei strategieën toe te passen die het verlies van de legitimiteit van het model zouden kunnen omkeren. Daarbij heeft de nieuwe context geleid tot de opkomst van nieuwe actoren die de hegemonie van de oude politieke en intellectuele leiders in de sector betwisten. Deze nieuwe actoren trachtten de politieke en ideologische vernieuwing van Chileens rechts te leiden.

Dit proefschrift analyseert de processen van politieke en ideologische vernieuwing die Chileens rechts de afgelopen twintig jaar heeft ondergaan. Volgens verschillende auteurs vindt politieke en ideologische vernieuwing in de context van de politieke partij plaats wanneer een partij opereert onder

omstandigheden die haar electorale succes, haar diepste en meest concrete belangen en waarden of zelfs haar bestaan radicaal beïnvloeden. Dit kritieke moment brengt een politieke partij ertoe de fundamentele ideeën van haar geloofssysteem en gebruikelijke politieke praktijken te vernieuwen, om haar eigen voortbestaan zeker te stellen. Het betreft een proces dat uit rationele overwegingen wordt ingezet en ongetwijfeld onder dwang van de omstandigheden wordt aangegaan. Een desbetreffende politieke partij ervaart zonder een crisis die haar voortbestaan radicaal bedreigt en haar in de richting van hernieuwing duwt, geen noodzaak om zich diepgaand te vernieuwen. Onder die omstandigheden houdt ze zich uitsluitend bezig met adaptieve bewegingen die haar in staat stellen relatief succesvol te zijn binnen het kader van de gebruikelijke politieke en sociale omstandigheden. Ofwel, tijdelijke aanpassingen van hun retoriek, wijzigingen in hun perifere ideeën en veranderingen in hun contingente praktijk. Het is daarom uitsluitend in het kader van een kritische context zoals hierboven genoemd, dat een politieke partij een fase van diepgaande politieke en ideologische vernieuwing aanvaardt en inzet.

Deze taak van politieke en ideologische vernieuwing wordt idealiter uitgevoerd door actoren die niet alleen autoriteit hebben binnen en rond de politieke partij, maar ook het intellectuele vermogen hebben om een dergelijk proces te leiden. Derhalve zouden zowel denktanks als intellectuelen de actoren kunnen zijn die de capaciteiten hebben om deze uitdaging aan te kunnen. Als het gaat om het verschaffen van intellectuele ruggensteun aan verschillende partijorganisaties, verlenen de denktanks het hiervoor noodzakelijke imago van expertise; ofwel de benodigde symboliek die legitimiteit verschaft. Als lid van specifieke beleidsnetwerken positioneren denktanks zich bovendien als een agent die dichtbij de besluitvorming en bepaalde machtskringen die verband houden met politieke partijen kan staan. Het is precies deze positie waardoor dergelijke gedachtegoedinstituten aanzienlijke invloed hebben. In die zin hebben denktanks vanwege hun verschillende profielen en functies een bevoorrechte positie. Ze verschaffen legitimiteit en/of kunnen bijdragen aan de vernieuwing van ideologische discoursen die gericht zijn op het verkrijgen van dominante waarde in een specifieke maatschappelijke en politieke sector. Intellectuelen op hun beurt, kunnen vanuit hun humanistische, bemiddelende en / of deskundige vaardigheden, ook een bijdrage leveren aan het proces van vernieuwing binnen de politieke partij. Hun bijdrage bestaat uit het overtuigen van elk van de ideologische elementen die nodig zijn om in de partijcontext een proces van vernieuwing te realiseren. Tevens kunnen ze met behulp van hun intellectuele instrumenten bijdragen aan de rechtvaardiging van een bepaalde opdracht.

De casus van Chileens rechts is met name relevant in de eerdergenoemde regionale en theoretische context. De afgelopen twee decennia werd Chileens politiek rechts geconfronteerd met een aantal situaties en omstandigheden die haar in de richting dreven van mogelijke processen van politieke en ideologische vernieuwing. Processen waarin denktanks en intellectuelen een leidende rol hebben gespeeld. Na de terugkeer naar de democratie in 1990 is Chileense rechts er inderdaad in geslaagd haar belangen te beschermen en haar eigen maatschappelijke project binnen de nieuwe politieke omgeving te consolideren. Dit wist ze te bereiken dankzij een nieuw model van democratie dat wordt geclassificeerd als ‘beschermd’ en een neoliberaal sociaaleconomisch model dat ze tijdens de dictatoriale periode zelf had ontworpen. Sindsdien is Chileens rechts er, ondanks het feit dat ze de uitvoerende macht pas in 2010 in handen kreeg, in geslaagd haar belangen te beschermen en comfortabel te overleven in de nieuwe politieke context. Tot tenminste 2010 hoefde rechts niet meer te doen dan zich aanpassen aan de nieuwe politieke omstandigheden en onderhandelen met de regerende centrumlinkse coalitie, genaamd de *Concertación*. Deze coalitie heeft zich, toen het de uitvoerende macht in handen had, zelfs toegelegd op het perfectioneren van het sociaaleconomische

model dat tijdens het militaire regime werd ontworpen. Daarom voelde Chileens rechts, althans tussen 1990 en 2010, vanuit politiek en ideologisch oogpunt geen noodzaak om zichzelf te vernieuwen of te herpositioneren. Ze was er immers van overtuigd dat op dat front de strijd tegen het progressivisme, zowel in Chili als in het Westen, al was gewonnen. Dit idee werd versterkt door de val van de Berlijnse muur en de ontwrichting van revolutionair links in de regio.

Toen ze tussen 1990 en 2010 geen enkele bedreiging voelde van de sociaaldemocratische linkse politieke krachten die aan de macht waren, verviel Chileens rechts in een soort ‘stilzwijgen’, ‘stilte’ of intellectuele verslapping. Deze situatie deed zich in de eerste plaats aan de rechterzijde van het politieke spectrum voor, vanwege de comfortabele voorwaarden van politieke bescherming die rechts genoot en de min of meer transversale acceptatie van haar maatschappelijke model. En dus wijdde Chileens rechts zich tijdens de eerste twee decennia van de nieuwe democratie aan de verdediging van de erfenis van het militaire regime (hetgeen haar bestaansreden werd) en had ze geen werkelijke behoefte om haar eigen sociaaleconomische, politieke en morele ideeën in twijfel te trekken. Dat wil zeggen, ideeën die Chileense rechts zich eigen had gemaakt en die met name voortkwamen uit het wereldbeeld dat ze geërfd had van de autoritaire periode en de Koude Oorlog. Deze ideeën liggen ten grondslag aan de hedendaagse rechtse politieke partijen en de eerste rechtse denktanks in Chili.

Tegen het einde van de overgangsperiode en de democratische consolidering in de jaren 2000 begon de comfortabele positie die rechts dankzij de ‘beschermde’ democratie en de hegemonie van het neoliberale sociaaleconomische model genoot, geleidelijk te verzwakken. Dit werd duidelijk na de arrestatie van Pinochet in Londen in 1998, de verzwakking van bepaalde ‘autoritaire enclaves’, de opkomst van anti-conservatieve hervormingen zoals de echtscheidingswet (2004) en de afschaffing van de benoeming van senatoren (2005). De werkelijke verzwakking van het door rechts ervaren gevoel van bescherming werd met name ingezet vanaf het jaar 2010. Ofwel, na de moeilijkheden die de regering van Sebastián Piñera (2010-2014) had doorgemaakt, het hoogtepunt van de studentenprotesten (2011) en het aan de macht komen van de linkse coalitie *Nueva Mayoría* (2014-2018). Door deze omstandigheden raakte Chileens rechts er duidelijk van overtuigd dat haar belangrijkste politieke, ideologische en materiële belangen werden bedreigd. Ter illustratie, in bovenstaande context werden de door de *Nueva Mayoría* regeringscoalitie voorgestelde hervormingen zelfs vergeleken met de hervormingen van Eduardo Frei Montalva en Salvador Allende. Dat wil zeggen, hervormingen die hebben bijgedragen aan de intense crisis die Chileens rechts tussen 1960 en 1970 doormaakte. Om deze reden werd in verschillende media en boeken opgemerkt dat Chileens rechts, haar sociaalmaatschappelijke model, maar ook haar belangrijkste ideeën en praktijken in crisis waren.

Als gevolg van deze ogenschijnlijk kritieke situatie onderging Chileens rechts een proces van partijfragmentatie, waarna een nieuwe rechtse politieke partij ontstond, te weten *Evópoli*. In deze context zag rechts bovendien en zonder twijfel dat haar sociaalmaatschappelijke project, alsmede het ideologische corpus dat ze verdedigde en had geërfd van het militaire regime, werd bedreigd. Daarnaast werd rechts onder deze omstandigheden geconfronteerd met de opkomst van een nieuwe rechtse intelligentsia. Deze nieuwe generatie intellectuelen begon vraagtekens te zetten bij de gewoonten en ideeën die Chileens rechts vanaf 1990 onophoudelijk had verdedigd. Volgens hen waren deze gewoonten en ideeën deels verantwoordelijk geweest voor de crisis die Chileens rechts doormaakte. Deze nieuwe rechtse intellectuelen kwamen voornamelijk samen in nieuwe denktanks (waardoor hun mate van invloed werd versterkt) en worden gekenmerkt door hun humanistische oriëntatie. Het grootste deel van deze intelligentsia bestaat uit filosofen, antropologen en historici, en

niet uit ingenieurs of economen, zoals vaak het geval is bij intellectuelen die het politieke rechts vertegenwoordigen dat is voortgekomen uit het militaire regime.

Deze nieuwe rechtse intellectuelen stellen dat één van de grootste problemen van het rechts dat is voortgekomen uit het autoritaire regime, het ernstige gebrek aan ideologische principes is waarmee ze de politieke en sociaalmaatschappelijke situatie van het hedendaagse Chili het hoofd kunnen bieden. Tot het moment waarop de nieuwe rechtse intelligentsia op het toneel kwamen, waren de intellectuelen die politiek rechts vertegenwoordigden overwegend experts die de Chileense sociaalmaatschappelijke en politieke realiteit aan de hand van cijfers en grafieken toelichtten en rechtvaardigden. Dat wil zeggen zonder de acties, gedragingen en ideeën van Chileens rechts van enige politieke toelichting of morele rechtvaardiging te voorzien. In die zin beschuldigt een aantal van deze nieuwe humanistische intellectuelen rechts ervan niet in staat te zijn op te komen voor haar ideeën op ideologisch niveau, aangezien ze gewend zou zijn haar overtuigingen uitsluitend te verdedigen aan de hand van technische documenten. Anderen zijn van mening dat het Chileense rechts dat voortkwam uit het autoritarisme niet in staat zou zijn om te reflecteren op haar eigen ideeën. Hierdoor zou ze zich in een situatie van “stilzwijgen” bevinden die ze niet kan doorbreken. Dit laatste zou Chileense rechts verhinderen na te denken over de vraag of de ideeën waarop hun sociaalmaatschappelijke project is geïnspireerd nog steeds geschikt zijn om de huidige maatschappelijke, economische en politieke situatie in Chili te begrijpen. Ondanks de meningsverschillen is deze nieuwe generatie rechtse intellectuelen het erover eens dat, als binnen politiek rechts inderdaad sprake is van een crisis als gevolg van de omstandigheden die zich vanaf 2010 hebben voorgedaan, die crisis intellectueel of principieel van aard is. Dat wil zeggen, een crisis die, volgens deze intellectuelen, dwingt tot de noodzakelijke vernieuwing van de fundamentele ideeën en gewoonten van Chileens rechts. Of het zou dwingen tot het verschaffen van een noodzakelijke morele en ideologische rechtvaardiging van het sociaaleconomische en politieke model dat van het militaire regime werd geërfd.

Al met al, werden Chileens rechts en hun respectievelijke politieke partijen, intellectuelen en denktanks tussen 2010 en 2018 geconfronteerd met verschillende omstandigheden en ontwikkelingen die een bedreiging vormden voor de *status quo* die ze verdedigden. Deze omstandigheden hadden rechts ertoe kunnen brengen haar fundamentele ideeën en gebruikelijke praktijken te herzien. In bovenstaande context werd een nieuwe rechtse politieke partij opgericht, verschenen nieuwe rechtse denktanks en kwamen binnen datzelfde rechts nieuwe humanistische intellectuelen op. De nieuwe denktanks en intellectuelen hebben hun kritiek geuit op de intellectuele armoede van de stroming binnen rechts die zijn oorsprong vindt in het militaire regime. Tegelijkertijd wijzen ze ook op de mogelijke veroudering van de ideeën en praktijken van die rechtse krachten in de context van de substantiële veranderingen die de Chileense samenleving de afgelopen twee decennia heeft ondergaan. Hierbij wordt zonder twijfel verwezen naar veranderingen die, doordat ze de door rechts verdedigde *status quo* bedreigen, de opkomst van nieuwe humanistische intellectuelen, hun denktanks en de vraag naar mogelijke politieke en ideologische vernieuwing binnen politiek rechts mogelijk hebben gemaakt.

Deze studie behandelt drie fundamentele vragen. Ten eerste wordt onderzocht of de rechtse politieke krachten in transitie tussen 2010 en 2018 inderdaad een kritieke fase hebben doorgemaakt die een vernieuwingsproces teweeg kan brengen van de fundamentele ideeën en dagelijkse praktijken die rechts vanaf 1990 hebben gevormd. Ten tweede worden de redenen geanalyseerd die deze humanistische intellectuele ontwikkeling binnen rechts in de afgelopen tien jaar in de hand hebben gewerkt en de verschillende rollen die deze intellectuelen hebben gespeeld. Ten derde wordt ingegaan

op de redenen die verklaren waarom deze nieuwe rechtse intelligentsia de voorkeur gaf aan het opereren vanuit denktanks en niet hoofdzakelijk vanuit de universiteiten.

Dit boek is opgebouwd uit vijf hoofdstukken. Hoofdstuk 1 behandelt strikt theoretische thema's. In dit hoofdstuk worden de processen van politieke en ideologische vernieuwing, die plaatsvinden in de partijcontext, onderzocht. Tevens wordt de rol die de verschillende type intellectuelen spelen bij het verstrekken van middelen aan de processen van politieke en ideologische vernieuwing geanalyseerd. Evenzo wordt de rol die denktanks spelen bij het verschaffen van expertise aan deze vernieuwingsprocessen in partijcontext, bestudeerd.

In hoofdstuk 2 wordt de geschiedenis van Chileens rechts in de 20e eeuw geanalyseerd. Deze analyse dient de volgende twee fundamentele doelen: Ten eerste wordt beoogd de herkomst van het hedendaagse Chileense rechts te laten zien en de transformaties die deze sector door de geschiedenis heen heeft ondergaan. Het betreft transformaties die relevant zijn voor het verkrijgen van inzicht in de evolutie van de ideologische, politieke en sociale samenstelling van de rechtse krachten in Chili. Vanuit de tweede doelstelling worden de processen van aanpassing en politieke en ideologische vernieuwing onderzocht die deze sector in de twintigste eeuw heeft doorgemaakt. Dit om de historisch-politieke ervaring van traditioneel rechts te kunnen vergelijken met die van het rechts dat is ontstaan tijdens het militaire regime. Een dergelijke vergelijking levert waardevolle informatie op waarmee inzicht kan worden verkregen in de huidige vernieuwingsprocessen die de rechtse sector in Chili zou kunnen doormaken.

In hoofdstuk 3 wordt uiteengezet in hoeverre de gebeurtenissen tussen 2010 en 2018 dynamieken van politieke en ideologische vernieuwing van het Chileense rechts dat haar herkomst vindt in het militaire regime, hadden kunnen stimuleren. Het eerste deel van het hoofdstuk bevat een analyse van de identiteit van het hedendaagse Chileense rechts, haar praktijken en belangrijkste interne problemen, evenals haar politieke geschiedenis. Dat wil zeggen, vanaf de inauguratie van de democratie in 1990 tot de eerste regering van Sebastián Piñera in 2010; het moment waarop Chileens rechts voor het eerst in de nieuwe democratische context de uitvoerende macht in handen kreeg. Het tweede deel richt zich op de tweede regeringsperiode van Michelle Bachelet (2014-2018). Haar regering trachtte structurele hervormingen door te voeren, die geïnspireerd waren op de eisen van de sociale bewegingen van 2011. Derhalve wordt in deze tweede paragraaf elke vlak waarop deze hervormingen Chileens rechts hadden kunnen bedreigen, geanalyseerd. Met andere woorden, de economische, politieke, morele en materiële belangen van de sector. Hiermee wordt getracht te bepalen of de sociale protesten en opkomst van de *Nueva Mayoría* het door rechts verdedigde wereldsysteem inderdaad bedreigden. Hieruit kan worden geconcludeerd of Chileens rechts – zoals de geïnterviewden stellen – daadwerkelijk werd geconfronteerd met een crisis, die haar tot het doormaken van een proces van politieke en ideologische vernieuwing zou leiden. Tevens worden in dit deel van het hoofdstuk de factoren geanalyseerd die hebben bijgedragen aan de overwinning van presidentsverkiezingen van 2017-2018. Ofwel, verkiezingen die van belang zijn als nagegaan dient te worden of Chileens rechts in de hier onderzochte jaren als gevolg van het progressivisme een crisis heeft doorgemaakt. Ten slotte wordt in het derde deel uiteengezet op welke vlakken Chileens rechts op dit moment wijzigingen in hun praktijken, gewoonten en ideeën zou kunnen doormaken.

Hoofdstuk 4 analyseert niet alleen de oorzaken van de opkomst, maar ook de rollen van de nieuwe humanistische intelligentsia, die in het afgelopen decennium binnen Chileens rechts haar intrede heeft gedaan. Deze analyse geschiedt met name in de context van de gebeurtenissen die in hoofdstuk drie zijn onderzocht. In het eerste deel wordt de Chileense intellectuele geschiedenis kort onderzocht

(1900-1990). Deze beschouwing faciliteert het inzicht in de sociaalhistorische oorzaken van de recente opkomst van de humanistische intelligentsia in een rechtse omgeving waar de overheersende intelligentsia vanaf haar ontstaansmoment in het autoritarisme van het experttype is geweest. In het tweede deel worden de factoren geanalyseerd die de opkomst van een nieuwe rechtse humanistische intelligentsia hebben gefaciliteerd. Ook wordt hier ingegaan op de vraagstelling of deze nieuwe rechtse intelligentsia inderdaad van invloed is geweest op het rechtse partijenspectrum. Hetgeen een aspect van essentieel belang is wanneer beoogd wordt om op beschrijvend niveau te achterhalen of deze rechtse ‘intellectuele wedergeboorte’ daadwerkelijk relevant is. Ten slotte wordt in het derde deel ingegaan op de specifieke rol die een aantal van de nieuwe rechtse humanistische intellectuelen het afgelopen decennium hebben gespeeld. Dit laatste in vergelijking met de rol die de conventionele rechtse intellectuelen (overwegend experts) tussen 1990 en 2010 hadden.

In hoofdstuk 5 wordt de evolutie van de belangrijkste rechtse denktanks in Chili onderzocht, alsmede de rol die ze vanaf 1990 binnen rechts hebben gespeeld en de rol die een aantal nieuwe rechtse denktanks spelen. Het betreft hier denktanks die zijn ontstaan in het kader van de in hoofdstuk vier behandelde ‘intellectuele renaissance’. In het eerste deel wordt ingegaan op de geschiedenis van denktanks in Chili, hetgeen de historische informatie verschaft die nodig is om inzicht te krijgen de sociaal-politieke rol die de denktanks in het land hebben gespeeld. De thematiek die in deze paragraaf wordt verkend, draagt tevens bij aan het begrip van de context waarin de opkomst van de nieuwe rechtse denktanks is gekaderd. In de tweede paragraaf wordt ingegaan op de algemene functies die zowel de uit de transitie voortgekomen denktanks, als de nieuwe denktanks gedurende hun bestaansperiode hebben vervuld. De voornaamste denktanks die zijn voortgekomen uit de democratische transitie zijn Libertad y Desarrollo, het Centro de Estudios Públicos, de Fundación Jaime Guzmán en het Instituto Libertad. Onder de nieuwe denktanks vallen met name de Fundación Para el Progreso, het Instituto de Estudios de la Sociedad en Horizontal op. In deze paragraaf wordt ook ingegaan op de factoren die het ontstaan van de nieuwe rechtse denktanks verklaren en de mate van invloed die hun intellectuelen binnen deze organisaties kunnen bereiken. Ten slotte gaat het derde deel in op de specifieke kenmerken van de rechtse denktanks die betrokken zijn geweest bij debat over rechts, haar principes en de ideologische crisis.

De algemene conclusies van dit onderzoek, die zijn gebaseerd op de theoretische literatuur, de in dit werk geanalyseerde historische bronnen en de *input* van de geïnterviewden, zijn tenslotte als volgt: Ten eerste, hoewel de omstandigheden tussen 2010 en 2018 op verschillende vlakken een bedreiging vormden voor Chileens rechts, was deze bedreiging niet omvangrijk genoeg om rechts in de richting van een proces van politieke en ideologische vernieuwing te bewegen. Als deze bedreigingen worden vergeleken met die waar traditioneel rechts gedurende de jaren zestig en zeventig mee werd geconfronteerd (omstandigheden die toentertijd wel degelijk leidden tot een vernieuwingsproces binnen Chileens rechts), zijn de meest recente moeilijkheden waar rechts mee werd geconfronteerd, welbeschouwd, zichtbaar minder omvangrijk. Ondanks het feit dat de gebeurtenissen in de periode 2010-2018 niet werden gekenmerkt door een hoog dreigingsniveau, leidden ze wel tot de opkomst van nieuwe actoren binnen Chileens rechts. Dat wil zeggen, actoren die kritisch staan tegenover een aantal praktijken en ideeën die vanaf het herstel van de democratie in 1990 kenmerkend zijn voor deze sociaal-politieke stroming.

Ten tweede bevindt zich onder de nieuwe rechtse actoren die hun intrede deden in de periode 2010-2018, een nieuwe politieke partij (*Evópoli*), nieuwe denktanks en nieuwe humanistisch georiënteerde intellectuelen. Deze intellectuelen waren kritisch over de hegemonie van de intelligentsia van het

experttype binnen rechts en betogen dat de problemen die deze stroming in de periode 2010-2018 ervoer voornamelijk te maken hadden met een intellectuele crisis en het gebrek aan principes. Deze intellectuelen stellen dat rechts onder de hegemonie van de expert intellectueel, de gewoonte heeft ontwikkeld de realiteit en haar politieke actie uitsluitend te verklaren en rechtvaardigen aan de hand van grafieken, statistieken en cijfers. Binnen deze constatering is sprake van twee tegengestelde standpunten. Volgens het eerste standpunt is rechts niet in staat geweest haar maatschappelijke model (een model dat ze erfde van het militaire regime) vanuit moreel oogpunt te rechtvaardigen. Hierdoor, zou ze in ernstige moeilijkheden zijn geraakt toen ze geconfronteerd werd met de regeringscoalitie *Nueva Mayoría* en de eisen van de sociale bewegingen in 2011. Volgens het tweede standpunt loopt Chileens rechts niet alleen tegen problemen aan wanneer ze haar sociale project probeert te rechtvaardigen aan de hand van morele ideeën, maar bevindt rechts zich tevens in een situatie van crisis, omdat ze er niet in is geslaagd te reflecteren op haar ideeën en principes in de context van de problematiek van het hedendaagse Chili. In tegenstelling tot het eerste standpunt, is deze tweede benadering kritisch over de onvoorwaardelijke en aan reflectie ontbrekende verdediging van het - van het militaire regime geërfde - samenlevingsmodel. Het eerste standpunt is reactionair en adaptief van aard, aangezien het geen vernieuwing nastreeft, maar uitsluitend zoekt naar de morele rechtvaardiging van de tot nu toe door rechts verdedigde *status quo*. Het tweede standpunt is kritischer van aard en streeft naar vernieuwing van bepaalde fundamentele praktijken en ideeën die transversaal door rechts worden verdedigd sinds de transitie naar democratie in 1990. Ondanks deze 'intellectuele wedergeboorte' van Chileens rechts, kan tenslotte worden geconcludeerd dat de mate van invloed die deze nieuwe intelligentsia op politiek rechts heeft, nog steeds laag is. Hoewel deze 'intellectuele wedergeboorte' een relevant fenomeen is, is het derhalve nog niet van belang wat betreft het niveau van invloed dat deze nieuwe intellectuelen hebben op Chileens rechts.

Ten derde is het geen toeval dat de nieuwe rechtse intellectuelen hun publieke werk voornamelijk vanuit denktanks verrichten en niet vanuit universiteiten. De denktanks zijn immers bij uitstek zijn gestructureerd als organisaties gericht op invloed. Vanuit dit perspectief worden denktanks, dankzij de symboliek van expertise, de bevoorrechte toegang tot beleidsnetwerken en de omvangrijke financiële middelen waar ze over beschikken, expliciet door nieuwe intellectuelen gebruikt om hun mate van invloed op rechts en in de Chileense samenleving te vergroten. Vanuit deze organisaties zijn deze intellectuelen in staat om op zeer efficiënte wijze boeken en opiniecolumns te publiceren en conferenties of soortgelijke activiteiten te organiseren. Tevens speelt de oprichting van nieuwe rechtse denktanks in op het feit dat de activiteiten van de oude denktanks vooral zijn gericht op overheidsbeleid en wetgeving, en niet zozeer op wat de 'strijd om ideeën' wordt genoemd. In die zin lijken de nieuwe denktanks niet alleen op het toneel te zijn verschenen om een ideologisch 'vacuüm' binnen politiek rechts op te vullen, maar ook om het werk van de rechtse denktanks die een lange bestaansperiode kennen, te completeren.

Summary

The study of the Right has not found fertile ground in Latin America in the last two decades. Social sciences in the region have been centred around the popular sectors and social movements. Furthermore, the few studies that exist on the Latin American Right focus mainly on the dictatorial and transitional periods experienced by numerous countries in the region in the 1970s, 1980s and 1990s. Nonetheless, it has been in the last two decades that the panorama of the Latin American Right has changed substantially. Mostly as a consequence of vertiginous political, social, and economic changes that can be observed in this region from the beginning of the XXI century.

From the year 2000 onwards, a difficult period started for the Right of Latin America as Leftist political parties and their political leaders began to gain growing electoral support in the region, a phenomenon known as ‘the Pink tide’. This rise of the Left weakened the political, material, and ideological power that the Latin American Right obtained after the return to new democracies in the 1980s. In general, this ‘turn to the left’ was due to the rise of great civil discontent that came about as a reaction to the neoliberal policies implemented during the 1980s and 1990s. These policies were designed under the influence of the so-called ‘Washington Consensus’, and began to be seen as the main cause of the increasing degree of social and economic inequality in the region.

This anti-neoliberal political scenario in the 2000s weakened the project of capitalist modernization that the right-wing political parties had begun to install in the region since the 1980s. In this regard, over the past two decades, the *status quo* defended by the Latin American Right ---that was shaped during the dictatorial and transitional periods--- has been strongly challenged. This has been especially difficult for a Latin American Right that historically has shown problems when facing social, political, and economic changes. Specifically changes that may threaten the *status quo* on which the power and interests of this socio-political sector rest.

Nowhere else in Latin America has there been the struggle, between a Right (that defends the neoliberal model) and a centre-left (that consistently attacks it), as intense as in the case of Chile. In this country, the neoliberal model was imposed by the Pinochet military regime (1973-1990) and remained practically unchanged under the centre-left *Concertación* governments (1990-2010). Nonetheless, as of 2010, the neoliberal model of development in Chile has suffered a growing weakening in terms of its legitimacy, especially in the framework of the aforementioned ‘turn to the left’ in Latin America. This situation has forced the Chilean right-wing to adopt all kinds of strategies to overcome this weakening in its attempt to achieve electoral success. Furthermore, this new scenario has brought with it the rise of new actors who have contested the hegemony of the old political and intellectual leaders in this sector. These new actors have tried intensely to lead the political and ideological renewal of the Chilean Right.

This study explores the processes of political and ideological renewal that the Chilean Right has experienced in the last 20 years. According to several authors, political and ideological renewal in the partisan context occurs when a political party experiences a situation that radically affects its electoral success, its deepest material and ideological interests, or even its existence. This critical moment pushes a political party to renew the fundamental ideas of its belief system and its common political practices in order to ensure its survival. Such a political party, without a crisis that radically threatens it and pushes it towards renewal, does not need to carry out deep transformations. In these circumstances, the political party is only dedicated to making adaptive movements that allow it to

maintain a relative degree of success within the framework of usual political and social settings. It includes provisional changes in its rhetoric, modifications in its peripheral ideas, and changes in its contingent practices. Therefore, it is only in a critical context such as that mentioned above, that a political party is forced to initiate a process of profound political and ideological renewal.

This task of political and ideological renewal must be carried out by actors who have both the authority within and around the political party, and the intellectual capacity to lead a process of this nature. Thereby both think tanks and intellectuals could be the actors capable of taking on this challenge. Think tanks hold the so-called ‘symbolism of expertise’ when it comes to providing intellectual support to different partisan organizations; symbolism that provides legitimacy. Moreover, being part of specific policy networks, think tanks position themselves as agents that can be close to decision-making and certain circles of power associated with political parties. It is precisely this position that allows these research centres to have considerable influence. In this regard, think tanks, through their different types and functions, are in a privileged position when it comes to leading renewal processes in political parties. In addition to think tanks, intellectuals can also contribute to a process of renewal in the partisan context through their humanistic, mediating, and/or expert skills. Intellectuals can contribute by persuading each of the ideological elements necessary to carry out a process of renewal in the partisan context. Intellectuals can also contribute by justifying a specific *status quo* or political order through the use of their intellectual tools.

The case of the Chilean Right is especially relevant in the aforementioned regional and theoretical context. In the last two decades, the Chilean Right has had to face certain situations that have pushed possible processes of political and ideological renewal within this socio-political sector. Right-wing think tanks and intellectuals have played a prominent role in these processes. In this regard, after the return to democracy in 1990, the Chilean Right managed to protect its interests and consolidate its project of society in the new political environment. This was achieved thanks to a new model of democracy defined as ‘protected’ and a neoliberal socioeconomic model that the Chilean Right designed during the previous dictatorial period. Since then, the Chilean Right managed to protect its interests and survive comfortably in the new political environment, even though it did not control the executive power until 2010. At least until that year, the Chilean Right had only to adapt to the new political circumstances and negotiate with a ruling *Concertación* centre-left coalition. Therefore, between 1990 and 2010, the Chilean Right did not need to renew itself from a political and ideological point of view, since it felt that the battle against progressive forces and reformism in these areas was already won in Chile and in the Western world. This idea was strengthened after the fall of the Berlin Wall and the disarticulation of the revolutionary Left in the rest of Latin America.

Hence, feeling no threat coming from the social democratic Left that was in power between 1990 and 2010, the Chilean Right entered into a state of ‘mutism’, ‘silence’ or ‘intellectual relaxation’. This situation occurred on the Right due to the comfortable conditions of political protection and *quasi*-transversal acceptance of its neoliberal model of society. During these first two decades of the new democratic era, the Chilean Right devoted itself to defending the legacy of the military regime (which became its *raison d'être*) and did not experience a real need to call into question its practices and its own socio-economic, political and moral ideas. Namely, ideas that the Chilean Right normalized and that consisted of viewpoints inherited from the Pinochet era and the Cold War period.

From the end of the transitional period in the 2000s, this situation of comfort within the framework of a ‘protected’ democracy and the hegemony of the neoliberal socioeconomic model slowly began to weaken. This new scenario became evident after Pinochet's arrest in London in 1998, the weakening

of certain ‘authoritarian enclaves’ (such as the elimination of appointed senators in 2005) and the rise of anti-conservative reforms (such as the Divorce Law in 2004). Nevertheless, the real weakening of this sense of protection experienced by the Chilean Right began to take place since 2010. Especially after the difficulties experienced by the Sebastián Piñera’s government (2010-2014), the rise of student mobilizations (2011), and the coming to power of the *Nueva Mayoría* left-wing coalition (2014-2018). It was in this new social and political scenario that the Chilean Right began to feel an explicit threat to its main political, ideological, and material interests. In such a context, the reforms proposed by the *Nueva Mayoría* were even compared to the ones carried out by Eduardo Frei (1964-1970) and Salvador Allende (1970-1973): structural reforms which contributed to the crisis suffered by the Chilean Right between 1960 and 1970. Consequently, it was in this context that various mass media and books pointed out that the Chilean Right, its societal model as well as its main ideas and common practices, were facing a crisis.

As a result of this critical situation, the Chilean Right undoubtedly saw threatened its society project and the ideological *corpus* that it defended and inherited from the military regime. This unleashed a process of partisan fragmentation, from which a new right-wing political party emerged: *Evópoli*. More importantly, during this critical situation the Chilean Right also saw the rise of a new and young right-wing *intelligentsia*. This new generation of intellectuals began to call into question the practices and ideas that the Chilean Right had been defending since 1990. According to them, these practices and ideas were partly responsible for the critical moment that the Chilean Right was experiencing. This new right-wing *intelligentsia* mainly gathered in new think tanks (which strengthened their degrees of influence) and has been characterized by a humanist orientation. The majority of this incipient *intelligentsia* is made up of philosophers, anthropologists, and historians. This, in strong contrast with the engineers and economists who constitute the core of the intellectuals who represent the Chilean right-wing originated during the military regime.

This new right-wing *intelligentsia* has argued that one of the greatest problems of the Right originated during the authoritarian regime is a serious lack of ideological principles. Namely, ideological principles capable of giving an adequate response to the current political and social problems of Chile. Until the appearance of this new right-wing *intelligentsia*, the intellectuals representing this political sector were predominantly experts who basically explained and justified the social and political reality with numbers or graphs. In other words, without providing a political orientation or moral justification to the practices promoted by the Chilean Right. Indeed, some of these new humanist intellectuals accuse the Right of not knowing how to defend its initiatives and ideas on the ideological level. From this perspective, the right-wing got used to defending its beliefs only through technical documents. According to others, the Chilean right-wing that was originated during the military regime would not know how to reflect on its ideas, which prevents this sector to get out of its ideological ‘mutism’. This would not allow the Chilean Right to reflect on whether the ideas that inspire its society project are still adequate to understand the current social, economic, and political situation in the country. Despite these differences in opinion, this new generation of intellectuals agrees that a crisis on the Right, as a result of the several political developments occurred since 2010, corresponds to an ‘intellectual crisis’. According to these intellectuals, this crisis requires a renewal of the fundamental ideas and customary practices of the Chilean Right. In their view, this should at least include the abandonment of the attempts to provide a moral and ideological justification to the socio-economic and political model inherited from the military regime.

In sum, between the years 2010 and 2018, the Chilean Right and its respective political parties, intellectuals and think tanks, faced various situations that threatened the *status quo* that they defended. These situations could have led this sector to renew its fundamental ideas and daily practices. In this context, a new right-wing political party was founded, new right-wing think tanks were established, and new group of humanist intellectuals emerged within the Right. The new think tanks and humanist intellectuals have pointed their criticisms to the intellectual poverty of the Right originated during the military regime. At the same time, they also undelight the possible obsolescence of the ideas and practices defended by the Right within the framework of a Chilean society that has experienced substantial changes in the last two decades. These changes have not only threatened the *status quo* defended by this sector, but they have also allowed the rise of the new humanist intellectuals, their think tanks and the call for a possible renewal process on the Right.

This study examines three fundamental issues. Firstly, it explores whether in fact between 2010 and 2018 the Chilean Right experienced a critical moment capable of promoting a process of renewal. Namely, a critical moment able to force the renovation of the fundamental ideas and common practices that have constituted the Chilean Right since 1990. Secondly, it examines the reasons that have boosted this humanist intellectual boom on the Right in the last decade, and the various roles that these intellectuals have played so far. And thirdly, it examines the reasons that explain why this new right-wing *intelligentsia* has preferred to perform from think tanks rather than from universities.

This book is organized into five chapters. Chapter 1 elaborates on theoretical issues. It explores the processes of political and ideological renewal that take place in the partisan sphere. It also looks at the role that the different types of intellectuals play in providing resources to the processes of political and ideological renewal. Lastly it explores the role that think tanks play in providing their expertise to these renewal processes in the partisan context.

Chapter 2 examines the history of the Chilean Right during the 20th century from two different perspectives. The first one is to show the origin of the contemporary Chilean Right and the transformations that this sector has undergone throughout its history. These are transformations that are relevant to understand the evolution of the ideological, political and social configuration of the different sectors of the Right in Chile. The second one is to examine the processes of adaptation and renewal that this political sector experienced during the 20th century. Both perspectives enable a comparison of the historical-political experience of the traditional Chilean Right (1930-1965), with the Chilean Right that originated during the military regime of Pinochet (1973-1990). Such a comparison provides valuable information to understand the renewal processes that the Chilean right-wing sector is currently undergoing.

Chapter 3 examines to what extent a series of social and political events that took place between 2010 and 2018 could have ignited a profound process of political and ideological renewal in the Chilean Right. The chapter consists of three sections.

The first section analyses the identity of the contemporary Chilean Right, its practices and its main internal problems. It also briefly explores its political history. The second section is framed by the second government of Michelle Bachelet (2014-2018), a government that sought to carry out structural reforms, which were inspired by the demands of the social movements of 2011. This section analyses each of the areas in which Bachelet's reforms may have threatened the Chilean Right's power and interests. It includes the socio-economic field, the political terrain, the moral domain, and the area of the material interests. This section tries to establish if the social mobilizations (during 2011) and the rise of the *Nueva Mayoría* leftwing coalition did deeply undermine the society project defended by the

Chilean Right. This allows to clarify whether the Chilean Right experienced (according to the interviewees) a crisis that could have led this sector to confront a process of political and ideological renewal. This section also analyses the reasons that made possible the victory of the Right in the 2017-2018 presidential election. Finally, considering all that happened between 2010 and 2018, the third section examines in which areas the Chilean Right could be currently experiencing modifications in their practices and ideas.

Chapter 4 examines both the causes that originated the new humanist *intelligentsia* as well as its role within the Chilean Right during the last decade. The first section briefly examines the intellectual history of Chile (1900-1990). This intellectual history helps to understand the socio-historical causes of the recent rise of the humanist *intelligentsia* within a right-wing environment where the predominant *intelligentsia* have been constituted by experts. The second section examines the reasons that allowed the rise of a new humanist *intelligentsia* within the Right, and also the question of whether this new right-wing *intelligentsia* has indeed influenced the partisan Right. This is crucial to establish the real relevance of this ‘intellectual renaissance’ within the Right. Finally, the third section examines the specific role exerted by some of the new right-wing humanist intellectuals in the last decade. Their roles are compared to the role that the old intellectuals of the Right (predominantly experts) had exerted between 1990 and 2010.

Chapter 5 examines the evolution of the main right-wing think tanks in Chile and their role within the Right, with an emphasis on the post-1990 period. The first section examines the history of think tanks in Chile (1950-present) and provides the necessary historical background information to understand the socio-political role that think tanks have fulfilled in Chile. It also aims to specify the social and political context in which the rise of these new right-wing think tanks is taking place. The second section examines the general functions that both the so-called ‘transitional’ think tanks and new think tanks have had during their existence. Amongst the major transitional think tanks are Libertad y Desarrollo, Centro de Estudios Públicos, Fundación Jaime Guzmán, and Instituto Libertad. Amongst the new think tanks stand out Fundación Para el Progreso, Instituto de Estudios de la Sociedad and Horizontal. This section also examines the origin of the new right-wing think tanks and the level of influence their intellectuals have achieved within these organizations. The third section examines the particular features of right-wing think tanks that have been involved in the discussion about the Right, its principles and the so-called ‘ideological crisis’.

This study is closed with a conclusion. This is based on the theoretical literature, the historical primary sources, and on the interviewees’ responses. Here follows some of the main conclusions of this study.

Although the social and political events of the period 2010-2018 threatened the Chilean Right on various levels, they were not threatening enough to push the Right to experiences a process of political and ideological renewal. In fact, if these threats are compared to those experienced by the traditional Right in the 1960s and early 1970s, these more recent events are by all means less severe. Nevertheless, despite not being so threatening, the 2020-2018 events did bring about the rise of new actors within the Chilean Right. These new actors are critical of some of the practices and ideas that the Right has promoted and defended since the inauguration of democracy in 1990.

Secondly, a new political party, new think tanks, and new humanist-oriented intellectuals are amongst the new right-wing actors that emerged between 2010 and 2018. These intellectuals have been critical of the hegemony of the experts within the Right and have argued that the problems experienced by this sector during the last two decades had mainly to do with an ‘intellectual crisis’ or

a 'lack of ideological principles'. In general, these intellectuals argue that, under the hegemony of the expert intellectual, the Right has become accustomed to explaining reality and justifying political action only through technical argumentations. Within that critical assessment, one can find two contrasting positions. The first position indicates that the Right has failed to justify its societal model from an ideological-moral point of view. According to this view, this put the Right into serious trouble when facing the *Nueva Mayoría* and the demands of the social movements, characterized by having a strong ideological component and inspired by the doctrine of social rights. The second position indicates that the Chilean Right not only has problems when trying to justify its societal project with moral ideas, but also when reflecting on its ideas according to the problems of contemporary Chile. Contrary to the first position, this second position calls into question the unrestricted and poorly thought-out defence of the societal model inherited from the military regime. The first position is reactionary and adaptive since it does not seek renewal but only the moral justification of the *status quo* defended until now by the Right. The second position is more critical and seeks the renewal of certain fundamental practices and ideas defended by most of the Right since democracy was re-established in 1990. Finally, despite this 'intellectual renaissance' within the Chilean Right, it can be concluded that the level of influence of this new *intelligentsia* on the partisan Right is still low. Therefore, although this 'intellectual renaissance' is a relevant phenomenon, it is not yet relevant enough considering the scarce level of influence obtained by these new intellectuals within the Chilean Right during the last decade.

Finally, the fact that the new intellectuals on the Right are carrying out their public work mainly from think tanks and not from universities is not a fortuitous matter. This is the result of the fact that think tanks are constituted *par excellence* as organizations focused on influence. From this perspective, thanks to the symbolism of expertise, the privileged access to policy networks, and the bulky financing they possess, think tanks have been explicitly utilized by the new intellectuals to increase their influence on the Right and Chilean society. From these organizations, these intellectuals have published books and written columns in newspapers and organized conferences and other similar events, showing great efficiency. Likewise, the creation of new right-wing think tanks also responds to the fact that the old think tanks have focused on public policies and legislation, and not so much on what has been called 'the battle of ideas. In this regard, new think tanks have appeared not only to fill an ideological 'void' on the Right but also to complement the work of the right-wing think tanks that previously existed.

Curriculum Vitae

Sebastián Rumié was born in Santiago de Chile on 2 October 1987. He holds a Bachelor's Degree (cum laude) in Philosophy from the Alberto Hurtado University (Chile), obtained in November 2011. He holds a Master's degree in Latin American Studies (cum laude) from the University of Leiden, obtained in December 2014. His master study was made possible by a grant provided by the Chilean Agency for Scientific and Technological Research (CONICYT). In December 2015, he obtained a grant from the Dutch Research Council (NWO) to conduct a doctorate investigation. This PhD dissertation was written at the Institute of History of Leiden University.